

THE SECOND SEXISM

Discrimination
Against Men
and Boys

DAVID BENATAR

 WILEY-BLACKWELL

Contenidos

Prefacio

Introducción

- ¿Qué es el segundo sexismo?
- El primer sexismo
- Dos tipos de negación
- Prevenir algunas falacias
- Estructura y método del libro

Desventaja masculina

- Conscripción y combate
- Violencia
- Castigo corporal
- Asalto sexual
- Circuncisión
- Educación
- Familia y otras relaciones
- Privacidad Corporal
- Esperanza de vida
- Encarcelamiento y pena capital
- Conclusión

Explicando la desventaja masculina y pensando en las diferencias de sexo

- Creencias sobre los hombres
- Preguntas sobre las Creencias
- Conclusión

De la desventaja a la discriminación injusta

- Reclutamiento y Combate
- Violencia
- Castigo Corporal
- Asalto Sexual
- Circuncisión
- Educación
- Familia y otras relaciones
- Privacidad Corporal
- Esperanza de vida
- Encarcelamiento y pena capital
- Conclusión

Responder a las objeciones

- El argumento de la inversión
- El argumento de los costos de la dominación
- El argumento de la distracción
- Definición de discriminación

Acción afirmativa

- Rectificando la injusticia
- Argumentos Consecuencialistas
- Conclusión

Conclusión

- ¿El feminismo discrimina a los hombres?
- ¿Están los hombres peor que las mujeres?
- Tomando en serio el segundo sexismo
- Conclusión

Bibliografía

- Lista de casos
- Lista de legislación y otros instrumentos jurídicos

Índice

Esta edición se publica por primera vez en 2012

©2012 John Wiley & Sons, Inc.

Wiley-Blackwell es un sello de John Wiley & Sons, formado por la fusión del negocio científico, técnico y médico global de Wiley con Blackwell Publishing.

Oficina Registrada

John Wiley & Sons Ltd, The Atrium, Southern Gate, Chichester, West Sussex, PO19 8SQ, Reino Unido

Redacción

350 Main Street, Malden, MA 02148-5020, EE.UU.

9600 Garsington Road, Oxford, OX4 2DQ, Reino Unido

The Atrium, Southern Gate, Chichester, West Sussex, PO19 8SQ, Reino Unido

Para más detalles sobre nuestras oficinas editoriales globales, servicios al cliente e información sobre cómo solicitar permiso para reutilizar el material de derechos de autor de este libro, por favor visite nuestro sitio web en www.wiley.com/wiley-blackwell.

Para mis hermanos

Prefacio

El sexismo afecta negativamente no sólo a las mujeres y las niñas, sino también a los hombres y los niños. Si bien la primera manifestación del sexismo es ampliamente reconocida, pocas personas reconocen o toman en serio el hecho de que los hombres son las principales víctimas de muchas y muy graves formas de discriminación sexual. El propósito central de este libro es llamar la atención sobre este "segundo sexismo" y responder a quienes niegan su existencia.

Vale la pena adelantarse a la broma de que un libro sobre la discriminación contra los hombres debe ser un libro muy corto. Aunque este es un libro relativamente corto, esto no se debe a que el alcance o la gravedad del problema que se discute sea limitado. En su lugar, lo es (en parte) porque no se requiere un libro más largo para mostrar que existe un extenso y peligroso segundo sexismo.

Dicho esto, el libro desarrolla, con mucha más extensión, los argumentos que expuse en un documento anterior sobre este tema. Los editores de *Social Theory and Practice*, a los que yo había presentado ese documento, invitaron a presentar cuatro respuestas. Estas fueron publicadas junto con mi artículo original, así como mi respuesta en el número de abril de 2003 (vol. 29, no. 2) de la revista. Agradezco a los editores de la revista que me hayan dado permiso para basarme en mis trabajos anteriores para escribir este libro. También reconozco el uso de material utilizado en el Capítulo 6 que ha sido extraído, pero que ha sido adaptado significativamente de otros dos trabajos previos míos: "Diversity limited", en Laurence Thomas (ed.), *Contemporary Debates in Social Philosophy*, Oxford: Blackwell, 2008, pp. 212-225; y "Justice, diversity and racial preference: a critique of affirmative action", *South African Law Journal*, 125(2), 2008, pp. 274-306.

El primer borrador de este libro se escribió mientras era un miembro visitante Laurence S. Rockefeller en el Centro Universitario de Valores Humanos de Princeton para el año académico 2009/2010 (hemisferio norte). Quiero agradecer al director, a la facultad y al personal del Centro, tanto por concederme esta beca como por hacer que mi visita sea tan agradable. No podría haber pedido un entorno más estimulante en el que realizar mi investigación y hacer mis escritos. Las bibliotecas de la Universidad de Princeton también fueron un recurso invaluable y agradezco la asistencia proporcionada por el personal de la biblioteca.

También doy las gracias a la Universidad de Ciudad del Cabo por el período de permiso sabático que me permitió tomar la beca y escribir el libro.

Leo Boonzaier, Meghan Finn y Andrew Fisher proporcionaron una asistencia de investigación muy competente. Jessica du Toit compiló la lista de referencias bibliográficas de mis notas finales y detectó algunos errores tipográficos en el proceso. Estoy agradecido de haber tenido tan excelentes asistentes.

Presenté una visión general del libro como ponente del Coloquio Morris en la Universidad de Colorado en Boulder. En un seminario de becarios Laurence S. Rockefeller en el Centro Universitario de Valores Humanos de Princeton, presenté partes del Capítulo 5. En la serie de oradores del Almirante Anderson en la Academia Naval de los Estados Unidos, presenté el material sobre las mujeres y el combate. Agradezco a quienes asistieron a estos eventos por sus comentarios.

Kingsley Browne amablemente comentó mi respuesta (en el Capítulo 4) a su *Combate Co-Ed*. Él y yo seguimos sin estar de acuerdo en la cuestión de las mujeres en combate, pero sus comentarios críticos fueron muy bien acogidos. Nannerl Keohane proporcionó comentarios escritos útiles sobre partes del Capítulo 5.

Estoy especialmente agradecido a Don Hubin y a Iddo Landau, los dos revisores de Wiley-Blackwell, por sus extensos y extremadamente útiles comentarios.

Por último, quiero dar las gracias a los miembros de mi familia. El libro está dedicado a mis hermanos.

DB

Ciudad del Cabo

20 junio 2011

Capítulo I

Introducción

Muchos hombres están mucho más oprimidos que muchas mujeres, y cualquier feminista que estuviera decidida a apoyar a las mujeres en todas las situaciones sin duda encontraría algunas en las que su apoyo a las mujeres contra los hombres aumentaría el nivel de injusticia en el mundo. ... Ninguna feminista cuya preocupación por las mujeres proviene de la preocupación por la justicia en general puede permitir legítimamente que su único interés sea la ventaja para las mujeres.

Janet Radcliffe Richards, *La Feminista Escéptica*,
Londres: Penguin Books, 1994, p. 31.

¿Qué es el segundo sexismo?

En las sociedades en las que se ha reconocido que la discriminación por motivos de sexo es errónea, la respuesta a esta forma de discriminación se ha centrado en las actitudes y prácticas que (principalmente) perjudican a las mujeres y las niñas. A lo sumo, se ha prestado escasa atención a las manifestaciones de discriminación sexual cuyas principales víctimas son los hombres y los niños.¹ El escaso reconocimiento que ha habido de la discriminación contra los varones² rara vez ha dado lugar a una mejoría. Por estas razones, podríamos referirnos a la discriminación contra los hombres como el "segundo sexismo", para adaptar la famosa frase de Simone de Beauvoir.³ El segundo sexismo es el sexismo descuidado, el sexismo que no es tomado en serio ni siquiera por la mayoría de los que se oponen (o al menos afirman que se oponen) a la discriminación sexual. Esto es lamentable, no sólo por sus implicaciones para la actual discriminación contra los hombres, sino también, como argumentaré más adelante, porque la discriminación contra las *mujeres* no puede abordarse plenamente sin tener en cuenta todas las formas de sexismo.

Desventaja

Tan irreconocible es el segundo sexismo que la mera mención de él parecerá ridícula para algunos. Estas personas ni siquiera pueden pensar en formas en las que los hombres están en desventaja y, sin embargo, algunos de ellos se sorprenden, cuando se les dan ejemplos, de que nunca antes pensaron en ellos. Las desventajas de los hombres incluyen la ausencia de inmunidad, de la que normalmente disfrutaban las mujeres, contra el reclutamiento para el servicio militar. Los hombres, a diferencia de las mujeres, no sólo son reclutados, sino también enviados a combate, donde corren el riesgo de sufrir lesiones, tanto físicas como psicológicas, y de morir. Los hombres también son desproporcionadamente víctimas de la violencia en la mayoría (pero no en todos) los contextos que no son de combate. Por ejemplo, la mayoría de las víctimas de crímenes violentos son hombres, y los hombres son a menudo (aunque no siempre) blanco especial de asesinatos en masa. Los hombres tienen más probabilidades que las mujeres de ser sometidos a castigos corporales. De hecho, a veces ese castigo a las mujeres está prohibido, mientras que se permite, si no se fomenta, a los hombres. Aunque los hombres son víctimas de agresiones sexuales con menos frecuencia que las mujeres, la agresión sexual a los hombres se toma menos en serio y, por lo tanto, es aún más importante que no se denuncie. Los padres tienen menos probabilidades que las madres de obtener la custodia de sus hijos en caso de divorcio. Estos y otros ejemplos se presentarán con cierto detalle, aunque no de forma exhaustiva, en el capítulo 2.

Sin embargo, demostrar la existencia de la desventaja masculina es, por sí solo, insuficiente para demostrar que los hombres son víctimas del sexismo. No todas las desventajas que alguien sufre en

base a su sexo equivalen a sexismo. A modo de ejemplo, considere lo siguiente. La enfermedad llamada hemocromatosis hereditaria es una condición genética en la cual el cuerpo absorbe gradualmente demasiado hierro, almacenándolo en los órganos principales. Si la afección no se detecta a tiempo, se pueden producir graves daños y fallos en los órganos, que a menudo provocan la muerte. El tratamiento, si la afección se detecta con suficiente antelación, es el sangrado regular.⁴ Aunque tanto los hombres como las mujeres pueden tener esta condición genética, los hombres son más propensos a sufrir de la enfermedad resultante. Esto se debe a que las mujeres, durante sus años reproductivos, regularmente pierden sangre, y por lo tanto hierro, durante la menstruación.⁵ Por lo tanto, resulta que la menstruación es una ventaja para las mujeres con hemocromatosis. Pero la menstruación también puede ser una desventaja. Debido a que las mujeres jóvenes pierden sangre y hierro, son más propensas que los hombres a la anemia por deficiencia de hierro. Por lo tanto, la menstruación es una ventaja para las mujeres con hemocromatosis, pero una desventaja para las mujeres que son susceptibles a la anemia por deficiencia de hierro. De manera similar, la ausencia de menstruación es una desventaja para la salud de los hombres con hemocromatosis, pero una ventaja para los hombres que de otra manera podrían ser susceptibles a la deficiencia de hierro.

La presencia o ausencia de estas desventajas no demuestra que los hombres con hemocromatosis sintomática y las mujeres con anemia ferropénica sean víctimas del *sexismo*.

Discriminación

Para entender la relación entre desventaja (basada en el sexo) y sexismo, hay una serie de conceptos que debemos entender y distinguir. En primer lugar, debemos distinguir entre desventaja y discriminación. El hombre con hemocromatosis está en desventaja por no menstruar, pero no se le discrimina. Para que exista discriminación, la desventaja debe ser, al menos en parte, producto de la agencia o, según algunas opiniones, de estructuras o prácticas sociales. Así, un individuo, una institución o un Estado puede discriminar a personas de un sexo. O podría ser el caso de que determinadas estructuras o prácticas sociales tengan el efecto de favorecer a un sexo sobre el otro. La desventaja que sufre el hombre con hemocromatosis no es en sí misma producto de ninguna de ellas. Por ejemplo, nadie le prohibió o desanimó de menstruar o le extirpó el útero que nunca tuvo, o le impidió adquirir uno.⁶

Sin embargo, no podemos concluir que cuando se experimenta alguna desventaja como resultado de la discriminación por razón de sexo, la persona que sufre la desventaja es víctima del sexismo. Esto se debe a que la discriminación es a veces totalmente apropiada, si no deseable. La palabra "discriminación" se utiliza tan a menudo en su sentido peyorativo que a veces se olvida que también tiene un sentido totalmente no peyorativo. Discriminar es reconocer una diferencia o diferenciar. Una cierta discriminación en este sentido es necesaria y deseable. Los profesores, por ejemplo, deben discriminar - discernir la diferencia - entre el trabajo de buena y mala calidad presentado por sus alumnos. Si los profesores obtuvieran pases de primera clase para todos los trabajos, o reprobaran todos los trabajos, independientemente de su calidad, no estarían actuando de forma discriminatoria.

Discriminación ilícita

Esto nos lleva a una segunda distinción, a saber, entre discriminación y discriminación injusta o ilícita. Mientras que la discriminación *per se* puede ser moralmente aceptable, la discriminación ilícita es, por definición, moralmente problemática.

Evidentemente, hay muchos motivos posibles por los que se podría discriminar erróneamente. Estos incluyen sexo, raza, religión, grupo étnico, origen nacional y orientación sexual. De interés en este libro es la discriminación ilícita basada en el sexo de una persona.⁷

Sin embargo, el sexo no siempre es una base inapropiada para discriminar entre las personas. Así pues, una vez que se ha establecido que una desventaja es el producto de la discriminación por razón del sexo de una persona, hay que determinar si esa discriminación es justa, equitativa o justificable. Es decir, hay que determinar si el sexo de una persona proporciona o no una base adecuada para el trato diferencial. Por ejemplo, se podría decir que los hombres de mediana edad son discriminados si su seguro médico no los cubre, pero sí cubre a las mujeres de edad similar, para una mamografía de rutina. Sin embargo, se podría argumentar que la discriminación no es injusta debido a una diferencia relevante entre hombres y mujeres. Las mujeres, dada la naturaleza de sus senos, son más propensas a contraer cáncer de seno y, por lo tanto, el costo de la exploración de rutina puede estar justificado para ellas, pero no para los hombres. (Podemos imaginar excepciones, por supuesto. Si se supiera que algún subconjunto de hombres tienen un riesgo elevado de cáncer de seno, podríamos pensar que es injusto si ellos, a diferencia de otros hombres, no estuvieran cubiertos.)

Como cabría esperar, hay desacuerdo sobre la explicación correcta de cuándo está equivocada la discriminación. Mi respuesta preferida es que la discriminación es errónea cuando se trata a las personas de forma diferente sin que exista una diferencia relevante entre las personas que justifique el trato diferencial. (Cuando hablo de que el trato diferenciado está justificado, no quiero decir que se ofrezca alguna razón para el trato diferenciado, sino más bien que existe una buena razón objetiva para el trato diferenciado). Si, por ejemplo, un profesor no aprueba un trabajo que merece ser aprobado y lo hace por haber sido escrito por un estudiante de un sexo, raza, religión, grupo étnico u orientación sexual en particular, entonces ese profesor también ha actuado injusta y erróneamente. Tales características del autor de una obra escrita son irrelevantes para evaluar la calidad de la obra.

Aunque este es mi relato preferido de lo que hace que la discriminación sea errónea, no es necesario aceptar este relato en particular para llegar a las conclusiones que se expondrán más adelante en este libro. Es posible que personas con diferentes relatos de lo que hace que la discriminación sea errónea estén de acuerdo en que casos específicos de discriminación son ilícitos. Por lo tanto, mis argumentos en los capítulos siguientes no presupondrán un relato específico de cuándo la discriminación es ilícita. De esta manera, espero evitar al menos algunos desacuerdos sobre lo que hace que una discriminación sea errónea.

Para dar un ejemplo específico, no necesitamos tener una explicación de lo que hace que la discriminación sea errónea para saber que excluir a las mujeres de la universidad (porque son mujeres) equivale a una discriminación ilícita. Del mismo modo, no es necesario que tengamos esa cuenta para saber que las leyes que permiten el castigo corporal de los niños, pero no de las niñas, equivalen a una discriminación ilícita. Esto no quiere decir que cada una de estas prácticas discriminatorias no haya tenido sus defensores. En cambio, se trata de decir que la mejor manera de determinar si una determinada forma de discriminación es incorrecta es examinar ese tratamiento específico y todas las consideraciones que le conciernen. Eso es lo que haré en el capítulo 4.

Por esta misma razón no es necesario, para aquellos que aceptan mi cuenta preferida, dar una explicación más detallada de cuándo es irrelevante precisamente el sexo de una persona. Esta pregunta también puede pasarse por alto. Por otra parte, no está claro, en cualquier caso, que pueda darse una explicación más precisa. Hay muchas maneras diferentes de tratar a las personas y muchas condiciones diferentes bajo las cuales pueden ser tratadas. Esperar que se pueda dar una explicación precisa para cubrir todos estos casos es esperar más de lo que se puede proporcionar.⁸ Considere, por ejemplo, el ejemplo anterior de la detección del cáncer de mama. Determinar si se trata de un caso de discriminación justificable depende de los riesgos relativos de cáncer de mama a los que se enfrentan hombres y mujeres, de los costes de las políticas de cribado que compiten entre sí y de los principios de racionamiento que se utilizan para distribuir los escasos recursos. Este es sólo uno de los muchos contextos en los que tenemos que determinar si la discriminación es justa.

Sexismo

Me referiré a la discriminación por razón de sexo como "discriminación por razón de sexo", "discriminación sexista" o "sexismo".⁹ Esto parece una comprensión totalmente razonable de lo que es el sexismo. Sin embargo, no es incontrovertible y, por lo tanto, hay que decir más sobre esta definición, sus competidores y lo que está en juego entre ellos.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que no existe un uso único y estándar del término "sexismo". Se utiliza de muchas maneras diferentes, incluso por aquellos que están unidos para oponerse a ello. Por ejemplo, Janet Radcliffe Richards lo define, aunque sea de pasada, como contar "el sexo como relevante en contextos en los que no lo es".¹⁰ Mary Anne Warren dice que el sexismo "suele definirse como una discriminación ilícita basada en el sexo"¹¹ y que la discriminación "basada en el sexo puede ser errónea, ya sea porque se basa en creencias falsas e injustas sobre personas de un sexo u otro, o porque perjudica injustamente a las personas discriminadas".¹²

Otros piensan que una definición de este tipo es inadecuada y que el sexismo implica al menos un elemento más, que se describe de manera variable como la subordinación de un sexo al otro, la dominación de un sexo por otro o la opresión de un sexo.¹³ Aquellos que piensan que se requiere algún elemento adicional para que exista el sexismo, típicamente piensan que el sexismo debe ser un fenómeno *sistémico*, porque la subordinación, la dominación o la opresión no podrían existir sin una discriminación sistémica. También piensan que tales condiciones adicionales para el sexismo excluyen la posibilidad de que los hombres puedan ser víctimas del sexismo. Esto se debe a que niegan que los hombres sufran de subordinación o de ser dominados u oprimidos. Además, podrían negar que la discriminación contra los hombres, aunque exista, es sistémica de alguna otra manera.

Existen innumerables versiones y combinaciones de estas opiniones y, obviamente, no puedo considerarlas todas. Sin embargo, voy a considerar algunos ejemplos.

Richard Wasserstrom dice que "el racismo y el sexismo no deben ser considerados como fenómenos que consisten simplemente en tomar en cuenta la raza de una persona.... de manera arbitraria".¹⁴ También debe darse el caso de que esto ocurra

en el contexto de un conjunto específico de arreglos institucionales y una ideología específica que juntos crean y mantienen un sistema específico de instituciones, asignaciones de roles, creencias y actitudes. Ese sistema es uno, y ha sido uno, en el que el poder y la ventaja política, económica y social se concentran en las manos de los blancos y los hombres.¹⁵

De acuerdo con esta comprensión del sexismo, debe ser sistémica y el sistema debe favorecer a aquellos que disfrutan del poder en general.¹⁶ Marilyn Frye es otra que piensa que el sexismo debe ser sistémico y beneficioso para algunos. Ella dice que "el lugar del sexismo está principalmente en el sistema o marco, no en el acto particular"¹⁷ y que el "término 'sexista' caracteriza las estructuras culturales y económicas que crean y refuerzan los elaborados y rígidos patrones de marcación de sexo y anuncio de sexo que dividen a la especie, a lo largo de las líneas del sexo, en dominadores y subordinados".¹⁸

Estas definiciones de sexismo son, en un sentido, más amplias que las mías, pero en otro sentido son más estrechas. Se recordará que he definido el "sexismo" como una discriminación ilícita basada en el sexo de una persona. Las definiciones de los profesores Frye y Wasserstrom son más amplias en el sentido de que no se centran en un acto individual, sino en un sistema en el que el acto se alimenta (o no). Sin embargo, sus definiciones son más estrechas que las mías en otro sentido. Si seguimos su ejemplo, menos acciones contarán como sexistas. Esto se debe a que es sólo un subconjunto de acciones que discriminan erróneamente a las personas por razón de su sexo lo que crea o contribuye a las hegemonías.

¿Qué se puede decir a favor de las definiciones que compiten con las mías? El profesor Frye nos pide que consideremos el siguiente caso:

Si una empresa está contratando a un supervisor que supervisará a un grupo de trabajadores varones que siempre han trabajado para supervisores varones, difícilmente se puede negar que el sexo de un candidato para el puesto es relevante para las perspectivas del candidato de pasar sin problemas y con éxito a una relación de trabajo efectiva con los supervisados.¹⁹

Este caso pretende demostrar que la discriminación injusta no puede consistir simplemente en tratar a las personas de manera diferente sobre la base de un atributo arbitrario o irrelevante como su sexo. Esto se debe a que, se dice, el sexo no es irrelevante en este caso para la capacidad de realizar el trabajo. Lo que el profesor Frye encuentra problemático en el caso es que si no se contrata a una mujer, esto contribuirá a un sistema más amplio en el que las mujeres están desempoderadas.

Estoy de acuerdo en que los sistemas pueden ser sexistas y estoy de acuerdo en que la exclusión sistemática de las mujeres de determinadas posiciones es sexista. Sin embargo, niego que la discriminación injusta deba alcanzar el nivel sistémico para constituir sexismo. Hablaré más sobre esto más adelante, pero ahora indicaré por qué el punto de vista de la "característica irrelevante" puede explicar el caso del profesor Frye. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la relevancia del sexo de la demandante en su caso depende de las actitudes de los trabajadores que serán supervisados. Si tuvieran actitudes diferentes hacia las mujeres o hacia las supervisoras, entonces una supervisora podría funcionar con la misma eficacia que un supervisor masculino. Por lo tanto, debemos preguntarnos si la actitud diferencial que tienen los trabajadores hacia los supervisores masculinos y femeninos se basaba en una característica irrelevante. La respuesta a esta pregunta es afirmativa y por lo tanto podríamos concluir, siguiendo la opinión que el profesor Frye rechaza, que los trabajadores tienen actitudes sexistas.

Ahora hay una pregunta secundaria: ¿deben las personas que contratan al supervisor dar por sentadas esas actitudes sexistas o deben anularlas? Aunque dudo que se pueda dar una respuesta categórica a esta pregunta, sospecho firmemente que, con mucha frecuencia, no deberían complacer a las opiniones sexistas. Por ejemplo, la experiencia histórica sugiere que complacer a tales puntos de vista sólo los refuerza (lo cual es problemático, independiente de las preocupaciones sistémicas). Por el contrario, resistirse a los prejuicios abriendo posiciones a las personas independientemente de su sexo (o raza), aunque pueda tener problemas de dentición, ayuda a romper con las actitudes prejuiciosas. En todos los casos en los que los que contratan deben contratar a la mujer a pesar de las actitudes de las trabajadoras, se podría decir que el proxenetismo al sexismo es derivativamente sexista.

El profesor Wasserstrom presenta un caso diferente. Él dice que lo que estaba principalmente mal con la esclavitud humana era "no que los individuos particulares a quienes se les asignó el lugar de esclavos fueran asignados allí arbitrariamente porque la asignación se hizo en virtud de una característica irrelevante, es decir, su raza".²⁰ En cambio, dice, el problema principal es con la práctica en sí misma - "el hecho de que algunos individuos sean capaces de poseer a otros individuos y todo lo que va con esa práctica".²¹

¿El caso de la esclavitud humana demuestra realmente que el relato "irrelevante" del racismo o del sexismo fracasa? No creo que sea así. Existen al menos dos posibles razones alternativas. De acuerdo con el primero, es precisamente porque lo que está mal sobre todo en la esclavitud es que la gente es tratada como un bien mueble, que el mal no es principalmente de discriminación. En vista de ello, no debería sorprender que el racismo no ofrezca un relato exhaustivo de lo que está mal con la esclavitud. Por supuesto, cuando la raza es el criterio para determinar quién puede ser esclavizado, entonces la discriminación racista es otra característica errónea de la esclavitud, pero no hay razón para pensar que el error subyacente de la esclavitud debe explicarse en términos de

racismo y, por lo tanto, en términos de la "característica irrelevante" del racismo. Lo que esto ilustra bien es que algunas acciones pueden ser incorrectas por más de una razón y que la discriminación a veces puede ser un error de composición en lugar de un error primario.

Alternativamente, tal vez podamos explicar plenamente el error de la esclavitud a través del relato de la "característica irrelevante". No hay ningún problema moral con que los seres humanos posean máquinas y las traten como bienes muebles. Hay un problema con que los humanos sean dueños de otros humanos y los traten como bienes muebles. ¿Qué explica esta diferencia? Es el hecho de que existen diferencias relevantes entre las máquinas y los seres humanos. Son estas diferencias las que hacen que sea malo tener humanos pero no máquinas. Cuando la gente ha pensado que algunos seres humanos pueden ser poseídos a causa de su "raza", han tomado erróneamente la "raza" de una persona como una diferencia relevante con respecto a aquellos seres humanos que pueden no ser poseídos. Han tratado erróneamente el ser negro como si fuera una máquina u otro objeto que puede ser de su propiedad. Según esta explicación, es la discriminación ilícita la que explica por qué se inflige el delito de esclavitud a determinadas personas. Una persona dada es esclavizada sólo por su raza. Si hubiera sido miembro de otra raza, no habría sido esclavizado.

Ahora bien, incluso si uno rechaza estas respuestas a los profesores Frye y Wasserstrom y sostiene que el sexismo no es simplemente una cuestión de tratar a la gente de manera diferente sobre la base de una característica irrelevante, uno no necesita abrazar sus definiciones de sexismo. Se podría mantener la opinión de que el sexismo es una discriminación injusta o ilícita sobre la base del sexo de una persona, pero negar que consiste en tratar a las personas de manera diferente sobre la base de su sexo cuando su sexo es realmente irrelevante. Uno podría preferir un relato alternativo de la discriminación ilícita, sin dejar de identificar el sexismo como discriminación ilícita. Rechazar el relato de la "característica irrelevante" de la discriminación ilícita no implica la opinión de que el sexismo debe satisfacer un criterio sistémico o debe implicar dominación, subordinación u opresión.

Hasta ahora he argumentado que no tenemos que abandonar la idea de que el sexismo es una discriminación ilícita basada en el sexo de una persona. Ahora quiero decir por qué no debemos abandonarlo en favor de las alternativas que he esbozado. Aceptar el requisito de que la discriminación sea sistémica e implique subordinación, dominación u opresión haría violencia al lenguaje ordinario.

En nuestro uso ordinario, hablamos de "ismos" perjudiciales y discriminatorios en ausencia de un desempoderamiento general y sistémico. Si un maestro evaluara el trabajo de un estudiante de manera más severa simplemente porque ese estudiante es blanco o varón, normalmente etiquetaríamos esa acción como racista o sexista (además de estar equivocado por otros motivos). La gente usa las palabras "racismo" y "sexismo" en estos contextos. Este uso tampoco está restringido a los no filósofos. Peter Singer, por ejemplo, entiende el especismo y el racismo en términos de tratar a los seres de manera diferente sobre la base de diferencias arbitrarias o irrelevantes.²²

Quizás mis oponentes piensan que aunque usemos palabras como "sexismo" y "racismo" de esta manera, no deberíamos hacerlo. Tal vez nos recomiendan que modifiquemos nuestro uso y usemos la palabra "sexismo" de una manera más restringida. Estas cuestiones de definición son difíciles. No podemos decir categóricamente que el uso ordinario debe prevalecer. Tal uso es a veces confuso. Sin embargo, no está claro que esto sea cierto en el presente caso. Además, existe el peligro de que las definiciones estipulativas se aparten demasiado del uso ordinario. Ellos mismos pueden ser confusos o engañosos. Si, para elegir un ejemplo extremo, se define el lunes como el día después del martes, no se estará contribuyendo positivamente a un pensamiento y una comunicación más clara.

Es posible estipular que los hombres no pueden ser víctimas del sexismo o, lo que es menos evidente, que los miembros del grupo no pueden ser víctimas del sexismo o del racismo a menos que esos grupos estén desempoderados o subordinados. Sin embargo, es difícil entender por qué se deben hacer tales estipulaciones. De hecho, hacerlo parece tener implicaciones que serían desagradables incluso para muchos de los que las hacen. Un epíteto racial dirigido contra un miembro rico y poderoso del gobierno de Kenia sería reconocido amplia y correctamente como racista, a pesar de que el epíteto no conduciría a un desempoderamiento o subordinación general de los negros en Kenia. Tampoco es necesario que el grupo destinatario sea mayoritario. Los judíos de Estados Unidos, por ejemplo, gozan hoy en día de un grado de igualdad e influencia sin precedentes en la historia judía. No controlan el país (contrariamente a la opinión de algunos antisemitas), pero apenas están desempoderados o subordinados. Los epítetos antisemitas aislados en los Estados Unidos no afectan plausiblemente el desempoderamiento o la subordinación general de los judíos en ese país, pero, no obstante, serían reconocidos apropiadamente como casos de antisemitismo.

En respuesta a estos ejemplos, tal vez se sugiera que son casos de racismo y antisemitismo porque hay una historia de discriminación contra negros y judíos. Según este punto de vista, no importa si, en un lugar determinado, ese patrón de discriminación continúa. Basta con que se haya mantenido durante mucho tiempo. Note, sin embargo, que este criterio de pedigrí de racismo y antisemitismo es aún más controvertido que las otras características de las definiciones alternativas que rechazo.

Hay otro problema al estipular que sólo los grupos desempoderados, subordinados u oprimidos pueden ser víctimas del sexismo (o racismo). Es muy posible que las mujeres ya no estén sistemáticamente desempoderadas, subordinadas u oprimidas en los países desarrollados. Muchas feministas se indignarán por esta sugerencia. Retrasaré, hasta el capítulo final, mi defensa de esta sugerencia. Por ahora, basta con hacer dos observaciones.

En primer lugar, la potencia es espectral y no binaria. Uno tiene más o menos de eso, en lugar de tenerlo o no. Por consiguiente, incluso si los hombres todavía tienen poder general en el mundo desarrollado, la erosión del poder masculino se ha producido gradualmente. En esta trayectoria, llega un momento en el que los hombres ya no tienen más poder y en el que las mujeres, aunque siguen siendo víctimas de la discriminación, ya no están subordinadas o dominadas. Quienes afirman que el término "sexismo" sólo se aplica cuando un grupo es dominante u otro subordinado deben reconocer que la discriminación contra las mujeres no constituiría sexismo una vez alcanzado ese punto. Lo encuentro inverosímil. Si mis críticos reconocieran que ese punto ya había sido alcanzado en algunos lugares, probablemente también lo encontrarían inverosímil.

En segundo lugar, algunas feministas han reconocido que para decir, por ejemplo, que las mujeres en el mundo desarrollado todavía están oprimidas, deben apartarse del concepto tradicional de "opresión" y emplear un nuevo concepto de este término.²³ De esta manera, las preguntas sobre la definición se repiten. Se nos pide que reinterpretemos el "sexismo" de tal manera que la opresión sea un criterio para ello, pero luego se nos pide que reinterpretemos la "opresión" de tal manera que la palabra "sexismo" pueda seguir aplicándose en contextos en los que todavía parece tener aplicación. Con toda esta reinterpretación que se requiere, uno se pregunta por qué no sería más económico - y más cierto para el uso ordinario - sólo para atenerse a la comprensión común del "sexismo".

Ahora he presentado y rechazado algunas alternativas representativas a mi comprensión del sexismo. Cabe señalar, sin embargo, que este desacuerdo es menos importante de lo que podría parecer a primera vista. Supongamos, simplemente para argumentar, que el sexismo no debe entenderse de la forma en que yo lo he sugerido. Y asumamos además que por esta razón los hombres no pueden ser víctimas del sexismo. Si ese fuera el caso, no podría haber un segundo sexismo. Sin embargo, nada se deduce de esto acerca de una segunda discriminación por razón de sexo. Los hombres y los niños pueden seguir siendo víctimas de la discriminación sexual ilícita.²⁴

Incluso si eso no se llamara apropiadamente sexismo, seguiría siendo digno de preocupación moral y oposición. La discriminación ilícita es ilícita y podría ser muy grave. Por lo tanto, la conclusión realmente importante por la cual necesito argumentar es que los hombres son víctimas de discriminación ilícita (o incluso de un trato meramente ilícito) sobre la base de su sexo. Pienso que tal discriminación merece el nombre de "sexismo", pero incluso si me equivoco al respecto, mis críticos no podrían justificar, sobre esa base, ninguna complacencia en cuanto a la discriminación injusta de la que son víctimas los hombres.²⁵ Seguiría siendo un problema que debería ser reconocido y confrontado. Es mucho más importante que se identifique y se oponga a la discriminación ilícita contra los hombres y los niños que lo que llamamos "sexismo". El hecho de que etiquetar la discriminación ilícita como "sexismo" no es esencial para que sea errónea y merecedora de oposición podría explicar por qué algunas feministas apenas han mencionado la palabra "sexismo" o no han dado cuenta de lo que es.²⁶

Después de haber defendido mi comprensión del sexismo contra puntos de vista alternativos (y de haber puesto ese desacuerdo en perspectiva), ahora vuelvo a decir más sobre mi punto de vista. Según esta opinión, el sexismo es por definición una discriminación ilícita. Esto, creo, está en consonancia con nuestra comprensión ordinaria del término "sexismo". No creemos, en términos normales, que el sexismo pueda ser moralmente justificable, al menos en circunstancias normales.²⁷

El sexismo es a veces explícito, como lo es cuando a las personas de un sexo se les prohíbe legalmente realizar ciertos trabajos. Sin embargo, como bien han señalado las feministas, a menudo puede ser implícito, sutil e involuntario.²⁸ Por ejemplo, puede haber alguna política o práctica que parezca neutral, pero que de hecho tenga un "impacto desigual" tanto en las mujeres como en los hombres. Por lo tanto, un requisito de estatura para un trabajo en particular puede llevar a que se emplee a muchas menos mujeres. Si no hay una buena razón para ese requisito particular de altura, entonces las mujeres son víctimas de un sexismo indirecto y a menudo involuntario. O considere esas poderosas fuerzas sociales que conforman las expectativas o preferencias de hombres y mujeres de manera que un número significativamente desproporcionado de hombres y mujeres aspiran a puestos particulares.²⁹ Si, por ejemplo, se induce a las niñas a pensar que "el lugar de la mujer es en el hogar", es posible que las niñas no busquen trabajo o carreras fuera del hogar. Aquí la discriminación sutil es operativa. Dada la naturaleza de la discriminación sutil, no siempre es fácil saber hasta qué punto es operativa, un asunto que se discutirá más adelante con más detalle.

El segundo sexismo es el sexismo del que los hombres son las principales víctimas. Como especie de sexismo, es una forma de discriminación *ilícita*. Por lo tanto, para demostrar que existe un segundo sexismo, tendré que demostrar no sólo que los hombres están desfavorecidos y que al menos parte de esta desventaja es el resultado de la discriminación, sino también que esta discriminación es errónea. Lo haré por etapas. En el capítulo 2, presentaré ejemplos de desventaja masculina. Algunas, pero no todas, de estas desventajas son también manifiestamente casos de discriminación y, a menudo, de discriminación *de jure*. Sin embargo, retrasaré hasta el capítulo 4 los argumentos de que al menos parte de la discriminación es *ilícita*. En el capítulo 5, entre otras cosas, evitaré las objeciones de que esta discriminación no equivale a una discriminación sexual ilícita o al sexismo.

Sería tedioso si, cada vez que me refiriera a la discriminación, explicara si me refería a la discriminación en el sentido peyorativo o no peyorativo y si me refería a la discriminación por razón de sexo o a la discriminación por cualquier otro motivo. Muy a menudo el sentido correcto es implícito y no requiere una declaración explícita. Así pues, aunque a menudo hablaré de discriminación injusta o ilícita, a menudo lo acortaré simplemente a "discriminación" cuando un adjetivo sea innecesario, ya sea porque está claro, por el contexto, que estoy hablando de discriminación ilícita o porque me estoy refiriendo tanto a la discriminación como a la discriminación ilícita. Del mismo modo, no suelo calificar la "discriminación" con las palabras "sexo" o "sexista", porque suele ser obvio que estoy hablando de tal discriminación.

El Primer Sexismo

Este libro trata sobre el segundo sexismo. Por consiguiente, no se trata de ese sexismo del que las mujeres son las principales víctimas. Esto *no* es porque niegue la existencia de tal sexismo. Está claro que existe y que ha existido durante mucho tiempo.

Las niñas y las mujeres, en algunos momentos y lugares, han sido asesinadas por ser mujeres. El infanticidio femenino es común en algunos de esos países con una fuerte preferencia por los hijos. Y las viudas a veces han sido presionadas, si no forzadas, a poner fin a sus vidas a través de rituales como el *sati* en la India. Las niñas y las mujeres también han muerto por negligencia. Donde hay escasez de alimentos, las culturas que favorecen a los hijos han dado prioridad a la alimentación de los niños, lo que a menudo permite que las niñas mueran de desnutrición. En el mundo en desarrollo, las mujeres siguen muriendo en cantidades importantes durante el parto. Esto se debe a la falta de servicios obstétricos básicos. Hasta cierto punto, esto es un producto de su entorno empobrecido. Sin embargo, a veces se dispone de servicios limitados a cierta distancia y no se da suficiente prioridad al acceso de las mujeres a esos servicios. Al menos en estos casos, las muertes peri-parto son el resultado de la discriminación.

Millones de niñas y mujeres se han sometido a la extirpación de sus genitales. Las niñas han sido privadas regularmente de educación, incluso cuando los niños han recibido educación. Incluso en muchos lugares donde las niñas reciben educación primaria y secundaria, las mujeres jóvenes a menudo se ven excluidas de las instituciones de educación superior. Millones de mujeres y niñas han sido violadas o esclavizadas sexualmente. A menudo se ha prohibido a las mujeres poseer o heredar bienes y votar y ocupar cargos públicos. A menudo se requiere que las mujeres cubran sus cuerpos de una manera que los hombres no lo hacen. En los casos más extremos, se requiere un burka completo. Entre las muchas restricciones impuestas a las mujeres en países como Arabia Saudita se encuentra la prohibición de conducir un coche o montar en bicicleta o motocicleta.

Algunas de estas formas de discriminación son más graves que otras, pero ninguna es trivial o justificable. No se debe subestimar su impacto en las vidas de las mujeres y las niñas. Sin embargo, todas estas formas de discriminación, así como muchas otras, han sido objeto de un amplio debate. La discriminación contra las mujeres ha sido objeto de casi todos los debates sobre el sexismo. No pienso añadir nada más. En su lugar, me centraré en el lado descuidado del sexismo. Mi tema es el segundo sexismo más que el primer sexismo. Esta selectividad no es injusta. Porque mi objetivo es mostrar que hay un segundo sexismo, en lugar de mostrar que no hay un primer sexismo, sólo necesito citar casos del segundo sexismo para establecer mi conclusión. Sólo si también estuviera argumentando que las mujeres no son víctimas del sexismo, sería pertinente que no considerara los casos de discriminación injusta contra ellas.

Aunque he distinguido entre el primer y segundo sexismo, esta distinción no implica que no estén relacionados. En el curso de este libro señalaré varias conexiones entre ellos, mientras mantengo mi enfoque en el segundo sexismo. Vale la pena mencionar ahora, sin embargo, que hay algunos casos de discriminación que podrían ser simultáneamente ejemplos del primer y segundo sexismo.

Considere, por ejemplo, el caso de la Corte Suprema de los Estados Unidos *Frontiero v. Richardson*.³⁰ Sharon Frontiero, teniente de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, había solicitado beneficios para su esposo que las esposas de personal militar recibían automáticamente bajo la ley federal. En cambio, los maridos de mujeres militares sólo tenían derecho a estas prestaciones si dependían de sus esposas para obtener más de la mitad de su sustento. La solicitud de la teniente Frontiero fue rechazada porque no pudo demostrar la dependencia de su marido. Un tribunal inferior dictaminó que el trato discrepante no equivalía a discriminación sexual inconstitucional. El teniente Frontiero y su esposo, Joseph Frontiero, apelaron. El Tribunal Supremo revocó la sentencia del tribunal inferior.

Aunque el tribunal dictaminó que la política de trato diferenciado discriminaba a las mujeres en el servicio militar, no está nada claro que se trate exclusivamente de un caso de primer sexismo. Se podría decir con la misma facilidad que los maridos de las mujeres miembros del servicio son discriminados porque se les niegan los beneficios de los que disfrutaban automáticamente las esposas de los hombres miembros del servicio. Alternativamente, se podría decir, como creo que deberíamos, que tanto las mujeres miembros del servicio como sus cónyuges masculinos son discriminados, en cuyo caso la política discriminatoria es un ejemplo del primer y segundo sexismo. Cabe señalar, sin embargo, que el tribunal sólo notó el primer sexismo. Esto apoya mi afirmación de que aunque existe un segundo sexismo y a menudo está entrelazado con el primer sexismo, el segundo sexismo típicamente permanece invisible.³¹ El objetivo de este libro es hacerlo visible.

Dos tipos de negación

Los argumentos que demuestran que hay un segundo sexismo plantean objeciones desde dos direcciones principales.³² Las más abundantes, al menos dentro de la academia, son las objeciones de algunas (pero no todas) feministas. Del otro lado vienen las objeciones de algunos conservadores. En cada caso, los objetores niegan que exista tal cosa como el segundo sexismo o que sea tan extenso como yo diría que es.

Consideremos, en primer lugar, a las segundas negadoras del sexismo de entre las filas de las feministas. Las feministas, por supuesto, no son un grupo monolítico. Hay numerosas maneras de categorizar las variedades de feminista, pero para mis propósitos sólo una distinción es crucial. Es la distinción entre aquellas feministas que están motivadas e interesadas en la igualdad de los sexos y aquellas feministas cuya principal preocupación es el avance de las mujeres y las niñas. Es probable que algunas feministas -las de la segunda clase- afirmen que se trata de una distinción sin diferencias. Argumentarán que la igualdad de los sexos se promueve promoviendo los intereses de las mujeres, y viceversa. Tienen (sólo) parcialmente razón. La promoción de la igualdad entre los sexos coincide a menudo con la promoción de los intereses de las mujeres. Lo hace cuando se discrimina injustamente a las mujeres. Sin embargo, como los hombres, como argumentaré, son a veces víctimas de una discriminación injusta, la promoción de la igualdad de género requerirá a veces el avance de los intereses de los hombres en lugar de los de las mujeres.

Podríamos referirnos a aquellas feministas que se preocupan fundamentalmente por la igualdad de los sexos como feministas igualitarias,³³ y a aquellas feministas que se preocupan básicamente sólo por la promoción de los intereses de las mujeres y las niñas como feministas partidistas.³⁴ Estas últimas son el equivalente feminista de los defensores de los derechos de los hombres que sólo están interesadas en promover los intereses y proteger los derechos de los hombres. Las feministas critican con razón ese punto de vista, pero las feministas partidistas no se dan cuenta de que la búsqueda ciega de los intereses de un sexo que es característica de tales (pero no de otras) defensores de los derechos de los hombres es igualmente cierta en cuanto a su propia posición. Esta crítica no se extiende a las feministas igualitarias.³⁵ Nada de lo que diga debe ser hostil al feminismo igualitario. De hecho, apoyo esa forma de feminismo. Los defensores de este punto de vista reconocerán que oponerse al segundo sexismo es una parte del proyecto general de oponerse al sexismo y promover la igualdad de género. Lo que diré será antagónico sólo al feminismo partidista.

Al hacer la distinción entre feministas igualitarias y partidistas, no he afirmado que las feministas igualitarias deban reconocer que hay un segundo sexismo. Obviamente, un compromiso con la igualdad de los sexos no implica la creencia de que los hombres sean víctimas de una discriminación injusta. El objetivo de este libro es argumentar que los hombres son realmente víctimas del sexismo. Lo único que quiero decir ahora es que no hay nada en esa afirmación que sea incompatible con el feminismo igualitario.

Al distinguir el feminismo igualitario del feminismo partidista, no he demostrado que haya feministas partidistas. La distinción tampoco prueba que haya feministas igualitarias, pero es la categoría de feministas partidistas que algunas feministas podrían decir que está vacía. Tengo la intención de mostrar en varios puntos del curso de este libro que hay en efecto feministas de este tipo. Hay algunas, pero no muchas, feministas que abrazan explícitamente lo que he llamado feminismo partidista.³⁶ Sin embargo, mucho más comúnmente, muchos de los que profesan el feminismo igualitario de hecho se deslizan hacia una forma partidista de feminismo. Ellos interpretan las pruebas como la prueba de que las mujeres son víctimas de la discriminación incluso cuando no lo son, e incluso cuando en cambio son los hombres los que son víctimas de la discriminación. También emprenden racionalizaciones para llegar a la conclusión, en cualquier caso, de que son los intereses de las mujeres los que deben prevalecer.

No pretendo identificar a determinadas feministas como igualitarias. Una de las razones es que en esta etapa es difícil determinar quiénes son las verdaderas feministas igualitarias. Casi todas las feministas que escriben sobre la discriminación de género se han preocupado por la discriminación contra las mujeres. Es difícil saber si alguna feminista ha ignorado la discriminación contra los hombres simplemente porque no ha sido consciente del problema. Queda por ver lo que sucederá una vez que se les informe de ello. Una vez que se les llama la atención, sus opciones (amplias) parecen ser éstas:

- (1) Podrían aceptar que existe una discriminación injusta contra los hombres (y unirse a mí para oponerse a ello).
- (2) Podrían proporcionar buenos argumentos de por qué, contrariamente a lo que yo digo, los hombres no son víctimas de ninguna discriminación ilícita.
- (3) Podrían rechazar la conclusión de que los varones son víctimas de discriminación ilícita, pero no proporcionan buenas razones para esta conclusión y, en cambio, se dedican a las familiares racionalizaciones que discutiré más adelante.
- (4) Podrían declarar que no están interesados en la discriminación contra los hombres y los niños, aunque exista.

Las dos primeras opciones son compatibles con el feminismo igualitario, mientras que las dos segundas sugieren (opción 3) o declaran explícitamente (opción 4) el feminismo partidista. En parte por esta razón, es probable que los de la tercera categoría afirmen que se encuentran realmente en la segunda. No quiero prejuzgar cómo responderá la gente en particular. Debido a que muchas feministas que profesan ser igualitarias se deslizan hacia una forma partidista de feminismo cuando se enfrentan con argumentos de que hay un segundo sexismo, a menudo no es fácil decir (de antemano) cuál de los que profesan estar interesados en la igualdad de los sexos realmente lo están.

Tampoco necesito identificar a feministas igualitarias en particular (o discutir su trabajo con feministas que igualitarias) para poder presentar mi caso. El feminismo igualitario es una visión posible y que mucha gente profesa. La cuestión de quién ocupa realmente este espacio intelectual (y político) no es relevante para determinar si existe un segundo sexismo. Tampoco es relevante para demostrar que el reconocimiento y la oposición al segundo sexismo es compatible con la visión que he llamado "feminismo igualitario".

Como en el caso de las feministas, los conservadores no son todos de la misma línea. Algunos de los que llevan el nombre de "conservadores" pueden no tener ninguna objeción a los puntos de vista que defenderé. Esto se debe a que alguien puede ser conservador en un ámbito pero no en otro. El conservadurismo económico, por ejemplo, no implica conservadurismo religioso. Los conservadores que se opondrán a mis argumentos serán probablemente los que apoyen (la aplicación de) los roles de género y el consiguiente tratamiento diferencial de los sexos, a lo que me

opongo. Argumentarán que muchas de las desventajas que sufren los hombres no son ejemplos de sexismo, porque los hombres deben soportar esas cargas o, al menos, que no es injusto que los hombres las soporten. Estos conservadores -a quienes podríamos llamar conservadores de roles de género- piensan lo mismo acerca de las diversas cargas que soportan las mujeres, lo que debería convertirlas en aliadas poco confiables de las feministas partidistas que también niegan que exista un segundo sexismo. De hecho, los conservadores del rol de género pueden encontrar que algunas de las cosas que voy a argumentar -especialmente en contra de las feministas partidistas- son bastante agradables. Podrían, por ejemplo, estar de acuerdo en que hay un doble rasero que demostraré que existe en los puntos de vista de las feministas partidistas.

Sin embargo, debe quedar claro que mi opinión no es conservadora en cuanto a los roles de género. Aunque puede haber diferencias promedio en algunos rasgos psicológicos entre los sexos, no creo que justifiquen todo el tratamiento diferencial de los sexos que los conservadores del rol de género apoyan. Porque creo que el segundo sexismo debe ser opuesto junto con el sexismo más ampliamente reconocido, estoy abogando por el cambio - haciendo las cosas de manera diferente a como se han hecho históricamente. Además, el cambio que recomiendo es bastante radical. Eso no es en absoluto conservador.

Al defender la opinión de que existe un segundo sexismo, responderé a las críticas tanto de las feministas partidistas como de los conservadores de roles de género. Sin embargo, mis argumentos se dirigirán más comúnmente contra los primeros. Esto no es porque me oponga más a su posición, sino porque es la más común en la academia.³⁸

Sin embargo, no se puede enfatizar lo suficiente que no estoy criticando a todas las feministas. He descubierto que este hecho a menudo se olvida (o, en una lectura menos caritativa, se ignora) incluso cuando uno lo declara claramente. Desafortunadamente, el partidismo y otros excesos ideológicos del feminismo son desenfrenados y dedicaré mucha atención a demostrar los problemas con tales puntos de vista. Sin embargo, al hacerlo, no debo ser interpretado como un rechazo al feminismo en su forma más pura e igualitaria.

Prevenir algunas falacias

Dada la ortodoxia prevaleciente en la academia y la sensibilidad de los temas que voy a discutir, los puntos de vista que defiendo en este libro serán considerados amenazantes por muchos.³⁹ Por lo tanto, no me hago ilusiones. Mi posición, no importa cuán claramente expresada, es probable que sea malinterpretada. Cuando no se rechaza simplemente (a veces de manera vituperativa, por ser incoherente con la opinión recibida), es probable que sea objeto de numerosas objeciones erróneas (a veces demasiado confiadas). De hecho, las objeciones demasiado confiadas son muy comunes entre quienes defienden las ortodoxias.⁴⁰ Una de las razones es que las respuestas a esas objeciones por parte de aquellos que defienden puntos de vista heterodoxos es mucho más difícil de imaginar para los ortodoxos, ya sea por la rareza de los puntos de vista no convencionales o por la rareza de su expresión abierta. Las ortodoxias se repiten sin cesar y por lo general no son desafiadas. El resultado es que adquieren una vida propia y se refuerzan a sí mismos. Por lo tanto, los que tienen posiciones ortodoxas no sienten la necesidad de justificar sus posiciones, que se afianzan al ser compartidas por tantos otros a su alrededor.

Obviamente, no es posible anticipar todas las objeciones que se plantearán. De hecho, algunas de las objeciones que se han planteado en contra de trabajos anteriores sobre este tema son tan extravagantes que incluso en retrospectiva es difícil imaginar cómo llegaron a plantearse. Por ejemplo, una de las personas que respondió a un artículo anterior sobre el segundo sexismo dijo que prácticamente todos los puntos de ese artículo habían sido defendidos en el movimiento de los derechos de los hombres a finales de la década de 1970.⁴¹ Si se refería literalmente a "prácticamente todos los puntos", entonces está equivocado. Sin embargo, si se refería a prácticamente todos los

ejemplos de desventaja masculina, me sorprendería que nadie los hubiera mencionado antes.⁴² Pero, ¿qué diferencia hay si estos ejemplos se han mencionado antes? Los casos de desventaja femenina se recitan y se repiten en miles, si no en cientos de miles de artículos y libros. Así como (muchas de) esas obras las abordan e investigan de diferentes maneras, las aclaran y presentan diferentes argumentos sobre ellas, así también las discusiones sobre el segundo sexismo pueden ofrecer ideas y argumentos novedosos, aun cuando el fenómeno de la discriminación contra los varones ya se haya mencionado anteriormente. Es ciertamente más novedoso escribir sobre el segundo sexismo que sobre el primer sexismo. Por lo tanto, si se requieren los más altos estándares de novedad, los críticos deben oponerse primero (o en su lugar) a las discusiones feministas tradicionales sobre la discriminación contra la mujer.

A diferencia de esta objeción, otra respuesta a la afirmación de que hay un segundo sexismo es fácil de predecir. Quizás la respuesta más común a todas las opiniones desagradables es la falacia *ad hominem*, en la cual uno ataca a la persona que está ofreciendo el argumento (en lugar de atacar el argumento en sí mismo). De hecho, ya he sido acusado de ser un "hombre enojado" y antifeminista.⁴³ Esto es una falacia porque incluso si yo fuera un "hombre enojado" y un "antifeminista", esto sería irrelevante para determinar si mis argumentos son sólidos. Los hombres enojados y los antifeministas pueden pronunciar declaraciones verdaderas y hacer inferencias válidas a partir de ellas. Y así, aunque las acusaciones se mantuvieran, no nos dirían nada sobre si mis conclusiones deberían ser aceptadas.

Sin embargo, hay un segundo problema. Acusar a los hombres de ser hombres enojados y antifeministas es tanto lamentable como injusto por las mismas razones por las que es lamentable e injusto presentar acusaciones de "odiar a los hombres" (mujeres) feministas.⁴⁵ En otras palabras, el argumento *ad hominem* es tan injusto como el argumento *ad feminam*. No facilita una consideración abierta de los puntos de vista de los demás, e ignora el hecho de que mientras que algunas feministas odian a los hombres y algunos hombres que están preocupados por la desventaja masculina son antifeministas "enojados" (si no misóginos directos), no todos lo son.

El etiquetado es preocupante por una tercera razón. Dadas las opiniones prevalecientes, al menos en la academia, se puede anticipar que las acusaciones de "hombre enojado" y "antifeminista", como la acusación de "conservador", tendrán el "efecto escalofriante" que es antitético al tipo de discusión que debería tener lugar en la academia.⁴⁶

Estructura y método del libro

Una manera de haber escrito este libro habría sido dedicar un capítulo separado a cada una de las desventajas que experimentan los hombres, argumentando que constituye discriminación injusta y luego respondiendo a las objeciones a esos argumentos. Esa no es la forma en que he escrito este libro. Tomar ese camino habría requerido una repetición innecesaria de ideas y argumentos. Por lo tanto, he optado por un enfoque alternativo.

En el capítulo 2, el capítulo inmediatamente posterior a este introductorio, presento una serie de desventajas de ser varón. Hago más que mencionarlos. También los describo con cierto detalle con el fin de dar una explicación más rica, para transmitir la naturaleza y la gravedad de las desventajas. Hago esto porque algunas personas se han inclinado a descartar las desventajas por ser menores. Necesitan ver por qué están equivocados. En algunos casos, las desventajas son claramente el producto de la discriminación y a veces de la discriminación *de jure*, pero incluso en esos casos se requiere un argumento adicional para demostrar que la discriminación es ilícita. Este nuevo argumento se aplaza hasta el capítulo 4.

El capítulo 3 cumple dos propósitos. En primer lugar, presento lo que considero que son (algunas de) las creencias y actitudes que juegan un papel en la explicación de por qué los hombres sufren la desventaja que sufren, y ofrezco algunos argumentos de por qué tomo estas creencias y actitudes

para que jueguen un papel en la causa de esas desventajas. El tercer capítulo también proporciona un marco para pensar en las diferencias de sexo. Debido a que los desacuerdos sobre las diferencias de sexo juegan un papel tan importante en los argumentos sobre cómo deben ser tratados los hombres y las mujeres, es crucial evitar los errores comunes al pensar en las diferencias entre los sexos.

En el capítulo 4, sostengo que la mayoría de las desventajas de ser hombre son también el resultado de la discriminación ilícita. Sin embargo, no todas las desventajas son atribuibles a la discriminación ilícita. Algunos claramente no lo son. En otros casos, no está claro si son, o en qué medida lo son, el resultado de una discriminación ilícita. Sin embargo, incluso estos casos son instructivos porque tienen implicaciones para algunas de las desventajas de ser mujer que típicamente se dice que son casos de discriminación ilícita pero que bien podrían no serlo.

El capítulo 5 está dedicado a examinar diversas categorías de objeciones a la afirmación de que los hombres son víctimas de un segundo sexismo. Por lo tanto, mi argumento de que existe un segundo sexismo se desarrolla realmente en el transcurso de unos pocos capítulos. Es sólo una vez que las objeciones son consideradas y rechazadas en el Capítulo 5 que el grueso (pero no todo) del argumento para la existencia de un segundo sexismo se completa.

El capítulo 6 examina la acción afirmativa basada en el sexo. Aquí sostengo que las políticas y prácticas de acción afirmativa que implican dar preferencia a personas de un sexo en particular no son una respuesta apropiada al sexismo. Esto es cierto independientemente de que sean hombres o mujeres las víctimas de la discriminación en cuestión.

En el capítulo 7, el capítulo final, considero cuestiones como la gravedad relativa del primer y segundo sexismo y si el feminismo es malo para los hombres. También discuto las implicaciones de tomar en serio el segundo sexismo.

Esto no es un trabajo de filosofía de sillón. Mis argumentos, porque tienen que ver con el mundo real, deben basarse en los hechos relevantes sobre el mundo. Sin embargo, los hechos son a menudo muy difíciles de establecer y a veces se discuten. Por lo tanto, he sido tan cuidadoso como he podido en el uso de los datos empíricos. Cuando ofrezco una citación en apoyo de un reclamo, me he esforzado, en la mayoría de los casos, por llegar a la fuente de autoridad más fundamental posible. Por ejemplo, en lugar de citar una fuente secundaria, he intentado, siempre que me ha sido posible, comprobar directamente una fuente primaria y citarla. (En un número inquietante de casos, descubrí que, al verificar las fuentes primarias, no apoyaban la afirmación hecha en las fuentes secundarias. En tales casos, o bien busqué pruebas alternativas y apropiadas para la alegación, o bien rechacé la alegación cuando el resto de las pruebas no la apoyaban.)

Cuando me parece que los hechos no estaban claros, lo he indicado y luego he hecho declaraciones condicionales o he encontrado la manera de eludir la disputa sobre los hechos. Obviamente no puedo decir, a pesar de mis esfuerzos, que he evitado todos los errores. Abarco un terreno considerable y reviso los hallazgos y datos empíricos sobre muchas cuestiones diferentes. No puedo decir que tenga experiencia en todas estas áreas y puede ser que no conozca alguna literatura relevante. Por lo tanto, agradecería que se me informara de cualquier error o laguna que se pudiera encontrar.⁴⁷ También es casi seguro que nuestro conocimiento sobre estos asuntos progresará con el paso del tiempo.

Además, los hechos mismos pueden cambiar. Si los hombres o las mujeres sufren alguna forma específica de discriminación ahora, es posible que no sea el caso más adelante. Por esa razón, es poco probable que este libro sea una obra atemporal. De hecho, la esperanza es que no lo sea. En cambio, la esperanza es que el problema que plantea el libro sea abordado y minimizado o eliminado. Sin embargo, dada la naturaleza humana y la forma en que funcionan las sociedades

humanas, es también extremadamente improbable que algo de esto suceda pronto. Por esta razón, lo que tengo que decir será más duradero de lo que me gustaría que fuera.

He tratado de ser cuidadoso no sólo en las afirmaciones de hecho que hago y en las fuentes que cito para apoyarlas, sino también en los argumentos que esgrimo. Muchos de los que argumentan que los hombres son víctimas de la discriminación (junto con muchos de los que afirman que las mujeres son víctimas de la discriminación) recurren a polémicas emotivas, en las que se presentan afirmaciones extravagantes y argumentos manifiestamente falaces. Mientras que mis argumentos son directos y tratan de cuestiones a las que muchas personas tendrán respuestas emocionales, he intentado mantener el rigor en mi argumentación. Sin duda, mis críticos pensarán que he fallado en presentar argumentos satisfactorios, pero luego deben presentar sus propios argumentos para decir por qué piensan que no existe un segundo sexismo.

Notas

- 1 Esto no quiere decir que los hombres no hayan utilizado a veces la legislación contra la discriminación y no hayan solicitado a los tribunales reparación por la discriminación de que son objeto. Sin embargo, no se promulgó legislación contra la discriminación para combatir esta forma de discriminación. Además, hay quienes parecen envidiar a los hombres este alivio y hacen afirmaciones exageradas sobre la cantidad de hombres que se han beneficiado. Véase, por ejemplo, Catharine A. MacKinnon, *Feminism Unmodified*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1987, p. 35.
- 2 Aunque los hombres y los niños no son los únicos varones, cuando utilizo "varones" en este libro me refiero sólo a los varones *humanos*. Además, por "varones" me refiero a los seres humanos que son del sexo masculino y no del *género* masculino -es decir, los que son anatómicamente más bien que socialmente o psicológicamente masculinos- en los casos en que el sexo y el género no coinciden. (Para más información al respecto, véase la nota 7 infra.)
- 3 Por lo que sé, este término es mío. En una respuesta a mi artículo anterior con este nombre, Tom Digby discute esto. Escribe: "Por cierto, el epígrafe del artículo de [Christina Hoff] Sommers, 'La guerra contra los niños' [Atlantic Monthly, mayo de 2000, pp. 59-74], presumiblemente no escrito por el autor, proclama que 'son los niños quienes son el segundo sexo'. Así que el mérito de esa desagradable inversión de la expresión de Beauvoir podría recaer en un editor anónimo de The Atlantic" (Tom Digby, "Male trouble: are men victims of sexism?"). *Social Theory and Practice*, 29(2), abril de 2003, p. 247, n. 3). Referirse a los niños como el segundo sexo (que encontré sólo después de formular mi título) es una inversión o negación de la frase Beauvoiriana. Mi expresión es una derivación de ella. Dice que incluso si las mujeres son el segundo sexo, los hombres son las víctimas del segundo sexismo. El profesor Digby parece no haber distinguido entre (a) un desacuerdo sobre si los niños o las niñas son el segundo sexo, y (b) una afirmación de que los niños y los hombres son víctimas de un segundo sexismo.
- 4 El derramamiento de sangre fue una vez un tratamiento médico estándar para docenas de enfermedades. La hemocromatosis es una de las pocas afecciones para las que es realmente un tratamiento adecuado.
- 5 Aunque las mujeres mayores no menstrúan, el inicio de la acumulación de hierro en las personas con hemocromatosis tiende a comenzar lo suficientemente tarde en su vida como para que mueran primero por otra causa o sólo sufran los síntomas muy tarde.
- 6 Los fans de La vida de Brian de Monty Python recordarán que la falta de útero de un hombre es "culpa de nadie, ni siquiera de los romanos".

- 7 Como se desprende de la nota 2, me interesa más la discriminación por motivos de sexo que la discriminación por motivos de género. Aunque existen diferentes formas de establecer la distinción, una común es entre la condición biológica o anatómica de ser hombre o mujer -el sexo de una persona- y los atributos que se designan socialmente como masculinos o femeninos -el género de una persona-. Así, una persona que es anatómicamente masculina puede ser femenina y una persona que es masculina puede ser anatómicamente femenina. Me interesa fundamentalmente la discriminación sexual porque me interesa la discriminación contra las personas que son anatómicamente hombres (o que son percibidas como tales). Esto es el complemento a la preocupación por la discriminación contra las personas que son anatómicamente mujeres. Por supuesto, la discriminación por sexo y la discriminación de género están relacionadas. Los sexistas tienden a asumir que los hombres deben ser masculinos y las mujeres deben ser femeninas, pero la expectativa es que el género de las personas coincida con su sexo. Las mujeres masculinas no escapan a la discriminación contra las mujeres, y los hombres femeninos no escapan a la discriminación contra los hombres.
- 8 No soy el único que piensa esto. Por ejemplo, Sophia Moreau ("¿Qué es la discriminación?") *Philosophy and Public Affairs*, 38(2), 2010) dice que su visión de la discriminación "no ofrece una sola explicación reductora de la injusticia de la discriminación, es decir, una explicación que rastree la injusticia de la discriminación hasta algún otro tipo de hecho normativo que sea operativo en todos los casos" (p. 157). Que no pueda reducirse tanto, dice, "refleja la naturaleza compleja del tipo de injusticia que estamos tratando de explicar" (p. 157). Dice que sólo podemos responder a estas preguntas "caso por caso" (p. 159). Y dice que esto no es más problemático para su "relato que para cualquier otro relato de discriminación" (p. 160). Iris Marion Young hace una afirmación similar sobre la opresión. Dice que "no es posible dar una definición esencial de la opresión" (Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton: Princeton University Press, 1990, p. 42).
- 9 Algunas personas utilizan el término "discriminación sexual", pero yo prefiero evitarlo, ya que es ambiguo entre la discriminación por motivos de orientación o actividad sexual y la discriminación por razón del sexo de una persona.
- 10 Janet Radcliffe Richards, *The Sceptical Feminist*, Londres: Penguin Books, 1994, p. 37. Martha Nussbaum comparte esta opinión. Aunque no define explícitamente el sexismo, dice que el feminismo liberal (que obviamente se opone al sexismo) considera que el sexo es una característica moralmente irrelevante para determinar cómo se debe tratar a las personas. (*Sex and Social Justice*, Nueva York: Oxford University Press, 1999, pág. 10.)
- 11 Mary Anne Warren, *Gendercide*, Totowa, NJ: Rowman & Allanheld, 1985, p. 83.
- 12 Ibídem, págs. 83-84.
- 13 Véase, por ejemplo, Marilyn Frye, *The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory*, Freedom, CA: The Crossing Press, 1983, p. 38; Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, especialmente pp. 39-65.
- 14 Richard Wasserstrom, "On racism and sexism," en Carol Gould (ed.), *Gender*, Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1997, pp. 337-358, en p. 347.
- 15 Ibídem.
- 16 El requisito "sistémico" no es suficiente. La discriminación contra los hombres puede ser sistémica. Aquellos que niegan la existencia de un segundo sexismo también requieren la condición de que el sistema favorezca a aquellos que tienen el poder total. (Esto asume que los hombres tienen el poder total. Volveré sobre esta suposición más adelante.)

- 17 Marilyn Frye, *The Politics of Reality*, p. 19.
- 18 Ibídem, pág. 38. La redacción precisa de la definición de los profesores Frye y Wasserstrom permite la posibilidad de que los hombres puedan ser víctimas del sexismo si la discriminación contra ellos fuera parte de un sistema que concentra el poder y la ventaja en las manos de (¿otros?) hombres. Sin embargo, no parece que ninguno de ellos pretendiera esta laguna en sus definiciones.
- 19 Marilyn Frye, *The Politics of Reality*, p. 18.
- 20 Richard Wasserstrom, "On racism and sexism," p. 347.
- 21 Ibídem.
- 22 Peter Singer, *Animal Liberation*, 2nd edn, Nueva York: New York Review of Books, 1990, págs. 18-19.
- 23 Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, pp. 40-41. Discutiré estas cuestiones más adelante en el capítulo final.
- 24 Y si alguien se opone a ese término, podemos decir simplemente que son víctimas de la injusticia, o simplemente que son tratados injustamente.
- 25 Algunos podrían sugerir que si las mujeres son las mayores víctimas de la discriminación por razón de sexo que los hombres, estamos, sobre esa base, justificados para centrarnos en la discriminación por razón de sexo contra las mujeres. Rechazo este argumento en la sección "Distracción" del capítulo 5.
- 26 Por ejemplo, Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, Nueva York: Dell, 1974; Carole Pateman, *The Sexual Contract*, Cambridge: Polity Press, 1988; Deborah L. Rhode, *Speaking of Sex: The Denial of Gender Inequality*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997.
- 27 Quizás en circunstancias extraordinarias -para evitar una catástrofe, por ejemplo- un acto sexista podría estar moralmente justificado. Algunos podrían decir, en tales circunstancias, que la discriminación sigue perjudicando a la persona perjudicada, pero que la injusticia está justificada. En este libro me enfoco en las circunstancias ordinarias más que en las extraordinarias.
- 28 Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, pp. 41, 150; Nijole V. Benokraitis, *Subtle Sexism: Current Practices and Prospects for Change*, Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 1997.
- 29 John Stuart Mill, "The subjection of women", en *On Liberty and Other Essays*, ed. (Sobre la libertad y otros ensayos). J. Gray, Oxford: Oxford University Press, 1991, p. 486-487, 493-495; Martha C. Nussbaum, *Sex and Social Justice*, pp. 11, 13, 130-153.
- 30 *Frontiero v. Richardson*, 411 US 677 (1973).
- 31 Agradezco a Don Hubin por llamar mi atención sobre este caso y por sugerir las observaciones que he hecho en este párrafo.
- 32 Hay algunas críticas que no presuponen ninguno de los puntos de vista que voy a exponer a continuación. No hay muchos de ellos y los consideraré también a su debido tiempo.
- 33 Michael Levin negaría que el feminismo igualitario es realmente feminismo. Esto se debe a que una de sus condiciones para que se considere feminista es que no se trate de un "tópico que ninguna persona razonable discutiría". Luego dice que puntos de vista como el de

"oposición al sexismo" caen bajo esta condición. (*Feminism and Freedom*, New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1987, p. 16.) El problema con su punto de vista, sin embargo, es que la oposición al sexismo ha sido, y sigue siendo, ampliamente rechazada. Incluso cuando la gente dice que se opone al sexismo, sus palabras a menudo no coinciden con sus compromisos. Por lo tanto, no es irrazonable entender el feminismo igualitario como un compromiso genuino con la igualdad de los sexos.

- 34 Esta distinción no es exactamente la misma que la de Christina Hoff Sommers entre feminismo de equidad y feminismo de género, a pesar de que existen similitudes. (Ver *Who Stole Feminism*, Nueva York: Simon & Schuster, 1994, p. 22.)
- 35 Janet Radcliffe Richards señala que hay feministas partidistas (*The Sceptical Feminist*, p. 29), pero juzga que este punto de vista no es fiel al feminismo. Dice, por ejemplo, que el feminismo "no se ocupa de un grupo de personas al que quiere beneficiar, sino de un tipo de injusticia que quiere eliminar" (p. 25-26). Es mucho más razonable pedirle a la gente que apoye un movimiento contra la injusticia que un movimiento a favor de las mujeres" (p. 26).
- 36 Por ejemplo, las "New York Radical Women" (ya no existen) en una declaración de principios:
- Nos ponemos del lado de la mujer en todo. No preguntamos si algo es "reformista", "radical", "revolucionario" o "moral". Nos preguntamos: ¿es bueno para las mujeres o malo para las mujeres?
- Robin Morgan (ed.), *Sisterhood is Powerful: An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*, Nueva York: Vintage Books, 1970, p. 520.)
- 37 Discutiré esto más a fondo en el capítulo 3.
- 38 De hecho, cuando publiqué por primera vez un artículo sobre el segundo sexismo, las cuatro respuestas, invitadas por los editores de la revista, eran respuestas feministas. Ni siquiera se invitó a los conservadores a hacer comentarios. Esto, creo, es muy probablemente indicativo de las tendencias actuales de la filosofía social y de la academia en general.
- 39 Tom Digby ("Problemas masculinos", p. 248) se queja de que dejó sin especificar la naturaleza de la amenaza. Esto se debe a que su naturaleza dependerá de las particularidades del punto de vista de cualquier lector.
- 40 Me refiero aquí a las ortodoxias en general.
- 41 Kenneth Clatterbaugh, "Benatar's alleged second sexism", *Social Theory and Practice*, 29(2), abril de 2003, p. 211.
- 42 Desde entonces he descubierto que muchos de ellos se mencionaron mucho antes de la década de 1970. Véase *Ernest Belfort Bax*, "The Legal Subjection of Men" (1908). Disponible en: http://en.wikisource.org/wiki/The_Legal_Subjection_of_Men (consultado el 1 de julio de 2010). Dado que en este trabajo se afirma que son los hombres y no las mujeres los que están (o, en el momento de redactar el presente documento, los que estaban) subyugados, no apoyo las conclusiones de esta generalidad.
- 43 Véase, por ejemplo, Tom Digby, "Male trouble", p. 247. Dice que "el antifeminismo es un tema común en el discurso del hombre enojado". Luego dice que este es mi "punto de vista aproximado".

- 44 También deberíamos rechazar, como falacia *ad hominem*, la posible acusación de que los hombres feministas odian a los hombres, o al menos a aquellos hombres que no están de acuerdo con sus puntos de vista feministas particulares.
- 45 Es irónico, de hecho, que el profesor Digby, que acusa a otros de ser hombres enojados, haya objetado previamente a hacer la acusación de que las feministas odian a los hombres. Ver su "¿Las feministas odian a los hombres? Feminism, antifeminism and gender oppositionality," *Journal of Social Philosophy*, 29(2), otoño 1998, pp. 15-31.
- 46 Tom Digby intenta un movimiento similar cuando contamina, por asociación con racistas y personas insensibles al racismo, a aquellos que desaprueban la acción afirmativa (Tom Digby, "Male trouble," p. 258). Estoy de acuerdo en que quienes se oponen a la acción afirmativa (para los negros) incluyen a los racistas y a los insensibles al racismo, pero hay otra corriente de oposición a la acción afirmativa que se basa en premisas liberales y antirracistas.
- 47 Mis puntos de vista ya han evolucionado. En algunos casos, antes pensaba que era una cuestión abierta si una determinada desventaja de ser varón era el producto de la discriminación, pero la lectura subsiguiente sugirió que sí lo es.

Capítulo II

Desventaja masculina

Ahora que las mujeres ya no son abatidas por el parto, ha quedado claro que disfrutan de una ventaja tanto en robustez psicológica como biológica.

Constance Holden, "¿Por qué las mujeres viven más que los hombres?"
Science, 238, 9 de octubre de 1987, p. 158.

Muchas personas no pueden pensar en ninguna forma en que los hombres están en desventaja. El objetivo de este capítulo es rectificar eso. Presentaré una serie de ejemplos de tal desventaja y proporcionaré algunos detalles sobre ello. Debido a que algunos de los que niegan que haya un segundo sexismo tienden a descartar estos como asuntos menores, dedicaré un tiempo a explicar cuán sustanciales son algunas de estas desventajas, ya sea en el número de hombres afectados o por la gravedad del impacto. En otros casos, dedico cierta atención a demostrar que, de hecho, hay una desventaja, porque los hechos pueden estar en disputa.

Las desventajas se presentan bajo varios encabezados. Estas categorías son por conveniencia, pero en realidad hay una superposición considerable entre algunas de ellas. No pretendo ser exhaustivo. Se ha prestado tan poca atención a la desventaja masculina que es muy probable que ni siquiera conozcamos todas las formas en que los hombres están en desventaja. Por lo tanto, mis ejemplos son aquellos en los que está claro -para todos, excepto los negadores más ideológicos del segundo sexismo- que los hombres están en desventaja, o aquellos en los que tenemos datos suficientes para demostrar la desventaja masculina. No todos los ejemplos de desventaja masculina que mencionaré en este libro se tratarán en este capítulo. A veces, mencionaré incidentalmente un ejemplo en capítulos posteriores como parte de mis argumentos de que existe un segundo sexismo.

Al presentar ejemplos de desventaja masculina, utilizo ejemplos históricos y actuales. Ambos son relevantes. Muchos de los ejemplos históricos continúan hasta el presente, al menos en algunas partes del mundo. Incluso donde no lo hacen, demuestran la profundidad histórica de la desventaja masculina, que no es nada nuevo. De interés principal, sin embargo, es la persistencia de la desventaja masculina, o el desarrollo de nuevas formas de desventaja, y por lo tanto los ejemplos actuales son cruciales.

La incidencia de la desventaja masculina varía no solo de vez en cuando, sino también de un lugar a otro. Existe una variación considerable geográficamente. Las desventajas que experimentan los varones en algunos lugares no las experimentan los hombres en todos los lugares. Lo mismo, por supuesto, es cierto de las desventajas femeninas, y por lo tanto aquellas feministas que niegan la existencia del segundo sexismo deben tener cuidado al descartar la importancia de la desventaja masculina sobre la base de que no son experimentados por todos los hombres en todos los tiempos y lugares. La variación geográfica e histórica no significa que las desventajas sean menos reales o serias para quienes las experimentan.

En su mayor parte, mi descripción de la desventaja masculina es general. Es decir, describo leyes, tendencias, datos cuantitativos y prácticas comunes. A veces, sin embargo, ilustraré un punto con un ejemplo sobre una persona específica. Hago esto raramente y mi argumento no se basa en tales detalles. Los casos específicos son ilustraciones de tendencias más generalizadas. Por lo tanto, no soy vulnerable a la acusación de argumentar por medio de una anécdota.

Aunque mi objetivo en este capítulo es presentar solo ejemplos de desventajas masculinas, debe quedar claro que, al presentar estos ejemplos, algunos de ellos también son producto de la discriminación. Sin embargo, los argumentos para la afirmación de que son casos de discriminación injusta solo se presentarán en capítulos posteriores. Otros ejemplos los presentaré, aunque claramente los casos de desventaja no son claramente ejemplos de discriminación. Los abordé de todos modos. Una razón para esto es que son paralelas a algunas formas de desventaja femenina que las feministas citan como ejemplos de sexismo. Por lo tanto, argumentaré que las desventajas masculinas relevantes son casos de sexismo o que las desventajas femeninas comparables no lo son.

Conscripción y combate

Quizás el ejemplo más obvio de desventaja masculina es la larga historia de presiones sociales y legales sobre los hombres, pero no sobre las mujeres, para ingresar al ejército y luchar en la guerra, arriesgando así sus vidas y su salud corporal y psicológica. Donde la presión para unirse al ejército ha tomado la forma de conscripción, los costos de evasión han sido el exilio autoimpuesto, el encarcelamiento, el asalto físico o, en las circunstancias más extremas, la ejecución.¹ Millones de hombres han sido reclutados y forzados a la batalla. Otros han sido presionados para formar parte del servicio naval. Si bien la conscripción se ha eliminado en un número cada vez mayor de países, al menos por el momento, todavía se emplea, de una forma u otra, en más de 80 países.⁽²⁾ Estas incluyen muchas democracias liberales desarrolladas, donde las barreras legales para el avance de la mujer han (casi) sido destruidas.

En aquellos tiempos y lugares donde las presiones sobre los hombres para unirse al ejército han sido más sociales que legales, los costos de no haberse enrolado han sido vergüenza u ostracismo. Puede ser difícil para las personas de las sociedades occidentales contemporáneas comprender cuán poderosas han sido esas fuerzas en otros contextos. Sin embargo, los hombres jóvenes, e incluso los niños, se han sentido, y se les ha hecho sentir, que su hombría es impugnada si no se alistán. En otras palabras, serían cobardes si no respondieran a la llamada a las armas. Las mujeres, ajenas a su propio privilegio al estar exentas de tales presiones y expectativas, a veces han tomado la iniciativa de avergonzar a los hombres que pensaban que ya deberían haberse ofrecido como voluntarios.

Un ejemplo especialmente gráfico de esto es la campaña, durante la Primera Guerra Mundial, de mujeres británicas que distribuían plumas blancas, un símbolo de cobardía, a hombres jóvenes que no vestían uniforme.⁽³⁾ Estos se distribuyeron incluso a adolescentes varones que técnicamente eran demasiado pequeños para registrarse.⁽⁴⁾ Un niño, Frederick Broome, que había logrado alistarse a los 15 años, peleó en la batalla, fue devuelto a Inglaterra en un estado febril y luego fue dado de baja por insistencia de su padre, quien presentó su partida de nacimiento para convencer a las autoridades. Luego, mientras caminaba sobre un puente en la ciudad, luego de los 16 años, el joven Frederick fue abordado por cuatro muchachas que le dieron tres plumas blancas. Más tarde recordó lo siguiente:

Me sentí muy humillado. Terminé la caminata por el puente y allí, en el otro lado, estaba la Trigésima Séptima Asociación Territorial de Londres de la Artillería de Campo Real. Entré directamente y me reincorporé al ejército.⁵

Incluso en las pocas sociedades donde las mujeres han sido reclutadas, casi invariablemente han sido tratadas con mayor indulgencia. Por lo tanto, Israel, uno de los pocos estados contemporáneos (y tal vez el único estado democrático liberal) que actualmente recluta mujeres, es mucho menos exigente con las mujeres que con los hombres. Las mujeres son reclutadas por menos de dos años y los hombres por un total de tres años.⁶ Mientras que los hombres sirven en las reservas hasta los 54 años, las mujeres solo sirven hasta los 24 años.⁷ Además, las mujeres casadas pero los hombres no casados están exentos. Las mujeres también tienen muchas más probabilidades de quedar exentas

por otros motivos (como los compromisos religiosos). ⁸ Lo más importante de todo es que las mujeres no se ven obligadas a combatir y, por lo tanto, se salvan de lo peor de la vida militar. ⁹ De hecho, están en gran medida colocados en trabajos que "liberan" a más hombres para el combate.

Algunos han notado, bastante correctamente, que la definición de "combate" a menudo cambia, con el resultado de que aunque las mujeres a menudo se mantienen formalmente fuera de las condiciones de combate, a veces se involucran eficazmente en actividades de combate arriesgadas. ¹⁰ Esto es más pronunciado en el caso del ejército de los Estados Unidos donde, de hecho, aunque no de jure, las mujeres están cada vez más en condiciones de caer bajo el fuego enemigo. Kingsley Browne reconoce que estas mujeres soldados están "en combate" en el sentido de que enfrentan "riesgos de combate" o están "en peligro". Sin embargo, sugiere que estas mujeres no están "en combate" en otro sentido más estrecho que se refiere a "buscar al enemigo y cerrar con él con el propósito de matarlo". ¹¹ En otras palabras, la diferencia entre estar "en peligro" y "en combate" (en el sentido estricto) es la diferencia entre esperar pero no poder evitar el contacto con el enemigo y buscar dicho contacto e interacción con el enemigo. Además, sigue siendo cierto que en esas relativamente pocas situaciones, tanto históricas como geográficas, en las que a las mujeres se les permite tomar roles que las exponen a un mayor riesgo, es el resultado de su elección en lugar de la coacción. Incluso entonces las mujeres generalmente se mantienen, en la medida de lo posible, en las peores situaciones de combate.

Otros han observado que la exclusión de las mujeres de los roles de combate no ha dado como resultado la protección universal de las mujeres en tiempos de guerra. Donde las guerras se libran en el territorio de su país, las mujeres se encuentran regularmente entre las víctimas del combate. Sin embargo, sigue siendo cierto que tales escenarios son vistos por las sociedades como una desviación del conflicto "ideal" en el que los combatientes (varones) luchan a distancia de las mujeres y los niños a los que supuestamente deben proteger. Una sociedad intenta proteger a sus propias mujeres pero no a sus hombres de los riesgos de guerra que amenazan la vida.

Tampoco deberíamos olvidar cuán terrible es el combate. Las condiciones pueden ser espantosas. Considere, por ejemplo, las condiciones que enfrentan las tropas inglesas en espera de la batalla de Agincourt el 25 de octubre de 1415:

Esperando... debe haber sido un negocio frío, miserable y sórdido. Había estado lloviendo, el suelo se había arado recientemente, la temperatura del aire era probablemente de alrededor de 40 grados Fahrenheit y muchos en el ejército estaban sufriendo de diarrea. Como presumiblemente se habría permitido que ninguno abandonara las filas mientras se desplegaba el ejército para la acción, las víctimas tendrían que hacer sus necesidades allí donde estaban. Para cualquier hombre de armas afligido con mallas de malla atadas a su armadura de placas, incluso eso podría no haber sido posible. ¹²

Tampoco es la diarrea una condición necesaria para estas indignidades excrementarias:

A medida que el contacto con el enemigo se acerca, la anticipación se agudiza en temor. Sus efectos físicos son sorprendentes. El corazón late rápidamente, la cara brilla con sudor y la boca se seca, tan seca que los hombres a menudo salen de la batalla con las bocas ennegrecidas y los labios agrietados. Las mandíbulas abiertas o los dientes castañean, y en un esfuerzo por controlarse, un hombre puede apretar la mandíbula con tanta fuerza que le dolerá durante días. Muchos pierden el control de su vejiga o intestinos. Casi una cuarta parte de los soldados de una división estadounidense entrevistados en el Pacífico Sur admitieron que se habían ensuciado, y el espectáculo de que los soldados orinan con urgencia justo antes de entrar en acción es tan antiguo como la batalla misma. ¹³

Una vez que comienza la batalla, también lo hacen las bajas. ¹⁴ Millones de hombres han muerto en combate. Han sido golpeados con varios instrumentos, decapitados con espadas y balas de

cañón, hackeados con hachas, penetrados en cada parte del cuerpo (cabeza, pecho, abdomen, genitales y extremidades) con flechas, balas y metralla, y volados en pedazos.¹⁵ Han sido envenenados con gas, quemados vivos, murieron en aviones, se ahogaron y sufrieron hemorragias internas por la presión de las explosiones.¹⁶ Algunos mueren al instante. Otros se desangraron hasta morir, sucumbieron a infecciones o perecieron de sus heridas en períodos de duración variable. Algunos heridos de muerte han muerto lentamente en el campo de batalla porque la evacuación oportuna para recibir tratamiento médico era imposible.

No todas las bajas son fatales. Algunos son relativamente leves, pero no obstante una desventaja con respecto a las mujeres, a quienes se salvaron tales lesiones al quedar exentas de combate. Las lesiones graves, sin embargo, son extremadamente comunes.¹⁷ Los hombres han perdido extremidades, mandíbulas, narices, orejas y ojos. Han sido cegados, ensordecidos, paralizados y desfigurados de innumerables maneras. Ni todas las heridas son físicas. El trauma del combate, las heridas, el horror de las muertes y las heridas de los camaradas, e incluso el infligir a los enemigos, puede causar un trauma psicológico.¹⁸ Los soldados pueden ser perseguidos durante décadas por sus experiencias de combate, impactando negativamente en sus vidas de innumerables maneras.

Los horrores de la guerra son tales que muchos soldados, incluso los que se ofrecieron como voluntarios, pero más especialmente los conscriptos, preferirían abandonar la batalla antes que quedarse. Las presiones contra la desertión son parcialmente sociales. Los hombres, si quieren salvar la cara, deben actuar con valentía y "honorablemente". Pero estas presiones son insuficientes para mantener a todos los hombres en rango y, por lo tanto, se han impuesto fuertes penas para aquellos que intentan contenerse o huir. Los desertores son encarcelados regularmente, pero otras sanciones han incluido la marca.¹⁹ Los desertores a menudo han sido ejecutados, ya sea sumariamente en el acto o después de un consejo de guerra.²⁰ Entre los que fueron ejecutados por desertión se encuentran aquellos que, hoy en día, al menos en algunas sociedades, serían reconocidos por tener un trastorno por estrés postraumático.²¹ Sin embargo, todavía hay casos, incluso en sociedades iluminadas, donde los militares no están suficientemente atentos a las tensiones psicológicas del combate. En 2003, un soldado estadounidense, en su segunda noche en Irak, vio a un iraquí que había sido cortado a la mitad por fuego de ametralladora. El soldado vomitó y "tembló durante horas". Le dolía la cabeza y le dolía el pecho.²² "Cuando le informó a su superior que estaba teniendo un ataque de pánico y necesitaba ver a alguien", dijo que "le dieron dos pastillas para dormir y le dijeron que se vaya".²³ Dos días después fue enviado de regreso a los Estados Unidos y luego acusado de cobardía. "Cobarde es un gran estigma para llevar", dijo.²⁴ Eventualmente todos los cargos en su contra fueron retirados,²⁵ pero no sin antes causarle una gran angustia.

Otros soldados, que desean evitar tanto el combate continuo como los castigos por desertar, han fingido una enfermedad psiquiátrica, mientras que otros han recurrido a la automutilación, volviéndose incapaces de continuar el servicio.²⁶ Algunos están tan desesperados que se quitan la vida.²⁷

Algunos soldados se convierten en prisioneros de guerra. Aunque ahora hay convenciones que rigen el tratamiento de los reclusos, estos son relativamente nuevos e incluso ahora se violan con frecuencia. Todos los prisioneros de guerra son, por definición, prisioneros y sufren las penurias que conlleva el encarcelamiento. Algunos han sido golpeados, torturados, hambrientos y sometidos a trabajos forzados. Algunos son ejecutados.

Después de haber luchado, a menudo de mala gana y bajo la amenaza de un severo castigo por negarse, los soldados sobrevivientes regresan a casa. Aunque a veces les espera una bienvenida de héroe, esto no dura tanto como las heridas que muchos de ellos han sufrido.²⁸ Su recepción inicial por parte de la sociedad civil es con frecuencia menos gloriosa. Pueden ser temidos por la forma en que la guerra los ha embrutecido.²⁹ Incluso pueden encontrarse con hostilidad donde la guerra en la

que lucharon se ha vuelto impopular.³⁰ De hecho, a veces son rechazados incluso antes de regresar de tales guerras. Por ejemplo, a medida que la Guerra de Vietnam se hizo más impopular en los Estados Unidos, "se hizo cada vez más común que novias, prometidas e incluso esposas abandonaran a los soldados que dependían de ellos".³¹

No todos los hombres que son reclutados ven el combate, pero el reclutamiento incluso en ausencia de combate es una desventaja significativa. Las carreras son interrumpidas. Los reclutas están separados de sus familias. Están sujetos a serias invasiones de privacidad, restricciones a la libertad, trato degradante y disciplina dura.³² Incluso hoy, en el ejército ruso, por ejemplo, se practica un "sistema abusivo de disciplina conocido como dedovshchina".³³ Miles de casos son reportados cada año y una cantidad de soldados mueren cada año como resultado de esta disciplina.³⁴ Cientos se quitan la vida.³⁵

Violencia

Combatir de ninguna manera es el único contexto en el que los hombres son víctimas de la violencia. De hecho, con dos excepciones, los hombres son mucho más propensos que las mujeres a ser objeto de agresión y violencia.³⁶

La primera excepción es la agresión sexual. Aunque, como mostraré más adelante, la incidencia del asalto sexual de hombres se subestima significativamente y se toma con la suficiente insuficiencia, es el caso de que las mujeres son más frecuentemente víctimas de agresión sexual.

La segunda excepción es un tipo de violencia doméstica, pero esto es excepcional de una manera inusual. En su forma conyugal o de "pareja íntima"³⁷, la frase "violencia doméstica" se entiende rutinariamente como referencia a la violencia que los esposos o novios infligen a sus esposas o novias. La percepción general es que la violencia conyugal es casi exclusivamente el trato violento de las mujeres por parte de sus maridos, novios u otros compañeros masculinos. Sin embargo, esta percepción es errónea. Muchos estudios han demostrado que las esposas usan la violencia contra sus maridos al menos tanto como los maridos usan la violencia contra sus esposas,³⁸ Dado lo inesperados que son estos hallazgos para muchas personas, al menos un autor conocido (que compartió los prejuicios prevalecientes antes de su investigación cuantitativa) examinó los datos de múltiples maneras con el fin de determinar si estos podrían conciliarse con puntos de vista comunes.³⁹ En casi todos los puntajes, las mujeres fueron tan violentas como los hombres. Se encontró que la mitad de la violencia es mutua, y en la mitad restante había un número igual de agresores femeninos y masculinos.⁴⁰ Cuando se hizo una distinción entre "violencia normal" (empujar, empujar, golpear y arrojar cosas) y "violencia severa" (patear, morder, golpear, golpear con un objeto, "golpear" y atacar al cónyuge con un cuchillo o arma), la tasa de violencia mutua se redujo a un tercio, la tasa de violencia solo por el marido se mantuvo igual, pero la tasa de violencia solo por la esposa aumentó.⁴¹ Se ha demostrado que las esposas inician la violencia tan a menudo como los maridos.⁴² Al menos algunos estudios han sugerido que hay una mayor tasa de esposas atacando a esposos que maridos que agreden esposas,⁴³ y la mayoría de los estudios sobre violencia de pareja muestran tasas más altas de violencia infligida por mujeres.⁴⁴ Por lo tanto, no es el caso, como algunos han sugerido, que la violencia femenina contra las parejas íntimas suele ser en defensa propia.

Los hallazgos de la investigación sobre los efectos de la violencia conyugal son mixtos. Algunos han descubierto que los maridos infligen más daño a las esposas que las esposas a los maridos.⁴⁵ Se ha sugerido que esto se debe a que los maridos generalmente son más grandes y más fuertes que sus esposas.⁴⁶ Sin embargo, otros estudios han encontrado que las esposas infligen más daño a los maridos.⁴⁷ Si se usan armas, el tamaño más pequeño de las mujeres no afectará su capacidad de

causar lesiones. Sin embargo, otros estudios no han encontrado diferencias en la gravedad de la lesión causada por parejas masculinas y femeninas.⁴⁸

Por lo tanto, la violencia conyugal es una excepción a la tendencia de que los hombres corren un mayor riesgo de ser víctimas de violencia, no porque los hombres corran un riesgo menor sino porque corren un riesgo comparable. Sin embargo, la percepción errónea de que las esposas no maltratan a los maridos en sí misma causa una mayor desventaja para los hombres. Los hombres maltratados son tomados menos en serio que las mujeres maltratadas cuando se quejan de abuso o buscan ayuda. También hay menos recursos para ayudar a los hombres abusados.

Con la excepción de la violencia sexual y la violencia infligida por la pareja, los hombres son más propensos que las mujeres a ser víctimas de la violencia. Tanto hombres como mujeres han demostrado, en la mayoría de los estudios experimentales, comportarse de forma más agresiva contra los hombres que contra las mujeres.⁴⁹ Fuera del laboratorio, los hombres también son más a menudo víctimas de la violencia. Esto es cierto en una variedad de contextos. Considera primero el crimen violento. Los datos de EE. UU., Por ejemplo, muestran que casi el doble del número de hombres que de mujeres son víctimas de asalto agravado y más de tres veces más hombres que mujeres son asesinados.⁵⁰ Las estadísticas de Inglaterra y Gales muestran un fenómeno similar allí. Durante el año 2008-2009, los hombres "tenían el doble de probabilidades que las mujeres de haber sido víctimas de violencia".⁵¹ Los hombres jóvenes, de entre 16 y 24 años de edad, estaban particularmente en riesgo. El trece por ciento de ellos habían sido víctimas de crímenes violentos, en comparación con el 3% de todos los adultos.

En casos de conflicto, los hombres, incluso cuando no son combatientes, sufren más violencia. Por ejemplo, la abrumadora mayoría de las muertes durante el "terror del caucho" belga en el Congo fueron hombres. Aunque aparentemente no hay evidencia directa del número de muertes, el posterior desequilibrio demográfico significativo entre el número de hombres y mujeres adultos en la población al final de este período revela que principalmente se tomaron vidas de hombres.⁵²

Los hombres también fueron la mayoría de las víctimas de las purgas estalinistas. Al examinar los datos del censo soviético de enero de 1959, Robert Conquest concluyó que aunque las bajas de la guerra explican parte del desequilibrio sexual en la población, los desequilibrios más significativos se produjeron en cohortes de mayor edad que fueron menos afectadas por las pérdidas de combate en la Segunda Guerra Mundial y más afectado por las purgas. Por lo tanto, en el grupo de edad de 55 a 59 años, solo el 33% de la población era de sexo masculino. En las cohortes de edad adyacentes, las proporciones son muy similares. Alrededor del 38% de las personas de 40 a 54 años eran hombres, y casi el 35% de las personas de 60 a 69 años eran hombres.⁵³

En Sudáfrica, la Comisión de la Verdad y la Reconciliación descubrió que la abrumadora mayoría de las víctimas de graves violaciones de los derechos humanos (asesinatos, torturas, secuestros y malos tratos graves) durante los años del apartheid (tanto del gobierno como de sus oponentes) se machos.⁵⁴ Los testimonios recibidos por la Comisión sugieren que la cantidad de hombres que murieron fue seis veces mayor que la de las mujeres. Se infligieron graves violaciones de los derechos no mortales en más del doble del número de hombres que de mujeres.⁵⁵ Tampoco se puede acusar a la Comisión de haber ignorado a las mujeres y su testimonio. La mayoría de los deponentes de la Comisión (55.3%) eran mujeres,⁵⁶ y tan sensible era la Comisión a la proporción relativamente pequeña de mujeres entre las víctimas de las violaciones más graves que celebró una audiencia especial sobre las mujeres.⁵⁷

En el conflicto de Kosovo de 1998-1999, según un estudio, el 90% de las muertes relacionadas con la guerra fueron de hombres, y los hombres constituían el 96% de las personas que habían desaparecido.⁵⁸ Según el informe de la Misión de Verificación de Kosovo de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), "los hombres jóvenes fueron el grupo más

atacado por el conflicto en Kosovo"⁵⁹. Las mujeres y las niñas constituían el la mayoría de las víctimas de violación, hombres y niños fueron torturados y asesinados en cantidades mucho mayores.

Estos son solo algunos ejemplos recientes, en la larga historia de violencia humana, en la que los hombres han sido las principales víctimas de asesinatos en masa y otras violaciones graves de los derechos humanos.⁶⁰

El castigo coroporal

Una categoría de violencia que merece atención aparte es el castigo corporal, la imposición punitiva de dolor en el cuerpo (por medio de flagelación, azotes, golpes o golpes, por ejemplo). Esto se debe a que, a diferencia del crimen violento, que por definición es ilegal, y mucha violencia infligida a los no combatientes en tiempos de conflicto, que a menudo infringe la ley o las normas locales o internacionales, el castigo corporal es impuesto por la ley o está legal y socialmente permitido, si no animado.

Aunque el castigo corporal ha sido infligido tanto a hombres como a mujeres, se ha impuesto, especialmente pero no solo en los últimos tiempos, en los hombres mucho más rápido y severamente que en las mujeres.⁶¹ Distintos estándares dobles existen.

Un contexto en el cual el castigo corporal ha sido infligido -y todavía se inflige en algunos países- es el militar. Debido a que, como hemos visto, los militares han sido tradicionalmente una reserva casi exclusivamente masculina, las hembras se han librado del brutal castigo físico, a menudo por las infracciones más triviales, que se ha infligido a los hombres en el ejército. Miles de soldados y marineros han sido azotados. En la Marina de los EE. UU., Por ejemplo, se infligieron casi 6.000 azotes en el período 1846-1847.⁶² En cualquier flagelación dado, hasta cientos de latigazos serían infligidos a un solo hombre. El gato-nueve colas, un látigo hecho de "nueve pedazos pequeños, duros, retorcidos de algodón o cordón de lino, con tres nudos en cada uno, fijados a un mango corto y grueso de cuerda",⁶³ se usó en el desnudo volver, mientras que el marinero en el que se infligió fue atado con los brazos elevados por encima de su cabeza. Este castigo, que se administró en presencia de todos a bordo, desollaba la piel de la espalda y con frecuencia también causaba daños anteriores cuando el látigo se enroscaba alrededor del cuerpo del marinero. Los marineros pequeños fueron hechos para "besar a la hija del artillero", es decir, estaban atados en una posición de flexión, a lo largo del cañón de un cañón y luego azotados en las nalgas (a menudo desnudas). Otra pena a la que fueron sometidos los marineros fue la limpieza de quillas,⁶⁴ en la que un hombre estaba atado a una cuerda y arrastrado bajo un barco, de un lado a otro. En este proceso, la quilla incrustada en percebes lacerado su piel. Cuando se arrastra demasiado lento, los hombres se ahogaron. En el ejército ruso del siglo XIX los golpes "de los oficiales, flagelación con varillas de abedul y con palos, por la más mínima falta, eran asuntos normales".⁶⁵ En el Singapur contemporáneo, los reclutas son apaleados (aunque se desconoce la frecuencia).⁶⁶ Estos son solo algunos ejemplos extraídos de muchos siglos y cientos de países en los que los hombres han sido sometidos a duros castigos corporales en el ejército.

Aunque el castigo corporal es un castigo infligido judicialmente en muchos menos países ahora que antes, todavía hay más de 30 países en los que los tribunales sentencian a las personas a castigos corporales.⁶⁷ En la abrumadora mayoría de estos países, este castigo está reservado para los hombres y no puede ser infligido a las mujeres. Este doble estándar también fue la norma en aquellos países que previamente infligieron castigo judicial pero ya no lo hacen.⁶⁸

Si bien los detalles de cómo se aplica el castigo varían de jurisdicción a jurisdicción, el castigo corporal judicial tiende a ser extremadamente severo. En Singapur, por ejemplo, el hombre es llevado a la habitación del azucarero, desnudo y atado a un caballete. Se coloca material protector

sobre el área del riñón para evitar daños en los órganos en caso de un golpe mal colocado, pero las nalgas quedan expuestas. Los oficiales de caning son hombres jóvenes y poderosos a quienes se les exige legalmente que pongan toda su fuerza en cada ataque (un término que creo que es preferible al "golpe" ambiguo, pero comúnmente usado). Las huelgas se entregan con un bastón de ratán. El número de golpes depende de la oración, pero el máximo es 24 (por ofensa) para adultos y 10 para menores. El dolor se ha descrito como "más allá de la descripción", "más fuerte que insoportable" e "insostenible".⁶⁹ Los golpes extraen sangre y, si se libera un número suficiente, la piel se lacera, dejando heridas abiertas en las que la carne queda expuesta. La cicatrización permanente es común. El número de sentencias de caning en Singapur ha aumentado de manera constante a lo largo de los años y ahora es de más de 6000 por año.⁷⁰ El Código de Procedimiento Penal de Singapur prohíbe específicamente infligir azotes a las mujeres,⁷¹ lo que también es el caso en la mayoría de los demás países donde se imponen castigos corporales judiciales. Incluso donde las mujeres no están exentas, el castigo es mucho menos severo. Los machos están en desventaja.

Muchas jurisdicciones que ya no imponen el castigo corporal judicial todavía lo permiten en las escuelas. Donde se permite (o se ha permitido) en las escuelas, a menudo ocurre que solo los niños pueden ser golpeados, que el castigo corporal de las niñas está prohibido.⁷² Esto es cierto incluso en las escuelas mixtas. En otras palabras, si un niño y una niña de la misma clase cometen el mismo delito, el niño puede ser objeto de castigo corporal, pero la niña recibe un trato más suave. De hecho, un niño podría ser azotado por una ofensa menor, mientras que la niña está exenta incluso si comete una falta grave. Si bien los azotes de los niños a veces se hacen en privado, a menudo se hace frente a la clase o incluso a toda la escuela.⁷³ Por lo tanto, un niño puede verse sometido a la humillación de ser azotado frente a otros niños, incluidos aquellos (es decir, las niñas) que son inmunes a ese castigo. En un caso, un niño "fue azotado por sentarse en el césped durante el descanso con la cabeza de su novia sobre su regazo".⁷⁴ Este castigo fue infligido en presencia de la novia, que no fue azotada aunque era su cabeza la que estaba en el regazo del niño.⁷⁵

Como en el caso del castigo corporal judicial, la forma en que se infligen los castigos corporales varía. El sadismo en el siguiente relato del castigo corporal en un internado para niños, aunque no es universal, tampoco ha sido infrecuente:

Los cortes⁷⁶ se dieron después de la cena y los que debían ser castigados tuvieron que cambiarse a pijamas y batas y alinearse afuera de una habitación pequeña en la que se colgaron todos los impermeables de los niños.

Te quedarías allí en un estado de terror haciendo una mueca de dolor cuando el silbato y el chasquido del bastón de Ploddy⁷⁷ entraron por la puerta, cada golpe uno o dos minutos. Entonces la puerta se abriría de golpe y un chico de cara blanca se escaparía a medias del lugar, tratando como el infierno de no dejar que las lágrimas tomaran el control y se perdieran de vista para poder frotarle la espalda. Ni el frotamiento ni el llanto fueron tolerados por Ploddy. Cualquiera podría ganar un corte extra o dos.

Una vez dentro de esa horrible habitación ... [Ploddy] haría un trato al elegir qué bastón usaría para ti. Tres de estas cosas delgadas y curvadas de color amarillo estaban en una rejilla de metal, sus extremos en un pozo de aceite de linaza. Después de haber elegido uno, Ploddy asentiría y el chico tendría que inclinarse, agarrarle los tobillos y meter la cabeza en los mackintoshes colgantes. Usando el bastón, el propio Ploddy, levantó la bata y la dobló sobre la espalda del niño.

"¿Y recuerdas por qué estás aquí para ser azotado?" Golpearía ligeramente la parte trasera del chico, protegido ahora por nada más que el material del pijama delgado. Luego vendría una breve explicación de su falta y, si Ploddy estaba de buen humor, el primero de los cortes. Podría estirar esto si tuviera ganas. Se ofrecería otra breve charla sobre el mal y el derecho entre cada golpe

mientras se enfatizaba la amenaza del bastón con pequeños toques y caricias. Cuatro cortes podrían tomar seis minutos.⁷⁸

Aunque en ocasiones se ha infligido tal trato a las niñas, ha habido muchos lugares en los que ha sido inconcebible tratar a las niñas de esta manera, aunque ha sido completamente normal y común infligir tal castigo a los niños. No conozco ningún lugar donde lo inverso haya sido cierto.

Donde está legalmente permitido golpear tanto a niños como a niñas, existen, no obstante, muchas disparidades. Los niños son golpeados mucho más a menudo que las niñas.⁷⁹ Los niños a menudo son golpeados por ofensas más triviales que las niñas. Entre las muchas ofensas triviales (o "ofensas") por las cuales los niños han sido cated son: "no anotar la tarea; ... por estar fuera de juego en un partido de fútbol; por perder un partido de rugby; por no batear correctamente en un partido de cricket";⁸⁰ por no usar el uniforme correcto; para correr en el pasillo;⁸¹ "por estupidez";⁸² para errores ortográficos y matemáticos;⁸³ "por olvidar cambiarse a zapatos de casa a las seis en punto";⁸⁴ y por ser miembro de una clase en la cual un malhechor no había sido identificado individualmente.⁸⁵

También existen otras disparidades, ya sean de convención o de derecho. Por lo tanto, los niños a menudo son golpeados con un implemento más severo, un bastón en lugar de una zapatilla, por ejemplo. A veces, el sitio en el cuerpo donde se inflige el castigo es diferente, los niños sufren la postura más degradante de inclinarse y golpearse en las nalgas, en algunos casos, nalgas desnudas (86), mientras que las niñas son golpeadas en la palma de sus manos. A veces hay prohibiciones para que los profesores varones golpeen a las estudiantes, pero nunca, o casi nunca, hay prohibiciones paralelas para que las maestras golpeen a los estudiantes varones.⁸⁷

Hay un número pequeño pero creciente de países que prohíben todos los castigos corporales, incluido el infligido por los padres a sus hijos. En la mayoría de los países, sin embargo, el castigo físico de los niños por parte de sus padres aún está permitido. Cuando los padres golpean a sus hijos, tanto las madres como los padres son más propensos a golpear a los hijos que a las hijas.⁸⁸

Para enfatizar, no es mi afirmación que las niñas y las mujeres nunca han estado sujetas al castigo corporal. Tampoco estoy negando que algunas mujeres hayan sido sometidas a un castigo físico tan severo o degradante como el infligido a cualquier hombre. En cambio, mi afirmación es que, en general, el castigo corporal ha sido infligido con mucha mayor frecuencia a los hombres y ha tendido, en muchos contextos, a infligirse más severamente a los hombres, mientras que lo contrario no ha sido cierto.

Asalto sexuales

Aunque gran parte del asalto sexual es violento, no todo es así. El acariciar los genitales (sin consentimiento), por ejemplo, no necesita ser violento o hacerse bajo la amenaza de la violencia, aunque a veces lo sea. Esta es una de las razones para examinar la agresión sexual por separado de la violencia, que ya se discutió anteriormente.

La otra razón es que la desventaja masculina en el ámbito de la agresión sexual es de un tipo distinto. Aunque la mayoría de las víctimas de la violencia son hombres, las mujeres constituyen la mayoría de las víctimas de agresión sexual, ya sea violenta o no. La mayor probabilidad de ser agredido sexualmente es una desventaja de ser mujer. Sin embargo, los hombres experimentan muchas desventajas no reconocidas o poco reconocidas relacionadas con la agresión sexual. En general, el problema se puede caracterizar como una falta de agresión sexual de los hombres tan grave como el asalto sexual de las mujeres.

En un estudio esclarecedor, se les dijo a los sujetos experimentales masculinos y femeninos que estaban participando en un estudio sobre "Toma de Decisiones Legales".⁸⁹ Se les dijo que el objetivo del estudio estaba "relacionado con el grado en que la toma de decisiones del jurado en los ensayos reales se basa en la naturaleza y la fuerza de la evidencia presentada".⁹⁰ Luego se les dio una descripción detallada de lo que se les dijo a los sujetos experimentales que era un caso real. El caso se refería a un estudiante universitario de 20 años que hacía autostop, que fue recogido por dos personas que luego salieron de la carretera en un área desierta, sacaron un arma y obligaron a la estudiante a desvestirse y luego a una actividad sexual oral y genital mutua. El estudiante fue dejado en un campo. Los agresores fueron arrestados más tarde y encontraron una pistola en su automóvil. Fueron arrestados y acusados de violación. En el juicio, reconocieron que la actividad sexual había ocurrido, pero afirmaron que era consensual.

Sin el conocimiento de los sujetos experimentales, en realidad fueron asignados al azar a cuatro versiones diferentes del caso. Todos los detalles del caso, excepto los nombres de los atacantes y la víctima, permanecieron iguales en cada versión. El efecto de la variación en los nombres fue crear cuatro permutaciones diferentes del sexo de los atacantes y de la víctima: hombre-mujer, hombre-hombre, mujer-mujer y mujer-hombre.

Se solicitó a los sujetos experimentales que completaran un "Cuestionario del jurado". Estas preguntas se referían a la inocencia o culpabilidad de los acusados, la pena recomendada, la probabilidad de que la víctima fuera forzada, la probabilidad de que la víctima alentara o iniciara la actividad sexual, qué tan placentero el incidente fue para los acusados y la víctima y cuán personalmente responsable fue la víctima por el episodio sexual.

Si bien casi todos los sujetos juzgaban culpables a los acusados, la "probabilidad de que la víctima se viera obligada a participar en actos sexuales ... se percibía como mayor cuando la víctima era mujer" y la "mayor probabilidad de que la víctima alentara los actos cuando la víctima era un hombre y los atacantes eran mujeres".⁹¹ Se consideró que el estrés de la víctima era menor cuando la víctima era un hombre y los atacantes eran mujeres, y mayor cuando había una víctima femenina (de hombres o mujeres).⁹² También se consideró que las víctimas masculinas habían obtenido más placer que las mujeres víctimas.⁹³ Se recomendaron sentencias significativamente más largas cuando los acusados eran varones que cuando eran mujeres.⁹⁴

Estos efectos fueron más pronunciados en hombres que en mujeres, tema que volveré en el próximo capítulo, pero el estudio aún sugiere que tanto los hombres como las mujeres son menos comprensivos con los hombres víctimas de agresión sexual que con las mujeres víctimas de tal asalto.⁹⁵ Los hombres víctimas de agresión sexual se ven perjudicados por este fenómeno, que también se manifiesta fuera del laboratorio.

Tampoco es solo la población laica la que toma menos en serio la agresión sexual cuando las víctimas son hombres. Un estudio mostró que los psicólogos clínicos eran más propensos a la hipótesis de agresión sexual en las mujeres que en los hombres.⁹⁶ En este estudio, los psicólogos clínicos recibieron un "resumen detallado de un cliente adulto que incorporó una serie de indicadores de que el cliente había sido abusado sexualmente".⁹⁷ En la mitad de los casos, el cliente se presentó como hombre y la mitad como mujer. Todos los demás detalles del caso eran los mismos, sin embargo, los psicólogos clínicos tenían el doble de probabilidades de plantear la hipótesis de que las clientas habían sufrido abusos sexuales.⁹⁸

Es ampliamente reconocido que el asalto sexual en general no es reportado. Este problema es particularmente agudo cuando las víctimas son hombres. Es menos probable que se denuncien agresiones sexuales contra niños que contra niñas.⁹⁹ Sin embargo, no está claro cuál es la proporción de niñas y niños maltratados. Algunos dicen que es tanto como 9: 1, mientras que otros dicen que las niñas son abusadas solo a un ritmo ligeramente más alto que los niños.¹⁰⁰ Los hombres adultos

también son menos propensos que las mujeres a denunciar que han sido agredidos sexualmente.¹⁰¹ El subregistro de la agresión sexual a los hombres y la percepción errónea resultante de la proporción de víctimas entre hombres y mujeres puede explicar en parte por qué las personas son menos comprensivas con las víctimas masculinas. Debido a que el fenómeno es menor en la conciencia pública, es menos probable que se lo tome en serio. Sin embargo, la relación causal inversa es posiblemente mayor: es menos probable que se informe de agresiones sexuales a hombres en parte porque las personas son menos propensas a creer en el informe. Hay otras razones también. Algunos de estos tienen que ver con el rol de género masculino y estos serán discutidos en el próximo capítulo.

Existe alguna evidencia de que los hombres son "más propensos a ser víctimas de múltiples agresores, a sufrir más traumas físicos y a permanecer cautivos por más tiempo que las mujeres".¹⁰² Su identidad sexual también se ve amenazada, independientemente de si el atacante es varón o no.¹⁰³ o femenino,¹⁰⁴ aunque la experiencia tiende a empeorar cuando el agresor es un hombre. Para que no se piense, de acuerdo con la sabiduría popular, que el asalto sexual de los hombres por las mujeres es extremadamente raro, debe decirse que en realidad no es tan poco común como generalmente se piensa.¹⁰⁵ No está claro cuál es exactamente la tasa de abuso de mujeres a hombres. La escasa información existente es muy variable. Una minoría muy pequeña de estudios ha encontrado que las mujeres son las responsables en no más del 2% de los casos de abuso sexual de hombres.¹⁰⁶ Un número igualmente pequeño de estudios arrojó una tasa tan alta como 60%.¹⁰⁷ La mayoría de los estudios, sin embargo, han encontrado que la tasa de abuso entre las mujeres se encuentra entre las tasas bajas y altas que acabamos de mencionar, y muchos estudios encuentran que la tasa está entre un tercio y casi la mitad de todos los casos.¹⁰⁸ Dado el subregistro de agresiones sexuales a varones, no podemos suponer que la tasa actual de condenas sea una indicación de la tasa real. De hecho, hay alguna razón para pensar que la falta de informes sobre agresiones sexuales a hombres puede ser particularmente pronunciada cuando los perpetradores son mujeres. Esto se debe en parte a la incredulidad generalizada de que las mujeres, con algunas excepciones altamente aberrantes, son capaces de abuso sexual infantil.¹⁰⁹

Tanto las mujeres como los hombres pueden exhibir excitación sexual fisiológica sin la correspondiente excitación psicológica.¹¹⁰ Por lo tanto, tanto los hombres como las mujeres pueden despertarse fisiológicamente mientras están traumatizados durante y después de una agresión sexual o violación. La ignorancia sobre esta disyunción de la excitación fisiológica y psicológica (y la ignorancia sobre la disyunción entre la excitación de cualquier tipo y el consentimiento) puede aumentar el trauma, llevando a las víctimas que estaban fisiológicamente excitadas a confundirse sobre si realmente fueron víctimas o si realmente querían la sexualidad experimentada. Es probable que este efecto sea mayor en los hombres, tal vez en parte porque su activación fisiológica es más evidente tanto para el agresor como para ellos mismos.¹¹¹ Aquellos hombres heterosexuales que son víctimas de agresión sexual por otros hombres pueden ser conducidos, debido a su respuesta tumescente, a la perplejidad sobre su orientación sexual.

Un contexto donde la agresión sexual a los hombres ha recibido relativamente más atención es la del encarcelamiento. Aunque tanto las mujeres como los hombres son objeto de agresiones sexuales en las cárceles, cárceles y otros centros de detención, hay más víctimas masculinas. Esto es en parte una consecuencia de que los hombres constituyan una parte desproporcionada de la población carcelaria. Sin embargo, también hay evidencia de que la tasa de abuso sexual de presos varones es mayor. Un estudio que comparó la coacción sexual de hombres y mujeres en un sistema penitenciario estatal del medio oeste de los Estados Unidos encontró que la tasa de incidencia de coerción sexual para los hombres era del 22%, mientras que para las mujeres era del 7%.¹¹² También es digno de mención que cuando el agresor sexual es otro preso, los varones tienen más probabilidades que las mujeres de contraer el VIH como resultado de la violación.

Muy poco se ha hecho sobre este problema. En 2003, los Estados Unidos aprobaron la Ley de Eliminación de las Violaciones en las Prisiones, una de cuyas disposiciones era establecer la Comisión para la Eliminación de las Violaciones en las Prisiones, que supervisa las estadísticas de agresión sexual en los centros de detención de los Estados Unidos. No está claro si la Ley o la Comisión han logrado reducir el número de agresiones sexuales en prisión, pero la mera existencia de estas iniciativas es un avance sobre la mayoría de los otros estados, donde el problema no se aborda. De hecho, en algunas partes del mundo, la violación se aprueba si no se aprueba realmente como un acto de tortura.¹¹³

Si pasamos del sistema penal al derecho penal, descubrimos que hay otras desventajas para ser hombre. Históricamente, la violación se ha definido de tal manera que solo las mujeres pueden ser víctimas de violación y los hombres los únicos responsables. En algunos lugares, no existe un crimen comparable del que los hombres puedan ser las víctimas. Esto es cierto en China (excepto Hong Kong), donde el artículo 236 del Código Penal prohíbe la violación de mujeres y las relaciones sexuales con niñas menores de edad, pero no tiene disposiciones para prohibir actos comparables contra hombres.¹¹⁴ En otros lugares, la penetración anal de un hombre por un hombre es criminalizada, pero en muchas de esas jurisdicciones no se hace distinción entre sodomía consensual y no consentida, lo que sugiere que la preocupación de la ley no es proteger a los hombres de la violación sino más bien con la prohibición de cierto tipo de actividad sexual, independientemente de si las partes están de acuerdo o no. En otras jurisdicciones se establece una distinción entre sodomía consensual y no consensual, y solo esta última se criminaliza. Sin embargo, la pena por sodomía de un hombre sin su consentimiento a veces es menos severa que la pena por violación de una mujer. Este es el caso en Japón, por ejemplo, donde la pena mínima por el "conocimiento carnal forzado de una mujer o una niña" es más severa que la pena por cualquier delito sexual que pueda cometerse contra un hombre.¹¹⁵

En algunos países, principalmente democracias liberales, la definición de violación se ha ampliado para incluir la posibilidad de que los hombres puedan ser violados. El Estado de Michigan en los Estados Unidos de América fue una jurisdicción temprana para efectuar dicho cambio¹¹⁶ a mediados de los años setenta. Varias otras jurisdicciones, tanto dentro de los Estados Unidos como en otros lugares, han seguido ese cambio. En algunos lugares, la reforma se ha llevado a cabo muy recientemente. En Sudáfrica, la Ley pertinente se aprobó en 2007,¹¹⁷ mientras que en Escocia el cambio se realizó en 2009.¹¹⁸

Incluso cuando la ley se ha reformado para reconocer que los hombres pueden ser violados, las reformas a menudo no logran una neutralidad de género completa. Considera Inglaterra, por ejemplo. A pesar de los avances recientes en la ley de delitos sexuales, la ley inglesa todavía trata la penetración del pene, la vagina, el ano o la boca como una condición necesaria para la violación.¹¹⁹ Por lo tanto, si bien la ley ahora reconoce que los hombres pueden ser víctimas de violación por otros hombres, todavía no reconoce que las mujeres pueden ser autores de violaciones contra los hombres. Las mujeres solo pueden ser acusadas de otros delitos sexuales contra hombres y niños. Si bien algunos de estos delitos pueden incurrir en la misma pena que la violación (es decir, cadena perpetua), otras formas en que una mujer puede atacar sexualmente a un hombre incurrir en penas menores. La penetración de un hombre en una mujer con su pene parece juzgarse peor de lo que uno pensaría que es la ofensa equivalente cometida por las hembras contra los varones, es decir, el envolvimiento del pene por la vagina. Por lo tanto, si una mujer estimula a un hombre inconsciente o atado y luego tiene relaciones sexuales con él, ella es responsable solo de una pena menor. En otras palabras, si el dueño de un pene lo inserta en una vagina sin el consentimiento de la mujer cuya vagina está, está cometiendo una violación y puede ser condenado a cadena perpetua, mientras que si una mujer lo inserta en su vagina sin la ayuda del hombre consentimiento, ella es culpable solo de un crimen menor.¹²⁰

Finalmente, la violación legal de niños por mujeres mayores (o el equivalente de una violación legal donde se cree que las mujeres no pueden violar a hombres) se toma con menos seriedad que cuando el sexo de la víctima y el agresor se invierten. Existe una creencia generalizada de que los niños "tienen más probabilidades que las niñas de ser colaboradores activos en lugar de receptores involuntarios de atenciones sexuales adultas".¹²¹ Ahora bien, independientemente de que esta creencia sea cierta, el objetivo de hacer sexo con menores es una ofensa legal es que se considera que los menores no tienen la capacidad de consentir. La voluntad no es exculpatória. Y en la medida en que la voluntad de un niño mitigue el mal, debe tener la misma fuerza mitigante, independientemente de si la parte dispuesta es un niño o una niña. En otras palabras, incluso si hay más voluntarios y menos muchachos involuntarios, deberían ser tratados como niñas dispuestas y dispuestas, respectivamente.

Sin embargo, parece que las percepciones sobre las tasas relativas de predisposición conducen a la desventaja masculina. Debido a que es menos probable que se informe sobre el abuso femenino de los niños, los niños están menos protegidos (lo cual es importante incluso si no quieren la protección). A veces, la culpa recae más en el niño que en la mujer adulta. En un caso, por ejemplo, un niño de 10 años fue agredido sexualmente repetidamente por una mujer mayor que lo cuidaba cuando sus padres estaban fuera de la ciudad o por la noche. Finalmente, se armó de coraje para contarle a sus padres. En respuesta, su padre lo azotó. Luego lo llevaron a un sacerdote y luego a un psiquiatra, y ambos se refirieron a su "conducta vergonzosa".¹²²

No sabemos en qué medida los hombres son víctimas de agresión sexual. Se ha prestado muy poca atención académica a esta cuestión, con la posible excepción de la violación en prisión, y los datos que tenemos son contradictorios. Sin embargo, es muy probable que, dadas las actitudes hacia la agresión sexual a los hombres, y la mayor renuencia de los hombres a denunciar que han sido atacados sexualmente, el problema sea más grande de lo que creemos actualmente.

Circuncisión

En muchos países africanos, así como en algunos países de otros continentes, se realizan cortes genitales femeninos en mujeres y niñas. Aunque esta práctica a menudo se conoce como circuncisión femenina, esta designación es engañosa. Como se practica habitualmente, el corte genital femenino es un procedimiento mucho más radical que la circuncisión masculina. Se trata de la extirpación parcial o total del clítoris y, a veces, también de los labios mayores y menores. En los casos más extremos, que de ninguna manera son raros, la niña o la mujer es infibulada, es decir, lo que queda de sus genitales está cosido, dejando solo un pequeño orificio para evacuar la orina y la sangre menstrual. Las niñas que están sujetas a estos procedimientos están en desventaja. Soportan un dolor considerable durante y después del procedimiento. Los riesgos de infección son altos. Existe un daño obvio en los genitales sin ningún beneficio médico (conocido). Las secuelas a largo plazo incluyen limitación u obliteración del placer sexual y, en los casos más severos, incluso dolor durante el coito. Por estas razones, la mutilación genital femenina ha sido condenada con razón. En algunos lugares ha sido prohibido, aunque en países donde la práctica se ha generalizado, tales prohibiciones a menudo han demostrado ser ineficaces.

En el mundo desarrollado, la práctica es en gran parte desconocida. Las excepciones están entre los inmigrantes que se mudaron de las sociedades donde se practica la mutilación genital femenina. De hecho, algunos países occidentales han introducido prohibiciones para disuadir la práctica en tales comunidades de inmigrantes.

Estas mismas sociedades occidentales permiten la circuncisión de los bebés varones. Esto no es problemático en sí mismo. Es posible, sin incoherencias, desaprobar el corte genital femenino de los tipos anteriores, al tiempo que se aprueba, o al menos se tolera, la circuncisión de los varones. Esto

se debe a que es posible pensar que el procedimiento más severo es inaceptable mientras que el procedimiento menos severo es aceptable.

No todos los oponentes al corte genital femenino piensan que la circuncisión masculina es permisible. Algunos consideran que cualquier forma de alteración genital, al menos de un menor, es incorrecta a menos que se haga con un propósito médico claro. Dichas personas tienden a pensar que la circuncisión está médicamente indicada solo en raras ocasiones, de hecho, es mucho más rara de lo que generalmente se piensa. Argumentan que la eliminación del prepucio es una mutilación y que no tiene ningún propósito médico.

Al contrario de este punto de vista, hay buenas razones para pensar que la circuncisión de los niños no es moralmente incorrecta. No proporcionaré un argumento exhaustivo para este reclamo aquí. Una razón importante para esto es que no es central para la tesis de este libro, es decir, establecer que existe un segundo sexismo. Si estoy equivocado, y la circuncisión de los niños es incorrecta, entonces esta es una forma más en la que los hombres son víctimas de discriminación injusta (en los lugares donde se conoce el beneficio médico. Las secuelas a largo plazo incluyen la limitación u obliteración del placer sexual y , en los casos más severos, incluso dolor durante el coito. Por estas razones, la mutilación genital femenina ha sido condenada con razón. En algunos lugares ha sido prohibida, aunque en países donde la práctica ha sido generalizada, tales prohibiciones a menudo han demostrado ser ineficaces.

En el mundo desarrollado, la práctica es en gran parte desconocida. Las excepciones están entre los inmigrantes que se mudaron de las sociedades donde se practica la mutilación genital femenina. De hecho, algunos países occidentales han introducido prohibiciones para disuadir la práctica en tales comunidades de inmigrantes.

Estas mismas sociedades occidentales permiten la circuncisión de los bebés varones. Esto no es problemático en sí mismo. Es posible, sin incoherencias, desaprobando el corte genital femenino de los tipos anteriores, al tiempo que se aprueba, o al menos se tolera, la circuncisión de los varones. Esto se debe a que es posible pensar que el procedimiento más severo es inaceptable mientras que el procedimiento menos severo es aceptable.

No todos los oponentes al corte genital femenino piensan que la circuncisión masculina es permisible. Algunos consideran que cualquier forma de alteración genital, al menos de un menor, es incorrecta a menos que se haga con un propósito médico claro. Dichas personas tienden a pensar que la circuncisión está médicamente indicada solo en raras ocasiones, de hecho, es mucho más rara de lo que generalmente se piensa. Argumentan que la eliminación del prepucio es una mutilación y que no tiene ningún propósito médico.

Al contrario de este punto de vista, hay buenas razones para pensar que la circuncisión de los niños no es moralmente incorrecta. No proporcionaré un argumento exhaustivo para este reclamo aquí. Una razón importante para esto es que no es central para la tesis de este libro, es decir, establecer que existe un segundo sexismo. Si estoy equivocado, y la circuncisión de los niños es incorrecta, entonces esta es una forma más en la que los hombres son víctimas de discriminación injusta (en aquellos lugares donde no se practica la mutilación genital femenina). Dicho esto, es importante observar cuándo las prácticas que pueden parecer discriminatorias no lo son en realidad. Por lo tanto, proporcionaré una visión general del argumento de que la circuncisión (masculina) per se no es incorrecta. Quienes deseen más detalles sobre el argumento pueden consultar artículos que se centren específicamente en este tema.¹²³

El centro de muchos argumentos en contra de la circuncisión es que mutila. Sin embargo, la palabra "mutilación" se puede utilizar en diferentes sentidos y estos no suelen ser diferenciados. En un sentido descriptivo, se refiere a la eliminación de una parte del cuerpo. Alternativamente, se puede usar en un sentido evaluativo para referirse a una eliminación errónea de una parte del

cuerpo. Si la palabra se usa en el primer sentido, entonces la circuncisión obviamente constituye mutilación, pero no se sigue que sea incorrecta. Esto se debe a que a menudo es necesario eliminar parte del cuerpo, incluso el tejido sano, para avanzar en los intereses del paciente. Considere, por ejemplo, la extracción de un seno completo a causa de un bulto maligno dentro de él. Si bien esto es desfigurante, no se sigue que sea incorrecto.¹²⁴

Si se usa "mutilación" en el sentido evaluativo, entonces no se puede designar a la circuncisión como mutilación a menos que se establezca que no está en interés del niño que está circuncidado. Es difícil mostrar que la circuncisión viola los intereses de un niño. Esto se debe a que hay alguna evidencia de beneficios médicos modestos que razonablemente se podría pensar que superan los costos y riesgos aún más modestos.

Al menos hasta hace poco, se sabía que los beneficios no estaban lo suficientemente marcados como para poder afirmar con seguridad que la circuncisión de rutina de los bebés varones estaba médicamente indicada. Sin embargo, fueron lo suficientemente notables como para afirmar que la circuncisión neonatal no está médicamente contraindicada. En los últimos años, el caso de la circuncisión se ha vuelto un poco más fuerte, al menos en algunos contextos. Varios estudios han demostrado que la circuncisión tiene un efecto protector contra la infección por VIH.¹²⁵ Tan clara era la evidencia y tan marcado fue el efecto de que los estudios debían terminar temprano por razones éticas: se consideró inaceptable continuar reteniendo la opción de circuncisión al brazo de control de cada estudio. Este hallazgo no implica, como algunas personas piensan que es, que la circuncisión debe ser defendida como una medida de salud pública. Una razón para esto es que los efectos protectores de la circuncisión podrían compensarse con un comportamiento más arriesgado si las personas erróneamente piensan que la circuncisión evita, en lugar de simplemente reducir, el riesgo de contraer el VIH. Sin embargo, el efecto protector de la circuncisión proporciona a los padres que buscan darle a sus hijos las mejores oportunidades en la vida alguna razón adicional para circuncidar a sus hijos. Algunos podrían sugerir que la circuncisión de niños sigue siendo incorrecta porque esos niños podrían decidir, al llegar a la mayoría, si desean o no ser circuncidados. El principal problema con ese argumento es que los aspectos negativos de la circuncisión se minimizan cuando se realizan en el período neonatal. Además, algunos de los beneficios de la circuncisión ocurren en la infancia y la niñez.

Esto no es para negar que haya alguna desventaja en la circuncisión. Sin embargo, a diferencia de las otras desventajas que he discutido hasta ahora, que mostraré más adelante involucran discriminación injusta, la desventaja de la circuncisión no es, en sí misma, inadmisiblemente discriminatoria. Si la circuncisión tiene ventajas para los hombres y la única forma de obtener estas ventajas es experimentar desventajas inevitables pero menores, los hombres no son discriminados injustamente al ser circuncidados.

Dicho esto, sin embargo, hay algunas desventajas significativas de la circuncisión que no son inevitables y que constituyen el tipo de desventaja que puede describirse plausiblemente como una discriminación inapropiada. Considera la primera circuncisión en el mundo occidental. Cuando se realiza la circuncisión en esta parte del mundo, generalmente se realiza durante el período neonatal. Existe una falla generalizada en el uso de anestesia cuando un niño es circuncidado a esta edad.

Hubo un momento en que esto se justificaba por la creencia de que los neonatos no estaban lo suficientemente desarrollados neurológicamente para sentir dolor y, por lo tanto, el uso de un anestésico se consideraba innecesario. Esta vista ya no es sostenible. Casi todos los expertos en el área ahora sostienen que la capacidad para el dolor se desarrolla bastante tarde durante la gestación y, por lo tanto, excepto en los casos de bebés extremadamente prematuros, en quienes la circuncisión no se realizaría hasta después de todos modos, los neonatos pueden sentir dolor.¹²⁶ La eliminación del prepucio sin el uso de anestesia es una dificultad significativa. También es evitable.¹²⁷ Hay disponible una crema anestésica tópica, y no hay ninguna razón para evitar usar al

menos eso. Esta crema no es tan efectiva como el bloqueo del nervio dorsal del pene, que se administra por inyección. Obviamente, una inyección implica un riesgo moderadamente mayor que el uso de una crema, pero si lo hace un profesional capacitado parece ser lo correcto. Cuando el procedimiento se realiza en niños mayores u hombres en el mundo desarrollado, se usan anestésicos apropiados porque cualquier riesgo de anestesia es más que compensado por el beneficio de no experimentar lo que de otro modo sería un dolor bastante considerable. Deberíamos emplear el mismo razonamiento en el caso de los recién nacidos. Aunque pueden no recordar el dolor más tarde, lo experimentan intraoperatoriamente, y eso es inaceptable.

La ecuanimidad con que los niños pequeños son sometidos a una circuncisión dolorosa contrasta, en las sociedades occidentales, con la actitud adoptada para cortar los genitales femeninos. En las sociedades occidentales, donde la práctica del corte genital femenino no es indígena, hay intolerancia no solo a las formas radicales comunes de corte genital femenino, sino también a las formas más leves. Esto está bien ilustrado en los Estados Unidos. Un grupo de inmigrantes somalíes en el área de Seattle, conscientes del nuevo entorno cultural en el que se encontraban, pero que también querían preservar sus propias tradiciones culturales, buscaron un compromiso. Buscaron que sus hijas fueran cortadas simbólicamente en el Harborview Medical Center en Seattle.¹²⁸ La propuesta era que el prepucio del clítoris se mella lo suficiente como para extraer sangre. No se eliminaría ningún tejido y no dejaría cicatrices. Esta práctica, aunque lejos de la forma de corte genital femenino que tiene lugar en Somalia, evidentemente habría satisfecho al menos a algunos miembros de la comunidad somalí en el área de Seattle. Los somalíes dejaron en claro que tendrían a sus hijas "circuncidadas" tradicionalmente, ya sea en Seattle o enviándolas de regreso a Somalia para el procedimiento, si los doctores no lo hicieran. El personal médico estuvo de acuerdo con la propuesta, que se conoció como el "Compromiso de Seattle".

Cuando las noticias del compromiso se hicieron públicas, el hospital recibió un aluvión de críticas de grupos feministas opuestos a la mutilación genital femenina. Una crítica destacada fue Patricia Schroeder, entonces miembro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, que había trabajado para promulgar una legislación federal que prohibía la mutilación genital femenina. En una carta al hospital, ella afirmó, evidentemente incorrectamente¹²⁹, que el Compromiso de Seattle infringiría esa legislación. Los médicos también recibieron comunicaciones que describieron como "correo de odio y amenazas de muerte".¹³⁰ Frente a esta presión, el hospital anunció que había decidido no realizar el procedimiento. Una conclusión de esto es que, mientras que el prepucio completo de un bebé varón puede extirparse sin anestesia, el procedimiento mucho más leve de simplemente extraer sangre del prepucio del clítoris se ha vuelto tabú. Esta discrepancia no se perdió en los somalíes, quienes, bastante razonablemente, no pueden entender esta incoherencia.¹³¹

En abril de 2010, la Academia Estadounidense de Pediatría (American Academy of Pediatrics, AAP) publicó una declaración de política sobre "Corte genital de niñas menores de edad".¹³² La declaración notó que un mordisco ritual

no es físicamente dañino y es mucho menos extenso que el corte genital masculino recién nacido de rutina. Hay motivos para creer que ofrecer tal compromiso puede generar confianza entre los hospitales y las comunidades de inmigrantes, evitar que algunas niñas se sometan a procedimientos desfigurantes y amenazantes en sus países de origen y desempeñar un papel en la eventual erradicación de la mutilación genital femenina. Podría ser más eficaz si las leyes federales y estatales permitieran a los pediatras comunicarse con las familias ofreciéndoles un apodo ritual como posible compromiso para evitar mayores daños.¹³³

Apenas un mes después, la AAP, respondiendo a una avalancha de críticas del tipo que frustró el Compromiso de Seattle, emitió una declaración anunciando que había "retirado su declaración de política de 2010 sobre el corte genital femenino".¹³⁴ La declaración, retrocediendo explícitamente, declaró que:

La AAP no aprueba la práctica de ofrecer un "corte del clítoris". Este mínimo pinchazo está prohibido por la ley federal y la AAP no lo recomienda a sus miembros.¹³⁵

Comentando esto, un editorial del *New York Times* describió el corte del clítoris como "una versión más leve de la mutilación" y sostuvo que "medicalizar la violencia contra las mujeres solo lo legitimaría y socavaría la fuerza de la prohibición".¹³⁶ La afirmación de que una mera el mote de los genitales de una niña constituye una forma de mutilación, incluso una forma más leve, es inverosímil por derecho propio, porque destripa la palabra "mutilación" de cualquier significado. Lo mismo puede decirse de la afirmación de que este procedimiento inofensivo es "violencia medicalizada". (¿Los que perforan las orejas de sus hijas también las mutilan? ¿Las perforaciones de orejas son violencia medicalizada si los profesionales médicos las realizan en condiciones asépticas?)

Sin embargo, en la medida en que la intervención mucho mayor que constituye la circuncisión masculina no se considera mutilación, también hay un problema de consistencia. Sería igualmente inconsistente describir una mordida clitoridiana como violencia medicalizada si uno no ofrece la misma crítica a la circuncisión de los niños, especialmente sin anestesia. Ahora hay algunas personas, por supuesto, que piensan que tanto la mella del clítoris como la circuncisión masculina son mutilación y violencia médica. Si bien son consistentes, por las razones mencionadas anteriormente, son consistentemente incorrectos. La suya es, en cualquier caso, una visión minoritaria en los Estados Unidos en la actualidad, donde la incoherencia prevalece en la política y la práctica públicas.

Ahora se podría sugerir que la explicación de esta inconsistencia es que la circuncisión masculina es común en los Estados Unidos y, por lo tanto, culturalmente familiar, mientras que el corte genital femenino, incluso el más leve, es culturalmente extraño para las comunidades dominantes en los Estados Unidos. Este diagnóstico es correcto, creo. Vemos aquí una manifestación de intolerancia hacia lo culturalmente desconocido. Sin embargo, debido a que Estados Unidos es un país relativamente tolerante en muchos otros aspectos, es importante que la intolerancia sea selectiva. Es relevante que las opiniones predominantes no otorguen protección a los niños pequeños contra la circuncisión sin anestesia, mientras que están muy preocupados por la protección de las niñas contra la cirugía genital más leve y menos dolorosa. Independientemente de los otros errores que se cometen, los bebés varones están en desventaja con respecto a las niñas con respecto a la imposición de dolor en los genitales.

La desventaja masculina es aún mayor en aquellas partes del mundo en desarrollo donde se practica la circuncisión masculina, pero no el corte genital femenino. Considere, por ejemplo, Sudáfrica, donde los jóvenes Xhosa son circuncidados en una ceremonia de iniciación que marca el paso de la niñez a la madurez. La anestesia no se usa, en parte porque los hombres jóvenes deben demostrar su virilidad al soportar el dolor. Además, el procedimiento se realiza en condiciones no estériles. La misma cuchilla se usa a menudo en hombres múltiples, aumentando el riesgo de transmitir la infección de un iniciado al otro. No es raro que los hombres sufran daños gangrenosos en sus penes, y hay un número de muertes cada año.¹³⁷ Debido a que los xhosa (y otros sudafricanos) no realizan corte genital en las mujeres, las mujeres jóvenes se libran del dolor y el riesgo de muerte o mutilación genital a los que están sujetos los varones Xhosa.

La circuncisión a veces ha causado que los hombres se vean perjudicados de otras maneras. Considere, por ejemplo, a los hombres judíos que intentan pasar como cristianos durante el Holocausto. Dado que la circuncisión era practicada exclusivamente por judíos en los países pertinentes en ese momento, cualquier hombre judío podría ser expuesto fácilmente como un judío de una manera que una judía no podría.¹³⁸

Educación

Durante gran parte de la historia humana, las niñas y las mujeres han tenido desventajas educativas. Los niños a menudo han sido priorizados para la educación sobre las niñas. A veces las niñas han sido excluidas incluso de la educación primaria o secundaria. Más a menudo se les ha prohibido asistir a universidades. En algunas partes del mundo, las niñas y las mujeres siguen siendo significativamente desfavorecidas desde el punto de vista educativo. Sin embargo, hay otras partes del mundo donde, gracias al feminismo y los avances en la posición de las niñas y las mujeres, este ya no es el caso. De hecho, parece que en tales lugares los hombres ahora están en desventaja educativa de acuerdo con algunas métricas importantes.

Antes de presentar esta evidencia, debe tenerse en cuenta que este es un terreno controvertido. La llamada "guerra de género" se ha librado sobre la cuestión de si se trata de niños o niñas que ahora están en desventaja en los Estados Unidos, por ejemplo. A veces parece como si los hechos estuvieran en disputa, y algunas veces parece que el argumento ha sido sobre la interpretación de los hechos. Trataré de trazar los problemas en un intento de mostrar lo que sabemos y lo que está en disputa.

Lo primero que hay que señalar es que hay varios posibles reclamos contrapuestos que uno puede hacer con respecto a la cuestión de quién está en desventaja educativa en aquellos países donde la respuesta es controvertida:

- (1) Las niñas sufren todas (o casi todas) las desventajas.
- (2) Los niños sufren todas (o casi todas) las desventajas.
- (3) Las niñas sufren algunas desventajas y los niños sufren otras:
 - (a) Todas las cosas consideradas para niñas son más desfavorecidas.
 - (b) Todas las cosas consideradas para niños son más desfavorecidos.
 - (c) Teniendo en cuenta todo lo anterior, los niños y las niñas están igualmente en desventaja, aunque de diferentes maneras.

Para demostrar que los hombres sufren una desventaja educativa, solo necesito mostrar que (1) es falso. En otras palabras, incluso si (3a) fuera cierto -las niñas están más desfavorecidas educativamente que los hombres- todavía sería el caso de que los niños sufran desventajas educativas. No creo que (3a) sea cierto en los lugares donde surge el debate. Sin embargo, si lo fuera, la desventaja masculina aún sería digna de consideración de la misma manera que las feministas pensarían que la desventaja femenina sería digna de consideración si (3b) es cierto.

La evidencia, como veremos, hace la interpretación más fuerte de (1), es decir, (1) sin el paréntesis "o casi todo", altamente inverosímil y la versión más débil solo moderadamente menos. Realmente no parece que las niñas sufran todas o incluso casi *todas* las posibles desventajas en el ámbito educativo. (2) también es falso. Hay al menos algunas desventajas de ser mujer, podría decirse que basta para hacer que incluso la interpretación más débil de (2) sea falsa.

A menudo es difícil saber exactamente cuál de las afirmaciones anteriores se está realizando. Considere, por ejemplo, dos informes encargados por la Asociación Estadounidense de Mujeres Universitarias (AAUW) - *Contrarrestar a las niñas, Cambiar a los Estados Unidos* en 1991¹³⁹ y *Cómo las escuelas intercambian a las niñas* en 1992.¹⁴⁰ Parece que ambas hacen la primera reclamación. Aunque mencionan la desventaja ocasional de los hombres, esto es casi inmediatamente calificado o se argumenta que no es una desventaja real. Por ejemplo, aunque el informe de 1992 reconoce que las niñas superan a los niños en las pruebas de capacidad verbal, afirma que la disparidad ha "disminuido marcadamente".¹⁴¹

Christina Hoff Sommers, que se opone a estos informes y otros reclamos de desventaja educativa femenina en los Estados Unidos, parece defender (2).¹⁴² Su desafío parece haber impulsado al AAUW a moderar su posición, al menos en parte, y reconocer que tanto las niñas como los niños sufren desventajas en las escuelas. El informe *Más allá de las "Guerras de género": una conversación sobre niñas, niños y educación*, por lo tanto, respalda (3), aunque es discutible (3a) en lugar de (3b) o (3c) que se aprueba.¹⁴³ Por ejemplo, este informe afirma que lo que parece ser una desventaja para los hombres es "en realidad una diferencia mucho más racial y étnica".¹⁴⁴

Myra y David Sadker, en su libro *Failing at Fairness*,¹⁴⁵ son más explícitos al reconocer alguna desventaja masculina, aunque también respaldan (3a), dado que solo un capítulo de su libro está dedicado a la desventaja masculina y que el subtítulo del libro es *Cómo Las escuelas de Estados Unidos engañan a las niñas*.

¿Cuáles son los hechos? En los Estados Unidos, los niños abandonan la escuela secundaria a tasas más altas que las niñas. Esto ha sido verdad todos los años desde 1977.¹⁴⁶ Cuando uno mira a la "raza" individual o grupos étnicos, uno encuentra la misma tendencia, a pesar de que son más marcados entre algunos grupos que otros.

Tampoco es Estados Unidos el único país en el que los niños abandonan a tasas más altas. En Canadá, las tasas de abandono tanto de hombres como de mujeres han disminuido, pero la tasa para las mujeres ha disminuido más significativamente, y desde una base más baja. En 1990-1991, el 19.2% de los niños y el 14% de las niñas desertaron. Para 2004-2005, las tasas fueron, respectivamente, 12.2% y 7.2%. Por lo tanto, los niños abandonan casi el doble de la tasa de niñas en el último período.¹⁴⁷ Los niños también se gradúan de la escuela secundaria a tasas más bajas que las niñas en Chile, la República Checa, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Grecia, Hungría, Islandia, Irlanda, Luxemburgo, México, Nueva Zelanda, Noruega, Polonia, Eslovenia, España, Suecia y el Reino Unido, entre otros países.¹⁴⁸

En los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), los niños obtienen puntajes de alfabetización matemática más altos que las mujeres.¹⁴⁹ En estos países, los niños también obtienen una puntuación ligeramente superior a la de las niñas en alfabetización científica, aunque hay más excepciones a esta tendencia, es decir, bastantes países donde las niñas superan a los niños en alfabetización científica.¹⁵⁰ Las niñas superan a los niños en alfabetización lectora (por un margen más alto que los niños superan a las niñas en los otros puntajes).¹⁵¹ La investigación llevada a cabo en América del Norte, Europa y Asia, entre otros lugares, tiende a indicar que las mujeres en general tienden a desempeñarse académicamente mejor que los hombres en la infancia, la adolescencia y la edad adulta.¹⁵²

En los Estados Unidos, una mayor proporción de mujeres que hombres se inscribió en la universidad todos los años desde 1982.¹⁵³ Más mujeres también se están graduando de colegios y universidades en los Estados Unidos.¹⁵⁴ Para el año 2006-2007, las mujeres obtuvieron el 62.2% de los títulos de asociado, el 57.4% de los títulos de licenciatura y el 60.6% de las maestrías. Si se excluye a los extranjeros no residentes que obtienen títulos, un porcentaje menor de los cuales son mujeres, la proporción sería aún mayor. Estas cifras también son un aumento con respecto a las del año académico 1996-1997, cuando las mujeres ya estaban obteniendo la mayoría de estos títulos. Las mujeres ahora ganan la mitad de todos los primeros títulos profesionales y la mitad de todos los doctorados. Estas proporciones son incrementos desde el año académico 1996-1997, cuando las mujeres todavía ganaban solo alrededor del 40% de estos títulos.

Si los sexos en estas estadísticas se invirtieran, las feministas tomarían esto como evidencia de la desventaja femenina en general. De hecho, eso es exactamente lo que hicieron en el pasado, y todavía lo hacen con respecto a otras partes del mundo. Sin embargo, en aquellos lugares donde los varones están abandonando en mayor número y ganando menos títulos que las mujeres, muchas

feministas se han centrado en otros temas, argumentando que las mujeres *todavía* están en desventaja.

Por ejemplo, dicen que "los hombres reciben más atención del docente que las mujeres".¹⁵⁵ Recibir menos atención del docente es, por supuesto, una desventaja, pero la pregunta es cómo pesa esto en relación con las desventajas masculinas mencionadas anteriormente. Si asumimos que las mujeres realmente están recibiendo menos atención del docente, no les ha impedido inscribirse y graduarse de colegios y universidades en mayores proporciones que los hombres. De hecho, si las tablas se invirtieran (si la mayoría de los graduados fueran varones) y alguien objetara que las niñas reciben más atención de los maestros, la mayoría de las feministas argumentarían que eso es exactamente lo que se requiere. Los estudiantes que están empeorando, probablemente dirían que requerirían más atención. Mi objetivo aquí no es negar que la atención restringida del docente es una desventaja. En cambio, me refiero solo a mostrar que no es una consideración lo suficientemente poderosa para apoyar (1) o (3a) sobre (3b) o (3c).

También se ha observado que la autoestima de las niñas baja de la escuela primaria a la secundaria a un ritmo mayor que la autoestima de los niños.¹⁵⁶ Eso también es una desventaja, pero hay una serie de razones para negar que esto supere con creces las desventajas educativas de los niños y demuestre que las mujeres sufren una mayor desventaja educativa.

Primero, el problema de la autoestima es solo parcialmente una desventaja *educativa*. Algunos de los problemas no surgen en relación con la educación, sino que surgen problemas sobre la imagen corporal que surgen durante la pubertad. Las escuelas pueden exacerbar o mejorar estos. También es el caso de que estos problemas pueden tener un impacto en la educación. Sin embargo, no son fundamentalmente medidas de desventaja educativa. Se descubrió que las chicas "negras" no tenían los mismos problemas de autoestima que las chicas "blancas", a pesar de que las primeras tenían un rendimiento académico más bajo.

En segundo lugar, dado el hecho de que a las niñas les va mejor que a los niños en las formas mencionadas anteriormente, es posible que la autoestima masculina esté en parte equivocada. Si estamos tratando de determinar dónde se encuentra la desventaja educativa, deberíamos poner más peso en lo bien que los estudiantes lo están haciendo realmente desde el punto de vista educativo y menos peso en lo bien que se sienten acerca de cómo lo están haciendo. No es que las autoevaluaciones positivas carezcan de importancia. En cambio, es que no debemos tratarlos como decisivos frente a (más) evidencia objetiva sobre qué tan bien están los sexos.

En resumen, entonces, una proporción menor de hombres que de mujeres está teniendo éxito educativo. Esa es una desventaja educativa sustancial, independientemente de las desventajas educativas que sufren las niñas.

Familia y otras relaciones

Los hombres sufren una serie de desventajas en el contexto del establecimiento y la preservación de la familia cercana y otras relaciones. Considere, por ejemplo, el tema de la custodia de los hijos.

Custodia

En un divorcio, es mucho menos probable que los hombres ganen la custodia de sus hijos que las mujeres. En los Estados Unidos, los padres obtienen la custodia exclusiva de los niños en aproximadamente el 10% de los casos y las mujeres en casi tres cuartas partes de los casos.¹⁵⁷ En Nueva Zelanda, los padres obtienen la custodia de los hijos en aproximadamente el 11% de los

casos resueltos en el Tribunal de Familia, mientras que las madres obtienen la custodia en aproximadamente el 65% de los casos.¹⁵⁸ En Canadá, las mujeres obtienen la custodia exclusiva en más del 70% de los casos.¹⁵⁹ Algunas personas han sugerido que los hombres ganan la custodia de sus hijos con poca frecuencia porque muy pocos hombres quieren la custodia. Independientemente de que sea o no cierto que menos hombres que mujeres busquen la custodia de sus hijos, es cierto que a los hombres les va peor que a las mujeres, incluso cuando buscan activamente la custodia. En Canadá, por ejemplo, a más del 93% de las mujeres que solicitaron la custodia exclusiva se les otorgó esto, mientras que solo dos quintos de los peticionarios varones que lo solicitaron se lo concedieron.¹⁶⁰

Del mismo modo, un estudio de los Estados Unidos determinó que en el 90% de los casos en que había una solicitud no impugnada de custodia física de los niños, la madre recibió esta custodia. Sin embargo, en solo el 75% de los casos en los que hubo una solicitud no impugnada de custodia física paterna, el padre otorgó dicha custodia.¹⁶¹ En los casos de solicitudes conflictivas de custodia física, las solicitudes de las madres se concedieron el doble de veces que las solicitudes de los padres.¹⁶² Del mismo modo, cuando los niños residían con el padre en el momento de la separación, era más probable que el padre obtuviera la custodia que cuando los hijos vivían con la madre en el momento de la separación, pero sus posibilidades no eran tan altas como madre con quien los niños vivían en el momento de la separación.¹⁶³ Este estudio se llevó a cabo en California, que se caracteriza por su legislación y actitudes progresivas y, por lo tanto, es posible que sea un estado donde los hombres tienen menos probabilidades de estar en desventaja.

Existe alguna evidencia de que a los hombres divorciados también les va peor emocionalmente que a las mujeres divorciadas. Por ejemplo, es más probable que sean admitidos en hospitales psiquiátricos que las mujeres divorciadas.¹⁶⁴ Mientras que las mujeres divorciadas no son más propensas a matarse que las mujeres casadas, los hombres divorciados tienen el doble de probabilidades que los hombres casados de quitarse la vida.¹⁶⁵

Hay una serie de posibles explicaciones por las cuales los hombres sufren una mayor agitación emocional a raíz del divorcio,¹⁶⁶ pero incluyen el hecho de que los padres pierden el contacto diario que tuvieron con sus hijos porque no obtienen la custodia. Las mujeres también reportan una mayor satisfacción con los términos del divorcio y una mayor sensación de control sobre el proceso de resolución que los hombres.¹⁶⁷

Los padres pueden no ser los únicos varones en sufrir desventaja después del divorcio y otros arreglos de custodia, aunque la evidencia al respecto es mixta. Muchos estudios han encontrado que a los hijos les va menos bien que a las hijas después de la separación de sus padres. En un estudio, por ejemplo, las madres divorciadas mostraron menos afecto a sus hijos que a sus hijas, "trataban a sus hijos con mayor dureza y les daban órdenes más amenazantes, aunque no las aplicaban sistemáticamente".¹⁶⁸ "Incluso después de dos años ... niños en ... las familias divorciadas eran ... más agresivos, más impulsivos y más desobedientes con sus madres que las niñas en familias divorciadas o los niños en familias intactas".¹⁶⁹ En otro estudio, "una proporción significativa de niños que desarrollaron graves problemas de adaptación en la adolescencia vivía en familias en las que su padre estaba ausente temporalmente, ya sea por discordia o trabajo familiar".¹⁷⁰ Lo mismo no era cierto para las niñas que crecieron con un padre ausente. En resumen, estos y otros estudios sugieren que los niños tienden a sufrir más que las niñas como resultado del divorcio y de vivir con una madre soltera. Muchos estudiosos han sugerido que esto puede deberse a que a los niños les va mejor cuando se los coloca con los padres de su propio sexo, al menos cuando ese padre es susceptible de tener la custodia.¹⁷¹

Sin embargo, no todos los estudios han tenido estos hallazgos. Algunos han descubierto que a los niños no les va peor que a las niñas. Esta fue también la conclusión de un metanálisis.¹⁷² Otro estudio encontró que tanto los niños como las niñas lo hacen mejor si se encuentran bajo la custodia

del padre, pero los autores son cautelosamente apropiados para hacer inferencias a partir de este hallazgo.¹⁷³ Señalan, por ejemplo, que los padres que ganan la custodia pueden ser muy excepcionales.

Parece entonces que la evidencia no es concluyente y esta es claramente un área que requiere más investigación. Puede ocurrir que los niños se vean perjudicados por el divorcio, pero también podría ser que esta no sea una de las desventajas que experimentan los niños.

Paternidad

Sin duda, los hombres han sido desfavorecidos de una forma que, salvo las medidas draconianas, era inevitable hasta los recientes avances en la ciencia. Debido a que las mujeres se gestan y dan a luz, por lo general han estado tan seguras como una de que los niños que creen que son sus descendientes biológicos son, de hecho, biológicamente suyos. Por supuesto, ha habido casos en los que los bebés han sido cambiados al nacer y una mujer cría a un niño que erróneamente piensa que es suyo. Y hoy, con los desarrollos en reproducción asistida, hay más posibilidades de incertidumbre en algunos casos (aunque esto se debe a incertidumbres conceptuales más que a hechos¹⁷⁴). Sin embargo, las mujeres generalmente disfrutaban altos grados de certeza de que sus hijos son biológicamente suyos.¹⁷⁵ Los hombres nunca han tenido los mismos motivos de certeza. Si un hombre tiene sexo con una mujer, él casi nunca sabe tan ciertamente como ella si él es el único hombre con el que está teniendo relaciones sexuales. Los cinturones de castidad, la infibulación genital y los harenes (vigilados por eunucos) han estado entre los intentos por asegurar la fidelidad de una mujer, una de las consecuencias de lo cual fue una mayor confianza en la paternidad. Sin embargo, estas medidas extremas no son empleadas por la mayoría de los hombres, que dependen de la fidelidad de sus esposas. La mayoría de las esposas son fieles, pero hay suficientes casos de cornudos, "no paternidad" o "discrepancia de paternidad", como se designa de forma variable, para crear dudas.¹⁷⁶

Hasta hace relativamente poco, la incertidumbre de un hombre sobre su estado paterno (genético) ha sido en gran medida inevitable. (Aunque la fidelidad de una mujer estaba bajo su control, la certeza de su marido no.) Sin embargo, ahora tenemos pruebas genéticas de paternidad que pueden proporcionarle a un hombre niveles de confianza extraordinariamente altos con respecto a si él es o no el padre de los niños identificados. Sin embargo, al menos quedan dos problemas.

En primer lugar, el conocimiento de un hombre sobre la paternidad no tiene costo. Se debe realizar una prueba y muchos hombres pueden ser reacios a someterse a la prueba, ya que se puede pensar que arroja difamaciones sobre su esposa e indica una falta de confianza en ella. Debido a que la sospecha es injustificada en la mayoría de los casos, y la mayoría de las pruebas serán positivas, la afrenta a una esposa generalmente no se considerará que valga la pena. Por lo tanto, los hombres se enfrentan al dilema de saber y ofender o no saber y no ofender.

El segundo problema es que cuando las pruebas científicas de paternidad pueden aliviar la desventaja masculina, la ley no siempre se ha puesto al día con los tiempos. Por ejemplo, en la ley de los Estados Unidos, cualquier niño nacido fuera del matrimonio es automáticamente ciudadano si la madre es ciudadana de los Estados Unidos. Sin embargo, si el padre pero no la madre es un ciudadano, entonces el niño se convierte en ciudadano solo si el padre reconoce la paternidad por escrito o la paternidad se establece en un tribunal de jurisdicción competente antes de que el niño cumpla 18 años. Una supuesta justificación para esta asimetría es la incertidumbre relativa de que un hombre es padre de un niño, y la preocupación relacionada con los reclamos de paternidad no verificables como medio para obtener la ciudadanía. Aunque la paternidad es algo que ahora podría probarse fácilmente mediante una prueba genética, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos descubrió que la ley pertinente no violaba la garantía de igual protección de la Quinta Enmienda.¹⁷⁷

El caso considerado por el tribunal fue el de un joven que nació fuera del matrimonio con una madre vietnamita y un padre que era ciudadano de los Estados Unidos. A los seis años, el niño se mudó a los Estados Unidos, se convirtió en residente permanente y fue criado por su padre. La consecuencia de la decisión del tribunal es que los padres están en desventaja con respecto a las madres con respecto a su capacidad para otorgar la ciudadanía a sus hijos. En el caso de las madres, la ciudadanía de la descendencia es presunta. En el caso de los padres, no solo debe probarse, sino que debe probarse antes de que el niño alcance cierta edad.

Hasta ahora he hablado sobre casos de incertidumbre de paternidad cuando hay un niño y el padre nombrado o presunto no está seguro de que el niño sea su descendencia genética. También hay un tipo diferente de incertidumbre de paternidad o incluso ignorancia de paternidad. Mientras que una mujer (consciente y mínimamente competente) siempre sabrá que se ha gestado y dado a luz a un niño y, por lo tanto, ya sea que se haya convertido en una madre genética o gestacional, un hombre no siempre sabe cuándo se ha convertido en padre genético. Él puede pensar que no tiene hijos, pero de hecho tiene descendencia.

Si, después de un encuentro sexual casual, las partes masculinas y femeninas del acto se separan, la mujer sabrá si resulta un niño. El hombre, por el contrario, puede no saber. Esto a menudo se presenta como una desventaja para las mujeres. A menudo se quedan, literalmente, cargando al bebé. En otras palabras, se dice que las mujeres, pero no los hombres, pagan el precio del encuentro sexual. No quiero negar que esto puede ser una desventaja, es decir, para aquellas mujeres que preferirían no tener el hijo. Sin embargo, no es la única desventaja posible que hay. No saber que uno se convirtió en padre también puede ser una desventaja. Las mujeres, pero no los hombres, son capaces, al menos en circunstancias normales, de evitar que el otro padre sepa que su unión sexual ha producido un hijo.

Otra desventaja de paternidad no es epistémica. En muchas sociedades, los hombres tienen menos control que las mujeres sobre si se convertirán en padres. Tanto hombres como mujeres pueden elegir si desean tener relaciones sexuales, pero las mujeres tienen muchas más opciones anticonceptivas que los hombres. Los hombres tienen el condón y la vasectomía, mientras que las mujeres tienen "la píldora", el diafragma, el condón femenino, las cremas y geles espermicidas, el dispositivo intrauterino (DIU), la "píldora del día después" y la ligadura de trompas.¹⁷⁸ Además, en caso de fracaso de los anticonceptivos, normalmente solo las mujeres pueden decidir si desean convertirse en padres. Esto se debe a que las mujeres aún pueden tener la opción de abortar. Sin embargo, un hombre cuya pareja sexual se ha quedado embarazada no puede anular ninguna decisión suya si aborta o no.

El permiso de paternidad

Un número creciente de países ha incluido disposiciones legales para la licencia de paternidad después del nacimiento de un niño. Sin embargo, en casi todos los lugares, los beneficios de vacaciones garantizados a las madres superan los garantizados a los padres.¹⁷⁹ Esta discriminación legal perjudica solo a aquellos padres que desean mayores beneficios de licencia de paternidad de los que están garantizados por la ley en sus respectivos países. No está claro cuántos de esos hombres hay, pero incluso si solo se trata de una pequeña proporción de padres, sigue siendo cierto que esos padres están en desventaja.

Los hombres homosexuales sufren más victimización que las lesbianas. Por ejemplo, el sexo homosexual masculino ha sido y continúa siendo criminalizado o dirigido de otra manera negativamente en más jurisdicciones que el sexo lésbico. En 2002, había al menos 30 países en los que la homosexualidad era ilegal para los hombres, pero la homosexualidad femenina no estaba explícitamente criminalizada.¹⁸⁰ Los homosexuales varones tienen más dificultades para adoptar

niños que las lesbianas,¹⁸¹ incluso en aquellos lugares donde las parejas del mismo sexo pueden adoptar. Los homosexuales masculinos son mucho más frecuentemente víctimas de crímenes de odio que las lesbianas.¹⁸² Por ejemplo, las estadísticas de crímenes de odio de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) de Estados Unidos muestran que en 2008, el 58.6% de los crímenes de orientación sexual estaban motivados por prejuicios contra los homosexuales, mientras que el 12% estaban motivados por prejuicios antilésbicos.¹⁸³

Privacidad corporal

La privacidad corporal de las mujeres se valora más que la privacidad corporal de los hombres. En muchos lugares y tiempos, esto impone una desventaja a las mujeres que deben cubrir sus cuerpos más extensivamente que los hombres. Por ejemplo, en algunos lugares las mujeres deben cubrirse de pies a cabeza en una burka, mientras que no se impone ninguna restricción comparable a los hombres.

Sin embargo, el mayor valor que se le da a la protección del cuerpo femenino desde la vista tiene algunas desventajas significativas para los hombres, quienes son más propensos a ser sometidos por la sociedad a invasiones no deseadas de su privacidad corporal. En otras palabras, mientras que las mujeres a veces se ven obligadas a cubrir sus cuerpos, a veces los hombres se ven obligados a descubrir sus cuerpos.

Considere, por ejemplo, el tratamiento diferencial de presos y presas, especialmente en el contexto de la supervisión intergénero. Muchos países requieren que los guardias de la prisión sean del mismo sexo que los prisioneros que están custodiando. Hay excepciones a esta tendencia, y Estados Unidos es un caso notable. Los guardias masculinos se encuentran en las cárceles femeninas y las mujeres en las prisiones de hombres. En algunos casos, los guardias que no son del mismo sexo que los prisioneros están restringidos de algunas funciones dentro de la prisión con el fin de proteger a los prisioneros de una invasión indebida de su privacidad corporal por parte de guardias del sexo opuesto. A menudo estas medidas no otorgan protección completa.

Se han presentado cuatro tipos de impugnaciones legales contra estos arreglos:

- (1) Los presos varones se han opuesto a que las guardias mujeres escudriñen sus cuerpos o puedan verlos en estado de desnudez.
- (2) Las reclusas se han opuesto a que los guardias masculinos busquen sus cuerpos o puedan verlos en estado de desnudez.
- (3) Los guardias masculinos se han opuesto, en igualdad de oportunidades, a ser excluidos de ciertos puestos o funciones en las cárceles femeninas.
- (4) Las guardias femeninas se han opuesto, en igualdad de oportunidades, a ser excluidas de ciertos cargos y funciones en las cárceles masculinas.

En general, los tribunales en los Estados Unidos han otorgado más importancia a los intereses de privacidad de las reclusas que a los intereses privados de los reclusos.¹⁸⁴ Concomitantemente, al equilibrar los intereses privados de los presos contra los intereses laborales de los guardias, los tribunales han otorgado mayor importancia a los intereses de las guardias de sexo femenino que a los presos por intereses de guardias varones en relación con las reclusas. Los intereses de privacidad de las reclusas prevalecen sobre los intereses laborales de los guardias varones, pero los intereses laborales de las guardias femeninas prevalecen sobre los intereses de privacidad de los reclusos varones.

Por ejemplo, cuando un prisionero masculino presentó una demanda contra la práctica de guardias mujeres que realizaban cacheos a presos varones totalmente vestidos, incluida la zona de la ingle, el tribunal falló en contra del solicitante,¹⁸⁵ cuando las reclusas desafiaron una política que permitía guardias para llevar a cabo búsquedas cacheadas, el tribunal falló a favor de los prisioneros.¹⁸⁶ Del mismo modo, cuando los guardias varones recurrieron una sentencia del Tribunal de Distrito contra su denuncia de discriminación sexual porque se les prohibió elegir puestos en una prisión para mujeres, el Tribunal de Apelación falló en su contra. El tribunal dijo que excluir a los guardias varones era "razonablemente necesario para acomodar los intereses privados de las reclusas".¹⁸⁷ Sin embargo, cuando las guardias habían presentado previamente el mismo tipo de queja, el tribunal no concedió demasiado peso a los intereses de privacidad masculinos y falló a favor de los guardias.¹⁸⁸

En los casos en que los tribunales han dictaminado que los guardias varones pueden continuar supervisando a las reclusas, esto se debe a que se han tomado medidas para proteger la privacidad de los reclusos en un grado considerable.¹⁸⁹

Ha habido algunos fallos judiciales excepcionales, donde los intereses de privacidad de las reclusas han sido tratados de la misma manera que los de los presos varones,¹⁹⁰ pero no parece haber ningún caso donde los intereses de privacidad de las reclusas hayan sido tratados menos serio que los mismos intereses de los presos varones. Cuando los tribunales (inferiores) han sido tan comprensivos con los intereses de la intimidad masculina como lo son típicamente los tribunales con los intereses privados de las mujeres, sus decisiones han sido anuladas por los tribunales superiores.¹⁹¹

Es sorprendentemente claro que los presos varones son mucho más propensos a ser sometidos a invasiones de su privacidad por la supervisión de un sexo diferente que las reclusas. Cuando solicitan un desagravio por mandato judicial o daños a los tribunales, es menos probable que reciban una respuesta favorable de los tribunales. Esto es una desventaja considerable.

Tampoco esta actitud parece estar localizada en los Estados Unidos, uno de los pocos países que permite la supervisión de las cárceles entre géneros.¹⁹² Las "Reglas mínimas para el tratamiento de los reclusos" aprobadas por el primer Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente y posteriormente aprobadas por el Consejo Económico y Social en 1957 y nuevamente en 1977, muestran un claro sesgo de género. La regla 53 dice lo siguiente:

- (1) En una institución tanto para hombres como para mujeres, la parte de la institución reservada para mujeres estará bajo la autoridad de una mujer responsable que tendrá la custodia de las llaves de toda esa parte de la institución.
- (2) Ningún miembro masculino del personal ingresará en la parte de la institución reservada para mujeres a menos que esté acompañada por una mujer oficial.
- (3) Las mujeres presas deben ser atendidas y supervisadas sólo por mujeres. Sin embargo, esto no impide que los miembros masculinos del personal, en particular médicos y docentes, desempeñen sus funciones profesionales en instituciones o partes de instituciones reservadas para mujeres.¹⁹³

En otras palabras, la Regla prohíbe explícitamente que los guardias varones supervisen a las reclusas, pero no existe una norma que prohíba a las guardias hembras supervisar a los presos varones.

Tampoco es cierto que la privacidad masculina se valore menos solo si los hombres en cuestión son prisioneros. Algunos militares se someten a entrenamiento SERE, que está destinado a equipar a

los soldados, que están en alto riesgo de ser capturados por el enemigo para sobrevivir (si su avión es derribado o se encuentran perdidos en el territorio enemigo), evadir la captura, resistir el enemigo y escapar si es capturado. Parte de esta capacitación puede incluir técnicas para tratar con la búsqueda. El entrenamiento implica, por lo tanto, cateos desnudos, inspección de los genitales y búsquedas en la cavidad corporal. En el ejército australiano, las mujeres soldados realizan estas búsquedas de soldados en los ejercicios de entrenamiento, pero los soldados no las realizan en las aprendices.¹⁹⁴

En la era del apartheid en Sudáfrica, hubo dos tomas de reclutas (varones) por año. Estas inducciones se presentaron regularmente en las noticias de televisión de South African Broadcasting Corporation, controlada por el gobierno. Las imágenes visuales mostrarían a los jóvenes conscriptos llegando vestidos de civil, despidiéndose de sus familias y luego desfilando en ropa interior mientras los pesaban y medían mientras esperaban sus exámenes médicos. Es inconcebible que las noticias nocturnas hayan entrado en un vestuario de mujeres de 18 años y las hayan filmado, sin su consentimiento, en sujetadores y bragas, y luego hayan emitido el metraje en la televisión nacional.

Luego, considere la configuración de inodoros de un solo sexo. Mientras que a los machos se les proporcionan urinarios, que están relativamente expuestos, las hembras tienen puestos. Ahora bien, es cierto que los hombres también tienen puestos de venta y, por lo tanto, los hombres no están obligados a usar urinarios. Sin embargo, el espacio ocupado por los urinarios reduce la disponibilidad de los puestos y hay presiones sociales en algunos hombres para usar las instalaciones más expuestas. Las mujeres a menudo afirman que debido a que los puestos ocupan más espacio, las colas para los baños de mujeres son más largas y, por lo tanto, están en desventaja. Eso puede ser cierto, pero el punto a destacar es que, al contrario de lo que piensan muchas feministas, las desventajas no son todas en una sola dirección. ¿Podríamos imaginarnos, en las sociedades occidentales contemporáneas, reemplazando algunos puestos de los retretes femeninos con retretes más cercanos, pero no divididos, en la antigua Roma, en los que las mujeres podían orinar, solo ingresando a los puestos si necesitaban realizar otras funciones?¹⁹⁵ Mientras que una mujer que tiene que quitarse los pantalones para orinar puede estar más expuesta a otras mujeres que un hombre que solo tiene que abrir la cremallera, una mujer con un vestido estaría menos expuesta que el hombre. Nuestras prácticas actuales están tan arraigadas que las personas rara vez ven lo extrañas que son. Se espera que los hombres orinen en presencia de otros hombres, pero no se espera que las mujeres orinen en presencia de otras mujeres.

Los diferentes estándares de privacidad que se obtienen en los baños públicos masculinos y femeninos también tienen un impacto diferencial en los padres de los niños pequeños. Las madres pueden llevar a sus hijas e hijos pequeños a los baños femeninos sin interferir excesivamente en la privacidad de otras mujeres que usan los baños públicos y sin exponer a sus hijos al espectáculo de las mujeres que orinan. Por el contrario, los padres pueden ser capaces de acompañar a sus hijos, pero las hijas presentan un problema mayor. Un padre que lleve a su hija pequeña (de, digamos, seis, siete u ocho años de edad) a un baño masculino someterá a otros hombres que usen los orinales a invasiones de privacidad cruzadas y expondrá a su hija al espectáculo de los hombres que orinan. Sin embargo, es posible que los padres que cuidan a sus hijas pequeñas no quieran que sus hijas entren a los aseos (femeninos) sin la compañía de un cuidador de confianza. Esto presenta un problema cuando la madre, la hermana mayor o la tía, por ejemplo, no están presentes.

Esperanza de vida

La esperanza de vida de las mujeres supera a la de los hombres en casi todas partes. Hay algunas excepciones en Kenya, Sudáfrica y Zimbabwe, donde la esperanza de vida masculina, aunque breve, es ligeramente superior a la de las mujeres.¹⁹⁶ En algunos otros lugares, como Nigeria y

Pakistán, los hombres y las mujeres tienen aproximadamente la misma esperanza de vida.¹⁹⁷ Casi en todas partes, sin embargo, las mujeres sobreviven a los hombres. En algunos países, incluidos algunos estados de Europa oriental, el diferencial es considerable. En Rusia, por ejemplo, la esperanza de vida masculina es de 58.7 años, mientras que la de las mujeres es de 71.8.¹⁹⁸ Incluso en aquellos lugares donde tanto hombres como mujeres tienen una larga vida, las mujeres son aún más largas. En Japón, por ejemplo, la esperanza de vida de hombres y mujeres es, respectivamente, 79.1 y 86.4.¹⁹⁹

Si bien la esperanza de vida femenina no siempre ha sido más larga que la de los hombres, el fenómeno puede rastrearse al menos hasta las primeras décadas del siglo XX, y al menos en algunos países.²⁰⁰ Por ejemplo, en 1908, la esperanza de vida al nacer en España era de 40,41 para los hombres y de 42,27 para las mujeres. Los australianos nacidos en 1921 tenían una esperanza de vida de 61,4 años si eran hombres y 63,24 años si eran mujeres. Los varones nacidos en 1922 en el Reino Unido tenían una esperanza de vida de 55.18 años, mientras que las mujeres podían esperar vivir en promedio 58.86 años. En 1933, los hombres nacidos en los Estados Unidos tenían una esperanza de vida de 59.17 años, en comparación con 62.83 años para las mujeres. Aunque la diferencia en la esperanza de vida entre hombres y mujeres rusos ha aumentado, sin embargo, ya era significativa en 1959. En ese año, las mujeres tenían una esperanza de vida de 71.14 años, aproximadamente la misma que hoy, mientras que la esperanza de vida para los hombres era de 62.84, más alta que hoy.²⁰¹

Es más difícil obtener datos confiables de mayor antigüedad, particularmente fuera de los países desarrollados. Donde existe en absoluto, a menudo es "fragmentario" o no confiable.²⁰² Sin embargo, hay algunas razones para pensar que puede no haber sido infrecuente, o al menos puede haber sido más común, que los varones sobrevivan a las mujeres antes del siglo XX.²⁰³ Por otro lado, este no fue el caso en todas partes. A fines del siglo XIX, los únicos datos de los Estados Unidos corresponden a Massachusetts y New Hampshire.²⁰⁴ En 1890, las esperanzas de vida para hombres y mujeres eran 42.5 y 44.46 respectivamente.²⁰⁵ Ya en 1789, las respectivas esperanzas de vida eran 34,5 y 36,5.²⁰⁶ Sin embargo, cualquiera sea el caso, es claro que durante al menos un siglo, y mucho más en algunos lugares, las mujeres han estado sobreviviendo a los hombres. Los hombres están así desfavorecidos de esta manera, y lo han sido por un tiempo.

La diferencia en la esperanza de vida de hombres y mujeres se explica por más de un factor. Aunque los varones pueden ser biológicamente más susceptibles a una muerte prematura, esto no puede explicar toda la diferencia en la esperanza de vida de hombres y mujeres. Dada la variación geográfica e histórica, los factores locales influyen claramente en la extensión de la diferencia entre la esperanza de vida de hombres y mujeres. Estos factores incluyen el estado de las mujeres. Donde las mujeres son mejor tratadas -donde, por ejemplo, no existe un infanticidio femenino generalizado o la priorización de los hombres para alimentarse en condiciones de escasez, y donde las mujeres tienen acceso a la atención obstétrica- sus posibilidades de supervivencia son obviamente más altas de lo que serían de otro modo. .

Sin embargo, no solo la duración de la vida femenina depende de qué tan bien se les trate. Lo mismo es cierto de la esperanza de vida masculina. La mayor tolerancia e incidencia de la violencia letal contra los hombres debe constituir parte de la explicación de por qué los hombres tienden a no vivir tanto como las mujeres. No solo se mata a más hombres en guerras y conflictos, sino que también se asesina a más hombres, y las vidas de los hombres se sacrifican más fácilmente. Esto seguramente contribuye a una esperanza de vida masculina promedio más corta.

En casi todos los lugares, los hombres también son más propensos que las mujeres a matarse. En todo el oeste y en los países asiáticos occidentalizados, la tasa de suicidio entre los hombres es al menos el doble que entre las mujeres²⁰⁷ y, a veces, incluso más.²⁰⁸ Una excepción notable es China,

donde las mujeres (especialmente en las zonas rurales) tienen una tasa de suicidio más alta que los hombres.²⁰⁹

Los hombres también constituyen la mayoría de las muertes por accidentes de trabajo. En los Estados Unidos, la tasa de mortalidad de los hombres es aproximadamente diez veces mayor que la de las mujeres.²¹⁰ Aunque las mujeres representan el 43% de las horas trabajadas por los salarios en los Estados Unidos, representan solo el 7% de las muertes laborales.²¹¹ Las cosas son peores en Canadá, donde los hombres representan alrededor del 95% de las muertes en el lugar de trabajo. En ese país, la incidencia de muertes en el lugar de trabajo para los hombres es de aproximadamente 10,4 por 100 000, mientras que la incidencia para las mujeres es de 0,4 por 100 000.²¹² En Taiwán, los hombres representan alrededor del 93% de las muertes en el lugar de trabajo.²¹³

Las guerras, la violencia criminal, el suicidio y las muertes en el lugar de trabajo son solo algunos de los factores que contribuyen a la esperanza de vida más corta de los hombres. Una vida más corta es una desventaja. Si bien hay algunas sociedades en las que las mujeres sufren esta desventaja, en la mayoría de los lugares, y en general, son las mujeres las que viven más tiempo que los hombres y, por lo tanto, son los hombres los que están en desventaja.

Encarcelamiento y pena capital

Los hombres también son mucho más propensos que las mujeres a ser encarcelados o a ser sometidos a la pena capital. La abrumadora mayoría de la población carcelaria mundial es masculina. Lo mismo puede decirse de los condenados a muerte y los ejecutados judicialmente.

En los Estados Unidos, que tiene la mayor tasa de población carcelaria²¹⁴ (y posiblemente también la mayor población penitenciaria absoluta²¹⁵) en el mundo, los hombres constituyen aproximadamente el 92% de todos los reclusos, mientras que las mujeres constituyen solo alrededor del 8%.²¹⁶ En Inglaterra y Gales juntos, que tienen tasas de encarcelamiento relativamente bajas, alrededor del 94% de los reclusos son varones.²¹⁷ En aproximadamente el 80% de los sistemas penitenciarios de todo el mundo, las mujeres constituyen entre el 2% y el 9% de la población carcelaria total. (218) En solo 12 sistemas, el porcentaje de presas es más alto que eso. Hong Kong es el más alto con un 22%, seguido de Myanmar (18%).²¹⁹ El nivel medio mundial es 4.3%.²²⁰

Estar encarcelado es un daño grave (incluso cuando se lo merece). Implica restricciones masivas a la libertad de uno y, como hemos visto, a la privacidad. Uno corre un riesgo significativamente elevado de agresión sexual, incluida la violación, junto con los riesgos asociados de contraer enfermedades de transmisión sexual. La principal preocupación entre ellos es el VIH, que puede transformar una cadena perpetua en una sentencia de muerte. Este problema particular es especialmente grave para los hombres, no solo porque constituyen la gran mayoría de los reclusos, sino también porque, a diferencia de las reclusas, es mucho más probable que se infecten como consecuencia de la agresión sexual por parte de otros presos. El ataque sexual por parte de una mujer es menos probable que transmita el VIH. Por supuesto, las reclusas podrían contraer el VIH si fueran violadas por un guardia de sexo masculino con VIH. Sin embargo, en muchos lugares, la custodia de las reclusas solo la realizan otras mujeres. En cualquier caso, los presos varones pueden ser infectados tanto por guardias varones como por otros presos.

Una proporción aún mayor de los ejecutados son hombres. En América, 568 mujeres fueron ejecutadas en los 374 años desde 1632 hasta fines de 2005.²²¹ Esto constituye solo el 2.8% de todas las ejecuciones en los Estados Unidos durante este período. Es decir, el 97.2% de los ejecutados han sido hombres. Pero este hecho no logra capturar las tendencias a lo largo del tiempo. La tasa de ejecución de mujeres ha disminuido. Desde 1973 (que marca la reintroducción de la pena de muerte en los Estados Unidos después de que el Tribunal Supremo la hubiera rescindido en su forma

anterior en la decisión de 1972 de Furman c. Georgia) hasta fines de 2005, las mujeres representaban solo el 1,1% de todas las ejecuciones.²²² Entre 1973 y 1997 la tasa fue incluso más baja (0.2%), pero parece ser atípica.²²³ Así, los hombres actualmente constituyen aproximadamente el 98.9% de todos los que mueren en los Estados Unidos.

A nivel mundial, las mujeres pueden constituir una proporción aún menor de todas las ejecuciones conocidas.²²⁴ Según un cálculo, menos del 1% de todos los que se sabe que se han ejecutado en los últimos años son mujeres.²²⁵

Algunos países exigen explícitamente a las mujeres de la pena capital. Este fue el caso en la Unión Soviética en 1991²²⁶ y hoy es el caso "en unos pocos países, principalmente los asociados con el antiguo sistema soviético: Bielorrusia, Mongolia, Uzbekistán y la Federación de Rusia".²²⁷ Un número de otros países prohíben la ejecución de mujeres embarazadas. Mientras que algunos de ellos simplemente consideran esto como una suspensión de la ejecución, otros países, siendo Kuwait un ejemplo, "conmutan automáticamente la condena a cadena perpetua".²²⁸

La pena de muerte ha sido históricamente infligida por una variedad de crímenes. En sociedades más opresivas, esa tendencia continúa. Estados Unidos es una de las pocas democracias liberales que mantiene la pena capital, que solo inflige a los asesinos. Si bien no es difícil simpatizar con los ejecutados en sociedades opresivas por mala conducta sexual, violaciones de drogas y oposición política, es muy difícil simpatizar con las personas que cometen los tipos de crímenes que conllevan la pena de muerte en los Estados Unidos en la actualidad. Además, las ejecuciones representan una proporción extremadamente pequeña de todas las muertes: una caída en el cubo pateado. Sin embargo, la ejecución es una gran desventaja para quienes están sujetos a ella (incluso cuando la merecen²²⁹). No solo acorta la vida de la persona condenada (como siempre lo hace la muerte), sino que también sufre la ansiedad extrema y el temor de saber que enfrentará la muerte en un momento determinado. El reloj marca y él, impotente, espera esa horrible fecha.

En el Capítulo 4 consideraré las razones por las cuales las mujeres constituyen una proporción tan pequeña de los presos y de los ejecutados. Más específicamente, consideraré si esto es atribuible, incluso en parte, a la discriminación contra los hombres. Por ahora, sin embargo, solo estoy interesado en establecer el hecho de la desventaja. Las estadísticas anteriores lo demuestran. Nacer hombre le da a uno muchas más posibilidades de ser encarcelado y de ser ejecutado.

Conclusión

En este capítulo he demostrado que los hombres sufren una desventaja sustancial de muchas maneras importantes. Obviamente, no todos los hombres sufren cada una de estas desventajas, pero es igualmente cierto que no todas las mujeres sufren cada una de las conocidas desventajas que generalmente sufren las mujeres. Por esta razón, podemos concluir que algunos hombres están más desfavorecidos por su sexo que algunas mujeres por el suyo, incluso si es cierto que las mujeres, en general, están más desfavorecidas por su sexo que los hombres por el suyo. No estoy sugiriendo que las mujeres estén en general más desfavorecidas. Esto también depende. Hay momentos y lugares en los que es cierto que lo son. Sin embargo, hay otras sociedades en las que las desventajas de ser mujer son mucho menores y menos graves. La medida en que los hombres están en desventaja en general tampoco es constante. Por lo tanto, tanto si los hombres como las mujeres sufren más desventajas en general, pueden variar a través del espacio y el tiempo.

Incluso estas afirmaciones modestas, que analizaré más adelante en el capítulo final, probablemente sean recibidas con indignación por aquellos que tienen opiniones menos complejas sobre la distribución de la desventaja de los hombres y las mujeres. Dichas personas serán aún más resistentes a la afirmación adicional de que al menos muchas de las desventajas que experimentan los hombres son producto de la discriminación injusta o el sexismo. Mi defensa de ese reclamo adicional se proporcionará en el Capítulo 4 y, respondiendo a las objeciones, también en el Capítulo

5. Primero, sin embargo, hay un trabajo preliminar para comprender cómo surge la desventaja masculina y sobre cómo debemos pensar sobre las diferencias entre los sexos.

Notas

- 1 Will Ellsworth-Jones, *We Will Not Fight: The Untold Story of the First World War's Conscientious Objectors*, Londres: Aurum, 2008.
- 2 En el momento de redactar el presente informe, estos parecen incluir: Albania, Angola, Argelia, Armenia, Austria, Azerbaiyán, Belarús, Benin (selectivo), Bhután (selectivo), Bolivia, Bosnia y Herzegovina, Brasil, Burundi (selectivo), Cabo Verde, República Centroafricana (selectivo), Chad (selectivo) y Chile, Alemania, China (selectiva), Colombia, Cuba, Chipre, Dinamarca, Ecuador, Egipto, Eritrea, Estonia, Finlandia, Georgia, Ghana, Grecia, Guinea, Guinea-Bissau, Indonesia (selectiva), Irán, Iraq, Israel, Guinea Ecuatorial, República Democrática del Congo, Costa de Marfil, Kazajstán, Kuwait, Kirguistán, Laos, Líbano, Libia, Lituania, Madagascar, Malí (selectivo), México, Moldavia, Mongolia, Montenegro, Marruecos, Mozambique, Myanmar, Níger (selectivo), Corea del Norte, Noruega, Paraguay, Perú, Filipinas, Polonia, Rusia, Senegal (selectivo), Serbia, Singapur, Corea del Sur, Sudán, Suiza, Siria, Taiwán, Tayikistán, Tanzania, Tailandia, Togo (selectivo), Túnez, Turquía, Turkmenistán, Ucrania, Uzbekistán, Venezuela, Vietnam y Yemen. Es muy difícil obtener información fiable, completa y actualizada sobre los países que todavía reclutan. La lista anterior se ha extraído de unas pocas fuentes diferentes e implica una medida de verificación (o falsificación) entre ellas y de forma independiente. La lista completa de fuentes es demasiado larga para incluirla aquí, pero las fuentes generales iniciales fueron: http://www.nationmaster.com/graph/mil_con-military-conscription; http://www.wri-irg.org/programmes/world_survey; y <http://en.wikipedia.org/wiki/Conscription>.
- 3 Will Ellsworth-Jones, *We Will Not Fight*, especialmente el capítulo 4.
- 4 Para más información sobre los soldados adolescentes en la Primera Guerra Mundial, véase Richard van Emden, *Boy Soldiers of the Great War*, Londres: Headline, 2005.
- 5 Citado en Will Ellsworth-Jones, *We Will Not Fight*, p. 47. Irónicamente, la ícono feminista Virginia Woolf afirmó -en falso, la evidencia muestra- que se habían repartido relativamente pocas plumas blancas y que "era más un producto de la histeria masculina que de la práctica real" (ibíd., p. 46).
- 6 Originalmente las mujeres eran reclutadas por 24 meses y los hombres por 30 meses. Sin embargo, el período de servicio de las mujeres se redujo a menos de 21 meses y el de los hombres a 36 meses. Dafna N. Izraeli, "Gendering military service in the Israel Defense Force", *Israel Social Science Research*, 12(1), 1997, p. 139.
- 7 Ibídem, pág. 138.
- 8 Ibídem, y Nira Yuval-Davis, "Front and rear: the sexual division of labor in the Israeli Army", *Feminist Studies*, 11(3), otoño de 1985, págs. 666-668.
- 9 Las mujeres sirvieron (voluntariamente) en combate en la Guerra de la Independencia de Israel, y ahora las mujeres son admitidas en unidades de combate, pero sólo voluntariamente.

- 10 Judith Wagner DeCew, "Women, equality, and the military", en Dana E. Bushnell (ed.), *Nagging Questions: Feminist Ethics in Everyday Life*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 1995, p. 131.
- 11 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat: The New Evidence That Women Should't Fight the Nation's Wars*, Nueva York: Sentinel, 2007, pág. 72. Mary Wechsler Segal hace un comentario similar. Distingue los trabajos militares por el grado en que "implican un potencial de combate ofensivo o defensivo". "The arguments for female combatants", en Nancy Loring Goldman (ed.), *Female Soldiers: Combatants or Noncombatants? Historical and Contemporary Perspectives*, Westport: Greenwood Press, 1982, p. 267.
- 12 John Keegan, *The Face of Battle*, Nueva York: Penguin Books, 1978, p. 89.
- 13 John Keegan y Richard Holmes, *Soldados: A History of Men in Battle*, Londres: Hamish Hamilton, 1985, p. 261.
- 14 Al menos empiezan en una escala mayor. Las bajas también ocurren en el entrenamiento, mucho antes de que comience el combate.
- 15 Joanna Bourke, *Dismembering the Male: Men's Bodies, Britain and the Great War* (Desmembrando al macho: Cuerpos de hombres, Gran Bretaña y la Gran Guerra), Chicago: University of Chicago Press, 1996, p. 228.
- 16 No todos se ahogan en el mar. En la batalla de Agincourt, por ejemplo, cuando "los franceses armados, fuertemente armados, cayeron heridos, muchos no pudieron levantarse y simplemente se ahogaron en el barro mientras otros hombres tropezaban con ellos". James Glanz, "Historians Reassess Battle of Agincourt", *New York Times*, 25 de octubre de 2009, <http://www.nytimes.com/2009/10/25/world/europe/25agincourt.html?pagewanted=all> (consultado el 25 de octubre de 2009).
- 17 Para imágenes desgarradoras de las heridas sufridas por soldados del siglo XXI, véase Shawn Christian Nessen, Dave Edmond Lounsbury y Stephen P. Hetz (eds.), *War Surgery in Afghanistan and Iraq*, Falls Church, VA: Office of the Surgeon General, United States Army, y Washington, DC: Borden Institute, Walter Reed Army Medical Center, 2008.
- 18 Joanna Bourke, *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare*, Nueva York: Basic Books, 1999, págs. 235-236.
- 19 Scott Claver, *Under the Lash: A History of Corporal Punishment in the British Armed Forces*, Londres: Torchstream Books, 1954, p. 67; James E. Valle, *Rocks and Shoals: Order and Discipline in the Old Navy, 1800-1861*, Annapolis: Naval Institute Press, 1980, pág. 38.
- 20 Joanna Bourke, *Dismembering the Male*, págs. 94 y ss.
- 21 David Sharp, "Shocked, shot, and pardoned," *The Lancet*, 368, 26 de septiembre de 2006, pp. 975-976. Aunque términos anteriores como "choque de caparazón", "neurastenia" y "síndrome de la guerra de Vietnam" se referían a algunos síntomas similares, es sólo más recientemente que la afección ha sido comprendida de manera más completa y (relativamente más) comprensiva.
- 22 Jeffrey Gettleman, "Soldier Accused as Coward Says He Is Guilty Only of Panic Attack", *New York Times*, 6 de noviembre de 2003.
- 23 *Ibidem*.
- 24 *Ibidem*.

- 25 "El ejército retira todas las acciones legales contra el SSG Georg-Andreas Pogany." Declaración de Anderson & Travis, PC, 16 de julio de 2004.
- 26 Joanna Bourke, *Dismembering the Male*, pp. 38, 83ss.
- 27 Ibídem, pág. 77.
- 28 Ibídem, pág. 31, 70.
- 29 Joanna Bourke, *An Intimate History of Killing*, págs. 339 y siguientes.
- 30 Ibídem, pág. 350.
- 31 Dave Grossman, *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, Boston: Back Bay Books, 1995, p. 277.
- 32 Joanna Bourke, *An Intimate History of Killing*, pp. 67-68. Ver también James E. Valle, *Rocks and Shoals*, p. 76.
- 33 Steven Lee Myers, "Hazing Trial Bares Dark Side of Russia's Military", *New York Times*, 13 de agosto de 2006.
- 34 Ibídem.
- 35 Ibídem.
- 36 Decir que los hombres tienen más probabilidades de ser víctimas de la agresión y la violencia no significa que siempre estén sobrerrepresentados entre esas víctimas. El genocidio nazi de los judíos y otros, por ejemplo, finalmente se dirigió por igual a hombres y mujeres.
- 37 A diferencia de la violencia entre padres e hijos o entre hermanos.
- 38 Para una lista completa de estudios, véase Martin S. Fiebert, "References examining assaults by women on their spouses or male partners: an annotated bibliography", disponible en <http://www.csulb.edu/~mfiebert/assault.htm> (consultado el 5 de marzo de 2010). He aquí algunos ejemplos: Murray Straus, "Victims and aggressors in marital violence", *American Behavioral Scientist*, 23(5), Mayo/Junio 1980, pp. 681-704; Murray A. Straus y Richard J. Gelles, "Societal change and change in family violence from 1975 to 1985 as revealed by two national surveys" (Cambio social y cambio en la violencia familiar de 1975 a 1985 revelado por dos encuestas nacionales), *Journal of Marriage and the Family*, 48, agosto de 1986, págs. 465-479. Para resultados similares en Canadá ver Merlin B. Brinkeroff y Eugen Lupri, "Interspousal violence", *Canadian Journal of Sociology*, 13(4), 1988, pp. 407-430.
- 39 Esto, por supuesto, aumenta la confianza en los hallazgos. Claramente no son el producto de nociones preconcebidas o de prejuicios ideológicos.
- 40 Murray Straus, "Victims and aggressors in marital violence", p. 683.
- 41 Ibídem, pág. 684.
- 42 Jan E. Stets y Murray A. Straus, "The marriage license as a hitting license: a comparison of assaults in dating, cohabiting, and married couples", *Journal of Family Violence*, 4(2), 1989, p. 163. Jean Malone, Andrea Tyree y K. Daniel O'Leary ("Generalization and containment: different effects of past aggression for wives and husbands", *Journal of Marriage and the Family*, 51, 1989, p. 690) encontraron que las mujeres son más propensas a tirar un objeto, abofetear, patear, morder, golpear con un puño y golpear con un objeto. Para una encuesta de otros hallazgos a este efecto, ver Donald Dutton y Tonia Nicholls, "The gender paradigm in

- domestic violence research and theory. Part 1: the conflict of theory and data", *Aggression and Violent Behavior*, 10, 2005, pp. 680-714 (especialmente pp. 687-689).
- 43 K. Daniel O'Leary, Julian Barling, Ileana Arias y otros, "Prevalence and stability of physical aggression between spouses: a longitudinal analysis", *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57(2), 1989, pp. 264-266.
 - 44 David B. Sugarman y Gerald T. Hotaling, "Dating violence: a review of contextual and risk factors", en Barrie Levy (ed.), *Dating Violence: Young Women in Danger*, Seattle: Seal Press, 1991, pág. 104.
 - 45 Véase, por ejemplo, Jan E. Stets y Murray A. Straus, "Gender differences in reporting marital violence and its medical and psychological consequences", en Murray A. Straus y Richard J. Gelles (eds.), *Physical Violence in American Families*, New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 1990, pp. 151-165; Michele Cascardi, Jennifer Langhinrischen y Dina Vivian, "Marital aggression: impact, injury, and health correlates for husbands and wives", *Archives of Internal Medicine*, 152, 1992, pp. 1178-1184; Daniel J. Whitaker, Tadesse Halleyesus, Monica Swahn y Linda S. Saltzman, "Differences in frequency of violence and reported injury between relationships with reciprocal and nonreciprocal intimate partner violence" (Diferencias en la frecuencia de violencia y lesiones entre relaciones con violencia recíproca y no recíproca por parte de la pareja), *American Journal of Public Health*, 97(5), 2007, pp. 941-947.
 - 46 Murray Straus, "Victims and aggressors in marital violence," p. 681; Murray A. Straus y Richard J. Gelles, "Societal change and change in family violence," p. 468; K. Daniel O'Leary Julian Barling, Ileana Arias et al., "Prevalence and stability of physical aggression," p. 267.
 - 47 Véase, por ejemplo, Maureen McLeod, "Women against men: an examination of domestic violence based on an analysis of official data and national victimization data" (Mujeres contra hombres: un examen de la violencia doméstica basado en un análisis de datos oficiales y datos nacionales sobre victimización), *Justice Quarterly*, 1, 1984, pp. 171-193; Donald Vasquez y Robert E. Falcone, "Cross-gender violence" (Violencia entre los géneros), *Annals of Emergency Medicine*, 29(3), 1997, pp. 427-428.
 - 48 Véase, por ejemplo, K. Daniel O'Leary, Amy M. Smith Slep, Sarah Avery-Leaf y Michele Cascardi, "Gender differences in dating aggression among multiethnic high school students", *Journal of Adolescent Health*, 42, 2008, pp. 473-479; David M. Fergusson, L. John Horwood y Elizabeth M. Ridder, "Partner violence and mental health outcomes in a New Zealand birth cohort", *Journal of Marriage and the Family*, 67, 2005, pp. 1103-1119.
 - 49 Ann Frodi, Jacqueline Macaulay y Pauline Ropert Thome, "Are women always less aggressive than men? A review of the experimental literature," *Psychological Bulletin*, 1977, 84(4), p. 642; Alice H. Eagly y Valerie J. Steffen, "Gender and aggressive behavior: a meta-analytic review of social psychological literature," *Psychological Bulletin*, 100(3), 1986, pp. 321-322.
 - 50 Diane Craven, "Sex Differences in Violent Victimization, 1994." *Bureau of Justice Statistics Special Report*, septiembre de 1997.
 - 51 Home Office, *Crime in England and Wales 2008/9: A Summary of the Main Findings*, Londres: HMSO, 2009, p. 8.
 - 52 Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost*, Boston: Mariner Books, 1999, p. 232.

- 53 Robert Conquest, *The Great Terror: Stalin's Purge of the Thirties*, Toronto: Macmillan, 1968, pp. 533-535. Explica por qué la diferencia no es (significativamente) atribuible a las muertes por combate en la Primera Guerra Mundial.
- 54 Truth and Reconciliation Commission of South Africa, *Truth and Reconciliation Commission of South Africa Report*, Cape Town: Truth and Reconciliation Commission, 1998, vol. 1, pág. 171; vol. 4, págs. 259 a 266.
- 55 *Ibídem*, vol. 1, pág. 171.
- 56 *Ibídem*, pág. 169.
- 57 *Ibídem*, vol. 4, capítulo 10.
- 58 Paul B. Spiegel y Peter Salama, "War and mortality in Kosovo, 1988-9: an epidemiological testimony", *The Lancet*, 355, 24 de junio de 2000, pp. 2205-2206.
- 59 Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, *Kosovo: As Seen, As Told: An Analysis of the Human Rights Findings of the OSCE Kosovo Verification Missions*, octubre de 1998 a junio de 1999, Varsovia: OSCE, Oficina de Instituciones Democráticas y Derechos Humanos, 1999, pág. 196.
- 60 Adam Jones ha escrito extensamente sobre las formas en que los hombres han sido blanco de genocidios y asesinatos en masa. Véase, por ejemplo, la siguiente recopilación de sus ensayos: Adam Jones, *Gender Inclusive: Essays on Violence, Men, and Feminist International Relations*, Nueva York: Routledge, 2009.
- 61 Para un argumento contra la discriminación sexual en la imposición de castigos corporales, véase David Benatar, "The child, the rod and the law", *Acta Juridica*, 1996, págs. 197-214; David Benatar, "Corporal punishment", *Social Theory and Practice*, 24(2), verano de 1998, págs. 237-260.
- 62 James E. Valle, *Rocks and Shoals*, p. 79.
- 63 *Ibídem*, pág. 81.
- 64 *Ibídem*, pág. 38.
- 65 Príncipe Peter Alekseevich Kropotkin, "Disciplina en el ejército ruso", *New York Times*, 16 de octubre de 1898. En línea en nytimes.com/mem/archive-free/pdf (consultado el 7 de octubre de 2009).
- 66 http://en.wikipedia.org/wiki/Caning_in_Singapore#Military_Caning (consultado el 12 de octubre de 2009).
- 67 http://en.wikipedia.org/wiki/Judicial_corporal_punishment (consultado el 12 de octubre de 2009).
- 68 Aquí hay dos ejemplos: Sudáfrica: J. Sloth-Nielsen, "Legal violence: corporal and capital punishment", en Brian McKendrick y Wilma Hoffmann (eds), *People and Violence in South Africa*, Ciudad del Cabo: Oxford University Press, 1990, pág. 77; Reino Unido: Section 56(1) of the (UK) Petty Sessions and Summary Jurisdiction Act 1927 (as amended by s. 8 of the Summary Jurisdiction Act 1960), quoted in *Tyrer v. United Kingdom, European Human Rights Reports*, 1978, p. 4.
- 69 <http://www.corpun.com/singfeat.htm> (consultado el 12 de octubre de 2009).
- 70 *Ibídem*.

- 71 Código de Procedimiento Penal de Singapur 2010, Parte XVI, División 2, 325(1)(a). Esta ley sustituyó al Código de Procedimiento Penal de Singapur (ahora derogado), capítulo 25, 231(a), que también prohibía explícitamente el azotamiento de mujeres.
- 72 Véase, por ejemplo, el Reglamento No. 88 de Singapur en virtud de la Ley de reglamentación de las escuelas de 1957. Citado en <http://corpun.com/sgscr1.htm> (consultado el 18 de febrero de 2002.)
- 73 <http://www.corpun.com/rules2.htm#singsch> (consultado el 13 de octubre de 2009).
- 74 T.L. Holdstock, "Violence in schools: discipline", en Brian McKendrick y Wilma Hoffman (eds.), *People and Violence in South Africa*, p. 349.
- 75 De manera reveladora, la persona que relató este caso escribió que la novia "se vio obligada a presenciar el azotamiento en la oficina del director" (ibíd.) Al presentar el hecho de esta manera, en lugar de observar que no sólo el niño fue azotado sino que fue sometido a la indignidad de ser azotado en presencia de su novia, el enfoque se centra en lo desagradable para la niña en vez de en lo desagradable para el niño.
- 76 "Cortes" es un término para los golpes con un bastón.
- 77 "Ploddy", explica el autor de este relato en otro lugar, fue el apodo que los alumnos dieron al director.
- 78 Robert Kirby, "Spoil the Rod, Spare the Child", *Mail & Guardian* (Johannesburgo), 22 de diciembre de 2000-4 de enero de 2001, pág. 41. Para otras cuentas, véase, por ejemplo: "Eton beating", en Michael Rosen (ed.), *The Penguin Book of Childhood*, Londres: Penguin Books, 1995, pp. 102-103; Roald Dahl, *Boy: Tales of Childhood*, Londres: Puffin Books, 1984, págs. 46-51, 119-121, 141, 145-146; Edward Said, *Out of Place*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2000, pp. 41-42, 183, 187.
- 79 Steven R. Shaw y Jeffrey P. Braden, "Race and gender bias in the administration of corporal punishment", *School Psychology Review*, 19(3), 1990, pp. 378-383; Irwin A. Hyman, *Reading, Writing, and the Hickory Stick*, Lexington, MA: Lexington Books, 1990, p. 65; John R. Slate, Emilio Pérez, Phillip B. Waldrop y Joseph E. Justen III, "Corporal punishment: used in discriminatory manner?". *Clearing House*, 64, julio/agosto de 1991, págs. 362-364.
- 80 T.L. Holdstock, "Violence in schools: discipline", p. 349.
- 81 Ibídem.
- 82 F. Spender, *An Inspector's Testament*, Londres: English Universities Press, 1938, citado en Jacob Middleton, "The experience of corporal punishment in schools, 1890-1940", *History of Education*, 37(2), marzo de 2008, p. 264.
- 83 Joseph Mercurio, *Caning: Educational Rite and Tradition*, Syracuse, NY: Syracuse University Press, 1972, p. 50.
- 84 Roald Dahl, *Boy*, p. 141.
- 85 Colin McGinn, *The Making of a Philosopher*, Nueva York: Perenne, 2003, pág. 4.
- 86 Por ejemplo, en el Eton College, los niños tenían que quitarse los pantalones y la ropa interior para recibir palizas hasta 1970. Véase: http://en.wikipedia.org/wiki/Eton_College#Corporal_punishment (accessed December 24, 2010).

- 87 Véase, por ejemplo, Rick Lyman, "In Many Public Schools, the Paddle Is No Relic", *New York Times*, 30 de septiembre de 2006. En línea en <http://www.nytimes.com/2006/09/30/education/30punish.html> (consultado el 3 de octubre de 2006).
- 88 Håkan Stattin, Harald Janson, Ingrid Klackenborg-Larsson y David Magnusson, "Corporal punishment in everyday life: an intergenerational perspective", en Joan McCord (ed.), *Coercion and Punishment in Long-Term Perspectives*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995, pp. 321-323; Murray A. Straus, *Beating the Devil Out of Them: Corporal Punishment in American Families*, Nueva York: Lexington Books, 1994, págs. 29-30.
- 89 Ronald E. Smith, Charles J. Pine y Mark E. Hawley, "Social cognitions about adult male victims of female sexual assault", *Journal of Sex Research*, 24, 1988, pp. 101-112.
- 90 Ibídem, pág. 104.
- 91 Ibídem, pág. 107.
- 92 Ibídem, pág. 109.
- 93 Ibídem.
- 94 Ibídem, pág. 107.
- 95 Un estudio posterior de estudiantes universitarios (Cindy Struckman-Johnson y David Struckman-Johnson, "Acceptance of male rape myths among college men and women", *Sex Roles*, 27(3/4), 1992, pp. 85-100), reveló resultados algo menos preocupantes. En este estudio los sujetos rechazaron la mayoría (pero no todos) los mitos sobre la violación de los hombres, aunque en diferentes grados. Sin embargo, debido a que a los sujetos se les pidió explícitamente que apoyaran o rechazaran las declaraciones, las respuestas podrían no ser tan reveladoras como el estudio de Ronald Smith y sus colegas, que era más probable que determinara actitudes latentes que explícitas. Cindy Struckman-Johnson y David Struckman-Johnson tenían otra preocupación metodológica sobre su estudio en retrospectiva (p. 96). Sin embargo, incluso su estudio encontró que "los mitos de la violación masculina operan con más fuerza cuando el perpetrador es descrito como una mujer" (p. 97). Por ejemplo, el 40% de los sujetos masculinos piensan que un hombre violado por una mujer "tiene la culpa de ser descuidado o de no haber escapado" (p. 97). Además, el 35% de los hombres y el 22% de las mujeres estaban de acuerdo en que un hombre no se molestaría por haber sido violado por una mujer (p. 97). Ver también, H. Douglas Smith, Mary Ellen Fromouth y C. Craig Morris, "Effects of gender on perceptions of child sexual abuse", *Journal of Child Sexual Abuse*, 6(4), 1997, pp. 51-62.
- 96 Guy Holmes y Liz Offen, "Clinicians' hypothesis regarding clients' problems: are they less likely to hypothesize sexual abuse in male compared to female clients? *Child Abuse & Neglect*, 20(6), 1996, pp. 493-501.
- 97 Ibídem, pág. 493.
- 98 Ibídem, pág. 498.
- 99 Casi todos los académicos que trabajan en el área hacen esta afirmación. No se pueden enumerar todas, pero aquí hay algunos ejemplos: William C. Holmes y Gail B. Slap, "Sexual abuse of boys: definition, prevalence, correlates, sequelae, and management" (Abuso sexual de niños: definición, prevalencia, correlaciones, secuelas y manejo), *Journal of the American Medical Association*, 280(21), 2 de diciembre de 1998, pp. 1855-1862; Bill Watkins y Arnon Bentovim, "Male children and adolescents as victims: a review of current

- knowledge" (Los niños y adolescentes varones como víctimas: una revisión de los conocimientos actuales), en Gillian C. Mezey y Michael B. King (editores), *Male Victims of Sexual Assault* (Víctimas masculinas de agresiones sexuales), 2ª edición, Oxford: Oxford University Press, 2000, pp. 40-42; Matthew Parynik Mendel, *The Male Survivor: The Impact of Sexual Abuse*, Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 1995, pp. 40-51.
- 100 Bill Watkins y Arnon Bentovim, "Male children and adolescents as victims", pág. 38, ofrecen un esbozo de algunos de los datos discrepantes. Véase también Matthew Parynik Mendel, *The Male Survivor*, págs. 48-51.
 - 101 Nathan W. Pino y Robert F. Meier, "Gender differences in rape reporting", *Sex Roles*, 40(11/12), 1999, pp. 979-990; ver también Gillian C. Mezey y Michael B. King (eds), *Male Victims of Sexual Assault*.
 - 102 Arthur Kaufman, Peter Divasto, Rebecca Jackson y otros, "Male rape victims: noninstitutionalized assault", *American Journal of Psychiatry*, 137(2), febrero de 1980, pp. 221-223.
 - 103 Nicholas Groth y Wolbert Burgess, "Male rape: offenders and victims", *American Journal of Psychiatry*, 137(7), julio de 1980, p. 808; Cindy Struckman-Johnson y David Struckman-Johnson, "Men pressured and forced into sexual experience" (Hombres presionados y forzados a la experiencia sexual), *Archives of Sexual Behavior* (Archivos de conducta sexual), 23(1), 1994, p. 112.
 - 104 Cindy Struckman-Johnson y David Struckman-Johnson, "Men pressured and forced into sexual experience," y Philip M. Sarrel y William H. Masters, "Sexual molestation of men by women," *Archives of Sexual Behavior*, 11(2), 1982, p. 121.
 - 105 Para un resumen de los hallazgos sobre el abuso de niños por parte de las mujeres, véase Bill Watkins y Arnon Bentovim, "Male children and adolescents as victims", págs. 43-45. Véase también Michael King, Adrian Coxell y Gill Mezey, "The prevalence and characteristics of male sexual assault", en Gillian C. Mezey y Michael B. King (eds.), *Male Victims of Sexual Assault*, p. 12.
 - 106 Véase, por ejemplo, Mary Spencer y Patricia Dunklee, "Sexual abuse of boys", *Pediatrics*, 78(1), julio de 1986, págs. 133-137.
 - 107 Gregory S. Fritz, Kim Stoll y Nathaniel N. Wagner, "A comparison of males and females who were sexually molested as children," *Journal of Sex and Marital Therapy*, 7(1), Spring 1981, pp. 54-59.
 - 108 Para una visión general de los datos de una serie de estudios, véase Matthew Parynik Mendel, *The Male Survivor*, págs. 62-63.
 - 109 Para una discusión de varias explicaciones posibles de por qué las mujeres no son reconocidas como perpetradoras de abuso sexual ver Craig M. Allen, "Women as perpetrators of child sexual abuse: recognition barriers", en Anne L. Horton, Barry L. Johnson, Lynn M. Roundy y Doran Williams (eds.), *The Incest Perpetrator: A Family Member No One Wants to Treat*, Newbury Park, CA: Sage Publications, 1990, pp. 108-125.
 - 110 La explicación para esto puede diferir en los dos sexos. Para detalles sobre el fenómeno en la mujer ver Meredith Chivers y J. Michael Bailey, "A sex difference in features that elicit genital response", *Biological Psychology*, 70(2), octubre de 2005, pp. 115-120. Para más detalles sobre los estímulos no sexuales a la excitación fisiológica en los varones preadolescentes y en los primeros años de la adolescencia, véase Glenn V. Ramsey, "The

sexual development of boys", *American Journal of Psychology*, 56(2), abril de 1943, págs. 217-233. Para estudios de casos de excitación fisiológica en hombres abusados sexualmente por mujeres, ver Philip M. Sarrel y William H. Masters, "Sexual molestation of men by women".

- 111 Meredith Chivers y J. Michael Bailey, "A sex difference in features that elicit genital response."
- 112 Cindy Struckman-Johnson, David Struckman-Johnson, Lila Rucker y otros, "Sexual coercion reported by men and women in prison", *Journal of Sex Research*, 33(1), 1996, pp. 67-76. La tasa de hombres fue consistente con la encontrada en otro estudio que observó sólo las tasas de coerción sexual en las prisiones de hombres. (Cindy Struckman-Johnson y David Struckman-Johnson, "Sexual coercion rates in seven prison facilities for men", *Prison Journal*, 80(4), diciembre de 2000, pp. 379-389.) Este estudio encontró que el 21% de los reclusos "habían experimentado al menos un episodio de contacto sexual forzado desde que fueron encarcelados en su estado".
- 113 M. Peel, A. Mahtani, G. Hinshelwood y D. Forrest, "The sexual abuse of men in detention in Sri Lanka," *The Lancet*, 355, 10 de junio de 2000, pp. 2069-2070; Michael Slackman, "Reformer in Iran Publishes Account of a Prison Rape", *New York Times*, 25 de agosto de 2009.
- 114 Ley Penal de la República Popular China, promulgada por el Congreso Nacional Popular el 1 de julio de 1979, en su forma enmendada. En línea en <http://www.cecc.gov/pages/newLaws/criminalLawENG.php> (consultado el 1 de diciembre de 2009).
- 115 Compárense los artículos 177 y 176 del Código Penal del Japón (Ley N° 45 de 1907, en su forma enmendada). En línea en http://www.cas.go.jp/jp/seisaku/hourei/data/PC_2.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2009).
- 116 1974 enmienda de la Sección 750.520 de la Ley 328 del Código Penal de Michigan de 1931. En línea en [http://www.legislature.mi.gov/\(S\(24i0ub45icnmus55zkfdd32r\)\)/documents/mcl/pdf/mcl-750-520a.pdf](http://www.legislature.mi.gov/(S(24i0ub45icnmus55zkfdd32r))/documents/mcl/pdf/mcl-750-520a.pdf) (consultado el 2 de diciembre de 2009). Véase también Maria Bevacqua, *Rape on the Public Agenda: Feminism and the Politics of Sexual Assault*, Boston: Northeastern University Press, 2000, pp. 99-100.
- 117 Ley de enmienda del Código Penal (delitos sexuales y asuntos conexos), Ley 32 de 2007. En línea en <http://www.justice.gov.za/legislation/acts/2007-032.pdf> (consultado el 1 de diciembre de 2009).
- 118 Ley de delitos sexuales (Escocia) de 2009 (asp 9). En línea en http://www.opsi.gov.uk/legislation/scotland/acts2009/pdf/asp_20090009_en.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2009).
- 119 Según el artículo 1 de la Ley de delitos sexuales de 2003:
- (1) Una persona (A) comete un delito si -
- a) penetra intencionadamente en la vagina, el ano o la boca de otra persona (B) con su pene,
- (b) "B" no consiente en la penetración, y (c) "A" no cree razonablemente que "B" consienta.
- En línea en http://www.opsi.gov.uk/Acts/acts2003/ukpga_20030042_en_2#pt1-pb1-l1g1 (consultado el 19 de octubre de 2009).

- 120 *Ibidem*. Podría ser acusada bajo la Sección 4, "Hacer que una persona tenga relaciones sexuales sin consentimiento" y bajo la Sección 3, "Agresión sexual", que penaliza el "contacto sexual" no consentido. Ambos delitos conducen "a una pena de prisión no superior a 10 años", mientras que una condena por violación conduciría "a una pena de prisión perpetua".
- 121 Howard League Working Party, *Unlawful Sex*, Londres: Waterlow Publishers, 1985, p. 27.
- 122 Philip M. Sarrel y William H. Masters, "Sexual molestation of men by women," p. 122.
- 123 Michael Benatar y David Benatar, "Between prophylaxis and child abuse: the ethics of neonatal circumcision" (Entre la profilaxis y el abuso infantil: la ética de la circuncisión neonatal), *American Journal of Bioethics*, 3(2), primavera de 2003, pp. 35-48. Véase también David Benatar y Michael Benatar, "How not to argue about circumcision", *American Journal of Bioethics*, 3(2), primavera de 2003, edición en línea: http://www.bioethics.net/journal/pdf/3_2_LT_w01_Benatar.pdf (consultado el 29 de agosto de 2011).
- 124 El que sea permisible depende, en parte, del éxito terapéutico relativo de la lumpectomía versus la mastectomía completa.
- 125 Véase, por ejemplo, el caso Bertran Auvert, Dirk Taljaard, Emmanuel Lagarde y otros, "Randomized, controlled intervention trial of male circumcision for reduction of HIV infection risk: the ANRS 1265 trial" (Ensayo de intervención aleatoria y controlada de la circuncisión masculina para la reducción del riesgo de infección por VIH: el ensayo ANRS 1265), *PLoS Medicine*, 2(11), 2005, pp. 1112-1122; Robert C. Bailey, Stephen Moses, Corrette B. Parker y otros, "Male circumcision for HIV prevention in young men in Kisumu, Kenya: a randomised controlled trial" (Circuncisión masculina para la prevención del VIH en hombres jóvenes en Kisumu, Kenia: un ensayo controlado aleatorio), *The Lancet*, 369, 24 de febrero de 2007, pp. 643-656; Ronald H. Gray, Godfrey Kigozi, David Serwadda et al.
- 126 Para un estudio de la evidencia ver David Benatar y Michael Benatar, "A pain in the fetus: toward ending confusion about fetal pain", *Bioethics*, 15(1), 2001, pp. 57-76.
- 127 Para más información sobre los datos sobre la anestesia de la circuncisión, véase Michael Benatar y David Benatar, "Between prophylaxis and child abuse", págs. 37-38.
- 128 Doriane Lambelet Coleman, "The Seattle compromise: multicultural sensitivity and Americanization", *Duke Law Journal*, 47, 1998, pp. 717-783.
- 129 *Ibid.*, pp. 749ff. Sin embargo, incluso si su afirmación es correcta, eso sólo demostraría que el doble rasero al que me referiré es uno que está consagrado en la ley.
- 130 *Ibidem*, pág. 748.
- 131 *Ibidem*, pág. 749.
- 132 American Academy of Pediatrics, Committee on Bioethics, "Policy Statement - Ritual Genital Cutting of Female Minors," *Pediatrics*, publicado en línea el 26 de abril de 2010. DOI: 10.1542/peds.2010-0187.
- 133 *Ibidem*, pág. 1092.
- 134 American Academy of Pediatrics, "American Academy of Pediatrics Withdraw Policy Statement on Female Genital Cutting," 27 de mayo de 2010. En línea en www.aap.org/advocacy/releases/fgc-may27-2010.htm (consultado el 4 de julio de 2010)

135 Ibídem.

136 "Not Anyone's Daughter", New York Times Online, 30 de junio de 2010. En línea en <http://www.nytimes.com/2010/07/01/opinion/01thu4.html?scp=1&sq=not%20anyone's%20daughter&st=cse> (consultado el 1 de julio de 2010).

137 "Las circuncisiones se han cobrado 102 vidas desde 1996", *Cape Times*, jueves 5 de octubre de 2006, pág. 6.

138 Para un relato desgarrador de un sobreviviente sobre la evasión de la detección, véase Emanuel Tanay, *Pasaporte a la vida*, Ann Arbor, MI: Forensic Press, 2004. Véase también Solomon Perel, *Europa Europa*, Nueva York: John Wiley & Sons, 1997.

139 American Association of University Women, *Shortchanging Girls, Shortchanging America*, Washington, DC: Asociación Americana de Mujeres Universitarias, 1991.

140 American Association of University Women, *The AAUW Report: How Schools Shortchange Girls*, Washington, DC: Asociación Americana de Mujeres Universitarias, 1992.

141 Ibídem, pág. 22.

142 Christina Hoff Sommers, *The War against Boys: How Misguided Feminism is Harming Our Young Men*, Nueva York: Simon & Schuster, 2000; y "The War against Boys", *Atlantic Monthly*, mayo de 2000, pp. 59-74.

143 American Association of University Women, *Beyond the "Gender Wars": A Conversation about Girls, Boys, and Education*, Washington, DC: Asociación Americana de Mujeres Universitarias, 2001.

144 Ibídem, pág. 4.

145 Myra y David Sadker, *Failing at Fairness: How America's Schools Cheat Girls*, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1994.

146 Compendio de Estadísticas Educativas, 2008, "Cuadro 109: Porcentaje de deserción escolar secundaria entre las personas de 16 a 24 años (tasa de deserción escolar), por sexo y raza/etnia: Años seleccionados, de 1960 a 2007". En línea en http://nces.ed.gov/programs/digest/d08/tables/dt08_109.asp (consultado el 25 de octubre de 2009).

147 G. Bowlby, "Provincial drop-out rates: trends and consequences", <http://www.statcan.gc.ca/pub/81-004-x/2005004/8984-eng.htm> (consultado el 2 de diciembre de 2009).

148 OCDE, *Education at a Glance 2008: Indicadores de la OCDE*, París: OCDE En línea en http://www.oecd.org/document/9/0,3343,en_2649_39263238_41266761_1_1_1_1,00.html (consultado el 16 de junio de 2011). Véase también el Indicador A2, en OCDE, *Education at a Glance 2009: Indicadores de la OCDE*, París: OCDE, pág. 56.

149 En 2006, Islandia fue la única excepción.

150 Compendio de Estadísticas Educativas, 2008, "Cuadro 403: Promedio de resultados de alfabetización en matemáticas, lectura y ciencias de 15 años, por sexo y país: 2006". En línea en http://nces.ed.gov/programs/digest/d08/tables/dt08_403.asp (consultado el 25 de octubre de 2009).

151 Ibídem. En 2006, no hubo excepciones a esta tendencia, aunque no se incluyen los datos de los Estados Unidos.

- 152 Hay algunos datos que sugieren que a los hombres les va mejor y otros que sugieren que no hay diferencias significativas entre los sexos, pero la mayoría de los datos apoyan la conclusión de que a las mujeres les va mejor. Véase Lee Ellis, Scott Herschberger, Evelyn Field y otros, *Sex Differences: Summarizing More Than a Century of Scientific Research*, Nueva York: Psychology Press, 2008, págs. 278-279.
- 153 Compendio de Estadísticas Educativas, 2007, "Cuadro 191: Matriculación en la universidad y tasas de matriculación de los que acaban de terminar la secundaria, por sexo: 1950 a 2006". En línea en http://nces.ed.gov/programs/digest/d07/tables/dt07_191.asp (consultado el 25 de octubre de 2009).
- 154 Las siguientes estadísticas proceden del Instituto de Ciencias de la Educación de los Estados Unidos, Centro Nacional de Estadísticas de Educación, "Fast facts: what is the percentage of degrees conferred by sex and race? En línea en <http://nces.ed.gov/fastfacts/display.asp?id=72> (consultado el 25 de octubre de 2009).
- 155 American Association of University Women, *The AAUW Report*, p. 68.
- 156 American Association of University Women, *Shortchanging Girls, Shortchanging America*, pp. 7 y siguientes.
- 157 Estas son estadísticas de un informe de 1995, Centers for Disease Control and Prevention, *Monthly Vital Statistics Report*, 43(9), Supplement, March 22, 1995, pp. 24-25. Por lo que puedo decir, el CDC ya no recopila ni publica datos sobre las proporciones de la custodia materna y paterna de los niños después del divorcio y, por lo tanto, no puedo citar datos más recientes de esta fuente. El Censo de los Estados Unidos tiene datos más recientes, pero debido a que los porcentajes listados en los informes del Censo son del 100%, hay razones para pensar que, a diferencia de los informes anteriores de los CDC, también tienen en cuenta la custodia conjunta. Así, el informe de 2007 indica que el 82,6% de los padres con custodia eran madres y el 17,4% eran padres. (Timothy S. Grall, "Madres y padres con custodia y su manutención de los hijos: 2007", Washington, DC: Oficina del Censo de los Estados Unidos, noviembre de 2009, pág. 2). Incluso si los padres ahora representan una proporción ligeramente mayor de padres con custodia (residencial exclusiva) que a principios de la década de 1990, siguen siendo una pequeña minoría de estos padres.
- 158 Esto proviene de una respuesta ministerial a una pregunta parlamentaria en Nueva Zelanda. Pregunta disponible en http://www.parliament.nz/en-NZ/PB/Business/QWA/0/f/d/QWA_09643_2006-9643-2006-Judy-Turner-to-the-Minister-for-Courts.htm (consultado el 5 de abril de 2011). Los enlaces de respuesta de esa página. Agradezco a Stuart Birks por dirigirme a esta fuente.
- 159 Ha habido algunas fluctuaciones: 73% en 1970, subiendo a 79% en 1976 y luego bajando a 72% en 1986. Ver Departamento de Justicia, *Evaluation of the Divorce Act. Phase II: Monitoring and Evaluation*, Ottawa: Departamento de Justicia de Canadá, Oficina de Revisión, mayo de 1990, p. 99.
- 160 *Ibidem*, pág. 103.
- 161 Eleanor E. Maccoby y Robert H. Mnookin, *Dividing the Child: Social and Legal Dilemmas of Custody*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992, p. 103.
- 162 *Ibidem*.
- 163 *Ibidem*, pág. 105.

- 164 Véase, por ejemplo, Bernard L. Bloom, Shirley J. Asher y Stephen W. White, "Marital disruption as a stressor: a review and analysis", *Psychological Bulletin*, 85(4), 1978, pp. 867-894.
- 165 Augustine J. Kposowa, "Marital status and suicide in the National Longitudinal Mortality Study", *Journal of Epidemiological Community Health*, 54, 2000, pp. 254-261.
- 166 Para una serie de sugerencias, véase Sanford L. Braver, *Divorced Dads: Shattering the Myths*, Nueva York: Jeremy P. Tarcher/Putnam, 1998, pp. 112-121.
- 167 Ibídem, págs. 87 a 107.
- 168 Citado por Ross D. Parke, *Fathers*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981, pp. 81-82.
- 169 Ibídem.
- 170 Emmy E. Werner y Ruth S. Smith, *Vulnerable but Invincible: A Longitudinal Study of Resilient Children and Youth*, Nueva York: Adams Bannister Cox, 1982, p. 80.
- 171 Ibídem, págs. 94-95.
- 172 Paul R. Amato y Bruce Keith, "Parental divorce and adult well-being: a meta-analysis", *Journal of Marriage and the Family*, 53, febrero de 1991, pp. 43-58.
- 173 K. Alison Clarke-Steward y Craig Hayward, "Advantages of father custody and contact for the psychological well-being of school-age children", *Journal of Applied Developmental Psychology*, 17, 1996, pp. 239-270.
- 174 Por ejemplo, ¿quién es la madre de un niño que se forma a partir del óvulo de una mujer pero que se gesta en el vientre de otra?
- 175 Cuando las mujeres adoptan, entonces, obviamente saben que sus hijos no son su descendencia genética, pero lo mismo ocurre con los hombres.
- 176 La tasa exacta de no paternidad es muy difícil de calcular. Los estudios han mostrado una variación considerable. Véase, por ejemplo, Kermyt G. Anderson, "How well does paternity confidence match actual paternity?", *Current Anthropology*, 47(3), junio de 2006, pp. 513-520.
- 177 *Tuan Anh Nguyen v. I.N.S.*, 121 S.Ct 2053 (2001). Agradezco a Alex Guerrero por haberme llamado la atención sobre este caso.
- 178 Técnicamente, los hombres también tienen castración, pero luego podemos añadir la histerectomía y la ooforectomía para las mujeres.
- 179 Para una tabulación detallada (y relativamente actualizada) de las prestaciones por permiso parental por país, véase http://en.wikipedia.org/wiki/Parental_leave (consultado el 3 de enero de 2011).
- 180 Dan Smith, *The State of the World Atlas*, Brighton: Earthscan, 2003, págs. 62-63.
- 181 Kath O'Donnell, "Lesbian and gay families", en Gill Jagger y Caroline Wright (eds), *Changing Family Values*, Londres: Routledge, 1999, pág. 90.
- 182 D.J. West, "Homophobia: covert and overt," en Gillian C. Mezey y Michael B. King, *Male Victims of Sexual Assault*, p. 29.

- 183 FBI, "Estadísticas de crímenes de odio, 2008." En línea en <http://www.fbi.gov/ucr/hc2008/documents/incidentsandoffenses.pdf> (consultado el 21 de diciembre de 2009). (La suma de estos no es del 100% porque algunos delitos fueron motivados por prejuicios contra los homosexuales en general, otros fueron motivados por prejuicios contra los bisexuales y una pequeña proporción fueron motivados por prejuicios contra los heterosexuales).
- 184 Para las encuestas, véase Rebecca Jurado, "The essence of her womanhood: defining the privacy rights of women prisoners and the employment rights of women guards" (La esencia de su condición de mujer: definición de los derechos de privacidad de las reclusas y los derechos laborales de las mujeres guardias), *Journal of Gender, Social Policy and the Law* (Revista de Género, Política Social y la Ley), 7(1), 1998/1999, págs. 1-53; y Brenda V. Smith, "Watching you, watching me, watching me" (Observándote a ti, observándome a mí), *Yael Journal of Law and Feminism*, 15 de diciembre de 2003, págs. 225-288.
- 185 *Smith v. Fairman*, 678 F.2d 52 (7th Cir. 1982).
- 186 *Jordan v. Gardner*, 986 F.2d 1521 (9th Cir. 1993).
- 187 *Robino v. Iranon*, 145 F.3d 1109 (9th Cir. 1998), en p. 1110.
- 188 *Bagley v. Watson*, 579 F. Supp 1099 (D.C.Or., 1983).
- 189 Véase, por ejemplo, *Forts v. Ward*, 621 F.2d 1210 (2nd Cir. 1980); y *Torres v. Wisconsin Department of Health & Social Services*, 838 F. 2d 944 (7th Cir. 1988).
- 190 *Carlin v. Manu*, 72 F.Supp.2d 1177 (D.Or., 1999).
- 191 Véase, por ejemplo, *Timm v. Gunter*, 917 F.2d 1093 (8th Cir. 1990).
- 192 Canadá es otro país, pero los prisioneros varones han sido igualmente desfavorecidos allí. Ver *Weatherall v. Canada (Attorney General)*, [1993] 2 S.C.R. 872.
- 193 "Reglas mínimas para el tratamiento de los reclusos", aprobadas por el Primer Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente, celebrado en Ginebra en 1955, y aprobadas por el Consejo Económico y Social en sus resoluciones 663 C (XXIV) del 31 de julio de 1957 y 2076 (LXII) del 13 de mayo de 1977. En línea en <http://www2.ohchr.org/english/law/pdf/treatmentprisoners.pdf> (consultado el 6 de enero de 2010).
- 194 Martin van Creveld, *Men, Women and War*, Londres: Cassell & Co. 2001, p. 216 (citando una comunicación personal del Teniente Coronel Ian Wing, Ejército Australiano).
- 195 En la antigua Roma, todas las funciones se realizaban a la vista de todos los que utilizaban los aseos.
- 196 *The Economist, Pocket World in Figures*, edición 2007, Londres: Profile Books, 2006, pp. 170, 212, 240.
- 197 *Ibidem*, págs. 186 y 190.
- 198 *Ibidem*, pág. 202.
- 199 *Ibidem*, pág. 168.
- 200 George Stollnitz, "A century of international mortality trends: I", *Population Studies*, 9(1), 1955, pp. 24-55; George Stollnitz, "A century of international mortality trends: II", *Population Studies*, 10(1), 1956, págs. 17-42.

- 201 Todas las estadísticas anteriores en este párrafo provienen de la Base de Datos de Mortalidad Humana de la Universidad de California, Berkeley (EE.UU.) y del Instituto Max Planck de Investigación Demográfica (Alemania). Disponible en www.mortality.org (consultado el 28 de enero de 2010).
- 202 George Stolnitz, "A century of international mortality trends: II", págs. 23 y ss.
- 203 Ibídem. También es cierto que las tasas de supervivencia de los hombres son más altas que las de las mujeres a edades específicas (incluso cuando la longevidad de las mujeres es mayor que la de los hombres). Sin embargo, con el tiempo, las tasas de supervivencia femenina a esas edades superaron a las de los hombres. Ibídem. Véase también, George Stolnitz, "A century of international mortality trends: I", págs. 44-45.
- 204 US Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States*, 1789-1945, Washington, DC, 1949, p. 45.
- 205 Ibídem.
- 206 Ibídem.
- 207 Colin Pritchard, *Suicide – The Ultimate Rejection? A Psycho-Social Study*, Buckingham: Open University Press, 1995, p. 59.
- 208 Ibídem. Véanse los cuadros en las páginas 61, 64-67.
- 209 Ibídem, págs. 114 a 115.
- 210 US Department of Labor, "Fatal occupational injuries, total hours, and rates of fatal occupational injuries by selected worker characteristics, occupations, and industries, civilian workers, 2008," p. 1. En línea en: http://www.bls.gov/iif/oshwc/cfoi/cfoi_rates_2008hb.pdf (consultado el 17 de enero de 2010).
- 211 US Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, "Current Population Survey, and Census of Fatal Occupational Injuries, 2009," p. 8. En línea en www.bls.gov/iif/oshwc/cfoi/cfch0007.pdf (consultado el 17 de enero de 2010).
- 212 Andrew Sharpe y Jill Hardt, "Five Deaths a Day: Workplace Fatalities in Canada, 1993-2005", Ottawa: Centro de Estudios de Niveles de Vida, 2006. Véase el cuadro 4a.
- 213 Yen-Hui Lin, Chih-Yong Chen y Jin-Lan Luo, "Gender and age distribution of occupational fatalities in Taiwan", *Accident Analysis and Prevention*, 40, 2008, p. 1606.
- 214 Roy Walmsley, "World Prison Population List", 4ª edición, Londres: Ministerio del Interior, 2003, p. 1.
- 215 Ibídem. Digo "posiblemente" porque los datos muestran que los EE.UU. tienen alrededor de 1,96 millones de prisioneros, incluidos los prisioneros en espera de juicio, y que China tiene alrededor de 1,43 millones, excluyendo a los prisioneros en espera de juicio. Es posible que si los detenidos en prisión preventiva se añadieran a las cifras de China, superarían a las de los Estados Unidos.
- 216 Obviamente hay alguna fluctuación. Roy Walmsley, "World Female Imprisonment List", Londres: Centro Internacional de Estudios Penitenciarios, 2006, pág. 3 (la proporción de mujeres es del 8,6%, según la información disponible a finales de abril de 2006). Departamento de Justicia de los Estados Unidos, "Prison Inmates at Midyear 2007", Washington, DC, junio de 2008, pág. 1 (la proporción de mujeres es del 7,2%, según la información disponible a finales de junio de 2007).

- 217 Oficina de Estadísticas Nacionales del Reino Unido, "Prison Population, 2003", 22 de marzo de 2005. En línea en <http://www.statistics.gov.uk/cci/nugget.asp?id=1101> (consultado el 3 de febrero de 2010).
- 218 Roy Walmsley, "World Female Imprisonment List", pág. 1.
- 219 *Ibídem*.
- 220 *Ibídem*.
- 221 Victor L. Streib, "Rare and inconsistent: the death penalty for women", *Fordham Urban Law Journal*, 33, 2006, pp. 609-636, at p. 621. Algunos de los datos del profesor Streib proceden de su "Pena de muerte para mujeres delincuentes", *University of Cincinnati Law Review*, 58, 1990, pp. 845-880.
- 222 Victor L. Streib, "Rare and inconsistent," p. 622.
- 223 *Ibídem*.
- 224 Digo "conocido" porque China, que lleva a cabo muchas ejecuciones, es notoriamente reservada en cuanto a las cifras exactas.
- 225 Véase <http://www.capitalpunishmentuk.org/women.html> (consultado el 24 de febrero de 2010). El autor de este sitio, Richard Clark, me aconseja que su afirmación de menos del 1% se hace a la luz de su "análisis detallado de las ejecuciones en todo el mundo publicado cada mes". Sus cifras excluyen a China porque "no hay cifras definitivas para ese país para ambos sexos". También indica que su "sitio enumera los nombres de todas las ejecuciones verificables y denunciadas en el siglo XXI" (comunicación personal, 23 de febrero de 2010).
- 226 Roger Hood y Carolyn Hoyle, *The Death Penalty: A Worldwide Perspective*, 4th edn, Oxford: Oxford University Press, 2008, pág. 54.
- 227 *Ibídem*, pág. 196.
- 228 *Ibídem*, pág. 195.
- 229 No todos lo merecen, ya que no ha sido desconocido que personas condenadas injustamente hayan sido sentenciadas a muerte.

Capítulo III

Explicando la desventaja masculina y pensando en las diferencias de sexo

¿De qué están hechos los niños?

Recortes y caracoles, y colas de cachorros,

¡De eso están hechos los niños!

¿De qué están hechas las niñas?

Azúcar y especias y todas las cosas bonitas,

¡De eso están hechas las niñas!

Rima infantil inglesa

Aunque algunas de las desventajas masculinas descritas en el capítulo anterior pueden ser el resultado de hechos desafortunados sobre el mundo que no equivalen a discriminación, la mayoría son, al menos en parte, el resultado de las creencias y actitudes de las personas hacia los hombres y, por lo tanto, son el resultado de la discriminación. Si esta discriminación es ilícita o no es una cuestión aparte.

Este capítulo tiene dos propósitos. En primer lugar, esbozaré las principales creencias y actitudes hacia los hombres que explican en parte por qué son discriminados. (En aras de la simplicidad, me referiré en adelante a las creencias o a las actitudes más que a ambas.) A continuación, proporcionaré un marco para reflexionar sobre esas creencias y su pertinencia para el trato diferenciado de hombres y mujeres. Con este trasfondo, volveré a tratar, en el capítulo 4, la desventaja que sufren los varones y argumentaré que gran parte, pero no la totalidad, es producto de la discriminación ilícita.

Creencias sobre los hombres

Las creencias que voy a discutir son acerca de los hombres y que perjudican a los hombres. También son mantenidas por varones y mujeres. Que los miembros de un grupo puedan tener creencias que les causen desventaja no debe ser noticia. Las feministas han argumentado durante mucho tiempo, con bastante razón, que las mujeres pueden tener creencias sobre sí mismas que les causan desventaja.¹ No hay ninguna razón por la que no deba ocurrir lo mismo con los hombres.

Por supuesto, también hay creencias acerca de los hombres que les benefician (al igual que hay creencias acerca de las mujeres que benefician a las mujeres y las niñas). Aunque no hablaré específicamente de las creencias que redundan en beneficio de los hombres, mostraré en el capítulo 5 que la discriminación contra hombres y mujeres está vinculada a las creencias sobre las diferencias entre ellos y que, por lo tanto, es poco probable que la discriminación contra un sexo pueda eliminarse por completo sin abordar también la discriminación contra el otro grupo.

Las creencias acerca de los hombres que contribuyen a explicar muchas de sus desventajas son normativas o descriptivas o una combinación de ambas. Las creencias normativas son las que hacen juicios evaluativos sobre los hombres. Hacen juicios sobre la medida en que los intereses masculinos deben contar, sobre lo que los hombres deben hacer o sobre los atributos que deben tener. Por el contrario, las creencias descriptivas son creencias sobre qué atributos tienen los hombres o qué hacen en realidad. En otras palabras, mientras que las creencias normativas se refieren a lo que debería ser el caso, las creencias descriptivas se refieren a lo que es el caso.

A veces, como veremos, las creencias descriptivas se citan en apoyo de las creencias normativas. En otras ocasiones, se ignora la distinción entre los dos tipos de creencias y la gente se desliza entre las versiones descriptivas y normativas de una creencia. Es decir, se deslizan entre decir que los varones son de cierta manera y decir que los varones deberían ser de esa manera.

¿Cuáles son las creencias que contribuyen a explicar muchas de las desventajas que experimentan los hombres y los niños? En primer lugar, a menudo se cree que la vida masculina es menos valiosa que la vida femenina. No quiero decir con esto que todas las sociedades valoran inequívocamente las vidas de los hombres menos que las de las mujeres. Esto no puede ser cierto, porque hay algunas sociedades en las que se mata a las niñas precisamente porque son mujeres. Sin embargo, incluso en muchas de estas sociedades, las vidas de los hombres adultos parecen ser menos valoradas que las de las mujeres adultas. La situación es menos ambigua en otras sociedades, incluyendo pero no limitándose a las democracias liberales contemporáneas. No pretendo que cada persona en estas sociedades valore menos la vida masculina, sino que estas sociedades lo hacen en general. Aunque, por supuesto, hay innumerables ejemplos de violencia fatal contra las mujeres en estas sociedades, esto tiende a considerarse peor que el asesinato de hombres. Por ejemplo, argumentando a favor de una exención-exclusión de combate para las mujeres, un representante en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos dijo: "No queremos que nuestras mujeres sean asesinadas."² Esta actitud explica en parte por qué las sociedades han estado dispuestas a enviar hombres a la guerra, pero han sido extremadamente reacias a enviar mujeres.

Es cierto que esta actitud se ha erosionado parcialmente en algunos lugares. Varios países (entre ellos Canadá y Dinamarca) permiten ahora que las mujeres soldado entren en posiciones de combate, aunque hasta que estos países no involucren a un gran número de tropas en el combate real, la presencia de mujeres en posiciones de combate no demuestra hasta qué punto se ha erosionado el mayor valor de la vida de las mujeres. Aunque los Estados Unidos mantienen una prohibición formal de la participación de las mujeres en el combate, es en el ejército de los Estados Unidos donde, en la práctica, las mujeres soldado han experimentado las condiciones reales de combate en mayor número. Las mujeres soldados estadounidenses se encuentran cada vez más en situaciones de peligro, y ha habido un aumento gradual de la aceptación de las muertes de mujeres militares. Sin embargo, las viejas actitudes están lejos de ser eliminadas. La prohibición formal de que las mujeres participen en combates sigue vigente en los Estados Unidos, y desproporcionadamente pocas de las muertes son de mujeres. Al 28 de febrero de 2009, menos del 2,5% de las víctimas mortales de las guerras aún vigentes en el momento de la redacción del presente informe eran mujeres,³ a pesar de que las mujeres constituyen el 14% de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.⁴ Lo más importante es que ningún país obliga a las mujeres a combatir, pero muchos países han obligado o obligan a los hombres.

Se ha sugerido que la razón por la que los hombres y no las mujeres son enviados a la guerra no es que las vidas de los hombres sean menos valoradas, sino que demasiadas muertes de mujeres en edad reproductiva inhibirían la capacidad de una sociedad para producir una nueva generación y, por lo tanto, amenazarían su propia supervivencia.⁵ Los hechos de la reproducción son tales que un hombre individual puede engendrar miles de hijos si hubiera mujeres fértiles para gestarlos, mientras que una mujer individual puede tener sólo un hijo al año aproximadamente (dependiendo en parte de cómo y cuánto tiempo amamanta al hijo anterior), y luego sólo mientras tenga óvulos y

no haya llegado a la menopausia. Debido a esta asimetría, se necesitan más mujeres que hombres para producir nuevas generaciones.

El problema con esta sugerencia es que en lugar de mostrar que la vida masculina no es menos valorada que la vida femenina, explica (al menos parcialmente) por qué la vida masculina es menos valorada. En otras palabras, hay una buena explicación evolutiva de por qué las vidas de los hombres se consideran más prescindibles. Un gran número de víctimas mortales masculinas no tiene por qué impedir la capacidad de reproducción de una sociedad, mientras que un gran número de víctimas mortales femeninas sí lo haría. Esto era más cierto en nuestro pasado evolutivo, cuando había tantos menos seres humanos y, en consecuencia, las sociedades eran mucho más pequeñas. Hoy en día, dado el número de seres humanos que hay, las sociedades podrían sobrevivir con tasas más altas de mortalidad femenina, pero es en el pasado lejano de nuestra especie donde las actitudes hacia la vida masculina y femenina evolucionaron.

La mayor valoración de la vida femenina se evidencia también de otras maneras. Cuando algunas vidas deben estar en peligro o perderse como resultado de un desastre, los hombres son los primeros en ser sacrificados o puestos en riesgo. Existe una larga pero próspera tradición (al menos en las sociedades occidentales) de "las mujeres y los niños primero", según la cual la preservación de la vida adulta femenina tiene prioridad sobre la preservación de la vida adulta masculina. Dos ejemplos famosos son los de los barcos Birkenhead y Titanic. Cuando naufragaron, en 1852 y 1912 respectivamente, se dio prioridad a las mujeres y los niños en el acceso a los botes salvavidas, mientras que se esperaba que los hombres adultos permanecieran a bordo sabiendo muy bien que morirían.⁶

Como vimos en el capítulo anterior, la gente también está más inclinada a matar a los hombres que a las mujeres. Esta es la razón por la que, por ejemplo, con tanta frecuencia se acusa a los hombres de asesinato y de asesinato en masa. Incluso en los llamados genocidios de "raíz y rama", que tenían por objeto destruir a todo un pueblo y no sólo a los varones, el exterminio de los varones ha sido a menudo el preludio de un programa más amplio de matanza.⁷ Así, Daniel Jonah Goldhagen, hablando de las primeras fases del Holocausto, escribe:

Los oficiales de los Einsatzgruppen... podrían habituar a sus hombres a su nueva vocación de verdugos genocidas a través de una escalada gradual de la matanza. En primer lugar, al disparar principalmente contra varones judíos adolescentes y adultos, podrían aclimatarse a las ejecuciones masivas sin la conmoción de matar a mujeres, niños pequeños y enfermos.⁸

De hecho, el célebre historiador del Holocausto Christopher Browning cita una orden del Coronel Montua del Centro de Regimiento de Policía que ordena que "todos los judíos varones de entre 17 y 45 años condenados por saqueo deben ser fusilados".⁹ El profesor Browning continúa diciendo que "no hubo, por supuesto, investigación, juicio y condena de los llamados saqueadores".¹⁰ En vez de eso, los judíos varones "que parecían tener entre diecisiete y cuarenta y cinco años de edad fueron simplemente acorralados" y luego fusilados.¹¹ El profesor Browning también señala, en otro de sus libros, que "es generalmente aceptado que en las primeras semanas de la Operación Barbarroja las víctimas judías eran principalmente hombres judíos adultos, y que... el asesinato se amplió gradualmente para abarcar a todos los judíos excepto a los trabajadores indispensables".¹²

Por lo tanto, no es sorprendente que Leo Kuper observe, en su libro sobre el genocidio, que mientras que "los hombres desarmados parecen un juego limpio, el asesinato de mujeres y niños despierta una repugnancia general".¹³ Cuando se trata de los perpetradores, esta actitud subyacente suele ser implícita, pero a veces es explícita. Consideremos, por ejemplo, las palabras de un soldado ruso que describe sus acciones y actitudes durante la ofensiva de 2000 en Chechenia:

Maté a muchos. No tocaría a mujeres ni a niños, siempre y cuando no me dispararan. Pero mataría a todos los hombres que conocí durante las operaciones de limpieza. No sentí lástima por ellos ni un poquito. Se lo merecían.¹⁴

Tampoco son sólo los perpetradores los que empeoran la pérdida (o incluso la puesta en peligro) de la vida de las mujeres. Si la violencia o la tragedia amenaza o quita la vida a "mujeres y niños", se considera que merece una mención especial.¹⁵ Se nos dice que X número de personas murieron (o están en peligro), incluyendo Y número de mujeres y niños. Esto revela una preocupación especial, cuya depravación sería más ampliamente denunciada si los lectores de noticias, políticos, poetas y otros consideraran conveniente señalar el número de "hombres y niños" que han perdido la vida en una tragedia. Incluso cuando la violencia está siendo prohibida, se considera necesario estipular que las víctimas también deben incluir a "mujeres y niños", presumiblemente porque de otro modo se supondría que sólo debería dirigirse contra los hombres.¹⁶

Cuando los hombres son las principales víctimas de alguna tragedia o ataque, esto rara vez se considera digno de mención y aún más raramente se considera digno de un examen detallado. Así, Adam Jones señala que al cubrir las atrocidades contra los kosovares, ni el *New York Times* ni el *Washington Post* "publicaron una sola historia o editorial centrada en el fenómeno de las ejecuciones masivas con enfoque de género".¹⁷ El problema tampoco se limita a ese episodio en particular. Para ver cómo se cubre el maltrato de los hombres en general, previamente realizó un análisis cuidadoso del contenido del *Toronto Globe and Mail* (entre el 10 de marzo y el 15 de junio de 1990)¹⁸ y demostró que se dedicaba a "denigrar, desestimar o ignorar el sufrimiento y la victimización masculina".¹⁹ Este es sólo un periódico. Sin embargo, se sospecha que si se llevaran a cabo análisis similares de otros periódicos y otros períodos, se encontrarían resultados similares. De hecho, uno de los problemas es que, si bien hay cientos de miles de estudios que investigan los prejuicios contra las mujeres, las investigaciones sobre la discriminación contra los hombres están en su infancia. Queda por ver si sobrevive hasta la edad adulta.

Ahora bien, podría sugerirse que no es una mayor valoración de la vida femenina lo que explica la exención de las mujeres del combate, la mayor voluntad de poner en riesgo la vida masculina y la mayor preocupación cuando se pierden vidas femeninas. En cambio, se podría sugerir que estos fenómenos se explican por la creencia de que los hombres son "agentes duros y activos", mientras que las mujeres son "víctimas pasivas que necesitan protección". Creo que esta sugerencia alternativa es inadecuada y debe al menos complementarse con la explicación que he dado. Hay al menos dos razones para ello. La primera es que la evidencia combinada no apoya la sugerencia alternativa. Considere, por ejemplo, la mayor preocupación por las mujeres que mueren (involuntariamente) en desastres, como la explosión del transbordador espacial Challenger. Es muy posible que haya algunas personas que creen que las mujeres deben ser protegidas de los peligros de los viajes espaciales al ser excluidas de tales puestos. Sin embargo, incluso muchos de los que no creen que las mujeres deban ser protegidas por tales exclusiones piensan que las muertes subsiguientes de astronautas femeninas son más notables.

La segunda razón por la que la sugerencia alternativa fracasa es que no explica adecuadamente por qué los hombres necesitan menos protección. Es difícil sostener la opinión de que las muertes de hombres indefensos víctimas de asesinatos en masa son menos notables porque los hombres son "agentes duros y activos". Estas víctimas masculinas son claramente pasivas en lugar de activas, su supuesta dureza no es una protección contra un asesino armado, y está absolutamente claro que los hombres que son víctimas de asesinatos en masa necesitaban la protección que nunca recibieron. Tal vez algunos sugieran que aunque la creencia de que los hombres son (siempre) duros, los agentes activos es falsa, es sin embargo lo que explica los fenómenos a los que me he referido. Pero esta sugerencia también fracasa. Atribuir tales creencias obviamente falsas a la gente no es la alternativa más caritativa. Hay una buena razón evolutiva, como vimos antes, para esperar que la vida

femenina sea más valorada.²⁰ También hemos visto que en la práctica se valora más la vida de las mujeres. Por lo tanto, es más razonable concluir que esto se debe a que en realidad se valoran más.

Un segundo factor que contribuye a la desventaja masculina es la mayor aceptación social de la violencia no fatal contra los hombres. No se trata de negar la verdad obvia de que las mujeres son frecuentemente víctimas de la violencia. Tampoco es negar que hay algunas formas en que se acepta la violencia contra las mujeres. Sólo sugiero que la violencia contra los hombres es mucho más aceptada socialmente, al menos en muchas partes del mundo.

Un autor no está de acuerdo con la afirmación de que la violencia contra los hombres se considera más aceptable. Ha dicho que aquellos que piensan que es así "nunca ofrecen un criterio para determinar cuándo una práctica social es aceptable".²¹ Dice que "a veces pasan del hecho de que la violencia con los hombres como víctimas está muy extendida a la conclusión de que es aceptable".²² Señala, con toda razón, que una práctica puede ser generalizada sin que se considere aceptable. También considera que las "penas por actos violentos, las instrucciones sociales contra los actos violentos y los códigos morales que prohíben los actos violentos"²³ constituyen una prueba de que la violencia contra los hombres no es aceptable.

Es dudoso que se pueda proporcionar un criterio único de mayor aceptabilidad de la violencia. Sin embargo, puede haber varios tipos de pruebas para tal afirmación. Por ejemplo, aunque los actos violentos contra los hombres suelen acarrear penas (al igual que los actos violentos contra las mujeres), la ley revela un sesgo. Cuando la ley prohíbe el castigo físico de las mujeres, pero permite tal castigo a los hombres, indica un nivel de mayor aceptación social de la violencia contra los hombres. Del mismo modo, cuando la ley no castiga la violación homosexual masculina con la misma severidad que castiga la violación heterosexual de mujeres, envía un mensaje similar. Pero la ley no es la única evidencia del sesgo social. Existen sanciones para los maltratadores de esposas y para los violadores, pero esto (apropiadamente) no ha impedido que las feministas muestren cómo los factores legales y extra-legales pueden indicar la tolerancia de la sociedad hacia tales actividades.²⁴ Si, por ejemplo, la policía no se toma en serio los cargos de agresión a la esposa o violación, o si existen impedimentos sociales para denunciar esos delitos, esto puede a veces constituir una prueba de complacencia social y, por lo tanto, de cierta aceptación implícita de esa violencia. Si eso puede ser cierto cuando las mujeres son las víctimas, ¿por qué no puede serlo cuando los hombres lo son?

Además, hay algunas investigaciones científicas sociales que apoyan la afirmación de que un hombre que golpea a una mujer está sujeto a una desaprobación mucho mayor que un hombre que golpea a otro hombre. Por ejemplo, varias encuestas han mostrado que la gente tiene una visión más negativa de la violencia de los maridos contra las esposas que a la inversa.²⁵ Al comentar estas encuestas, un autor ha señalado que el hecho de que "algunos encuestados puedan estar dando una respuesta socialmente deseable sólo añade más apoyo a la noción de que los encuestados consideran que la violencia contra las esposas es un comportamiento desviado".²⁶

En la investigación experimental, que demuestra lo que la gente hará en lugar de lo que dice, se ha descubierto que tanto los hombres como las mujeres infligen choques a los hombres más fácilmente que a las mujeres. Esto tampoco era cierto sólo cuando las oponentes femeninas no eran agresivas. Un estudio encontró que "los sujetos de ambos sexos que se enfrentan a hembras agresivas exhiben mucha menos agresión que los que se enfrentan a machos igualmente agresivos".²⁷ Los autores de este estudio reportan que cuando le preguntaron a un sujeto masculino por qué no había intentado herir a su oponente femenina, él respondió que era "porque era una niña".²⁸

Una tercera creencia acerca de los hombres tiene formas tanto descriptivas como normativas. Es la creencia de que los hombres son, o al menos deberían ser, duros. Se cree que pueden soportar el

dolor y otras dificultades mejor que las mujeres. Ya sea que sufran o no el dolor y otras dificultades "como un hombre", ciertamente se piensa que deberían hacerlo. Cuando se dice que deben soportar el dolor y las penurias "como un hombre", la palabra "hombre" significa claramente más que "hombre adulto masculino humano", sino más bien uno que soporta estoica e inquebrantablemente cualquier dolor o sufrimiento que experimente, incluido el que se le inflige precisamente porque es un "hombre". Esto es cierto incluso cuando no es un hombre, sino un niño. A los niños se les enseña pronto que deben actuar como hombres. Llorar, se les dice, es lo que hacen las chicas. Se les disuade de expresar dolor, tristeza, miedo, decepción, inseguridad, vergüenza y otras emociones similares. Esto se debe a que se piensa que los hombres son y se espera que sean duros, por lo que pueden ser tratados con más dureza. Por lo tanto, los castigos corporales y otras formas de dureza pueden ser infligidos a las mujeres, pero a menudo no a las mujeres, que supuestamente son más sensibles.

También se cree que los hombres son más agresivos y violentos, y menos cuidadosos y cariñosos que las mujeres. Esta es en parte la razón por la que se considera, por ejemplo, que los hombres son más aptos que las mujeres para combatir y menos aptos que sus ex esposas para asumir la custodia de sus hijos en el momento del divorcio.

Sexualmente, se piensa que los hombres son más asertivos y voraces, y por lo tanto menos perspicaces que las mujeres. Esto, combinado con una creencia acerca de la fuerza relativa de hombres y mujeres, explica por qué tanta gente tiene más dificultad en pensar que un hombre podría ser víctima de un asalto sexual femenino que viceversa. Primero, como vimos en el Capítulo 2, la gente está más inclinada a pensar que la agresión sexual fue bienvenida o disfrutada por la víctima si la víctima era varón. En segundo lugar, debido a que se cree que las mujeres son mucho menos agresivas sexualmente que los hombres, las personas tienen más dificultad en creer que las mujeres harían insinuaciones sexuales no deseadas, y mucho menos en forzar a los hombres que no lo desean. Las creencias sobre los hombres y las mujeres también se extienden, respectivamente, a los niños y las niñas. Por lo tanto, cuando un hombre tiene relaciones sexuales con una niña, es probable que la niña sea vista como una víctima. Por el contrario, cuando una mujer tiene relaciones sexuales con un niño, es probable que el niño sea visto como "afortunado".

Debido a que se cree que los hombres son más fuertes y más duros que las mujeres y a que la seguridad de las mujeres se considera más importante que la de los hombres, también se cree que los hombres deben servir como protectores de las mujeres (y los niños). Esto también contribuye a la creencia de que son los hombres y no las mujeres los que deben ser enviados a la batalla. También es un factor que contribuye al número desproporcionado de hombres que son víctimas de la violencia. Debido a que los hombres creen que deben ser protectores, y otros esperan que lo sean, es más probable que se pongan en el camino del daño.

Preguntas sobre las Creencias

Aunque algunas personas, como he sugerido, niegan que se trate de creencias sobre los hombres, la evidencia en contra de esta posición es convincente. Por ejemplo, la gente expresa una mayor preocupación por las muertes de mujeres en combate y en otros contextos. Exigen más dureza a los niños que a las niñas. Debido a que sus acciones coinciden con sus palabras, no hay razón para dudar de que esto es lo que creen.

Una vez que reconocemos que estas creencias existen, hay una serie de preguntas que podemos hacernos al respecto:

- (1) ¿Hasta qué punto son ciertas, si es que lo son, las creencias?
- (2) Si son verdaderas, ¿qué las hace verdaderas?

(3) ¿Existen implicaciones morales, legales o de otro tipo en las respuestas a las preguntas anteriores? En caso afirmativo, ¿cuáles son?

Estas tres preguntas se formulan con regularidad, aunque un error común es no distinguirlas entre sí. Es evidente que hay problemas para confundir estas cuestiones. Si no se diferencian, es poco probable que las respuestas lo sean.

A continuación diré algo sobre cada una de las preguntas. El objetivo es doble. Deseo aclarar las preguntas y su (supuesta) pertinencia, y quiero responderlas de alguna manera. No pretendo dar respuestas exhaustivas a todas las preguntas. Entre las muchas razones para ello se encuentra el hecho de que en realidad no disponemos de todos los conocimientos necesarios para responder a las dos primeras preguntas en su totalidad. Incluso esbozar todo lo que se sabe sería una tarea gigantesca, que no es necesaria para mis propósitos. Así pues, al aclarar las dos primeras preguntas y cuál es el contenido del debate sobre ellas, espero mostrar cómo se despeja el camino para responder a la tercera pregunta. Haré algunas observaciones generales sobre la tercera pregunta de lo que queda de este capítulo. En el próximo capítulo mostraré cómo las desventajas específicas que sufren los hombres son el resultado de la discriminación sexual ilícita.

¿Hasta qué punto son ciertas las creencias, si es que lo son?

Para responder a esta pregunta es necesario señalar una vez más que algunas de las creencias son normativas, mientras que otras son descriptivas. Estos son tipos de creencias muy diferentes y la metodología para responderlas es diferente. Determinar si las vidas de los hombres son menos valiosas o si los niños deben ser duros es un tipo de proyecto diferente de determinar si los hombres son más violentos o más resistentes al dolor. Por esta razón, es mejor considerar los dos tipos de creencias por separado.

Considere primero las creencias normativas sobre los hombres. Sugiero que se rechacen. Las vidas de los hombres no son menos valiosas que las de las mujeres.²⁹ Tampoco es la violencia contra los hombres *per se* más aceptable moralmente que la violencia contra las mujeres. Puede haber casos en los que la violencia contra un hombre esté más justificada que la violencia contra una mujer, pero también habrá casos en los que ocurra lo contrario. Creo que también deberíamos rechazar la opinión de que los niños y los hombres deberían ser más duros, más agresivos y violentos, más asertivos, menos cuidadosos y cariñosos y sexualmente más asertivos y voraces que las mujeres.³⁰ ¿Qué argumentos pueden esgrimirse para llegar a estas conclusiones?

Se recordará que mi afirmación de que existe un segundo sexismo es rechazada por dos grupos de personas: feministas partidistas por un lado y algunos conservadores por el otro. Aunque las feministas que niegan que exista un segundo sexismo están más interesadas en promover los intereses de las mujeres que en la igualdad de género, la mayoría de ellas al menos profesan su compromiso con la igualdad de género. Por esta razón, es poco probable que se opongan a mi rechazo de las creencias normativas sobre los hombres. De hecho, les sería imposible aceptar la afirmación de que, por ejemplo, los hombres deberían ser más asertivos que las mujeres, sin aceptar también la afirmación de que las mujeres deberían ser menos asertivas que los hombres. Este último tipo de reivindicación es, sin duda, una que desearían rechazar. Incluso cuando las feministas piensan que las mujeres deberían ser menos violentas que los hombres, esto es sólo porque piensan que los hombres son demasiado violentos.

Por lo tanto, es contra los conservadores que necesito defender mi rechazo de las creencias normativas. Aquellos que aceptan las creencias normativas lo hacen típicamente sobre la base de las creencias descriptivas. Por ejemplo, podrían seguir el ejemplo de la naturaleza, argumentando que existen ciertas implicaciones normativas de estos hechos naturales. Por esta razón, así como por otras razones, gran parte de mi argumento en contra de la aprobación conservadora de las creencias normativas estará implícito en mi discusión (más adelante en este capítulo y en el siguiente) de las

creencias descriptivas y del problema de la defensa del comportamiento discriminatorio contra los hombres sobre la base de ellas.

Sin embargo, hay una serie de observaciones generales que pueden hacerse ahora. Todos ellos pueden subsumirse en un punto más general sobre el problema de la obtención de conclusiones normativas a partir de premisas descriptivas. Esto no quiere decir que las reivindicaciones descriptivas no sean pertinentes para las conclusiones normativas y no deberían informarlas, sino más bien que las derivaciones directas de las segundas a partir de las primeras son notoriamente problemáticas.

Por ejemplo, las explicaciones, como la mencionada anteriormente, de por qué las vidas de los hombres se valoran menos que las vidas de las mujeres no implican que las vidas de los hombres sean menos valiosas. Tal vez sea el caso que las personas valoran menos las vidas de los machos porque se requieren menos machos que hembras para preservar la especie o algún grupo humano más pequeño. Sin embargo, no podemos concluir de esta explicación que las vidas de los hombres son menos valiosas.

Como mínimo, esa conclusión supone que la preservación de la especie mediante la reproducción es deseable, algo que al menos algunos de nosotros discutimos.³¹ Reconozco que rechazar esta suposición es una opinión minoritaria, por lo que podríamos conceder, por el bien del argumento, que la continuación de la humanidad sería deseable. Todavía no se deduce que las vidas de los hombres sean menos valiosas. Hay muchas circunstancias en las que la población es lo suficientemente grande como para que se pierdan muchas vidas femeninas sin que se comprometa el futuro de la humanidad o de una sociedad en particular. De hecho, en circunstancias de sobrepoblación, una reducción en el crecimiento de la población podría en realidad aumentar las posibilidades de supervivencia de la humanidad debido, por ejemplo, a las tensiones que el aumento del crecimiento de la población causa en el medio ambiente. No ayuda sugerir en este punto que el favorecimiento de la vida femenina evolucionó en circunstancias en las que la población humana era mucho menor y más precaria. Esto se debe a que hay una diferencia entre una explicación y una justificación. El hecho de que se requieran menos vidas masculinas para preservar la especie cuando la población humana es pequeña podría *explicar* por qué las personas favorecen la vida femenina, pero no *justifica* que lo hagan. *A fortiori* (con mayor motivo) en circunstancias en las que no necesitamos una gran proporción de hembras existentes para preservar la especie. En tales circunstancias es aún más claro que no se puede justificar el mayor valor de la vida de las mujeres por el hecho de que en otras circunstancias serían necesarias más mujeres.

En cualquier caso, la inferencia de una mayor necesidad de vidas femeninas al mayor valor de estas vidas ignora la distinción entre valor instrumental e intrínseco. Tal vez en algunas circunstancias las vidas de las hembras son más valiosas, al menos si se valora la preservación de la especie. Ciertamente no se deduce que las vidas de las mujeres sean intrínsecamente más valiosas. Si, en una sociedad dada, hay una sobreabundancia de una determinada profesión, entonces los miembros de esa profesión serán instrumentalmente menos valiosos que los miembros de una profesión que escasean. Pero no se deduce que las vidas de los que ejercen la profesión más abundante tengan menos valor intrínseco y, por lo tanto, puedan ser sacrificadas más fácilmente.

Cuando se trata del valor intrínseco, no parece haber diferencias relevantes entre los sexos que justifiquen la opinión de que la vida masculina es menos valiosa o que la violencia contra los hombres es más aceptable. Hombres y mujeres tienen los mismos niveles de sensibilidad y sapiencia. Están tan invertidos en sus propias vidas. Cualesquiera que sean las diferencias entre los sexos en cuanto a percepción o cognición, por ejemplo, ciertamente no están lo suficientemente marcadas como para decir que las vidas de los hombres valen menos o que la violencia hacia ellos es más aceptable. La idea de la igualdad moral, cabe recordarlo, no se basa en la dudosa afirmación de que todas las personas son idénticas en todos los aspectos. En cambio, es la idea de que los

intereses de las personas cuentan por igual a pesar de la variación en sus aptitudes y a pesar de las diferencias de sexo, orientación sexual, raza, religión, etnia, discapacidad, etc.

Las creencias normativas que se refieren a los atributos que deben tener los varones y cómo deben actuar no son mejores. Si algunos atributos se encuentran desproporcionadamente entre los machos, no se deduce que aquellos machos que carecen de estos atributos (en la misma medida) deban tenerlos. A veces la gente piensa lo contrario porque confunden dos sentidos de la palabra "normativo". En el sentido en que utilizo el término, se refiere al establecimiento de una norma (moral), algo que debería cumplirse. Pero hay otro sentido, el de lo que es estadísticamente normal. Por lo tanto, normalmente los machos son más altos que las hembras. O, para tomar un atributo que se elija, el cabello de los niños tiende (al menos en muchas sociedades) a ser más corto que el de las niñas. Podemos decir de un niño con pelo largo que no es normal en el sentido de desviarse de la longitud normal del pelo de los niños. Pero ciertamente no se deduce que sea anormal en algún sentido moral - que esté haciendo algo malo. Dicho de otra manera, el hecho de que la mayoría de los niños tengan el pelo más corto no hace que la desviación de algunos niños de esa norma sea errónea o indeseable. Lo mismo puede decirse de las desviaciones de cualquier atributo psicológico o de comportamiento que la mayoría de los hombres puedan tener.

Considere a continuación las creencias descriptivas acerca de los hombres. ¿Por qué deberíamos estar interesados en saber si son ciertas? La respuesta es que aunque debemos ser cautelosos, como he sugerido, al sacar conclusiones de la supuesta verdad de las creencias descriptivas sobre los hombres (y sobre las mujeres), la medida en que son verdaderas o falsas es por lo menos relevante. Una creencia falsa no puede ser usada para propósitos justificatorios. Por el contrario, las verdaderas creencias pueden tener poder justificador. Sin embargo, también en este caso existen limitaciones. Una creencia verdadera puede ser simplemente irrelevante en una justificación dada. Si es relevante, puede haber pocas inferencias que extraer, o cualquier inferencia puede también requerir la verdad de un número de otras creencias.

Para determinar la verdad de una creencia, uno debe primero obtener claridad sobre lo que es exactamente la creencia. Las creencias sobre los hombres y sobre la supuesta diferencia entre hombres y mujeres deben ser aclaradas de diversas maneras.

Primero, no estamos hablando de diferencias físicas obvias entre hombres y mujeres - que tienen genitales diferentes, que las mujeres tienen pechos y los hombres más vello corporal, o incluso que los hombres tienden a ser más altos que las mujeres. Estas diferencias (generalmente) no están en disputa. En cambio, estamos hablando de diferencias psicológicas y de comportamiento. De ahora en adelante, cuando hablo de diferencias entre los sexos o de diferencias de sexo me refiero a lo psicológico y conductual más que a lo anatómico o sexual.

En segundo lugar, cuando se afirma que existen diferencias entre hombres y mujeres, no se afirma que todos los hombres puedan distinguirse claramente de todas las mujeres en lo que respecta a los bienes en cuestión. Por lo tanto, si la gente dice que los hombres son más agresivos que las mujeres, no significa que todos los hombres sean más agresivos que todas las mujeres. La afirmación de que existe una distinción tan clara no sería menos extraña que la afirmación de que *todos* los hombres son más altos que *todas* las mujeres. Esto no es lo que se quiere decir cuando la gente dice que los hombres son más altos que las mujeres. Las afirmaciones sobre las diferencias de sexo son estadísticas. Son generalizaciones. Hablaré más sobre esto más adelante.

Tercero, debemos darnos cuenta de que términos como "agresivo", "asertivo" y "duro" no están exentos de ambigüedad. A veces la gente usa estas palabras como sinónimos. Otras veces significan cosas diferentes. Incluso cuando se distinguen, la forma exacta en que seleccionamos los atributos que describen podría influir en el hecho de que se describa o no a alguien como poseedor de los atributos en cuestión, o en la medida en que los tiene. Considere, por ejemplo, la afirmación de que

los hombres son "duros". Según el *Oxford English Dictionary*, alguien o algo es duro si él, ella, o es "capaz de una gran resistencia física; resistente a la fuerza, a las lesiones, a la fatiga, etc.; no es fácil de vencer, cansado o deteriorado; fuerte, robusto". Hay algunas maneras en las que los hombres son claramente menos duros que las mujeres. Como vimos anteriormente, la esperanza de vida de los hombres es típicamente más baja que la de las mujeres. Si bien parte de esto es atribuible a una mayor violencia contra los hombres, al menos parte de la menor esperanza de vida de los hombres es atribuible a la biología masculina. Los hombres mueren en mayor número a todas las edades, incluso durante el período fetal,³² (generalmente) antes de ser víctimas de mayor violencia. Pero el tipo de dureza física que se atribuye comúnmente a los hombres es diferente. Es que son más capaces de soportar el dolor y las dificultades.

En cuarto lugar, debemos tener claro el alcance de las supuestas diferencias. Por ejemplo, cuando se dice que los hombres son más agresivos y violentos que las mujeres, ¿cuánto más agresivos y violentos se cree que son? Dependiendo de la respuesta a esta pregunta, la afirmación es verdadera o falsa. Aunque los hombres son responsables de más agresión y violencia que las mujeres, la diferencia no es tan grande como se suele pensar. Esto lo confirman algunos estudios de laboratorio.³³ En la vida real, encontramos que hay al menos algunas circunstancias, sobre todo dentro de la familia, en las que las mujeres se comportan de manera tan agresiva y violenta, y a veces incluso más que los hombres. Así, antes vimos que, en contra de la sabiduría recibida, las esposas son al menos tan violentas con los esposos como lo son los esposos con las esposas. También vimos que las madres infligen más castigos corporales a los niños que los padres. Aunque las madres generalmente pasan más tiempo con sus hijos y por lo tanto tienen más oportunidades, se pueden hacer afirmaciones paralelas sobre otras situaciones en las que los hombres causan más violencia (como la guerra). Cuando las mujeres han tenido la oportunidad, han demostrado ser capaces de hacer frente a las brutalidades que suelen cometer los hombres. La participación femenina en el genocidio de Ruanda es un ejemplo,³⁴ pero hay muchos otros.³⁵ Parece, entonces, que la gente generalmente subestima la cantidad de agresión y violencia femenina en relación con la agresión y la violencia masculina. Aunque el diferencial es muy probablemente exagerado, es cierto que los hombres exhiben más agresión y violencia que las mujeres.

En resumen, he presentado un argumento preliminar en el sentido de que las creencias normativas sobre los hombres deben ser rechazadas. Sin embargo, he sugerido que, aunque a veces exagerado, al menos algunas de las creencias descriptivas son ciertas. No he proporcionado un argumento largo para esta última conclusión, principalmente porque no está en disputa. La mayor parte del debate sobre las creencias acerca de los hombres y las mujeres, y sobre las diferencias entre ellos, no se ha centrado en si las creencias son ciertas. De hecho, la mayoría de la gente ha asumido que hay algunas diferencias (promedio) entre hombres y mujeres. En su lugar, el enfoque se ha centrado en lo que explica estas diferencias.

¿Qué hace que las creencias sean ciertas?

Es al explicar los orígenes de las diferencias de sexo que se plantea la cuestión de la naturaleza y la crianza de los animales domésticos. En la medida en que esta cuestión se entiende como una elección dicotómica, parece inútil -de hecho, una falsa dicotomía, ya que debería quedar claro que algunos rasgos podrían ser un producto tanto de la naturaleza como de la crianza. Pero en lugar de exigirnos que rechacemos la cuestión de la naturaleza, el reconocimiento de esto podría llevarnos a interpretar la cuestión de una manera diferente. Es decir, podríamos interpretarlo como una pregunta sobre el grado en que un rasgo determinado es producto de la naturaleza y el grado en que es producto de la crianza. Esta forma de la pregunta reconoce que un rasgo dado puede estar influenciado tanto por la biología como por la socialización. Incluso esta formulación de la pregunta podría ser cuestionada. La preocupación puede ser que ignore la interacción entre los dos. Sin embargo, eso sólo da lugar a una forma más sofisticada de la pregunta - una sobre cómo interactúan la naturaleza y la crianza para producir un rasgo en particular. No está claro si esta versión de la

pregunta puede ser respondida con precisión, al menos en este momento. Afortunadamente, y contrariamente a lo que algunos piensan, no necesitamos responder para demostrar que hay un segundo sexismo (al igual que no necesitamos responder para demostrar que hay sexismo contra las mujeres). Conocer el alcance preciso del segundo sexismo (como el alcance preciso del sexismo más familiar) puede requerir un conocimiento que aún no tenemos. Sin embargo, es posible demostrar que existe un segundo sexismo sustancial en ausencia de los conocimientos que aún no tenemos a nuestra disposición.

El debate sobre las diferencias entre hombres y mujeres se suele caracterizar como un debate entre quienes piensan que las diferencias son atribuibles exclusivamente a la naturaleza, quienes piensan que son atribuibles exclusivamente a la crianza, y quienes piensan que son producto de la interacción de la naturaleza y la crianza. Aunque todas estas posiciones son lógicamente posibles, el debate real se limita a una parte de este espectro, como explicaré a continuación.

La opinión de que las diferencias de sexo son producto únicamente de la naturaleza no es una opinión seriamente considerada por nadie. No es difícil ver por qué este punto de vista -el determinismo biológico- no tiene defensores serios. Aunque hay algunos rasgos, como el color de los ojos, que están determinados genéticamente³⁶ y a los que el medio ambiente parece no hacer ninguna contribución (o al menos ninguna contribución que no esté mediada por los genes), otros rasgos físicos implican cierta interacción con el medio ambiente. La estatura, por ejemplo, es en parte genética. Hay un límite superior en cuanto a la altura que se puede alcanzar, dados los genes de cada uno. Sin embargo, los factores ambientales, como el nivel de nutrición, especialmente durante los años de desarrollo, también juegan un papel importante. Si esto es cierto para los rasgos físicos relativamente sencillos, parece extremadamente improbable que los rasgos más complejos como la agresividad y la asertividad no estén influenciados por el entorno. Además, está claro que todas las diferencias que vemos entre los sexos no se explican completamente por la biología innata. Es evidente que la socialización en roles de género está ocurriendo. Incluso si hay una mayor tendencia biológica hacia, por ejemplo, la dureza en los hombres, esto está siendo claramente amplificado por las expectativas de los roles de género de que los hombres serán duros. No sería necesario decir a los niños que no lloren como las niñas si su naturaleza determinara plenamente lo duros que serían. La socialización de los roles de género no tendría sentido si ocurriera sin un estímulo.³⁷

En contraste con el determinismo biológico, parece que hay quienes sostienen el punto de vista opuesto - o, al menos, algo extremadamente cercano a él. Tales personas sostienen que las diferencias entre los sexos son enteramente el producto de la "construcción social". Desde este punto de vista, los rasgos de los hombres y las mujeres no tienen base biológica. No tienen nada que ver con la naturaleza, sino que son el resultado de la crianza. Desde este punto de vista, la sociedad moldea la masculinidad y la feminidad, y la naturaleza no juega ningún papel.

Los verdaderos oponentes de la visión de la construcción social son los sociobiólogos y los psicólogos evolutivos. Mientras que los críticos de estos últimos puntos de vista a menudo los describen como determinismo biológico, eso es una caracterización errónea. En cambio, los sociobiólogos y psicólogos evolutivos adoptan el punto de vista de que existen diferencias innatas entre los sexos -tendencias- que interactúan con el entorno para producir rasgos y comportamientos particulares. Proporcionan un relato evolutivo de la selección de sexo, argumentando que los hombres y las mujeres tienen estrategias reproductivas diferentes. Una consecuencia de esto es que se producirá cierta diferenciación psicológica y conductual. Algunos rasgos que son más adaptables para los hombres lo son menos para las mujeres, y viceversa.

A veces es difícil decir con seguridad si un punto de vista en particular constituye construccionismo social. Esto se debe a que no está claro cuán extrema debe ser la posición de alguien antes de que califique para ser designado como una visión de construcción social. Algunos

de los que se oponen a la sociobiología y a la psicología evolutiva permiten la posibilidad de que sólo haya algunas diferencias muy pequeñas entre los sexos. Considere, por ejemplo, los *Mitos de Género* de Anne Fausto-Sterling, que se dedica a rechazar la opinión de que existen diferencias cognitivas, afectivas y otras diferencias psicológicas innatas entre hombres y mujeres. Sin embargo, no cierra la posibilidad de que pueda haber algunas diferencias. Dice que si "las diferencias de sexo en la cognición existen, son bastante pequeñas y la cuestión de sus posibles orígenes permanece sin respuesta"³⁸ y que permanece "abierta a la idea de que alguna pequeña fracción de una diferencia ya de por sí pequeña relacionada con el sexo podría resultar de las diferencias hormonales entre hombres y mujeres".³⁹

Otra dificultad es determinar lo que los sociobiólogos y psicólogos evolutivos consideran que es la magnitud de la contribución biológica a las diferencias de sexo. Es de suponer que existe cierto desacuerdo entre quienes proponen estos puntos de vista, pero al menos algunos de ellos pueden estar sobreestimando la contribución biológica. El problema surge, en parte, debido a la falta de distinción entre dos cuestiones. La primera es si existe una base biológica particular para algún atributo. Suponiendo que así sea, la segunda pregunta se refiere a su alcance. Por lo general, la atención se centra en la primera pregunta. Esto es bastante comprensible. Es la pregunta anterior, y también es una pregunta bastante difícil de responder. Sin embargo, una respuesta a esta pregunta no implica una respuesta a la segunda.

Considere, por ejemplo, el supuesto vínculo entre la agresión y los andrógenos, particularmente la testosterona. Aunque la testosterona también se encuentra en las mujeres, normalmente está presente en niveles mucho más altos en los hombres, por lo que se la conoce como una "hormona masculina". A menudo se dice que los andrógenos influyen en la agresión (y otros tipos de comportamiento) de dos maneras.⁴⁰ Durante la gestación se cree que tiene un efecto organizador en el cerebro en desarrollo.⁴¹ Luego, más tarde en la vida, durante la pubertad y también después, se dice que la testosterona que circula en el sistema sanguíneo de una persona influye en el comportamiento.

En el caso de los andrógenos circulantes, la evidencia de un efecto sobre el comportamiento es más débil. La administración de antiandrógenos (y la reducción resultante de los niveles de testosterona circulante) ha tenido éxito en frenar los pensamientos sexuales compulsivos parafílicos y las conductas sexuales impulsivas y violentas. Sin embargo, las drogas no fueron muy efectivas para reducir la violencia no sexual.⁴² No se ha demostrado que el aumento de los niveles de testosterona en mujeres o hombres hipogonadales a niveles normales o supranormales aumente la agresión consistentemente. La disminución de los niveles de testosterona en los hombres, por castración o antiandrógenos, no disminuye consistentemente la agresión.⁴³

Algunos de los que revisan la literatura han concluido que la evidencia no apoya un vínculo entre la testosterona circulante y la agresión humana.⁴⁴ La incapacidad de establecer este vínculo, afirman algunos autores,⁴⁵ contrasta con la facilidad con la que se han mostrado las relaciones entre la testosterona y otros fenómenos, incluida la actividad sexual. En aquellos pocos estudios que sugieren conexiones entre la testosterona circulante y la agresión humana, los vínculos son correlacionales y hay alguna razón para pensar que son los comportamientos agresivos y dominantes los que causan que los niveles de testosterona aumenten, en lugar de viceversa.⁴⁶

Las pruebas de un efecto de la exposición prenatal a los andrógenos sobre la agresión en la vejez son más sólidas, aunque no son concluyentes en absoluto. Es evidente que existen limitaciones morales para alterar experimentalmente los niveles de andrógenos a los que están expuestos los fetos y los lactantes. Como resultado, una de las pocas maneras de probar la hipótesis de que la exposición prenatal a andrógenos aumenta la agresión más tarde es examinando a las niñas con hiperplasia suprarrenal congénita (HSC), una afección que las expone a niveles inusualmente altos de andrógenos en el útero y hasta el diagnóstico poco después del nacimiento. Algunos estudios han

encontrado que las niñas con HSC son más agresivas que las mujeres de control,⁴⁷ pero algunos han encontrado que "la diferencia no es significativa".⁴⁸ Otros estudios no encontraron diferencias en los niveles de agresión entre las mujeres con HSC y las mujeres de control, a pesar de que se encontró que las mujeres afectadas eran, de otras maneras, similares en su comportamiento a los varones y diferentes a las mujeres de control.⁴⁹ Estos últimos estudios sugieren que incluso si la exposición prenatal a andrógenos tiene otros efectos en el comportamiento, la influencia sobre la agresión no es inequívoca.

No se trata de negar una base biológica para la agresión humana. Es posible, por ejemplo, que la agresión humana tenga sus raíces en algún fenómeno biológico distinto de los andrógenos. Existen algunas pruebas de que la agresión humana tiene muchas características en común con lo que se denomina "agresión defensiva" (a diferencia de la "agresión hormonodependiente") en mamíferos no primates y que este tipo de agresión tiene sus raíces en el sistema límbico del cerebro.⁵⁰ Sin embargo, una de las características distintivas de la agresión defensiva en mamíferos no primates es que es cuantitativamente similar en hombres y mujeres.⁵¹

También es posible que exista una conexión entre los andrógenos y la agresión, aunque todavía no se ha demostrado de manera concluyente. Una posible explicación para esto es que la conexión postulada es compleja. Una característica obvia de esta complejidad es la interacción con los factores ambientales.

Sin embargo, incluso si se demostrara que existe una base biológica específica para la agresión, sólo habríamos respondido a la primera pregunta a la que me he referido antes. No habríamos establecido nada sobre la medida en que la agresión es atribuible al fenómeno biológico especificado. Discernir la contribución aproximada que hace no es tarea fácil. Sin embargo, a menos que reconozcamos que esto no se resuelve con una respuesta a la primera pregunta, la tentación es pensar que debido a que se ha establecido una base biológica, también se ha demostrado que desempeña un papel importante en la agresión.

Mientras que los sociobiólogos y los psicólogos evolutivos a veces sobreestiman hasta qué punto las diferencias entre hombres y mujeres son atribuibles a la biología o cuán concluyentes son las pruebas de un vínculo particular, la visión de la construcción social extrema se enfrenta al siguiente desafío: si uno rechaza una separación dualista de la mente y el cerebro y acepta que la mente es el producto del cerebro, es tremendamente inverosímil pensar que, mientras que todas las demás partes del cuerpo están influenciadas por la biología, nuestras características psicológicas no lo son. Por supuesto, no se deduce de esto que el sexo de uno hace una diferencia. Sin embargo, sería sorprendente que todos los atributos psicológicos se distribuyeran por igual entre hombres y mujeres. Sería especialmente sorprendente, dado que existen diferencias de comportamiento entre los sexos en otras especies. Pensar que no hay ninguno en los humanos sería plantear una discontinuidad evolutiva masiva entre nuestra especie y las demás.⁵² Pero reconocer esto deja abierta la cuestión de qué atributos están distribuidos de manera desigual y cómo de desigual.

¿Cuáles son las implicaciones, si es que las hay?

Una de las razones por las que hay tanto desacuerdo sobre el origen de las diferencias entre los sexos es que las cuestiones científicas a menudo se examinan teniendo en cuenta las implicaciones morales y sociales hipotéticas de encontrar o refutar diferencias psicológicas innatas entre hombres y mujeres.

A menudo se asume que en la medida en que las diferencias entre los sexos se construyen socialmente, son modificables, mientras que en la medida en que las diferencias son innatas, no pueden modificarse. Dicho de otra manera, mucha gente asume que mientras que el construccionismo social facilita los puntos de vista liberales o revolucionarios, la psicología evolutiva tiene implicaciones conservadoras o reaccionarias. Según este razonamiento, si los rasgos

de los hombres y las mujeres son atribuibles a la socialización, podemos decidir socializar a los niños de manera diferente en el futuro. Por el contrario, si las diferencias son biológicas, no tiene sentido tratar de cambiar lo que no se puede cambiar.

La suposición de que estas conclusiones se derivan de los respectivos puntos de vista sobre el origen de las diferencias de sexo es errónea y ciertamente hay personas que aceptan explicaciones evolutivas de los rasgos humanos, pero que sacan conclusiones asociadas con la izquierda política en lugar de la derecha.⁵³ Hay muchas razones por las que tal posición es coherente.

Primero, la biología puede ser a veces más maleable que la sociedad. Por ejemplo, en algunas sociedades una mujer equipada con anticonceptivos orales que actúan biológicamente para suprimir su fertilidad tendrá más éxito usando estas píldoras para limitar su fecundidad de lo que tendría si intentara alterar las expectativas sociales de que las mujeres produzcan tantos hijos como sea posible.

En segundo lugar, como ya hemos visto, así como la biología puede influir en la sociedad, así también la sociedad puede influir en la biología. Por ejemplo, los factores sociales pueden afectar los niveles de nutrición y ejercicio, lo que puede afectar a las características físicas como la estatura, el desarrollo neurológico y muscular, la edad de inicio de la pubertad, etc. En la medida en que la nutrición y las oportunidades de ejercicio se distribuyen en función del sexo de la persona, las diferencias biológicas entre los sexos aumentarán o disminuirán, incluso si no se eliminan.

En tercer lugar, incluso si las diferencias biológicas fueran inalterables, tendríamos que tener cuidado con la medida en que las diferencias entre los sexos fueran biológicas. Después de todo, hay buenas razones para pensar que las diferencias innatas serían amplificadas por la sociedad. El mecanismo de amplificación podría ser el siguiente: la gente percibe diferencias modestas entre los sexos. Como resultado, llegan a tener ciertas expectativas de los hombres y otras de las mujeres. Los hombres y las mujeres son presionados para que se ajusten a esas expectativas. Esto magnifica las diferencias entre los sexos, afianzando así las expectativas que amplifican aún más las diferencias.

Es muy improbable que las diferencias que vemos entre los sexos sean totalmente atribuibles a la biología. Como prueba de ello, considere la gran variación en la magnitud de las diferencias entre los sexos en las distintas sociedades. Considere, por ejemplo, el hecho de que somos biológicamente muy similares a nuestros antepasados humanos hace decenas de miles de años. Sin embargo, los rasgos del hombre y la mujer promedio entonces y ahora -incluyendo aquellos rasgos que alguna vez se hubieran considerado naturales- difieren considerablemente. O considerar las diferencias entre las mujeres y los hombres contemporáneos de Afganistán en comparación con las diferencias entre las mujeres y los hombres soldados estadounidenses que interactúan con ellos. Si uno supiera sólo el papel femenino de las mujeres afganas y cómo se diferencian de los hombres afganos, uno bien podría pensar que las mujeres soldados de Estados Unidos son una imposibilidad biológica. O considere lo que Adam Jones ha dicho sobre la participación femenina en el genocidio de Ruanda:

Si las mujeres en cualquier lugar pueden participar en un genocidio de tal escala, y con tal entusiasmo y salvajismo, entonces parece una suposición *prima facie* válida que son capaces de participar en todo el mundo. La búsqueda se convierte entonces en una búsqueda no de alguna "diferencia" esencial en el enfoque de las mujeres hacia la guerra y la paz, sino de la gama de mecanismos culturales y políticos que permiten o, con mayor frecuencia, inhiben la expresión del potencial agresivo y genocida de las mujeres.⁵⁴

Cuarto, cualesquiera que sean las diferencias psicológicas y de comportamiento naturales que existan entre hombres y mujeres, éstas son sólo estadísticas. Son tendencias. No podemos decir, por ejemplo, que todos los hombres son más agresivos que todas las mujeres. Por lo tanto, una pregunta

importante se refiere a cómo se distribuye algún atributo entre hombres y mujeres. Dicho de otra manera, ¿cuánta superposición hay entre las curvas de distribución? Además, se podría argumentar que, en la medida de lo posible, deberíamos tratar a las personas como individuos y no como miembros de un grupo al que pertenecen. Por lo tanto, si un trabajo en particular tiene un requisito de altura, uno debe, en la medida de lo posible, buscar individuos de la altura correcta en lugar de utilizar el sexo de una persona como un indicador aproximado para determinar su altura.

Por último, el hecho de que los factores biológicos y sociales sean o no maleables no nos dice nada acerca de si son deseables y, por lo tanto, de si deberían modificarse en caso de que esto sea posible en el futuro. Alguna forma deseable de gobierno puede ser construida socialmente, pero no es algo que debamos tratar de cambiar. Otras cosas, como las horribles enfermedades congénitas, pueden ser biológicamente inalterables pero, sin embargo, algo que trataríamos de alterar o evitar. Como he señalado antes, no podemos deducir del hecho de que las cosas son de cierta manera que así es como deberían ser. Esto es cierto independientemente de si las afirmaciones se refieren a la biología o a la sociedad. Tanto las cuestiones biológicas como las sociales pueden ser deseables o indeseables, buenas o malas, dignas de cambiar o preservar (si somos capaces de hacerlo).

Ahora debería ser evidente que la distinción entre naturaleza y nutrición es un sustituto y menos importante que la distinción entre rasgos que son menos alterables y aquellos que son más alterables. En otras palabras, lo que importa no es si un rasgo es producto de la naturaleza o de la crianza, sino si puede ser cambiado. En la medida en que un rasgo no puede ser alterado, ignoramos ese hecho por nuestra cuenta y riesgo.

Esto no quiere decir que no seamos capaces de hacer nada ante un rasgo inalterable. Como señala la famosa sentencia, el poder tiende a corromper (y el poder absoluto corrompe absolutamente). Imaginemos que esta tendencia es inalterable. De ello no se deduce que no podamos hacer nada al respecto. Una cosa que podemos hacer es diseñar instituciones que reconozcan este hecho y traten de minimizar el daño que puede causar. Esta es una de las razones por las que la democracia es preferible a la dictadura. La dictadura da rienda suelta a una tendencia peligrosa, mientras que la democracia pone límites a la expresión de la tendencia (en lugar de eliminar la tendencia misma). Lo mismo ocurre con las diferencias de sexo. No reconocer las diferencias inalterables entre los sexos es peligroso, pero esto no significa que no podamos hacer nada para limitar los rasgos indeseables y promover los deseables.

Conclusión

Comencé este capítulo identificando una serie de creencias acerca de los hombres que explican por qué los hombres sufren las desventajas que tienen. No pretendo que esta lista sea exhaustiva, pero es a la vez sustancial y representativa. El resto del capítulo estuvo dedicado a una discusión sobre cómo debemos pensar acerca de estas creencias. He observado que existen diferencias entre los sexos, aunque el alcance de las mismas puede ser exagerado. La verdadera controversia, sugerí, radica en los orígenes de estas diferencias. Algunas personas las atribuyen enteramente a la socialización, mientras que otras piensan que la naturaleza juega un papel. Este último es el punto de vista más plausible, pero hay desacuerdo sobre el papel que desempeña la naturaleza. Sin embargo, las respuestas competitivas a esta pregunta deben ser muy generales, porque en este momento carecemos de los conocimientos suficientes para determinar con precisión cuáles son las funciones e interacciones relativas. Dicho esto, he ofrecido una advertencia general contra las conclusiones morales y políticas precipitadas del hecho de que un rasgo tiene un componente biológico.

En el siguiente capítulo, paso de este tipo de comentarios generales a otros más específicos. Lo hago volviendo a cada una de las desventajas descritas en el Capítulo 2. Mi objetivo es mostrar por

qué muchos de ellos son producto de una discriminación ilícita. La presentación de este caso depende en parte de que se demuestre que las diferencias de sexo no justifican la discriminación.

Notas

- 1 Véase, por ejemplo, Martha Nussbaum, *Sex and Social Justice*, Nueva York: Oxford University Press, 1999, pág. 29.
- 2 Citado por Judith Wagner DeCew, "The combat exclusion and the role of women in the military", *Hypatia*, 10(1), invierno de 1995, p. 62.
- 3 Hannah Fischer, "United States Military Casualty Statistics: Operación Libertad Iraquí y Operación Libertad Duradera", Washington, DC: Servicio de Investigación del Congreso, 25 de marzo de 2009, p. 2.
- 4 US Department of Commerce, US Census Bureau News, "Women's History Month, 2010", Washington, DC, 5 de enero de 2010. En línea en http://www.census.gov/Press-Release/www/releases/pdf/cb10ff-03_womenshistory.pdf (consultado el 21 de marzo de 2010).
- 5 Esta sugerencia se me hizo por primera vez en una de las ocasiones en que hablé sobre este tema. También aparece en Tom Digby, "Problemas masculinos: ¿son los hombres víctimas del sexismo?" *Social Theory and Practice*, 29(2), 2003, p. 256.
- 6 Véase David Bevan, *Drums of the Birkenhead*, Ciudad del Cabo: Purnell & Sons, 1972; Mark Giroud, *The Return to Camelot: Chivalry and the English Gentleman*, Londres: Yale University Press, 1981. El sexo y la edad no son las únicas variables relevantes. La clase es otra. Para estadísticas sobre los porcentajes de hombres, mujeres y niños sobrevivientes en cada una de las tres clases del Titanic, véase Ian Jack, "Leonardo's grave", *Granta*, 67, otoño de 1999, p. 32.
- 7 Adam Jones ha hecho este punto repetidamente. Véase, por ejemplo, "Gender and genocide in Rwanda", en Adam Jones (ed.), *Gendercide and Genocide*, Nashville: Vanderbilt University Press, 2004, pp. 126-127; Adam Jones, *Gender Inclusive*, Londres: Routledge, 2009, págs. 255 y 257. En los tres párrafos siguientes, proporciono algunos de sus ejemplos siguiendo sus citas a su fuente.
- 8 Daniel Jonah Goldhagen, *los Verdugos Voluntarios de Hitler: Los alemanes comunes y el Holocausto*, Nueva York: Vintage Books, 1997, pág. 149.
- 9 Christopher Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York: HarperCollins, 1992, pág. 13.
- 10 *Ibídem*, pág. 14.
- 11 *Ibídem*.
- 12 Christopher Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, New York: Cambridge University Press, 2000, p. 30.
- 13 Leo Kuper, *Genocidio: Its Political Use in the Twentieth Century*, New Haven: Yale University Press, 1981, p. 204.
- 14 Maura Reynolds, "War Has No Rules for Russian Forces Fighting in Chechnya", *Los Angeles Times*, 17 de septiembre de 2000.

- 15 Los siguientes son algunos de los cientos, si no miles, de posibles ejemplos. (1) En un informe sobre los surcoreanos secuestrados por militantes afganos, se decía que "las autoridades creían que 22, incluidas 18 mujeres, seguían detenidas" (Choe Sang-Hun, "Spirits Sag in South Korea at Death of Hostage", *New York Times*, 27 de julio de 2007). (2) El título de una fotografía en otro artículo del *New York Times* decía: "Niños relacionados con cinco personas, incluyendo tres mujeres, que murieron el 12 de febrero en una redada nocturna cerca de Gardez en la provincia de Paktia, Afganistán, se pararon en sus tumbas la semana pasada" (R. Oppel y R. Nordland, "U.S. Is Reining In Special Forces in Afghanistan", *New York Times*, 16 de marzo de 2010). (3) Una infografía de periódico sobre los Jemeres Rojos, que hace referencia a la prisión de Tuoi Sleng, decía: "Al menos 14.000 personas pasaron por allí, se cree que menos de 10 han sobrevivido... Entre los muertos se encontraban mujeres, niños y bebés" (Reuters, "Khmer Rouge Prison Chief Sentenced", *Cape Times*, 27 de julio de 2010, p. 2). (4) El titular de un artículo de primera plana sobre todas las víctimas de la explosión del transbordador espacial Challenger decía "Dos mujeres entre las víctimas" (*Cape Times*, 23 de enero de 1986, p. 1). (5) Se cita al ministro iraquí de derechos humanos diciendo que las autoridades habían encontrado "una fosa común con los cuerpos de más de 800 personas, incluyendo mujeres y niños" ("La fosa común contiene 800 víctimas de Saddam", *Cape Times*, 15 de abril de 2011, p. 2).
- 16 Judy Dempsey, "East German Shoot-to-Kill Order Is Found," *New York Times*, 13 de agosto de 2007. En línea en <http://www.nytimes.com/2007/08/13/world/europe/13germany.html> (consultado el 13 de agosto de 2007).
- 17 Adam Jones, *Gender Inclusive*, pp. 100-101.
- 18 Adam Jones, "The Globe and males", en *Gender Inclusive*, pp. 3-24.
- 19 Ibídem, pág. 5.
- 20 Una buena razón evolutiva no es lo mismo que una buena razón moral. Hablaré más sobre esto más adelante.
- 21 Kenneth Clatterbaugh, "Are men oppressed", en Larry May, Robert Strikwerda y Patrick D. Hopkins (eds.), *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in the Light of Feminism*, 2nd edn, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 1996, p. 301.
- 22 ibíd.
- 23 ibíd.
- 24 Susan Estrich, *Real Rape*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1987.
- 25 Véase, por ejemplo, Ileana Arias y Patti Johnson, "Evaluations of physical aggression among intimate dyads", *Journal of Interpersonal Violence*, 4(3), septiembre de 1989, pp. 298-307; Cathy Stein Greenblat, "A hit is a hit is a hit is a hit.... or is it? Approval and tolerance of the use of physical force by spouses," en David Finkelhor, Richard J. Gelles, Gerald T. Hotaling y Murray A. Straus (eds), *The Dark Side of Families: Current Family Violence Research*, Beverly Hills: Sage Publications, 1983, págs. 235-260.
- 26 Richard B. Felson, "The normative protection of women from violence", *Sociological Forum*, 15(1), 2000, p. 95.
- 27 Stuart P. Taylor y Seymour Epstein, "Aggression as a function of the interaction of the sex of the aggressor and the sex of the victim", *Journal of Personality*, 35, 1967, p. 481.
- 28 Ibídem.

- 29 Para aclarar, la afirmación de que las vidas de los hombres no son menos valiosas es diferente de la afirmación descriptiva de que las vidas de los hombres no son menos valiosas. He demostrado que la gente valora menos las vidas de los hombres. Ahora estoy argumentando que se equivocan al hacerlo.
- 30 Al rechazar la opinión de que deberían tener estos atributos, no estoy argumentando que no deberían tenerlos.
- 31 David Benatar, *Better Never to Have Been*, Oxford: Oxford University Press, 2006.
- 32 Los hombres son concebidos a tasas sustancialmente más altas. Algunos estudios sitúan la proporción primaria de sexos en 160 hombres por cada 100 mujeres. Dado que la proporción de sexos secundarios - la proporción de hombres y mujeres al nacer es de alrededor de 105 : 100, es evidente que muchos más hombres sucumben durante la gestación. (Ver Lee Ellis, Scott Herschberger, Evelyn Field et al, *Sex Differences: Summarizing More Than a Century of Scientific Research*, Nueva York: Psychology Press, 2008, págs. 1-2.
- 33 D.J. Albert, M.L. Walsh y R.H. Jonik, "Agresión en humanos: ¿cuál es su fundamento biológico?" *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 17, 1993, p. 417; Ann Frodi et al. dicen que "sólo sostienen hipótesis de que los hombres son casi siempre más agresivos físicamente que las mujeres y que las mujeres muestran más agresividad indirecta o desplazada". Ann Frodi, Jacqueline Macaulay y Pauline Ropert Thome, "Are women always less aggressive than men? A review of the experimental literature," *Psychological Bulletin*, 1977, 84(4), p. 634.
- 34 African Rights, Rwanda: *Not So Innocent – When Women Become Killers*, Londres: African Rights, 1995.
- 35 Patricia Pearson, *When She Was Bad: Violent Women and the Myth of Innocence*, Nueva York: Viking, 1997.
- 36 "determinismo biológico" no es sinónimo de "determinismo genético". Sin embargo, el determinismo genético es un ejemplo o componente del determinismo biológico.
- 37 Es una cuestión aparte si es deseable ese refuerzo de los roles de género. Michael Levin es uno de los que piensa que es deseable porque anima a los niños y niñas a hacer lo que más les satisfaga. (Ver *Feminism and Freedom*, New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1987, pp. 59-60.) Mi respuesta es la siguiente: los rasgos pueden ser poseídos en diferentes grados. (Uno puede ser más o menos generoso, valiente, paciente, etc.) El grado de un rasgo que se encuentre satisfactorio variará. Es decir, algunas personas encontrarán que tener el rasgo Z hasta el grado X es satisfactorio, mientras que otras encontrarán que tener el rasgo Z hasta el grado Y es satisfactorio. Incluso si tal variación ocurrirá entre los sexos, también ocurrirá dentro de los sexos. De esta manera, imponer ciertos rasgos a aquellas personas que son atípicas para su sexo amenazará en lugar de fomentar su realización.
- 38 Anne Fausto-Sterling, *Myths of Gender: Biological Theories about Men and Women*, Rev. edn, Nueva York: Basic Books, 1985, pág. 14.
- 39 Ibídem, pág. 36.
- 40 Véase, por ejemplo, Kingsley Browne, Co-Ed *Combat: The New Evidence That Women Shouldn't Fight the Nation's Wars*, Nueva York: Sentinel, 2007, págs. 43-46.
- 41 Los niveles elevados de andrógenos prenatales en los niños no disminuyen inmediatamente al nacer, sino que disminuyen en los meses posteriores al nacimiento. Por lo tanto, los

- andrógenos generados en el útero pueden seguir influyendo en el desarrollo postnatal durante unos meses.
- 42 Robert T. Rubin, "The neuroendocrinology and neurochemistry of antisocial behavior", en Sarnoff A. Mednick, Terrie A. Moffit y Susan A. Stack (eds), *The Causes of Crime: New Biological Approaches*, Cambridge: Cambridge University Press, 1987, pág. 248.
 - 43 D.J. Albert, M.L. Walsh y R.H. Jonik, "Aggression in humans," pp. 407-410.
 - 44 Robert T. Rubin, "La neuroendocrinología y la neuroquímica del comportamiento antisocial", dice que "sigue habiendo una controversia definitiva sobre el papel de las hormonas androgénicas en los comportamientos agresivos y violentos humanos" (p. 248) y "los datos sobre los correlatos neuroendocrinos de la agresión y la violencia, con particular referencia a la relación más estudiada, la de la testosterona en los hombres, son escasos y conflictivos" (p. 250). D.J. Albert, M.L. Walsh y R.H. Jonik, "Agresión en humanos", dicen que "los intentos de demostrar una correlación entre la testosterona y la agresión en humanos han estado en progreso durante casi 30 años. Sin embargo, aún no se ha establecido una relación clara" (pág. 406). Leslie Brody, *Gender, Emotion, and the Family*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999, dice que "existe muy poca base para la idea ampliamente aceptada de que existe una relación causal entre los niveles de testosterona y la agresión humana" (p. 107).
 - 45 D.J. Albert, M.L. Walsh y R.H. Jonik, "Aggression in humans," p. 417.
 - 46 Leslie Brody, *Gender, Emotion, and the Family*, p. 111. Ruth Bleier, *Science and Gender: A Critique of Biology and Its Theories on Women*, Nueva York: Pergamon Press, 1984, p. 97.
 - 47 Sheri A. Berenbaum y Susan M. Resnick, "Early androgen effects on aggression in children and adults with congenital adrenal hyperplasia", *Psychoneuroendocrinology*, 22(7), 1997, pp. 505-515; Vickie Pasterski, Peter Hindmarch, Mitchell Geffner et al, "Aumento de la agresión y el nivel de actividad en niñas de 3 a 11 años con hiperplasia suprarrenal congénita (HSC)", *Hormones y comportamiento*, 52, 2007, págs. 368-374.
 - 48 Anke A. Ehrhardt y Susan W. Baker, "Fetal androgens, human central nervous system differentiation, and behavior sex differences," en Richard C. Friedman, Ralph M. Richart y Raymond L. Vande Wiele (eds), *Sex Differences in Behavior*, Huntington, NY: Robert E. Krieger Publishing Co. 1978, p. 41.
 - 49 John Money y Anke A. Ehrhardt, *Man and Woman, Boy and Girl*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972, p. 99. John Money y Mark Schwartz, "Fetal androgens in early treated adrenogenital syndrome of 46XX hermaphroditism: influence on assertive and aggressive types of behavior" (Los andrógenos fetales en el síndrome adrenogenital precozmente tratado del hermafroditismo 46XX: influencia en los tipos asertivos y agresivos de conducta), *Aggressive Behavior*, 2, 1976, pp. 19-30 (esp. pp. 22-23). Melissa Hines y Francine R. Kaufman, "Androgen and the development of human sex-typical behavior: rough-and-tumble play and sex of preferred playmates in children with congenital adrenal hyperplasia (CAH)", *Child Development*, 65, 1994, pp. 1042-1053.
 - 50 D.J. Albert, M.L. Walsh y R.H. Jonik, "Agresión en humanos."
 - 51 *Ibídem*, pág. 414.
 - 52 Hay muchos comportamientos que son característicos de un sexo a través de muchas especies no relacionadas. Por ejemplo, tanto la territorialidad como el cortejo suelen ser masculinos, mientras que la elección de pareja suele ser femenina. Hay excepciones, sin

embargo, y por lo tanto el punto sobre la discontinuidad evolutiva no es que si algún comportamiento específico es característicamente masculino en la mayoría de las especies, deberíamos esperar que el mismo comportamiento sea característico de los machos humanos. En cambio, el punto es que si al menos algunos comportamientos se distribuyen de manera desigual entre los sexos en otras especies, sería extraño que no se distribuyeran de manera desigual entre machos y hembras humanos.

- 53 Véase, por ejemplo, Peter Singer, *A Darwinian Left: Politics, Evolution and Cooperation*, New Haven: Yale University Press, 1999.
- 54 Adam Jones, "Gender and Genocide in Rwanda", pág. 127.
- 55 Con esto no me refiero a un requisito de altura arbitrario, sino a un requisito de altura que está materialmente relacionado con la naturaleza del trabajo.

Capítulo IV

De la desventaja a la discriminación injusta

Y el Faraón ordenó a su pueblo, diciendo: "A todo hijo que nazca, lo arrojarás al Nilo, y a toda hija dejarás vivir."

Éxodo 1:22

Los hombres y los niños, como demostré en el capítulo 2, están en desventaja de varias maneras significativas. Algunas de estas desventajas eran claramente el resultado de la discriminación. Sin embargo, ni la desventaja ni la discriminación son lo mismo que la discriminación ilícita. Muchos de los que aceptan que los varones están en desventaja niegan que los varones sean víctimas de discriminación injusta. Una de las formas más comunes de hacerlo es apelar a las diferencias entre hombres y mujeres. Según este tipo de argumento, algunas de las desventajas que experimentan los hombres no constituyen discriminación, porque son producto de la biología y no de personas, instituciones o Estados que los discriminan. En el caso de otras desventajas, se reconoce que la discriminación contribuye a la desventaja, pero se sostiene que la discriminación no es injusta debido a las supuestas diferencias entre los sexos.

Al apelar a las diferencias de sexo para negar que los hombres son víctimas de discriminación injusta, las personas son propensas a muchas confusiones y errores. Por esta razón, dediqué el capítulo 3 a discutir la relevancia (y los límites de la relevancia) de las diferencias de sexo en la forma en que debemos tratar a los hombres y a las mujeres. Más concretamente, sostuve que de las diferencias entre hombres y mujeres no se pueden extraer inferencias inmediatas sobre cómo deben ser tratados. Esa discusión fue bastante general. En el presente capítulo, el objetivo es volver a las desventajas específicas discutidas en el Capítulo 2 y argumentar que muchas de ellas son el producto de una discriminación sexual injusta o ilícita. Al plantear este caso, consideraré varios argumentos en contra, incluyendo algunos que apelan a las diferencias entre los sexos. Algunos de estos argumentos son conocidos y esperados. Otros son tan escandalosos que es difícil anticiparlos hasta que uno los oye.

No sostendré que todas las desventajas descritas en el capítulo 2 son consecuencia de una discriminación injusta, sino que muchas de ellas lo son. Sin embargo, hay otras desventajas que merecen ser tenidas en cuenta. En algunos casos, esto se debe a que no está claro si son el resultado, al menos parcialmente, de la discriminación, en cuyo caso deben señalarse como temas de investigación futura. En otros casos, las desventajas son útiles para pensar si las desventajas comparables experimentadas por las mujeres son el resultado de la discriminación. Algunas feministas afirman que esas desventajas para las mujeres son producto de la discriminación. Cuando se enfrentan a desventajas comparables experimentadas por los hombres, estas feministas deben reconocer que también son producto de la discriminación o revisar sus puntos de vista sobre la medida en que la desventaja femenina es atribuible a la discriminación.

Conscripción y Combate

Cuando se acusa a los militares de discriminación sexual, las presuntas víctimas suelen ser mujeres. Esto, por supuesto, es parte del patrón más amplio de ver a las mujeres como las únicas víctimas de la discriminación sexual. La crítica de los militares suele ser que las mujeres que desean formar parte de las fuerzas armadas están excluidas, ya sea por completo o de ciertas funciones, sobre todo en el combate terrestre, pero también en la aviación y los buques de guerra. Por lo tanto, no es de extrañar que quienes defienden la exclusión de las mujeres del combate se centren

igualmente en las mujeres voluntarias, argumentando que debería prohibirse a las mujeres que desean servir. La mayoría de los que proponen y se oponen a la integración de las mujeres en todos los aspectos de las fuerzas armadas tienden a no gastar mucho tiempo o energía argumentando a favor o en contra del reclutamiento de mujeres, y especialmente del reclutamiento en puestos de combate. La suposición predominante es que cuando el reclutamiento es necesario, son sólo los hombres los que deben ser reclutados y, del mismo modo, sólo los hombres deben ser forzados a combatir.

Se trata, en mi opinión, de una suposición sexista. Las desventajas que sufren los hombres al ser reclutados y obligados a combatir son producto de una discriminación injusta. Mientras que las mujeres que desean puestos de combate son a veces discriminadas al ser excluidas de ellos, muchos más hombres que quisieran evitar tales puestos son discriminados al ser forzados a ocupar esos puestos. Dicho de otra manera, algunas mujeres están excluidas del combate, pero muchas más están exentas. Mientras que algunos hombres son excluidos del combate (porque no pasan las pruebas pertinentes), muchos más son presionados o forzados a combatir (y los militares en general).

Está absolutamente claro que las cargas del servicio militar obligatorio y del combate son sustanciales, como argumenté en el capítulo 2. Está igualmente claro, como también he demostrado, que estas cargas se distribuyen en función del sexo. La cuestión que tenemos ante nosotros ahora es si existe una justificación adecuada para esta distribución de las cargas. Si hubiera una justificación adecuada, entonces la discriminación no sería ilícita y, por lo tanto, no sexista. Argumentaré, sin embargo, que la imposición de esas cargas sólo a los hombres no puede justificarse. Para plantear este caso, consideraré una serie de argumentos que pretenden defender la exención o exclusión de las mujeres del reclutamiento y el combate, y argumentaré que fracasan. La mayoría de estos argumentos apelan a las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, diferencias que, según se dice, no pueden ser eliminadas por medios sociales. Un defensor notable de esta posición es Kingsley Browne.¹ El suyo es el argumento más convincente y plenamente desarrollado en contra de que las mujeres sean enviadas a combatir y, por lo tanto, lo consideraré con cierto detalle.²

El profesor Browne sostiene que hay una serie de diferencias físicas y mentales entre hombres y mujeres que dificultan la integración de las mujeres en las actividades de combate.³ Los hombres son físicamente más fuertes que las mujeres, pueden correr más rápido, lanzar más lejos y con más precisión. Sostiene que estas diferencias no pueden superarse mediante la formación. Las mujeres, argumenta, también son más propensas a sufrir lesiones de entrenamiento.

Volviendo a las diferencias mentales, dice que los hombres están más inclinados a correr riesgos, son menos temerosos (y temen más la cobardía que la lesión o la muerte⁴), son más agresivos y dominantes, menos nutritivos y empáticos y tienen una mayor tolerancia al dolor. También argumenta que "los hombres aman la guerra".⁵

Niega que estas diferencias sean atribuibles principalmente a la socialización.⁶ Más bien, dice, son el resultado de diferencias hormonales entre los sexos, que a su vez son producto de la selección sexual,⁷ porque los diferentes rasgos son adaptables en hombres y mujeres.

El profesor Browne argumenta que estas diferencias son muy relevantes para el combate. Rechaza la afirmación de que el combate se ha mecanizado y computarizado lo suficiente como para que los soldados ya no participen en combates cuerpo a cuerpo.⁸ Cuando las tropas se encuentran en tan estrecho contacto con el enemigo, la fuerza física puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Esto, dice, es cierto no sólo en la lucha, sino también en la retirada de los heridos del campo de batalla. Es mucho menos probable que las mujeres puedan transportar soldados varones heridos de mayor tamaño desde la zona de combate.⁹ También puede ser necesaria una mayor resistencia en la aviación para que un piloto pueda controlar¹⁰ una aeronave dañada o

accionar la palanca en el asiento del eyector de un avión a reacción.¹¹ También puede ser necesario para tareas como levantar proyectiles pesados de artillería y transportar ametralladoras.¹² Dice que muchas mujeres tampoco son capaces de lanzar una granada lo suficientemente lejos como para evitar estallar ellas mismas.¹³

Las diferencias psicológicas entre los sexos también son relevantes, dice. Por ejemplo, el combate requiere una mayor disposición a correr riesgos, porque sin que los soldados corran riesgos, las batallas y las guerras no se pueden ganar. Debido a que la guerra es peligrosa, los combatientes están más inclinados a tomar medidas eficaces si tienen menos miedo de las lesiones y la muerte. El combate es una actividad agresiva, y por lo tanto las tropas de combate necesitan tener mayores niveles de agresión. Los soldados que tienen una mayor tolerancia al dolor tendrán más probabilidades de poder seguir luchando si están heridos.

Por estas razones, dice, las mujeres tienen menos probabilidades de ser buenos soldados. Porque cree que "la eficacia militar debe ser la piedra de toque de la política de mano de obra militar",¹⁴ mujeres no deberían ser enviadas a combate.

El argumento del profesor Browne hasta ahora puede formalizarse de la siguiente manera:

(1) Existen diferencias físicas y psicológicas entre hombres y mujeres.

(2) Estas diferencias no son principalmente producto de la socialización, sino más bien producto de la biología.

(3) Los atributos que tienen las hembras (y los atributos de los que carecen) las hacen menos propensas a ser buenas soldados.

(4) La consideración rectora para determinar quién realiza qué tareas en las fuerzas armadas debe ser la eficacia militar.

(5) La eficacia militar requiere enviar a combatir a las tropas que tienen más probabilidades de hacer bien su trabajo.

(6) Por lo tanto, las hembras no deben ser enviadas a combate.

El profesor Browne desarrolla más su argumento, pero antes de considerar esos componentes adicionales de su argumento, debemos entender los problemas con el argumento básico.

“Deslizamiento”

El primero de estos problemas se refiere a las diferencias entre hombres y mujeres. La existencia de estas diferencias, a las que el profesor Browne se refiere repetidamente, es obviamente central en su caso. ¿Por qué, sin embargo, incluye la segunda premisa: que estas diferencias son, en gran medida, atribuibles a la biología? Está claro que piensa que es un paso importante en su argumentación, ya que de lo contrario no prestaría tanta atención como lo hace a la defensa de esta reivindicación. Tal vez la suposición es que mientras que los productos de la socialización son alterables, no hay nada que podamos hacer con respecto a las diferencias que son atribuibles a la biología. En el capítulo 3 argumenté que esto no siempre es cierto. Sin embargo, por el bien del argumento, podemos asumir temporalmente lo contrario.

Ahora imagínese que, aunque existen las diferencias declaradas entre hombres y mujeres, éstas son principalmente producto de la socialización. En tales circunstancias, se podría argumentar que estas diferencias de sexo, incluso si son el resultado de la socialización por sí solas, seguramente serían relevantes para una decisión de política sobre si reclutar sólo a hombres o también a mujeres. En otras palabras, podría decirse que si los hombres tienden a tener atributos que los hacen más

aptos que las mujeres para combatir, entonces no es injustamente discriminatorio forzar sólo a los hombres a combatir, independientemente de cómo llegaron a tener esos atributos.

La fuerza de este argumento depende de las consideraciones a las que me he referido en el capítulo 3 y a las que volveré en breve. Sin embargo, cabe señalar que, incluso si la discriminación en la formulación de políticas no fuera injusta, seguiría siendo una discriminación injusta socializar a los hombres de manera que sólo ellos fueran responsables de los considerables costos asociados con el reclutamiento y el combate.¹⁵ Esta es la razón por la que el profesor Browne exige (o se puede pretender que exige) la segunda premisa. Sin ella, la acusación de discriminación ilícita en las etapas iniciales puede ser igualada y se puede argumentar que deberíamos comenzar a socializar a los niños y las niñas de manera diferente a como son socializados en la actualidad.

Sin embargo, si la segunda premisa es necesaria, el problema es que el argumento del profesor Browne presenta algún deslizamiento. Describe muchas más diferencias entre los sexos de las que demuestra que son atribuibles a la biología. Además, incluso cuando aporta pruebas de que una diferencia dada es parcialmente biológica, a menudo no está claro qué parte de la diferencia es atribuible a la biología. Por lo tanto, pasa de las afirmaciones sobre las diferencias entre los sexos a las afirmaciones de que estas diferencias son (significativamente) atribuibles a la biología, pero la evidencia para la primera no siempre apoya la (plena extensión de) la segunda.

Consideremos, por ejemplo, la afirmación de que los hombres temen la cobardía¹⁶ o que los hombres aman la guerra.¹⁷ En la medida en que esto es cierto para los hombres pero no para las mujeres, el profesor Browne no aporta pruebas de que estas diferencias tengan una base biológica. Esto es un problema porque no basta con señalar simplemente las numerosas diferencias actuales entre los sexos. Tales diferencias pueden deberse sustancialmente a la socialización, en cuyo caso la socialización misma puede ser discriminatoria. Por lo tanto, es esencial para el argumento que estas diferencias en cambio sean demostradas como sustancialmente biológicas, e incluso entonces que no son remediables por la socialización (sin costos inaceptables) si las diferencias biológicas son indeseables.

La diferencia de fuerza entre hombres y mujeres es atribuible principalmente a la biología (incluso si los factores sociales pueden hacer una contribución relativamente pequeña). Sin embargo, en el caso de otros atributos, está lejos de estar claro qué tanto de la diferencia es causada por diferencias biológicas. Por ejemplo, el profesor Browne se refiere a los efectos masculinizantes de la exposición a los andrógenos en el útero. Aunque observa que "la testosterona está más a menudo ligada en la mente del público con la agresión", un vínculo que parece aceptar, no cita ninguna evidencia específica de este vínculo.¹⁸ También reconoce que la "relación entre la testosterona circulante y la agresión no es simple".¹⁹ En los humanos no hay, dice, una correlación lineal, como en los ratones, entre los niveles de testosterona y los niveles de agresión. Más bien, dice, los niveles de testosterona aumentan cuando un hombre se enfrenta a un desafío, como una oportunidad sexual o un desafío competitivo de otro hombre.²⁰ También señala que los niveles de testosterona "han sido encontrados positivamente correlacionados con el rasgo de 'búsqueda de sensaciones' en algunos estudios". Y dice que "en animales no humanos - y potencialmente en humanos - los bajos niveles de testosterona están asociados con el miedo,"²¹ la evidencia citada para la cual es un estudio en ratas.

Si aceptamos que esta evidencia apoya la afirmación de que existe una base biológica para las diferencias declaradas entre los sexos, la evidencia difícilmente muestra que las diferencias que vemos entre los sexos se explican completa o incluso sustancialmente por estas consideraciones biológicas. Además, hay buenas razones, como he indicado antes, para pensar que las diferencias básicas causadas biológicamente se verían amplificadas por las expectativas de la sociedad.

Eficacia militar

Un segundo problema se refiere a la cuarta premisa del argumento del profesor Browne. Dice que "la eficacia militar debe ser la piedra de toque de la política de recursos humanos militares".²² A primera vista, esta premisa puede parecer indiscutible. No cabe duda de que los puestos militares deben estar ocupados por las personas más aptas para llevarlos a cabo, en particular cuando la asignación de personas menos aptas podría acarrear mayores costos, especialmente en vidas y lesiones (de la propia parte). Sin embargo, hay una serie de problemas con este supuesto.

En primer lugar, existen limitaciones morales a la hora de invocar un principio de eficacia. Aunque todos los militares pueden creer que están en guerra justa, al menos una de las partes en cualquier conflicto debe estar equivocada. Y si consideramos sólo la iniciación de las guerras, tales decisiones seguramente deben ser erróneas con mucha más frecuencia de lo que son correctas. Si uno no está justificado para librar una guerra, entonces librarla de manera más efectiva puede ser en realidad moralmente peor. Consideremos, por ejemplo, las decisiones sobre el personal militar de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Aunque los líderes militares podrían haber pensado que su invasión o ataque a otros países, y posteriormente defenderse de las fuerzas aliadas, era permisible o incluso necesario, en realidad deberían haber desistido de iniciar la guerra. Una vez comenzados, deberían haberse rendido antes que después. El reclutamiento de sólo hombres en las fuerzas armadas de las potencias del Eje no puede justificarse objetivamente por la mayor eficacia de un ejército exclusivamente masculino, aunque sí lo fuera. En otras palabras, los líderes del poder del Eje no pueden justificar objetivamente que envíen sólo reclutas varones a la batalla sobre la base del principio de eficacia militar. Lo mismo ocurre con cientos de otros estados y ejércitos en la historia de la humanidad. Aunque puede haber desacuerdo sobre qué estados y ejércitos son, podemos estar de acuerdo en que hay muchos casos de este tipo.

Incluso cuando se justifica que los Estados vayan a la guerra, no pueden emplear un principio de eficacia militar sin restricciones morales. Esto se debe a que las guerras justas son aquellas que no sólo tienen una causa justa sino que también se libran de una manera justa. En otras palabras, el cumplimiento de las condiciones del *jus ad bellum* no elimina la necesidad del *jus in bello*. A veces esto requiere sacrificar una medida de eficacia, aunque no debe abandonarse por completo. El profesor Browne no parece suficientemente sensible a esto. Por ejemplo, dice que incluir a "las mujeres en las fuerzas de combate podría reducir las violaciones y las atrocidades de la guerra"²³, pero luego observa rápidamente, como para neutralizar este punto, que algunas "medidas para reducir las atrocidades de la guerra podrían llegar a costa de la eficacia del combate.... ya que algunos rasgos psicológicos que hacen que los hombres estén dispuestos a matar en la batalla pueden disponerlos en circunstancias extremas a exagerar".²⁴ No puedo responder aquí a la pregunta de qué requiere el *jus in bello* y, más concretamente, hasta qué punto las consideraciones morales deberían limitar un principio de eficacia militar. Por lo tanto, no voy a considerar si debemos añadir una condición a los requisitos de la guerra justa, a saber, que los que son forzados a combatir no sean forzados sobre la base de su sexo (o raza o credo, y así sucesivamente). Sería una condición inusual -una que se centra en la justicia para las propias tropas de reclutamiento- y es una condición más controvertida que la que yo requiero para presentar mi caso. Lo que debería quedar claro, incluso si dejamos de lado esa condición, es que una invocación incondicional del principio de eficacia militar es problemática incluso cuando un Estado está librando una guerra que está justificada para combatir.

Vale la pena señalar que, aunque, de hecho, ningún militar aceptaría (actualmente) limitaciones morales particulares sobre el principio de la eficacia militar, esto no nos dice absolutamente nada sobre si deberían hacerlo o no. El abandono de la discriminación racial podría, en un momento determinado, no ser una opción viva para una sociedad sometida al racismo, pero simplemente no se deriva de su limitada visión moral de que no están involucrados en la discriminación ilícita. Del mismo modo, Genghis Khan nunca limitó a sus militares por principios éticos que limitan las acciones (y por lo tanto la eficacia) de algunos militares en la actualidad. No se deduce que Gengis

Khan estuviera moralmente justificado en hacer lo que hizo. Por lo tanto, no está bien que los defensores de la *realpolitik* saquen a relucir mi punto de vista como una especulación vana de un filósofo desvinculado de los aspectos prácticos del mundo real. No pretendo que los Estados reconozcan (ahora o después) la importancia de la no discriminación en el reclutamiento. Estoy haciendo una afirmación sobre si deberían hacerlo.

El profesor Browne también parece subestimar las formas en que el respeto de las limitaciones morales de la guerra puede a veces (aunque obviamente no siempre) aumentar la eficacia militar. Por ejemplo, es muy probable que las fuerzas invasoras u ocupantes que violan a la población local o les infligen otras atrocidades causen o exacerben la animosidad hacia esas fuerzas, motivando así a la población local a apoyar la resistencia o a las fuerzas insurgentes. O considere el papel desempeñado por las mujeres soldados estadounidenses en la realización de registros de mujeres civiles en Afganistán e Irak.²⁵ Si estos registros fueran realizados por soldados varones, la antipatía hacia las fuerzas de ocupación de EE.UU. sería considerablemente mayor, lo que haría que el éxito fuera mucho más difícil de alcanzar. Sin embargo, debido a que los registros de mujeres civiles suelen ser realizados por patrullas que se encuentran con insurgentes, la inclusión de las mujeres en lo que a menudo se convierten en condiciones de combate ha sido esencial para que las mujeres civiles puedan ser registradas por las mujeres soldados. Si las mujeres soldados han de ser colocadas en tales condiciones, seguramente sería más efectivo si también estuvieran adecuadamente entrenadas para el combate.

Esta visión más amplia de la eficacia también puede arrojar luz sobre por qué los que tienen los "rasgos masculinos" a los que se refiere el profesor Browne, a veces pueden ser menos eficaces en la batalla misma. Aunque la propensión a asumir riesgos es a veces necesaria para la eficacia militar, no es infrecuentemente una amenaza a la eficacia militar. La batalla del Somme no es más que uno de los muchos ejemplos en los que una mayor aversión al riesgo podría haber salvado muchos miles de vidas que se perdieron sin beneficio militar. De hecho, es cierto en todas las guerras (aunque no en todas las batallas) en las que un bando es masacrado sin alcanzar su objetivo. Al menos en muchos de estos casos habría sido mejor que se hubieran retirado. La cuestión es que la eficacia militar no siempre se ve reforzada, aunque a veces lo sea, por los agresivos que asumen riesgos cuyo mayor temor es la cobardía.²⁶ Por lo tanto, la cuestión es si en general, los rasgos (hiper) masculinos no aleados por una presencia femenina tienen un efecto beneficioso o perjudicial sobre la eficacia militar. Dada la historia de carnicería sin sentido consecuente a la imprudencia del lado que la sufre, es muy difícil saber la respuesta. Como mínimo, la respuesta no es obvia.

Hay otra razón por la que la inclusión de mujeres en las tropas de combate podría a veces inhibir aventuras temerarias que llevan a la masacre de las propias tropas sin ventaja militar. En lugar de la supuesta mayor aversión al riesgo de las mujeres, el mecanismo sería la mayor valoración de la vida de las mujeres. El profesor Browne está de acuerdo conmigo en que la norma de valorar la vida de las mujeres es más importante que la de los hombres.²⁷ Él piensa que este fenómeno minimizará la efectividad del combate por una variedad de razones.²⁸ Por ejemplo, dice que los enemigos explotarán la mayor protección que los soldados varones sienten hacia las mujeres. Ahora bien, el profesor Browne no afirma explícitamente que esta protección sea sustancialmente biológica o inmune a la alteración social. Si está sujeta a alteración, el hecho de que no se modifique es indicativo de una discriminación continua contra los hombres, incluso si esa discriminación se produce en una fase anterior y no en el momento de decidir quién entrará en combate. Hay por lo menos tres direcciones en las que podría ser alterada. Podríamos fomentar una mayor protección hacia los hombres, o una menor protección hacia las mujeres, o alguna combinación igualadora de lo anterior.

Mientras existan los diferentes niveles de protección para los dos sexos, ya sea principalmente social o biológica, es probable que los líderes militares estén menos inclinados a enviar tropas femeninas en empresas inútiles a las que han estado excesivamente dispuestos a enviar soldados

varones. Si los soldados varones sólo fueran enviados (involuntariamente) a misiones cuando también lo eran las mujeres, los soldados varones disfrutarían entonces del beneficio, que ahora falta, de que sus vidas corrieran peligro sólo cuando fuera realmente necesario.

Finalmente, mientras que el enfoque principal del profesor Browne es en el ejército de voluntarios, mi enfoque principal es en el ejército de reclutas, porque es ahí donde el ejército discrimina más abierta y profundamente a los hombres.²⁹ Una visión más amplia de la condición de eficacia militar del profesor Browne es relevante aquí. A veces la necesidad de tropas sobrepasa el número de hombres que se ofrecen como voluntarios. Históricamente, estas han sido las mismas circunstancias en las que se ha impuesto el reclutamiento (de hombres). Al menos en algunos casos (ahora y en el futuro, aunque no en el pasado), el hecho de tener empleos militares, incluyendo pero no sólo puestos de combate, abiertos a mujeres voluntarias evitaría la necesidad de reclutar a hombres involuntarios.³⁰ Incluso si suponemos que los hombres son generalmente soldados más efectivos que las mujeres, las mujeres dispuestas, al menos en lo que respecta a su voluntad, serán soldados más efectivos que los hombres no dispuestos. Las mujeres voluntarias también serán autoselectivas y, por lo tanto, tendrán más probabilidades de tener otros atributos que se requieren de un buen soldado. Esto contrasta con los hombres reclutados, que incluirán a muchos hombres que están por debajo de la media en los diversos atributos requeridos de un buen soldado. Además, dado que las mujeres voluntarias tendrían que demostrar su aptitud para ser incluidas, mientras que los hombres no dispuestos tendrían que demostrar su incapacidad para servir, un ejército voluntario que incluya mujeres bien podría ser preferible a un ejército de hombres reclutados solamente. Se puede decir que esta última es más probable que incluya a personas que no debería incluir.

En este sentido, no sólo es importante la eficacia, sino también la eficiencia. Los ejércitos de reclutas tienen que dedicar recursos a tratar con reclutas reacios. Si una mujer dispuesta es más efectiva y eficiente que un hombre no dispuesto puede ser una pregunta abierta para aquellos que piensan que los hombres, en igualdad de condiciones, son soldados más efectivos que las mujeres. Sin embargo, no es una pregunta que pueda ser ignorada - o respondida de manera flexible.

Los peligros del conservadurismo

No debemos rechazar una conclusión simplemente porque sea una conclusión conservadora (o reaccionaria). Es probable que al menos algunos puntos de vista tradicionales sean correctos y, por lo tanto, descartar toda la sabiduría recibida tendrá un costo. Al mismo tiempo, debemos evitar los conocidos peligros del conservadurismo. En el ámbito de la discriminación sexual, el principal peligro es la suposición de que las cosas no pueden ser distintas de lo que son o han sido. Hubo un tiempo en que la idea de que las mujeres votaran o estudiaran en las universidades, y mucho menos que enseñaran en esas instituciones, se consideraba ridícula. La gente no puede imaginar que las mujeres puedan ser abogadas, ingenieras o médicas. Pensaban que la sociedad se derrumbaría si las mujeres trabajaban fuera del hogar. Considere algunos ejemplos.

Los estudiantes de medicina de Harvard, en una carta al (Boston) *Daily Evening Transcript*, se opusieron a la admisión en la escuela de medicina de la primera estudiante de medicina. Ellos escribieron que

el Comité considera que es apropiado tanto dar testimonio de nuestra desaprobación de dicha medida como tomar las medidas que sean necesarias para preservar la dignidad de la escuela y nuestro propio respeto por nosotros mismos. Resuelto. Que ninguna mujer de verdadera delicadeza estaría dispuesta, en presencia de los hombres, a escuchar la discusión de los temas que necesariamente son objeto de la consideración del estudiante de Medicina. Resuelto, Que nos oponemos a que se nos obligue a tener la compañía de cualquier mujer, que esté dispuesta a no tener relaciones sexuales y a sacrificar su modestia, apareciendo con hombres en la sala de conferencias médicas.³¹

El Juez Bradley, en una opinión de 1872 de la Corte Suprema de los Estados Unidos, afirmando la negativa del Estado de Illinois a admitir a una mujer, Myra Bradwell, en el Colegio de Abogados del Estado, escribió: "La timidez y delicadeza natural y apropiada que pertenece al sexo femenino evidentemente lo inhabilita para muchas de las ocupaciones de la vida civil".³²

En contra del derecho de voto de las mujeres, Sir Almroth Wright declaró que "la mujer votante sería perniciosa para el Estado no sólo porque no podía respaldar su voto por la fuerza física, sino también por sus defectos intelectuales".³³

El objetivo de estas citas no es dar a entender que los argumentos conservadores actuales sobre las mujeres en combate son análogos contemporáneos de estos puntos de vista anteriores. En cambio, el objetivo es mostrar que podrían serlo. Si la gente en tiempos pasados pudo haber mantenido sus opiniones absurdas con la convicción de que lo hicieron, es totalmente posible que la gente de hoy pueda estar cometiendo el mismo error. Si vamos a tolerar una forma profunda de discriminación -una que somete a algunas personas, pero no a otras, a los horrores de la guerra por el mero hecho de su sexo-, tenemos que estar seguros de que no estamos cometiendo el mismo error que se ha cometido muchas veces antes.

El profesor Browne dice que debemos "protegernos de la arrogancia que nos convence de que somos la primera sociedad lo suficientemente sabia como para reconocer que los hombres y las mujeres son intercambiables en los papeles de combate".³⁴ Sugiero que nos cuidemos igualmente de la arrogancia que nos convence de que somos la primera sociedad lo suficientemente sabia como para evitar cometer un error que ya se ha cometido cien veces antes. Existe una tendencia humana común a considerar que las normas actuales son naturales, deseables e inevitables. En algunos casos, las normas actuales pueden ser correctas, pero no podemos suponer que lo sean.

El profesor Browne sugiere que, al determinar quién soporta la carga de la prueba, debemos tener en cuenta cuáles son los costes del error en cada una de las partes. Como se ocupa principalmente de una fuerza voluntaria, dice que el "coste primario de la exclusión errónea de las mujeres del combate sería privar a un número relativamente pequeño de mujeres de esa oportunidad",³⁵ mientras que si se incluye erróneamente a las mujeres en el combate, los costes serán vidas humanas y "una reducción de la eficacia militar".³⁶ Por esta razón piensa que la carga de la prueba recae en aquellos que buscan integrar a las mujeres en el combate.

Pero los costos de los errores respectivos no son los que él sugiere, especialmente si estamos hablando de reclutamiento y no de una fuerza voluntaria. El costo primario de excluir o eximir a las mujeres del combate variará. Si permitir que las mujeres presten servicio en el combate excluye la necesidad de reclutar hombres, el principal costo de excluir a las mujeres sería que un gran número de hombres se vería obligado a combatir, con los riesgos y costos que ello conlleva. Aunque históricamente esto se ha tomado muy a la ligera, no debería ser así. No es un asunto menor.

Cuando se permite que las mujeres presten servicio en combate no se excluye la necesidad de reclutar a los hombres, entonces reclutar sólo a los hombres causaría graves dificultades a un gran número de hombres sólo por razón de su sexo. Puede que esto no sea tan malo como en el caso anterior, porque muchos (aunque no todos) de esos hombres habrían sido reclutados de todos modos, pero es mucho peor que excluir a un pequeño número de mujeres de la oportunidad de participar en el combate, que, según el profesor Browne, es lo que cuesta. Es peor por dos razones. En primer lugar, los hombres se verán afectados por el reclutamiento que las mujeres por las prohibiciones de su voluntariado. Las prohibiciones sobre el voluntariado de las mujeres sólo afectan a las pocas mujeres que se ofrecerían como voluntarias si se les permitiera hacerlo. Por el contrario, cuando los hombres son reclutados, normalmente son muchos los que son reclutados. En segundo lugar, se puede decir que ser forzado a participar en la guerra es peor que ser impedido de participar en ella.

Pero hay otros posibles costes. Como he indicado, hay una variedad de formas en las que la exclusión de las mujeres podría convertirse en una fuerza de combate menos eficaz y, por lo tanto, en una fuerza en la que se perderían más vidas de soldados. Por lo tanto, una exclusión errónea de las mujeres del combate, al igual que una inclusión errónea de las mujeres, podría aumentar el número de muertes por parte de uno mismo. Además, es al menos relevante que las muertes que resultarían de la exclusión errónea de las mujeres serían exclusivamente las de un sexo cuyas vidas son sistemáticamente menos valoradas de tal manera que ya se encuentran en desventaja en términos de esperanza de vida.

El resultado de todo esto es que los costes de los dos posibles errores no llevan claramente a la conclusión de que la carga de la prueba recae en aquellos que quieren integrar a las mujeres en el combate. Existe otro principio para asignar la carga de la prueba. Sobre la base de este principio alternativo, la carga de la prueba recae en quienes discriminarían por motivos de raza, sexo, orientación sexual, religión y otros atributos similares. Tal discriminación es presuntamente errónea, y esta presunción sólo puede ser derrotada si existe una buena razón para la discriminación. El profesor Browne podría replicar que las sustanciales diferencias biológicas entre hombres y mujeres proporcionan esa razón. Sin embargo, se trata de una pregunta aparte, a la que sólo se puede responder examinando sus otros argumentos, como estoy haciendo yo.

Es posible que me equivoque, pero la verdadera prueba de si es el profesor Browne o yo quien se equivoca sería incluir a las mujeres y ver qué pasa. Como reconoce el profesor Browne,³⁷ cuando los países son extremistas, se sabe que permiten que las mujeres entren en combate, porque, según él, es mejor tener un combatiente adicional, aunque sea de un tipo inferior. Por lo tanto, niega que las mujeres deban ser incluidas en circunstancias menos graves. Mi reconvencción es que es mucho mejor probar la hipótesis de que la integración sexual puede funcionar en circunstancias menos graves. Si la hipótesis sobrevive, uno puede estar mejor equipado para luchar en las guerras que representan una amenaza existencial sabiendo que uno puede reclutar y entrenar a las mujeres también.

Algunos argumentarán que la hipótesis ya ha sido probada, dado el grado de integración de las mujeres en las operaciones de Estados Unidos en Afganistán e Irak. Según los informes de los medios de comunicación, el experimento ha sido un éxito.³⁸ El profesor Browne tiene una lectura diferente de los acontecimientos y piensa que los informes de los medios de comunicación que dicen lo contrario pueden ser explicados. Se pregunta cómo sabríamos si la inclusión de las mujeres en el combate ha sido un error. En varios puntos de su libro afirma que existe una gran presión sobre los miembros de las fuerzas armadas, al menos en los Estados Unidos de América, para que apoyen la integración de las mujeres. Por ejemplo, dice que aunque "los líderes militares se resistieron inicialmente a la integración sexual, décadas de presiones políticas e inculcación en el cuerpo de oficiales de la lección de que la falta de apoyo a la integración sexual matará sus carreras han dejado a los líderes militares reacios a admitir que el emperador no tiene ropa".³⁹

No podemos excluir la posibilidad de que los soldados y los líderes militares se sientan presionados, cuando hablan con periodistas y otros, para que apoyen la inclusión de las mujeres en el ejército y en el combate. Este es uno de los muchos peligros de la corrección política. Asfixia la discusión e impide que la gente diga lo que piensa. Sin embargo, debemos tener cuidado con el argumento de que el apoyo militar a la participación femenina es una consecuencia de tal presión.

En primer lugar, el ejército de los Estados Unidos parece haber sido proactivo, eludiendo las normas que limitan la integración de las mujeres. Sigue existiendo una prohibición reglamentaria de asignar mujeres a unidades de combate (por debajo del nivel de brigada). De hecho, los militares han pasado por alto esta prohibición al "adscribir" a las mujeres a unidades de combate en lugar de "asignarlas" a dichas unidades. Es difícil entender por qué los líderes militares pasarían por alto las políticas que prohíben lo que los líderes militares supuestamente quieren que se prohíba. Es posible,

por supuesto, que los líderes militares estén preocupados por la inclusión de las mujeres, pero lo ven como una necesidad (temporal). (Por ejemplo, necesitan tropas femeninas para registrar a las mujeres civiles en Irak y Afganistán.) Pero eso en sí mismo sería una decisión militar, aunque sea reacia o de mala gana, sobre todas las cosas -considerar la eficacia en lugar de ser una consecuencia de la presión política.

En segundo lugar, uno se pregunta cuán cobarde tendría que ser un líder militar para repetir las supuestas opiniones políticamente correctas de sus jefes civiles si eso redujera la preparación militar. Los líderes militares (en las democracias liberales) están obligados a seguir las órdenes de los líderes políticos del país, pero seguir órdenes y apoyar explícitamente los puntos de vista subyacentes o el liderazgo político son asuntos muy diferentes. Es difícil conciliar la valentía que se requiere para sacrificar la propia vida con la absoluta falta de sentido común de no contradecir los puntos de vista que comprometen seriamente la eficacia de los militares. Esto no demuestra, por supuesto, que los líderes militares no actúen de manera cobarde, pero si lo hacen de tal manera, tienen la responsabilidad de encontrar el valor de expresarse.⁴⁰

Por último, si no se puede confiar en las declaraciones del personal militar porque se sospecha que son el resultado de presiones políticas, la manera más fiable de determinar sus opiniones reales sería mediante una encuesta anónima, preferiblemente una que examinara las opiniones de personas de diversos rangos y que prestaran servicio en diferentes ramas de las fuerzas armadas. Sería interesante ver los resultados de esa encuesta.

Supongamos, sin embargo, que los resultados de dicha encuesta mostrarían que el personal militar piensa que la integración sexual ha fracasado. De ello no se deduce que sean correctos. Podría ser que la encuesta detectara tempranamente una resistencia perjudicial a la integración, lo que no es un fenómeno poco común. Se necesitan formas más objetivas de evaluar el éxito o el fracaso de la integración sexual para determinar si realmente ha funcionado.

Diferencias estadísticas

Considere a continuación una objeción que el profesor Browne anticipa. Esta cuarta objeción señala que las diferencias relevantes entre hombres y mujeres son estadísticas y no categóricas. Por ejemplo, no todos los hombres son más fuertes que todas las mujeres, sino que los hombres tienden a ser más fuertes que las mujeres. Por lo tanto, se podría argumentar que deberíamos elegir para combatir a aquellos individuos, independientemente de su sexo, que tienen los atributos que son más adecuados para el combate. Esto podría llevar a que un número desproporcionado de hombres sean enviados a la batalla, pero, según la objeción, sería preferible a utilizar el sexo como un sustituto de los atributos relevantes a la hora de determinar quiénes serían los mejores soldados de combate.

De hecho, como vimos en el capítulo anterior, las fuerzas armadas han sido notoriamente indiferentes con respecto a los hombres que alistarán. No ha sido inusual que se aliste a los niños. Cualesquiera que sean las diferencias entre la mujer (joven) promedio y el hombre (joven) promedio, las diferencias entre la mujer joven promedio y el niño promedio son menos marcadas.

El profesor Browne anticipa esta objeción y tiene al menos tres tipos de respuesta a ella. La primera es que el uso del sexo como apoderado es, contrariamente a la objeción, efectivamente preferible. Mientras que la fuerza de los individuos y su capacidad de lanzar podrían ser examinados con relativa facilidad y a bajo costo, muchos de los otros atributos no se prestan a una medición fácil. Dice que "uno nunca sabe quién va a ser un soldado eficaz hasta que empiezan los disparos, y la identidad de los buenos luchadores a menudo resulta ser una sorpresa".⁴¹ La suposición implícita aquí es que mientras que algunas hembras podrían resultar ser sorprendentemente buenas luchadoras, es más probable que se consigan más luchadoras buenas si sólo se envían hombres al combate.

Hay una serie de problemas con este argumento. En primer lugar, y sobre todo, hay problemas morales al tratar a las personas sobre la base de atributos (como su sexo) que son un indicador de los atributos que son realmente relevantes. No es que esto no se pueda hacer nunca. Sin embargo, cuanto menos preciso sea el proxy y mayor sea la carga impuesta a las personas porque tienen el atributo proxy, menos garantizado estará el uso del proxy, siendo todas las demás cosas iguales. Si el hecho de ser varón fuera una forma extremadamente fiable de elegir a las personas que tienen los atributos de un buen soldado de combate, entonces sería menos problemático que si se tiene en cuenta que el sexo es en realidad un sustituto bastante contundente. Por ejemplo, el profesor Browne dice que "los hombres aman la guerra". Si esto fuera cierto para un gran número de hombres, no sería necesario el servicio militar obligatorio, porque un número suficiente de hombres se ofrecería como voluntarios. Esto sugiere que la mayoría de los hombres no aman la guerra. Puede que haya incluso menos mujeres que aman la guerra, pero sigue siendo el caso que el sexo es un sustituto muy pobre para determinar quién ama la guerra. Habrá muchos hombres que son menos aptos que muchas mujeres para entrar en el ejército y el combate, incluso si los hombres en promedio son más aptos para la guerra. Muchos hombres que odian la guerra y detestan estar en el ejército en general serán barridos en la red de reclutamiento simplemente porque son hombres.

En segundo lugar, el uso de apoderados a menudo no es más que pereza. La gente presume que el uso de un proxy es la única manera de alcanzar alguna meta. Los defensores de la acción afirmativa nos dicen esto sobre el uso de la raza o el sexo en las políticas de preferencia racial y de género, y los defensores del reclutamiento masculino nos dicen esto sobre el uso del sexo para determinar quién será forzado a ingresar al ejército. Pero la mejor prueba de si están en lo cierto es negarles el uso del proxy. Porque la necesidad es la madre de la invención, pueden entonces descubrir maneras previamente inimaginadas de alcanzar las metas deseadas. Esto es exactamente lo que ocurrió con los Servicios Nacionales de Sangre de Sudáfrica, que habían sostenido que no había alternativa al uso de la "raza" como un sustituto de la sangre contaminada por el VIH. Tras la indignación del gobierno a raíz de la exposición de esta política, pronto se encontraron alternativas.⁴² Como lo ilustra este caso, la pereza de usar apoderados a menudo se ve reforzada por el alarmismo. Los defensores de la conscripción masculina utilizan el miedo como una forma de preservar el poder. Nos dicen que sin el uso del poder, las fuerzas armadas que nos defienden no funcionarán con la misma eficacia. Existe, por supuesto, la posibilidad de que en esta ocasión los defensores de un apoderado tengan razón, pero no podemos confiar en que la tengan.

En tercer lugar, incluso si el sexo hace un seguimiento fiable de los atributos pertinentes, no está nada claro que las diferencias entre hombres y mujeres sean suficientemente atribuibles a factores biológicos como para que no sean susceptibles de sufrir alteraciones significativas por medios sociales. Por lo tanto, incluso si no fuera injustamente discriminatorio, en un momento dado, utilizar el sexo como variable sustitutiva, esto sería atribuible a la discriminación en las fases iniciales. Por lo tanto, sería injusto depender de esto de generación en generación sin abordar la discriminación previa.

Además, no bastaría con afirmar que la diferencia biológica explica parte de cualquier diferencia entre hombres y mujeres. Entre otras cosas, también habría que demostrar que los factores biológicos explican gran parte de la diferencia. Esto podría demostrarse en el caso de la fuerza física, pero también es un atributo fácilmente medible sin recurrir al sexo como sustituto. Cuando se trata de varios atributos psicológicos es mucho menos claro que cualquier base biológica explique tanto de la diferencia como el profesor Browne parece pensar.

Incluso si las mujeres son generalmente soldados inferiores y esto se puede atribuir en gran medida a la biología, las luchadoras dispuestas, especialmente si están tratando de demostrar su valía ante el escepticismo masculino sobre su capacidad, pueden ser mejores luchadoras que los hombres que se resienten de ser forzados a combatir. Por último, aunque las voluntarias no suelen

ser tan buenas luchadoras como los hombres que no lo desean, he sugerido que el enfoque limitado de la lucha ignora otras características pertinentes de un ejército eficaz y eficiente.

El segundo argumento del profesor Browne en contra de una política de determinar qué individuos, independientemente de su sexo, tienen los atributos pertinentes es que la eficacia de la mayoría de los soldados de combate depende de que formen parte de un equipo exclusivamente masculino. Una de las razones de esto, dice, es que "uno de los mayores temores y más poderosos motivadores de los combatientes" es su "preocupación por no estar a la altura de un hombre".⁴³ Si las mujeres, que no están bajo presión para demostrar su condición de mujer mediante el combate, forman parte de la fuerza de combate, se dice que esa presión se reducirá. Si las mujeres se convierten en soldados de combate, el combate será visto menos como una actividad varonil y por lo tanto los hombres serán menos presionados para probar su hombría en el combate. Una segunda razón para la mayor efectividad de las unidades de combate masculinas, dice, es que la cohesión del grupo, que es esencial para la efectividad, es promovida por la vinculación masculina,⁴⁴ que, según él, es diferente del tipo de relaciones que las mujeres forman entre sí y que los hombres y las mujeres forman.⁴⁵ La resistencia de los hombres a la inclusión de las mujeres en el combate también es probable que sea intratable, dice.⁴⁶ Además, los hombres son más propensos a seguir a otros hombres. Parte de la razón de esto, dice, es que los líderes de combate efectivos son aquellos que están más dispuestos a exponerse al peligro, y los hombres son generalmente más propensos a estar tan dispuestos.⁴⁷ La dominación, otro rasgo que él dice que los hombres exhiben en mayor medida que las mujeres, también es crucial para el liderazgo militar. 48 Además, el tipo de liderazgo al que dice que los hombres están más inclinados - "el estilo autocrático o directivo" - es más adecuado para el liderazgo militar.⁴⁹

Mis objeciones anteriores también plantean desafíos a esta respuesta. Por ejemplo, el miedo de un hombre a no "medirse como hombre" y la resistencia de los soldados varones a la inclusión de las mujeres, incluso si tienen una base biológica, no han demostrado ser sustancialmente atribuibles a factores biológicos inalterables. Por lo tanto, aquí se plantea la objeción del deslizamiento. También lo hace la preocupación por los peligros del conservadurismo. Históricamente, los hombres se han resistido a la inclusión de las mujeres en muchas profesiones y otras áreas de actividad, pero estas actitudes han demostrado ser susceptibles de cambio. Ahora bien, es cierto que la resistencia masculina a la inclusión de las mujeres en el combate ha demostrado ser más intratable que su resistencia a la inclusión de las mujeres en cualquier otro ámbito, pero no es de extrañar que las ocupaciones más estrechamente relacionadas con los roles de género masculinos sean las más difíciles de penetrar. Sin embargo, no podemos asumir que debido a que ha habido una resistencia más duradera a que las mujeres entren al combate, esa resistencia no puede ser superada, especialmente dado el largo historial de errores.

La objeción sobre el liderazgo militar es extraña. La inclusión de mujeres en combate no implica promover a puestos de liderazgo a mujeres que no están capacitadas para ser líderes militares. El profesor Browne ha dado algunas indicaciones de lo que es un buen líder militar. Algunas mujeres demostrarán ser buenas líderes, por ejemplo, exponiéndose al peligro. Incluso si el profesor Browne piensa que habrá un número desproporcionadamente pequeño de mujeres que cumplan estas normas, no nos ha dado ninguna razón para pensar que esas mujeres no serían buenas líderes. Además, en la medida en que los soldados varones estén motivados por nociones de masculinidad, la presión sobre ellos para que actúen se incrementará cuando sean dirigidos por una mujer que haya demostrado que puede dirigir.

Tal vez, sin embargo, la preocupación es que haya presiones para promover a las mujeres aun cuando no hayan demostrado ser líderes capaces. Esta promoción de la acción afirmativa no es desconocida, y se podría argumentar que será especialmente peligrosa en el contexto de las tropas de combate. Sin embargo, la respuesta adecuada a este doble rasero en la promoción es oponerse al doble rasero en lugar de oponerse a la inclusión de las mujeres.

Aunque mis respuestas a las objeciones del profesor Browne fracasen, hay otra solución: admitir a las mujeres para que combatan en roles, pero separar a los soldados y las soldados en diferentes unidades (como pelotones, compañías, batallones o brigadas). Los machos aún podrían unirse dentro de sus unidades. Serían liderados por otros machos. Cuando están heridos, pueden ser llevados de la batalla por otros hombres que son más propensos a soportar esa carga. El profesor Browne considera esta posibilidad, pero la rechaza por las siguientes razones.⁵⁰

Primero, se pregunta si habría suficientes mujeres dispuestas a participar en la batalla sin un gran número de hombres a su alrededor. Este punto es totalmente discutible en el caso de los reclutas, a los que no se les permite elegir. En el caso de los voluntarios, las mujeres tendrían al menos la posibilidad de elegir.

El profesor Browne también se pregunta si el público estaría dispuesto a enviar a las mujeres a combatir sin hombres "para protegerlas". Si el profesor Browne tiene razón en que esto no es actualmente una posibilidad política, el hecho mismo de que tuviera razón apoyaría mi afirmación de que se está discriminando a los hombres. No se puede invocar el prejuicio del público para demostrar que el trato perjudicial no es perjudicial. Quizás se diga en respuesta que hay que tener en cuenta los prejuicios de la gente a la hora de decidir quién debe ser reclutado y enviado a combatir, porque si no lo hace tendrá efectos negativos. Sin embargo, se trata de una pregunta aparte, y una respuesta afirmativa no es ni mucho menos obvia. Esto se debe a los muchos problemas de complacer a los prejuicios. Aunque resulte que debemos tener en cuenta los prejuicios de las personas, no se deduce en absoluto que los prejuicios no existan o que no deban socavarse de ninguna otra manera.

Otro problema, dice el profesor Browne, es que mientras que las debilidades individuales de las mujeres estarían enmascaradas por un gran número de hombres en la misma unidad, una unidad de sólo mujeres soldado magnificaría las deficiencias. También duda de que "todos los grupos femeninos muestren el mismo tipo de cohesión que los grupos masculinos".⁵¹ La segunda de estas dos preocupaciones es más especulativa que la primera, pero incluso si ambas son actualmente preocupaciones razonables, hacen suposiciones problemáticas. Si la suposición es que existen diferencias biológicas que son inmunes a la alteración social, entonces los problemas de deslizamiento, discutidos anteriormente, surgen de nuevo aquí. Tal vez, sin embargo, el supuesto más modesto es que, aunque las diferencias son susceptibles de alteración social, no pueden cambiarse rápidamente. Desde este punto de vista, los militares están en el ínterin autorizados a tomar decisiones basadas en las diferencias actuales. Alternativamente (o además), la suposición puede ser que aunque las diferencias biológicas sean susceptibles de alteración social, los costos de dicha alteración no son razonables. Ninguno de estos supuestos más modestos ha sido demostrado. Dados los peligros del conservadurismo, es muy probable que se sobreestimen.

El profesor Browne tiene un tercer tipo de argumento en contra de un método neutral en cuanto al sexo para determinar qué individuos deben ser seleccionados para el combate. Este tipo de argumentos apela a las vulnerabilidades particulares de las mujeres. Las mujeres, dice, son más vulnerables a la violación, tanto por parte de sus compañeros⁵² como por parte del enemigo si son llevadas cautivas.⁵³ A diferencia de los hombres, las mujeres también pueden quedar embarazadas. El profesor Browne dice que el embarazo presenta muchos problemas.⁵⁴ Una de ellas es que las mujeres embarazadas no pueden ser desplegadas o tendrán que ser retiradas de un despliegue si quedan o se descubre que están embarazadas. Entre los efectos secundarios de esto está que las mujeres pueden evitar el despliegue simplemente quedándose embarazadas. Debido a que los hombres que se incapacitan para el servicio por razones médicas o de otro tipo están sujetos a medidas disciplinarias, se crea un doble rasero, lo que aumenta el resentimiento hacia las mujeres. Las mujeres embarazadas, a menos que interrumpan el embarazo, se convierten en madres. Muchos son padres solteros. Debido a que más padres con custodia son mujeres, surgen más problemas

cuando las madres solteras intentan equilibrar la crianza de sus hijos con las exigencias de una carrera militar, que puede incluir el despliegue en el extranjero durante largos períodos.

Este tipo de argumentos son menos convincentes que los otros. La respuesta adecuada a la violación de mujeres soldado por parte de sus compañeros soldados no es garantizar que no haya mujeres soldado, sino tomar medidas para prevenir la violación y luego enjuiciarla cuando se produzca. Las mujeres soldado tienen más probabilidades que los hombres de ser agredidas sexualmente y violadas cuando son llevadas cautivas, aunque los hombres cautivos también han sido víctimas de agresiones sexuales con frecuencia. Pero el argumento de que las mujeres deberían estar exentas de combate sólo funciona si se piensa que es más importante evitar este destino a las mujeres que a los hombres del tipo de tratamiento que se inflige regularmente a los hombres cautivos. El maltrato severo de los cautivos es, tristemente, una ocurrencia regular. Por eso necesitamos y necesitamos que se ignore la Convención de Ginebra, por muy a menudo que sea.

La respuesta del profesor Browne a esta refutación es que "la violación es generalmente considerada una imposición más seria que el asalto no sexual".⁵⁵ Ya sea que todos los que dicen esto realmente lo crean o no, es una afirmación que es difícil de justificar. Por ejemplo, ¿es peor ser violada o torturada? La respuesta probablemente depende en parte del individuo, pero no es obvio que la violación sea peor. Hay muchas personas que preferirían ser violadas a ser torturadas (de otras maneras). Obviamente, la violación es a veces peor que alguna agresión no sexual, pero es igualmente obvio que la agresión no sexual es a veces peor que la agresión sexual. (Cualquiera que responda afirmativamente a esta pregunta retórica debería preguntarse si sería peor para una mujer que le acariciaran los pechos o que la sometieran a una tortura insostenible. Si se trata de esto último, hay que explicar por qué alterar el sexo de la persona torturada es suficiente para empeorar la caricia de los senos.) Además, la tortura de los hombres cautivos no es infrecuentemente sexual.⁵⁶ Considere, por ejemplo, las descargas eléctricas en los genitales, o el tipo de tratamiento infligido por soldados estadounidenses (incluyendo mujeres) a los prisioneros en la prisión de Abu Ghraib.⁵⁷

Hay desacuerdo sobre cuántas mujeres quedan embarazadas a propósito para evitar el despliegue (u otras tareas no deseadas). Sin embargo, el embarazo, ya sea intencional o no, reduce considerablemente la tasa de despliegue de las mujeres.⁵⁸ El profesor Browne parece pensar que no hay nada que se pueda hacer al respecto. No estoy de acuerdo. Vivimos en una era de anticoncepción efectiva y aborto seguro. Los primeros incluyen varios métodos de acción prolongada, al menos algunos de los cuales podrían emplearse para eludir el problema de los soldados que, en el calor de la pasión, no se preocupan por la anticoncepción de barrera. El uso de anticonceptivos de acción prolongada no tiene por qué impedir que las mujeres soldado se conviertan en madres. En cambio, puede ayudar en el momento de sus embarazos de una manera que permita a los militares planificar los despliegues de manera más confiable. En algunos casos, la solicitud de un soldado de poner fin a la utilización de anticonceptivos podría ser rechazada temporalmente hasta que haya completado su período de servicio. Pero las normas pertinentes también podrían prohibir que los militares aplazaran sin cesar el embarazo de un soldado.

Habrán quienes se opongan a la anticoncepción obligatoria y, a fortiori, al aborto. El caso del aborto es más difícil y, por lo tanto, aunque creo que se podría argumentar a favor de que a veces se exija a una mujer embarazada que se haga un aborto, por ahora me centraré únicamente en la anticoncepción, que es una intervención mucho menos grave. Algunos argumentarán que una mujer debe tener control sobre su cuerpo incluso con respecto a la anticoncepción. El problema con este argumento, sin embargo, es que los soldados generalmente tienen mucho menos control sobre sus cuerpos que los civiles. Se cree que pueden ser sometidos a exámenes médicos y medicamentos obligatorios, así como ser enviados involuntariamente a la vía del daño. En la medida en que el control sobre el propio cuerpo esté restringido de forma permisible en el caso de otros soldados, también debería estarlo en el caso de las mujeres.

En una fuerza voluntaria, las mujeres soldado podrían consentir, mientras se alistan, la anticoncepción de larga duración y el requisito de que los embarazos deben ser planeados y requerirán permiso militar. Dicho consentimiento podría ser una condición para el alistamiento. Puede que las mujeres reclutas no den su consentimiento, pero es difícil ver cómo la anticoncepción obligatoria es realmente una violación más grave que el combate obligatorio. Algunas personas no ven esto porque, como he estado argumentando, los hombres son tratados de maneras que mucha gente simplemente no soñaría con tratar a las mujeres.

No sugiero que esto elimine por completo el problema del embarazo, pero ciertamente podría reducirlo a niveles muy manejables. Después de todo, los hombres también son susceptibles a condiciones médicas impredecibles que los hacen inelegibles para el despliegue. Manejar el problema del embarazo de la manera que he sugerido muy probablemente llevaría a las mujeres a una tasa similar.

También abordaría de manera significativa el problema de las madres solteras. El profesor Browne informa que el ejército de los Estados Unidos sólo alistará a los padres solteros si dan fe de que sus hijos están bajo la custodia total del otro padre.⁵⁹ El problema, dice, es cuando los reclutas se convierten en padres solteros después de unirse al servicio. Según mi propuesta, las fuerzas armadas podrían exigir a los reclutas que soliciten permiso para el embarazo que atestigüen que existen disposiciones adecuadas para cuidar al niño (o niños) que resultarán del embarazo. Es posible que estos arreglos no sean infalibles, pero reducirían significativamente el problema.

Por último, mi propuesta evitaría el problema del doble rasero de despliegue y evasión, por el cual las mujeres podrían evitar (o se vería que evitan) ser desplegadas al quedar embarazadas. Según mi propuesta, el embarazo no autorizado, a menos que se pueda demostrar la falla del anticonceptivo o la violación, sería motivo de acción disciplinaria.⁶⁰ Algunos podrían preguntarse cómo se puede establecer la diferencia entre la falla de los anticonceptivos y el sabotaje de los anticonceptivos (o entre la violación y las relaciones sexuales consensuales), pero los mismos problemas no han impedido que los tribunales militares distingan entre las heridas autoinfligidas y las infligidas por el enemigo en los soldados varones.

El profesor Browne sostiene que la evasión del despliegue durante el embarazo no es el único doble rasero que causa problemas. Entre los dobles raseros que alega se encuentran estos.⁶¹ Las mujeres soldados son retenidas en condiciones físicas inferiores. Se les permite ducharse con más frecuencia que a los hombres mientras están en el campo. Algunas mujeres utilizan "problemas femeninos", como las quejas sobre cólicos menstruales, para evitar tareas desagradables. Las mujeres son más propensas a desafiar a la autoridad y a salirse con la suya. Las mujeres pueden utilizar las quejas de acoso sexual (o las amenazas de tales quejas) para evitar hacer algunas cosas que preferirían no hacer. Las mujeres que se involucran en conductas sexuales inapropiadas tienen menos probabilidades de ser investigadas y disciplinadas que los hombres que se involucran en dichas conductas. La percepción de estos dobles raseros crea resentimiento y, por lo tanto, compromete la necesaria cohesión del grupo.

No está claro hasta qué punto estas percepciones son exactas y hasta qué punto son erróneas. El caso de las normas físicas es sencillo. Las necesidades de las mujeres son inferiores a las de los hombres, dadas las diferencias físicas entre los sexos. Esto no significa que no haya injusticia aquí. Incluso las diferencias físicas son estadísticas y, por lo tanto, hay un pequeño número de hombres que son menos capaces que un pequeño número de mujeres de cumplir las normas masculinas. Si las diferencias físicas son las que explican las normas diferenciales, parece injusto que las normas se establezcan sobre la base del sexo de cada uno y no de su capacidad. En otras palabras, es difícil entender por qué dos personas, que son físicamente incapaces por causas ajenas a su voluntad de cumplir determinadas normas, deben, no obstante, cumplir esas normas o cumplir normas menos estrictas en función de su sexo.

Hay una escala móvil de posibles normas a establecer. Cuanto más altos sean los estándares, menos mujeres y menos hombres podrán cumplirlos. Si bien no existe un nivel específico en el que se deban establecer las normas, existen limitaciones obvias. No deben fijarse en un nivel tan alto que un número insuficiente de personas pueda cumplirlos, pero tampoco deben fijarse en un nivel tan bajo que muchas de las personas que se reúnan con ellos sean incapaces de hacer las cosas que necesitarán para poder hacer. Tampoco es necesario que haya una sola norma. Es posible transmitir personas. Los militares ya tienen unidades que son cada vez menos elitistas. Es difícil ver cómo aquellos que cumplen con estándares más altos se resentirán con aquellos que cumplen con estándares más bajos si el logro más alto también es reconocido con mayor prestigio. Si más hombres cumplen las normas más estrictas, entonces las mujeres estarán infrarrepresentadas en las unidades de mayor élite, pero eso es algo que debemos aceptar, por razones que amplificaré en el capítulo 6.

El otro doble rasero al que se refiere el profesor Browne es más difícil de probar y más preocupante en caso de que ocurran. Si ocurren, hay una pregunta más acerca de cuán omnipresentes son. En la medida en que existen, son otros ejemplos del segundo sexismo. Las respuestas del profesor Browne y las mías son muy diferentes. Considera que el problema de los dobles raseros dentro de las fuerzas armadas es insoluble y, por lo tanto, sólo puede evitarse excluyendo a las mujeres de los combates, o de las fuerzas armadas en general. Mi respuesta es condenar la norma diferencial, como creo que deberíamos hacerlo en todos los demás casos de segundo sexismo, incluida la exención de las mujeres de las fuerzas armadas, y mantener a hombres y mujeres en las mismas normas en todos los casos, excepto cuando haya buenas razones para no hacerlo.

Reflexiones finales sobre el combate y el reclutamiento

En el capítulo 2 describí las numerosas desventajas que los varones han experimentado y siguen experimentando en relación con el reclutamiento y el combate. Estas desventajas son consecuencia de la discriminación. La gente tiene diferentes creencias acerca de los hombres y las mujeres. Como resultado, los hombres y las mujeres son tratados de manera diferente. Si esta discriminación es errónea, entonces los hombres son víctimas del sexismo.

El argumento más prometedor de que la discriminación no es injusta es el que demostraría que existen diferencias relevantes entre hombres y mujeres que justifican plenamente el trato diferente. Ahora he examinado lo que considero la defensa más completa y cuidadosa de la opinión de que las mujeres deben ser excluidas y exentas de combate debido a las diferencias entre hombres y mujeres. Al rechazar este argumento, no he afirmado que no haya diferencias entre los sexos (más allá de las obvias anatómicas y fisiológicas). Tampoco he afirmado, como hacen los construccionistas sociales, que ninguna de las diferencias es atribuible a la variación biológica entre los sexos. Si eso fuera cierto, sería más fácil argumentar que la discriminación es injusta. En vez de eso, he hecho el caso más difícil. He argumentado que, aunque existen algunas diferencias biológicas entre los sexos, reclutar y enviar a combatir sólo a hombres es una discriminación injusta.

No he argumentado que las diferencias entre las cargas militares de hombres y mujeres se expliquen plenamente por la discriminación injusta. Parte de la diferencia puede explicarse, por ejemplo, por la relativa libertad de elección. Sin embargo, es cierto que la discriminación injusta es generalizada en este ámbito. Además, incluso si el argumento del profesor Browne fuera acertado, no justificaría la exención de las mujeres del reclutamiento en algún servicio nacional que no sea el combate. Y si, como he argumentado, su argumento es erróneo, el mal se extiende mucho más allá de eso a las cargas de combate a las que sólo se ven forzados los hombres. Además, el uso de estereotipos de género para presionar a los hombres para que se ofrezcan como voluntarios también es moralmente problemático. Esto se debe a que estos estereotipos van más allá de las diferencias biológicas que puedan existir entre los sexos. Coaccionan a los hombres para que hagan lo que de

otra manera no elegirían hacer. Después de todo, no habría necesidad de presionar a los hombres para que se alistén y luchen si lo hacen de todos modos.

Ser presionado o forzado a combatir es una de las desventajas más graves que sufren los hombres. Sin embargo, he tenido que argumentar largo y tendido para demostrar que la imposición de estas desventajas es injustamente discriminatoria. Esto se debe a que las cuestiones de peso se encuentran en la balanza. Si incorporar a las mujeres en el combate es tan amenazante para la eficacia militar como sugiere Kingsley Browne, entonces es una medida que no se puede tomar a la ligera, ya que la guerra que se está librando es sólo una de ellas. Por el contrario, ningún asunto tan importante contrarresta las demás desventajas que experimentan los hombres y los niños. Por consiguiente, es más fácil demostrar que estas desventajas se infligen injustamente.

Violencia

Los hombres, como vimos en el capítulo 2, son víctimas de la violencia con mucha más frecuencia que las mujeres. Los hombres constituyen la mayoría de las víctimas de delitos violentos. En tiempos de conflicto, los hombres (no combatientes) suelen ser asesinados en cantidades mucho mayores que las mujeres.

Dado el elevado riesgo de los hombres de sufrir violencia, es irónico que la frase "violencia de género" se trate tan a menudo como sinónimo de "violencia contra las mujeres (y las niñas)". El término "violencia de género", o su variante, "violencia de género", no está claro. Algunas personas han sugerido que toda violencia es violencia de género.⁶² En ese sentido, es evidente que no puede darse el caso de que sólo la violencia contra las mujeres sea violencia de género. Sin embargo, si toda violencia es violencia de género, entonces el término "violencia de género" es una redundancia. Por lo tanto, parece que es mejor entender la violencia de género como un subconjunto de la violencia. Se podría, por supuesto, simplemente estipular que el subconjunto relevante es "violencia contra las mujeres", pero esto parece arbitrario y, en la medida en que la violencia de género despierta especial preocupación, también sexista. Es evidente que la violencia de género debe tener algo que ver con el género o el sexo. Una opinión razonable es que la violencia es causada o legitimada por ideas (conscientes o subconscientes) sobre el género. Alternativamente, podría entenderse como violencia que afecta desproporcionadamente a un sexo. Sin embargo, "masculino" es también un género o sexo y por lo tanto es difícil ver cómo al menos algo de violencia contra los hombres no es también violencia de género.

¿Por qué entonces la frase "violencia de género" se usa típicamente de una manera que excluye al género más afectado por la violencia? ¿Por qué escuchamos frecuentes llamamientos públicos para que se ponga fin a la "violencia contra las mujeres" (o "mujeres y niños"), pero no para que se ponga fin a la "violencia contra los hombres"? Y si un llamamiento para que se ponga fin a la "violencia contra los hombres" suena un poco demasiado preocupado por un sexo (de la misma manera que un llamamiento similar para que se ponga fin a la violencia contra las mujeres no afecta a muchos oídos), ¿por qué no son los llamamientos en su lugar para que se ponga fin a la violencia contra nadie? ¿Por qué se podría pensar que apuntar a los varones con fines de violencia no es injustamente discriminatorio?

"Los autores son hombres"

Una posible respuesta es que los hombres constituyen la mayoría de los autores de actos de violencia contra hombres y mujeres. Por eso, podría decirse, los llamados a poner fin a la violencia se dirigen a los hombres. La violencia, podría decirse, es un problema masculino, incluso si las víctimas son tanto hombres como mujeres. Pero un problema con esta respuesta es que el llamado es para que se ponga fin a la violencia contra las mujeres, más que para que se ponga fin a la violencia de los hombres. Se centra en la víctima y no en el perpetrador. Si los hombres son más comúnmente las víctimas, entonces el enfoque sólo en la minoría femenina de las víctimas es

inapropiado. Además, incluso si uno se centra en los perpetradores, es extraño ignorar a los perpetradores femeninos, de los cuales hay un número significativo. De hecho, en el caso de la violencia contra los niños, las mujeres constituyen una proporción sustancial, si no la mayoría, de los perpetradores.

En cualquier caso, cuando los hombres (o las mujeres) son víctimas de la violencia, no importa realmente si el perpetrador es del mismo sexo o de otro sexo. Lo que importa es que han sido atacados. La sugerencia de que son otros hombres los que los han atacado puede ser vista para minimizar el mal sólo si nosotros (inapropiadamente) desdibujamos la distinción entre las identidades de los hombres en particular, no distinguiendo entre el perpetrador y la víctima, y en su lugar identificándolos a ambos simplemente como "hombres". Esto no es mejor que la persona que minimiza la violencia que sufren los negros en los centros urbanos de Estados Unidos o en los municipios sudafricanos, por ejemplo, al decir que es perpetrada por "otros negros".⁶³ De hecho, si hubiera llamados frecuentes y exclusivos para que se ponga fin a la violencia contra los blancos en lugares donde los negros son desproporcionadamente víctimas de la violencia, el carácter perjudicial de este pensamiento estaría muy claro.

A este último punto, algunos responderán que mientras que los negros tienen una larga historia de discriminación, no ocurre lo mismo con los hombres. Por esta razón, podría decirse que una preocupación especial por la violencia contra los blancos sería peor que una preocupación especial por la violencia contra las mujeres. Hay al menos cuatro problemas con esta respuesta.

En primer lugar, hay una historia de violencia contra los hombres mucho más larga y perjudicial que contra las mujeres y, por lo tanto, en este aspecto limitado, centrarse en la violencia contra las mujeres es como centrarse en la violencia contra los blancos. En segundo lugar, la discriminación contra los hombres no se limita a ser víctimas de la violencia de manera desproporcionada. Hay, como estoy argumentando, muchos otros casos de discriminación contra los hombres. Tercero, incluso si uno piensa que hay otras maneras en que las mujeres están peor que los hombres, o que los negros están peor que los blancos, es cierto que los hombres son como los negros (en los contextos relevantes), al ser las mayores víctimas de la violencia. Por último, aunque una preocupación especial por la violencia contra los blancos fuera peor que una preocupación especial por la violencia contra las mujeres, no se deduce que centrarse en la violencia contra las mujeres a costa de prestar atención a la violencia contra los hombres sea aceptable en absoluto. Así, por lo menos el ejemplo imaginario de una preocupación especial por la violencia contra los blancos puede ser visto como una analogía (exagerada) para resaltar el problema de atender sólo a la violencia contra las mujeres.

"Los hombres son más capaces de defenderse"

Hay otra respuesta posible a la pregunta de por qué se presta más atención a la violencia contra las mujeres que al problema de la violencia contra los hombres. Según esta respuesta, los hombres son más capaces de defenderse. Podríamos decir que son menos vulnerables y, por lo tanto, necesitan menos protección. Entre los errores de esta respuesta está el deslizamiento al que me he referido antes. Supongamos que los hombres son, en general, más grandes y fuertes que las mujeres. Podemos incluso suponer que no sólo son más capaces, sino que también están más dispuestos a defenderse. Es un salto inferencial masivo de aquí a la afirmación de que los hombres son lo suficientemente más capaces que las mujeres para defenderse con éxito de los ataques reales contra ellos. De hecho, el hecho de que tantos más hombres sean víctimas de asesinato, por ejemplo, es un indicio de que los hombres (en promedio) no son lo suficientemente capaces de defenderse contra el asesinato.

Considere una analogía. Imaginemos que los perros son atacados, mutilados y asesinados con más frecuencia que los conejos. Alguien observa que los perros son objeto de más abusos que los

conejos y se pregunta por qué se presta tanta atención a la "violencia contra los conejos" y no a la "violencia contra los perros". Los partidarios de los conejos responden que los perros son más capaces de defenderse que los conejos. Esta afirmación puede ser cierta, pero sigue siendo cierto (en mi supuesto ejemplo) que ni los perros ni los conejos son capaces de defenderse contra el tipo de agresiones de las que los perros son desproporcionadamente las víctimas. La mayor capacidad de los perros para defenderse no tiene nada que ver.

Se podría sugerir, en respuesta, que si bien los hombres pueden no ser capaces de defenderse de los perpetradores masculinos, al menos pueden defenderse de sus esposas en el contexto doméstico, que es a menudo el centro de las campañas para poner fin a la violencia contra la mujer. Esta sugerencia también es errónea. En primer lugar, la violencia no es más aceptable sólo porque la víctima tiene cierta capacidad para defenderse. En segundo lugar, contrariamente al estereotipo, los hombres no siempre son capaces de protegerse contra las mujeres agresoras, especialmente si éstas utilizan algún tipo de arma. (A veces, la violencia doméstica conduce a la muerte, pero el asesinato fuera del contexto doméstico es mucho más común y los hombres son las principales víctimas del asesinato).

Dado que ya existe una norma que desalienta la violencia contra las mujeres, en realidad son los hombres los que, a fin de cuentas, son más vulnerables a la violencia. Esto se debe a que la vulnerabilidad de uno es una función no sólo de su capacidad defensiva sino también de la probabilidad de ser atacado.

Hay, sin duda, algo de violencia contra los hombres que está justificada (al igual que hay algo de violencia contra las mujeres que está justificada). Si uno es atacado, por ejemplo, está permitido defenderse, violentamente si es necesario. Si más hombres son perpetradores de la violencia, es probable que un mayor número de los que sufren violencia a manos de los defensores también sean hombres. Pero esto seguramente representa una proporción relativamente pequeña de todas las víctimas de la violencia. La mayoría de las veces, los agresores prevalecen sobre sus víctimas y no sufren de autodefensa violenta por parte de sus víctimas.

En la medida en que un ataque violento no está justificado, la víctima es agraviada por la violencia. No es casualidad que los hombres constituyan la mayoría de las víctimas de la violencia. Esto se debe a que existen normas sociales más estrictas que desalientan la violencia contra la mujer. Incluso si se pensara que las mujeres son menos capaces de defenderse a sí mismas y por lo tanto requieren alguna protección social adicional, sigue siendo cierto que las normas sociales compensan con creces a las mujeres por cualquier desventaja en materia de defensa que puedan tener. El efecto neto es que los hombres están injustamente desfavorecidos. No hay ninguna buena razón para esta característica sexista de la sociedad.

"Los hombres representan una amenaza mayor"

Hay una tercera línea argumental que trata de negar que la cantidad desproporcionada de violencia a la que son sometidos los hombres es inapropiadamente discriminatoria. Este argumento en particular sólo puede aplicarse en algunas situaciones en las que los hombres son las principales víctimas de la violencia. El argumento dice que debido a que los hombres representan una mayor amenaza para las fuerzas opositoras en un conflicto, son objetivos legítimos. Más específicamente, los hombres en edad de pelear, incluso si no son combatientes o no se sabe que lo sean, pueden ser en realidad combatientes o son combatientes potenciales. Se dice que existe, por lo tanto, una base racional para atacarlos y matarlos en lo que se dice que constituye un ataque preventivo.

Hay muchos problemas con esta línea de argumentación. Aunque puede haber algunos casos en los que los varones jóvenes son combatientes enemigos potenciales, esto no puede explicar nada como el alcance total de las situaciones en las que los varones son señalados para recibir tratamiento violento. Obviamente, no se aplica a la mayoría de los casos en los que los hombres son víctimas de

delitos violentos ordinarios. En tales casos, las víctimas no son potenciales combatientes enemigos. Las posibles excepciones a esto son las víctimas masculinas que son miembros de pandillas y que, por lo tanto, representan una amenaza implícita para los miembros de las pandillas opuestas.

La aplicación más clara del argumento es a los hombres no combatientes víctimas de la violencia en situaciones de guerra y conflictos similares. Pero incluso en estos casos, la categoría de "hombres jóvenes en edad de pelear" se trata a menudo de forma muy elástica. Los hombres mayores también mueren, incluso cuando está claro que ya no son capaces de combatir,⁶⁴ y los niños mueren porque se convertirán en hombres jóvenes en edad de combatir.⁶⁵ A veces, incluso los niños recién nacidos no están exentos. Consideremos, por ejemplo, el genocidio ruandés de 1994, en el que los hutus "estaban decididos a buscar y asesinar a niños tutsi.... Examinaban a los niños muy pequeños, incluso a los recién nacidos, para ver si eran niños o niñas". Los niños fueron ejecutados en el acto".⁶⁶ Los niños mayores también fueron "cazados implacablemente". Muchas madres disfrazaban a sus hijos de niñas con la esperanza -con demasiada frecuencia la vana esperanza- de engañar a los asesinos. Los chicos aterrorizados sabían exactamente lo que estaba pasando".⁶⁷ Esto no es para negar las muchas muertes de mujeres en el genocidio de Ruanda, sino sólo para señalar que los hombres estaban en mayor riesgo.

Los jóvenes, aunque estén en edad de pelear, son asesinados aunque sus asesinos tengan claro que no representan una amenaza o, al menos, no una amenaza lo suficientemente inminente o probable como para justificar su muerte. El informe de la OSCE sobre Kosovo, por ejemplo, señalaba que en la mayoría de los casos los jóvenes "parecen haber sido asesinados simplemente porque eran hombres y lo suficientemente jóvenes para unirse" al Ejército de Liberación de Kosovo.⁶⁸

Además, existen condiciones a la hora de seleccionar a los jóvenes varones para matar, incluso cuando es más probable que sean combatientes enemigos (potenciales). Estas son condiciones en las que la amenaza que representan los varones jóvenes a menudo puede ser neutralizada llevándolos cautivos en lugar de matarlos. Los civiles desarmados que sólo son combatientes potenciales pueden ser capturados fácilmente en lugar de ser ejecutados sumariamente. De hecho, a menudo se ejecutan inmediatamente después de ser capturados, lo que demuestra que la captura era posible. La ejecución no necesita seguir. E incluso en aquellas circunstancias muy raras en las que matar a un civil es la única manera de neutralizar la amenaza que representa como posible combatiente enemigo, no es necesario torturarlo antes de matarlo.

En cualquier caso, muchos combatientes enemigos potenciales estarían justificados para tomar las armas porque la propia agresión contra ellos es injusta. En tales casos, sería un error matarlos. Por ejemplo, cuando comenzó la resistencia armada contra el genocidio bengalí de 1971, el ejército pakistaní comenzó a

buscar a los que tienen más probabilidades de unirse a la resistencia: los jóvenes varones. Se realizaron barridos de hombres jóvenes que nunca fueron vistos de nuevo. Los cuerpos de los jóvenes se encontraban en los campos, flotando por los ríos o cerca de los campamentos del ejército. Como se puede imaginar, esto aterrorizó a todos los jóvenes y a sus familias al alcance del ejército. La mayoría entre los quince y los veinticinco años comenzó a huir de un pueblo a otro y hacia la India. Muchas de las personas reacias a abandonar sus hogares fueron obligadas a huir por sus madres y hermanas preocupadas por su seguridad.⁶⁹

Claramente no hay justificación (moral objetiva) para atacar primero a los varones en agresiones genocidas con el argumento de que podrían estar más inclinados a resistirse.

Por último, cabe destacar el "efecto bola de nieve" de la desventaja masculina. Ser varón es la primera razón para ser forzado o presionado a combatir. De este modo, se convierte en motivo para ser considerado como un combatiente potencial. Hay, por supuesto, casos comparables de un efecto

de bola de nieve de la desventaja femenina, pero mientras que algunas feministas hacen mucho de estos casos, ignoran los casos masculinos. Sin embargo, no hay menos razones para ocuparse de la cascada de la desventaja masculina.

Dos tipos de discriminación

Ninguna de las razones que se suelen aducir para explicar la mayor preocupación por la violencia contra las mujeres puede explicar por qué se presta tan poca atención al problema de la violencia contra los hombres. Dado que la gran mayoría de las víctimas de la violencia son hombres y que la violencia contra los hombres no está (al menos por lo general) más justificada que la violencia contra las mujeres, deberíamos concluir que la atención casi exclusiva a la violencia contra las mujeres es inadecuada.

Hay una diferencia entre un sexo que sufre la mayor parte del mal y que es el producto de una discriminación sexual injusta. A veces no es el sexo de una persona en sí mismo lo que la hace más susceptible a algún mal. En cambio, es otro atributo que se comparte desproporcionadamente con otros de su sexo. Por lo tanto, Adam Jones señala que aunque los varones fueron la mayoría de las víctimas de las purgas estalinistas, no fueron señalados porque eran varones, sino por otros atributos.⁷⁰ Sucedió que la abrumadora mayoría de los que tenían esos atributos eran hombres. Esto no significa que las purgas no fueran "de género", y sugiere que ese aspecto de las matanzas masivas es digno de atención. Sólo significa que no hubo ningún ataque a machos qua machos. En la medida en que no tratamos estos casos como casos de discriminación sexual, deberíamos ofrecer juicios equivalentes de aquellos casos en los que, aunque las mujeres constituyen la mayoría de las víctimas de algún mal, no es porque sean mujeres.

Dicho esto, hay muchos casos en los que los hombres son seleccionados para la violencia o no están protegidos contra ella porque son hombres, y estos casos son suficientes para demostrar que los hombres sufren discriminación sexual en esta área. En otras palabras, aunque parte de la violencia que sufren los varones no se debe a que son varones, gran parte de ella lo es.

En realidad, existen dos formas de discriminación interrelacionadas (y en algunos de los otros casos de desventaja). En primer lugar, las personas están menos inhibidas de cometer actos de violencia contra los hombres que contra las mujeres. En segundo lugar, cuando se inflige violencia a los hombres, otras personas la toman con menos seriedad. Esto último explica en parte lo primero. En otras palabras, en parte porque la violencia contra los varones se toma menos en serio, algunas personas están más inclinadas a cometer actos de violencia contra los varones y otras están menos inclinadas a prevenirlos. Pero el hecho de que no se tome en serio la violencia contra los hombres no sólo contribuye a una mayor violencia contra los hombres, sino que también constituye un daño adicional en sí mismo. Ser discriminado ya es bastante malo. El hecho de que no se reconozca el hecho de esta discriminación agrava el problema y puede constituir otra forma de discriminación.

Castigo Corporal

El castigo corporal es una práctica cada vez más controvertida. Como vimos en el capítulo 2, históricamente ha sido infligida por los militares a los soldados y marineros, por los tribunales a los delincuentes, por las escuelas a los alumnos y por los padres a sus hijos. En algunos países continúa en todos estos contextos, mientras que en otros ha sido prohibido en todas las situaciones. En la mayoría de los lugares, sin embargo, es legalmente permisible en algunos pero no en otros contextos. La cuestión de si es legalmente permisible no es la misma que la cuestión de si es moralmente permisible. Aquellos que piensan que el castigo corporal siempre está mal (o incluso siempre está mal en un contexto dado) se comprometerán a decir que infligirlo a los varones (en el contexto relevante) también está mal. Si un mal se inflige sistemáticamente a un sexo pero no a otro, entonces aquellos a quienes se inflige son víctimas de la discriminación por razón de sexo. Esto es todo lo que hay que decir para demostrar a los oponentes categóricos del castigo corporal

que su imposición a los hombres pero no a las mujeres, o su mayor imposición a los hombres, es una discriminación ilícita.

Pero, ¿qué ocurre con aquellos que piensan que el castigo corporal es a veces moralmente permisible?⁷¹ ¿Existe alguna justificación, según esta opinión, para las desventajas que sufren los varones con respecto a los castigos corporales? Se han presentado algunos argumentos en apoyo de una respuesta afirmativa, pero ninguno es satisfactorio.

"Los hombres se comportan peor"

Uno de estos argumentos es que los niños y los hombres se comportan peor que las niñas y las mujeres y, por lo tanto, merecen las mayores tasas de castigo corporal que experimentan.⁷²

Incluso si asumimos la verdad de la premisa, esta afirmación no justifica todas las diferencias de sexo en la administración del castigo físico. Podría explicar por qué los niños y los hombres están sujetos a más castigos corporales incluso cuando están permitidos para ambos sexos. Sin embargo, no explica por qué en algunos lugares está prohibido el castigo físico de las mujeres. Si las mujeres cometen menos actos que se cree que merecen el castigo físico, entonces la implicación es que recibirían dicho castigo con menos frecuencia. La implicación no es que nunca lo recibirían. Dicho de otra manera, la afirmación de que los hombres se comportan peor no es suficiente para explicar por qué el castigo físico de las mujeres a veces está prohibido cuando se inflige de manera permisible a los hombres. Incluso si, al contrario de lo que ocurre, las mujeres nunca hicieron las cosas por las que los hombres son castigados físicamente, no se justificaría una prohibición de los castigos corporales de las mujeres. No hay necesidad de prohibir una forma de castigo que las mujeres nunca harían nada para merecer.

Cuando se permite el castigo físico de las mujeres, el argumento de que los hombres se comportan peor que las mujeres no explica por qué las mujeres reciben el castigo físico con menos frecuencia incluso cuando cometen los mismos delitos que los hombres. Y no explica por qué el castigo corporal que reciben las mujeres es a menudo más leve que el que se aplica a los hombres por los mismos delitos.

Otro problema es que, como vimos en el capítulo 2, los niños a menudo han sido castigados físicamente por "violaciones" tales como cometer errores ortográficos o matemáticos, lo que no puede considerarse plausiblemente que merezca ningún tipo de castigo y ciertamente no un castigo corporal. Mucho del castigo físico infligido a los niños no puede ser explicado por su peor comportamiento. En cambio, se explica por la presteza con la que la gente recurre a golpear a los niños varones.

Finalmente, es completamente posible que el golpear inapropiadamente a los niños en realidad fomente algunos de los malos comportamientos por los cuales los niños son castigados físicamente. Al decir esto, no estoy ofreciendo el argumento común que a menudo se esgrime contra todos los castigos corporales: que "la violencia engendra violencia". En lugar de decir que el castigo físico siempre causa una conducta inapropiada en los castigados, estoy sugiriendo que infligir castigos físicos con demasiada frecuencia o con demasiada dureza puede tener efectos contraproducentes. Esta afirmación es mucho más plausible que la afirmación más amplia de que los castigos corporales siempre tienen esos efectos. Sucede que hay alguna evidencia preliminar (aunque no concluyente) de que la disciplina severa sí explica alguna mala conducta en los niños.⁷³

"El castigo corporal no es tan dañino para los hombres"

Una segunda justificación que a veces se aduce para infligir castigos corporales más fácilmente o sólo a los varones es que se dice que son menos perjudiciales para ellos que para las mujeres. Por ejemplo, puede afirmarse que los hombres tienen un umbral de dolor más alto o pueden tolerar más

dolor o que están menos heridos psicológicamente por el castigo físico. Se podría decir que los niños (y los hombres) pueden recibir el castigo corporal mejor que las niñas (y las mujeres).

Para rechazar este argumento, no es necesario, como algunos piensan, negar que existen diferencias entre los sexos. Existen pruebas de que las hormonas sexuales masculinas y femeninas conducen a diferencias de sexo en el dolor, siendo las mujeres más sensibles a ellas.⁷⁴ El problema de invocar estas pruebas para apoyar la conclusión de que los castigos corporales deben ser infligidos exclusiva o desproporcionadamente a los varones es que esto implica una interpretación excesiva de las pruebas y dar saltos inferenciales.

Cualesquiera que sean las diferencias de dolor entre los sexos, son estadísticas y no categóricas. No es el caso que cada mujer sea más sensible al dolor que cada hombre. La reivindicación es una generalización más que una universalización. Por lo tanto, infligir castigos corporales sobre la base del sexo de una persona es tratarla como miembro del sexo al que pertenece y no como el individuo que es. Las personas preocupadas por el trato injusto de las mujeres son, o deberían ser, alérgicas a tratar a las personas sobre la base de generalizaciones acerca de su sexo. Esto no sólo se debe a que es injusto, sino también a que tratar a la gente de esta manera será a menudo una desventaja para las mujeres. Los trabajos que requieren mayor altura y fuerza, por ejemplo, podrían restringirse a los hombres porque "las mujeres son más cortas y débiles que los varones". Incluso muchos conservadores reconocen que tratar a las personas sobre la base de las características de su grupo puede, al menos a veces, ser un error. Podrían pensar que hay casos selectos en los que está permitida la discriminación basada en las características del grupo. Sin embargo, debido a que piensan que hay otros casos en los que no es permisible, no es suficiente simplemente señalar las generalizaciones para justificar que se trate a todos los miembros de un grupo de manera diferente a todos los miembros de otro grupo.

Además, las diferencias en los umbrales de dolor y tolerancia que vemos entre los sexos no son totalmente atribuibles a la biología. Incluso aquellos que reconocen que hay diferencias biológicas también reconocen que la socialización juega un papel.⁷⁵ A los niños se les desanima más que a las niñas de quejarse del dolor. Los informes sobre el dolor a menudo son vistos como "no masculinos", mientras que no hay un desincentivo comparable a las mujeres que se quejan de dolor. Esto significa que las diferencias en los informes de dolor probablemente exageran las diferencias en la percepción y sensibilidad al dolor. La medida en que los niños y los hombres subestiman el dolor no es un indicador fiable de cuánto menos les afecta que a las niñas y las mujeres.

Además, cualesquiera que sean las diferencias biológicas que puedan existir en la percepción y reactividad del dolor, éstas son relativamente menores. En otras palabras, no es el caso de que las niñas sientan dolor, pero los niños no. Tampoco es el caso que los estímulos que son muy dolorosos para las niñas son mucho menos dolorosos para los niños (si es que son menos dolorosos). Las diferencias parecen ser relativamente modestas. Tanto los hombres como las mujeres sienten dolor. Además, hay mucho que no sabemos (todavía) sobre las diferencias de sexo en el dolor. Por ejemplo, no sabemos con certeza si las diferencias son lineales - que en cada nivel de estímulos cada vez más nocivos las mujeres sienten más dolor. Lo que sí sabemos es que las diferencias en realidad disminuyen a medida que el dolor se hace más severo.⁷⁶ Esto es obviamente relevante para el dolor severo que puede ser infligido por al menos algunas formas de castigo corporal.

Por este tipo de razones es un error inferir del hecho de que hay algunas diferencias de sexo en el dolor que es aceptable infligir dolor a los hombres pero no a las mujeres. Aquellos que no pueden ver el error deben considerar lo siguiente. Aunque las mujeres son generalmente más sensibles al dolor, sus "umbrales de dolor aumentan a lo largo de la última etapa del embarazo y abruptamente justo antes del parto".⁷⁷ ¿Este hecho justifica que no se les admita la analgesia a las mujeres durante el parto? Aquellos que hacen saltos inferenciales de las generalizaciones biológicas sobre las diferencias en la percepción del dolor podrían estar comprometidos con la respuesta afirmativa que

probablemente no desean dar. Pero una respuesta afirmativa es absurda. Las mujeres que dan a luz pueden sentir menos dolor del que sentirían si no se hubieran sometido a los cambios hormonales al final del embarazo, pero ciertamente no significa que no estén experimentando un dolor considerable en el parto. La misma lógica se aplica al dolor que experimentan los varones en los castigos corporales.

También cabe señalar que el dolor, junto con la angustia psicológica, no es la única característica negativa de algunos castigos corporales. Por ejemplo, los machetes y los látigos carnosos son físicamente muy dañinos. No conozco ninguna evidencia de que la carne masculina sea menos propensa a la laceración, pero incluso si lo fuera, cualquier paliza que sea lo suficientemente severa como para tener este efecto excede cualquier efecto protector que pudiera haber existido.

Una suposición común es que si se pueden hacer inferencias sobre la aceptabilidad del castigo corporal a partir de las diferencias de sexo (ya sean biológicas o sociales), la conclusión es que son los niños y no las niñas quienes pueden sufrirlo. Pero si uno está sacando conclusiones, hay un caso para sacar lo contrario. Uno de los problemas de infligir castigos corporales a niños u hombres, particularmente en ambientes donde existe presión para que demuestren su hombría, es que se puede desarrollar una actitud machista hacia el castigo físico. No ha sido infrecuente que los escolares y los soldados se jacten de su capacidad para soportar azotes o azotes.⁷⁸ Una consecuencia importante de esto es que la capacidad de disuasión de los castigos corporales para los varones a veces puede verse disminuida. En la medida en que esta dinámica no es operativa con las niñas y las mujeres y que ellas temen el castigo corporal más que otros castigos y más que los niños temen el castigo corporal, en realidad puede ser preferible infligirlo a las mujeres en lugar de a los hombres. Su efecto disuasorio sobre las hembras puede ser mayor. Por supuesto, también es posible que infligirlo por igual a mujeres y hombres tenga el efecto de hacer de él un castigo menos macho y aumentar así su efecto disuasorio sobre los hombres. Sin embargo, la actitud de macho todavía podría aparecer si las niñas actuaran con más miedo y dolor al ser golpeadas, porque entonces todavía habría presión sobre los varones para que no actuaran como niñas y mujeres.

Dicho esto, infligir castigos corporales de una manera que no tenga en cuenta las cuestiones de género contribuiría en cierto modo a acabar con los estereotipos sobre los hombres y las mujeres. Al tratar a hombres y mujeres por igual, rechazaría una exageración de cualquier diferencia de sexo promedio que pudiera existir.

Asalto Sexual

Mientras que muchas personas piensan que es permisible o incluso deseable infligir castigos corporales a niños y hombres, casi nadie piensa que la agresión sexual de los hombres sea aceptable.⁷⁹ Por lo tanto, la cuestión que tenemos ante nosotros ahora no es si la agresión sexual a los hombres es aceptable, sino más bien si la desventaja masculina a este respecto constituye una discriminación sexual injusta.

Vimos en la Introducción que una práctica puede ser discriminatoria incluso si es errónea (principalmente) por otros motivos. La agresión sexual, junto con el hecho de no tomarla en serio, está mal por una variedad de razones que no tienen nada que ver con la discriminación. Sin embargo, esto no significa que la discriminación no añada un componente más del error. Es sobre este error adicional que indago al preguntar si los hombres son víctimas de discriminación sexual ilícita.

En defensa de una respuesta negativa, algunas personas podrían decir que de los dos sexos, son las mujeres las que constituyen la mayoría de las víctimas de agresión sexual. Esto no es una coincidencia. Las mujeres son más vulnerables a la agresión sexual porque son mujeres. De acuerdo con este punto de vista, son las mujeres y no los hombres quienes son víctimas de discriminación sexual en el ámbito de la agresión sexual. Aunque hay hombres que son víctimas de asalto sexual,

esto es menos común. Según este argumento, la agresión sexual a los hombres está mal, pero no es discriminación sexual.

Lo primero que hay que notar sobre este argumento es que quienes lo promuevan, al menos en esta forma incondicional, tendrán que reconocer sus implicaciones para el caso de violencia considerado anteriormente. Más concretamente, tendrán que reconocer que son los hombres y no las mujeres quienes son víctimas de la discriminación por razón de sexo en relación con la violencia. Esto se debe a que, como hemos visto, los hombres constituyen la mayoría de las víctimas de la violencia, y el argumento sostiene que sólo el sexo que constituye la mayoría de las víctimas de un tipo particular de mal puede ser víctima de la discriminación sexual.

Sin embargo, parece que las mujeres podrían ser víctimas de la discriminación por razón de sexo al ser las principales víctimas de algunos tipos de violencia, incluso si los hombres son las víctimas de la discriminación por razón de sexo al ser las principales víctimas de la violencia en general. Pero si vamos a hacer esa distinción, entonces el camino está abierto para reconocer que tanto los hombres como las mujeres podrían ser víctimas de discriminación sexual en el contexto de la agresión sexual. Es decir, podríamos notar, como lo hice en el Capítulo 2, que mientras que las mujeres son la mayoría de las víctimas de asalto sexual, hay otras maneras en las que los hombres sufren discriminación con respecto al asalto sexual. Este tipo de agresión a los varones no está suficientemente diagnosticada y se toma con menos seriedad. Las víctimas reciben menos simpatía y con mayor frecuencia se piensa que la han invitado o disfrutado. Por lo tanto, mientras que menos hombres son víctimas de asalto sexual, la diferencia en la incidencia no es tan marcada como se piensa generalmente. Y los hombres que son agredidos sexualmente deben lidiar no sólo con la agresión sino también con las otras desventajas que se acaban de mencionar. Debido a que estas desventajas adicionales se experimentan como resultado de los prejuicios sobre los hombres, el argumento a favor de pensar que esto constituye discriminación sexual es muy fuerte.

Algunas personas pueden estar preocupadas por la idea de que tanto los hombres como las mujeres pueden ser víctimas de discriminación sexual en el contexto de un error determinado, como la agresión sexual o la violencia. Sin embargo, hay dos maneras de responder a esto, la primera menos satisfactoria que la segunda.

Primero, podría decirse que el sexo de la víctima es a menudo crucial en la decisión del agresor de llevar a cabo la agresión. En otras palabras, cuando el perpetrador busca a una persona de un sexo en particular y no habría agredido sexualmente a una persona del sexo opuesto, entonces el perpetrador está discriminando sobre la base del sexo de la víctima. En este sentido, es posible que tanto hombres como mujeres sean agredidos por razón de su sexo y, por lo tanto, que ambos sean víctimas de discriminación sexual. Por supuesto, no siempre es el caso que un perpetrador busca a una persona de un sexo en particular. Por ejemplo, la mayoría de los reclusos que violan a otros reclusos violan a personas del mismo sexo sólo porque eso es todo lo que tienen a su disposición. En tales casos, el sexo de la víctima es incidental, y la agresión, según el punto de vista que se discute, no constituiría discriminación por razón de sexo.

Si esto se ve como un relato completo de la discriminación sexual, entonces es un relato demasiado restrictivo. La discriminación sexual no se trata simplemente de lo que hacen los individuos. También puede ser el producto de sistemas y estructuras. Si los factores sistémicos favorecen inapropiadamente a un sexo sobre otro, incluso sin saberlo, deberíamos decir que son injustamente discriminatorios. Pero una vez que estamos de acuerdo con esto, necesitamos un relato más amplio de cómo tanto los hombres como las mujeres que son víctimas de un determinado mal pueden estar sufriendo discriminación por razón de sexo.

Esto nos lleva a un segundo relato, uno que propone una distinción entre diferentes subespecies de errores. Si uno ve la "agresión sexual" como un solo error, entonces puede haber un problema

con ver tanto a los hombres como a las mujeres que sufren ese error como víctimas de la discriminación sexual. ¿Cómo es posible que tanto hombres como mujeres estén en desventaja -por un mismo tipo de error- en relación con el otro sexo? Sin embargo, si distinguimos entre los diferentes aspectos de la agresión sexual, entonces podría ser que las mujeres son discriminadas en algunos aspectos y los hombres en otros. Podemos decir que las mujeres son víctimas de la discriminación sexual porque tienen más probabilidades de ser víctimas de agresiones sexuales; y podemos decir que los hombres son víctimas de la discriminación sexual porque es más probable que no se les tome en serio.

Circuncisión

En el capítulo anterior vimos que algunas de las desventajas de la circuncisión son inevitables si uno quiere cosechar los (modestos) beneficios de la circuncisión. Si la condición de ser circuncidado tiene beneficios médicos, uno no puede disfrutar de esos beneficios a menos que se realice la circuncisión. Por consiguiente, no pretendo que estas desventajas sean casos de discriminación.

Sin embargo, también vimos que hay algunas desventajas evitables de la circuncisión. En el mundo occidental, el más común de ellos es la falta de uso de anestesia si el procedimiento se realiza en el período neonatal. En aquellas culturas en las que la circuncisión no se realiza en condiciones asépticas, las desventajas son aún más graves. Incluyen un elevado riesgo de infección y el consiguiente peligro de pérdida del pene o incluso de muerte. Estas desventajas, sugiero, son injustamente discriminatorias, además del error más básico de tratar a cualquiera de esta manera.

Ya hemos encontrado algunas formas de negar esto y nos hemos dado cuenta de que son deficientes. En primer lugar, no se puede negar, en el caso de la circuncisión infantil, que el niño no siente dolor. La evidencia científica simplemente no apoya esto. *A fortiori* uno no puede negar que los niños mayores sienten dolor. Tampoco se puede justificar la imposición de este dolor severo sobre la base de que los niños son más capaces de soportar el dolor. Incluso si alguien es más capaz de soportar el dolor, esto no significa que tenga derecho a infligir dolor, especialmente dolor severo, cuando podría evitarlo fácilmente.

La práctica de circuncidar a los niños sin anestesia contrasta, señalé en el capítulo 2, con la prohibición absoluta de cortar los genitales de las niñas. Argumenté que se podía permitir sistemáticamente la circuncisión masculina y prohibir la mutilación genital femenina tal como se practica habitualmente. Esto se debe a que este último es generalmente un procedimiento mucho más radical. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de las formas más leves de mutilación genital femenina, que consisten únicamente en la extracción de sangre sin la extirpación de ningún tejido genital. En el capítulo 2 sugerí que no es consistente prohibir esto, como lo hacen algunas sociedades occidentales, mientras se permite el procedimiento más radical y doloroso de extirpar el prepucio masculino.

Ahora voy a considerar un argumento presentado por algunas feministas que pretende demostrar que no hay ninguna incoherencia en este punto. Quieren decir que incluso si la circuncisión masculina está permitida, no existe ninguna forma de mutilación genital femenina. Según este argumento, los significados culturales de las mutilaciones genitales masculinas y femeninas son muy diferentes. La circuncisión masculina, dice el argumento, es la afirmación de un hombre. En las culturas relevantes es una insignia de honor - un símbolo positivo. Por el contrario, se dice que la mutilación genital femenina es degradante para las mujeres. Es un mecanismo para controlar su sexualidad. Al extirpar el clítoris, se dice, se elimina una fuente importante de placer sexual. Al infibular a una niña - cosiendo lo que queda de los labios mayores - se previene la infidelidad.

El problema con este argumento es que incluso si uno piensa que estas formas más radicales de mutilación genital femenina tratan a las mujeres como objetos sexuales que deben ser controlados

por sus hombres, es difícil ver cómo puede ser que esto también sea cierto en el caso de las formas más leves de mutilación genital femenina. Esto es así por algunas razones.

En primer lugar, mientras que la extirpación del clítoris, un órgano de placer sexual, o la costura de los (restos de la vulva extirpada), puede muy plausiblemente pensarse que es el control de la sexualidad femenina, lo mismo simplemente no puede decirse de la mera nicción del prepucio del clítoris. En segundo lugar, incluso si uno hace más que cortar el capuchón del clítoris, pero en realidad lo extirpa, se necesitaría evidencia de que esto disminuye el placer sexual, y no estoy al tanto de ninguna de estas evidencias. En tercer lugar, incluso si existiesen tales pruebas, la extirpación del prepucio del clítoris sólo podría distinguirse de la circuncisión masculina si la extirpación del prepucio masculino no tuviera un efecto similar.⁸⁰ Es difícil ver cómo la reducción del placer sexual femenino, pero no del masculino, puede ser considerada errónea. Por último, es inverosímil pensar que las formas más leves de mutilación genital femenina se ven afectadas por la asociación con las formas más graves. Esto se debe a que el significado de las prácticas culturales puede cambiar y de hecho cambia y, por lo tanto, no se puede suponer que el hecho de que una práctica cultural alguna vez la haya degradado, especialmente en una forma modificada, lo siga haciendo. Afirmar que la mutilación genital femenina es degradante, pero que la circuncisión masculina no lo es, independientemente de lo leve o severa que sea cada práctica e independientemente del significado que se le dé en un momento dado, es tratar la afirmación como un dogma y no como algo comprobable.

Educación

En el capítulo 2, mostré que los hombres sufren una desventaja educativa significativa. Los niños abandonan la escuela a tasas más altas que las niñas, menos hombres jóvenes que mujeres pasan a instituciones de educación terciaria y menos hombres que mujeres obtienen títulos.

A diferencia de muchos otros casos de desventaja masculina que he discutido y que todavía discutiré, es difícil probar que las desventajas masculinas en el ámbito educativo son el resultado de la discriminación. Esto se debe a que existen otras causas posibles de estas desventajas particulares. Por ejemplo, podría ser que los hombres y las mujeres no tengan las mismas distribuciones de capacidad. Algunos han sugerido que hay una mayor varianza en la distribución del talento masculino, con el resultado de que hay más hombres en los extremos de la capacidad cognitiva. Usando una frase memorable, Helena Cronin sugiere que hay más hombres "Dumbbells y Nobels". Por lo tanto, podría ser que más hombres que mujeres carezcan de la capacidad cognitiva necesaria para tener éxito en la educación, lo que explicaría por qué los hombres abandonan la escuela a un ritmo más elevado y, a falta de discriminación contra las mujeres, por qué los hombres obtienen menos títulos.

Esto no excluye la posibilidad de que los factores sociales también estén desempeñando un papel. Tal vez los niños que luchan no se animan tanto como las niñas que luchan. Tal vez se les trata con más dureza. Tal vez a la gente le importe menos cuando abandonan la escuela. Me sorprendería que los roles de género no tuvieran nada que ver, pero es notoriamente difícil demostrar qué papel juegan, si es que lo tienen, las actitudes y prácticas discriminatorias.

Por esa razón, tengo la intención de hacer una observación limitada, pero no por ello menos importante, sobre si la desventaja educativa de los hombres es producto de la discriminación. Algunas feministas saltan del hecho de la desventaja femenina a la conclusión de que las mujeres están siendo discriminadas. Sin embargo, lo primero no implica lo segundo. A veces hay explicaciones alternativas.

Considere el siguiente caso. Como vimos en el Capítulo 2, mientras que los niños están en desventaja de otras maneras, tienden a tener mejores resultados en las pruebas de ciencias y matemáticas. Algunas feministas han asumido que esto debe ser producto de la discriminación. Han

observado que, mientras que los niños obtienen mejores resultados en las pruebas estandarizadas en estos temas, las niñas obtienen mejores resultados que los niños en las evaluaciones de clase. Por lo tanto, se ha sugerido que el diferencial se explica por el sesgo de género en las pruebas estandarizadas. Esa es una posible explicación, pero no podemos asumir que sea la correcta. Podría ser tan fácil como que las niñas estén siendo favorecidas en las evaluaciones de clase, y que cuando lleguen a escribir pruebas más justas y estandarizadas, se elimine ese sesgo.

Hay alguna razón para pensar que el problema no radica en un sesgo de género en las pruebas estandarizadas. Christina Hoff Sommers ha argumentado que debido a que las niñas taiwanesas y coreanas obtienen resultados mucho más altos que los de los niños estadounidenses en las mismas pruebas estandarizadas, parecería que la explicación sesgada de género de las pruebas estandarizadas no es del todo satisfactoria.⁸² Además, la mayor tasa de deserción escolar de los varones puede explicar en parte el mejor desempeño promedio de los varones en los exámenes estandarizados. Los niños académicamente más débiles tienden a no escribir.⁸³

Vemos, por lo tanto, que no se puede llegar a la conclusión de que existe discriminación educativa (ya sea contra las niñas o contra los niños). Para demostrar que existe discriminación, es necesario demostrar que la desventaja es el producto de que las personas sean tratadas de manera diferente sin una buena causa. Si las feministas reconocen esto, es posible que algunas de ellas tengan que retirar algunas de las afirmaciones que hacen sobre la discriminación contra las mujeres. Y si no lo reconocen, pueden verse obligadas a decir que los hombres (en algunas partes del mundo de hoy) también están siendo discriminados por el hecho de que sufren una mayor desventaja en materia de educación.

La discriminación no siempre es obvia. A veces es sutil. A veces se oculta en fenómenos sistémicos y estructurales que la camuflan. Por lo tanto, mi afirmación no es que si no podemos probar la discriminación, ésta no existe. En cambio, mi petición es más modesta. Tenemos que distinguir entre los casos en los que existen pruebas claras de discriminación y los casos más complicados y menos claros. Puede haber discriminación en estos últimos casos, pero suponer que hay discriminación y proclamarla sin reservas es superar lo que las pruebas nos permiten decir. Podemos especular e hipotetizar, pero debemos tener claro que eso es lo que estamos haciendo.

Es difícil saber qué hacer en los casos en que no está claro si existe discriminación. Si hay discriminación, queremos hacer algo al respecto, pero si no hay un programa de acción afirmativa que favorezca a algunas personas por razón de su sexo, es posible que aumente la injusticia. Esto no quiere decir que no se puedan emplear otros medios para compensar la desventaja. Se trata de asuntos complicados, a los que volveré en el capítulo 6.

Familia y otras relaciones

De las desventajas que sufren los varones en la familia y en otras relaciones, algunas son claramente el producto de la discriminación, mientras que otras son menos claras o menos exclusivas. Cuando las leyes se dirigen a los homosexuales masculinos pero no a las lesbianas, existe una clara discriminación. Cuando los homosexuales varones tienen más probabilidades de ser víctimas de delitos motivados por el odio que las lesbianas, esto también es producto de la discriminación. Los homosexuales masculinos están en el punto de mira. Obviamente, se les está atacando en parte sobre la base de su orientación sexual, pero debido a que las lesbianas no son atacadas en el mismo grado, los homosexuales masculinos también están siendo atacados sobre la base de su sexo. Las feministas a menudo señalan que la discriminación por razón de sexo, clase y raza puede interactuar. No hay razón para pensar que la discriminación por razón de sexo y la discriminación por razón de orientación sexual no interactúan también, o que la discriminación por razón de sexo no puede interactuar con otras discriminaciones por razón de otros atributos si el sexo en cuestión es masculino.

La custodia de los hijos después del divorcio es más complicada que en el caso de la discriminación contra los homosexuales varones. Cuando los hombres buscan la custodia de sus hijos, tienen menos probabilidades que las mujeres de obtenerla. Es difícil probar que se trata de un producto de discriminación sin tener en cuenta las decisiones individuales de custodia y sin compararlas. Después de todo, es posible que haya menos hombres que sus ex esposas para cuidar a los niños y que los tribunales concedan la custodia de manera apropiada sobre la base del interés superior de los niños.⁸⁵ Si bien esto es posible, también es extremadamente improbable que esto explique la diferencia total en las tasas de éxito de la custodia entre hombres y mujeres.⁸⁶ Además, dados los estereotipos de las mujeres como cuidadoras de los niños y de los hombres como menos cuidadosos y afectuosos, es muy probable que esto desempeñe al menos una parte, quizás incluso una parte sustancial, en las decisiones de custodia tomadas por el tribunal. Pero es discriminatorio decidir en base al sexo de una persona si sería un padre peor o mejor. Además, es claramente injusto negarle la custodia a un hombre si él sería un mejor padre con custodia que su ex-esposa.

Las cosas son más oscuras cuando los padres no solicitan la custodia. Es fácil atribuir tales casos a una elección de los padres y negar así que este componente de la disparidad de la custodia es producto de la discriminación. Sin embargo, si uno hace ese movimiento, también tendría que atribuir muchas desventajas femeninas a la elección. Discutiré este asunto más a fondo en el capítulo 6. Por ahora, observo que las decisiones (tanto de hombres como de mujeres) pueden tomarse en contextos discriminatorios. Por lo tanto, si los padres saben que tienen muy pocas posibilidades de obtener la custodia, pueden estar menos inclinados a intentarlo.⁸⁷ Hay alguna evidencia de que esto es exactamente lo que sucede. Las decisiones también pueden tomarse bajo la influencia de los roles y estereotipos de género. Por ejemplo, si los padres son susceptibles a los estereotipos y roles de género, podrían deferirse a sus ex esposas en el tema de la custodia y, por lo tanto, ni siquiera contemplar la posibilidad de solicitar la custodia por sí mismos. Cuando las decisiones se toman en contextos discriminatorios o están influenciadas por ideas perjudiciales, la discriminación ha desempeñado un papel, aunque sea más indirecto.

Las cosas son más oscuras cuando los padres no solicitan la custodia. Es fácil atribuir tales casos a una elección de los padres y negar así que este componente de la disparidad de la custodia es producto de la discriminación. Sin embargo, si uno hace ese movimiento, también tendría que atribuir muchas desventajas femeninas a la elección. Discutiré este asunto más a fondo en el capítulo 6. Por ahora, observo que las decisiones (tanto de hombres como de mujeres) pueden tomarse en contextos discriminatorios. Por lo tanto, si los padres saben que tienen muy pocas posibilidades de obtener la custodia, pueden estar menos inclinados a intentarlo.⁸⁷ Hay alguna evidencia de que esto es exactamente lo que sucede.⁸⁸ Las decisiones también pueden tomarse bajo la influencia de los roles y estereotipos de género. Por ejemplo, si los padres son susceptibles a los estereotipos y roles de género, podrían deferirse a sus ex esposas en el tema de la custodia y, por lo tanto, ni siquiera contemplar la posibilidad de solicitar la custodia por sí mismos. Cuando las decisiones se toman en contextos discriminatorios o están influenciadas por ideas perjudiciales, la discriminación ha desempeñado un papel, aunque sea más indirecto.

Considere a continuación los asuntos relacionados con la paternidad. Ya indiqué en el Capítulo 2 que la desventaja básica que tiene un hombre de estar menos seguro que una mujer de si un hijo es suyo es algo que no podría evitarse hasta que una prueba de paternidad fiable se convirtiera en una posibilidad y, por lo tanto, no fuera en sí misma un producto de la discriminación. Hoy en día la prueba de paternidad es posible, pero noté que a menudo puede ser difícil para un hombre en una relación con una mujer hacer uso de las tecnologías que confirmarían la paternidad de un niño o le mostrarían que no es el padre genético. Una vez más, podría decirse que la incapacidad de un hombre para aprovechar las tecnologías que eliminarían su desventaja son los productos de su elección. Puede ser así, pero las opciones pueden ser limitadas. Si un hombre solicita una prueba de paternidad cuando no tiene evidencia para sospechar, podría poner en entredicho a su esposa y muy

bien podría dañar la relación. La sospecha masculina generalizada y las demandas de pruebas de paternidad serían una afrenta para las mujeres. Dado esto, debemos darnos cuenta de que hay restricciones para que los hombres obtengan pruebas de paternidad. El punto no es que esto haga que la incertidumbre sobre la paternidad sea discriminatoria. En cambio, la cuestión es que, dada la incertidumbre masculina y las limitaciones para superarla, explotar la incertidumbre sería discriminatorio. El que esa discriminación sea injusta depende de las circunstancias. Si, por ejemplo, una mujer fue violada y revelar esto a su marido, con la implicación de que el niño puede no ser de él, llevaría a su marido a golpearla, entonces parece justo que ella no lo revele. En otras circunstancias, cuando la esposa tiene una aventura y luego pone los cuernos a su marido devoto y desprevenido, ella lo ha tratado injustamente.

La ley también discrimina a los varones como consecuencia de la incertidumbre sobre la paternidad. Vimos cómo la ley de los Estados Unidos tiene un estándar diferente para tratar a los hijos de un ciudadano estadounidense de sexo masculino y de un extranjero en comparación con los hijos de una ciudadana estadounidense de sexo femenino y de un ciudadano extranjero. Este es un tipo extraño de discriminación sexual, porque no importa si la descendencia es de sexo masculino o femenino y, por lo tanto, las cargas o beneficios pueden ser experimentadas tanto por la descendencia masculina como por la femenina. La discriminación por sexo es contra una víctima secundaria, el padre de la descendencia. La ley de los Estados Unidos discrimina a los ciudadanos varones al negarles la ciudadanía automática a sus hijos. La ley tenía un fundamento más convincente antes del advenimiento de pruebas de paternidad confiables y, por lo tanto, la discriminación puede no haber sido errónea en el pasado. Sin embargo, ahora que se dispone de pruebas de paternidad fiables, la discriminación de la ley se ha vuelto irrazonable y, por lo tanto, errónea.

La ley también discrimina injustamente en la asignación de responsabilidades paternas. En el capítulo 2 señalé que mientras que una mujer (consciente y mínimamente competente) no puede gestar y dar a luz a un niño sin saber que se ha convertido en una madre genética o gestacional, un hombre podría no saber que se ha convertido en un padre genético. Esto podría suceder después de un breve encuentro sexual en el que la mujer no informa posteriormente al hombre de que ha quedado embarazada. Incluso cuando una mujer le dice a un hombre que está embarazada de su hijo, por lo general no tiene la posibilidad de elegir en ese momento si se convertirá en padre. La mujer, sin embargo, a menudo retiene la elección. Por ejemplo, cuando el aborto es legal o, al menos, está disponible, las mujeres pueden decidir si desean o no ser madres. Alternativamente, la mujer podría dar al niño en adopción. El resultado es que mientras que tanto el hombre como la mujer pueden elegir si quieren tener relaciones sexuales, una vez que la mujer está embarazada, tienen opciones que el padre del feto no tiene.

No estoy sugiriendo que esto en sí mismo sea injustamente discriminatorio. Requerir que una mujer obtenga el consentimiento de su pareja para un aborto o forzarla a abortar si la pareja no quiere ser padre es una carga demasiado grande para ella. Tenemos que reconocer que las diferencias biológicas son relevantes aquí. Sin embargo, la ley a veces puede ser injustamente discriminatoria cuando impone responsabilidades paternas a los hombres que explícitamente no quieren ser padres o que ni siquiera saben que se han convertido en padres. En otras palabras, parece razonable decir que mientras que una mujer tiene el derecho de elegir si llevar o no un feto a término, este derecho no siempre debe imponer deberes paternales al padre genético. Ella puede decidir si quiere ser madre y asumir deberes maternos. Si el padre no puede decidir si se convertirá en un padre genético, en algunas circunstancias debe preservar el derecho a decidir si asumirá o no deberes paternales.⁸⁹

Algunas feministas no están de acuerdo con esto. Quieren que la mujer decida si se convertirá en madre y también si el padre genético adquirirá responsabilidades paternales, como el apoyo

financiero. Estoy de acuerdo en que esta opinión es defendible en algunas circunstancias. Sin embargo, hay otras situaciones en las que esto parece manifiestamente injusto.⁹⁰

Considere, por ejemplo, los embarazos que resultan de la violación de un menor de edad de sexo masculino (o un delito que se aproxime a eso). Los tribunales, al menos en los Estados Unidos, han responsabilizado a los niños menores de edad por la manutención de sus hijos, a pesar de que se convirtieron en padres por violación de menores o agresión sexual por parte de una mujer mayor.⁹¹

O considere casos de lo que Donald Hubin llama "espermatozoides purgados", en los que una mujer obtiene espermatozoides de un hombre mientras está inconsciente o bajo falsas pretensiones, y lo hace con el propósito de concebir un hijo sin su conocimiento o consentimiento.⁹² En un caso, un hombre se había desmayado borracho. Una mujer, que dijo que se ocuparía de él, parece haberlo desvestido parcialmente y copulado con él sin que se diera cuenta. Ella quedó embarazada como resultado y luego lo demandó por manutención infantil. El tribunal dictaminó que él era responsable de dicha manutención.⁹³ Aunque se trata de un caso de robo de esperma, también es un caso de violación, porque el hombre no dio su consentimiento para tener relaciones sexuales. Es difícil imaginar un caso análogo en el que un hombre violó a una mujer intoxicada y luego, habiendo obtenido la custodia del hijo resultante, demande con éxito a la mujer por manutención de los hijos.

Un caso más claro de espermatozoides robados, no complicado por el espectro de la violación, es el de una mujer que se ofreció a felar a un hombre si usaba un condón. Luego parece haberse inseminado con el contenido del condón. El padre genético del hijo resultante fue demandado por manutención de menores. El tribunal falló a favor de la demandante.⁹⁴

Se ha argumentado que mientras el padre es una víctima en cada uno de estos casos, la descendencia es aún más vulnerable y es por eso que el padre debe ser responsable de la manutención de los hijos. Este argumento carece de fuerza cuando la madre puede proporcionar todo el apoyo financiero necesario. En estos casos, el bebé puede recibir apoyo sin las contribuciones de la víctima de la violación o del robo de esperma. Por lo tanto, es injusto exigir a las víctimas masculinas que alivien a las mujeres asaltante de las obligaciones que éstas podrían cumplir sin ayuda.

Pero, ¿qué sucede en los casos en que la madre no puede proporcionar todos los recursos financieros necesarios? Aquí el razonamiento de los tribunales es más convincente. Incluso si es injusto forzar a un padre que no está dispuesto a proporcionar manutención de los hijos, podría decirse que sería más injusto negarle a un niño inocente la manutención que requiere. Una opinión judicial disidente en uno de los casos antes mencionados recomendó sabiamente que se ordenara al padre "que mantuviera al menor sólo en la medida en que la capacidad de la madre para obtener ingresos fuera insuficiente para mantener al menor".⁹⁵ Es decir, en lugar de exigirle que pague la mitad de los costos, debería estar obligado sólo a pagar la diferencia entre lo que la madre puede ganar y lo que el niño necesita para su manutención.⁹⁶

Cabe señalar, sin embargo, que si uno piensa que el caso de la manutención de los hijos funciona en tales casos, entonces uno debe hacer una afirmación paralela, por ejemplo, sobre las niñas que dan a luz como resultado de una violación de menores. Si los hombres con los que consienten en tener relaciones sexuales no pueden proporcionar todo el apoyo financiero necesario, entonces las niñas que dieron a luz a los hijos deberían, según este argumento, ser consideradas responsables por el resto. Si se rechaza esta conclusión, también debería rechazarse la paralela sobre los hombres víctimas de estupro.

No es sólo a través del aborto que las mujeres pueden evitar asumir responsabilidades parentales. Una vez que el niño nace, la madre puede darlo en adopción. Si el niño es adoptado,⁹⁷ puede exonerarse de las responsabilidades parentales. Si, por el contrario, quiere quedarse con el bebé, el

padre del niño no puede eludir sus responsabilidades legales de al menos mantenerlo económicamente.

¿Las prestaciones por paternidad y maternidad diferenciadas discriminan injustamente a los padres? Algunos conservadores y algunas feministas negarán que lo hacen, aunque por razones diferentes. Los conservadores de los roles de género argumentarán que las madres son más importantes para los bebés y que, por lo tanto, las garantías de la licencia de maternidad pueden exceder razonablemente los beneficios de la licencia de paternidad. Este reclamo puede ser llenado de diferentes maneras. Una es que como son las madres las que lactan, es más importante que tengan tiempo libre del trabajo para amamantar a sus bebés. Una reivindicación aún menos defendible no apelaría a la biología femenina, sino a un papel materno en la crianza de los niños pequeños. Las feministas se opondrían con razón a ambas versiones de este argumento conservador. Detrás de sus objeciones se esconde el rechazo de la idea de que son las madres las que deben asumir la responsabilidad primaria del cuidado de los niños. Los padres, dirían, deberían compartir esta responsabilidad. No hay ninguna razón por la que la parte que gesta al niño deba cuidar de él después de su nacimiento. Aunque los gesticulares humanos también son los lactantes, las madres lactantes podrían, por ejemplo, extraer leche que más tarde es alimentada con biberón a sus bebés mientras están en el trabajo.

Este tipo de respuestas sugerirían que las feministas deberían ser amigas de igualar los beneficios de la licencia de maternidad y la licencia de paternidad. Por lo menos, al hacerlo, se alteraría la presunción de que son las madres las que deben tomarse un tiempo libre del trabajo para cuidar a sus hijos. Dicho esto, algunas feministas aún podrían negar que los padres son víctimas de discriminación injusta cuando no hay paridad entre los beneficios de la licencia de maternidad y la licencia de paternidad. En defensa de esto, podrían argumentar que debido a que los beneficios diferenciales de los permisos hacen que las madres lleven la mayor carga de cuidado infantil, son ellas y no los padres quienes son las víctimas de la discriminación injusta. Creo que este argumento tiene mérito, pero niego que refleje todo el panorama. Es cierto que las diferencias en las prestaciones por permiso parental se traducirán en un mayor número de madres que de padres que se verán presionados a tomar el permiso parental. Sin embargo, centrarse sólo en esto ignora a los padres que quieren o necesitan cuidar a sus hijos o compartir por igual dichos cuidados. Se les niegan los mismos beneficios garantizados a las madres. Incluso si estos padres son una minoría, es injusto para ellos.

Privacidad corporal

Vimos pruebas en el capítulo 2 de que los hombres están en desventaja de manera significativa por el menor respeto por su privacidad corporal que por la de las mujeres. Por ejemplo, hemos visto que los tribunales de los Estados Unidos han dado mucha más importancia a los intereses de las mujeres prisioneras al no ser registradas o vistas desnudas por los guardias varones que a los intereses de los hombres prisioneros al no ser registrados o vistos desnudos por las mujeres guardias. Las directrices internacionales sobre las normas mínimas para el tratamiento de los reclusos prohíben que las reclusas sean supervisadas por guardias de sexo masculino, pero guardan silencio sobre los reclusos que están bajo vigilancia femenina. Vimos que la privacidad de los reclutas varones fue invadida de maneras que serían inimaginables si fueran mujeres. Y vimos que los baños públicos para hombres están estructurados para dar a los hombres que orinan menos privacidad que a las mujeres.

Es evidente que los hombres y las mujeres reciben un trato diferente. ¿Pueden justificarse objetivamente estas diferencias? En otras palabras, ¿son las desventajas que experimentan los hombres con respecto a la intimidad corporal el producto de una discriminación injusta o pueden explicarse de otra manera?

La mayoría de las veces, el trato discrepante de hombres y mujeres en esta área ni siquiera se nota. Cuando éste es el caso, no se hace ningún intento de defenderlo. Sin embargo, algunos (pero no todos) de los tribunales que se han pronunciado sobre la cuestión de la supervisión de las cárceles de ambos sexos han intentado argumentar que no hay incoherencia. Sólo algunos de estos argumentos podrían emplearse también con referencia a otros contextos en los que la privacidad masculina parece ser menos respetada. Examinaré los diversos argumentos y sus posibles aplicaciones. Al hacerlo, demostraré que todos fracasan. De hecho, los argumentos de los tribunales parecen racionalizar un prejuicio antecedente sobre la importancia variable de la intimidad corporal femenina y masculina.

Mi objetivo no es realizar un análisis jurídico, sino determinar qué tribunales han proporcionado la interpretación jurídica correcta. A diferencia de los tribunales, no me interesa saber si su razonamiento es legalmente sólido. Incluso cuando los jueces interpretan con precisión la Constitución y la legislación y siguen los precedentes, sus argumentos sólo muestran lo que dice la ley. No nos dice si la ley debería ser así. Por lo tanto, es posible que los hombres tengan un derecho legal a la privacidad más débil que las mujeres. Sin embargo, esto no tiene más peso que el hecho de que las mujeres no tenían derecho a votar antes de que se les concediera el derecho al voto. En cambio, me interesa saber si existe una justificación moral y no jurídica para el trato diferenciado de hombres y mujeres. Mi objetivo, al examinar los argumentos de los tribunales, es determinar si pueden utilizarse para demostrar que existe una justificación moral para el trato diferente.

"Las mujeres tienen un mayor interés en la privacidad corporal que los hombres"

No debe sorprender que algunas personas hayan tratado de defender el trato diferente argumentando que las mujeres tienen un mayor interés que los hombres en la privacidad corporal. Este argumento es aplicable a todos los contextos que he mencionado, pero ha sido discutido explícitamente en el contexto de la supervisión carcelaria de género cruzado. Por ejemplo, en *Jordan v. Gardner*, el Tribunal de Apelaciones, siguiendo al Tribunal de Distrito, declaró que "las diferencias físicas, emocionales y psicológicas entre hombres y mujeres pueden 'hacer que las mujeres, y especialmente las mujeres maltratadas física y sexualmente, reaccionen de manera diferente a los registros [de cacheo]... que los reclusos varones sometidos a registros similares por parte de las mujeres'".⁹⁸

Este argumento adolece de una serie de problemas que ya deberían ser conocidos. Al principio, no parece suficiente, para justificar invasiones bastante serias de la privacidad de un hombre, afirmar que las mujeres "bien pueden" verse afectadas más adversamente por tales invasiones. La especulación no es suficiente. Uno requiere evidencia. Tampoco podemos tomar las reacciones externas de hombres y mujeres como evidencia decisiva del efecto real sobre ellos. Esto se debe a que sabemos que se anima a los hombres a exhibir mayor dureza y a ser menos reticentes sexualmente. Por lo tanto, hay presiones sobre los varones para que no revelen cómo se sienten acerca de las invasiones de su privacidad corporal. Es notable que, a pesar de ello, tantos hombres hayan presentado quejas. Sin embargo, cuando los hombres se han quejado, los tribunales han sido menos propensos a tomarlos en serio, alegando en un caso que los hombres "reclusos no habían mostrado suficiente evidencia de dolor".⁹⁹ Parece que a menos que los hombres muestren su dolor de la misma manera que las mujeres, sus quejas legales de que están sufriendo una angustia psicológica extrema simplemente no se toman en serio, e incluso entonces puede que no se tomen en serio.

Sin embargo, supongamos, por el bien del argumento, que las mujeres se verían más adversamente afectadas por las búsquedas y observaciones de género cruzado mientras están desnudas. Es una generalización. Incluso si más mujeres que hombres se vieran especialmente afectadas, habrá algunos hombres que se verán más afectados que otras mujeres. De hecho, hay buenas razones para pensar que al menos algunos de los hombres que presentan estos casos

pertenecen a esta categoría. Ahora bien, tal vez se sugiera que los tribunales consideren razonable tratar a hombres y mujeres sobre la base de generalizaciones acerca de cada sexo. Sin embargo, está claro que esto les parece razonable sólo cuando redunda en beneficio de las mujeres o en desventaja de los hombres. Cuando las mujeres se ven perjudicadas por las generalizaciones sobre su sexo, los tribunales rechazan explícitamente este razonamiento. Por ejemplo, al encontrar a las mujeres guardias en una demanda de igualdad de oportunidades en la que buscaban acceso a una gama más completa de puestos, el Tribunal en el caso *Griffin v. Michigan Department of Corrections* afirmó que "una mujer debe ser evaluada y tratada por un empleador sobre la base de sus cualificaciones individuales y no sobre la base de ninguna suposición relativa a las características y cualificaciones de las mujeres como grupo".¹⁰⁰

Lo anterior también es relevante para considerar a aquellos reclusos que han sido víctimas de abuso sexual. Es totalmente verosímil que se vean más afectados por los cacheos y los cacheos al desnudo. Y bien podría ser que haya desproporcionadamente más víctimas de abuso sexual entre las reclusas que entre la población femenina en general. Lo mismo podría ocurrir con los hombres. Los hombres encarcelados pueden tener una probabilidad desproporcionada de haber sido abusados sexualmente (si no antes de llegar a la cárcel, entonces desde que fueron encarcelados).

Ahora bien, es cierto que más mujeres que hombres víctimas de abuso sexual son abusadas por personas del sexo opuesto (aunque la diferencia, como vimos en el capítulo 2, no es tan grande como se piensa comúnmente). Sin embargo, no se deduce que todas las mujeres deban ser tratadas sobre la base de cómo se vería afectado un subconjunto. Además, es curioso que los tribunales no piensen en absoluto en los posibles efectos de los cacheos al desnudo y los registros de las cavidades corporales de los guardias masculinos sobre los reclusos varones que fueron víctimas de abusos sexuales homosexuales. Estos registros son a veces una necesidad de seguridad, pero probablemente no con tanta frecuencia como los que se realizan en realidad. Además, la forma en que se llevan a cabo puede ser más o menos sensible a los reclusos varones, especialmente a los que son víctimas de agresiones sexuales, pero los tribunales han sido más bien arrogantes al defender la realización de estos registros a plena vista de otros reclusos, por ejemplo.¹⁰¹ Tampoco podemos asumir que los mayores efectos de los registros invasivos sobre los hombres víctimas de agresiones homosexuales están presentes sólo cuando el guardia que realiza el registro es varón. El tribunal nunca considera la posibilidad de que las víctimas masculinas de agresiones homosexuales, habiendo sido "feminizados" por agresores masculinos, se sientan aún peor por ahora sometidos a un trato comparable por parte de una mujer. Es una pregunta abierta si existe tal efecto, pero el hecho de no considerar esta posibilidad contrasta con la sensibilidad que los tribunales muestran hacia las mujeres víctimas de agresiones sexuales.

Incluso si suponemos tanto (a) que las mujeres son más adversamente afectadas por ser registradas y vistas desnudas por guardias del sexo opuesto; y (b) que es apropiado tratar a hombres y mujeres sobre la base de generalizaciones acerca de su sexo, aún así no se deduciría que las invasiones de la privacidad son permisibles para los prisioneros hombres pero no para las prisioneras mujeres. Podría no ser suficientemente malo para las mujeres reclusas justificar un fallo a su favor, a pesar de que sería peor para ellas que para los hombres reclusos. Alternativamente, y más plausiblemente, podría ser suficientemente malo para los prisioneros varones justificar un fallo a su favor, aunque no fuera tan malo como para las prisioneras mujeres.

"Las condiciones son diferentes"

Las justificaciones que los tribunales han proporcionado para sus sentencias relativas a la intimidad corporal de los reclusos y reclusas y a la igualdad de oportunidades en el empleo de guardias de ambos sexos a menudo se refieren a aspectos específicos del caso en cuestión. Con ello se pretende explicar por qué los tribunales llegaron a las sentencias concretas que dictaron. La afirmación implícita es que el caso en cuestión difiere de otros casos (donde los prisioneros o

guardias son de un sexo diferente) y por lo tanto las aparentes inconsistencias no son reales. En raras ocasiones los tribunales han intentado explícitamente explicar esas aparentes inconsistencias. Sin embargo, cuando examinamos los argumentos concretos que se han esgrimido, vemos que son insuficientes. Parecen ser racionalizaciones más que razonamientos sin prejuicios.

Los dos casos son muy raros, si es que alguna vez lo son, en todos los aspectos relevantes. Los juicios deben hacerse sobre la constelación completa de los hechos en un caso dado. Así, mostrar que dos casos con una variable común fueron decididos de dos maneras diferentes deja abierta la posibilidad de que otras variables en los casos den cuenta de la diferencia. Sin embargo, una tendencia surge cuando examinamos cada una de las variables que los tribunales han declarado relevantes en sus decisiones.

Una variable que los tribunales han citado como relevante en las sentencias relativas a las búsquedas cruzadas de género completamente vestidas es el grado de intrusión en la intimidad corporal en que se produce la búsqueda. Así pues, al justificar su decisión contra los reclusos varones que se oponían a esos registros, el tribunal en el caso *Smith v. Fairman* citó el hecho de que la zona genital estaba excluida en los registros que se estaban examinando.¹⁰² Sin embargo, en otros casos, cuando las guardias femeninas llevaron a cabo registros de cacheo que incluían el área de la ingle, los tribunales todavía fallaron en contra de los reclusos varones.¹⁰³ Y cuando los registros masculinos de las reclusas incluían el área de la ingle, entonces el tribunal falló a favor de las reclusas.¹⁰⁴ Ahora bien, es cierto que en uno de los casos que involucran a los demandantes varones, el tacto de la ingle y de las áreas anales fue dicho por el tribunal que era sólo "breve e incidental", mientras que en el caso de las demandantes mujeres, se dijo que el registro era más intrusivo que esto. Sin embargo, en otro caso que involucra a demandantes varones, el tribunal no menciona cuánto contacto se hizo con la zona de la ingle. Esto deja a uno preguntándose si el mayor contacto con los genitales femeninos (a través de la ropa) fue resaltado pero el contacto similar con los genitales masculinos fue simplemente pasado por alto. Por lo menos, uno se pregunta por qué el grado específico de contacto con los genitales masculinos no fue considerado o no se consideró digno de mención.

Las inconsistencias se hacen más claras si pasamos de los cacheos totalmente vestidos a los cacheos al desnudo y a los reclusos vistos desnudos por guardias del sexo opuesto. Muy a menudo ni siquiera se pide a los tribunales que dictaminen sobre los cacheos al desnudo de las reclusas por parte de los guardias varones, porque la política penitenciaria ya lo impide.¹⁰⁵ Y a veces las prisiones ya cuentan con mecanismos para proteger a las reclusas de ser vistas desnudas por los guardias hombres.¹⁰⁶ Por lo tanto, cuando los tribunales consideran que los reclusos varones que son vistos desnudos por las guardias mujeres son aceptables porque son infrecuentes y casuales, a distancia, o sólo a través de imágenes supuestamente borrosas en un monitor,¹⁰⁷ reclusos varones ya están siendo discriminados, incluso si no sólo por los tribunales. Y cuando se ha pedido a los tribunales que se pronuncien sobre las políticas penitenciarias que no protegen a las reclusas de esta manera (o que no lo hacen en la medida de lo posible), han tendido a imponer protecciones a la privacidad de las reclusas.¹⁰⁸

Sin embargo, el hecho de que los varones sean vistos con poca frecuencia, de manera casual, a distancia o a través de monitores indistintos, en realidad no importa si los tribunales fallan a su favor. Incluso cuando los reclusos varones son (regularmente) registrados al desnudo o en las cavidades corporales por guardias femeninas, los tribunales han dictaminado en contra de los reclusos varones.¹⁰⁹

Por lo tanto, las reclusas están protegidas incluso de la observación incidental y breve por parte de los guardias masculinos mientras están desnudas, mientras que los tribunales se negaron a proteger a los reclusos masculinos de ser sometidos a registros regulares al desnudo y en las cavidades corporales por parte de las guardias femeninas.

Al justificar la práctica de que las mujeres guardias registren a los presos varones, los tribunales a veces se han referido al profesionalismo de las mujeres guardias.¹¹⁰ La profesionalidad de los guardias varones rara vez se menciona, pero cuando se menciona, sólo se dice que no es suficiente para justificar el registro de una presa (aunque esté completamente vestida).¹¹¹

Tampoco la conducta claramente poco profesional de las guardias femeninas lleva a los tribunales a fallar a favor de los reclusos varones. Keith Somers demandó a las mujeres guardias que, en violación de la política de la prisión, lo registraron regularmente en las cavidades corporales. Alegaba que durante estos registros y cuando lo vigilaban mientras se duchaba, lo señalaban y hacían bromas entre ellos.¹¹² Un juez de primera instancia y luego el Tribunal de Distrito denegaron a los guardias la inmunidad de la demanda. Los guardias apelaron esta decisión y el Tribunal de Apelaciones revocó el fallo. Es decir, se pronunció a favor de las guardias femeninas y en contra del prisionero masculino. Esta decisión no se basó en una apreciación alternativa de los hechos, que no parecen haber sido cuestionados, sino en una cuestión de Derecho. La Corte de Apelaciones interpretó la cuestión ante ella de manera estricta - si "en el momento de la supuesta conducta, un recluso varón había establecido claramente los derechos de la Cuarta u Octava Enmienda de estar libre de los registros visuales rutinarios de las cavidades corporales y de la visión de la ducha por parte de las guardias femeninas".¹¹³ El Tribunal concluyó que no lo hizo.

Esto es extraño. El derecho de la Cuarta Enmienda protege contra "registros irrazonables". Es difícil entender cómo un registro prohibido por la política penitenciaria puede considerarse un registro razonable, en particular si se tiene en cuenta que la política que prohíbe a las mujeres guardias realizar registros visuales rutinarios de las cavidades corporales de los hombres reclusos es razonable. La Octava Enmienda protege contra castigos crueles e inusuales. Los tribunales han encontrado regularmente que las reclusas tienen el derecho a la Octava Enmienda contra invasiones mucho menores. Por lo tanto, parece discriminatorio negar a los hombres protección contra invasiones mucho más graves. El Tribunal era consciente de ello y, por lo tanto, intentó demostrar explícitamente que, contrariamente a las apariencias, no había ninguna incoherencia real. Sin embargo, los argumentos que ha planteado con este fin son los que he considerado anteriormente y rechazado.¹¹⁴

Otra forma en que los tribunales de los Estados Unidos han tratado de justificar las sentencias que dictan en casos particulares es apelando al nivel de seguridad requerido en un contexto carcelario determinado. La razón es que cuanto mayor sea la necesidad de seguridad para un registro, mayor será la necesidad de demostrar que un registro en particular es irrazonable.

Existe, por supuesto, una distinción entre si un determinado tipo de búsqueda es razonable y si el mismo registro realizado por alguien del sexo opuesto es razonable. Dado que los requisitos de seguridad en sí mismos podrían satisfacerse plenamente si no se permitiera la supervisión entre los géneros, es necesario explicar también por qué las necesidades de seguridad deberían satisfacerse mediante la supervisión entre los géneros. Esto se hace normalmente apelando a la igualdad de oportunidades de empleo. Consideraré ese argumento más adelante.

Por ahora cabe señalar que los tribunales invocan la consideración de seguridad de manera selectiva. Cuando hay mayores problemas de seguridad en los casos en los que intervienen hombres, se invoca para justificar una mayor invasión de la intimidad.¹¹⁵ De manera similar, cuando hay menos problemas de seguridad en los casos que involucran a mujeres reclusas, los tribunales apelan a ello para demostrar que las invasiones de la privacidad son irrazonables.

Sin embargo, cuando los tribunales han examinado casos que incluyen a mujeres reclusas de máxima seguridad, no han invocado consideraciones de seguridad para justificar mayores invasiones de la intimidad de las mujeres por parte de los guardias masculinos.¹¹⁶ De manera similar, en el caso de un hombre que aún no había sido condenado por un delito y que, en cambio,

estaba en prisión preventiva, el tribunal no dictaminó a su favor que las guardias femeninas no lo vieran desnudo.¹¹⁷ Debido a que uno es legalmente inocente hasta que se demuestre lo contrario, el tribunal no protegió a un hombre inocente que se quejó de ser visto desnudo por guardias femeninas.

Existe una inconsistencia aún más flagrante en el razonamiento judicial sobre la privacidad corporal de los reclusos y las reclusas. Como se señaló anteriormente, las cárceles de mujeres, incluso antes de que los asuntos lleguen a los tribunales, tienden a contar con al menos algunos mecanismos para proteger a los reclusos de la vista de los guardias de sexo masculino mientras los reclusos se encuentran en estado de desvestirse o de usar el retrete. Por ejemplo, se les permite cubrir las ventanas de las puertas de sus celdas durante quince minutos mientras usan el baño o se cambian. Las pantallas traslúcidas los protegen de la vista masculina mientras se duchan.¹¹⁸ Aunque a los presos varones ocasionalmente se les otorga esta protección, por lo general no lo hacen. No tienen derecho a cubrir las ventanas de sus celdas y no se les dan pantallas o cortinas para protegerlas de la vista de las mujeres guardias. Sin embargo, al ofrecer sus juicios en contra de ofrecer a los hombres las mismas protecciones que a las mujeres, los tribunales se apresuran a señalar que los hombres reclusos que se preocupan por su modestia podrían protegerse a sí mismos "ajustando sus propios hábitos".¹¹⁹ Más específicamente: "El uso de una toalla para cubrirse mientras se usa el baño o mientras se viste y se posiciona el cuerpo mientras se ducha o usa un urinario permite a los reclusos más modestos minimizar las invasiones de su privacidad."¹²⁰ Pero es obvio que tales mecanismos están tan abiertos a las reclusas como a los reclusos. Por supuesto, no protegen a los varones de los cacheos al desnudo ni de los cacheos en las cavidades corporales, que simplemente no pueden llevarse a cabo sin violar la privacidad corporal del prisionero. Sin embargo, si las medidas sugeridas son adecuadas para los hombres, también deberían serlo para las mujeres. Y si no son adecuados para las mujeres, no hay razón para pensar que sean adecuados para los hombres. Cuando los tribunales hacen estas sugerencias a los varones, al tiempo que añaden a las protecciones formales que tienen las reclusas, discriminan injustamente a los varones.

Igualdad de oportunidades de empleo

Un tema recurrente en las causas judiciales relativas a la supervisión penitenciaria entre hombres y mujeres es el de la igualdad de oportunidades en el empleo. Tanto los guardias hombres como las mujeres han argumentado que excluirlos de puestos y tareas que comprometen la privacidad de los reclusos del sexo opuesto limita su propia igualdad de oportunidades de empleo. Los tribunales han tendido a sacrificar los intereses de privacidad de los reclusos varones para proteger las oportunidades de empleo de las mujeres guardias. Sin embargo, han tendido a pronunciarse a favor de la igualdad de intereses en el empleo de los guardias sólo en la medida en que ello sea compatible con la preservación de los intereses de privacidad de las reclusas.

La mayoría de los tribunales han reconocido al menos que existe un conflicto entre los intereses de privacidad de los reclusos y los intereses de oportunidad de empleo de los guardias. Sin embargo, un tribunal que encontró para las mujeres guardias rechazó los argumentos de los reclusos de que se respetara su privacidad, porque este último punto de vista se basaba en la caracterización sexual estereotípica de que ver a un recluso desnudo o realizando funciones corporales, por un miembro del sexo opuesto, es intrínsecamente más odioso que ver a un miembro del propio sexo".¹²¹ El tribunal alegó que esta suposición no puede resistir el escrutinio.

Si esta afirmación se aplicara de manera consistente, se aplicaría tanto a las reclusas que están siendo observadas, registradas al desnudo y registradas en la cavidad corporal por los guardias masculinos como a las reclusos desnudos que están siendo observados y registrados por las guardias femeninas. Sin embargo, los tribunales no afirman que no hay diferencia entre las mujeres reclusas que son vistas desnudas por guardias hombres o mujeres. Siempre toman la visión de los guardias masculinos como algo peor. Por lo tanto, decir que la visión entre géneros no es más odiosa que la

visión entre personas del mismo sexo sólo cuando son hombres desnudos los que están siendo vistos es otra manifestación de que la privacidad corporal masculina está siendo tomada menos en serio. También es una prueba de mi afirmación anterior de que los tribunales se dedican a racionalizar los prejuicios más que a razonar honestamente.

El hecho de que los tribunales sean incoherentes en este asunto no nos dice nada acerca de cómo debe arreglarse la incoherencia. Hay al menos dos opciones. Uno podría estar de acuerdo en que ser visto desnudo por no íntimos del sexo opuesto (sin el permiso de uno) no es peor que ser visto por no íntimos del mismo sexo, y luego aplicar esto por igual a hombres y mujeres. Alternativamente, se podría decir que la visión de género cruzado es peor y luego aplicarla por igual a hombres y mujeres. ¿Cuál es correcto?

Cualquier observación de una persona en estado de desnudez sin el consentimiento de esa persona es una invasión de la privacidad corporal. Esto es cierto independientemente de si el observador es del mismo sexo o de otro sexo. La gravedad de la invasión varía en función de una serie de factores, como el grado de desnudez, la duración de la exposición, el número de personas que observan la exposición y la sensibilidad de la persona expuesta a la misma. Con respecto a este último punto, cuanto más tímido sea alguien en cuanto a estar expuesto, peor será la exposición. La mayoría de las personas son más tímidas sobre estar desnudas en presencia de (no íntimos) del sexo opuesto. Por lo tanto, como mínimo, la mayoría de las personas experimentarán una exposición cruzada de género como peor. Eso debería ser algo que los tribunales -y el resto de nosotros- consideremos. Pero el peso que se le dé a esto debe depender tanto de cuán razonable es ser más tímido a la hora de exponerse a personas del sexo opuesto como de la medida en que se deban considerar incluso preferencias irrazonables.

En general (pero no sin excepción) es razonable ser más tímido sobre la exposición corporal a personas del sexo opuesto. Esto se debe a que la modestia corporal es en parte una función de cómo otros percibirán la exposición de uno, y de cómo uno imagina que la percibirán. Si el espectador tiene un interés sexual, ya sea psicológico o fisiológico,¹²² la invasión es mayor que si el espectador no tiene tal respuesta. Las probabilidades de que alguien del sexo opuesto tenga algún tipo de interés sexual son mucho mayores que las de alguien del mismo sexo. Incluso cuando las personas del sexo opuesto tienen una respuesta profesional externa a la exposición de uno, uno podría preguntarse si tienen algún interés sexual o excitación adicional. Esto se debe a que la presencia de un interés y comportamiento profesional no es incompatible con otros intereses. Por lo tanto, como generalización, la exposición de género cruzado es peor.

Es una generalización porque el interés sexual no siempre es heterosexual. En una minoría significativa de casos, el interés sexual es homosexual. En tales casos, la gravedad de la exposición a alguien del mismo sexo es comparable a la de la exposición a personas del sexo opuesto. Es interesante que aunque hoy somos mucho más conscientes de la prevalencia de la homosexualidad y del hecho de que el hecho de que alguien sea homosexual puede no ser visible para los demás, las implicaciones de esto se suprimen. Por ejemplo, si la exposición corporal a homosexuales del mismo sexo que uno mismo es comparable a la exposición a heterosexuales de otro sexo, uno debería presumiblemente querer protecciones comparables de la privacidad corporal contra la exposición a cada uno.¹²³ Sin embargo, los aseos y vestuarios para un solo sexo no ofrecen este tipo de alojamiento, y la mayoría de las personas no parecen estar perturbadas por ello. En cambio, parecen estar negando que algunos de los que comparten estos inodoros y cambian de cuarto con ellos puedan estar viéndolos de la misma manera que lo haría un miembro heterosexual del sexo opuesto.¹²⁴ No está claro hasta qué punto debemos considerar esta negación irracional y hasta qué punto debemos ignorarla.

El interés sexual podría no ser el único factor relevante que hace que la exposición entre géneros sea más problemática. Dejo abierta la cuestión de si la exposición de partes del cuerpo no poseídas por la persona que las ve justifica una mayor timidez.

Deberíamos concluir que la exposición a alguien del sexo opuesto es generalmente peor. Parte de esto es atribuible al hecho de que la exposición a personas del sexo opuesto se siente peor para la mayoría de las personas. Es peor de esa manera, incluso si la percepción no es tan precisa como podría ser. El sexo del espectador se toma, al menos en parte, como un indicador de su orientación sexual. La percepción sería más exacta si también tuviera en cuenta la orientación sexual.¹²⁵ Pero el uso del sexo de una persona sigue siendo una guía más precisa del nivel de invasión que la política de ignorar el sexo de la persona que ve la desnudez de los demás.

Habiendo concluido que ser visto desnudo por personas del sexo opuesto es generalmente peor que ser visto por personas del mismo sexo, necesitamos determinar cómo esto debe ser sopesado contra el interés de los guardias (y los guardias potenciales) en las oportunidades de empleo. Más concretamente, ¿se ha justificado que los tribunales den prioridad a las oportunidades de empleo de las mujeres guardias sobre los intereses de privacidad de los hombres reclusos, aunque no hayan dado prioridad a los intereses de empleo de los hombres guardias sobre los intereses de privacidad de las mujeres reclusas?

Un argumento importante que defiende la aparente incoherencia es este. La mayoría de los prisioneros son hombres. Si se restringiera a las mujeres a vigilar sólo a las reclusas, tendrían muchas menos oportunidades que los guardias varones. En otras palabras, el respeto a los intereses de privacidad de los reclusos afecta más a las mujeres guardias que el respeto a los intereses de privacidad de las mujeres reclusas afecta a los hombres guardias.

Una forma de impugnar este argumento sería comparar la proporción de mujeres reclusas con la proporción de mujeres que son o quieren ser guardias de prisiones. Si las mujeres están igualmente infrarrepresentadas en ambas categorías, los guardias de sexo femenino y masculino pueden tener las mismas oportunidades, aunque sean diferentes. Si ese fuera el caso, el argumento no se saldría de los bloques de salida. Sin embargo, asumamos por el bien del argumento de que las oportunidades para las mujeres guardias serían más limitadas que las oportunidades para los hombres guardias si se prohibiera o restringiera la supervisión de género cruzado. Hay algunas razones por las que todavía no está claro que los hombres y las mujeres puedan ser tratados de manera diferente.

En primer lugar, si bien las mujeres guardias tendrían un mayor costo en las oportunidades de empleo que los hombres si se prohibiera o restringiera la supervisión entre los géneros, los hombres reclusos tendrían un mayor costo de privacidad que las mujeres reclusas si se permitiera la supervisión entre los géneros. En otras palabras, cada política tiene un impacto desproporcionado en uno u otro sexo. Algunos podrían sugerir que los derechos de los guardias deberían ser priorizados sobre los derechos de los prisioneros porque los prisioneros están siendo castigados. Si las dificultades han de ser soportadas, deben ser soportadas por aquellos que están siendo castigados.

Pero esto nos lleva a problemas adicionales con el tratamiento asimétrico de los guardias y prisioneros hombres y mujeres. No explica por qué se han sacrificado los intereses privados de los hombres detenidos antes del juicio en aras de las oportunidades de empleo de las mujeres guardias. Además, aunque los presos condenados renuncian a algunos de sus derechos de privacidad al ser condenados por un delito que puede ser cometido en la cárcel, siguen teniendo un derecho truncado. (Los tribunales lo han reconocido, aunque tienden a proteger un derecho truncado a la privacidad sólo si los reclusos son mujeres.¹²⁶) Ser visto por un guardia del sexo opuesto no se hace menos intrusivo sólo porque las oportunidades de empleo de ese guardia se verían restringidas si se le impidiera ver a la prisionera desnuda. Si un preso tiene derecho a no ser visto desnudo por un

guardia del sexo opuesto, entonces el derecho a la igualdad de oportunidades de empleo es simplemente discutible. Nadie tiene derecho a un empleo que viole los derechos de los demás. Por lo tanto, la pregunta previa es si el prisionero tiene derecho a no ser visto desnudo por guardias del sexo opuesto. Si lo hace, entonces la guardia no tiene derecho a un trabajo que implique verlo desnudo, aunque eso restrinja sus oportunidades de empleo.

Sin embargo, ¿qué pasaría si se rechazara este razonamiento y se afirmara que el derecho de una reclusa a no ser vista desnuda por una guardia femenina depende en parte de sus oportunidades de empleo? En primer lugar, habría que tener en cuenta que lo mismo habría que decir de las reclusas si resultara que las oportunidades de empleo de los guardias varones se veían afectadas negativamente. Dudo mucho que, ante tal situación, los tribunales, dado su sesgo actual, sacrifiquen realmente la privacidad corporal de las reclusas. Es fácil para ellos o para sus defensores decir que gobernarían de manera diferente, pero no vemos nada en su razonamiento que nos lleve a pensar que esto es cierto.

Por ejemplo, los intereses de privacidad de los presos y los intereses de los guardias en cuanto a oportunidades de empleo no siempre están en conflicto. Como vimos anteriormente, los tribunales han encontrado formas de proteger la privacidad de las reclusas sin comprometer significativamente las oportunidades de empleo de los guardias varones. Sin embargo, no han hecho ningún esfuerzo en favor de los reclusos varones. La evidencia abrumadora es que la privacidad de los presos varones se toma menos en serio y se considera menos importante. De hecho, aquellos que toleran las mayores invasiones de la privacidad masculina a menudo dicen lo mismo. Piensan que su opinión puede estar justificada, pero antes he demostrado que no puede estarlo.

Si se diera la vuelta a la situación y se protegiera a los hombres de las invasiones no deseadas de la intimidad corporal de la forma en que lo están ahora las mujeres, y las mujeres estuvieran tan desprotegidas como los hombres en la actualidad, podemos estar seguros de que las feministas estarían denunciando esto como otra manifestación de sexismo contra las mujeres. Tendrían razón al hacerlo. Pero, dada la situación actual, deberíamos concluir que el hecho de no tener debidamente en cuenta la intimidad corporal de los hombres es injustamente discriminatorio.

Esperanza de vida

La menor esperanza de vida de los hombres es una desventaja. No es necesario afirmar que toda la diferencia en la duración de la vida entre los sexos es atribuible a la discriminación para poder pensar que parte de ella lo es. Actualmente no es posible -y puede que nunca lo sea- determinar qué proporción de la diferencia es consecuencia de la discriminación. Sin embargo, no es necesario determinar la proporción exacta para demostrar que la menor esperanza de vida de los hombres es en parte consecuencia del trato discriminatorio. Ya hemos visto que la violencia letal a la que están sometidos los hombres de manera desproporcionada es a menudo producto de la discriminación, y por lo tanto podemos concluir que este factor que contribuye a la reducción de la esperanza de vida de los hombres debe ser el producto de la discriminación. Sin embargo, hay otros factores que también son el resultado de la discriminación.

Cuando la esperanza de vida de las mujeres es menor que la de los hombres, algunas feministas lo consideran una prueba de discriminación contra las mujeres. Este es el caso incluso cuando una mayor mortalidad femenina es atribuible a fenómenos biológicos como la mortalidad periparto. Las feministas no se equivocan al decir esto. Aunque sólo las mujeres pueden quedar embarazadas y, por lo tanto, sólo ellas son susceptibles a los riesgos del embarazo y el parto, los factores sociales influyen en la frecuencia con que las mujeres quedan embarazadas, en el control que tienen sobre si quedan embarazadas y cuándo y de qué recursos médicos disponen cuando gestan y dan a luz a un hijo. Pero se pueden hacer afirmaciones paralelas sobre las condiciones biológicas a las que los hombres son más propensos. Por ejemplo, si los recursos se destinan a la investigación y el

tratamiento de las afecciones a las que los hombres tienen más probabilidades de sucumbir es a menudo una cuestión de elección social. Las decisiones se toman a menudo de manera que no protegen a los hombres.

Por ejemplo, algunas disparidades en el financiamiento de la investigación médica favorecen a las mujeres. En 1993, por ejemplo, el Instituto Nacional del Cáncer (EE.UU.) "presupuestó 273 millones de dólares para la investigación de cánceres específicos de la mujer, incluidos los de mama, cuello uterino, ovario y útero, y 41 millones de dólares para la investigación de cánceres específicos de los hombres, incluidos los de próstata y testículo".¹²⁷ Aunque estos cánceres específicamente masculinos matan a menos personas que los femeninos, cabe destacar que los gastos de investigación del Instituto Nacional del Cáncer en cáncer de mama, que mata a 46.000 mujeres al año en los EE.UU., superan la cantidad gastada en investigación sobre el cáncer de pulmón, una enfermedad que mata a 93.000 hombres y 56.000 mujeres al año.¹²⁸

La afirmación de que algunas disparidades en el financiamiento de la investigación médica favorecen a las mujeres no excluye la posibilidad de que otras favorezcan a los hombres. Hubo una percepción generalizada de que en los Estados Unidos se estaban realizando más ensayos en hombres.¹²⁹ Esto condujo a la adopción de medidas especiales para rectificar este problema percibido. Otros han encontrado que las mujeres no estaban subrepresentadas incluso antes de que se introdujeran las medidas rectificatorias antes mencionadas, y que la percepción se basaba en malentendidos.¹³⁰ Sin embargo, incluso si hay algunas disparidades en la investigación que favorecen a los hombres, esto no socavaría la afirmación de que hay (también otras) maneras en que las mujeres son favorecidas por las prácticas de investigación actuales. Esto podría explicar parcialmente las diferencias en la esperanza de vida de hombres y mujeres. Es decir, si las mujeres no fueran favorecidas de alguna manera, los diferenciales de esperanza de vida podrían ser menores de lo que son actualmente.

No se puede concluir que en la investigación médica haya un favoritismo neto de las mujeres sobre los hombres. Para hacer tal afirmación, se necesitaría una investigación cuidadosa de toda esa investigación. No conozco ningún estudio de este tipo. Sin embargo, a falta de tales estudios, también se carece de pruebas para afirmar que existe una discriminación neta *contra* las mujeres. Por lo tanto, si los casos de supuestos prejuicios contra las mujeres en la investigación médica se consideran pertinentes, entonces los casos de prejuicios contra los hombres, el sexo con la menor esperanza de vida, son al menos igual de pertinentes.

Vimos en el capítulo 2 que los hombres están en mayor riesgo de suicidio. Algunos podrían sugerir que debido a que el suicidio es algo que uno se hace a sí mismo, los hombres no están siendo discriminados. Esto es, a lo sumo, sólo parcialmente cierto. Aunque algunos suicidios son racionales, muchos no lo son. Cuando son el producto de la psicopatología no son el resultado de una elección libre e informada. Si bien la patología en cuestión puede no tener ninguna contribución social, también es muy posible que la tenga. Esto se apoya en el hecho de que las tasas de suicidio varían geográfica e históricamente y que hay al menos un lugar -China (y especialmente la China rural)- donde, como vimos en el capítulo 2, la tasa de suicidio de las mujeres es más alta que la de los hombres. Hay varios factores sociales posibles que podrían contribuir a las tasas más altas de suicidio en los hombres. Por ejemplo, los hombres pueden estar bajo mayor estrés. Su papel de género podría inclinarlos a una mayor letalidad en sus intentos de suicidio. De hecho, estos factores pueden darse incluso en casos en los que el suicidio no es irracional. No estoy afirmando que sea cierto que los factores sociales discriminatorios influyen en la tasa de suicidio masculino. En vez de eso, estoy afirmando que podrían hacerlo. Es una cuestión que requiere un estudio más profundo.

Otro factor que contribuye a la menor esperanza de vida de los hombres es el número desproporcionado de hombres entre las víctimas mortales en el lugar de trabajo. Ahora, algunos podrían argumentar que los hombres constituyen un mayor número de muertes en el lugar de

trabajo porque los hombres constituyen un número desproporcionado de aquellos empleados en ocupaciones más peligrosas. Se podría decir que, dado que los hombres eligen tales ocupaciones, no están siendo discriminados.

Si este argumento pretende demostrar que las muertes en el lugar de trabajo no implican discriminación contra los hombres, entonces fracasa. En primer lugar, aunque los resultados de diferentes estudios no han sido consistentes, al menos algunos estudios han encontrado que la tasa de accidentes mortales entre los hombres es mayor que la de las mujeres, incluso en las mismas ocupaciones.¹³¹ A esto se podría responder que esto se debe a que los hombres eligen tomar mayores riesgos. Sin embargo, incluso si concedemos que los hombres asuman mayores riesgos, esto no excluye la posibilidad de discriminación. Los hombres pueden ser presionados, por ejemplo, para que asuman tales riesgos. La presión puede ser explícita o implícita en su papel de género. Una vez más, no estoy afirmando que éste sea el caso, sino sólo que podría serlo. Si se piensa que las opciones de las mujeres pueden ser presionadas o que las mujeres eligen bajo la influencia de roles de género discriminatorios, entonces no hay ninguna razón por la que no pueda ocurrir lo mismo con los hombres.

Algo similar podría decirse aunque sólo sea el caso de que los hombres sufran más muertes en el trabajo porque hay más hombres en ocupaciones peligrosas. En muchos lugares, las mujeres ya no están excluidas de estas y otras ocupaciones. Por lo tanto, las mujeres están eligiendo las ocupaciones a las que se incorporan y las que no. O esas elecciones son libres o no lo son. Si no son libres, tal vez porque las ocupaciones son altamente sexistas, entonces no hay razón para pensar que los hombres eligen libremente entrar en esas ocupaciones. Sus opciones también están influenciadas por la naturaleza de género de las ocupaciones. Y si las opciones de entrar o no en determinadas ocupaciones son gratuitas, entonces no hay motivos para quejarse de que las mujeres estén infrarrepresentadas en aquellas ocupaciones de las que no se les prohíbe el acceso, pero en las que no eligen entrar. No puede darse el caso de que las mujeres sean víctimas de discriminación cuando están infrarrepresentadas en puestos deseables, pero los hombres no son discriminados cuando están sobrerrepresentados en puestos indeseables o peligrosos.

Encarcelamiento y pena capital

Aunque aproximadamente la mitad de la población humana es masculina, más del 90% de los encarcelados y una proporción aún mayor de los ejecutados son hombres. ¿Es esta representación excesiva de los hombres un producto, al menos en parte, de discriminación? Algunos han sugerido que no lo es. Han argumentado que los hombres cometen la mayoría de los delitos y especialmente los más violentos, por lo que no es sorprendente que la mayoría de los encarcelados y ejecutados sean hombres. Más específicamente, aquellos que avanzan en este argumento afirman (o deberían afirmar) que el castigo judicial desproporcionado infligido a los hombres es en sí mismo proporcional a la cantidad y severidad desproporcionadas de los delitos que cometen. Porque si la diferencia de castigo entre los sexos es superior a la diferencia de delitos, otra cosa que no sea el desierto tendría que explicar el incremento adicional de la pena.

¿Es eso un argumento sólido? Por el momento, dejemos de lado la cuestión de si la proporción de castigos infligidos a los hombres coincide con la proporción de delitos cometidos por ellos. Incluso si se respondiera afirmativamente a esa pregunta, tendríamos que preguntar por qué los hombres son responsables de tantos delitos. Esta pregunta sería paralela a las preguntas feministas sobre por qué las mujeres realizan tanto más trabajo doméstico y de cuidado de niños. Algunos podrían estar tentados a atribuir tales fenómenos a las diferencias naturales entre hombres y mujeres. Este razonamiento se aplica igualmente, por supuesto, a los casos en que las supuestas diferencias naturales perjudican a las mujeres, así como a los casos en que perjudican a los hombres. Por consiguiente, la mayoría de las feministas se mostrarán reacias a aceptar esta explicación. Tienen razón al mostrarse reticentes a la hora de invocar tal explicación. Si bien es

cierto que más hombres están más dispuestos a la conducta delictiva violenta, es muy probable, como hemos visto, que exista un refuerzo social de los rasgos que los inclinan a tal comportamiento. A veces la presión social es explícitamente para cometer delitos, como cuando se alienta a los jóvenes varones que buscan la aceptación de sus pares en pandillas a participar en conductas delictivas. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el refuerzo social es más bien ascendente que próximo. Se alienta a los hombres a ser más agresivos, a proteger el césped, a mantener y proteger a las mujeres y los niños, a competir por sus parejas y, en el proceso, a exponerse a mayores riesgos. En algunas circunstancias, estos rasgos hacen que los hombres estén particularmente dispuestos a cometer delitos. Si ese es el caso, entonces el rol de género masculino juega un papel en el crimen masculino. Si los hombres (y las mujeres) fueran socializados de manera diferente, entonces proporcionalmente menos crimen sería atribuible a los hombres, y entonces menos hombres experimentarían castigos judiciales severos.

Hasta ahora he estado asumiendo, por el bien del argumento, que la parte desproporcionada de hombres en el encarcelamiento y la ejecución coincide con la parte desproporcionada de hombres en los delitos (graves). Sin embargo, hay buenas razones para cuestionar esta suposición.

Muchos estudios han investigado si las mujeres son tratadas con más indulgencia que los hombres por los agentes del orden y por el proceso judicial. Mientras que algunos estudios han encontrado que las mujeres no son tratadas con más indulgencia,¹²³ la mayoría de los estudios han encontrado que el sexo de una persona hace alguna diferencia,¹³³ aunque la diferencia que hace es complicada.

Hay varios nodos de decisión en el sistema de justicia penal. Estas incluyen decisiones sobre si arrestar, si procesar, si permitir o no la libertad previa al juicio, si aceptar un acuerdo de culpabilidad, si condenar, qué sentencia imponer, si conceder la libertad condicional y si conmutar una sentencia. La mayoría de los estudios se han centrado en las sentencias, pero ha habido algunas investigaciones en otras etapas.

Por ejemplo, un estudio encontró que, al controlar las variables legales relevantes, las mujeres delincuentes tenían un 28% menos de probabilidades que los hombres de ser arrestadas por secuestro, un 48% menos de ser arrestadas por acaricio forzado, un 9% por agresión simple y un 27% por intimidación.¹³⁴ Sin embargo, el mismo estudio encontró que las mujeres tenían un 5% más de probabilidad de ser arrestadas por asalto agravado.¹³⁵

Otro estudio encontró que mientras que "los factores legales son los determinantes más fuertes de si un acusado es liberado o detenido... las mujeres acusadas son significativamente menos propensas a ser detenidas que los hombres acusados, controlando factores extralegales, legales y contextuales importantes".¹³⁶ De hecho, se encontró que la posibilidad de detención preventiva era aproximadamente un 37% menor para las mujeres que para los hombres acusados.¹³⁷ Después de un análisis más profundo, se encontró que las mujeres se beneficiaron en cada etapa de la decisión sobre la liberación antes del juicio. Tenían menos probabilidades de recibir detención preventiva, menos probabilidades de que se les impusieran condiciones financieras para su puesta en libertad, de que se les impusiera una fianza menor cuando se dieran las condiciones financieras y de que se les mantuviera en libertad bajo fianza.¹³⁸ Otros estudios también han encontrado que las mujeres son tratadas con más indulgencia en las decisiones de liberación antes del ensayo.¹³⁹

Muchos estudios han encontrado que es probable que las mujeres sean tratadas con más indulgencia que los hombres al dictar sentencia, incluso después de haber controlado variables relevantes relacionadas con asuntos tales como la gravedad del delito y delitos anteriores.¹⁴⁰

Sin embargo, los resultados de todos los estudios que muestran indulgencia hacia las mujeres son complicados. Algunos estudios han encontrado que el sexo de la víctima también hace una diferencia. Cuando la víctima es una mujer, es más probable que el agresor sea arrestado. En un

estudio se encontró que cuando "una mujer era víctima de un delito, las probabilidades de arresto aumentaban en un 69 por ciento por secuestro, en un 26 por ciento por manoseo forzado, en un 13 por ciento por asalto agravado, en un 25 por ciento por asalto simple y en un 15 por ciento por intimidación".¹⁴¹ Muchos estudios han encontrado que los efectos de género se hacen más pronunciados cuando interactúan con la raza o etnia, así como con la edad.¹⁴² Así, en los Estados Unidos, mientras que los hombres blancos son tratados más duramente que las mujeres, la mayor diferencia es entre los hombres jóvenes negros o hispanos y las mujeres blancas.

Si bien el balance de la evidencia sugiere que las mujeres son tratadas con más indulgencia en el sistema de justicia penal, existe un considerable desacuerdo sobre lo que explica este fenómeno. Una hipótesis popular ha sido la llamada explicación de caballerosidad, según la cual las actitudes sociales benévolas y protectoras hacia las mujeres explican por qué son tratadas con más indulgencia. Una variante de la hipótesis de caballerosidad sostiene que el trato indulgente se otorga sólo a las mujeres que cumplen con los atributos y comportamientos tradicionales de los roles de género.¹⁴³ Una hipótesis relacionada dice que el estatus familiar (incluyendo el matrimonio y el cuidado de dependientes) hace la diferencia. Estas teorías suelen ser avanzadas, aunque sólo sea implícitamente, como explicaciones completas de por qué las mujeres son tratadas con más indulgencia. Sin embargo, si ninguna de ellas constituye una explicación completa de la discrepancia, es muy posible que alguna permutación o combinación de ellas explique correctamente por qué las mujeres tienden a ser tratadas con más indulgencia. Además, si bien es cierto que la explicación correcta marca la diferencia, no está claro que, a efectos de mi argumento, sí lo esté. Hay buenas razones para pensar que se está produciendo alguna forma de discriminación, independientemente de cuál sea la explicación precisa.

Si la hipótesis de caballerosidad es una explicación completa o parcial de la mayor indulgencia concedida a las mujeres, entonces las mujeres disfrutaban de un beneficio que los hombres no disfrutaban. Si una explicación de caballerosidad más selectiva juega un papel, entonces aquellas mujeres que se desvían de su rol de género no son tratadas con indulgencia. Sin embargo, esto no significa que no se esté produciendo discriminación por razón de sexo. Cuando todas las mujeres están injustamente desfavorecidas y sólo algunos hombres están favorecidos, las feministas rutinariamente toman esto como sexismo. Están en lo cierto al decir que no hay razón para pensar que la discriminación sexual debe favorecer a todos los miembros de un sexo y desfavorecer a todos los miembros de otro sexo. Si ese es el caso, los hombres son discriminados en el presente caso. No tienen ninguna posibilidad de recibir el beneficio de un trato caballeroso en el sistema judicial, mientras que las mujeres sí tienen esa posibilidad.

Algunos han sugerido que si la hipótesis de la familia explica al menos algunos de los tratamientos más indulgentes de las mujeres, entonces las mujeres están siendo favorecidas, no porque sean mujeres, sino porque realizan más trabajo de cuidado que los hombres.¹⁴⁴ Pero esto tampoco significa que no haya discriminación por razón de sexo. Las feministas señalan correctamente, en otros contextos, que las normas y prácticas que son formalmente neutrales en cuanto al género pueden tener un efecto dispar en hombres y mujeres. Por ejemplo, a veces se dice que los horarios de trabajo inflexibles tienen un impacto dispar. Dado que las mujeres soportan la mayor carga del cuidado de los hijos, la rigidez de los horarios de trabajo les dificulta más que a los hombres el cumplimiento de los horarios de trabajo exigidos, a pesar de que el requisito se aplica, a primera vista, por igual a ambos sexos. Cuando una política o práctica tiene un impacto tan dispar, las feministas tienden a considerar que la política o práctica es injustamente discriminatoria. Pero si ese es el caso, entonces deberíamos decir lo mismo sobre el impacto dispar de los fenómenos que perjudican a los hombres. Más específicamente, es discriminatorio que los tribunales favorezcan la contribución de las mujeres al cuidado de los hijos por encima de la contribución económica de los hombres.

Ahora bien, se podría sugerir que existe una diferencia entre los dos casos porque las mujeres son presionadas para que asuman sus funciones de cuidado de los hijos y, por lo tanto, es injusto ponerlas en desventaja sobre la base de esa función. Por el contrario, según el argumento, no es injusto poner en desventaja a los hombres porque no desempeñan un papel en el que se presiona a las mujeres. Sin embargo, hay algunos problemas con este argumento. En primer lugar, no está claro que las mujeres se sientan más presionadas a desempeñar sus funciones de cuidado de los hijos que los hombres a desempeñar sus funciones de sostén de la familia. Por lo tanto, es tan injusto que los hombres se vean perjudicados por un papel en el que se les presiona como lo es que las mujeres se vean perjudicadas por un papel en el que se les presiona. En segundo lugar, incluso si las mujeres están más presionadas para que asuman sus funciones, sigue siendo injusto que los tribunales las favorezcan sobre esa base. Los acusados de delitos y los condenados deben recibir el mismo trato. Favorecer a algunas personas porque desempeñan un papel social particular, incluso si se les presiona para que asuman ese papel, es tratar a las personas de manera desigual.¹⁴⁵ Imaginemos, por ejemplo, que los soldados declarados culpables de violación durante la guerra son tratados con más indulgencia porque se les presiona o incluso se les obliga a combatir. Las feministas se opondrían a ello. Sin embargo, esas feministas deben reconocer que el castigo debe distribuirse sin tener en cuenta los roles de género.

Otros que se sienten incómodos al admitir que el trato más indulgente hacia las mujeres constituye una discriminación contra los hombres han sugerido que este hallazgo repetido es un artefacto de una metodología inadecuada. Un par de autores, por ejemplo, sugirieron que si "los traficantes de crack masculinos suelen comerciar en cantidades mayores que las femeninas" o "si los hombres suelen ocupar puestos más altos en las redes de distribución[de drogas]", y las investigaciones no logran controlarlo, podría parecer que las mujeres están siendo tratadas con más indulgencia, aunque ese no sea el caso.

De hecho, es una posibilidad. Sin embargo, en el mismo artículo, estos autores afirman que el sesgo de selección de muestras podría llevar a una subestimación del impacto que la raza de un delincuente tiene en cómo es tratado por el sistema de justicia penal. Por lo tanto, se observa que si "los fiscales examinaron más de los casos de robo de blancos menos graves que los de robo de negros", un "hallazgo de que no hay efectos raciales" al dictar sentencia... podría interpretarse como una indicación de que los casos de blancos y negros fueron tratados de la misma manera, pero no refleja la ventaja acumulativa que se otorga a los blancos".¹⁴⁷ Es curioso, sin embargo, que estos autores no consideraran la posibilidad de que este último peligro pudiera explicar el efecto sexual que parece ser menor de lo que realmente es.

¿Por qué no declararon esta posibilidad? La respuesta más plausible es que los resultados reales de los diversos estudios no se ajustan a sus preconcepciones. Por lo tanto, aunque es posible que el efecto sexual sea menor de lo que parece, también es posible que sea mayor de lo que parece. No podemos estar seguros de cuál es el efecto exacto, pero el balance de la evidencia sugiere actualmente que las mujeres son tratadas con más indulgencia incluso después de que se controlan las variables relevantes relacionadas con el crimen y el registro previo del delincuente.

A veces, el trato diferenciado de hombres y mujeres en el sistema de justicia penal es explícito. Considere, por ejemplo, el caso del *Presidente de la República de Sudáfrica, el Tribunal Constitucional de Sudáfrica, y el caso Another v. Hugo*.¹⁴⁸ El 27 de junio de 1994, el entonces recién elegido Presidente Nelson Mandela había concedido, mediante una ley presidencial, una remisión de la pena y, por lo tanto, la puesta en libertad de tres categorías de reclusos, incluidas "todas las madres encarceladas el 10 de mayo de 1994, con hijos menores de doce años".¹⁴⁹ John Phillip Peter Hugo, un padre con un hijo menor de 12 años, solicitó una orden judicial para declarar inconstitucional la Ley Presidencial, alegando que la misma lo discriminaba injustamente por razón de su sexo, es decir, que era padre y no madre. El caso fue juzgado en la Sala Local de la Corte Suprema, que falló a favor del demandante. El Presidente y el Ministro de Servicios Penitenciarios

interpusieron un recurso de apelación ante el Tribunal Constitucional, que revocó la sentencia del tribunal inferior.

El Juez Richard Goldstone, escribiendo para la mayoría, ofreció la siguiente justificación para la decisión de la Corte. En primer lugar, el Presidente, según una declaración jurada que había presentado, "estaba motivado predominantemente por una preocupación por los niños que habían sido privados de los cuidados que sus madres habrían proporcionado normalmente".¹⁵⁰ El Tribunal consideró que, de hecho, las mujeres soportan una carga desproporcionada en el cuidado de los hijos y que, por lo tanto, la remisión de las sentencias sólo a las madres era una forma razonable de lograr el objetivo. En segundo lugar, el Tribunal reconoció que la afirmación de que las madres se ocupan de la mayor parte del cuidado de los niños es una generalización, pero señaló que la pequeña minoría de los padres que se ocupan de ese cuidado no está excluida de la posibilidad de presentar una solicitud a título individual. En tercer lugar, como la remisión de la pena no era algo a lo que tenían derecho ninguno de los presos, la Ley Presidencial "no restringía ni limitaba ...[los padres] los derechos u obligaciones... de manera permanente".¹⁵¹ Cuarto, habría sido "casi imposible", sin levantar una protesta pública y desacreditar la administración de justicia, liberar a todos los padres varones de niños menores de 12 años, dado el número mucho mayor de reclusos varones que de reclusas que de ese modo habrían sido liberados.

Este argumento, como los que vimos en los tribunales de los Estados Unidos que justificaban las violaciones de la intimidad corporal de los reclusos varones, parece una racionalización de las opiniones perjudiciales sobre los varones. Imagínese un escenario en el que el Presidente hubiera decidido liberar sólo a los padres porque había sido motivado a restaurar el sostén de la familia, tal vez asumiendo que los cuidadores de los niños pueden encontrarse en familias extendidas (o contratados con el dinero ganado por el sostén de la familia), pero que en las familias empobrecidas no había sustituto para el ingreso (adicional) de un sostén de la familia.¹⁵² ¿Qué tan probable es que la Corte hubiera encontrado que, debido a que los padres constituyen la mayoría de los sostenes de la familia, la remisión discriminatoria de la sentencia fue justa? Del mismo modo, ¿cuán probable es que el Tribunal haya argumentado que las mujeres que son el sostén de la familia podrían presentar una solicitud individualmente en función de sus circunstancias? ¿Y qué tan probable es que la Corte hubiera argumentado que, dado que ninguna de las presas tenía derecho a la remisión de sus sentencias, las presas no eran víctimas de una discriminación injusta? Sospecho que no es muy probable en absoluto.

Tal vez se sugiera, en respuesta, que la diferencia es que las mujeres son "relegadas" a roles de cuidado de niños y excluidas de los roles de sostén de la familia, y por lo tanto, discriminar sobre esta base sería injusto para ellas en mi caso imaginario. De hecho, el Tribunal afirmó que el papel desproporcionado de las mujeres en el cuidado de los niños es el resultado de la discriminación contra ellas.

Sin embargo, si aquí se considera que la discriminación previa es relevante, entonces uno se pregunta por qué no se considera relevante la discriminación previa contra los hombres. El juez Kriegler, en su opción disidente, escribió:

Por el hecho de que las mujeres han sufrido discriminación en *general*, no se puede argumentar que merecen beneficios compensatorios en ningún contexto. Sugiero que el contexto relevante en este caso es el penal, ya que el efecto de la Ley Presidencial es percibido por los prisioneros. No se ha sugerido que las mujeres hayan sufrido discriminación sistemática en el contexto penal.¹⁵³

Por lo tanto, hay dos posibles ámbitos de discriminación en los que la Corte podría haberse centrado: la discriminación en la que las mujeres son las principales víctimas y la discriminación en

la que se encuentran los hombres. Hay mejores razones para adoptar este último enfoque. Es cierto que la motivación de la Ley Presidencial fue el bienestar de los niños y no el alivio de los reclusos, por lo que podría sugerirse que la discriminación pasada contra los hombres no es pertinente. Sin embargo, debemos ser cautelosos a la hora de aplazar la motivación cuando el impacto es discriminatorio. Las feministas desaprueban regularmente (y con razón) las políticas que pueden estar desprovistas de malas intenciones (o incluso basadas en buenas intenciones), pero que tienen un impacto injustamente discrepante en los sexos. Dado que el Tribunal consideró que la discriminación por razón de sexo es presuntamente errónea y requiere una justificación adecuada para evitar ser injusta, la carga de la prueba recae en quienes perpetran o defienden la discriminación por razón de sexo. Esa carga no se ha cumplido.

Consideremos a continuación el cuarto argumento de la Corte: que habría sido "casi imposible" liberar a los padres además de a las madres, dado el número de presos que habrían podido ser puestos en libertad. Se dijo que esto habría desacreditado a la administración de justicia y causado una protesta pública. El Tribunal observó que el Presidente no había tomado su decisión a la ligera. En su declaración jurada, el Presidente había escrito:

5.1 Creo que es importante que se preste la debida atención a la integridad del sistema judicial y a la administración de justicia. Siempre que se considere la posibilidad de una remisión de la pena, es necesario tener en cuenta que el encarcelamiento ha seguido un proceso judicial y que las penas se han impuesto debidamente después de la condena. Una concesión aleatoria o arbitraria de la remisión de penas puede tener el efecto de desacreditar la administración de justicia.

5.2 Creo, además, que es muy importante tener en cuenta las preocupaciones legítimas de los ciudadanos sobre la liberación de los condenados. Soy consciente de que el nivel de delincuencia es motivo de preocupación para el público en general y de que puede haber preocupación por la liberación de las personas que no han cumplido sus sentencias.¹⁵⁴

El Tribunal fue notablemente deferente a este razonamiento. Las consideraciones anteriores ofrecidas por el Presidente, en la medida en que se refieren a preocupaciones públicas legítimas, se aplican por igual a hombres y mujeres reclusos (si los delitos son comparables¹⁵⁵). La remisión de las sentencias de las mujeres condenadas tiene el mismo efecto per cápita en la reputación del sistema de justicia. En la medida en que hay proporcionalmente menos protestas públicas, esto se debe a que el público está menos indignado por la liberación de las reclusas que por la de los reclusos, pero esos prejuicios no son una preocupación legítima. Se debe actuar con gran cautela al apelar a opiniones perjudiciales a fin de justificar el trato discriminatorio de las personas contra las que se sostiene el prejuicio.

Tal vez se sugiera que la protesta pública no habría sido por la liberación de los presos varones, sino por el mayor número de presos. Esta línea argumental también fracasa. En primer lugar, la puesta en libertad, mediante la remisión de la pena, de los condenados subvierte las decisiones judiciales.

Obviamente, más es peor que menos, pero el principio se aplica incluso a los casos ocasionales. En segundo lugar, y lo que es más importante, hay otras formas de reducir el número de presos puestos en libertad sin recurrir a la discriminación por motivos de sexo. La edad de los niños podría haberse reducido de 12 a 8 o 6 años. Alternativamente, sólo los padres que no tenían un cónyuge que cuidara de un hijo podrían haber sido liberados. Este último mecanismo habría satisfecho mejor el objetivo de la ley. Sin duda es más importante que un niño tenga al menos un padre que lo cuide que que un niño que ya tiene un padre que lo cuida también tenga una madre que lo cuide. El Tribunal parece haberse contorsionado a sí mismo para defender una ley que discriminaba a los prisioneros varones.

Si las mujeres tienden a ser tratadas con más indulgencia que los hombres en diversas etapas del proceso de justicia penal y con respecto a si están encarceladas y durante cuánto tiempo, sería sorprendente que las mujeres no fueran tratadas con más indulgencia con respecto a la pena capital. De hecho, las suposiciones de que las mujeres son menos peligrosas, combinadas con el menor respeto por la vida masculina, sugerirían una mayor renuencia a ejecutar a las mujeres.

En algunos países, las mujeres están exentas de la pena capital. En estos países, las mujeres no pueden ser ejecutadas aunque sus antecedentes penales sean indistinguibles de los de los hombres que son ejecutados. Esto es claramente injusto por discriminación *de jure* por razón de sexo. Los países que conmutan las penas de muerte de las mujeres embarazadas también practican una discriminación sexual injusta. Aunque *algunas* mujeres no están exentas de la pena capital, ningún hombre lo está. Si algunos hombres, pero ninguna mujer, estuvieran exentos de la pena capital, las feministas se quejarían con razón de que esto constituía discriminación por razón de sexo. Para ser coherentes, debemos decir lo mismo de los países que eximen a algunas mujeres pero no a ningún hombre.¹⁵⁶

¿Qué pasa con los países que no eximen (oficialmente) a las mujeres, o incluso a las mujeres embarazadas, de la ejecución? Sin embargo, algunos están en conflicto sobre la ejecución de mujeres. La India consideró la posibilidad de eximir a las mujeres de la pena capital. La Comisión Jurídica declaró:

Aunque comprendemos que sería un deseo natural evitar la pena de muerte para las mujeres en la mayoría de los casos, *no creemos que se requiera una exención general.*¹⁵⁷

La Comisión llegó a la conclusión de que "si existen razones válidas para mantener la pena capital, debe aplicarse tanto a las mujeres como a los hombres, 'aunque posiblemente no en igual medida'".¹⁵⁸

Incluso cuando no existen barreras formales para la ejecución de mujeres y no se expresa explícitamente la ambivalencia sobre la ejecución de mujeres, es muy probable que la discriminación que vimos en otras partes del sistema de justicia penal también influya en las personas que son ejecutadas.¹⁵⁹ Es difícil demostrarlo, pero existen sólidos motivos para presumir que la discriminación es efectiva. En los Estados Unidos, por ejemplo, Virginia es uno de los principales estados de la pena capital. Sólo Texas ahora ejecuta a más gente que Virginia. Virginia también ha ejecutado a más mujeres a lo largo de la historia de Estados Unidos que cualquier otro estado. Sin embargo, ninguna mujer ha sido condenada a muerte en Virginia desde 1973 y ninguna mujer ha sido ejecutada en ese estado desde 1912.¹⁶⁰ Ohio, que antes era uno de los estados líderes en condenar a muerte a mujeres, no ha condenado a muerte a una mujer desde 1989 y ejecutó por última vez a una mujer en 1954.¹⁶¹ También hay 16 estados (en el noroeste de los Estados Unidos) que nunca han ejecutado a una mujer.¹⁶² Mientras que algunos de ellos han ejecutado a muy pocos hombres, otros "en general han tenido sistemas de pena de muerte en funcionamiento durante su historia estatal, pero han excluido totalmente a las delincuentes femeninas de este castigo".¹⁶³

Es difícil pensar que desde 1912 en Virginia y desde 1954 en Ohio ninguna mujer ha cometido un crimen tan grave como aquellos por los que se ha ejecutado a hombres. Es igualmente increíble que ninguna mujer haya cometido jamás un crimen semejante en los 16 estados que nunca han ejecutado a una mujer. Las mujeres pueden cometer delitos menos violentos que los hombres y es muy posible que una proporción aún menor de los peores delitos sean cometidos por mujeres. Sin embargo, es muy poco probable que esto explique plenamente la disparidad en el número de hombres y mujeres ejecutados. Es mucho más probable que la discriminación por razón de sexo juegue un papel.

Conclusión

Los argumentos que he expuesto en este capítulo muestran que muchas de las desventajas anteriormente descritas son consecuencia de la discriminación sexual injusta. En algunos casos, la discriminación es explícita: los hombres, pero no las mujeres, son forzados a entrar en el ejército o en combate; la ley permite golpear a los niños, pero no a las niñas; los hombres son abiertamente blanco de la violencia, pero las mujeres se salvan. A veces, sin embargo, la contribución de la discriminación a las desventajas es menos directa o menos explícita. Por ejemplo, la gente tiene varios prejuicios acerca de los hombres, incluyendo el tipo de creencias que se esbozaron en el Capítulo 3. A veces estos prejuicios se sostienen inconscientemente. Sin embargo, contribuyen a tratar a los hombres de manera que causan desventaja. O los varones pueden ser criados para tener ciertos rasgos (o para tener ciertos rasgos reforzados), y estos rasgos son desventajosos en formas importantes.

He reconocido que en algunos casos la conexión entre la desventaja y la posible discriminación es tan poco clara que no podemos estar seguros de que exista, pero lo mismo hay que decir cuando las conexiones entre la desventaja femenina y la posible discriminación son tan poco claras. Así, los inciertos casos de discriminación contra los hombres plantean un desafío para aquellas feministas que niegan que exista un segundo sexismo, o que niegan su pleno alcance. O bien deben reconocer que alguna desventaja femenina no es producto de la discriminación o bien deben reconocer que formas comparables de desventaja masculina son el resultado de la discriminación. No estoy seguro de qué casos específicos justifican cada respuesta. Sin embargo, está claro que la práctica común de atribuir a la discriminación por razón de sexo todas las desventajas experimentadas por las mujeres y ninguna de las desventajas experimentadas por los hombres no puede ser apoyada por las pruebas y los argumentos disponibles.

Notas

- 1 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat: The New Evidence That Women Should't Fight the Nation's Wars*, Nueva York: Sentinel, 2007.
- 2 Si bien este argumento merece un examen detallado, otro es tan débil que merece la pena mencionarlo en esta nota de pie de página sólo porque en realidad ha sido presentado. Tom Digby ha negado que los hombres estén injustamente desfavorecidos por "el papel del guerrero y todo lo que de él se deriva" porque "el patrón general de los hombres asignados al combate era ventajoso para la mayoría de las sociedades, en muchos casos incluso crucial para su supervivencia" (Tom Digby, "Problemas masculinos: ¿son los hombres víctimas del sexismo? *Social Theory and Practice*, 29(2), 2003, p. 259). El resultado es que los hombres también se han beneficiado del papel de guerreros, viviendo en sociedades que se han beneficiado de ello. Este argumento es una racionalización asombrosa. Siguiendo esta línea de razonamiento, las mujeres no son discriminadas cuando, por ejemplo, son excluidas de las fuerzas armadas, siempre y cuando se les pueda atribuir algún beneficio de esta exclusión. El profesor Digby cree que los hombres también tienen otros beneficios. Dice que "el poder que se ha acumulado en los hombres en virtud de su capacidad de manifestar las cualidades del guerrero les ha dado el control sobre instituciones importantes como el gobierno y la religión, y el control sobre los recursos en general" (p. 260). Se pueden hacer dos observaciones en respuesta a esto. Primero, los hombres pueden manifestar las cualidades de guerrero sin ser realmente un guerrero y por lo tanto no está claro por qué ser forzado a ser un guerrero es un beneficio. En segundo lugar, y lo que es más importante, el profesor Digby no distingue entre los hombres que pagan el costo de ser soldado, y especialmente el costo más alto (a saber, la muerte), y los (otros) hombres que obtienen acceso al poder. En otras palabras, él sólo ve a hombres y mujeres como grupos, en lugar de hombres individuales. El beneficio de un hombre no niega el daño sufrido por otro hombre.
- 3 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat*, pp. 19-37.

- 4 Ibidem, págs. 97-99.
- 5 Ibidem, págs. 113 a 126. "Por qué los hombres aman la guerra" es el título del capítulo correspondiente. El capítulo en sí mismo hace una afirmación más modesta: que algunos hombres encuentran recompensas en la guerra.
- 6 Ibidem, págs. 38 a 47.
- 7 Ibidem, págs. 48-53.
- 8 Ibidem, págs. 60 a 63.
- 9 Ibidem, implícitamente; y págs. 66, 70, 295.
- 10 Ibidem, págs. 75 a 78.
- 11 Ibid., p. 65.
- 12 Ibidem.
- 13 Ibidem, pág. 63.
- 14 Ibidem, pág. 11.
- 15 Este paralelismo afirma que muchas feministas han hecho acerca de la discriminación contra las mujeres. Por ejemplo, se ha sugerido que si se socializa a las niñas para que sean menos competitivas que los niños y esto explica (parcialmente) por qué se encuentran menos mujeres en puestos de liderazgo, la socialización constituye una discriminación injusta, incluso si quienes hacen los nombramientos para puestos superiores no discriminan a las mujeres porque hay menos mujeres competitivas entre las que elegir.
- 16 Kingsley Browne, Co-Ed Combat, pp. 97-99.
- 17 Ibidem, págs. 113 y ss.
- 18 La evidencia que cita es de efectos masculinizantes en general. Véase ibíd., págs. 44 y 45.
- 19 Ibidem, pág. 45.
- 20 Ibidem.
- 21 Ibidem.
- 22 Ibidem.
- 23 Ibidem, pág. 94. Señala correctamente que la presencia de mujeres no siempre tiene que tener este efecto.
- 24 Ibidem, pág. 94.
- 25 El profesor Browne reconoce este beneficio, pero subestima su importancia.
- 26 Como sucede, incluso los hombres que supuestamente asumen riesgos saben cuando los riesgos son excesivos, y en tales condiciones el miedo a la cobardía no es suficiente para impedir que muchos de ellos asuman esos riesgos. Es por ello que los líderes militares no han motivado con poca frecuencia a los soldados imponiendo el miedo a una probabilidad aún mayor de muerte si huyen de la batalla. El propio profesor Browne lo reconoce cuando observa que durante la Segunda Guerra Mundial, "los oficiales soviéticos estaban autorizados a disparar a sus hombres en el acto" si se retiraban. También cita informes de

- soldados iraquíes que temían más a los escuadrones de la muerte del Partido Baath detrás de ellos que a las fuerzas de la coalición que los precedían (ibíd., pág. 134).
- 27 Ibídem, págs. 186 a 189.
- 28 Ibídem, págs. 189 a 193.
- 29 Me refiero aquí específicamente a su enfoque principal y al mío, porque ambos consideramos el otro caso.
- 30 Dentro de tal fuerza voluntaria, uno podría encontrar que un número desproporcionado de hombres son atraídos a posiciones de combate (ya sea por razones biológicas o sociales). No obstante, la presencia de un número considerable de mujeres, incluso en los puestos de apoyo, podría impedir que los hombres fueran reclutados en esos puestos. En la actualidad, el 15% de los militares estadounidenses son mujeres. Es concebible que esta proporción aumente al menos un poco -por ejemplo, hasta el 20 o el 25%- en las próximas décadas. En ausencia de esos voluntarios podría haber sido necesario reclutar a algunos hombres, al menos para servir en los puestos de apoyo que muchas mujeres soldado ocupan.
- 31 Escrito bajo el seudónimo "Scalpel", "The Female Medical Pupil", *Daily Evening Transcript*, 3 de enero de 1851, p. 2.
- 32 *Bradwell v. The State* (Illinois), 83 US 16 Wall, p. 141.
- 33 Almroth E. Wright, *The Unexpurgated Case against Woman Suffrage*, Nueva York: Paul Hoeber, 1913, pág. 88.
- 34 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat*, p. 288.
- 35 Ibídem, pág. 290.
- 36 Ibídem. La apelación al miedo es otra técnica común utilizada para apoyar las conclusiones conservadoras.
- 37 Ibídem, pág. 93.
- 38 Véase, por ejemplo, el caso Lizette Alvarez, "G.I. Jane Breaks the Combat Barrier as War Evolves", *New York Times*, 16 de agosto de 2009; Steven Lee Myers, "Living and Fighting alongside Men, and Fitting In", *New York Times*, 17 de agosto de 2009.
- 39 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat*, pp. 1-2.
- 40 Tanto Iddo Landau como Don Hubin me han recordado que los miembros del ejército estadounidense se han pronunciado, en oposición a algunos de sus jefes civiles, en contra de la inclusión de personas abiertamente homosexuales en el ejército. Esto sugiere que al menos algunos líderes militares tienen el valor de decir lo que piensan.
- 41 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat*, p. 111.
- 42 Chris Bateman, "Blood service adjusts after 'racist' claims," *South African Medical Journal*, 95, 2005, pp. 728-730.
- 43 Ibid, p. 88.
- 44 Ibídem, págs. 135 a 146. Michael Levin dice que "las peleas, la bebida, el atletismo, la vulgaridad y el fanfarroneo sexual de los hombres jóvenes en grupos incomprensibles para la mayoría de las mujeres, son los rituales que cimentan el vínculo masculino" (*Feminism and Freedom*, New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1988, p. 244). Lo que el profesor

Levin no reconoce es cuántos hombres encuentran incomprensible ese tipo de comportamiento.

- 45 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat*, pp. 136-137, 164-169.
- 46 *Ibíd.*, págs. 169 a 175.
- 47 *Ibíd.*, págs. 150-160, especialmente pág. 153.
- 48 *Ibíd.*, pág. 154.
- 49 *Ibíd.*, págs. 154-155.
- 50 *Ibíd.*, págs. 279-280.
- 51 *Ibíd.*, pág. 279.
- 52 *Ibíd.*, págs. 199 a 200.
- 53 *Ibíd.*, págs. 235 a 241.
- 54 *Ibíd.*, págs. 243 y ss.
- 55 *Ibíd.*, pág. 239.
- 56 Véase, por ejemplo, Joanna Bourke, *Rape: A History from 1860 to the Present Day*, Londres: Virago, 2007, pág. 362.
- 57 También hay muchas pruebas de agresiones sexuales a hombres en otras situaciones de conflicto. Véase, por ejemplo, el caso Pauline Oosterhoff, Prisca Zwanikken y Evert Ketting, "Sexual torture of men in Croatia and other conflict situations: an open secret" (La tortura sexual de los hombres en Croacia y otras situaciones de conflicto: un secreto a voces), *Reproductive Health Matters*, 12, 2004, pp. 68-77; Eric Stener Carlson, "The hidden prevalence of male sexual assault during war" (La prevalencia oculta de las agresiones sexuales masculinas durante la guerra), *British Journal of Criminology*, 46, 2006, pp. 16-25; Kirsten Johnson, Jana Asher, Stephanie Rosborough et al..., "Association of combatant status and sexual violence with health and mental health outcomes in postconflict Liberia," *Journal of the American Medical Association*, 300(6), August 13, 2008, pp. 676-690.
- 58 Comisión Presidencial para la Asignación de Mujeres en las Fuerzas Armadas, *Mujeres en Combate: Report to the President*, McLean, VA: Brassey's (US), 1992, p. 20.
- 59 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat*, p. 254.
- 60 Después de que escribí esto, un general de los EE.UU. en Irak emitió una política que haría del embarazo un delito por el cual una mujer soldado del campo de batalla y el soldado que la embarazó podrían ser sometidos a un consejo de guerra ("Pregnant G.I.s Could Be Punished," *New York Times*, 20 de diciembre de 2009). Curiosamente, posteriormente dijo que "nunca trataría de encarcelar a alguien por un embarazo" ("U.S. General Backs Off Pregnancy Policy", *New York Times*, 23 de diciembre de 2009). Apenas unos días después, su superior, el principal comandante de los Estados Unidos en Irak, indicó que rescindiría la política ("Commander to Rescind a Provision on Pregnancy", *New York Times*, 26 de diciembre de 2009). Esto presta cierto apoyo a las afirmaciones del profesor Browne sobre los dobles raseros, pero la respuesta adecuada a estos dobles raseros, como he indicado antes, no es aceptarlos, sino más bien eliminarlos.
- 61 Kingsley Browne, *Co-Ed Combat*, pp. 208-220.

- 62 Véase, por ejemplo, Fiona Leach y Sara Humphreys, "Gender violence in schools: taking the 'girls-as-victims' discourse forward", en Geraldine Terry con Joanna Hoare (eds.), *Gender-Based Violence*, Oxford: Oxfam, 2007, pág. 108.
- 63 Adam Jones hace un comentario similar: Adam Jones, "Gendercide and genocide", *Journal of Genocide Research*, 2(2), 2000, pp. 205-206.
- 64 Consideremos, por ejemplo, la masacre de ancianos junto con hombres más jóvenes en Srebrenica. Ver David Rohde, *Endgame: The Betrayal and Fall of Srebrenica, Europe's Worst Massacre Since World War II*, Boulder, CO: Westview Press, 1997, y especialmente págs. 207, 216 y 229.
- 65 Ibíd. y especialmente págs. 205 y 230; African Rights, Rwanda: *Not So Innocent – When Women Become Killers* (No tan inocentes: cuando las mujeres se convierten en asesinas), Londres: African Rights, 1995, págs. 58 y 59.
- 66 African Rights, *Rwanda: Death, Despair and Defiance*, Rev. edn, Londres: African Rights, 1995, pág. 815.
- 67 Ibídem. Véase también, African Rights, *Rwanda: Not So Innocent*, pág. 81.
- 68 Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, *Kosovo: As Seen, As Told: An Analysis of the Human Rights Findings of the OSCE Kosovo Verification Missions*, octubre de 1998 a junio de 1999, Varsovia: OSCE, Oficina de Instituciones Democráticas y Derechos Humanos, 1999, pág. 196.
- 69 R.J. Rummel, *Death by Government*, New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1994, p. 329.
- 70 Adam Jones, "Gendercide and genocide," p. 207, n. 13.
- 71 Mi opinión es que, aunque la mayoría de los casos de castigo corporal son erróneos, el castigo físico a veces puede ser permisible, o al menos que los argumentos de que siempre es incorrecto no permiten establecer esa conclusión. (Ver David Benatar, "Corporal punishment", *Social Theory and Practice*, 24(2), verano de 1998, pp. 237-260.)
- 72 Entre los que afirman esto están Myra y David Sadker, *Failing at Fairness: How America's Schools Cheat Girls*, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1994. Dicen "Sin embargo, en la mayoría de los casos, cuando los niños reciben una disciplina más dura, es porque se la merecen" (pág. 201).
- 73 Madeline H. Meier, Wendy S. Slutske, Andrew C. Heath y Nicholas G. Martin, "The role of harsh discipline in explaining sex differences in conduct disorder: a study of opposite-sex twin pairs" (El papel de la disciplina dura en la explicación de las diferencias de sexo en el trastorno de conducta: un estudio de pares gemelos del sexo opuesto), *Journal of Abnormal Psychology*, 37, 2009, pp. 653-664.
- 74 Véase, por ejemplo, Anna Maria Aloisi y Marco Bonifazi, "Sex hormones, central nervous system and pain", *Hormones And Behavior*, 50, 2006, pp. 1-7; y Roger Fillingim, "Sex-related influences on pain: a review of mechanisms and clinical implications", *Rehabilitation Psychology*, 48(3), 2003, pp. 165-174.
- 75 Anna Maria Aloisi y Marco Bonifazi, "Sex hormones, central nervous system and pain," p. 1; Roger Fillingim, "Sex-related influences on pain," p. 169.
- 76 Roger Fillingim, "Sex-related influences on pain", p. 166.

- 77 Rebecca M. Craft, Jeffrey S. Mogil y Anna Maria Aloisi, "Sex differences in pain and analgesia: the role of gonadal hormones", *European Journal of Pain*, 8, 2004, p. 407.
- 78 Véase, por ejemplo, el caso Scott Claver, *Under the Lash: A History of Corporal Punishment in the British Armed Forces*, Londres: Torchstream Books, 1954, p. 63; Joseph A. Mercurio, *Caning: Educational Rite and Tradition*, Syracuse, NY: Syracuse University Division of Special Education and Rehabilitation and the Center on Human Policy, 1972, p. 90.
- 79 Casi nadie, es decir, más que los perpetradores.
- 80 Algunas autoridades judías han hecho precisamente esta afirmación *en defensa* de la circuncisión. Ver Moses Maimonides, *The Guide for the Perplexed*, 2nd edn, trans. M. Friedländer, Nueva York: Dover Publications, 1956, pág. 378.
- 81 Helena Cronin, "Mind the (Gender) Gap: It's More Than Cultural," *Cape Times*, 29 de agosto de 2008, p. 11. Véase también: http://www.edge.org/q2008/q08_10.html (consultado el 11 de enero de 2010).
- 82 Christina Hoff Sommers, *Who Stole Feminism?*, Nueva York: Simon & Schuster, 1994, pp. 162-163.
- 83 Christina Hoff Sommers, "The War against Boys", *Atlantic Monthly*, mayo de 2000, págs. 59-74, pág. 61.
- 84 He aquí un posible ejemplo. Vimos antes que las feministas observan que las niñas reciben menos atención por parte de los maestros que los niños. Asumen que esto indica discriminación. Sin embargo, hay al menos algunas pruebas de que el ritmo al que los maestros llaman a los niños no es desproporcionado con el ritmo al que los niños se ofrecen voluntariamente para ser llamados. Véase Ellen Rydell Altermatt, Jasna Jovanovic y Michelle Perry, "Bias or responsivity? Sex and achievement level effects on teachers' classroom questioning practices," *Journal of Educational Psychology*, 90(3), 1998, pp. 516-527.
- 85 Donald Hubin señala correctamente que la "frase 'otorgar la custodia' constituye un extraño giro de la realidad en el contexto del divorcio, la disolución y la mayoría de los otros conflictos sobre la custodia entre padres naturales y adoptivos". Esto, dice, se debe a que "estos padres suelen comparecer ante el tribunal desde el principio, cada uno con plenos derechos parentales. A nadie se le otorgan derechos; uno de los padres se ve privado de derechos" (Donald C. Hubin, "Parental rights and due process", *Journal of Law and Family Studies*, 1(2), 1999, pp. 123-150, en p. 136).
- 86 Es interesante observar que un estudio encontró que tanto las madres como los padres percibían que el sistema legal (en Arizona) estaba sesgado hacia las madres y no hacia los padres, a pesar de que no estaban de acuerdo en la extensión de esa inclinación. Ver Sanford L. Braver, *Divorced Dads: Shattering the Myths*, Nueva York: Jeremy P. Tarcher/Putnam, 1998, p. 104.
- 87 Véase Robert H. Mnookin y Lewis Kornhauser, "Bargaining in the shadow of the law: the case of divorce", *Yale Law Journal*, 88(5), abril de 1979, págs. 950-997.
- 88 Véase Paul Millar y Sheldon Goldenberg, "Explaining child custody determinations in Canada", *Canadian Journal of Law and Society*, 13, 1998, pp. 209-225, especialmente pág. 215; Paul Millar, *The Best Interests of Children: An Evidence-Based Approach*, Toronto: University of Toronto Press, 2009.

- 89 Para una defensa de este punto de vista ver Steven D. Hales, "Abortion and fathers' rights," y "More on fathers' rights," en James M. Humber y Robert F. Almeder (eds), *Reproduction, Technology, and Rights*, Totowa, NJ: Humana Press, 1996, pp. 5-26 y pp. 43-49; Elizabeth Brake, "Fatherhood and child support: do men have a right to choose?" *Journal of Applied Philosophy*, 22(1), 2005, pp. 55-73.
- 90 Las siguientes circunstancias son discutidas por Donald C. Hubin, "Daddy dilemmas: untangling the puzzles of paternity," *Cornell Journal of Law and Public Policy*, 13, pp. 29-80.
- 91 Véase, por ejemplo, *Mercer County Dept. of Social Services on Behalf of Imogene T. v. Alf M. v. Alf M.*, 155 Misc.2d 703, 589 N.Y.S.2d 288; *Estado de Kansas ex rel. Hermesmann v. Seyer*, 252 Kan. 646, 847 P.2d 1273; *Jevning v. Cichos*, 499 N.W.2d 515; *County of San Luis Obispo v. Nathaniel J.*, 50 Cal.App.4th 842, 57 Cal.Rptr.2d 843.
- 92 Donald C. Hubin, "Daddy dilemmas." (Dilemas de papá)
- 93 *S.F. v. State ex rel. T.M.*, 695 So.2d 1186.
- 94 *Louisiana y Rojas v. Frisard*, 694 So.2d 1032, 96-368 (La.App. 5th Cir. 4/29/97).
- 95 *S.F. v. State ex rel. T.M.*, en p. 1191.
- 96 Esto podría ser más de la mitad.
- 97 En algunos lugares, como en varios estados de los Estados Unidos, así como en Alemania y Japón, ni siquiera es necesaria una adopción exitosa. Las llamadas "Leyes de Refugio Seguro" permiten a las mujeres depositar a los bebés en lugares designados sin penalización legal. Si los bebés no son adoptados, estarán bajo la tutela del estado.
- 98 *Jordan v. Gardner*, 986 F.2d 1521 (9th Cir. 1993), p. 1525.
- 99 *Somers v. Thurman*, 109 F.3d 614 (9th Cir. 1997), en p. 623, citando la decisión anterior del tribunal en *Grummett v. Rushen*, 779 F.2d 491 (9th Cir. 1985), p. 493.
- 100 *Griffin v. Michigan Dept. of Corrections*, 654 F.Supp. 690 (E.D.Mich.1982), p. 701.
- 101 *Michenfelder v. Sumner*, 860 F.2d 328 (9th Cir. 1988).
- 102 *Smith v. Fairman*, 678 F.2d 52 (7th Cir. 1982).
- 103 *Timm v. Gunter*, 917 F.2d 1093 (8th Cir. 1990); *Grummett v. Rushen*.
- 104 *Jordan v. Gardner*.
- 105 *Torres v. Wisconsin Department of Health & Social Services*, 838 F.2d 944 (7th Cir. 1988).
- 106 *Ibidem*.
- 107 *Grummett v. Rushen*; *Michenfelder v. Sumner*.
- 108 *Forts v. Ward*, 621 F.2d 1210 (2nd Cir. 1980), *Robino v. Iranon*, 145 F.3d 1109 (9th Cir. 1998).
- 109 *Oliver v. Scott*, 276 F.3d 736 (5th Cir. 2002); *Somers v. Thurman*.
- 110 *Timm v. Gunter*; *Griffin v. Michigan Dept. of Corrections*; *Grummett v. Rushen*.
- 111 *Jordan v. Gardner*.

- 112 *Somers v. Thurman*.
- 113 *Ibíd.*, pág. 617. Nótese que la pregunta se interpretó en términos específicos de género. Por lo tanto, al principio, el Tribunal asumió que los reclusos varones podrían no gozar de esos derechos aun cuando lo hicieran las reclusas.
- 114 Por ejemplo, el Tribunal afirmó que es más probable que las mujeres se vean afectadas de manera más adversa por los registros cruzados de género.
- 115 *Oliver v. Scott; Michenfelder v. Sumner*.
- 116 *Jordan v. Gardner* incluía a las reclusas de mínima, media y máxima seguridad, pero la sentencia en ese caso no hacía referencia a los diferentes niveles para determinar si los registros totalmente vestidos por los guardias masculinos eran razonables.
- 117 *Johnson v. Phelan*, 69 F.3d 144 (7th Cir. 1995). El juez Posner, en su opinión disidente, señaló que el Tribunal ni siquiera sabe de qué delito fue acusado Albert Johnson. "Sería bueno", escribió, "conocer un poco más sobre los hechos antes de emitir un juicio que condone la barbarie" (p. 156).
- 118 *Ver Forts v. Ward*.
- 119 *Bagley v. Watson*, 579 F.Supp. 1099 (D.Or.1983), p. 1104.
- 120 *Timm v. Gunter*, p.1102.
- 121 *Griffin v. Michigan Dept. of Corrections*, p. 701.
- 122 Esta distinción es importante porque la excitación fisiológica es posible en ausencia de excitación psicológica (como vimos en el Capítulo 2), y viceversa. Sin embargo, se podría pensar que cualquiera de los dos es relevante.
- 123 También podría haber menos razones para preocuparse por la exposición corporal a miembros homosexuales del sexo opuesto que a miembros homosexuales del mismo sexo que uno mismo.
- 124 Para más información al respecto, véase David Benatar, "Same-sex marriage and sex discrimination", en *American Philosophical Association Newsletter on Philosophy and Law*, 97 (1), otoño de 1997, págs. 71-74. Allí sugiero que la solución al problema de los inodoros de un solo sexo (y los vestuarios) serían los unisex, en los que cada individuo tiene un alto nivel de privacidad con respecto a los demás individuos, de la misma manera que se tiene en los inodoros que las personas tienen en sus hogares.
- 125 Existen posibles mecanismos para considerar no sólo el sexo de un guardia potencial, sino también su orientación sexual, a la hora de determinar cuán extensa sería la invasión que él o ella supondría para la privacidad de los prisioneros, pero no los discutiré aquí.
- 126 Véase *Johnson v. Phelan* y *Robino v. Iranon*, en contraste con *Griffin v. Michigan Dept. of Corrections*.
- 127 Ace Allen, "Women's health", *New England Journal of Medicine*, 329 (9) December 1993, p. 1816.
- 128 *Ibíd.*
- 129 Véase, por ejemplo, Nanette K. Wenger, Leon Speroff y Barbara Packard, "Cardiovascular health and disease in women", *New England Journal of Medicine*, 329, 22 de julio de 1993, pp. 247-256; Ruth B. Merkatz, Robert Temple, Solomon Sobel et al, "Women in clinical

- trials of new drugs: a change in Food and Drug Administration policy," *New England Journal of Medicine*, 329, July 22, 1993, pp. 292-296; Marcia Angell, "Caring for women's health: what is the problem? *New England Journal of Medicine*, 329, 22 de julio de 1993, pp. 271-272.
- 130 Curtis L. Meinert, Adele Kaplan Gilpin, Aynur Unalp y Christopher Dawson, "Gender representation in trials", *Controlled Clinical Trials*, 21, 2000, pp. 462-475.
- 131 Véase, por ejemplo, Yen-Hui Lin, Chih-Yong Chen y Jin-Lan Luo, "Gender and age distribution of occupational fatalities in Taiwan", *Accident Analysis and Prevention*, 40, 2008, pp. 1604, 1607.
- 132 Imogene. L. Moyer, "Demeanor, sex, and race in police processing", *Journal of Criminal Justice*, 9, 1981, pp. 235-246; y Debra A. Curan, "Judicial discretion and defendant's sex", *Criminology*, 21(1), febrero 1983, pp. 41-58. Cabe señalar, sin embargo, que si bien la autora de este último estudio afirma que su estudio muestra que las investigaciones no muestran ningún efecto sexual, esto sólo es cierto en parte. Los resultados fueron algo contradictorios. En su artículo, señala que "en la etapa de la sentencia, los resultados utilizando la muestra total mostraron que las mujeres eran tratadas con más indulgencia que los hombres. Cuando se analizaron los datos para cada uno de los tres períodos, se demostró que esta conclusión de clemencia era específica para los dos períodos más recientes" cubiertos en el estudio (p. 54). Fue en las "negociaciones, el enjuiciamiento y la condena" donde no se encontró ningún efecto sexual.
- 133 Discutiré algo de esta literatura más adelante, pero para una revisión más amplia y la afirmación de que la mayoría de los estudios muestran que el sexo del agresor marca la diferencia, ver Darrell Steffensmeier, John Kramer y Cathy Streifel, "Gender and imprisonment decisions", *Criminology*, 31(3), 1993, pp. 411-446.
- 134 Lisa Stolzenberg y Stewart J. D'Alessio, "Sex differences in the likelihood of arrest," *Journal of Criminal Justice*, 32, 2004, pp. 443-454.
- 135 Sin embargo, los autores del estudio afirman que esta última "relación era relativamente débil dado el gran tamaño de la muestra". *Ibidem*, pág. 449. (Una correlación débil en un tamaño de muestra grande constituye evidencia débil.)
- 136 Stephen Demuth y Darrell Steffensmeier, "The impact of gender and race-ethnicity in the pretrial release process," *Social Problems*, 51(2), 2004, pp. 222-242, at p. 233.
- 137 *Ibidem*.
- 138 *Ibidem*.
- 139 Véase, por ejemplo, Kathleen Daly, "Discrimination in criminal courts: family, gender, and the problem of equal treatment", *Social Forces*, 66(1), 1987, pp. 152-175.
- 140 Véase, por ejemplo, Patricia Godeke Tjaden y Claus D. Tjaden, "Differential treatment of the female felon: myth or reality? en M.Q. Warren (ed.), *Comparing Female and Male Offenders*, Londres: Sage Publications, 1981, pp. 73-88; Kathleen Daly, "Discrimination in criminal courts"; Gaylele S. Bickle y Ruth D. Peterson, "The impact of gender-based family roles on criminal sentencing", *Social Problems*, 38(3), 1991, pp. 372-394; Carol Hedderman y Mike Hough, "Does the Criminal Justice System Treat Men and Women Differently? Research Findings 10, Home Office Research and Statistics Department, mayo de 1994; Darrel Steffensmeier, Jeffrey Ulmer y John Kramer, "The interaction of race, gender and age in criminal sentencing: the punishment cost of being young, black and male", *Criminology*,

36(4), 1998, pp. 763-798; Cassia Spohn y Dawn Beichner, "Is preferential treatment of female offenders a thing of the past? A multisite study of gender, race, and imprisonment," *Criminal Justice Policy Review*, 11(2), 2000, pp. 149-184.

141 Lisa Stolzenberg y Stewart J. D'Alessio, "Sex differences in the likelihood of arrest," pp. 449-450.

142 Darrel Steffensmeier, Jeffrey Ulmer y John Kramer, "The interaction of race, gender and age in criminal sentencing"; Stephen Demuth y Darrell Steffensmeier, "The impact of gender and race-ethnicity". También hay apoyo en Lisa Stolzenberg y Stewart J. D'Alessio, "Diferencias de sexo en la probabilidad de arresto". Darrel Steffensmeier, Jeffrey Ulmer y John Kramer, "The interaction of race, gender and age in criminal sentencing"; Stephen Demuth y Darrell Steffensmeier, "The impact of gender and race-ethnicity". También hay apoyo en Lisa Stolzenberg y Stewart J. D'Alessio, "Diferencias de sexo en la probabilidad de arresto".

143 Véase, por ejemplo, Christy A. Visher, "Gender, police arrest decisions, and notions of chivalry", *Criminology*, 21(1), February 1983, pp. 5-28.

144 Kathleen Daly, "Discrimination in the criminal courts" (Discriminación en los tribunales penales).

145 Tampoco se puede argumentar que, aunque es injusto tratar a las mujeres delincuentes con más indulgencia que a los hombres, está justificado ser más reticente a condenar a las madres que cuidan a sus hijos a la cárcel debido a los efectos secundarios que el encarcelamiento tendría en ellos. Sentenciar a los padres que ganan el pan a la cárcel también podría tener efectos secundarios en los niños y no está claro que éstos sean típicamente peores para el niño. Un niño o niña cuya madre está encarcelada probablemente será puesto al cuidado de otros. Aunque no es lo ideal, no es claramente peor que permanecer al cuidado de una madre que está menos capacitada para satisfacer las necesidades materiales del niño.

146 Kathleen Daly y Michael Tonry, "Gender, race and sentencing", *Crime and Justice*, 22, 1997, pp. 201-252, at p. 231.

147 *Ibídem*, pág. 230.

148 *President of the Republic of South Africa v. Hugo*, 1997 (4) SA 1 (CC).

149 Las otras dos categorías eran todos los niños menores de 18 años y todos los presos discapacitados que estaban en prisión el 10 de mayo de 1994.

150 Affidavit of President Nelson Mandela, citado por Richard Goldstone en *President of the Republic of South Africa v. Hugo*, p. 38.

151 *Ibídem*, pág. 26.

152 Algunos podrían argumentar que las mujeres son el sostén de muchas familias monoparentales. Incluso si esto es cierto, imagínese un escenario en el que no lo fuera, porque parece improbable que incluso entonces la Corte hubiera razonado de manera paralela a como lo hizo en *Hugo*.

153 *President of the Republic of South Africa v. Hugo*, pág. 38.

154 *Ibídem*, pág. 25.

- 155 A este respecto, es importante señalar que ni la Ley Presidencial ni la opinión del Tribunal se referían a la gravedad de los delitos cometidos. Eso, más que el sexo de los prisioneros, puede ser relevante.
- 156 Roger Hood y Carolyn Hoyle se refieren a un caso de una mujer en Vietnam que en el año 2000 se salvó después de quedar embarazada en prisión, mientras que los demás miembros de su banda fueron ejecutados. Vea su libro, *La Pena de Muerte: A Worldwide Perspective*, 4th edn, Oxford: Oxford University Press, 2008, pág. 195.
- 157 Citado por Subhash C. Gupta, *Capital Punishment in India*, New Dehli: Deep & Deep Publications, 1986, p. 151.
- 158 *Ibídem*.
- 159 G. Scott, *The History of Capital Punishment*, Londres: Torchstream Books, 1950. David C. Baldus, George Woodworth y Charles A. Pulaski, Jr, *Equal Justice and the Death Penalty: A Legal and Empirical Analysis*, Boston: Northeastern University Press, 1990, p. 159.
- 160 Victor L. Streib, "Gendering the death penalty: countering sex bias in a masculine sanctuary," *Ohio State Law Journal*, 63, p. 441.
- 161 *Ibídem*.
- 162 *Ibídem*, pág. 448.
- 163 *Ibídem*, pág. 449.

Capítulo V

Responder a las objeciones

Las mujeres siempre han sido las principales víctimas de la guerra. Las mujeres pierden a sus maridos, a sus padres, a sus hijos en combate.

Hillary Rodham Clinton, discurso en la Conferencia de Primeras Damas sobre Violencia Doméstica, El Salvador, 17 de noviembre de 1998.

Las pruebas presentadas en los capítulos anteriores demuestran que los hombres sufren una desventaja considerable y que gran parte de esta, al igual que gran parte de la desventaja que sufren las mujeres, es consecuencia de actitudes y prácticas injustamente discriminatorias. Es difícil imaginar por qué, a la luz de esto, algunas personas se resisten tanto a reconocer que los hombres pueden ser víctimas del sexismo.

Estas personas emplean una serie de estrategias para presentar sus argumentos. El fracaso de algunas de estas estrategias ya debería estar claro. No tiene sentido, por ejemplo, tratar de negar que los hombres sufren una grave desventaja. La evidencia descrita en el Capítulo 2 prueba lo contrario.

Otros negadores del segundo sexismo podrían tratar de defender los roles tradicionales de género. Parte de lo que he dicho en el capítulo 3 responde a este punto de vista. No diré nada más para criticar este punto de vista. Las feministas han escrito volúmenes que refutan efectivamente las defensas de los roles tradicionales de género. No tiene sentido ensayar esos argumentos. Aunque obviamente hay muchas personas en sociedades muy tradicionales que adoptan roles de género profundamente diferenciados, es poco probable que sean lectores de este libro. En las sociedades occidentales, quienes defienden los roles de género a menudo olvidan cuán poco tradicional es su concepción particular de los roles de género. Por ejemplo, pocos o ningún conservador de género en Alemania, Australia, Gran Bretaña, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Nueva Zelanda y Australia creen que las mujeres deberían ser excluidas de la educación superior, se les debería negar el voto o el derecho a firmar contratos. Son conservadores sólo en su intento de conservar la diferenciación residual de género. No son (muy) reaccionarios, y no están buscando un retorno a los roles de género más tradicionales, comunes incluso hace uno o dos siglos.¹ Los argumentos que ya he presentado se refieren a los puntos de vista de los conservadores occidentales contemporáneos de los roles de género, a veces explícita y a veces implícitamente.

En este capítulo, planeo considerar un número de argumentos presentados principalmente por aquellas feministas que buscan negar que existe un segundo sexismo. Clasificaré estos argumentos y consideraré tanto su forma como, cuando proceda, ejemplos concretos. Al distinguir los diferentes argumentos, no quiero sugerir que sean mutuamente excluyentes. De hecho, a menudo están interrelacionados.

El argumento de la inversión

Con el "argumento de la inversión" me refiero al argumento de que los casos de discriminación contra los hombres son, en cambio, formas de discriminación contra las mujeres. Desde este punto de vista, lo que he llamado el segundo sexismo es, en cambio, otra forma de discriminación contra las mujeres. A veces el argumento o la técnica de inversión se aplica a un fenómeno que discrimina

tanto a hombres como a mujeres, pero presenta la situación como discriminatoria sólo para las mujeres. Podríamos llamar a esto un argumento de *hemi-inversión*. Sólo invierte el aspecto que discrimina a los hombres, presentando así el fenómeno como desventajoso sólo para las mujeres. Otra variante del argumento de la inversión es lo que podríamos llamar *semi-inversión*. En esta versión, la discriminación contra los hombres está parcialmente reconocida, pero o bien se ha eclipsado parcialmente o bien se ha minimizado al centrarse en la discriminación contra las mujeres.

Rara vez se presentan explícitamente argumentos de inversión.² Es decir, los que emplean este tipo de argumentos no suelen argumentar (aunque a veces lo hacen) que los defensores del segundo sexismo tienen las cosas al revés. Más bien, por lo general, simplemente invierten, presentando los temas como ejemplos de prejuicios contra las mujeres. En este sentido, mi caracterización de la inversión como argumento es una construcción de un argumento fuera de la práctica. La infrecuencia de un argumento explícito a favor de la inversión es comprensible. Si se presentara explícitamente un argumento a favor de la inversión, su debilidad sería mucho más evidente.

El argumento de la inversión es quizás la objeción más común a la afirmación de que existe un segundo sexismo, y por lo tanto recibirá la mayor parte de mi atención en este capítulo. Antes de presentar una serie de ejemplos de inversión y mostrar por qué estos intentos son incapaces de refutar que hay un segundo sexismo sustancial, vale la pena señalar que hay un núcleo de verdad en el argumento de la inversión. Se trata de lo siguiente: la discriminación ilícita contra las mujeres está estrechamente (aunque de manera contingente) relacionada con la discriminación ilícita contra los hombres. Debe quedar claro por qué es así. Los roles de género, por ejemplo, designan algunos rasgos, actividades y ocupaciones como masculinos y otros como femeninos. Los hombres sin rasgos masculinos designados y que buscan evitar actividades y ocupaciones designadas por las convenciones de roles de género como hombres serán una desventaja. Del mismo modo, las mujeres con rasgos masculinos designados o que intentan dedicarse a actividades y ocupaciones designadas como masculinas también se verán en desventaja. En la medida en que se obligue a los hombres a participar en algunas actividades y se impida a las mujeres participar en ellas, la desventaja será doble. Lo mismo ocurre, por supuesto, con las mujeres que se ven obligadas a realizar actividades y ocupaciones supuestamente femeninas, y con los hombres que no pueden acceder a ellas.

Dije que la discriminación ilícita contra las mujeres está relacionada de manera contingente con la discriminación ilícita contra los hombres. No hay una conexión necesaria entre los dos. Los roles de género pueden limitar a un sexo pero no al otro. Podemos imaginar una sociedad en la que a las mujeres se les permitiera tener cualquier rasgo y dedicarse a cualquier ocupación y actividad, pero a los hombres se les restringía. En una sociedad así, los miembros de un sexo, pero no de otro, serían víctimas de discriminación.

Esto podría explicar en parte por qué la relación entre la discriminación contra los hombres y la discriminación contra las mujeres no es obviamente lineal. Es decir, no es cierto que el aumento de la discriminación contra un sexo aumente la discriminación contra el otro al mismo ritmo. Lo mismo ocurre con la disminución de la discriminación. De hecho, parte de mi afirmación es que si bien se han hecho grandes avances contra el sexismo antifemenino en muchas partes del mundo, el sexismo contra los hombres ha sido mucho más duradero. Sin embargo, en el mundo actual (más que en mundos meramente posibles) puede ocurrir que el sexismo antifemenino no pueda ser completamente eliminado sin atender también al segundo sexismo. Si ese es el caso, entonces aquellas feministas que se preocupan sólo por los intereses de las mujeres (en lugar de por la igualdad de género) pueden tener interés en atender al segundo sexismo. La relación entre el primer y segundo sexismo puede ser más clara si observamos algunos ejemplos de inversión.

Reclutamiento y combate

Consideremos, en primer lugar, a los autores que presentan los intentos de excluir y eximir a las mujeres del combate como formas de discriminación sólo contra las mujeres. Dicen, por ejemplo, que los militares, ante el aumento del número de mujeres soldado, "parecen tener una necesidad exagerada de buscar medidas cada vez más refinadas de diferencia sexual para *mantener a las mujeres en su lugar*"³, observando que las fuerzas armadas occidentales

buscan una diferencia que pueda justificar la exclusión continua de las mujeres del núcleo ideológico del ejército: el combate. Si encuentran esta diferencia, también pueden excluir a las mujeres de los ascensos de los altos mandos, que sólo están abiertos a los oficiales que han visto el combate.⁴

La minoría de mujeres desfavorecidas -las que buscan oportunidades de combate y los beneficios de la carrera militar que se derivan de la experiencia de combate- no altera el hecho de que estas mujeres son, de hecho, víctimas de la discriminación por motivos de sexo. Pero presentar el asunto exclusivamente en términos de los efectos negativos que tiene sobre las mujeres es ignorar la desventaja mucho mayor que sufren un gran número de hombres que se ven obligados a luchar contra su voluntad. Cuando se trata de obligar a la gente a combatir, las mujeres, pero no los hombres, están exentas. Así, mientras que la *exclusión* de las mujeres del combate discrimina a algunas mujeres, la *exención* de las mujeres del combate discrimina a más hombres y a favor de más mujeres. Está bien y es bueno observar, como he hecho yo, cómo un caso de discriminación por razón de sexo puede ser en ambos sentidos. Otra muy distinta es presentarlo todo como discriminación sólo contra las mujeres.

Algunos de los que promueven el argumento de la inversión en el contexto del reclutamiento y el combate ignoran la distinción entre exención y exclusión, incluso cuando esa distinción se hace explícita.⁵ Sin embargo, debe quedar claro que no he negado que la exclusión de las mujeres del combate discrimina a (algunas) mujeres. Mi reivindicación se refiere a la *exención* de las mujeres del combate.

James Sterba facilita su inversión tomando como caso paradigmático aquellos países (como los Estados Unidos y el Reino Unido hoy en día) en los que no hay reclutamiento. Señala que en esas sociedades los hombres son libres de elegir si desean o no entrar en el ejército o en el combate. Obviamente, la discriminación del reclutamiento sólo de hombres no es evidente en *estas* sociedades. Centrarse en estas sociedades en un intento de refutar mi afirmación es como responder a la afirmación de que la escisión genital femenina es discriminatoria diciendo que en Austria, Japón, Escocia y Zimbabwe, por ejemplo, las mujeres no están sujetas a la escisión.⁶ Es evidente que los hombres que *son* reclutados por el mero hecho de su sexo sufren una desventaja en relación con las mujeres que están exentas.

Algunas personas ni siquiera conceden esto. Al justificar un enfoque en los Estados Unidos y el Reino Unido (en lugar de los países donde existe el servicio militar obligatorio), se ha dicho que si las mujeres

han logrado formar a los militares para que sirvan a sus intereses, sin duda deben haber tenido éxito en hacerlo en los países que están más comprometidos con la promoción de la causa de la mujer y en los que existe una probabilidad bastante alta de que los miembros de las fuerzas armadas de esos países se involucren en el combate.⁷

Pero este argumento imputa a aquellos que reconocen que hay un segundo sexismo una visión que no necesitan sostener. Más específicamente, quienes reconocen la existencia de un segundo sexismo no tienen por qué afirmar que las mujeres "modelan" la sociedad en su beneficio, una afirmación que sugiere que el orden social está diseñado. En cambio, sólo es necesario afirmar que hay formas en que la sociedad favorece a las mujeres, a menudo de manera inconsciente e indirecta.

Algunos inversores creen que es relevante que hay (supuestamente) muy pocos hombres hoy en día que son reclutados para el combate (aunque aparentemente no creen que sea relevante que relativamente pocas mujeres estén en desventaja por la *exclusión* del combate, es decir, aquellas mujeres que quieren tener acceso al combate). Se ha preguntado, retóricamente: "¿Dónde está hoy el gran número de hombres que se ven obligados a combatir contra su voluntad, especialmente en las democracias liberales contemporáneas?"⁸ Esto ignora una serie de consideraciones importantes. En primer lugar, aunque en la actualidad no haya hombres reclutados para el combate, ha habido millones de ellos en la historia viva, y muchos de los que no murieron durante el servicio siguen vivos. Sin duda, esos veteranos son tan dignos de consideración como los supervivientes de otras formas graves de discriminación y malos tratos.

Es cierto que, en el mismo momento en que escribo esto, una pequeña proporción de reclutas están en combate. Sin embargo, si la historia de la humanidad es una indicación de lo que está por venir, sabemos que habrá tanto una corriente constante como un torrente ocasional de hostilidades en el que se reclutarán soldados. Los hombres soportarán abrumadoramente esta carga a menos que se aborde el segundo sexismo.

Algunas personas han asumido que el único reclutamiento digno de consideración es el reclutamiento *en combate*.⁹ Pero esto ignora las muchas otras desventajas del reclutamiento, incluso en ausencia de combate. Estos incluyen la violación de la libertad, las invasiones de la privacidad, el tiempo perdido, las carreras interrumpidas, la separación de la familia y el trato degradante asociado particularmente (pero no sólo) con la formación básica. *Millones* de hombres en decenas de países donde existe el reclutamiento están sujetos a tales desventajas, mientras que sus hermanas están exentas.¹⁰ Es demasiado simplista como para pasar por alto todo esto.

Mis preocupaciones son con aquellos hombres que son forzados (por reclutamiento o la amenaza de ostracismo) al ejército o al combate. Sin embargo, el número desproporcionado de voluntarios varones, incluso en ausencia de coerción explícita, debería plantear algunas preguntas a las feministas que temen que las mujeres se ofrezcan como voluntarias para ser estrellas pornográficas, prostitutas y strippers. Algunas feministas, sin duda, están dispuestas a aceptar las decisiones de al menos algunas de estas mujeres como totalmente voluntarias, pero otras niegan que tales decisiones sean verdaderamente libres. Quienes adoptan este último punto de vista deberían estar igualmente preocupados por las sutiles presiones y los roles de género que muy probablemente (al menos parcialmente) explican por qué un número desproporcionado de hombres se ofrecen como voluntarios en las fuerzas armadas. Si no se toma a las prostitutas a elegir libremente a pesar de su aparente consentimiento y de los (a veces) lucrativos beneficios de su profesión, entonces tenemos las mismas razones para pensar que los hombres que se ofrecen como voluntarios para el combate pueden no estar eligiendo libremente, a pesar de los beneficios que puedan tener. Y si todos estos hombres eligen libremente, también lo hacen las prostitutas.

Algunas personas están dispuestas a aceptar las decisiones que toman hombres y mujeres bajo la influencia de los roles de género.¹¹ Luego niegan que un gran número de hombres se vean forzados a participar en las fuerzas armadas y en el combate, porque, según dicen, incluso en ausencia del servicio militar, "muchos hombres continuarían alistándose en las fuerzas armadas y luchando voluntariamente".¹² Concedo el hecho obvio de que en ausencia de reclutamiento y coerción, muchos más hombres que mujeres (actualmente) se ofrecen como voluntarios para el ejército. Sin embargo, de la afirmación de que (a) muchos hombres se alistán voluntariamente en las fuerzas armadas, algunos infieren falsamente que (b) no muchos hombres son forzados a alistarse en las fuerzas armadas por reclutamiento. Esto es como inferir del hecho de que hay muchas prostitutas que no hay un gran número de mujeres que no quieren ser prostitutas.

Incluso aquellos con un enfoque más equilibrado tienden a hacer mucho más hincapié en el impacto negativo sobre las mujeres que en las prácticas discriminatorias cuyas víctimas principales

son los hombres. Así, un autor que observa que la guerra es "a menudo horrible y sin sentido",¹⁴ observa que hay ventajas de las que disfrutaban los combatientes. Cita un graffiti de prisionero de guerra "libertad - un sentimiento que los protegidos nunca conocerán"¹⁵ y "los sentimientos de unidad, sacrificio e incluso éxtasis experimentados por el combatiente".¹⁶ Además, señala que las mujeres "que siguen siendo civiles no recibirán los beneficios de la posguerra de los veteranos, y las [mujeres] que se visten con uniformes serán un subconjunto protegido y exento de combate de las fuerzas armadas. Sus logros probablemente serán olvidados".¹⁷

Aunque cierto, la importancia de estas ventajas es excesiva, incluso hasta el punto de la depravación. Ciertamente, muchos de los que nunca experimentan su pérdida pueden no tener la misma apreciación aguda de la libertad, pero esa apreciación aguda es, como mucho, un efecto secundario positivo de una experiencia inmensamente traumática y dañina. Imagínese cómo saludaríamos la observación de que aunque la paraplejía es "a menudo horrible y sin sentido", sólo aquellos que han perdido el uso de algunas extremidades pueden realmente apreciar el valor de tener esas extremidades funcionales.

Luego, aunque a los veteranos se les niegan los beneficios a otros, esta es una forma de compensación por el sacrificio realizado. No es injusto que no se conceda una compensación a aquellos a los que no se debe ninguna compensación. La gente debería ser libre, por supuesto, de decidir si quiere aceptar los sacrificios de unirse al ejército y la compensación que conlleva, pero la ausencia de esa opción es la desventaja y no la mera ausencia de la compensación.

Por último, aunque es menos probable que se recuerden las tareas de los no combatientes, esta observación subestima en gran medida hasta qué punto no se recuerdan las tareas y los sacrificios de la mayoría de los *combatientes*. Muchos de estos que mueren en batalla yacen en tumbas sin nombre o son conmemorados en monumentos al "Soldado Desconocido". En casos excepcionales, como en el memorial de la guerra de Vietnam, el memorial de un combatiente fallecido consiste en un grabado de su nombre, junto con miles de otros - apenas un recuerdo proporcional al sacrificio.

Violencia

El uso del término "violencia de género" para referirse exclusivamente a la violencia contra las mujeres es otro ejemplo de inversión. Aunque los hombres son el sexo más afectado por la violencia, "violencia de género" se utiliza como sinónimo de "violencia contra las mujeres". Por supuesto, los hombres no son las únicas víctimas. A veces las mujeres también son blanco de ataques, pero con la excepción de la violencia sexual, las mujeres son una minoría de las que son blanco de ataques por razón de su sexo. No se trata de negar que la violencia contra la mujer es digna de atención. En cambio, se trata de negar sólo que es *más* digno de atención que la violencia contra los hombres.

El modo en que se utilizan términos como "violencia de género" no equivale a una negación explícita de la discriminación contra los hombres. Sin embargo, es una negación implícita. Oculta el hecho de que tal discriminación tiene lugar. Estas negaciones implícitas tampoco se limitan al uso de dichas frases. Son omnipresentes. Adam Jones ha notado y documentado muchos de estos casos en los que la gente ignora, a menudo deliberadamente, la discriminación violenta contra los hombres. Observa, por ejemplo, que aunque los hombres son regularmente blanco de asesinatos, son las mujeres las que han recibido atención especial para el estatus de refugiadas por parte de la Junta Canadiense de Inmigración y Revisión.¹⁸

El profesor Jones también relata que transmitió sus preocupaciones sobre los prejuicios de género al presidente del Centro Internacional de Derechos Humanos y Desarrollo Democrático (CIDHDDD). "Recibió una respuesta de tres frases" de un asistente, agradeciéndole por su carta pero diciendo que estos temas no formaban parte de su mandato. La masacre de Srebrenica ocurrió

ocho meses después. Al año siguiente, "el CIDHDH fundó una Coalición Internacional sobre los Derechos Humanos de las *Mujeres* en Situaciones de Conflicto".¹⁹

El profesor Jones también llama la atención sobre "La Resolución de Edmonton: Un plan para la paz, la justicia y la libertad", que instaba a "todos los Estados a promover y proteger los derechos humanos de todos los ciudadanos, y especialmente los de las mujeres [y] las niñas".²⁰

El muestra cómo la Amnistía Internacional no consiguió, durante el conflicto de Kosovo, "dedicar una atención significativa al patrón de ejecuciones masivas con enfoque de género" y otras violaciones graves de los derechos humanos.²¹ Por el contrario, la Amnistía Internacional destacó las violaciones de los derechos humanos contra las mujeres, afirmando que son "particularmente vulnerables a las violaciones de los derechos humanos".²² Entre otros ejemplos de esta hipérbole a la que se refiere está el caso del "relator especial de la ONU sobre Ruanda, René Degni-Ségui, quien declaró en enero de 1996 que las mujeres 'pueden incluso ser consideradas como las principales víctimas de las masacres'" en Ruanda.²³

Consideremos también la siguiente exageración y el extraño razonamiento que se ofrece en su apoyo. Ronit Lentin ha afirmado que, puesto que "la proporción entre mujeres y hombres es de 1, o poco más de 1, esto significa que la mitad de las víctimas de lo que organizaciones como la Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja denominan 'catástrofe' son mujeres".²⁴ Este argumento parte del supuesto de que la catástrofe está distribuida por igual entre los sexos. Sin embargo, esta suposición no es más cierta en el caso de los asesinatos en masa que en el de las violaciones. Los hombres no son la mitad de las víctimas de violación, aunque en todo el mundo constituyen aproximadamente la mitad de la población humana. Del mismo modo, las mujeres no son la mitad de las víctimas de los asesinatos en masa simplemente porque constituyen aproximadamente la mitad de la población humana del mundo.

A veces los funcionarios de las organizaciones de derechos humanos son conscientes del sesgo, pero esto no ha resultado en una corrección. Por ejemplo, Charli Carpenter cita a un funcionario de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) de la siguiente manera:

En los medios de comunicación se menciona a menudo a las mujeres y a los niños, especialmente si hay víctimas. ...En el ACNUR lo utilizamos a menudo también. Y creo que está relacionado con la forma en que dentro de la organización estamos luchando para incorporar la perspectiva de género en nuestras operaciones; y también está relacionado con el hecho de que muchos miembros del ACNUR y muchos donantes están presionando a las mujeres y los niños todo el tiempo, y las ONG dicen que todavía no estamos haciendo lo suficiente por las mujeres y los niños.²⁵

Tampoco se trata de un caso aislado. La profesora Carpenter cita a muchos otros funcionarios con los que ha hablado y que también han reconocido "el uso de estereotipos de género y, en particular, el abandono de los hombres civiles como un problema".²⁶

Considere, a continuación, un ejemplo de hemi-inversión de los hechos sobre la violencia doméstica. Deborah Rhode, en desacuerdo con el hallazgo generalizado de que las tasas de violencia doméstica por parte de esposos y esposas son comparables, dice que se basan en una "técnica de encuesta ampliamente desacreditada".²⁷ Ella objeta que las encuestas "omiten visiblemente ciertos abusos que las esposas casi nunca cometen, como el abuso sexual o el acecho" y las "indagaciones sobre el contexto y las consecuencias".²⁸ Ella dice que

las mujeres son seis veces más propensas que los hombres a sufrir lesiones graves, y son mucho más propensas a actuar en defensa propia. En los casos que llegan al sistema de

justicia penal, las mujeres representan entre el 90 y el 95 por ciento de las personas maltratadas por su pareja.²⁹

Este tipo de respuesta a la desventaja masculina es típica de muchos. Implica tanto la selectividad como la racionalización. Por ejemplo, el acecho no es en sí mismo violento (incluso si causa miedo a la violencia) y, por lo tanto, aunque merece la pena investigarlo, no está claro que su omisión afecte a los hallazgos sobre la violencia doméstica. En cualquier caso, realmente no sabemos que las esposas "casi nunca" acechan hasta que se hace una investigación que produzca este resultado. Tal vez sea cierto, pero tal vez no lo sea. Dada la poca fiabilidad de los puntos de vista comunes sobre el abuso conyugal, difícilmente podemos estar seguros de que nuestros puntos de vista no probados sobre este asunto sean confiables. De hecho, un estudio que sí investigó sobre el acecho encontró que algunos esposos habían sido acechados.³¹

La referencia al abuso sexual también desvía nuestra atención de (otros) tipos de violencia doméstica. Es muy posible que más esposas que maridos sean agredidas sexualmente por sus esposos. Sin embargo, no está claro por qué es relevante. La agresión sexual a menudo se distingue de (otras) agresiones físicas. Por lo tanto, no es irrazonable decir que mientras más esposas son agredidas sexualmente por sus maridos que viceversa, la tasa de (otras) agresiones físicas es comparable para cada sexo. El intento de agrupar la agresión sexual en la categoría de violencia física para negar que los maridos son agredidos tan a menudo como las esposas es falso. Es como tratar de combinar la agresión sexual con la agresión en general para minimizar la importancia de las mujeres como las principales víctimas de la agresión sexual.

La afirmación de que cuando las mujeres agreden a sus maridos o parejas es mucho más probable que actúen en defensa propia, como vimos en el capítulo 2, no está respaldada por los hechos. Las mujeres inician la violencia contra sus parejas masculinas por lo menos con la misma frecuencia que los hombres inician la violencia contra sus parejas femeninas.

La afirmación de que las mujeres son más propensas a sufrir lesiones graves tampoco está respaldada por las pruebas disponibles. Vimos que las pruebas sobre esta cuestión son contradictorias. Algunos estudios han encontrado que los hombres son más propensos a infligir lesiones graves a las mujeres, pero otros estudios han encontrado lo contrario, y los estudios restantes no han encontrado ninguna diferencia. La afirmación de que las mujeres son más propensas a sufrir lesiones es, por lo tanto, muy selectiva.

Sin embargo, incluso si se establece que las mujeres tienen más probabilidades que los hombres de sufrir lesiones graves a manos de sus parejas íntimas, no se deduce que la violencia contra los hombres no deba tomarse en serio. Sugerir lo contrario implicaría que la violencia menos perjudicial contra las mujeres tampoco tiene por qué tomarse en serio. Esto se debe a que sería inconsistente tomar en serio las lesiones moderadas y menores de las mujeres sin también tomar en serio las lesiones moderadas y menores de los hombres. Dado que sólo una mínima proporción de toda la violencia doméstica causa lesiones graves, la implicación sería que la mayoría de la violencia doméstica contra las mujeres no necesita ser tomada en serio. Esta es, sin duda, una conclusión que debemos rechazar.

También es falso referirse a la proporción de casos que llegan al sistema de justicia penal. La suposición subyacente a este movimiento es que son los casos más graves los que llegan a la justicia penal. Sin embargo, esto implicaría que las violaciones que no llegan al sistema de justicia penal son uniformemente menos graves que las que sí llegan al sistema. Es difícil imaginar que las feministas acepten esa conclusión. De hecho, las feministas suelen señalar que la violación es poco denunciada.³² Sin embargo, tenemos muy buenas razones para pensar que las agresiones a los maridos no se denuncian suficientemente. Es muy probable que los hombres sean menos propensos que las mujeres a presentar cargos por abuso doméstico incluso cuando sufren lesiones

comparables. Puede que se sientan más avergonzados de no poder defenderse. También es menos probable que se les crea y que lo sepan. De hecho, la negación por parte del profesor Rhode y otros de que los maridos son abusados al menos con la misma frecuencia que las esposas es una prueba de que es menos probable que se crea a los maridos.

Las mujeres son víctimas de la violencia doméstica, pero las pruebas no apoyan la afirmación de que constituyen la mayoría de las víctimas de esa violencia. Cuando examinamos la violencia de manera más general, encontramos, como demostré en el capítulo 2, que la mayoría de las víctimas son hombres. Este hecho se invierte tan a menudo que la sabiduría popular dice que las mujeres son las más vulnerables a la violencia. La inversión es generalizada. Los casos anteriores son sólo algunos ejemplos de los miles de casos que podrían citarse.

Circuncisión

Algunas feministas han encontrado una manera de invertir las desventajas de la circuncisión en los hombres. La extirpación del prepucio de un niño sin el beneficio de la anestesia es una desventaja. También es discriminatorio que no se tolere la imposición de un dolor comparable a una niña en circunstancias comparables. Sin embargo, algunas feministas han invertido la situación al ignorar la discriminación contra los hombres y presentar la circuncisión masculina como una discriminación contra las mujeres.

Algunos parecen decir que la circuncisión masculina en sí misma es discriminatoria contra las niñas. La Dra. Marjorie Cramer, por ejemplo, cuando su rabino reformista le pidió que se inscribiera en un curso para entrenar a los circuncisores rituales judíos, inicialmente dijo: "¿Por qué querría hacer algo tan sexista, un ritual sólo para niños?".³³ Otros se centran únicamente en la ausencia de una *ceremonia* neonatal para las niñas. Afirman que las niñas se ven privadas de la atención que se presta a los recién nacidos varones y, por lo tanto, han introducido ceremonias neonatales para las niñas. Estas ceremonias se asemejan de muchas maneras a la ceremonia masculina. Los nombres dados a las ceremonias son similares a los dados a la ceremonia de los niños.³⁴ A veces sugieren que esta ceremonia tenga lugar el octavo día de la vida del niño. La razón que se da para este momento es la supuestamente igualitaria de que este "es el mismo día en que se celebraría una ceremonia para un niño".³⁵

De esta manera, algunas feministas judías consideran las prácticas tradicionales como discriminatorias contra las niñas. Piensan que la discriminación se evita con la introducción de una ceremonia para las niñas. No se reconoce que la circuncisión de los niños, sin anestesia, sea discriminatoria. Esto es curioso, porque, al tratar de rectificar la supuesta discriminación contra las niñas, estas feministas judías no han sugerido que las niñas, como los niños, deban ser circuncidadas. Si la circuncisión de los varones fuera realmente discriminatoria contra las niñas, parecería que la mejor manera de rectificar eso sería circuncidar también a las niñas.³⁶

Una *ceremonia* neonatal no significa nada para el recién nacido. Un niño pequeño no es consciente de que él es el centro de atención. No es consciente de que otros están haciendo un escándalo por él y se regocijan por su nacimiento y su inducción a un pacto religioso. Del mismo modo, una niña pequeña para la que no hay tal ceremonia no puede sentirse privada de nada de esto. Y si a ella se le da tal ceremonia, no le hace más bien que a un niño pequeño. Por lo tanto, la ceremonia es más para el beneficio de los demás. Mientras que es plausible pensar que los que dan a una niña una ceremonia de *batmizvah* comparable a la de un niño la están beneficiando, no es plausible pensar que darle a una niña una ceremonia neonatal paralela a la de un niño la esté beneficiando a ella. Lo que sí hace una diferencia para un bebé es si sus genitales son alterados quirúrgicamente sin anestesia.³⁷ Los niños judíos soportan esta carga, mientras que las niñas judías no lo hacen. En otras palabras, la ventaja que se afirma que tienen los niños judíos -la ceremonia-

no es una ventaja real, mientras que la desventaja real, que no es reconocida por los inversores, es una desventaja real.

Si fueran niñas judías circuncidadas y niños judíos que no lo fueran, sospecho que las feministas ofrecerían argumentos estridentes de que la circuncisión discrimina a las niñas y constituye un control patriarcal de los genitales femeninos. Se horrorizarían en una ceremonia en la que se le quitan los pañales a una niña, se le separan las piernas y se le cortan los genitales, mientras que tanto hombres como mujeres observan. Incluso si la cirugía fuera realizada por mujeres, estas mujeres serían juzgadas, como lo son en las culturas que sí cortan los genitales femeninos, como instrumentos del patriarcado. Si los hombres comenzaran a unirse a las filas de los circuncisores, no sería aclamado como el avance igualitario que la certificación de las mujeres circuncidoras (de niños varones)³⁸ - ha sido en algunos círculos feministas judíos. Aquí se ha dicho que una circuncisionista puede dar un toque femenino³⁹ y que las circuncisoras "pueden tener una habilidad especial para relacionarse con las madres que tienen ansiedad" sobre la circuncisión de sus hijos.⁴⁰ Pero esto suena como algo que seguramente no oiríamos de las feministas - es decir, recomendar a un obstetra masculino porque él trae un "toque masculino" y puede relacionarse con el esposo de la mujer en trabajo de parto. Y si se piensa que esto es una mala analogía, entonces uno puede hacer el mismo comentario acerca de que los hombres entran en el papel de circuncidar a las niñas (donde la circuncisión era comparable a la circuncisión masculina). Es muy poco probable que las feministas lo consideren una mejora igualitaria.

Educación

Mi análisis de la desventaja educativa masculina en el capítulo 2 ya ha revelado que hay quienes afirman que son las niñas y no los niños quienes se encuentran en desventaja en materia de educación. He demostrado que, aunque las niñas han estado más desfavorecidas desde el punto de vista educativo en muchas ocasiones y en muchos lugares, en gran parte del mundo desarrollado hoy en día son los niños los que están más desfavorecidos. Las métricas clave que tenemos a nuestra disposición, sugerí, son las tasas de graduación de las instituciones escolares y terciarias. Debido a que los varones abandonan la escuela a un ritmo mayor que las niñas y los hombres obtienen menos títulos que las mujeres, son los varones los más desfavorecidos desde el punto de vista educativo en la mayor parte del mundo desarrollado, incluso si hay algunas desventajas menos graves que las mujeres experimentan. En vista de ello, la afirmación de que son las mujeres, y no los hombres, las que sufren discriminación en materia de educación (en el mundo desarrollado) es una inversión de la situación real. Las mujeres están peor de alguna manera, pero estas desventajas están disminuyendo. Los inversores, ignorando las graves desventajas de los hombres, presentan a las instituciones educativas como desventajas sólo para las niñas y las mujeres.

Hay muchas maneras en las que se intenta la inversión. Al argumentar que son los hombres los que están en desventaja, examiné algunos de ellos en el capítulo 2. Aquí considero algunas otras maneras.

Una técnica es argumentar que las desventajas en cuestión tienen más que ver con la raza que con el sexo. Por ejemplo, se ha dicho que "la brecha de género entre los hombres blancos y las mujeres blancas en la admisión a la universidad es muy pequeña: el 51 por ciento son mujeres y el 49 por ciento son hombres. Sin embargo, sólo el 37 por ciento de los estudiantes negros son hombres y el 63 por ciento mujeres".⁴¹ Por lo tanto, se dijo que esto "puede ser lo que los sociólogos llaman una distinción engañosa - algo que en conjunto se parece a una diferencia de género que en realidad es mucho más una diferencia de raza y etnia".⁴² Este es un intento de ocultar la desventaja masculina sugiriendo que la verdadera desventaja es atribuible a la raza o a la etnia.

Sin embargo, si bien es cierto que la raza y la etnia son factores cruciales que contribuyen a la desventaja educativa en los Estados Unidos, no son los únicos factores. El sexo está jugando un

papel importante. Así, dentro de cada grupo étnico, las mujeres tienen ventaja sobre los hombres, aunque el alcance de la ventaja difiera.⁴³ Cuando a los hombres negros les va mucho peor que a las mujeres negras, esto obviamente no es sólo una cuestión de raza, porque tanto los hombres negros como las mujeres negras son negros. El hecho de ser varón está jugando un papel importante. Este es el caso incluso si los hombres de otros grupos no están tan desfavorecidos en relación con las mujeres de sus grupos. Lo que tenemos es una interacción de raza y sexo, pero tal interacción no implica que la desventaja sea más atribuible a la raza que al sexo. Si ese fuera el caso, los hombres negros no estarían (muy) en desventaja en relación con las mujeres negras.

Cuando la raza y el sexo interactúan en detrimento de las mujeres, las feministas no suelen argumentar que la desventaja es principalmente atribuible a las primeras y, por lo tanto, subestiman la contribución que supone ser mujer. Deben hacer lo mismo cuando son los hombres los que están en desventaja.

Consideremos un último ejemplo de inversión en el contexto educativo. El informe de 1992 de la Asociación Americana de Mujeres Universitarias, al que me referí en el Capítulo 2, señala que los varones constituyen una mayoría significativa de los estudiantes en las clases de educación especial. Esto parece apoyar la opinión de que hay más niños con discapacidades mentales y de aprendizaje, lo que constituye un ejemplo de desventaja masculina (aunque no de discriminación). Sin embargo, el informe afirma que el mayor número de niños en estos programas es en realidad una prueba de discriminación contra las niñas que, según el informe, tienen menos probabilidades de ser admitidas en dichos programas, incluso si están igualmente necesitadas.⁴⁴

Sin embargo, hay evidencia de que numerosos trastornos del desarrollo neurológico tienen mayor probabilidad de ser diagnosticados en niños que en niñas.⁴⁵ Estos incluyen parálisis cerebral, trastorno por déficit de atención e hiperactividad y autismo. Algunos han sugerido que en lugar de indicar que más niños sufren estas condiciones, es el caso de que las condiciones están siendo subdiagnosticadas en las niñas. En otras palabras, se afirma que se discrimina a las niñas al no ser diagnosticadas con las condiciones que tienen. Sin embargo, hay pruebas de que, aunque las niñas están subdiagnosticadas, esto no explica toda la diferencia, ya que los niños tienen más probabilidades de sufrir estas afecciones. Por ejemplo, se descubrió que los niños tienen aproximadamente el doble de probabilidades de sufrir problemas de lectura.⁴⁶

No pretendo que esta sea la última palabra en la materia. Es evidente que se necesita más investigación. Lo que es preocupante, sin embargo, es la suposición aparentemente refleja de que cuando los niños parecen estar en desventaja, en realidad son las niñas las que están siendo discriminadas. Estas afirmaciones son simplistas, no se basan en pruebas convincentes y manifiestan un desafortunado sesgo que en sí mismo es discriminatorio contra los hombres.

Agresión sexual

A continuación, consideremos un caso de lo que antes llamaba *semi-inversión*: un reconocimiento parcial de la discriminación contra los hombres, pero que se ve parcialmente eclipsado o minimizado al centrarse en la supuesta discriminación contra las mujeres. Un autor, al escribir sobre la supervisión entre los géneros en las prisiones estadounidenses, señala que varios "estados informan que la mayoría de las quejas de mala conducta sexual de su personal involucran a reclusos y reclusas". Si estos estados hubieran reportado la tendencia inversa, es probable que esto quedara como evidencia de que las reclusas son víctimas de discriminación sin diluir. Sin embargo, cuando son los reclusos varones los que presentan quejas contra las mujeres guardias, se cree que este fenómeno requiere una explicación. Las explicaciones ofrecidas minimizan la discriminación contra los hombres y cambian el enfoque hacia la discriminación contra las mujeres. Por lo tanto, se nos dice que los siguientes factores explican el fenómeno:

En primer lugar, el hecho de que la gran mayoría de los reclusos sean hombres lleva naturalmente a que los hombres presenten más quejas. En segundo lugar, el personal femenino tiene un estatus relativamente bajo en los entornos penitenciarios y, por lo tanto, es menos probable que reciba protección en los entornos penitenciarios. En tercer lugar, las funcionarias pueden sufrir tanto acoso y falta de apoyo por parte de sus homólogos masculinos que forman alianzas con los reclusos varones para obtener protección y apoyo.⁴⁸

Es muy posible que una de las razones por las que más reclusos que reclusas se quejan de la mala conducta sexual entre sexos por parte de los guardias sea simplemente que hay más reclusos hombres custodiados por mujeres que mujeres custodiadas por hombres. Sin embargo, esto no significa que los hombres sufran menos discriminación. Imagínese, de manera bastante plausible, que más pacientes mujeres se quejan de conducta sexual inapropiada por parte de sus ginecólogos que pacientes hombres se quejan de conducta sexual inapropiada por parte de sus urólogos mujeres. Es poco probable que las feministas atenúen sus quejas sobre el abuso sexual de las pacientes femeninas al señalar que hay muchas más pacientes femeninas de ginecólogos masculinos.

El segundo y tercer factores citados anteriormente son aún más escandalosos. Incluso si son ciertas, de ninguna manera excusarían la mala conducta sexual de las mujeres guardias. Ahora bien, es cierto que no se los cita como factores de excusa. Sin embargo, el efecto de mencionar tales factores cuando los hombres son víctimas de discriminación, pero no cuando las mujeres lo son, es minimizar la discriminación contra los hombres y presentar al menos parte de ella como discriminación contra las mujeres. Sin embargo, cualquiera que sea el estatus relativamente bajo que pueda tener el personal femenino en los establecimientos penitenciarios, su estatus es mucho mayor que el de los reclusos varones. Por lo tanto, si comparamos las discriminaciones aquí, sin duda debemos priorizar para su consideración la discriminación contra las partes más vulnerables. En este caso, esos son los hombres prisioneros y no las mujeres guardias.

Privacidad del cuerpo

El argumento de la inversión también se utiliza regularmente para ocultar la discriminación contra los hombres en lo que respecta a la intimidad corporal. Consideremos, por ejemplo, el par de autores que presentaron la exclusión de las mujeres en los medios de comunicación deportivos de los vestuarios masculinos después de los partidos como un ejemplo de discriminación flagrante contra esas mujeres. Como observan correctamente, los escritores deportivos que "no pueden tener acceso inmediato a los atletas después de un partido... pueden incumplir los plazos de entrega y es probable que la competición se lleve una 'primicia'".⁴⁹ Sin embargo, ignoran completamente el otro lado de la cuestión y citan con desaprobación al entrenador que declaró: "No permitiré que las mujeres entren a 50 hombres desnudos". Si hubiera sido un escritor deportivo masculino que buscaba acceso a un vestuario de 50 atletas femeninas desnudas, podemos estar seguros de que un tono diferente habría sido evidente en los comentarios feministas sobre el tema. Existen soluciones alternativas a estos problemas de equidad, como negar a todos los periodistas, tanto hombres como mujeres, el acceso a los vestuarios. Estos autores ignoran tales opciones, al igual que ignoran la invasión de la privacidad que experimentarían los atletas masculinos, que seguramente serían discriminados si sus contrapartes femeninas no estuvieran también sujetas a tales invasiones. En cambio, los autores ven el asunto desde la perspectiva de las escritoras de deportes. Soy plenamente consciente de que, por otras razones, los deportes masculinos llaman más la atención y que, por lo tanto, las escritoras pierden más al no tener acceso a los vestuarios masculinos que los escritores masculinos al no tener acceso a los vestuarios femeninos. Sin embargo, si esto se utiliza para justificar el acceso de las mujeres a los vestuarios masculinos pero no el acceso de los hombres a los vestuarios femeninos, entonces la intensidad del interés del escritor y no la privacidad del atleta se considera el factor determinante. Y si es así, se debería permitir a los periodistas varones acorralar a las mujeres políticas, actores y otras personalidades públicas en baños y vestuarios sólo para mujeres, si es así como pueden contar una historia importante. Si esto no es aceptable, tampoco lo

es la intrusión de las escritoras de deportes en la privacidad de los atletas masculinos, independientemente de los intereses de los escritores en obtener una historia.

Anteriormente demostré el mismo fenómeno cuando demostré los diferentes grados en que se respeta la privacidad corporal de los prisioneros y las prisioneras en los Estados Unidos. Si los presos y las presas tuvieran el mismo grado de privacidad corporal, los guardias, hombres y mujeres, estarían en desventaja. Sin embargo, lo que interesa a los tribunales es la desventaja de las mujeres guardias. Del mismo modo, si los guardias masculinos y femeninos estuvieran igualmente libres en la supervisión de ambos sexos, los reclusos y las reclusas sufrirían una desventaja. Sin embargo, sólo la desventaja de las reclusas ha afectado a los tribunales. Dicho de otra manera, los tribunales se han centrado en los intereses de empleo de las mujeres guardias, incluso cuando esto niega los intereses de privacidad de los hombres, y se han centrado en los intereses de privacidad de las mujeres reclusas, incluso cuando esto niega los intereses de empleo de los hombres. La protección de la privacidad de los reclusos varones y de los intereses laborales de los guardias varones se considera una discriminación contra las mujeres. Dado que la protección de la privacidad de las reclusas y de los intereses de las mujeres guardias no se considera una discriminación contra los hombres, los tribunales son culpables de invertir la situación.

El argumento de la inversión también surge con referencia a las representaciones de la desnudez masculina y femenina en el cine. Las cosas se complican aquí debido a las diferencias entre los desnudos masculinos y femeninos. No quiero negar que existe discriminación contra las mujeres. En cambio, mi afirmación es que este es el enfoque exclusivo inapropiado.

En algunas sociedades, la exposición de los senos femeninos es tan común como la exposición de los senos masculinos, pero este no es el caso en las sociedades occidentales. Por consiguiente, la visión no frecuente de los senos femeninos en el cine constituye un nivel más alto de exposición que la visión más común de los pechos masculinos desnudos en la película.⁵⁰ Sin embargo, la exposición incluso de los senos femeninos es comúnmente considerada como una exposición menor que la de los genitales (ya sean femeninos o masculinos). Una queja común es que los genitales femeninos se representan con mucha más frecuencia que los masculinos.

Se ha sugerido, por ejemplo, que

vemos muchas películas clasificadas como R en las que las actrices a las que se les paga una fracción de los salarios masculinos están obligadas a desnudar a todos. Me imagino que debe haber una alarma que suene y despierte a los miembros de la junta directiva cada vez que se vea un pene en una de sus proyecciones.⁵¹

Comentando sobre la película pornográfica *Emmanuelle*, Joel Feinberg señala que aunque se representa la desnudez femenina, aunque sin "trabajo de cámara de cerca centrado en los órganos sexuales [femeninos]", los órganos sexuales masculinos no se muestran en absoluto.⁵² Esta última omisión, dice, "es típica del doble rasero que generalmente prevalece en las obras pornográficas destinadas a la venta a grandes audiencias generales".⁵³

Sin embargo, no está claro de qué sexo son las desventajas declaradas de doble rasero. Esto se debe a que la desnudez masculina y la desnudez femenina no son análogos. Los órganos sexuales de una mujer son generalmente internos, mientras que los de un hombre no lo son. Un hombre desnudo está así, al menos en un sentido importante, más expuesto que una mujer desnuda, especialmente si la zona púbica de esta última está cubierta de vello. Así, si bien es cierto que las representaciones cinematográficas de la desnudez femenina son más comunes, también lo es que cuando se representa la desnudez masculina frontal o lateral -y esto puede ser más común ahora que antes- el grado de exposición es mayor. Así, podemos observar que mientras que los órganos sexuales masculinos se representan a veces en el cine convencional (con restricciones de edad), los órganos femeninos análogos (más obviamente el clítoris) no se muestran en absoluto en tales contextos.

Sugerir, por lo tanto, que la discriminación total es contra las mujeres es un ejemplo de lo que he llamado hemi-inversión. Sólo se registra la desventaja o la discriminación contra las mujeres. La desventaja y la discriminación de los hombres pasa desapercibida.

Custodia

Las quejas feministas relacionadas con el divorcio no se refieren típicamente a los beneficios de obtener la custodia, presumiblemente porque esos beneficios son usualmente disfrutados por las madres. En cambio, se ha hecho hincapié en las supuestas desventajas de la custodia. Así, de acuerdo con la sabiduría popular, los hombres divorciados no pagan la manutención de los hijos, sino que abandonan la vida de sus hijos, dejando que sus ex esposas se encarguen de la crianza de todos los hijos. También se cree ampliamente que la situación económica de las mujeres se deteriora significativamente después del divorcio, mientras que se dice que la situación económica de los hombres mejora. Por lo tanto, la sugerencia es que son las mujeres y no los hombres los que están en desventaja, considerando todas las cosas. Se dice que aunque disfruten del contacto diario con sus hijos, los padres no están interesados en ese contacto. Las mujeres se quedan con toda la responsabilidad parental junto con la carga financiera. De esta manera, una desventaja experimentada por los padres se presenta en cambio como una desventaja de las madres.

Por muy extendidas que sean estas creencias, son falsas.⁵⁵ Los padres divorciados, a diferencia de muchos padres que nunca estuvieron casados con la madre del niño, tienen vínculos significativos con sus hijos y son mucho más propensos a pagar manutención infantil. El grado exacto en que pagan la manutención de los hijos es incierto. Sin embargo, la mayoría de las investigaciones realizadas sobre esta cuestión han buscado datos sólo de las madres con custodia, que difícilmente pueden decirse que son jueces imparciales. Cuando también se preguntaba a los padres, se daban respuestas muy diferentes.⁵⁶ Aunque es tan probable que los padres sobreestimen su cumplimiento como que las madres lo subestimen, el mero hecho de que muchas investigaciones hayan consultado sólo a las madres bajo custodia es evidencia de sesgo.⁵⁷ Además, cuando los padres divorciados no han pagado, el factor más importante es la pérdida de empleo. En otras palabras, una vez excluidos los padres que habían estado desempleados, los niveles de cumplimiento se elevan al 80% (según los informes de las madres) o al 100% (según los informes de los padres).⁵⁸

También hay discrepancias entre los informes de las madres y de los padres sobre cuánto contacto tienen los padres que no tienen la custodia con sus hijos.⁵⁹ Mientras que algunos padres están abandonados, otros pierden el contacto con sus hijos por causas ajenas a su voluntad. Los privilegios de visita a menudo restringen su contacto. Las madres a menudo bloquean o interfieren con las visitas.⁶⁰ Mientras que la falta de pago de la manutención de los hijos ahora incurre en castigo o pago forzado, la negación de las visitas generalmente no tiene consecuencias legales para el padre que tiene la custodia.

La sugerencia de que la situación financiera de las mujeres se deteriora significativamente tras el divorcio, mientras que la de los hombres aumenta, también es falsa. Esta afirmación generalizada y citada con frecuencia se puede atribuir a un hallazgo de Lenore Weitzman, quien afirmó que las mujeres y sus hijos experimentaron un descenso del 73% en su nivel de vida, mientras que el nivel de vida del hombre divorciado medio aumentó en un 42%.⁶¹ Algunos académicos sospechaban de estos hallazgos y solicitaron acceso a los datos originales.⁶² Cuando éstos se pusieron a disposición, se estableció que el profesor Weitzman había cometido un error matemático que, cuando se corrigió, sugirió que la disminución de las mujeres era del 27% y el aumento de los hombres del 10%.⁶³ La profesora Weitzman ha admitido evidentemente este error,⁶⁴ pero esto no parece haber disminuido la influencia de su conclusión original. Investigaciones posteriores han sugerido que su metodología era problemática y que cuando se controlan todas las variables relevantes, no existe una diferencia significativa entre el nivel de vida de hombres y mujeres después del divorcio.⁶⁵

Por lo tanto, aunque hay algunos hombres que son negligentes al hacer los pagos de manutención de los hijos, la desventaja más común es la de los padres que tienen una posibilidad mucho menor de obtener la custodia. Esto es también más claramente una consecuencia de la discriminación injusta, tanto directa como indirecta.

Esperanza de vida

A veces la inversión es menos abierta y más sofisticada. Consideremos, por ejemplo, un argumento de Amartya Sen y Jean Drèze, que han llamado la atención sobre el número de vidas femeninas que se han perdido como resultado de las ventajas concedidas a los hombres. Han hablado de los 100 millones de "mujeres desaparecidas" del mundo.⁶⁶ Para alcanzar esta cifra, observan en primer lugar que en todo el mundo nacen alrededor de 105 niños por cada 100 niñas. Sin embargo, más varones mueren a cada edad. Por esta razón, en Europa, América del Norte y otros lugares donde las mujeres disfrutan de una nutrición y una atención sanitaria básicas, la proporción de hombres y mujeres se invierte: alrededor de 105 mujeres por cada 100 hombres. Por lo tanto, la relación general entre mujeres y hombres en estas sociedades es de 1,05. Amartya Sen y Jean Drèze observan, sin embargo, que en muchos países la proporción desciende a 0,94 o incluso menos. Sobre esta base, calculan el número de "mujeres desaparecidas", es decir, el número de mujeres que han muerto porque han recibido menos alimentos o menos cuidados que sus homólogos masculinos. Se trata, en efecto, de una injusticia alarmante e inaceptable.

Es interesante, sin embargo, que no se mencione a los "hombres desaparecidos". La implicación es que sólo hay mujeres desaparecidas. Sin embargo, hay millones de hombres desaparecidos, como debería ser más evidente por el mayor número de hombres que de mujeres que mueren violentamente. También hay otras formas menos obvias en las que los hombres se vuelven "desaparecidos". Para resaltarlos, considere cómo se llega a la cifra de 100 millones de mujeres desaparecidas. Amartya Sen dice que si tomáramos como referencia un número igual de hombres y mujeres, entonces "la baja proporción de 0,94 mujeres con respecto a los hombres en Asia Meridional, Asia Occidental y China indicaría un déficit del 6 por ciento en las mujeres".⁶⁷ Sin embargo, él piensa que es inapropiado establecer la línea de base como un número igual de hombres y mujeres. Dice que "puesto que en los países donde los hombres y las mujeres reciben una atención similar, la proporción es de aproximadamente 1,05, el déficit real es de alrededor del 11 por ciento".⁶⁸ Esto, dice, equivale a 100 millones de mujeres desaparecidas.

Ahora, creo que es extremadamente esclarecedor que la línea de base se establezca en una proporción de 1,05 para las mujeres y los hombres. ¿Por qué partir de ese punto y no de la proporción que se obtiene al nacer? La suposición es que la proporción entre mujeres y hombres de 1,05 es la que se obtiene en sociedades en las que hombres y mujeres reciben *el mismo trato en lo que respecta a la mortalidad*, y se considera que se trata de la nutrición y la atención de la salud básicas. Pero está claro que los hombres no están tan bien como las mujeres en esas sociedades, así que ¿por qué no pensar que hay desigualdades relevantes, desventajas para los hombres, que operan en esas sociedades?

Algunos podrían sugerir que las únicas desigualdades son las biológicas, es decir, que los hombres son biológicamente más propensos que las mujeres a la muerte prematura. Sin embargo, no veo por qué eso justificaría establecer la línea de base en la proporción entre mujeres y hombres de 1,05. Algunos filósofos influyentes, que escriben sobre la justicia distributiva, han sugerido que debido a que las desigualdades naturales son inmerecidas, debemos distribuir los recursos sociales de una manera que compense esas desigualdades. Por ejemplo, John Rawls dice que el resultado de la lotería natural "es arbitrario desde una perspectiva moral",⁶⁹ y Ronald Dworkin dice que las diferencias "trazables a la suerte genética" son injustas.⁷⁰

Si los hombres son biológicamente propensos a morir antes, tal vez la distribución ideal sea aquella en la que se iguala el desequilibrio de mortalidad (financiando la investigación y la práctica médica que reduce el nivel de mortalidad masculina al nivel femenino). Esto ciertamente parece ser lo que muchas feministas abogarían si la biología perjudicara a las mujeres en la forma en que lo hace a los hombres.

A *fortiori* es este el caso si la menor esperanza de vida de los hombres es, al menos en parte, el resultado de las desigualdades sociales. De hecho, parece ser que las desigualdades sociales explican parte de la diferencia. Aunque la esperanza de vida ha aumentado en los países desarrollados en el último siglo, los hombres siempre han ido a la zaga de las mujeres. Esto sugiere que la muerte prematura de los varones no es (o, al menos, no era) atribuible a un límite de esperanza de vida determinado biológicamente. A medida que las condiciones sociales mejoraban, los hombres vivían hasta una edad más avanzada, pero nunca (en promedio) tan avanzada como las mujeres. Los factores sociales desempeñan claramente un papel importante en la esperanza de vida y en el déficit de los hombres.

Si se diera el caso de que los hombres tendieran a vivir más tiempo que las mujeres, ya sea debido a las desigualdades naturales o sociales, se nos diría que esta desigualdad debería abordarse dedicando más atención y recursos a la salud de las mujeres. Si, por ejemplo, nacen 105 niñas por cada 100 niños, pero varios factores, entre ellos el parto, provocan la muerte de más mujeres, habrá fuertes argumentos a favor de desviar recursos para prevenir esas muertes. Como mínimo, la línea de base para determinar las "personas desaparecidas" ciertamente no se pensaría que se ha establecido después de que se excluyeran las muertes durante el parto.

Por lo tanto, si aceptamos la proporción real de sexos al nacer —105 hombres por cada 100 mujeres— como base de referencia, entonces al nacer hay una proporción de 0,95 mujeres y hombres. A partir de esa línea de base hay millones de hombres desaparecidos, al menos en aquellas sociedades en las que la relación mujer-hombre se invierte a 1,05, que pasan desapercibidos en el análisis de Sen-Drèze. Este análisis no tiene en cuenta la relación entre su ratio de referencia y la distribución actual de nuestros recursos sanitarios. Que el análisis de Sen-Drèze destaque a las mujeres desaparecidas del mundo pero no note nada sobre los hombres desaparecidos es extremadamente revelador. Es una forma sofisticada de ver que la pérdida de vidas femeninas es más notable que la pérdida de vidas masculinas.

Además, mediante el argumento de la inversión, el llamado a prestar más atención y recursos a la salud de las mujeres es exactamente lo que algunas personas ofrecen, aunque en realidad son los hombres los que mueren antes. Tales afirmaciones no son el resultado de la creencia de que se gasta más en la atención sanitaria de los hombres que en la de las mujeres. Un estudio canadiense sobre las diferencias de sexo en el uso de los servicios de salud mostró que el "uso crudo anual per cápita de los recursos de salud (en dólares canadienses) fue mayor para los sujetos femeninos (\$1164) que para los masculinos (\$918)",⁷¹ pero que los gastos "para la atención de la salud son similares para los sujetos masculinos y femeninos después de que se hayan contabilizado las diferencias en la biología reproductiva y las mayores tasas de mortalidad específicas por edad entre los hombres."⁷²

Aceptando que efectivamente existe una distribución equitativa de los dólares de salud entre hombres y mujeres, un practicante del argumento de la inversión sugirió que dicho gasto no era equitativo.⁷³ Esto, se nos dice, se debe a que la mayor longevidad (de las mujeres) está "asociada con un mayor riesgo de discapacidad funcional y enfermedades crónicas, incluyendo cáncer, enfermedades cardiovasculares y demencia, y una mayor necesidad de cuidados a largo plazo".⁷⁴ Asumiré que así es en realidad. Vivir más tiempo conlleva algunos costos, pero a condición de que esos costos no sean tan grandes como para hacer que el aumento de la longevidad sea un daño en lugar de un beneficio, las enfermedades que a menudo acompañan a la edad avanzada no pueden ser vistas de manera aislada del beneficio de una vida más larga. Una distribución equitativa de los

recursos de salud no es obviamente la que favorece una vida más larga para un sexo y aumenta la calidad de los años adicionales de ese incremento adicional de la vida. Tal distribución constituiría un doble favoritismo de un sexo. Según otro principio posible, una distribución genuinamente equitativa sería aquella que, en igualdad de condiciones, tuviera como objetivo la paridad de la esperanza de vida y la mejor calidad de vida para ambos sexos dentro de ese lapso de vida. Independientemente de si este principio alternativo es el correcto o no, no se puede simplemente asumir que no lo es. Sin embargo, los defensores del argumento de la inversión no están satisfechos con cualquier tendencia percibida que reduzca la brecha entre los hombres y el sexo más saludable. Así, se nos dice, desaprobadamente, que en "un momento en que ha habido mejoras en el estado de salud de los hombres, el estado de salud de las mujeres no parece estar mejorando".⁷⁵

Varios filósofos se han mostrado en desacuerdo con la afirmación de que hay "hombres desaparecidos". Un filósofo se pregunta cómo, si aceptamos que hay hombres desaparecidos, podría haber mujeres desaparecidas en aquellos países en los que la proporción de nacimientos por sexo coincide con la proporción de nacimientos por sexo en el conjunto de la población.⁷⁶ La respuesta es simple: una proporción es sólo una proporción, y no nos dice nada sobre los números absolutos. Si bien es cierto que tenemos razones independientes para pensar que hay mujeres desaparecidas, mi argumento demuestra que podemos estar menos seguros de cuántas (millones) mujeres desaparecidas hay. Esto se debe a que no podemos tratar la proporción de 1,05 a 1 entre mujeres y hombres como línea de base, dado que sabemos que esta proporción surge de las muertes de hombres. Más hombres mueren violentamente, tanto en la guerra como en otros lugares, y no violentamente en mayor número y a edades más tempranas. Pero hay otra razón por la cual la proporción de 1.05 a 1 mujer-hombre no puede ser tratada como línea de base. Puede haber mujeres desaparecidas incluso en sociedades con esa proporción (del mismo modo que puede haber hombres desaparecidos en sociedades en las que la proporción entre los sexos en la población general coincide con la que existía al nacer).

También se ha preguntado cómo "sabemos, a partir de una proporción de 1,05 por 1 entre mujeres y hombres, que *no se está haciendo lo suficiente* para mantener la proporción de nacimientos entre mujeres y hombres".⁷⁷ La proporción de nacimientos entre mujeres y hombres, como se recordará, es de 0,95. Una respuesta completa a esta pregunta requiere obviamente un juicio sobre "cuánto es suficiente" en la justicia distributiva. Es evidente que esa es una pregunta demasiado grande para que yo la responda aquí. Sin embargo, esto es tan crucial para aquellos que dicen que no se está haciendo lo suficiente sólo para prevenir la pérdida de mujeres en aquellos países donde se mantiene la tasa de natalidad, como lo es para aquellos que también notan la desaparición de los hombres. No propongo respuestas simplistas y, desde luego, no sugiero que no se corrijan los sesgos de investigación que puedan existir en contra de las mujeres.

En este sentido, un número de personas que avanzan en un argumento de inversión han mostrado cierta confusión. Un par de autores han argumentado que "la razón por la que las mujeres viven más tiempo no tiene nada que ver con el hecho de que el dinero de la investigación en salud se les tire a la basura".⁷⁸ Pero esto ignora que hay una diferencia entre el gasto en salud y el gasto en *investigación* en salud.

Si pasamos ahora a la cuestión de la investigación sanitaria, no tengo por qué negar que las mujeres son o han sido descuidadas. Todo lo que he afirmado es que incluso si las mujeres son descuidadas de alguna manera, hay otras maneras en las que los hombres han sido descuidados. Un ejemplo que di en el Capítulo 4 es la cantidad desproporcionada de dinero que se gasta en la investigación del cáncer de mama en comparación con la investigación del cáncer de pulmón. En respuesta a este ejemplo, se ha sugerido que "un buen número de hombres se ven afectados por el cáncer de mama".⁸⁰ Esta es una respuesta asombrosa, porque los hombres representan menos del 1% de todos los casos de cáncer de mama,⁸¹ y por lo tanto este punto no hace ninguna diferencia en mi argumento si se tienen en cuenta todas las cifras que he proporcionado.

Algunas personas creen que es imposible que tanto las mujeres como los hombres sean descuidados en la atención sanitaria y en la investigación sanitaria. Sin embargo, lo que quiero decir es que hay diferentes maneras en que cada sexo puede ser descuidado y desfavorecido. Es posible que se gaste menos en la investigación y el cuidado de las mujeres que los hombres con la afección X. Sin embargo, se podría gastar más en alguna afección específica de la mujer, Y, que en otra afección, Z, que afecta a un número desproporcionadamente grande de hombres. La negligencia neta es difícil de calcular sólo si se tiene en cuenta el gasto total. Esto se debe, en parte, a que una desventaja de un sexo a menudo no proporciona una ventaja al otro. Por ejemplo, no es necesario que los incrementos adicionales de la financiación de la investigación aumenten los beneficios. La atención médica adicional puede a veces no producir ningún beneficio o incluso inducir sufrimiento iatrogénico. Se trata de asuntos complejos. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que la esperanza de vida de los hombres es inferior a la de las mujeres, incluso cuando la mejora de las condiciones sociales conduce a un aumento de la esperanza de vida para ambos sexos. Esto sugiere que la distribución actual de los recursos (de salud) favorece más a las mujeres que a los hombres en aquellas sociedades en las que la proporción entre los sexos al nacer se invierte.⁸²

Encarcelamiento

También se ha presentado una especie de argumento de inversión para refundir la experiencia de las mujeres en el sistema de justicia penal como una ventaja para los hombres. Según este argumento, "el trato más indulgente del tribunal hacia las mujeres refleja los intereses de los hombres blancos".⁸³ En explicación de esto, se dice que si "las mujeres fueran sentenciadas rutinariamente a prisión, el mantenimiento de la hegemonía masculina blanca se vería amenazado porque se eliminaría el trabajo familiar no remunerado realizado por las mujeres".⁸⁴

Esto es totalmente inverosímil. En primer lugar, incluso en sociedades con altas tasas de encarcelamiento, y *a fortiori* en aquellas con bajas tasas de encarcelamiento, encarcelar a las mujeres siempre que se encarcele a un hombre por el mismo delito no se aproximaría vagamente a la eliminación del trabajo familiar no remunerado realizado con mayor frecuencia por mujeres. Sería sólo una reducción marginal. Es difícil ver cómo eso podría realmente amenazar la supuesta hegemonía. Además, el argumento nos hace creer que los "hombres blancos hegemónicos" preferirían evitar esta reducción marginal del trabajo familiar no remunerado a una reducción comparable de sus propias posibilidades de ser encarcelados. A esto se podría objetar que los varones más poderosos son mucho menos propensos que los varones menos poderosos a ser encarcelados y, por lo tanto, pueden tener ambas cosas. Una reducción de sus propias posibilidades, ya de por sí bajas, de ser encarcelados, no es tan valiosa para ellos como la pérdida potencial de trabajo familiar no remunerado. Pero el problema con este argumento es que los hombres más poderosos suelen estar casados con mujeres más poderosas que a su vez corren menos riesgo que las mujeres más pobres de ser encarceladas. Realmente es difícil de creer que las clases más hegemónicas estén tan preocupadas por el trabajo familiar no remunerado de las mujeres desempoderadas y lo que esto significa para los hombres desempoderados.⁸⁵

El argumento de la inversión es una forma crasa de parcialidad. Presenta toda la desigualdad de género como desventajosa principalmente o sólo para las mujeres. Esto es injusto para los hombres que son las principales víctimas de algunas formas de discriminación sexual. También compromete estratégicamente el caso contra aquellas formas de discriminación que de hecho perjudican más a las mujeres que a los hombres. Presentar injustamente las desventajas relativas de las diferentes prácticas hace que las reivindicaciones legítimas se tomen menos en serio.⁸⁶

El argumento de los costos de la dominación

Un segundo tipo de argumento sugiere que, aunque en realidad puede haber desventajas de ser un hombre, estos son los costos de la dominación, los costos que conlleva ser el sexo privilegiado.⁸⁷

A diferencia del argumento de la inversión, el argumento de los costos de la dominación no niega que los costos de ser un hombre son en sí mismos desventajas. En cambio, este argumento reconoce que en realidad son costos, pero sugiere que deben ser vistos como meros subproductos de una posición dominante y, por lo tanto, no como evidencia de discriminación contra los hombres. En palabras de un autor, "es un giro de la lógica tratar de argumentar... que debido a que hay costos en tener poder, uno no tiene poder".⁸⁸

James Sterba es uno de los defensores del argumento de los costos de la dominación. Está dispuesto a reconocer que algunos hombres soportan mayores cargas que otros: los "carne de cañón" en una guerra soportan la mayor parte de los costes, mientras que los "generales" ganan, con un coste relativamente bajo, el prestigio que les corresponde a los miembros de las fuerzas armadas. Sin embargo, niega que los que son "carne de cañón" sean discriminados por razón de su sexo. Esto, dice, es "porque el diseño general de una sociedad patriarcal es para beneficiar a los hombres en general".⁸⁹

Es lamentable que el profesor Sterba haya utilizado el lenguaje del "diseño", porque claramente no puede decir lo que sugiere esta palabra, es decir, que el mundo ha sido conscientemente planeado y moldeado para el beneficio de los hombres. Lo que sí quiere decir es que los hombres y los niños se ven favorecidos, mientras que las mujeres y las niñas se ven perjudicadas por los acuerdos que han surgido y se han desarrollado a lo largo de los siglos, tanto de manera más y menos consciente. Desde este punto de vista, la estructura general de una sociedad patriarcal es tal que beneficia a los hombres en general.⁹⁰

El problema, sin embargo, es que esto supone que existe una situación patriarcal y que esto beneficia a los hombres. Pero si las sociedades más liberales son patriarcales y si benefician a los hombres son puntos de discusión. Uno no puede leer la evidencia de la ventaja y la desventaja en el supuesto de que el patriarcado la obtenga. Las afirmaciones (o negaciones) de que una sociedad es patriarcal y que beneficia a los hombres deben inferirse de las pruebas. Los defensores del argumento de los costos de la dominación deben demostrar la existencia del patriarcado y que los hombres son favorecidos. No basta con asumir simplemente que estas afirmaciones son ciertas.

Parte del problema es que no está claro qué se entiende exactamente por "patriarcado". Se dice que el "patriarcado" se obtiene cuando los hombres tienen el poder. Pero la afirmación de que "los hombres detentan el poder" es crucialmente ambigua entre (a) "todos o la mayoría de los que detentan el poder son hombres" y (b) "todos o la mayoría de los hombres detentan el poder (en relación con todas o la mayoría de las mujeres)". Mientras que lo primero es cierto, es evidente que no podemos deducir lo segundo de esto. De hecho, es esta última la que puede ser falsa en muchas sociedades del mundo desarrollado contemporáneo.

Un segundo problema para los defensores del argumento del costo de la dominación es que, aunque todas las sociedades siguen siendo patriarcales en el primer sentido, no se deduce que los hombres no puedan ser injustamente discriminados. Si alguna élite masculina tiene el poder mientras que la gran mayoría de los hombres están en desventaja de ciertas maneras, esta desventaja masculina sería el costo no de la propia dominación de estos hombres, sino de la dominación de otros hombres. Pero ese no es el tipo de costo de dominación que puede refutar una queja de segundo sexismo. Si los varones "plebeyos", por ser varones (plebeyos), soportan ciertos costos de la dominación de los varones "alfa", entonces son víctimas de discriminación de la misma manera que las mujeres que soportan otros costos de la dominación de los varones alfa son víctimas de discriminación. El hecho de que sean sólo los hombres plebeyos los que soporten estos costes no socava el hecho de que sean los hombres plebeyos y no las mujeres los que soporten estos costes particulares. Se les está discriminando por razón de su sexo y clase (u otro factor similar). Los defensores del argumento del costo de la dominación ignoran esta posibilidad. Esto es extraño, dada la frecuencia con que las feministas han observado que la discriminación por motivos de sexo y

clase se puede cruzar, aunque normalmente sólo se han referido a casos en los que el sexo en cuestión es femenino.

Se podría sugerir que estoy pasando de las reclamaciones sobre la discriminación contra algunos hombres a las reclamaciones sobre la discriminación contra los hombres colectivamente.⁹² Sin embargo, para argumentar que hay un segundo sexismo, al menos tal como lo he definido, todo lo que necesito demostrar es que hay (algunos) hombres que son discriminados erróneamente por ser hombres. Para argumentar que el segundo sexismo es un problema extenso, todo lo que tengo que demostrar, como he demostrado, es que hay muchos hombres que son víctimas de esa discriminación. No es necesario que afirme que todos o incluso la mayoría de los hombres son víctimas de esta discriminación, aunque puede ser cierto que, al menos en algún momento de sus vidas, la mayoría o todos los hombres lo son. Por lo tanto, no deduzco del hecho de que "Johnny es discriminado porque es un varón" que "hay discriminación contra los varones (colectivamente)".⁹³ Del hecho de que hay millones de Johnnies que son discriminados de múltiples maneras por ser hombres, deduzco que hay un extenso segundo sexismo.

Detrás de la objeción en contra de un supuesto cambio de hablar de hombres individuales a hombres colectivamente puede pensarse que es una apelación implícita a una concepción alternativa de sexismo que discutí en la Introducción (y a la que volveré en el capítulo final). Según esta opinión, el sexismo no es una mera discriminación ilícita, sino que representa un elemento más de dominación, subordinación u opresión. Desde este punto de vista, se podría sugerir que es insuficiente para demostrar que los hombres son víctimas de discriminación ilícita. También hay que demostrar que están subordinados, dominados u oprimidos. La suposición es que este otro elemento falta en el caso de los hombres, pero no de las mujeres.

Hay algunas cosas a tener en cuenta sobre este argumento. Primero hay algunos recordatorios sobre el trabajo que hice en el capítulo introductorio. Allí argumenté en contra de esta concepción alternativa del sexismo. Para aquellos que no estaban convencidos de estos argumentos, también observé que muy poco depende de cómo entendemos el sexismo. Aunque creo que los hombres son víctimas de un segundo sexismo, me interesa mucho más convencer a la gente de que los hombres son víctimas de una discriminación grave e injusta que merece oposición. Para demostrar que ciertamente no necesito demostrar que existe discriminación contra los hombres "colectivamente". Por lo tanto, a aquellos que se preocupan por la semántica del "sexismo", les insto a que se centren en las cuestiones morales más que en las semánticas.

Por último, vale la pena señalar que el argumento sobre el supuesto cambio de algunos hombres a otros hombres apela no sólo a una concepción alternativa del sexismo, sino también a la afirmación de que las mujeres, por ejemplo, no son oprimidas, pero sí lo son los hombres. Me referiré a esa afirmación en el capítulo final.

A pesar de mi rechazo general del argumento de los costos de la dominación, hay algunas situaciones en las que sería acertado. Cuando un coste es realmente inseparable de la posición de poder o de ventaja (general) de una persona, entonces es cierto que el coste no es motivo de queja por parte del titular del poder, al menos si el poder se ejerce de forma voluntaria.⁹⁴ Sin embargo, no se deduce de esto que todos los costos experimentados por los hombres estén realmente relacionados con su poder o privilegio. Por ejemplo, aunque la exención-exclusión de las mujeres de las fuerzas armadas es el resultado de la incapacidad militar percibida por las mujeres, es poco obvio que el poder masculino sería imposible sin esta exención-exclusión. Por ejemplo, los ricos a menudo han logrado preservar (o incluso mejorar) sus privilegios, mientras que los pobres, por diversas razones, han soportado una carga militar desproporcionadamente pesada. Por lo tanto, no es necesario que los que tienen el poder en una sociedad sean los que llevan las armas. Llevar armas es un trabajo sucio, y no faltan ejemplos de desvalidos que son forzados o atraídos a hacer el trabajo sucio.⁹⁵

Del mismo modo, no está nada claro que el mayor castigo corporal infligido a los hombres sea un subproducto inevitable del poder masculino. Los niños no son golpeados porque son dominantes o porque algún día llegarán a serlo. No es una consecuencia del dominio actual o futuro. Tampoco es una causa de dominación. Si el castigo físico de los niños fuera, de alguna manera, un entrenamiento para las posiciones dominantes que ocuparán, entonces esperaríamos que las feministas clamaran por un trato similar a las niñas. Sin embargo, no lo hacen. Lo mismo ocurre con otras formas en que se inflige dolor a los niños, incluyendo la circuncisión sin anestesia.

Las mayores tasas de abandono escolar de los varones y el hecho de que una proporción menor de ellos que la de las mujeres obtenga ahora títulos terciarios no son costos de la dominación. Los varones que abandonan la escuela no lo hacen porque son dominantes. Ni siquiera está claro que estén abandonando la escuela porque otros hombres son dominantes.

A veces se alega que los índices más altos de suicidio masculino, la tendencia de los hombres a morir más jóvenes que las mujeres, la mayor probabilidad de que los hombres mueran, se conviertan en alcohólicos, etc., son efectos secundarios del estrés que conlleva el privilegio.⁹⁶ Podría argumentarse en respuesta que los supuestos privilegios que tienen estas consecuencias no son privilegios reales para los que sucumben. Aunque algunos hombres pueden beneficiarse, muchos otros sólo experimentan los costos. Sin embargo, incluso si fuera cierto que se trataba de costes de privilegio genuino, no se deduciría que estos costes fueran resultados inevitables. Los que tienen poder pueden desviar recursos para combatir los efectos secundarios de su poder, mejorando así su posición. En la medida en que así sea, los costes no son costes de posición dominante, sino costes de no ser suficientemente dominante o de no utilizar la propia posición dominante en beneficio propio.

También se podría sugerir que el hecho de no tomar en serio la agresión sexual a los hombres y la menor tolerancia a la homosexualidad masculina son ambos productos del patriarcado. Más específicamente, podría afirmarse que debido a que los hombres son dominantes, niegan su propia vulnerabilidad a la agresión sexual y son más intolerantes con los hombres que se desvían del rol de género masculino. Sin embargo, ambas sugerencias son inverosímiles.

Los grupos dominantes suelen ser plenamente conscientes de sus propias vulnerabilidades y utilizan habitualmente su poder para protegerse de ellas. Esa es exactamente la razón por la que el poder es necesario y deseado. En la medida en que los grupos dominantes no son conscientes de sus vulnerabilidades, la consiguiente falta de protección no es un costo de la dominación, sino un costo de la ignorancia o del autoengaño.

Es igualmente inverosímil pensar que una mayor intolerancia a la homosexualidad masculina es un costo de la dominación masculina. Mientras que los hombres homosexuales pueden apartarse de los roles de género (en su elección de pareja sexual, aunque no de otras maneras), por lo tanto se alejan de la competencia con los hombres heterosexuales por el acceso a las mujeres. Por lo tanto, deben ser menos amenazadoras que las lesbianas que, al elegir a otras mujeres como parejas sexuales, compiten por el acceso a las mujeres o se hacen sexualmente inaccesibles para los hombres dominantes. Los hombres heterosexuales podrían, por supuesto, recurrir a prohibiciones legales sobre el lesbianismo o, si eso falla, a la violación, pero esa es exactamente la razón por la que es tan sorprendente que la mayor parte de la energía se centre en los homosexuales masculinos. Y si se sugiere que los hombres heterosexuales temen que los homosexuales los ataquen, entonces debemos esperar que la agresión sexual homosexual sea tomada más seriamente de lo que es. En muchas ocasiones y en muchos lugares, la violación homosexual no ha sido tratada más seriamente que los actos homosexuales consensuales.

Kenneth Clatterbaugh niega que los costos de la dominación deban ser "inevitables" o "necesarios",⁹⁷ como he sugerido que deben serlo si se quiere que el argumento de los costos de la

dominación funcione. Pero el problema para este punto de vista es que en la medida en que estos costos son realmente evitables, uno se pregunta por qué los que tienen poder no los han evitado. Si está dentro de su poder evitar estos costes, y no lo hacen, entonces aparentemente no están ejerciendo su poder en su propio beneficio exclusivo y en perjuicio de los demás. Esto sugiere que el ejercicio del poder por parte del hombre no es incompatible con el ejercicio del poder en beneficio de la mujer. Si, por el contrario, no tienen el poder de evitar los costes, entonces debemos preguntarnos si son tan poderosos como se supone que son, si tienen tanto poder como se dice que tienen. De cualquier manera, ser víctima de discriminación es compatible con el ejercicio de (cierto) poder.

Otro problema para el argumento de los costos de la dominación es que es curioso que como el poder masculino ha disminuido seguramente (y apropiadamente) en las democracias occidentales, los costos de ser hombre han aumentado (inapropiadamente), no disminuido. Por ejemplo, mientras que hace un siglo o más los hombres tenían casi la garantía, tras el divorcio, de obtener la custodia de sus hijos, hoy se encuentran en una situación de clara desventaja. Debido a que las prácticas de custodia eran mejores para los hombres cuando realmente disfrutaban de más poder que ahora, está claro que los actuales sesgos de custodia no son subproductos inevitables del poder masculino. Los defensores del argumento del costo de la dominación quieren que sea en ambos sentidos. Quieren afirmar que cuando los padres obtienen habitualmente la custodia de sus hijos en sociedades altamente patriarcales, esto constituye una discriminación contra la mujer. Sin embargo, cuando el poder masculino disminuye y las mujeres obtienen habitualmente la custodia de los hijos después del divorcio, esa desventaja masculina es un producto de la dominación masculina.

Así, aunque es cierto que los poderosos no pueden quejarse de tener que soportar los costes de ese poder, al menos si han optado por tenerlo, no se deduce que todas las desventajas que sufren sean tales costes. Aunque es cierto que los hombres de nuestra sociedad disfrutaban de una ventaja general -y no estoy convencido de que esto ya no sea cierto en el mundo desarrollado⁹⁸-, puede ser cierto que sufren una discriminación genuina que no es una consecuencia inevitable de su privilegio.

Ahora algunos se preguntarán por qué los que ocupan la mayoría de los puestos de poder en una sociedad podrían ser víctimas de una discriminación generalizada. ¿Por qué los que tienen poder se dejarían tratar de esta manera? Hay varias respuestas posibles.⁹⁹ Es posible que los que se supone que tienen poder no lo tengan. Es posible que los hombres en las democracias occidentales simplemente ya no tengan el poder que muchas feministas les atribuyen. Sin embargo, existe una respuesta alternativa, incluso si suponemos, por el bien del argumento, que los hombres todavía tienen poder. En la medida en que la discriminación es indirecta e involuntaria, quienes ocupan cargos de poder pueden no reconocerla por lo que es. Pueden considerar que su desventaja es inevitable, tal vez porque comparten los mismos prejuicios que contribuyen a su propia desventaja. Un capitán y oficiales claramente mantienen las posiciones de poder en un barco. Sin embargo, cuando se hunde y se adhieren y aplican una política de salvación de "mujeres y niños", las convenciones sociales les llevan a utilizar su poder de una manera que beneficia a las mujeres y perjudica a los hombres (incluidos ellos mismos).

El argumento de la distracción

No todos los que se oponen a destacar el segundo sexismo negarán que los hombres son a veces víctimas de una discriminación sexual injusta. Sin embargo, quienes estén dispuestos a concederlo pueden argumentar que la atención al segundo sexismo nos distraerá de la discriminación mucho mayor contra la mujer. Desde este punto de vista, hasta que no haya paridad entre el grado de desventaja que sufren hombres y mujeres, debemos dedicar nuestra atención y energías a oponernos a la mayor discriminación que sufren las mujeres.

Tom Digby, por ejemplo, afirma que utilizando el término "sexismo" para referirse a la desventaja de los hombres, "borra la historia de un grupo que ejerce control sobre otro grupo"¹⁰⁰ y "agota el concepto de su potencia política para disminuir o eliminar el control histórico de las mujeres por parte de los hombres".¹⁰¹

El argumento de la distracción presupone que la posición de las mujeres es peor que la de los hombres. No lo niego, si se trata de una afirmación global o histórica. En la mayoría de los lugares, en la mayoría de los casos, las mujeres están y han estado en peor situación que los hombres. Esto se debe a que los roles tradicionales de género para las mujeres son mucho más restrictivos que para los hombres, y la mayor parte de la población humana del mundo sigue viviendo en sociedades que se caracterizan por los roles tradicionales de género. Esto no quiere decir que hay muchos hombres que están peor que muchas mujeres, incluso en esas sociedades. En su lugar, se trata de hacer sólo una afirmación sobre las posiciones relativas de los hombres y las mujeres en general en esas sociedades.

Pero ¿qué pasa con las democracias liberales contemporáneas, de cuyas filas se atrae a la mayoría de las feministas y a las que se dedica una atención feminista sustancial (pero no exclusiva)? A la luz de los importantes avances contra el sexismo que se han producido en esas sociedades, así como de los ejemplos del segundo sexismo que he esbozado, ¿están las mujeres en peores condiciones que los hombres en esos países? Me referiré a esta cuestión en el capítulo final. Sin embargo, la cuestión de qué sexo sufre la mayor discriminación es simplemente irrelevante para la cuestión de si se debe prestar atención al segundo sexismo. Esto me lleva a mi primera respuesta al argumento de la distracción.

La discriminación sexual ilícita es ilícita, independientemente del sexo de la víctima. No son sólo las manifestaciones más graves de injusticia las que merecen nuestra atención. Si fuera erróneo centrarse en formas menores de discriminación cuando se siguen practicando formas mayores, entonces tendríamos que prestar atención a la discriminación racial (y a su legado) en lugar de a la discriminación por motivos de sexo, al menos en aquellos lugares en los que la discriminación racial es peor que la discriminación por motivos de sexo.¹⁰² Además, cuando uno se opone a la discriminación por razón de sexo, tendría que ignorar algunas formas de discriminación por razón de sexo si aceptara la opinión de que sólo las injusticias más graves merecen nuestra atención. No todas las formas de sexismo son igualmente severas. Usar la palabra "hombre" para referirse a personas de ambos sexos, por ejemplo, no es tan perjudicial como la clitoridectomía o incluso tan injusto como la desigualdad salarial. Las feministas que piensan que deberíamos dedicar nuestras energías sólo a eliminar las peores formas de discriminación sexual estarían comprometidas con una agenda muy restringida. Pero si las formas graves y leves de discriminación contra la mujer merecen atención, ¿por qué las formas graves de discriminación contra los hombres no son igualmente dignas de preocupación? ¿Cómo puede ser aceptable querer que se ponga fin al discurso supuestamente sexista mientras que los hombres mueren a causa de su sexo?

Si uno se opone a la injusticia, entonces lo que cuenta es la injusticia, no el sexo de la víctima. Aunque en general las mujeres son las mayores víctimas de la discriminación por razón de sexo, sigue siendo cierto que algunos hombres sufren más discriminación por razón de sexo que algunas mujeres. Un hombre joven en el Titanic a quien se le niega un lugar en un bote salvavidas debido a su sexo está peor que la mujer joven cuya vida es salvada debido a su sexo. Un joven reclutado y muerto en batalla está peor que su hermana que no lo está. No importa aquí que si hubiera sobrevivido, el hombre hubiera tenido mayor acceso a la educación superior o hubiera ganado más. Si a él se le hace perder la vida por su sexo y a ella se le perdona la vida por su sexo, entonces este hombre es mayor víctima de la discriminación sexual que esta mujer. Contrarrestar la discriminación sexual contra los hombres eliminará algunas ventajas relativas de las que disfrutaban las mujeres, pero es justo de la misma manera que es justo que contrarrestar la discriminación sexual contra las mujeres elimine las ventajas relativas de las que disfrutaban los hombres.

Hay una segunda respuesta importante al argumento de la distracción. Lejos de distraer la atención de las prácticas discriminatorias que perjudican a las mujeres, enfrentar el segundo sexismo puede ayudar a deshacer la discriminación contra la mujer. Anteriormente he notado que el núcleo de la verdad en el argumento de la inversión es que el primer y segundo sexismo están estrechamente relacionados, aunque de manera contingente, entre sí. Oponerse a la discriminación contra un sexo está igualmente relacionado con oponerse a la discriminación contra el otro sexo. Las mismas actitudes que impiden que las mujeres sean reclutadas y enviadas a combate, discriminando así a los hombres y protegiendo a las mujeres que no desean formar parte de las fuerzas armadas, también favorecen a los hombres, pero perjudican a las mujeres que desean una carrera militar y que no quieren ser excluidas del combate. Del mismo modo, los estereotipos de hombres tan agresivos y violentos y de mujeres tan cuidadosas y gentiles llevan a que sólo los hombres sean enviados a la batalla, pero también implican la suposición de que son las mujeres las que deben asumir la responsabilidad primaria del cuidado de los niños.

O considere la pequeña proporción de mujeres entre las víctimas de graves violaciones de los derechos humanos en lugares como la época del apartheid en Sudáfrica. Esto es atribuible, al menos en parte, a los roles de género que disuadieron a las mujeres de participar en actividades políticas, especialmente en actividades políticas peligrosas en las que se alentaba o se esperaba que participaran los hombres.¹⁰³ Aunque estos roles de género tuvieron efectos beneficiosos para las mujeres al protegerlas de la violencia de los adversarios, estos mismos roles de género perjudicaron a las mujeres en otros aspectos. La mentalidad de "las mujeres y los niños primero" es otro ejemplo relacionado. Desventaja a los hombres en situaciones de vida o muerte, pero tiene desventajas obvias para las mujeres en otras circunstancias. Las mujeres están protegidas, sin duda, pero de la misma manera y por las mismas razones que los niños: se supone que son débiles y que no pueden valerse por sí mismas. Del mismo modo, la defensa del síndrome de la mujer maltratada, en virtud de la cual el derecho penal (al menos en los Estados Unidos) permite que las pruebas de abuso de las mujeres, pero no de los hombres, constituyan una exención de responsabilidad penal, tiene el efecto de reafirmar los prejuicios sobre las mujeres por carecer de la capacidad de autocontrol racional.¹⁰⁴

Una tercera respuesta al argumento de la distracción es que claramente tiene una agenda política más que filosófica. Le preocupa más la potencia política de reconocer el segundo sexismo que su estatus filosófico. Independientemente de lo que uno piense sobre los deberes políticos de los filósofos, éstos no deberían ciertamente anular las tareas filosóficas de entender y representar honesta y precisamente los temas, aunque esto no sea políticamente conveniente. La verdad, y su búsqueda filosóficamente sofisticada, no debe ser sacrificada en nombre de una causa política.

Definición de discriminación

Una última manera de negar la existencia del segundo sexismo es oponerse a las concepciones de discriminación y sexismo que he empleado. En el capítulo 1 defendí mi comprensión del sexismo frente a las alternativas a las que apelan algunas feministas. Por lo tanto, consideraré aquí las objeciones a mi comprensión de la "discriminación" y las conectaré con mi anterior discusión sobre el significado del "sexismo".

Kenneth Clatterbaugh sugiere que uno no debería "lograr por definición lo que" necesita "lograr por argumento".¹⁰⁵ Claramente, si algún fenómeno constituye "discriminación" o "sexismo" depende de cómo se entienden exactamente estos términos, pero implica mucho más: pruebas de desventaja, injusticia y trato injusto. Son aquellos que ofrecen objeciones de definición al segundo sexismo quienes podrían ser acusados de definir el segundo sexismo fuera de la existencia -tratando de lograr por definición lo que necesitan lograr por medio de argumentos.

Tom Digby niega no sólo que los hombres sean víctimas del sexismo, sino también que sean víctimas de la discriminación. Su discusión sobre lo que son la discriminación y el sexismo se da en el contexto de un relato evolutivo del papel del sexo masculino. Podemos aceptar este relato y luego estar de acuerdo con él en que "no debemos asumir que un patrón o estrategia que ha evolucionado se justifica por ello".¹⁰⁶ Sin embargo, esto debería hacernos más reacios que él a apelar al contexto evolutivo para determinar qué es y qué no es discriminación o sexismo.¹⁰⁷

Siguiendo a Adrian Piper, el profesor Digby distingue entre discriminación cognitiva y política. La primera, encomiable, forma de discriminación es "distinguir verídicamente entre una propiedad y otra, y responder adecuadamente a cada una".¹⁰⁸ Esto último es

lo que normalmente entendemos por "discriminación" en contextos políticos: Una actitud manifiesta en la que una propiedad particular de una persona que es irrelevante para juicios del valor intrínseco o competencia de esa persona es vista como una fuente de desvalorización o incompetencia; en general, una fuente de inferioridad.¹⁰⁹

Es discriminación cognitiva que Tom Digby piensa que es operativa cuando sólo los hombres son forzados a convertirse en guerreros. Esto, dice, se debe a que tal política "responde a las diferentes propiedades que la mayoría de los hombres y la mayoría de las mujeres tienen y que determinan sus contribuciones a la reproducción"¹¹⁰ y reconoce que los hombres son reproductivamente más prescindibles. Teniendo esto en cuenta, ¿por qué no juzgaría el profesor Digby que las formas en las que se discrimina a las mujeres son una mera discriminación cognitiva, si estas formas de discriminación tienen sus raíces en el reconocimiento de que las mujeres son menos prescindibles desde el punto de vista reproductivo? Su respuesta, al parecer, es que en el contexto político, la ventaja masculina supera sustancialmente a la desventaja masculina.¹¹¹ Los hombres, dice, tienen poder y, por lo tanto, la capacidad de distribuir los beneficios. Además, la hombría, dice, "ha sido valorada mucho más que la feminidad".¹¹² Por eso piensa que las mujeres, pero no los hombres, pueden ser víctimas de discriminación política.

Observe, sin embargo, que la definición de discriminación política no es incontrovertible. Esto se debe en parte a la vaguedad de las nociones de "desvalorización" e "inferioridad". Alguna discriminación "política" presupone no la inferioridad del grupo, sino su supuesta superioridad, como la superioridad de la perspicacia comercial judía o la superioridad de las proezas sexuales de los negros. Si reconcebimos estos supuestos atributos como una inferioridad de otro tipo - digamos una inferioridad moral - entonces la noción de "inferioridad" se vuelve muy fluida. Mucho de lo que Tom Digby querría descartar como discriminación podría entonces ser considerado como discriminación. Por ejemplo, la supuesta superioridad de la fuerza y la agresión de los hombres, que lleva a que se les obligue a entrar en el ejército, podría considerarse un rasgo moralmente inferior.¹¹³ Por extensión, se podría decir que la exclusión de las mujeres de las fuerzas armadas no es un reflejo de la percepción de inferioridad o desvalorización, sino más bien de su percepción de superioridad y mayor valor (¿reproductivo?). Incluso en un sentido bastante estándar de "desvalorización" podríamos explicar la mayor disposición de la sociedad a sacrificar la vida masculina como una desvalorización de la vida masculina. De hecho, incluso si la virilidad se valora más que la feminidad, se puede decir que las mujeres son más valoradas que los hombres, al menos en algunas sociedades.¹¹⁴

Esta puede ser la razón por la que el profesor Digby está dispuesto a añadir a la definición de Adrian Piper otra condición para la discriminación política - que "tiene el efecto de desempoderar a las personas que caen dentro del grupo objetivo - y empoderar al grupo que perpetra la discriminación".¹¹⁵ Pero el criterio de (des)empoderamiento también es ambiguo y controvertido.¹¹⁶ Es ambiguo entre (a) un (des)empoderamiento general y (b) un (des)empoderamiento en un aspecto. Es posible que los hombres no se vean desempoderados en general por el hecho de ser obligados a alistarse en las fuerzas armadas, pero sí se ven desempoderados con respecto a si se alistan o no.

En respuesta, tal vez se insista en que la primera interpretación -la (des)potenciación general- es la correcta. Si es así, su argumento se entrecruzaría aquí con aquellos que niegan que los hombres sean víctimas del sexismo, incluso si son víctimas de la discriminación. Existen muchos puntos de vista de este tipo, pero lo que tienen en común es la afirmación de que el sexismo no consiste simplemente en una discriminación injusta por razón del sexo de las personas. Implica algo más, como la dominación, la subordinación o la opresión. Argumenté en contra de estos puntos de vista en el Capítulo 1 y no voy a ensayar aquí esos argumentos.

Si estoy en lo cierto de que las mujeres en el mundo desarrollado contemporáneo no están oprimidas o subordinadas, y otros están en lo cierto de que la opresión o la subordinación es una condición para el sexismo, entonces, asumiendo que los hombres no están oprimidos o subordinados, ni los hombres ni las mujeres son las víctimas del sexismo en esas partes del mundo. Además, si Marilyn Frye tiene razón en que es una afirmación central del feminismo que las mujeres están oprimidas, entonces el feminismo ya no tiene una agenda en esas partes del mundo y debería enfocarse exclusivamente en otros lugares. Es poco probable que muchas feministas estén de acuerdo con cualquiera de estos puntos, en cuyo caso deben permitir la posibilidad de que los hombres también puedan ser víctimas del sexismo.

Notas

- 1 Añado la calificación "muy", porque algunos parecen querer que nos alejemos de algunos de los acontecimientos más recientes, pero incluso ellos no recomiendan volver a los arreglos de hace un siglo.
- 2 Kenneth Clatterbaugh me atribuye erróneamente la afirmación de que el argumento de la inversión rara vez se utiliza ("El supuesto segundo sexismo de Benatar", *Social Theory and Practice*, 29(2), abril de 2003, p. 212) cuando, de hecho, lo que estoy diciendo es que tal argumento rara vez se presenta explícitamente. Sin embargo, la práctica de la inversión es común.
- 3 Cynthia Enloe, "Some of the best soldiers wear lipstick," en *Alison M. Jaggar* (ed.), *Living with Contradictions: Controversies in Feminist Social Ethics*, Boulder, CO: Westview Press, 1994, p. 603; mi énfasis.
- 4 Ibídem.
- 5 Hice la distinción explícitamente en "El segundo sexismo", *Social Theory and Practice*, 29(2), abril de 2003, pp. 177-210. Sin embargo, mis encuestados ignoraron la distinción con el fin de avanzar en un argumento de inversión. Por ejemplo, James Sterba señala cómo y por qué las mujeres son excluidas del combate (donde hay una fuerza de voluntarios) y luego se pregunta cómo es posible que esto sea una forma de discriminación contra los hombres. (James Sterba, "The wolf again in sheep's clothing," *Social Theory and Practice*, 29(2), April 2003, p. 222.) Carol Quinn y Rosemarie Tong también sugieren que el "primer sexismo" explica la exclusión de las mujeres del combate. (Carol Quinn y Rosemarie Tong, "The consequences of taking the second sexism seriously," *Social Theory and Practice*, 29(2), April 2003, pp. 238, 241.)
- 6 El profesor Sterba intenta injustamente socavar mi analogía con la escisión genital comparándola no con el reclutamiento sino con el servicio militar voluntario; las escisiones involuntarias se comparan con el alistamiento voluntario. El profesor Sterba también sugiere que la analogía se rompe porque la escisión genital femenina, donde se practica, es fuertemente apoyada por los hombres y esto explica por qué hay apoyo femenino para ella. ("El lobo de nuevo con piel de oveja", págs. 224-225.) Este tipo de afirmaciones son difíciles de verificar. Las mujeres que apoyan la práctica señalan muchas otras razones

- además de ser casaderas - incluyendo la afirmación de la propia niña y su iniciación en la comunidad (adulta). No estoy sugiriendo que tomemos estas afirmaciones al pie de la letra. Sólo sugiero que seamos tan cautelosos en nuestros juicios de las afirmaciones supuestamente masculinas que apoyan el reclutamiento y el combate sólo de hombres. El apoyo masculino al reclutamiento y al combate sólo de hombres puede explicarse (al menos en parte) por el apoyo femenino a esa concepción de masculinidad que sustenta el reclutamiento y el combate sólo de hombres. Para más información sobre los prejuicios culturales en los juicios sobre la mutilación genital femenina, véase Michael Benatar y David Benatar, "Between prophylaxis and child abuse: the ethics of neonatal circumcision" (Entre la profilaxis y el abuso infantil: la ética de la circuncisión neonatal), *American Journal of Bioethics*, 3(2), primavera de 2003, págs. 35-48.
- 7 James Sterba, "El lobo de nuevo con piel de oveja", p. 223, n. 10. Esta última condición, presumiblemente, consiste en excluir a aquellos países, como Suiza, que reclutan a hombres pero que tienen pocas probabilidades de entrar en una guerra.
 - 8 *Ibídem*, pág. 223.
 - 9 Kenneth Clatterbaugh, "Benatar's alleged second sexism," pp. 215-216.
 - 10 Para más detalles sobre qué países siguen reclutando, véase el capítulo 2.
 - 11 Por ejemplo, Carol Quinn y Rosemarie Tong dicen: "Especulamos que, de la misma manera que muchas mujeres estadounidenses, siguen eligiendo ser esposas y madres (a tiempo completo o parcial) a pesar del hecho de que son libres de vivir sus vidas enteramente en el mundo público... muchos hombres continuarían alistándose en las fuerzas armadas y luchando voluntariamente incluso si no se les exigiera que lo hicieran". (Carol Quinn y Rosemarie Tong, "The consequences of taking the second sexism seriously," p. 241.)
 - 12 *Ibídem*.
 - 13 El reclutamiento es en sí mismo una prueba de la falta de voluntad para alistarse y luchar. Si la mayoría de los hombres se alistaran en el ejército voluntariamente, no sería necesario el servicio militar obligatorio. Los hombres son reclutados porque, si no se les obliga a alistarse en las fuerzas armadas, son relativamente pocos los que lo harían. Joshua Goldstein hace esto y un punto relacionado. (Joshua Goldstein, *War and Gender*, Cambridge: Cambridge University Press, 2001, p. 253.)
 - 14 Judith Hicks Stiehm, "The protected, the protector, the defensor", en *Alison M. Jaggar* (ed.), *Living with Contradictions*, p. 585.
 - 15 *Ibídem*.
 - 16 *Ibídem*.
 - 17 *Ibídem*, pág. 583.
 - 18 Adam Jones, *Gender Inclusive*, Londres: Routledge, 2009, págs. 115-116.
 - 19 *Ibídem*, pág. 116.
 - 20 *Ibídem*, pág. 117.
 - 21 *Ibídem*, pág. 271.
 - 22 *Ibídem*. Para más información sobre el sesgo de género de Amnistía Internacional, véase también *ibíd.*, pág. 274; y David Buchanan, "Gendercide and human rights", en Adam Jones

(ed.), *Gendercide and Genocide*, Nashville: Vanderbilt University Press, 2004, pp. 145-146, 149.

- 23 Adam Jones, "Gender and genocide in Rwanda", en Adam Jones (ed.), *Gendercide and Genocide*, p. 112.
- 24 Ronit Lentin (ed.), *Gender and Catastrophe*, Londres: Zed Books, 1997, pág. 4.
- 25 Citado por R. Charli Carpenter, "'Women, children and other vulnerable groups': gender, strategic frames and the protection of civilians as a transnational issue," *International Studies Quarterly*, 49, 2005, pp. 295-334, at p. 323.
- 26 *Ibídem*, pág. 325.
- 27 Deborah L. Rhode, *Speaking of Sex: The Denial of Gender Inequality*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997, p. 109.
- 28 *Ibídem*.
- 29 *Ibídem*.
- 30 La ironía aquí es que acusa a aquellos que enumeran ejemplos de discriminación contra los hombres de ser "altamente selectivos". (*Ibídem*, pág. 230.)
- 31 Denise A. Hines, Jan Brown y Edward Dunning, "Characteristics of calls to the domestic abuse helpline for men", *Journal of Family Violence*, 22, 2007, pp. 63-72. Informan que el 29,1% de los hombres a los que se les preguntó respondieron que habían sido acosados por sus esposas. Este estudio fue publicado una década después del libro de la profesora Rhode y, por lo tanto, la objeción no es que ella lo ignorara, sino que ofreciera afirmaciones no probadas y se dedicara a racionalizar.
- 32 La propia profesora Rhode dice más tarde sobre la violencia sexual y el acoso a las mujeres que, debido a que "sólo un pequeño número de abusos dan lugar a acusaciones civiles o penales", necesitamos, además de los procedimientos legales, otras estrategias. Deborah L. Rhode, *Speaking of Sex*, p. 243.
- 33 Nadine Brozan, "Religious Circumcision in a Changing World", *New York Times*, 19 de octubre de 1998.
- 34 La ceremonia para los niños se llama brit mila (el pacto de la circuncisión). Entre los nombres dados a la ceremonia femenina se encuentran brit bat (el pacto de una hija) y hachnasat bat l'brit (la entrada de una hija en el pacto). Véase, por ejemplo, "Berit Mila Program of Reform Judaism: Ceremonias para niñas", <http://beritmila.org/Ceremonies%20for%20girls.html> (consultado el 10 de agosto de 2005).
- 35 Véase, por ejemplo, *ibíd*.
- 36 Para más información sobre esto ver David Benatar, "Why do Jewish egalitarians not circumcise their daughters?" *Jewish Affairs*, 63(3), Chanuka 2008, pp. 21-23.
- 37 Michael Benatar y yo argumentamos que la falta de uso de un anestésico es el mayor problema de la circuncisión neonatal. Vea nuestro "Entre la profilaxis y el abuso infantil".
- 38 Aunque existe una base bíblica, talmúdica y halájica (es decir, legal judía) para permitir que una mujer realice la circuncisión, la tradición ha dictado que los circuncisores rituales son hombres.

- 39 Mike Weiss, "A Woman's Touch: Lillian Schapiro Is Charting New Territory as an Atlanta Mohelet", *Atlanta Jewish Times*, 8 de junio de 2001. En línea en <http://atlanta.jewish.com/archives/2001/060801cs.htm> (consultado el 15 de agosto de 2005).
- 40 Ibídem.
- 41 American Association of University Women, *Beyond the "Gender Wars": A Conversation about Girls, Boys, and Education*, Washington, DC: Asociación Americana de Mujeres Universitarias, 2001, pág. 4.
- 42 Ibídem.
- 43 US Institute of Education Sciences, National Center for Education Statistics, "Fast Facts: What Is the Percentage of Degrees Conferred by Sex and Race?" En línea en <http://nces.ed.gov/fastfacts/display.asp?id=72> (consultado el 25 de octubre de 2009).
- 44 American Association of University Women, *The AAUW Report: How Schools Shortchange Girls*, Washington, DC: Asociación Americana de Mujeres Universitarias, 1992, págs. 19 y 20.
- 45 Paul Nichols y Ta-Chuan Chen, *Minimal Brain Dysfunction: A Prospective Study*, Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, 1981.
- 46 Jacqueline Liederman, Lore Kantrowitz y Kathleen Flannery, "Male vulnerability to reading disability is not likely to be a myth: a call for new data," *Journal of Learning Disabilities*, 38(2), 2005, pp. 109-129.
- 47 Brenda V. Smith, "Watching me, watching you", *Yale Journal of Law and Feminism*, 15, 2003, p. 230, n. 22.
- 48 Ibídem.
- 49 Nijole V. Benokraitis and Joe R. Feagin, *Modern Sexism: Blatant, Subtle and Covert Discrimination*, 2nd edn, Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1995, p. 40.
- 50 Note, sin embargo, que fuera del contexto cinematográfico, a los hombres se les exige que se quiten la camisa más a menudo que a las mujeres. Mientras que el nivel de exposición es menor para los hombres, los hombres modestos pueden sentir una mayor invasión que las mujeres inmodestas. Las expectativas asimétricas sobre cuándo descubrirlo perjudicarán a algunos hombres, de la misma manera que las expectativas asimétricas de permanecer cubiertos perjudicarán a algunas mujeres.
- 51 Jack Matthews, "A system rated NC-17", *Newsday* (Long Island, NY), 22 de noviembre de 1992, p. 5.
- 52 Joel Feinberg, *Offense to Others*, Nueva York: Oxford University Press, 1985, pág. 134.
- 53 Ibídem.
- 54 Algunos podrían sugerir que un sentido en el que las mujeres desnudas están más expuestas es que son más propensas a ser violadas. La desnudez, por lo tanto, plantea una vulnerabilidad especial. Pero eso ciertamente no es cierto en la pantalla. Una mujer que está desnuda en la pantalla no es vulnerable a la violación durante su desnudez (a menos que la seguridad en el set sea inadecuada).
- 55 Para una demostración convincente de esto ver Sanford Braver, *Divorced Dads: Shattering the Myths*, Nueva York: Jeremy P. Tarcher/Putnam, 1998.

- 56 Ibid., pp. 28–33.
- 57 Sanford Braver relata que un conocido demógrafo, comentando su investigación, había dicho que "si la madre te dice una cosa y el padre te dice otra, entonces el padre es un maldito mentiroso". (Ibíd., pág. 35.)
- 58 Ibíd., págs. 33 y 34.
- 59 Ibíd., págs. 42-45.
- 60 Ibíd., págs. 45-53
- 61 Lenore Weitzman, *The Divorce Revolution: The Unexpected Social and Economic Consequences for Women and Children in America*, Nueva York: The Free Press, 1985, pág. 323.
- 62 Para una explicación de esto, ver Sanford Braver, *Divorced Dads*, pp. 59-62.
- 63 Ibíd.
- 64 Ibíd., pág. 61.
- 65 Ibíd., págs. 62 a 86.
- 66 Jean Drèze y Amartya Sen, *Hunger and Public Action*, Oxford: Clarendon Press, 1989, pp. 50-59; Amartya Sen, "More than 100 Million Women Are Missing", *New York Review of Books*, 20 de diciembre de 1990, pp. 61-66. La idea ha sido utilizada, entre otros, por Martha Nussbaum y Jonathan Glover en su volumen *Women, Culture and Development*, Oxford: Clarendon Press, 1995, págs. 3, 33.
- 67 Amartya Sen, "Más de 100 millones de mujeres están desaparecidas", pág. 61.
- 68 Ibíd.
- 69 John Rawls, *A Theory of Justice*, Oxford: Oxford University Press, 1973, p. 74.
- 70 Ronald Dworkin, "What is equality? Part 2: equality of resources," *Philosophy and Public Affairs*, 10(4), 1981, p. 314. Ni el profesor Dworkin ni el profesor Rawls hablan de desigualdades en la salud o la longevidad, pero sus afirmaciones se aplican igualmente a estas desigualdades.
- 71 Cameron A. Mustard, Patricia Kaufert, Anita Kozyrskyj y Teresa Mayer, "Sex differences in the use of health care services", *New England Journal of Medicine*, 338, 4 de junio de 1998, p. 1678.
- 72 Ibíd.
- 73 Jennifer Haas, "The cost of being a woman", *New England Journal of Medicine*, 338, 4 de junio de 1998, pp. 1694-1695.
- 74 Ibíd., pág. 1694.
- 75 Ibíd., pág. 1695.
- 76 James Sterba, "El lobo de nuevo con piel de oveja", p. 231.
- 77 Ibíd.; mi énfasis.
- 78 Carol Quinn y Rosemarie Tong, "The consequences of taking the second sexism seriously," p. 242; su énfasis.

- 79 Los profesores Quinn y Tong también consideran la evidencia sobre las formas en que las mujeres son descuidadas en el cuidado de la salud.
- 80 Carol Quinn y Rosemarie Tong, "The consequences of taking the second sexism seriously," pp. 242-243.
- 81 Esta estadística se encuentra en la fuente proporcionada por los profesores Quinn y Tong: www.cancer.gov/cancerinfo/pdq/treatment/malebreast/patient. Desafortunadamente, esta página ya no existe. Sin embargo, la misma estadística se puede encontrar aquí: Instituto Nacional del Cáncer, "Tratamiento del cáncer de mama masculino: Incidencia y Mortalidad", <http://www.cancer.gov/cancertopics/pdq/treatment/malebreast/HealthProfessional> (consultado el 15 de junio de 2011).
- 82 El profesor Sterba afirma que si "más mujeres murieran en sociedades que claramente no discriminaban a las mujeres", estaría tan tranquilo como lo está en cuanto a la actual proporción de mujeres y hombres en los países donde es de 1.05 : 1. Pero esto plantea la cuestión. Asume que en estos países la mayor tasa de mortalidad masculina no es claramente el resultado de algún tipo de discriminación contra los hombres. Pero este es el punto de contención. He argumentado que existe discriminación (indirecta y no intencional). Reconoce la discriminación en la proporción de sexos cuando las víctimas son mujeres, pero no cuando son hombres. Por lo tanto, no estoy "agitándome contra un oponente imaginario" (James Sterba, "El lobo de nuevo vestido de oveja", p. 232).
- 83 Esta opinión es mencionada, aunque no respaldada, por Gayle S. Bickle y Ruth D. Peterson, "The impact of gender-based family roles on criminal sentence", *Social Problems*, 38(3), 1991, pp. 372-394, p. 373.
- 84 *Ibíd.*
- 85 Mientras que en Estados Unidos las mujeres blancas tienen menos probabilidades de ser encarceladas que las mujeres negras, las blancas no son equivalentes a "empoderadas" y son los blancos pobres y desempoderados los que tienen más probabilidades de quedar enredados con el sistema de justicia penal.
- 86 Paralelamente al niño que gritaba "lobo", este es un caso de lo que podríamos llamar la niña que gritaba "silbato de lobo". (Estar bajo la amenaza de un lobo es algo malo, pero también lo es decir que uno está bajo esa amenaza cuando no lo está. Ser objeto de acoso sexual, ejemplificado aquí por el silbato del lobo, es algo malo, pero también lo es decir falsamente que uno está o estuvo sujeto a tal acoso.)
- 87 Kenneth Clatterbaugh, "Are men oppressed", en Larry May, Robert Strikwerda y Patrick D. Hopkins (eds.), *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in the Light of Feminism*, 2nd edn, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 1996, pp. 289-305, esp. pp. 299-300.
- 88 *Ibid.*, p. 300.
- 89 James Sterba, "El lobo de nuevo con piel de oveja", p. 229.
- 90 Tom Digby también hace esta afirmación. Véase Tom Digby, "Male trouble: are men victims of sexism?" (Problemas masculinos: ¿son los hombres víctimas del sexismo?) *Social Theory and Practice*, 29(2), 2003, pp. 247-273.
- 91 Este es el reclamo por el cual Steven Goldberg argumenta. Ver su *Why Men Rule: A Theory of Male Dominance*, Chicago: Tribunal Abierto, 1993, especialmente pág. 14.

- 92 Kenneth Clatterbaugh ha planteado esta objeción. Ver su "Benatar's alleged second sexism," pp. 215-217.
- 93 *Ibídem*, pág. 215.
- 94 Un revisor anónimo (de un artículo anterior sobre este tema) ha tenido la amabilidad de señalar que este tipo de argumento podría aplicarse en contra de la opinión, mencionada anteriormente, de que se deberían destinar más recursos sanitarios a las mujeres con el fin de mejorar la calidad de los años adicionales de vida que tienen sobre los hombres. Dado que la desventaja (una menor calidad de vida en los años adicionales) es un coste de la ventaja (los años adicionales de vida), no hay motivos para quejarse según este argumento. En términos más generales, en la medida en que las desventajas de ser mujer son los costos de su protección contra las desventajas de ser hombre, los defensores del argumento del costo de la dominación podrían verse obligados a aceptar un argumento comparable sobre el costo de la protección. La respuesta obvia es que muchas mujeres podrían no querer la protección si ésta llega a ese costo, pero lo mismo puede decirse de muchos hombres que podrían querer la supuesta dominación si ésta acarrea los costos que se dice que acarrea. Por eso, la condición de la voluntariedad es crucial.
- 95 No siempre se considera un trabajo sucio. A veces es valorizado y glorificado, pero uno sospecha que esto puede ser un medio para animar a la gente a participar. Además, existe una división del trabajo dentro del ejército. En algunos contextos, los oficiales provienen de estratos sociales más altos, pero son los hombres alistados y no los oficiales a los que se asignan las peores tareas.
- 96 Algunos defensores de este punto de vista piensan que la carga de la prueba recae en quienes niegan tales conexiones. (Véase Kenneth Clatterbaugh, "Are men oppressed?", pág. 300.) Mi opinión es que cuando se trata de un trato desigual y discriminatorio, la carga de la prueba recae en quienes tratan de defender o aprobar ese trato.
- 97 Kenneth Clatterbaugh, "Benatar's alleged second sexism," p. 218.
- 98 Argumentaré a favor de esto en el capítulo 7.
- 99 No bastará con decir que, dado que el patriarcado no es un plan intencional, el dominio masculino puede tener efectos secundarios no deseados. Esto se debe a que, como he demostrado, estos supuestos efectos secundarios, si no se identifican, podrían contrarrestarse.
- 100 Tom Digby, "Male trouble", p. 265.
- 101 *Ibídem*.
- 102 A menos que se sugiera lo contrario, hay al menos algunos lugares donde la discriminación racial es peor que la discriminación por razón de sexo. La época del apartheid en Sudáfrica fue un ejemplo particularmente obvio. El legado de la discriminación racial es mucho peor que el de la discriminación sexual, tanto en la Sudáfrica contemporánea como en muchos otros países, incluidos los Estados Unidos. En promedio, los negros de ambos lugares tienen una vida más corta, menos educación y mayor pobreza que las mujeres (no negras).
- 103 Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica, *Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica*, Ciudad del Cabo: Comisión de la Verdad y la Reconciliación, 1998, vol. 4, págs. 289 a 290.
- 104 Véase Anne M. Coughlin, "Excusing women", *California Law Review*, 82(1), enero de 1994, págs. 1-93.

- 105 Kenneth Clatterbaugh, "Benatar's alleged second sexism," p. 211.
- 106 Tom Digby, "Male trouble", p. 257. Contrasta lo que dice aquí con su afirmación de que "en la medida en que la evolución del rol de género masculino ha tenido lugar a nivel biológico, las probabilidades de que la desventaja masculina pueda ser mejorada se reducen en gran medida (aunque resulta aún más claro que la desventaja no es injusta)" (p. 266). ¿Diría lo mismo del papel de la mujer y de la desventaja femenina?
- 107 Explica, por ejemplo, que los hombres "generalmente han sido favorecidos en relación con otros hombres al poder suspender su preocupación por los sentimientos, la salud y la vida de esos hombres, pero las consecuencias han sido desventajas para los hombres como grupo" (ibíd., pág. 258). Pero si aceptáramos esto, podríamos ofrecer un relato similar de cómo se ha favorecido a las mujeres en relación con otras mujeres. Al adoptar las características del papel tradicional femenino, tal vez haciéndolo más atractivo para los hombres, algunas mujeres se han visto favorecidas en comparación con otras, a pesar de que las consecuencias han sido desventajosas para las mujeres como grupo. Por lo tanto, no puedo ver cómo el contexto evolutivo nos ayuda a juzgar que la desventaja masculina no es el producto del sexismo si seguimos pensando que la desventaja femenina es el resultado del sexismo.
- 108 Citado por Tom Digby, "Male trouble", p. 259.
- 109 Ibídem, pág. 260. La distinción entre discriminación cognitiva y política es similar, pero no idéntica, a la distinción que hice en el capítulo 1 entre discriminación y discriminación injusta o ilícita, es decir, entre discriminación en el sentido no peyorativo de diferenciar, y el sentido peyorativo de tratarlos o verlos injustamente.
- 110 Ibídem, pág. 259.
- 111 Esto sugiere que la discriminación cognitiva -un discernimiento verídico entre propiedades- no es incompatible con la discriminación política.
- 112 Tom Digby, "Male trouble", p. 260.
- 113 El profesor Digby podría negar que estos rasgos son considerados moralmente inferiores por aquellos que valoran el papel de los hombres en el género masculino. Sin embargo, al menos algunos de los que valoran este papel no lo consideran moralmente mejor. Aquellas de ellas que idealizan el papel femenino pueden considerar a las mujeres como moralmente mejores y, por lo tanto, necesitan protección por parte de quienes asumen los riesgos morales y se ensucian las manos.
- 114 Sugerir entonces que es crucial valorizar en lugar de valorar es hacer un movimiento *ad hoc* para descartar algún tipo de desventaja como la discriminación.
- 115 Tom Digby, "Male trouble", p. 260.
- 116 Laurence Thomas, en una comunicación personal, ha señalado que las víctimas del racismo (por ejemplo) pueden incluso ser empoderadas de alguna manera por el racismo. El ejemplo que da es el de un hombre negro que inspira miedo a una mujer blanca. Este poder no sería deseado por muchos hombres negros, pero, dice, algunos hombres negros pueden deleitarse con él.

Capítulo VI

Acción afirmativa

Lo que es bueno para la gansa es bueno para el ganso.

Idioma inglés

Frente a la sugerencia de que existe un segundo sexismo, la primera reacción de muchas personas que no habían contemplado previamente esa posibilidad es suponer que el segundo sexismo está constituido por esfuerzos de acción afirmativa a favor de las mujeres. Imaginan que la queja es que los hombres son discriminados por las políticas y prácticas de acción afirmativa que buscan beneficiar a las mujeres. Sin embargo, como hemos visto, la acción afirmativa para las mujeres no se incluyó en el catálogo de discriminación contra los hombres que he presentado.

Pasando ahora a la acción afirmativa y dedicando un capítulo a debatirla, mi objetivo principal no es añadir otra forma de discriminación a las que ya se han debatido. En cambio, mi objetivo es evaluar si la acción afirmativa es una respuesta apropiada al sexismo, ya sea de primera o segunda clase. De hecho, considerar la acción afirmativa como una respuesta al segundo sexismo arroja una luz interesante sobre la moralidad de las políticas y prácticas de acción afirmativa que favorecen a las mujeres. Mi conclusión será que la acción afirmativa en la mayoría de sus formas, pero no en todas, es inmoral y a veces discrimina injustamente a los hombres. A muchas feministas y otras defensoras de la acción afirmativa para las mujeres no les gustará esta conclusión. La buena noticia para ellas es que yo también pienso que la acción afirmativa es una respuesta inapropiada al segundo sexismo y que tal acción afirmativa a veces discriminaría injustamente a las mujeres.

La acción afirmativa se concibió por primera vez como una política para favorecer a los grupos raciales desfavorecidos. Sin embargo, las mujeres de grupos raciales no desfavorecidos también han sido beneficiarias porque están en desventaja como mujeres. Si bien las cuestiones y los argumentos relativos a la acción afirmativa basada en la raza y en el sexo se superponen considerablemente, no son idénticos. Los más importantes son los grados relativos de desventaja. En países como los Estados Unidos y Sudáfrica, donde se han aplicado políticas de acción afirmativa, las mujeres de grupos raciales no desfavorecidos están considerablemente menos desfavorecidas que los hombres o las mujeres de grupos raciales desfavorecidos. De hecho, como hemos visto, los hombres de los grupos raciales desfavorecidos suelen estar en peor situación que las mujeres de los grupos favorecidos y, a menudo, también de los grupos desfavorecidos.

Vale la pena detenerse un momento en ello, porque es muy preocupante que se dé el mismo trato preferencial a las mujeres de grupos raciales privilegiados que a los miembros de grupos raciales desfavorecidos.¹ Los miembros de los grupos racialmente desfavorecidos a menudo (pero no siempre) viven en condiciones sociales miserables, experimentando los males que conllevan esas condiciones. A menudo asisten a escuelas pobres e inadecuadas y es posible que sus padres no puedan ayudarles con sus tareas o proporcionarles el apoyo académico que complementa la educación formal obtenida en el aula. Las mujeres de grupos raciales privilegiados, por el contrario, suelen vivir en condiciones cómodas y a veces lujosas, asisten a la escuela por lo menos tan bien como sus hermanos y tienen padres que pueden proporcionarles el apoyo académico y el enriquecimiento que promueve su capacidad. Estas diferencias explican por qué, una vez que se eliminan los obstáculos formales a la igualdad de oportunidades, las mujeres de grupos raciales aventajados tienen más probabilidades de éxito que la mayoría de las de grupos raciales desfavorecidos.

Obviamente, mi enfoque en este capítulo se centrará en la acción afirmativa basada en el sexo y no en la raza.² Se ha dicho que la acción afirmativa basada en el sexo es necesaria para corregir tres supuestos problemas. En primer lugar, hay un número desproporcionadamente bajo de mujeres en diversas profesiones y disciplinas deseables (como la ingeniería y las matemáticas). En segundo lugar, incluso cuando las mujeres están mejor representadas en los niveles inferiores en algunas esferas profesionales, están infrarrepresentadas en los niveles superiores. Esto es cierto en los puestos corporativos más altos, en el mundo académico y en los parlamentos de todo el mundo libre. Esto se atribuye a un "techo de cristal", una barrera invisible, pero supuestamente real, que impide su ascenso, en cantidades significativas, a los puestos de autoridad. En tercer lugar, las mujeres cobran, en promedio, menos que los hombres.

Si las razones de las dos primeras disparidades son, como en el pasado, la prohibición formal de que las mujeres ejerzan esas actividades o la limitación de su número mediante cupos, entonces la respuesta no será la acción afirmativa, sino la abolición de las restricciones formales. Por lo tanto, la acción afirmativa es una política que se recomienda cuando se permite formalmente que las mujeres participen en pie de igualdad y, sin embargo, su participación real es inferior a su proporción en la población.

También se han propuesto algunas medidas para eliminar, o al menos reducir, las diferencias salariales entre hombres y mujeres. Aunque esto no se conoce típicamente como "acción afirmativa", es, sin embargo, una forma de acción afirmativa. Debido a que el menor salario de las mujeres es típicamente una función de los dos fenómenos anteriores, se piensa que la solución suele ser a través de una respuesta a ellos. Por esta razón, me centraré en la acción afirmativa como respuesta a la infrarrepresentación de las mujeres, tanto en determinadas profesiones como en los niveles superiores. Sin embargo, también consideraré la aplicación de esto a la diferencia de retribución.

Tanto la infrarrepresentación de las mujeres en ámbitos o puestos específicos como la diferencia de retribución dan lugar a dos tipos generales de justificación de la acción afirmativa. El primero es un argumento sobre la justicia rectificadora. La idea es que, aunque ya no se puede discriminar formalmente a las mujeres, alguna vez lo fueron. También se dice que su infrarrepresentación en determinadas zonas y su menor remuneración son un indicio de que se les está discriminando de manera más sutil y que la acción afirmativa es la forma de rectificar esta situación. El segundo tipo de argumento es consecuencialista. Según este argumento, el aumento del número de mujeres en los puestos pertinentes y el aumento de la remuneración de las mujeres tendrán efectos beneficiosos. Por lo tanto, independientemente de si la actual infrarrepresentación y la menor remuneración son producto de la discriminación, deberíamos emplear medidas para aumentar el número de mujeres en las actividades en las que son minoría y reducir la diferencia de retribución. Examinaré cada una de estas razones por separado, pero primero será útil aclarar qué se entiende por "acción afirmativa".

La frase "acción afirmativa" es ambigua. Puede referirse a una variedad de diferentes tipos de políticas o prácticas. Su forma más suave es lo que podríamos llamar "acción afirmativa de igualdad de oportunidades". Esta forma de acción afirmativa no implica ningún trato preferencial. Las mujeres no son más favorecidas que los hombres. En cambio, la acción afirmativa en favor de la igualdad de oportunidades tiene por objeto garantizar que las oportunidades sean realmente iguales y que se expongan y eliminen todos los obstáculos ocultos y sutiles a la igualdad.

Se dice que uno de esos impedimentos es el resultado de las nociones tradicionales de lo que constituye "estar calificado". Los defensores de la acción afirmativa a menudo argumentan que no sólo son perjudiciales para las mujeres, sino que también son impugnables. Por lo tanto, argumentan, necesitamos repensar lo que significa estar "calificados".

Un llamamiento a la rendición de cuentas en las normas que se establecen es totalmente razonable. Sin embargo, los que tienen opiniones opuestas sobre lo que constituye estar (igualmente) cualificados tendrán que justificar sus respectivas posiciones independientemente de si una determinada concepción produce el resultado que quieren que se produzca. Es decir, los criterios de cualificación deben evaluarse en sus propios términos y no en términos de si su empleo da lugar a nombramientos de más mujeres o de más hombres. La cuestión de quién está cualificado es distinta de la cuestión de cuántas personas de cada sexo están cualificadas.

Incluso cuando los criterios de "ser calificado" se evalúan en sus propios términos (y no en términos del resultado de género), puede haber desacuerdo sobre cuáles son los criterios apropiados.³ También puede haber desacuerdo sobre qué obstáculos a la igualdad de remuneración son injustos. Por ejemplo, se ha sugerido que las mujeres, en particular las que tienen hijos, quieren tener menos tiempo para ir al trabajo que los hombres. Esto, se dice, limita la gama de empleos disponibles para las mujeres, lo que a su vez "lleva potencialmente a la aglomeración de mujeres en los empleos disponibles localmente", lo que reduce los salarios de las mujeres.⁴ Algunos sostienen que esto es un impedimento injusto para la igualdad salarial porque las mujeres soportan la mayor parte de las responsabilidades en la crianza de los hijos y, por lo tanto, es injusto para ellas si se les paga menos porque, como resultado de la crianza de sus hijos, se ven obligadas a aceptar sólo trabajos con un trayecto más corto al trabajo. Otros, sin embargo, argumentan que quienes estén dispuestos a desplazarse más lejos tendrán una gama más amplia de opciones de trabajo, incluidas las que pagan más, y que no es injusto que se pague más a quienes estén dispuestos a desplazarse más lejos.

Aunque habrá tales desacuerdos, todo el mundo estará de acuerdo en que cualquier barrera oculta que pueda haber para la *equidad* debe ser eliminada. El desacuerdo se refiere a *qué* barreras son injustas o, al menos, lo suficientemente injustas como para que se haga algo al respecto. Por lo tanto, los que se oponen a otras formas de acción afirmativa no se ven afectados por la acción afirmativa en materia de igualdad de oportunidades.⁵

Todas las formas de acción afirmativa que no sean la de igualdad de oportunidades implican algún tipo de preferencia basada en el sexo de la persona. La preferencia en todos (o casi todos) los casos reales es a favor de las mujeres. Estas formas de acción afirmativa se distinguen entre sí en función de la preferencia que conceden a las mujeres. A veces el sexo de una persona se usa como un desempate entre dos candidatos que de otra manera estarían igualmente calificados. A veces el sexo de una persona tiene más peso. Y a veces se reservan ciertos puestos, o una parte de ellos, para las mujeres, ya que se trata de cuotas (mínimas). Cuanto mayor sea el peso que se atribuye al sexo de una persona en las decisiones de admisión o contratación, más controvertida será la forma de acción afirmativa. Si bien todas estas formas de acción afirmativa preferencial se aplican más directamente a la cuestión de la infrarrepresentación, también afectan indirectamente a la brecha salarial. Esto se debe a que el aumento de la representación de las mujeres en determinados puestos también reduciría la brecha salarial.

Rectificando la injusticia

Existen dos tipos de argumentos que justifican las políticas de acción afirmativa sobre la base de que son necesarias para rectificar la injusticia. Uno dice que las injusticias que necesitan ser rectificadas son el producto de la discriminación del pasado, mientras que el otro afirma que las injusticias relevantes son el producto de la discriminación actual y continua.

El argumento de la discriminación en el pasado

Las injusticias deben ser rectificadas. La manera apropiada de hacer esto es compensar a las personas que sufrieron la injusticia (y castigar a los que la perpetraron). Una injusticia cometida contra una persona se rectifica compensando a esa persona, en lugar de compensar a otras personas,

incluso si esas otras personas comparten alguna característica con la víctima de la injusticia. Esto es cierto incluso si la característica común fue la base de la discriminación contra el individuo que sufrió la injusticia. Aquí radica el principal problema de las políticas de acción afirmativa que apelan al argumento de la discriminación del pasado y que otorgan preferencia a las personas por razones de sexo. Por lo general, otorgan beneficios a algunos miembros de un grupo en respuesta a la discriminación de otros miembros de ese grupo en el pasado. Eso no rectifica la injusticia. En vez de eso, lo recrea.⁶

Aquellos que piensan lo contrario harían bien en considerar la aplicación del argumento de la discriminación del pasado a instancias pasadas del segundo sexismo. Por ejemplo, dado que los hombres han sido los más afectados por el reclutamiento en el pasado, ¿debemos rectificar esa injusticia reclutando sólo -o al menos de forma desproporcionada- a mujeres en los países que mantienen el reclutamiento? ¿Deberían los países que no reclutan actualmente resolver reclutar sólo o desproporcionadamente a muchas mujeres cuando el próximo reclutamiento sea necesario? Algunos podrían responder negativamente a estas preguntas porque piensan que esto comprometerá la eficacia militar. Ya he respondido a esos argumentos (en el capítulo 4), pero la cuestión crucial aquí es que las personas más impresionadas por el argumento de la eficacia militar contra el reclutamiento de mujeres son también las menos propensas a defender las políticas de acción afirmativa. Los que tienen más probabilidades de defender la acción afirmativa en favor de las mujeres tienen menos probabilidades de quedar impresionados por el argumento de la eficacia militar porque suelen pensar que las mujeres podrían funcionar con la misma eficacia o casi con la misma eficacia que los soldados varones. Quienes defienden este punto de vista deben explicar por qué en el pasado la discriminación contra la mujer requería preferencias para las mujeres en la actualidad, mientras que en el pasado la discriminación contra los hombres no requería que se favoreciera a los hombres (apuntando más mujeres que hombres al servicio militar obligatorio). Después de todo, las mujeres están aún menos representadas en las fuerzas conscriptas que en los puestos deseables para los que los defensores de la acción afirmativa basada en el sexo buscan preferencias por las mujeres.

Es cierto que los defensores de la acción afirmativa no proponen que se obligue a las mujeres a ocupar otros cargos. Sin embargo, eso no es una respuesta a mi experimento de pensamiento. Aunque anteriormente no se obligaba a los hombres a ocupar los cargos deseables a los que los defensores de la acción afirmativa quieren ahora que las mujeres tengan acceso preferente, sí se les obligaba a incorporarse al ejército. Por lo tanto, la supuesta forma de rectificar la injusticia resultante de esa discriminación es desviar esa carga al sexo opuesto, lo que implica obligar a las mujeres.

Para aclarar, no estoy recomendando seriamente que las mujeres sean reclutadas en lugar de los hombres o a un ritmo mayor que el de los hombres. Planteo el caso para demostrar lo absurdo que es pensar que uno está rectificando una injusticia causada por la discriminación pasada contra personas de un sexo al favorecer a una generación subsiguiente de personas del mismo sexo. Si el reclutamiento discriminó a los hombres en 1916, no rectificamos esa injusticia reclutando mujeres en lugar de otros hombres en 2016. Lo mismo ocurre en los casos de discriminación contra la mujer. Si las mujeres fueron excluidas de los puestos profesionales en el pasado, no rectificamos esa injusticia favoreciendo a otras mujeres en la actualidad. Aunque las mujeres de hoy comparten con las primeras víctimas del sexismo (antifemenino) el atributo de ser mujer, no rectificamos la injusticia anterior favoreciendo a diferentes mujeres individuales, mujeres que no fueron víctimas de la discriminación sexual del pasado. Dicho de otro modo, las injusticias se rectifican a nivel de individuos y no de grupos. Rectificar las injusticias cometidas contra muchos miembros de un grupo tiene resultados agregados para el grupo, pero la rectificación debe estar dirigida a aquellos individuos que fueron víctimas de la injusticia.

Por supuesto, no siempre es posible rectificar las injusticias. Por ejemplo, la mayoría de las víctimas y los autores de actos de discriminación del pasado ya no están vivos y, por lo tanto, no pueden ser indemnizados o castigados, respectivamente. Sin embargo, cuando no es posible rectificar la injusticia causada por la discriminación del pasado, no tiene sentido pretender que todavía se puede rectificar.

Ahora bien, podría argumentarse que la discriminación pasada contra los miembros de un grupo puede tener efectos persistentes que repercuten en los miembros subsiguientes de ese grupo. De esta manera, los miembros de un grupo pueden ser víctimas de la discriminación que tuvo lugar mucho antes, incluso antes de que nacieran. No creo que la acción afirmativa preferencial (en contraposición a la igualdad de oportunidades) sea una respuesta adecuada incluso a estos efectos continuos de la discriminación pasada, pero no diré aquí por qué es así. Esto se debe a que los defensores de la acción afirmativa basada en el sexo no pueden apelar a los efectos persistentes de la discriminación en el pasado de la misma manera que los defensores de la acción afirmativa basada en la raza pueden hacerlo. Esto se debe a los diferentes tipos de discriminación a los que están sometidas las mujeres y los negros, respectivamente. Los tipos de discriminación contra la mujer en el pasado no han tenido el efecto duradero sobre las oportunidades de las mujeres en la actualidad que la discriminación de los grupos raciales desfavorecidos en el pasado ha tenido en la mayoría (pero no en todos) los miembros actuales de esos grupos. Muchos de los que hoy pertenecen a grupos raciales que fueron discriminados en el pasado siguen sufriendo los graves efectos negativos de esa discriminación. A menudo viven en condiciones de privación. No ocurre lo mismo con las mujeres (de grupos favorecidos). Los *efectos* persistentes de la discriminación en el *pasado* deben distinguirse de la discriminación persistente (presente). Hasta ahora he estado hablando de lo primero. Paso ahora a lo segundo.

El presente argumento de discriminación

Cuando el argumento de discriminación del pasado fracasa, algunos defensores de la acción afirmativa podrían apelar a lo que yo llamo el presente argumento de discriminación. Según este argumento, las mujeres siguen siendo injustamente discriminadas, y una política de acción afirmativa que favorezca a las mujeres es la forma de rectificar esta situación. Las pruebas que se ofrecen para demostrar que las mujeres siguen siendo discriminadas a veces no son más que la observación de que están infrarrepresentadas en los tipos de puestos mencionados anteriormente y que ganan menos que los hombres. Se dice que las mujeres constituyen aproximadamente la mitad de la población adulta y, por lo tanto, si no hubiera discriminación, ocuparían aproximadamente la mitad de esos puestos.

Sin embargo, la inferencia de resultados desiguales a la discriminación injusta es problemática. Si la inferencia fuera válida, podríamos concluir que los hombres están siendo injustamente discriminados cuando constituyen más de la mitad de los encarcelados o ejecutados, o más de la mitad de los que abandonan la escuela o mueren en el trabajo. En estos casos (casi) nadie llega a la conclusión de que los varones son injustamente discriminados, a pesar de que los varones superan con creces la mitad de aquellos a quienes les tocan estos destinos. Aunque la discriminación puede explicar parte de la diferencia, como vimos en el capítulo 4, gran parte de la diferencia es atribuible a otros factores. Los hombres cometen más crímenes, por ejemplo.

Una precaución similar es necesaria cuando hay un número desproporcionadamente bajo de mujeres en puestos deseables o cuando las mujeres ganan menos que los hombres. La discriminación contra las mujeres no es la única explicación. Aun en la medida en que la discriminación es la explicación, la acción afirmativa puede no ser la forma de rectificarla. Para demostrar por qué esto es así, será útil distinguir cuatro posibles explicaciones del hecho de que las mujeres tienen una participación inferior a la de los hombres en varios sectores de empleo y ganan menos:

- (1) la discriminación en aquellos sectores específicos en los que las mujeres están infrarrepresentadas;
- (2) las características discriminatorias de la sociedad en general;
- (3) diferencias de sexo no discriminatorias;
- (4) alguna combinación de lo anterior.

Entre los puntos a los que se refiere la primera explicación se encuentra el sesgo implícito en las decisiones de contratación y promoción. La afirmación aquí es que incluso aquellos que están comprometidos con la igualdad de género pueden tener sesgos inconscientes, que operan en detrimento de las mujeres. Las mujeres pueden ser vistas, subconscientemente, como menos capaces, y esto lleva a que se nombren menos de ellas. Otro punto al que se refiere la primera explicación es el llamado "entorno hostil". La idea aquí es que ciertos ambientes profesionales y de otro tipo son hostiles o al menos poco amigables para las mujeres, lo que hace que esos ambientes sean menos atractivos o poco atractivos para las mujeres. Por ejemplo, pueden tener un ethos muy "masculino" o requerir horas largas o inflexibles, lo que no encaja bien con las tareas domésticas que soportan las mujeres de manera desproporcionada.

Este último ejemplo conecta la primera explicación con la segunda. Esto se debe a que, según se argumenta, el hecho de que las mujeres todavía soporten la mayor parte de las tareas domésticas es indicativo de una discriminación social más amplia. Sin embargo, esta no es la única manera en que se dice que la discriminación social más amplia contribuye a que haya un número desproporcionadamente bajo de mujeres en los tipos de puestos que se están debatiendo. Por ejemplo, a menudo se dice que las niñas son educadas para pensar que son menos aptas para determinados tipos de puestos y, por lo tanto, están menos motivadas para ejercerlos.

La tercera explicación afirma que existen diferencias medias entre hombres y mujeres que no son producto de la discriminación y que explican por qué los hombres se encuentran en cantidades desproporcionadamente grandes (y las mujeres en cantidades desproporcionadamente pequeñas) en algunos puestos, y por qué los hombres ganan más en promedio. Se dice, por ejemplo, que los hombres, en promedio, son más asertivos que las mujeres, que responden más positivamente a las situaciones competitivas y muestran una mayor búsqueda de dominación.⁸ Se dice que los hombres también están inclinados a tomar más riesgos, incluyendo riesgos profesionales,⁹ y son menos cariñosos y empáticos.¹⁰

Se dice que estas diferencias explican por qué los hombres tienen más probabilidades de ingresar en profesiones mejor remuneradas y de ascender en diversas jerarquías. Aquellos que son más asertivos, que prosperan en la competencia y que buscan un estatus son más propensos a buscar (y ganar) cargos políticos, a ascender en la escala corporativa y en otras escalas y a entrar y tener éxito en campos que requieren impulso. La asunción de riesgos tiene un precio para los que pierden, pero favorece a los que tienen éxito. En la medida en que estas diferencias de sexo son producto de la biología, no constituyen discriminación. Pueden ser considerados injustos de la misma manera que el hecho de nacer con o sin algún rasgo puede ser considerado injusto -es decir, perder en la lotería natural en lugar de en la social-, pero no pueden ser considerados como *discriminación* injusta. Según algunas opiniones, puede producirse una discriminación injusta si no se tiene debidamente en cuenta la injusticia de la lotería natural.

La cuarta explicación de la subrepresentación de las mujeres en profesiones y puestos de poder, y de su menor remuneración, es una combinación de las tres anteriores. Afirma que las diferencias de sexo desempeñan algún papel, pero que la discriminación también lo hace. Esta cuarta explicación es la más plausible. Primero, como argumenté en el Capítulo 3, es muy poco probable que la psicología humana no se vea afectada por la biología humana, y que todos los rasgos psicológicos, a

diferencia de los rasgos físicos, estén distribuidos por igual entre ambos sexos. Quienes piensan que los atributos psicológicos están igualmente distribuidos deben explicar por qué la sobrerrepresentación de los hombres en puestos deseables es totalmente atribuible a la discriminación contra las mujeres, pero la sobrerrepresentación de los hombres en puestos indeseables no es en absoluto atribuible a la discriminación contra los hombres. De hecho, aunque esta parece ser una posición que algunas feministas mantienen, no explican cómo podría ser el caso. Culpan a los hombres por el hecho de que hay desproporcionadamente pocas mujeres en puestos de liderazgo, y culpan a los hombres por constituir la mayoría de los encarcelados. Los hombres tienen la culpa, ganen o pierdan.

Contrariamente a este punto de vista, (al menos algunos) psicólogos evolutivos afirman que los mayores éxitos y los mayores fracasos de los hombres bien podrían estar relacionados. La ambición, la competitividad, el deseo de estatus y la asunción de riesgos pueden contribuir a que haya un mayor número de hombres en los extremos. El respaldo de esta afirmación no implica la aceptación del argumento de los "costes de dominación" discutido en el Capítulo 5. Incluso si los mayores éxitos y fracasos de los varones están relacionados, no se deduce que los fracasos sean los costos de la dominación. Esto se debe a que los que pagan los costos no son los que son dominantes, aunque sean miembros del mismo sexo.

Los mayores extremos característicos de los varones también podrían explicarse parcialmente por la hipótesis de que la distribución de algunas capacidades cognitivas, por ejemplo, es más plana entre los varones que entre las mujeres. Es decir, según esta hipótesis hay más hombres que mujeres en los extremos de algunas capacidades cognitivas. Recordemos, aquí, la imagen de Helena Cronin, mencionada anteriormente, de que entre los varones hay más "Nobels" y más "mancuernas".

Estas consideraciones sugieren que la primera y la segunda explicación probablemente no son las únicas que explican la subrepresentación de las mujeres. No está claro si alguien tiene la opinión de que la tercera explicación tenga plenamente en cuenta la infrarrepresentación de las mujeres. Aquellos que piensan que las diferencias de sexo juegan un papel no suelen pensar que la biología explique en su *totalidad* el grado de subrepresentación de las mujeres.¹¹ Es muy probable, como indiqué en el Capítulo 3, que cualquier diferencia biológica entre los sexos sea reconocida y amplificada por la sociedad. Por lo tanto, es muy probable que las fuerzas sociales jueguen un papel más allá de las diferencias biológicas.

Entre los que aceptan la cuarta explicación, el desacuerdo es sobre qué parte de la diferencia es explicada por la biología y qué parte por las fuerzas sociales. La cuestión de quién tiene razón es inmensamente difícil de determinar con precisión. Sin embargo, esa es en parte la razón por la que la acción afirmativa es un mecanismo tan deficiente para abordar cualquier componente que sea producto de la discriminación. Si el objetivo de la acción afirmativa es corregir la discriminación y no sabemos cuánta discriminación se está produciendo, no podemos decir qué tanto se necesita corregir. Algunas feministas pueden sugerir que, no obstante, deberíamos imponer algún tipo de contrapeso a cualquier discriminación que exista, incluso si corremos el riesgo de una sobrecompensación. Sin embargo, hay algunos problemas con esta sugerencia.

Una sobrecompensación resultaría en una discriminación injusta a favor de algunas mujeres y en contra de algunos hombres. Aunque no compensar en absoluto, dado el sesgo implícito contra las mujeres, resultaría en una discriminación injusta a favor de algunos hombres y contra algunas mujeres, la diferencia es que la acción afirmativa es una política intencional que favorece a unos sobre otros. Frente a una elección, una política de esforzarse lo más posible para evitar la discriminación (incluso si se hace de manera imperfecta) es posiblemente mejor que una política de tratar específicamente de favorecer a algunas personas. Esta última es más corruptora y está más expuesta a los abusos. En otras palabras, tratar de dar preferencia es más peligroso que tratar de no dar preferencia. Cuanto mejor se llega a no preferir, más cerca se está de la justicia. Por el contrario,

en el caso de la preferencia, uno se acerca más a la justicia en la medida en que está compensando el sesgo implícito, pero luego uno se aleja cada vez más de la justicia a medida que continúa dando preferencia. Dado que no se puede determinar con precisión el grado de sesgo, el peligro es que uno no sepa cuándo se está volviendo cada vez menos justo.

Además, hay razones para pensar que la presión a favor de las políticas y prácticas preferenciales causará un exceso de preferencia. Mientras haya relativamente pocas mujeres en una profesión determinada y continúe la preocupación actual por la situación de la mujer, habrá incentivos políticos continuos para lograr un mejor equilibrio entre los sexos, incluso si la diferencia residual no es producto de la discriminación. De hecho, eso es exactamente lo que defenderán aquellos que acepten la primera y la segunda explicación por sí solas. Ningún esfuerzo de acción afirmativa satisfará a dichas personas hasta que se elimine cualquier discrepancia.¹²

Quienes niegan que la acción afirmativa sea la opción más peligrosa deberían considerar si recomendarían la acción afirmativa para contrarrestar la discriminación contra los hombres. Considere, por ejemplo, una política de acción afirmativa aplicable a los jueces que toman decisiones de custodia después del divorcio. Tal política sería problemática porque sería inapropiado que los jueces favorecieran conscientemente a los padres, aunque sabemos que los padres son actualmente víctimas de un sesgo implícito en las decisiones de custodia. Es preferible que los jueces trabajen para superar sus prejuicios en lugar de sustituirlos por otros nuevos.

Hasta ahora me he centrado en la acción afirmativa como un correctivo para la discriminación directa, aunque involuntaria e inconsciente. Algunas personas piensan que tal discriminación explica tanto por qué las mujeres están infrarrepresentadas en algunos sectores de empleo como por qué se les paga menos. La evidencia, sin embargo, no apoya esto (más de 13). Consideremos, por ejemplo, la brecha salarial. Una vez que se controlan varias variables cruciales, uno se da cuenta de que la brecha salarial es insignificante, si es que existe.¹⁴ Las variables incluyen cuántas horas trabaja la gente (el trabajo a tiempo completo paga más que el trabajo a tiempo parcial, y las horas extras son recompensadas), qué tan riesgoso y desagradable es el trabajo y si uno está dispuesto a desplazarse más lejos a puestos mejor pagados.¹⁵ De hecho, hay algo que induce a error sobre la referencia a la diferencia de retribución. No es que a las mujeres se les pague menos por hacer los mismos trabajos que a los hombres. Están haciendo diferentes trabajos.

Consideremos a continuación el llamado techo de cristal. Varias empleadas de una compañía de Fortune 500 demandaron a la compañía. Observaron que la proporción de mujeres en los ascensos era inferior a la proporción de mujeres en los puestos de nivel inicial, y alegaron discriminación por esos motivos. La empresa, desconcertada por la acusación, se acercó a una consultora independiente para realizar un estudio de sus prácticas de personal. El estudio concluyó que la discriminación no explicaba el desequilibrio.¹⁶ Por ejemplo, los hombres solicitaron ascensos a un ritmo mucho mayor que las mujeres. Además, una mayor proporción de mujeres que de hombres que presentaron su candidatura tuvo éxito.¹⁷ Se preguntó a un número aproximadamente igual de hombres y mujeres si estaban interesados en el ascenso. Sin embargo, una proporción mucho mayor de los hombres a los que se les preguntó respondieron afirmativamente.¹⁸ Los hombres también estaban dispuestos a ceder más para obtener un ascenso. Por ejemplo, estaban más dispuestos a tener una asignación de turno menos que óptima o a aceptar una transferencia.¹⁹

También hay algunas pruebas de que los desequilibrios de género entre el personal académico universitario no son atribuibles a la discriminación. Un estudio de las universidades canadienses mostró que, si bien las mujeres están infrarrepresentadas, especialmente en los niveles superiores, ello no es consecuencia de la discriminación contra las mujeres.²⁰ El estudio analizó la edad promedio de las personas en cada uno de los rangos académicos y calculó cuándo se habría designado a cada cohorte. Esto se comparó con el número de mujeres que obtuvieron un doctorado inmediatamente antes de eso. Se encontró que "las cifras de la década de 1960 son consistentes con

la existencia de un modesto grado de discriminación contra las mujeres durante el proceso de contratación en este momento".²¹ Sin embargo, también se encontró que "para todos los demás rangos, los datos son consistentes con que existe una discriminación significativa a favor de las mujeres y en contra de los hombres".²² De hecho, "la discrepancia... es mucho mayor que la discrepancia inversa en el rango de profesor titular".²³

También hay diferencias interesantes entre las disciplinas académicas, y las mujeres están aún menos representadas en algunas de ellas. Es inverosímil pensar que la discriminación en las admisiones universitarias explica por qué las mujeres son una minoría especialmente pequeña de estudiantes de ingeniería, por ejemplo. ¿Debemos creer realmente que mientras que las escuelas de medicina son ahora imparciales en sus admisiones, porque las mujeres constituyen la mayoría de los estudiantes de medicina, las escuelas de ingeniería todavía están impregnadas de prejuicios?²⁴ Es mucho más probable que las mujeres escojan la medicina antes que la ingeniería. Y si no es así, ¿debemos concluir que las facultades de medicina están ahora sesgadas en contra de los hombres, dado que ahora constituyen menos de la mitad de todos los estudiantes de medicina en algunos países?

Negar que estos fenómenos se expliquen principalmente por una discriminación próxima no significa que no estén en juego las características discriminatorias de la sociedad en general. Tal vez los roles de género y otros aspectos de la socialización hacen que las niñas y los niños tengan más o menos probabilidades de acceder a profesiones específicas, de inclinarse más o menos a buscar un ascenso y de optar por un empleo a tiempo parcial. Sin embargo, una política de acción afirmativa que conceda un trato preferencial a las mujeres es aún más difícil de justificar si se trata de corregir esta discriminación previa.

Para ver por qué es así, considere lo siguiente. Después del divorcio, los padres obtienen la custodia de sus hijos con mucha menos frecuencia que las madres, y esto no se debe simplemente a la parcialidad implícita de los jueces. Los hombres solicitan la custodia con menos frecuencia. Tal vez incluso es el caso que los padres son menos a menudo el mejor padre con custodia. Incluso si uno piensa que la biología es parte de la explicación de por qué los hombres buscan y se adaptan a la custodia con menos frecuencia, los roles de género y otros factores sociales también juegan un papel. Sin embargo, no se deduce que debamos implementar una política de acción afirmativa que apunte a alcanzar los niveles de custodia paterna que habrían existido en ausencia de esas funciones y factores. Al decidir quién obtiene la custodia, los jueces necesitan considerar qué padre o padres quieren la custodia y si uno de ellos está mejor preparado para tenerla. Las decisiones sobre la custodia no deben tomarse sobre la base de las proporciones de la custodia paterna si los padres hubieran sido criados de manera diferente y, por lo tanto, hubieran hecho que quisieran la custodia y se adaptaran a ella con más frecuencia. De hecho, parece repugnante intentar conscientemente conceder la custodia a los padres con más frecuencia, aunque se sabía que menos hombres querían la custodia y que menos hombres serían los mejores padres con custodia. Esto es cierto incluso si se supiera que, en ausencia de roles de género socialmente reforzados, los hombres habrían representado una proporción mayor que la actual de padres deseosos y dignos de custodia.

Es igualmente inapropiado favorecer a las mujeres en la contratación o promoción simplemente porque, en ausencia de roles de género socialmente reforzados, más mujeres habrían optado por convertirse en ingenieras o pilotos, por ejemplo. Al decidir quién debe obtener la custodia, el interés relativo de cada uno de los padres y su idoneidad para servir como padre con custodia es fundamental. Al decidir quién debe ser nombrado o contratado, la capacidad de una persona para hacer el trabajo es fundamental. El hecho de que haya menos mujeres ingenieras y pilotos entre los cuales elegir no significa que quienes contratan a ingenieros y pilotos deban tener en cuenta el sexo de la mujer a la hora de decidir si la contratan o no. Si lo hace, tendrá proporcionalmente menos peso en los atributos que son relevantes para la calidad de su trabajo.

El mismo problema se plantearía en el caso de las políticas de acción afirmativa que favorecen a los hombres en profesiones tradicionalmente femeninas. Imagínese, por ejemplo, que un grupo de candidatos para un puesto de profesor de preescolar es de un 95% de mujeres. Se puede tratar de ampliar el grupo de tal manera que la proporción de hombres aumente. Sin embargo, si los hombres no están interesados en presentar su candidatura, incluso si es un producto de roles de género inventados socialmente, entonces es posible que sólo el 5% de los solicitantes sean hombres. Si se favorece a los que constituyen ese 5% sólo porque son hombres, se acabará contratando a algunos hombres que son más débiles que las mujeres que de otro modo se habrían designado. Cuanto más peso se le atribuye a ser varón, menos otros atributos contarán. Así, cuanto más fuerte sea la forma de acción afirmativa, más débiles, en promedio, serán los seleccionados del sexo preferido. Esto es cierto si el sexo favorecido es masculino, pero es igualmente cierto si el sexo favorecido es femenino.

Esto *no* quiere decir que los hombres no puedan ser buenos maestros de preescolar (o que las mujeres no puedan ser buenas ingenieras o pilotos). En cambio, es decir que en las decisiones de contratación, el sexo de una persona (generalmente) no es relevante.²⁵ Si se hace una consideración, entonces otras consideraciones invariablemente cuentan proporcionalmente menos y eso llevaría a la designación de personas menos calificadas para el puesto.

La cuestión subyacente aquí es cómo respondemos a las decisiones que toma la gente, incluso si esas decisiones hubieran sido diferentes si las condiciones hubieran sido diferentes. Ahora bien, a veces las condiciones en las que la gente elige son obviamente tales que no se puede decir que sus elecciones sean libres. Si Dick Turpin le ofrece la opción de "su dinero o su vida" y usted elige deshacerse de su dinero, su elección no es libre. Sin embargo, este no es el tipo de caso del que estamos hablando. Estos casos son fáciles y sabemos qué hacer ante tales injusticias: eliminar la amenaza.

Estamos hablando de casos más difíciles - casos en los que se actúa sobre la base de preferencias o atributos formados al menos en parte por influencias sociales, pero con los que uno se identifica. Las preferencias son tuyas y tú eliges libremente de acuerdo con ellas. Si hay injusticias de fondo en las influencias que llevan a la formación de las preferencias, entonces esas injusticias deben ser rectificadas aguas arriba, donde ocurren. No se pueden rectificar anulando o ignorando las elecciones de las personas o favoreciendo a los mismos miembros de un grupo que eran inmunes a las influencias de la corriente ascendente.

Dicho de otra manera, usted no debe ser favorecido por cuántas otras personas de su sexo han elegido como usted lo hizo. Por lo tanto, si usted es una mujer que eligió convertirse en ingeniera o un hombre que eligió convertirse en maestro de preescolar, el hecho de que su elección fuera relativamente poco común para alguien de su sexo no debería influir en absoluto en la obtención del empleo.²⁶ De manera similar, si usted es un hombre que eligió convertirse en ingeniero o una mujer que eligió convertirse en maestra de preescolar, el hecho de que consiga un trabajo en particular no debería depender en absoluto del hecho de que la mayoría de las demás personas que tomaron esa decisión sean del mismo sexo.

Además, aunque pensáramos que era apropiado corregir las desventajas causadas por las preferencias socialmente influenciadas, sería imposible hacerlo con exactitud. Muchas de nuestras preferencias caen en esta categoría y es posible saber cuánto mejor hubiera sido para cada uno de nosotros si nuestras preferencias hubieran sido influenciadas en una miríada de formas alternativas.

Según el punto de vista que he estado presentando, las diferentes preferencias de hombres y mujeres, incluso si están influenciadas socialmente, no son motivos adecuados para dar preferencia ni a las mujeres ni a los hombres. Esto no significa, por supuesto, que no se deban hacer otras cosas con respecto a la discriminación de fondo que afecta a la formación de las preferencias. Deberíamos

tomar medidas para evitar forzar a las niñas y los niños a asumir roles de género. Debemos evitar caracterizar ciertos trabajos como masculinos o femeninos. Sin embargo, ninguno de estos tipos de intervención equivale a dar preferencia a uno u otro sexo. Son casos de acción afirmativa de igualdad de oportunidades en lugar de acción afirmativa de preferencia y, por lo tanto, no son problemáticos.

Sin embargo, no debemos asumir que la representación desproporcionada de uno u otro sexo en trabajos o actividades específicos implica que la discriminación social sigue existiendo. Las diferencias naturales pueden influir en las decisiones. Incluso cuando no lo hacen, los hombres y las mujeres pueden gravitar en diferentes momentos y en diferentes lugares a diferentes ritmos en diferentes posiciones y actividades.

La versión actual del argumento de la rectificación, al igual que la versión anterior, es mucho más problemática de lo que sus defensores creen. Tomar nota de la aplicación de estos argumentos al segundo sexismo, como he hecho, puede poner de relieve las dificultades que los defensores de la acción afirmativa basada en el sexo no verían de otro modo. De hecho, las implicaciones del segundo sexismo para la acción afirmativa podrían explicar, al menos en parte, por qué algunas personas son tan reacias a admitir que existe un segundo sexismo.

Lecciones de la "Escuela de verano"

He argumentado anteriormente que la discriminación no tiene plenamente en cuenta las diferentes tasas de participación de hombres y mujeres en determinadas profesiones, trabajos o actividades. Las feministas no suelen quejarse de ello si las profesiones, trabajos o actividades son indeseables o desagradables. Sin embargo, la sugerencia de que la discriminación no tiene plenamente en cuenta la subrepresentación de las mujeres en puestos deseables a veces es recibida con indignación.

Consideremos, por ejemplo, el caso de Lawrence Summers. Mientras era presidente de la Universidad de Harvard, el profesor Summers fue invitado a hablar en su calidad de economista, en lugar de presidente de la universidad, en una conferencia de la Oficina Nacional de Investigación Económica.²⁷ El tema de la conferencia fue la diversificación de la fuerza de trabajo de la ciencia y la ingeniería. Se le pidió que fuera provocativo. A pesar del alboroto que causó, el discurso en sí era suave. El profesor Summers señaló que las mujeres están infrarrepresentadas en "puestos permanentes de ciencia e ingeniería en las mejores universidades e instituciones de investigación". Dijo que quería "intentar pensar y ofrecer algunas hipótesis sobre por qué observamos lo que observamos" sin juzgarlo. Distinguía tres hipótesis.

La primera, lo que llamó la "hipótesis del trabajo de alto rendimiento", fue que "hay muchas profesiones y muchas actividades, y las actividades más prestigiosas de nuestra sociedad esperan de las personas que van a ocupar puestos de liderazgo a partir de los cuarenta años de edad un compromiso casi total con su trabajo" y que "es un hecho de nuestra sociedad que se trata de un nivel de compromiso que una fracción mucho más alta de hombres casados han estado preparados históricamente para asumir que de mujeres casadas". Se apresuró a añadir que eso "no era un juicio sobre cómo debería ser", sino más bien una descripción de cómo parecen ser las cosas.

La segunda hipótesis es lo que él llamó la "diferente disponibilidad de aptitud en el extremo superior". Según esta hipótesis, con respecto a "muchos, muchos, muchos atributos humanos... hay evidencia relativamente clara de que cualquier diferencia en los medios... hay una diferencia en la desviación estándar, y la variabilidad de una población masculina y femenina". Dijo que "los físicos de una de las 25 mejores universidades de investigación... son personas que tienen tres y medio, [o] cuatro desviaciones estándar por encima de la media". Así, aunque habrá algunas mujeres muy talentosas en el extremo superior, probablemente, de acuerdo con esta hipótesis, serán superadas en

número por los hombres. En otras palabras, el grupo de físicos de alto nivel, aunque no exclusivamente masculino, es desproporcionadamente masculino.

La tercera hipótesis es la hipótesis de la "socialización". Como su nombre lo indica, atribuye el desequilibrio de género que se está discutiendo a las diferentes maneras en que se crían los niños y las niñas. El profesor Summers indicó que, si bien pensaba que la socialización podía desempeñar un cierto papel, proporcionó razones por las que no debía asignarse demasiado peso a esta hipótesis. Su conclusión reacia fue que una combinación de las dos primeras hipótesis "probablemente explica una buena parte de este problema". Claramente se sentía incómodo incluso con esa conclusión suave y tentativa, que describió como "la desafortunada verdad", señalando que "preferiría creer en otra cosa". También propuso una serie de preguntas prácticas que, según él, estaban "maduras para la investigación", preguntas que servirían para probar las hipótesis.

El profesor Summers describió sus conclusiones como sus "mejores suposiciones", señalando que "pueden estar todas equivocadas" y que habrá cumplido su propósito si "provocó la reflexión sobre esta cuestión y provocó la obtención de pruebas para contradecir" lo que había dicho.

Es realmente difícil imaginar una presentación más tímida, reticente e incluso apologética de la posibilidad de que la discriminación no sea el factor principal que explique la infrarrepresentación de las mujeres en ciertas áreas. Sin embargo, se encontró con indignación. Por lo menos un profesor en la charla se fue,²⁸ y eso fue sólo el comienzo.

Casi inmediatamente sus comentarios fueron malinterpretados, aunque sutilmente. El presidente del departamento de sociología de Harvard dijo que "el presidente de la Universidad de Harvard no creía que las mujeres científicas fueran tan buenas como los hombres".²⁹ Eso, sin embargo, no fue lo que dijo. Planteó la *posibilidad* de que podría haber *menos* mujeres en el extremo más alto de la capacidad científica. Esto no es lo mismo que la afirmación de que las mujeres científicas no son tan buenas como los hombres. El propio *New York Times* atribuyó al profesor Summers el punto de vista de que "las diferencias innatas de sexo podrían dejar a las mujeres con *menos posibilidades* de tener éxito en las matemáticas más avanzadas",³⁰ mientras que hubiera sido más exacto decir que él pensaba que las diferencias innatas de sexo podrían resultar en que hubiera *menos* mujeres capaces de tener éxito en los niveles más avanzados de materias como las matemáticas.

La mala interpretación persistió incluso una vez que se publicó la transcripción de los comentarios y la gente pudo leerla por sí misma. Varios profesores de Harvard, según se informó, dijeron que "sentían que creían que las mujeres eran intelectualmente inferiores a los hombres".³¹ Además, eso no es lo que dijo, ni es una implicación de lo que dijo. La afirmación de que hay más hombres en los niveles más altos de capacidad en áreas como las matemáticas y la ingeniería no implica la afirmación de que la mayoría de las mujeres son intelectualmente inferiores a los hombres. Hay otras disciplinas aparte de la ingeniería y las matemáticas, e incluso en esas áreas nada de lo que dijo implica que ninguna mujer sea capaz de realizar una actividad intelectual de alto nivel. Las observaciones del profesor Summers no implican más la conclusión de que las mujeres son intelectualmente inferiores que la afirmación de que hay más hombres en los niveles más bajos de capacidad intelectual implica la afirmación de que las mujeres son intelectualmente superiores a los hombres.

La indignación no fue atribuible sólo a una mala interpretación. Incluso aquellos que parecen haber entendido correctamente lo que el profesor Summers dijo estaban enfadados. En el plazo de una semana, el profesor Summers, aunque no repudiaba lo que había dicho, se disculpaba porque sus palabras habían "dado lugar a una señal involuntaria de desánimo para las chicas y mujeres con talento".³² Sin embargo, esto no apaciguó a sus críticos. Fue objeto de duras críticas en una reunión de la Facultad de Artes y Ciencias.³³ profesores de Harvard emitieron un voto de censura, que fue

aprobado por 218 votos contra 185.³⁴ El profesor Summers renunció al cargo de presidente de Harvard a principios del año siguiente.³⁵

Hay una serie de lecciones que aprender de este caso. La primera es una lección sobre el grado en que el dogma de que todas las diferencias de sexo son atribuibles a la socialización ha penetrado en las universidades (y quizás especialmente en las ciencias sociales). Es un dogma porque los puntos de vista alternativos se descartan de plano y las propuestas razonables para ponerlos a prueba son recibidas con indignación y no con una mentalidad abierta.

En segundo lugar, vemos lo intolerantes que son algunos construccionistas sociales. El punto de vista que el profesor Summers estaba planteando es el que goza del apoyo de un gran número de estudiosos muy respetables. No se trata de un punto de vista marginal y descabellado, aunque tampoco sea unánime. Responder con tanta vehemencia como muchos de ellos a su mención es alarmante.

En tercer lugar, también es indicativo de la insaciabilidad del apetito de la acción afirmativa, al que me he referido antes. Los comentarios del profesor Summers no fueron un intento de justificar que no se hiciera nada en relación con la proporción relativamente pequeña de mujeres en algunas zonas. De hecho, Harvard ya había tomado medidas para abordar esta cuestión y seguía haciéndolo. El problema es que, por mucho que se haga, muchos defensores de la acción afirmativa no están satisfechos a menos que los hombres y las mujeres estén representados por igual, es decir, en puestos deseables. Tratan el mero diferencial como evidencia de discriminación, pero no hacen tal inferencia cuando el diferencial favorece a las mujeres. En estos últimos casos, la misma sugerencia de que los hombres son víctimas de la discriminación es recibida con indignación, si no con hostilidad.

Argumentos consecuencialistas

Los argumentos consecuencialistas a favor de la acción afirmativa, como todos los argumentos consecuencialistas, son de carácter prospectivo y no retrospectivo. La acción afirmativa se justifica, según estos argumentos, por los buenos resultados que supuestamente produce. Muchos, pero no todos, de estos argumentos apelan al valor de la diversidad. Afirman que la mayor diversidad producida por la acción afirmativa es necesaria para alcanzar ciertos objetivos deseables. Así pues, la acción afirmativa es un medio para lograr una mayor diversidad, y se dice que la diversidad es un medio para uno o más de los bienes. Me referiré a los argumentos de este tipo como argumentos de diversidad y me centraré en aquellos que son más relevantes para la acción afirmativa basada en el sexo (y no en la raza).³⁶

El argumento de la diversidad de puntos de vista

El primer argumento de la diversidad sugiere que la diversidad de género es valiosa porque promueve una diversidad de puntos de vista. Esto, a su vez, es importante para la búsqueda de la verdad en aquellas instituciones como las universidades, donde la búsqueda de la verdad es crucial, o para una mayor creatividad o innovación en otras instituciones y en las empresas. La búsqueda de la versión de la verdad se basa en John Stuart Mill. En su famosa defensa de la libertad de expresión, argumentó que los que reprimen una opinión lo hacen en su detrimento. "Si la opinión es correcta", dijo, "se les priva de la oportunidad de intercambiar el error por la verdad: si se equivocan, pierden... la percepción más clara y la impresión más viva de la verdad, producida por su colisión con el error".³⁷ En otras palabras, la diversidad de opiniones facilita la búsqueda de la verdad. De manera similar, se puede ver cómo una mezcla de puntos de vista podría fomentar la creatividad y la innovación en organizaciones en las que estos objetivos son más centrales que la "búsqueda de la verdad", concebida en sentido estricto.

Si se acepta el argumento de la diversidad de puntos de vista, se aplicaría no sólo a las mujeres (y a los grupos raciales desfavorecidos), sino también a las opiniones políticas y religiosas. Entre el personal académico de las universidades (y especialmente en ciertas disciplinas), los conservadores políticos y los fundamentalistas religiosos, por ejemplo, están subrepresentados³⁸ y, por lo tanto, también deberían ser favorecidos, según el argumento de la diversidad de puntos de vista. También se aplicaría a los hombres en las profesiones en las que predominan las mujeres. Dado que los defensores de la acción afirmativa tienden a no apoyar las preferencias por tales grupos, es cuestionable que su defensa de la acción afirmativa se base realmente en esta versión del argumento de la diversidad. Sin embargo, podrían (aunque no lo hagan) morder el anzuelo y extender el argumento a puntos de vista religiosos y políticos.

Si el argumento de la "búsqueda de la verdad" se salva de esta manera, sigue siendo cuestionable si hace el tipo de trabajo que los defensores de la acción afirmativa creen que hace. Por ejemplo, la diversidad no es proporcionalidad,³⁹ como piensan erróneamente muchos defensores de la acción afirmativa. Así, en la medida en que las mujeres tienen opiniones diferentes a las de los hombres, el argumento de la diversidad de puntos de vista sólo requiere que haya algunas mujeres en cada uno de los diversos sectores. No es necesario que el número de mujeres sea proporcional a su participación en la población total. Dado que ya hay un número significativo de mujeres en todos o casi todos los sectores en los que las feministas sugieren que es necesaria la acción afirmativa basada en el sexo, la acción afirmativa no puede justificarse sobre esta base. El objetivo que justifica ya se ha cumplido. Esto sugiere que el argumento de la "diversidad de puntos de vista" no es la verdadera razón de su apoyo a la acción afirmativa. Su opción, entonces, es o bien aceptar las implicaciones del argumento de la diversidad o bien abandonarlo.

El argumento de la diversidad de puntos de vista supone que la acción afirmativa basada en el sexo fomentaría una diversidad de opiniones. Es fácil de entender, dadas las diferentes experiencias de hombres y mujeres, cómo la presencia de ambos sexos puede aumentar la diversidad de puntos de vista en áreas de investigación como la psicología y la sociología. Sin embargo, está mucho menos claro cómo el hecho de tener tanto hombres como mujeres aumenta la diversidad de *opiniones* en aquellas áreas, como las matemáticas y la física, en las que es poco probable que las diferentes experiencias de cada sexo influyan en la materia. Sin embargo, los defensores de la acción afirmativa basada en el sexo quieren que se emplee en todas las disciplinas y sectores de empleo (donde las mujeres, pero no los hombres, están infrarrepresentados).

El argumento del modelo a imitar

Un segundo argumento de diversidad para la acción afirmativa es que la contratación (y la promoción) de mujeres proporciona a otras mujeres y niñas modelos a seguir, lo cual se dice que es necesario para animar a otras mujeres a entrar en una determinada área de estudio y trabajo.

Es difícil negar que un modelo a seguir puede ser ventajoso. La cuestión es si el argumento del modelo de conducta es lo suficientemente fuerte como para defender la acción afirmativa. Dicho de otro modo, la cuestión es si el beneficio de los modelos de conducta es lo suficientemente grande como para justificar una desviación de una política de igualdad de oportunidades más ciega con respecto al sexo.

Una respuesta común al argumento del "modelo a seguir" se basa en la observación que hice antes de que las mujeres no están en desventaja en la forma en que, por ejemplo, lo están los negros en América y Sudáfrica. Las mujeres (a menos que también sean miembros de esos grupos desfavorecidos) tienen privilegios sociales y educativos. No está claro que este tipo de personas realmente necesiten modelos a seguir para tener éxito. Ha habido otros grupos que han entrado por primera vez en la educación terciaria y en otros sectores (al menos por primera vez en una nueva sociedad si son inmigrantes). Cuando estos grupos no han sido privados de una educación decente

en los niveles primario y secundario, han tenido éxito y han prosperado en la universidad y más allá sin tener modelos a seguir. Por ejemplo, la primera generación de judíos que ingresó a universidades en Estados Unidos que a menudo tenían cuotas que limitaban su número tuvo éxito sin (muchos) modelos a seguir entre los profesores.⁴⁰

A menos que también sean miembros de un grupo racial o étnico particularmente desfavorecido, las mujeres no están más desfavorecidas, y a menudo mucho menos desfavorecidas, que los grupos étnicos que han entrado con éxito en el mundo académico, las profesiones, los negocios y la industria. El argumento del "modelo a imitar" es, por lo tanto, considerablemente más débil en la defensa de la acción afirmativa para las mujeres que en la defensa de la acción afirmativa para los negros.⁴¹

Además, no está claro que el argumento del modelo de conducta requiera que el número de mujeres en un sector de empleo determinado sea proporcional a su número en la población. Las niñas no tienen que ver que la mitad de todos los ingenieros son mujeres para tener modelos a seguir. Basta con que haya unas pocas ingenieras exitosas. Dado que ya existen algunos de estos modelos, es difícil ver cómo se puede justificar la acción afirmativa sobre la base del argumento del modelo a imitar.

Si la respuesta es que, contrariamente a lo que acabo de decir, se necesitan al menos muchas más mujeres en las profesiones en las que están infrarrepresentadas, entonces el argumento se aplicaría también a las profesiones y sectores de empleo en los que los hombres están infrarrepresentados. Justificaría la acción afirmativa para los varones en la enseñanza preescolar, en la enfermería y en los servicios de secretaría.

Una respuesta común a esta sugerencia es que existe una diferencia crucial entre la subrepresentación masculina en estas áreas y la subrepresentación femenina en otras áreas.⁴² La supuesta diferencia es que mientras que los prejuicios prevalecientes hacen que las mujeres sean incapaces de ser matemáticas o científicas, a los hombres no se les enseña que son incapaces de convertirse en maestros o enfermeros de preescolar. En cambio, se les enseña que ese trabajo es indigno de ellos y que sólo es adecuado para las mujeres.

Esta respuesta no es convincente. Una vez se pensó que las mujeres eran incapaces de (o no aptas para) entrar en las profesiones, pero es extremadamente inverosímil pensar que este sigue siendo el caso en las sociedades libres. De hecho, la matriculación de las mujeres en las facultades de medicina, por ejemplo, supera ahora a la de los hombres en varios países. Tal vez se dirá que mientras que a las mujeres ya no se las considera incapaces de convertirse en doctoras, se las considera incapaces de convertirse en ingenieras. Sin embargo, es mucho más probable que quienes defienden el argumento de que las mujeres son percibidas como incapaces se aferren a esa hipótesis hasta que las mujeres elijan una profesión determinada en números comparables o superiores a los de los hombres. Hacer esto es cometer el error de tratar la infrarrepresentación de las mujeres en una profesión determinada como prueba del prejuicio. Existen posibles explicaciones alternativas, incluida la opinión de que las mujeres prefieren algunas profesiones a otras. Puede haber razones sociales complicadas por las que las mujeres tienen esas preferencias, pero eso es diferente de afirmar que las mujeres son percibidas como incapaces. Parece que hay suficientes mujeres ingenieras, por ejemplo, para refutar la sugerencia de que las mujeres son percibidas como incapaces de acceder a esa profesión.

¿Qué hay de la sugerencia de que a los hombres se les enseña que las profesiones en las que entran en cantidades desproporcionadamente pequeñas están por debajo de ellos? Si ese es el mensaje que se transmite a los niños y a los hombres, perjudica injustamente a ciertos hombres. Algunas personas pueden preferir ser enfermeras que doctores. De aquellos que preferirían ser médicos, esa opción podría no estar abierta a todos ellos. Algunos pueden carecer de las

calificaciones académicas necesarias para ser admitidos en la escuela de medicina, o pueden carecer de los recursos para pagar por la larga educación que se requiere para ser médicos. Para estas personas, convertirse en enfermero puede ser un avance social. En la medida en que los roles de género disuaden a los hombres de ejercer tales profesiones, es muy posible que se encuentren en aquellos trabajos a menudo peligrosos (como la minería, la construcción y la tala de árboles) en los que los hombres han predominado históricamente. Esto puede ser una desventaja para ellos.

Para aclarar una vez más, no recomiendo que se introduzcan políticas de acción afirmativa para los hombres en profesiones en las que están infrarrepresentados. En cambio, estoy mostrando que quienes defienden la acción afirmativa para las mujeres sobre la base del argumento del modelo de conducta deberían comprometerse con la acción afirmativa para los hombres en ciertos contextos. Sin embargo, muchos de ellos (pero no todos) rechazan la acción afirmativa para los hombres. Creo que tienen buenas razones para rechazarlo, pero estas mismas razones también se aplican a la acción afirmativa para las mujeres.

El argumento de la legítima preferencia sexual

Según este tercer argumento, la gente a veces tiene una preferencia legítima de que una persona de un sexo en particular realice un trabajo específico. Por lo tanto, si no hay suficientes mujeres en esa línea de trabajo, las mujeres pueden ser favorecidas. Por ejemplo, se podría argumentar que algunas mujeres tienen una preferencia legítima por una ginecóloga y, por lo tanto, si hay escasez de ginecólogas, los programas de capacitación ginecológica pueden favorecer a las candidatas en las decisiones de admisión. De manera similar, las prácticas ginecológicas con muy pocas mujeres practicantes pueden favorecer a las candidatas en sus decisiones de contratación.

No voy a explicar aquí por qué creo que la preferencia de una mujer por una ginecóloga (heterosexual) es razonable.⁴³ En el supuesto de que así sea, una política que favorezca el nombramiento de ginecólogas no es irrazonable. Sin embargo, hay por lo menos dos cosas a tener en cuenta sobre el argumento de la preferencia legítima por el sexo.

Primero, al igual que los otros, también apoya el favorecer a los hombres bajo ciertas circunstancias. Algunos hombres pueden preferir enfermeros (heterosexuales), por ejemplo. En segundo lugar, el argumento tiene una aplicación limitada. Podría aplicarse a los médicos, enfermeras, guardias de prisiones, los responsables de los registros físicos en los controles de seguridad, etc. Además, muchos de los trabajos o profesiones en los que las mujeres están menos representadas son también aquellos a los que no se aplica la preferencia legítima por el sexo. Por ejemplo, no puede aplicarse a la formación o contratación de ingenieros, pilotos o matemáticos. Esto se debe a que la preferencia por un ingeniero, piloto o matemático de un sexo en particular no es legítima de la misma manera que la preferencia por un mismo sexo en los otros casos.

El argumento ideal

Ronald Dworkin discierne dos sentidos en los que se puede decir que una sociedad está "mejor" como resultado de la acción afirmativa. El primero es utilitario. Los tres argumentos de la diversidad que acabo de considerar son argumentos de que la acción afirmativa mejora la situación de la sociedad en este sentido. El segundo sentido es el que se puede decir que una sociedad está "mejor" es en lo que el profesor Dworkin llama el sentido "ideal". Una sociedad está mejor en un sentido ideal si es "más justa, o de alguna otra manera más cercana a una sociedad ideal".⁴⁴

La pregunta obvia que surge, sin embargo, es si la acción afirmativa produce efectivamente una sociedad que es más justa o que se acerca a un ideal. Los que piensan que sí argumentan que si no hubiera habido roles de género poderosos, el perfil de género de las diversas profesiones sería muy diferente. La suposición, entonces, es que si la acción afirmativa es la manera más efectiva de lograr

el perfil de género que habría existido en ausencia de la injusticia, es una manera efectiva de hacer una sociedad más justa.

Un problema para este punto de vista es que no sabemos qué perfil de género habría existido en un trabajo dado en ausencia de la injusticia. Incluso en ausencia de discriminación injusta, no podemos esperar que ambos sexos estén representados proporcionalmente en todas las profesiones, oficios y actividades. Los defensores de la acción afirmativa basada en el sexo pueden tener dificultades para ver esto y pueden asumir que la representación desigual es siempre la consecuencia de la discriminación. Deberían tener en cuenta que otros grupos suelen tener una prevalencia desproporcionada, sin que ello sea consecuencia de la discriminación. Por ejemplo, había un número desproporcionadamente grande de judíos en la Universidad de Viena a finales del siglo XIX y principios del XX, a pesar de la discriminación contra ellos.⁴⁵ A principios del siglo XX, Parsees poseía un número desproporcionado de títulos universitarios, especialmente en ciencias e ingeniería.⁴⁶ En la Iglesia Católica de los Estados Unidos, muchos sacerdotes y obispos eran irlandeses y pocos italianos.⁴⁷ En la Unión Soviética había un número desproporcionadamente grande de médicas.⁴⁸ Más recientemente, los inmigrantes camboyanos dirigían el 80% de las tiendas de donuts en California,⁴⁹ y un número desproporcionadamente grande de residentes nacidos en África en los Estados Unidos, en comparación con cualquier otro inmigrante o ciudadano estadounidense, tienen títulos de doctorado.⁵⁰ La mayoría de los jugadores de hockey canadienses disparan con la mano izquierda, pero al sur de la frontera, en los Estados Unidos, la mayoría de los jugadores de hockey disparan con la mano derecha.⁵¹

Si las distribuciones desiguales son posibles en ausencia de discriminación en el caso de estos grupos étnicos y nacionales, también podría ser cierto en el caso de los sexos. No sabemos qué parte de la proporción diferencial es atribuible a la discriminación. Sin embargo, incluso si lo supiéramos, hay un problema con la suposición de que acercarse al perfil de género que se habría obtenido en ausencia de la discriminación hace que una sociedad sea más justa o se acerque más a una sociedad ideal. Aunque la ausencia de ese perfil de género es consecuencia de la discriminación, no se deduce que el uso de cualquier medio para alcanzar ese perfil haga que la sociedad sea más justa. Algunas formas de lograr ese perfil simplemente enyesarían la injusticia y crearían una mera apariencia de rectificación. Este sería el caso si al hacer los perfiles de género correctos se requiriera seleccionar a mujeres que no habrían sido seleccionadas en ausencia de la preferencia y no seleccionar a hombres que habrían sido seleccionados en ausencia de la preferencia por las mujeres - y viceversa. La acción afirmativa es un mecanismo muy pobre para hacer que una sociedad sea más justa, incluso si resulta que es bueno para hacer que una sociedad parezca más justa a aquellos que confunden determinados perfiles sexuales con la justicia. Estas personas necesitan mirar más allá de las apariencias para ver la realidad.

Conclusión

Excepto en su forma de igualdad de oportunidades, la acción afirmativa implica una preferencia por las personas de un sexo. No sólo los opositores, sino también muchos defensores de esa acción afirmativa, están de acuerdo en que existe una presunción moral en contra de esa preferencia en las decisiones sobre admisiones, nombramientos y ascensos (excepto en los raros casos de preferencia sexual legítima a los que me he referido antes). Sólo están divididos sobre la cuestión de si esa presunción es derrotada por otras consideraciones en el caso de la acción afirmativa. El hecho de que muchos defensores de la acción afirmativa estén de acuerdo en que existe una presunción en contra de favorecer a personas de un sexo se ve confirmado por el hecho de que creen que debería implementarse sólo como medida provisional hasta que el problema que se pretende abordar se haya resuelto o se haya aliviado suficientemente. He argumentado que ninguno de los argumentos a favor de la acción afirmativa preferencial tiene éxito. De ello se deduce que ninguna de ellas puede derrotar una presunción en contra de la preferencia de género.

Puede haber algunos defensores de la acción afirmativa que nieguen que exista incluso una presunción en contra de la preferencia por las mujeres que está involucrada en la mayoría de las formas de acción afirmativa. Algunos defensores de la acción afirmativa niegan que se trate de "discriminación inversa", "sexismo inverso" o, para usar mi frase, "segundo sexismo". Esto se debe a que, a diferencia de la discriminación contra la mujer, que se basa en la opinión de que las mujeres son inferiores, la acción afirmativa no implica ningún desprecio por los hombres y, por lo tanto, no es presuntamente errónea.

Este argumento es erróneo, incluso si concedemos que la acción afirmativa no incluye suposiciones negativas sobre los hombres. Los defensores de la acción afirmativa seguramente se opondrán a la discriminación contra la mujer, aun cuando esa discriminación no se derive de la creencia en la inferioridad de la mujer. Aunque la creencia en la inferioridad de aquellos contra quienes se discrimina bien puede exacerbar el sexismo, el error básico del sexismo radica en el maltrato discriminatorio.

Debido a que la acción afirmativa basada en el sexo es una discriminación sexista, mi rechazo de la misma es continuo con mi rechazo al sexismo y al segundo sexismo. Los hombres y las mujeres pueden tener diferencias promedio, pero éstas no justifican la discriminación a favor o en contra de miembros individuales de ambos sexos. Por ejemplo, las mujeres son, en promedio, más cortas y ligeras que los hombres. Sin embargo, no podemos, como consecuencia, utilizar el sexo de una persona como un indicador aproximado de estos atributos cuando designamos a personas para puestos que requieren mayor altura y peso. Hacerlo sería injusto para las mujeres que tienen los atributos pertinentes, y sería contraproducente contratar a los hombres que carecen de ellos y que, por lo tanto, son menos capaces de realizar las tareas.⁵² Pero el mismo razonamiento se extiende a la acción afirmativa. Puede haber menos mujeres en un determinado tipo de trabajo. No se deduce de ello que podamos utilizar el sexo de una mujer solicitante como sustituto del atributo "víctima de discriminación" y, por lo tanto, favorecerla a través de la acción afirmativa.

Si bien las diferencias medias entre los sexos no justifican un trato discriminatorio, sí son pertinentes, porque no deben llevarnos a suponer que los hombres y las mujeres se encontrarán en igual número en las filas de todas las profesiones y entre los desertores escolares, los delincuentes y los reclusos, por ejemplo.

Hay razones complicadas por las que los miembros de cada sexo se inclinan por determinados trabajos y ciertos sectores de la sociedad. Aun cuando los roles de género juegan un papel en esto, la acción afirmativa es una estrategia problemática. Los nombramientos no son regalos para el beneficio de los que los reciben (aunque los que son nombrados a menudo se benefician). Nombramos a personas para que hagan un trabajo - de hecho, el mejor trabajo posible. Para ello tenemos que elegir a las mejores personas posibles para cada trabajo en particular. Aunque es menos probable que nombremos a la mejor persona posible si el grupo de candidatos a partir del cual estamos haciendo el nombramiento está indebidamente limitado, no compensamos esa limitación dando más peso al sexo de esas personas dentro del grupo. En otras palabras, no hay ningún problema, como he indicado antes, con lo que he llamado la acción afirmativa de igualdad de oportunidades, que simplemente pretende eliminar los obstáculos a la igualdad de oportunidades. Esta acción afirmativa podría, en efecto, ampliar el grupo de solicitantes. Sin embargo, una vez que tenemos un grupo de solicitantes, no aumentamos la probabilidad de nombrar a la mejor persona, dando peso al sexo de algunas personas, ya sean hombres o mujeres. Esto se debe a que dar peso al sexo debe significar dar relativamente menos peso a otros atributos relevantes.

Los defensores de la acción afirmativa basada en el sexo a menudo asumen que cuando las mujeres están infrarrepresentadas en puestos deseables, esto es producto de la discriminación. No hacen tal suposición cuando las mujeres están subrepresentadas en puestos no deseados. Además, si bien proponen políticas preferenciales para abordar la subrepresentación de las mujeres en puestos

deseables, por lo general no hacen propuestas de ese tipo para reducir la proporción de hombres en puestos no deseables. Estas asimetrías son curiosas y sugieren que muchos defensores de la acción afirmativa basada en el sexo no están tan interesados en la igualdad como lo están en promover la posición de la mujer. A veces hay una feliz coincidencia entre los dos, pero es cuando se separan cuando se expone el principio rector. En cualquier caso, si bien la acción afirmativa en materia de igualdad de oportunidades puede promover la igualdad, las formas de acción afirmativa que dan preferencia a algunas personas por razón de su sexo no lo hacen, incluso cuando hay que superar una discriminación real.

Notas

- 1 Incluso si las mujeres no tienen el mismo grado de preferencia en todas las políticas de acción afirmativa, sí lo tienen en algunas de ellas.
- 2 He discutido la acción afirmativa basada en la raza en David Benatar, "Justice, diversity and racial preference: a critique of affirmative action" (Justicia, diversidad y preferencia racial: una crítica de la acción afirmativa), *South African Law Journal*, 125(2), 2008, pp. 274-306.
- 3 Aunque puede haber algún desacuerdo, también hay un límite para el desacuerdo razonable sobre cuáles son los criterios.
- 4 Women and Work Commission, "Shaping a Fairer Future", Londres: UK Commission for Employment and Skills, 2006, p. 4.
- 5 La acción afirmativa de igualdad de oportunidades descartaría la posibilidad de favorecer a los hijos de los ex-alumnos en las decisiones de admisión. Curiosamente, algunos defensores de la polémica forma de acción afirmativa -lo que yo llamaría acción afirmativa preferencial- señalan que los hijos de los ex-alumnos gozan de mayor preferencia que los beneficiarios de la acción afirmativa preferencial. (Ver Deborah L. Rhode, *Hablando de sexo: The Denial of Gender Inequality*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997, p. 166.) Sin embargo, la práctica de favorecer a los hijos de los antiguos alumnos no es un axioma que justifique la preferencia por otros grupos. En cambio, es una forma de preferencia que debe ser eliminada.
- 6 Lo mismo ocurre, *mutatis mutandis*, en muchos casos de acción afirmativa basada en la raza.
- 7 Rara vez se observa que los ambientes estereotipados masculinos, así como las horas inflexibles, también pueden ser hostiles para algunos (aunque no tantos) hombres.
- 8 Kingsley Browne, "Sex and temperament in modern society: a Darwinian view of the glass ceiling and the gender gap" (Sexo y temperamento en la sociedad moderna: una visión darwiniana del techo de cristal y la brecha de género), *Arizona Law Review*, 37(4), invierno de 1995, pp. 971-1106, en pp. 1017-1028.
- 9 *Ibidem*, págs. 1028 a 1033.
- 10 *Ibidem*, págs. 1033 a 1037.
- 11 *Ibidem*, pág. 984.
- 12 Para más información sobre el poder político y la insaciabilidad de estas personas, véase la siguiente sección, "Lecciones de la 'Escuela de verano'".
- 13 En una época, los salarios de hombres y mujeres que desempeñaban el mismo trabajo eran explícitamente diferentes: los de las mujeres eran más bajos que los de los hombres. Este ya no es el caso, al menos en el mundo desarrollado.

- 14 En el Reino Unido, las mujeres solteras "ganan tanto como los hombres solteros" y "las mujeres de mediana edad que permanecen solteras ganan más que los hombres solteros de mediana edad". (J.R. Shackleton, *¿Debemos tener cuidado con la brecha? Gender Pay Differentials and Public Policy*, Londres: Institute of Economic Affairs, 2008, págs. 29-30.)
- 15 Ibídem, especialmente págs. 45-66.
- 16 Carl Hoffmann y John Reed, "When is imbalance not discrimination", en W.E. Block y M.A. Walker (eds.), *Discrimination, Affirmative Action, and Equal Opportunity: An Economic and Social Perspective*, Vancouver: El Instituto Fraser, 1982.
- 17 Ibídem, pág. 193.
- 18 Ibídem.
- 19 Ibídem, pág. 198.
- 20 A.D. Irvine, "Jack y Jill y la equidad en el empleo", *Dialogue*, 35(2), 1996, pp. 255-291.
- 21 Ibídem, pág. 259. El autor afirma que durante "el tiempo en que se contrató por primera vez a los profesores de hoy en día, se estima que el porcentaje de candidatas que eran mujeres era del 8,6%". Al mismo tiempo, el porcentaje de mujeres beneficiarias de un empleo era de sólo el 7,6%.
- 22 Ibídem, pág. 260.
- 23 Ibídem.
- 24 Steven Pinker hace el mismo comentario. Ver *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*, Nueva York: Penguin Books, 2002, p. 355.
- 25 Digo "en general" porque hay excepciones. Para una discusión al respecto, véase la sección siguiente sobre el argumento de la "preferencia legítima por el sexo".
- 26 Las pocas excepciones posibles a esto se discuten en la discusión del argumento de la "preferencia legítima por el sexo" a continuación.
- 27 Lawrence H. Summers, "Observaciones en la conferencia de NBER sobre la diversificación de la fuerza de trabajo en ciencia e ingeniería", 14 de enero de 2005. La transcripción del discurso está disponible en http://www.president.harvard.edu/speeches/summers_2005/nber.php (consultado el 15 de febrero de 2010).
- 28 Lisa Wogan, "Summersgate", *Ms*, Summer 2005, pp. 57-59, at p. 57.
- 29 Sam Dillon y Sara Rimer, "No Break in the Storm over Harvard President's Words", *New York Times*, 19 de enero de 2005.
- 30 Ibídem; mi énfasis.
- 31 Sara Rimer y Patrick D. Healy, "Furor Lingers as Harvard Chief Gives Details of Talk on Women", *New York Times*, 18 de febrero de 2005.
- 32 Lawrence H. Summers, "Letter from President Summers on women and science", 19 de enero de 2005. En línea en http://www.harvard.edu/president/speeches/summers_2005/womensci.php (consultado el 30 de agosto de 2011).

- 33 Sara Rimer, "Professors at Harvard Confront Its President", *New York Times*, 16 de febrero de 2005.
- 34 Alan Finder, Patrick D. Healy y Kate Zernike, "President of Harvard Resigns, Ending Stormy 5-Year Tenure", *New York Times*, 22 de febrero de 2006. El profesor Summers había tenido enfrentamientos previos con algunos miembros de la facultad de Harvard y es probable que esos temas anteriores también hayan sido tenidos en cuenta en la votación de censura. Sin embargo, sus comentarios sobre las mujeres en la ciencia y la ingeniería desempeñaron un papel muy importante.
- 35 Ibídem.
- 36 Mi discusión sobre los argumentos de la diversidad se basa en mi "Diversity limited", en Laurence M. Thomas (ed.), *Contemporary Debates in Social Philosophy*, Oxford: Wiley-Blackwell, 2008, págs. 212-225.
- 37 John Stuart Mill, *On Liberty*, en *On Liberty and Other Essays*, eds. J. Gray, Oxford: Oxford University Press, 1991, pág. 21.
- 38 Véase, por ejemplo, Stanley Rothman, S. Robert Lichter y Neil Nevitte, "Politics and professional advancement among college faculty", *The Forum*, 3(1), 2005, en línea en <http://www.bepress.com/forum/vol3/iss1/art2/>; John F. Zipp y Rudy Fenwick, "Is the academy a liberal hegemony". *Public Opinion Quarterly*, 70(3), otoño de 2006, págs. 304-326.
- 39 David Wasserman, "Diversity and stereotyping", *Informe del Instituto de Filosofía y Políticas Públicas*, 17(1/2), Invierno/Primavera 1997, pp. 32-36, en p. 32.
- 40 Lewis S. Feuer, "The stages of the social history of Jewish professors in American Colleges and Universities", *American Jewish History*, 71(4), junio de 1982, p. 432. Este autor, citando fuentes anteriores, dice que "a mediados de los años veinte, probablemente todavía había menos de cien judíos entre los profesores de colegios y universidades de las facultades de artes liberales y ciencias de Estados Unidos... En abril de 1930, la institución que contaba con el mayor cuerpo estudiantil judío del mundo no tenía ni un solo profesor judío". Esa institución era el Washington Square College de la Universidad de Nueva York, donde el 93% de los estudiantes eran judíos (p. 455).
- 41 El argumento del modelo a seguir para preferir a los "negros" fracasa por razones más complejas.
- 42 Véase, por ejemplo, Kenneth Clatterbaugh, "Benatar's alleged second sexism", *Social Theory and Practice*, 29(2), abril de 2003, p. 218.
- 43 El argumento está implícito en mi discusión, en el capítulo 4, de si es peor ser visto desnudo por miembros (no íntimos) del sexo opuesto que por personas del mismo sexo. Al sugerir que es razonable que una mujer tenga preferencia por una ginecóloga (heterosexual), no estoy sugiriendo que no tener preferencia por el sexo de su ginecólogo no sea razonable. Eso también podría ser razonable.
- 44 Ronald Dworkin, *Taking Rights Seriously*, Londres: Duckworth, 1987, pág. 232.
- 45 En 1910, por ejemplo, los judíos constituían el 8,6% de la población vienesa, pero representaban entre el 39,2% y el 43,9% de los académicos de la Universidad de Viena. Sin embargo, los judíos estaban más representados en algunas facultades que en otras. En la facultad de medicina, por ejemplo, representaban entre el 51,2% y el 59,4% de los académicos. En la facultad de filosofía, representaban "sólo" el 21,6% de los académicos. (Steven Beller, *Vienna y los judíos: 1867-1938*, Cambridge: Cambridge University Press,

- 1989, pp. 36, 44.) Los defensores del punto de vista de la proporcionalidad tendrían que insistir en que los judíos deberían haber estado representados proporcionalmente en cada una de las facultades pertinentes.
- 46 Según el Censo Indio de 1920/1921 y 1921/1922, los Parsis constituían sólo el 0,03% de la población india, pero poseían el 6,8% de los títulos de ingeniería, el 4,7% de los títulos en medicina y el 1,7% de los títulos en ciencias. (Robert E. Kennedy, Jr., "The Protestant ethic and the Parsis", *American Journal of Sociology*, 68(1), julio de 1962, p. 19.)
 - 47 Nathan Glazer y Daniel Patrick Moynihan, *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City*, 2nd edn, Cambridge, MA: MIT Press, 1970, pp. 204-205.
 - 48 En 1973, por ejemplo, el 70% de todos los médicos eran mujeres. Véase Maria D. Piradova, "The role of women in the public health care system in the USSR", en *Proceedings of the International Conference on Women in Health*, Washington, DC: Department of Health, Education, and Welfare, 1975, p. 23.
 - 49 Jonathan Kaufman, "How Cambodians Came to Control California Doughnuts", *Wall Street Journal*, 22 de febrero de 1995, p. A1. ¿Sería una California más justa en la que los inmigrantes de Corea, México o Europa estuvieran más equitativamente representados entre los propietarios de tiendas de donas? Aunque seguí este ejemplo hasta su fuente, me enteré de él por primera vez en *Bárbaros dentro de las puertas* de Thomas Sowell, Stanford: Hoover Institution Press, 1999, p. 168.
 - 50 "Los residentes estadounidenses nacidos en África son el grupo más altamente educado de la sociedad estadounidense", *Journal of Blacks in Higher Education*, 13, otoño de 1996, págs. 33-34; "Los inmigrantes africanos en Estados Unidos son el grupo más altamente educado de la nación", *Journal of Blacks in Higher Education*, 26, invierno de 1999/2000, págs. 60-61.
 - 51 Jeff Z. Klein, "It's Not Political, but More Canadians Are Lefties", *New York Times*, 16 de febrero de 2010.
 - 52 A veces la discriminación sexista excluye a un solo sexo, mientras que sigue imponiendo requisitos de cualificación a los miembros del otro sexo. Sin embargo, en algunos casos, estos requisitos de cualificación son muy bajos. Así, en el reclutamiento de varones, por ejemplo, la carga de la prueba recae en los varones (de la edad prevista) para demostrar que no cumplen los requisitos mínimos, y no en el Estado para demostrar que sí los cumplen.

Capítulo VII

Conclusión

[Mi padre] y mi madre insistían en que, como hombre de familia, yo era responsable de mis hermanas, aunque mis cuatro hermanos eran mis iguales en todos los aspectos. Me dieron el deber sin el privilegio; por el contrario, sentí que mis hermanas tenían mucha más consideración y no acepté la carga de la responsabilidad ni estuve de acuerdo con ella en principio. Sentí que mi padre a menudo favorecía a mis hermanas sobre mí como un acto de caballerosidad.

Edward Said, *Out of Place*, Nueva York: Alfred Knopf, 2000, p. 273.

He argumentado que los hombres son las víctimas de un segundo sexismo - una forma de sexismo no reconocida (o. al menos, subreconocida) y descuidada. En este último capítulo, me referiré a tres preguntas que surgen al menos en la mente de algunas personas. La primera es si el feminismo discrimina a los hombres. Mi respuesta es que no es necesario, pero a veces sí lo es. La segunda pregunta se refiere a si los hombres y las mujeres están en peor situación económica. Mi respuesta es que las mujeres han sido y siguen siendo discriminadas más que los hombres en muchos lugares, pero no en todos. La última pregunta se refiere a lo que debemos hacer con respecto al segundo sexismo. Sugiero que nos lo tomemos en serio, y doy algunas indicaciones sobre lo que podríamos hacer para oponernos a ello.

¿El feminismo discrimina a los hombres?

A veces la cuestión de si los hombres son víctimas de discriminación injusta se confunde con otra cuestión: si el feminismo discrimina (injustamente) a los hombres.¹ Estas son preguntas distintas. Muchos ejemplos del segundo sexismo son anteriores al advenimiento del feminismo y, por lo tanto, el feminismo no puede ser responsable de ellos. Para quienes reconocen esto, la cuestión de si el feminismo discrimina injustamente a los hombres es una cuestión de si el feminismo contribuye algo más al segundo sexismo.

Parte de la respuesta a esta pregunta depende del tipo de feminismo que se tenga en mente. En el capítulo 1, distinguí entre feministas igualitarias y feministas partidistas. Las primeras buscan la igualdad de los sexos, mientras que las segundas buscan el avance de los intereses de las mujeres (independientemente de si eso fomenta la igualdad). El feminismo partidista implica cierta injusticia para los hombres. Dado que su objetivo es la promoción de los intereses de la mujer, independientemente de que ello promueva o comprometa la igualdad, a veces fomentará los intereses de la mujer, incluso cuando ello sea injusto para el hombre. Por el contrario, no hay nada en el feminismo igualitario que lo comprometa con la injusticia hacia los hombres. El feminismo igualitario puede requerir a veces la disminución de la posición relativa de los hombres, pero eso no es injusto si la desigualdad que está corrigiendo es el resultado de una discriminación injusta. Las feministas igualitarias también estarían dispuestas a disminuir la posición relativa de las mujeres cuando sea necesario para promover la igualdad. (Por ejemplo, eliminarían la prohibición de reclutar mujeres, al menos cuando se justifique el reclutamiento de alguien.²)

Sin embargo, aunque el feminismo igualitario nunca apunta a la desigualdad, a veces puede deslizarse en ella. Por ejemplo, al intentar corregir una ventaja masculina injusta, puede ser demasiado efectiva. Considere, por ejemplo, el caso de la custodia de los hijos. Como vimos

anteriormente, una vez los niños fueron otorgados automáticamente al padre en caso de divorcio. Esto es, sin duda, injustamente discriminatorio contra las madres y necesita ser corregido. Las feministas se ocuparon con razón de ese asunto. Sin embargo, el problema se ha corregido en exceso. Aunque la custodia no siempre se otorga a la madre, vimos que las madres tienen ahora muchas más probabilidades de obtener la custodia incluso cuando se controlan otras variables. Por lo tanto, las decisiones sobre la custodia de los hijos son ahora discriminatorias contra los hombres.

Otro ejemplo es el acoso sexual. Anteriormente, las mujeres no tenían suficiente protección contra los comentarios sexuales no deseados y los avances de los hombres. El feminismo buscó con razón una solución a esto. Aunque el problema persiste de alguna manera, también es cierto que en algunos sectores existe ahora una hipersensibilidad sobre estas cuestiones. Los hombres se han vuelto muy vulnerables a las acusaciones de acoso sexual. No importa cuán frívola o infundada pueda ser tal acusación, un hombre puede ser seriamente dañado por ella. El reto es encontrar el equilibrio adecuado, pero no es fácil. Las víctimas de acoso sexual genuino deben ser tomadas en serio y recibir protección. Pero las víctimas de acusaciones falsas de acoso sexual también necesitan protección contra acusadores maliciosos, oportunistas y delirantes, aunque no haya muchos de ellos.³ También cabe señalar que, por las razones explicadas anteriormente, las mujeres no son igualmente vulnerables a las acusaciones de acoso sexual. Los hombres que se quejan de acoso sexual, especialmente el acoso por parte de las mujeres, es poco probable que se les tome tan en serio y esto llevará a los hombres a formular tales acusaciones con menos frecuencia.

El feminismo también ha tenido mucho más éxito en romper el rol de género femenino que el masculino. Por lo tanto, mientras que muchas de las ventajas de ser varón se han perdido, las desventajas persisten. La respuesta a esto no es dar marcha atrás y recuperar las ventajas injustas, sino más bien terminar el trabajo centrándose más en las desventajas masculinas injustas.

Algunas personas niegan que haya habido mayor éxito en la desintegración del papel de la mujer que el del hombre. Sin embargo, hay muchas pruebas de que esto es exactamente lo que ha ocurrido. Considere, por ejemplo, las diferentes actitudes hacia los "tomboys" (niñas que tienen disposiciones tradicionalmente masculinas) y los "sissies" (niños con caracteres supuestamente femeninos). Los primeros no fueron durante mucho tiempo tan despreciados como los segundos. Algunos han afirmado que el término "marimacho" ya no tiene sentido, dado lo mucho que se han ampliado los papeles de las niñas.⁴ Independientemente de si eso es cierto o no, es cierto que muchas de las actividades que antes se llamaban marimachos, como llevar pantalones o hacer deporte, ya no lo son. Es probable que los niños que juegan con muñecas sean ridiculizados de una manera que las niñas que juegan con camiones no lo son. También es probable que se preocupen por sus padres de una manera en la que las niñas con sus camiones no lo hacen.

Otro ejemplo de cómo el papel de la mujer en el género se ha desglosado con más éxito es la medida en que las mujeres han ingresado en profesiones históricamente masculinas. El fenómeno de las mujeres doctoras y abogadas es hoy en día poco común, pero los enfermeros y los maestros de preescolar siguen siendo mucho más raros. Un autor ha sugerido que las restricciones de un rol de género no constituyen opresión⁵ a menos que las restricciones se impongan debido a la percepción de una falta de habilidades (lo que él cree que no es cierto en el caso de las restricciones a los hombres).⁶ Dice que mientras que a las mujeres jóvenes se les dice que no pueden ser doctoras, a los hombres jóvenes se les dice que, aunque podrían ser enfermeros, no serían dignos de ellos. Pero la evidencia del éxito real de hombres y mujeres en el acceso a profesiones tradicionalmente reservadas para el sexo opuesto sugiere que hoy en día, en las sociedades occidentales, las mujeres pueden llegar a ser médicas. Sólo los paranoicos pueden pensar de otra manera. Si bien es cierto que a los hombres no se les dice que no pueden ser enfermeros y que no se les oprime por ello, también lo es que algunos hombres están injustamente en desventaja (de manera que las mujeres no lo están) debido a las presiones sociales que militan en contra de que se conviertan en enfermeros.

El feminismo también ha producido una serie de situaciones de "catch-22" para los hombres. Considere lo que podríamos llamar el "lazo de la caballerosidad". Las feministas critican la práctica de que los hombres abran las puertas a las mujeres o dejen pasar a las mujeres primero.⁷ Incluso un hombre que, por cortesía, permite a menudo que otros, hombres o mujeres, pasen primero por la puerta, puede ser objeto de una reprimenda cuando la persona es una feminista que se ofende.⁸ Sin embargo, a veces también se reprende a los hombres por no dejar pasar primero a las mujeres por la puerta. Esto sucede cuando la mujer a la que precede el hombre es aquella que todavía espera los gestos caballerosos. Cuando cada tipo de mujer ofrece su reprimenda, no piensa en el otro tipo de mujer, y en el lazo en el que estos mensajes mezclados dejan a los hombres.

Otro problema radica en ciertos excesos. Por lo tanto, no es raro escuchar el tipo de comentarios insultantes, demoníacos o falsos acerca de los hombres que causarían indignación si se dijeran acerca de las mujeres. Mientras que algunos de estos comentarios son de menor importancia, otros se alimentan y son alimentados por una cultura de corrección política que protege el discurso de las mujeres sobre los hombres, pero que tiene un efecto silenciador en la dirección opuesta. Además, por lo general no se cuestionan los comentarios. Como resultado, los que los hacen rara vez tienen la oportunidad de ver cuán inapropiados o infundados son. Esto no es bueno para los hombres ni justo para ellos. Los siguientes son sólo algunos de los muchos ejemplos que se podrían citar.

En la sesión de preguntas y respuestas que siguió a una conferencia del equipo de marido y mujer, Nicholas Kristof y Sheryl Dunn-Wu, una atrevida joven prefacio a su pregunta diciendo que "detrás de cada hombre iluminado e inteligente hay una mujer aún más iluminada e inteligente". Ahora, por supuesto, no es un insulto ser llamado un "hombre inteligente e iluminado", pero es una especie de cumplido de revés cuando uno tiene estos atributos que se atribuyen implícitamente a su esposa. Las feministas se indignarían si se dijera o implicara lo contrario.

Se me ocurren dos respuestas que podrían ofrecer los defensores de este tipo de comentarios. En primer lugar, podrían decir que tales comentarios son realmente muy menores e intrascendentes y no son algo de lo que los hombres deban quejarse. Estoy de acuerdo, por supuesto, en que se trata de asuntos menores, pero entonces presumiblemente debería adoptarse la misma actitud con respecto a comentarios similares sobre las mujeres. Sin embargo, cuando los comentarios se refieren a las mujeres, suelen ser recibidos con indignación. En segundo lugar, los defensores del comentario podrían señalar que los hombres y las mujeres están situados de manera diferente. Las mujeres son las menos favorecidas y, por lo tanto, las burlas hacia ellas serían injustas de una manera que las burlas hacia los hombres no lo son. Pero esta respuesta también es problemática. Como argumentaré en la siguiente sección, realmente no está claro que las mujeres sean las menos favorecidas en lugares como los Estados Unidos, donde se hizo este comentario. E incluso si las mujeres lo son, realmente no es el caso que las mujeres como Sheryl Dunn-Wu lo sean. No puedo imaginar que mujeres como ella necesiten ese tipo de afirmación o que hombres como Nicholas Kristof merezcan el cumplido en su forma invertida.

Algunas personas objetarán que me he referido a un solo comentario estúpido. Sin embargo, este tipo de comentarios no son nada infrecuentes. Aquí hay otra:

Hay, entonces, un insulto, intencional o no, en el comportamiento galante, y las mujeres, reconociendo que son al menos iguales o superiores en la mayoría de los aspectos a la mayoría de los hombres, difícilmente pueden responder con gratitud.¹⁰

Aquí tenemos a una feminista que, aunque se opone al insulto implícito en que un hombre abra una puerta a una mujer, insulta explícitamente a los hombres.

Uno oye regularmente ese tipo de palabrería.¹¹ Puesto que son socialmente aceptables y los que se oponen no lo son, crean un cierto clima en el que se toleran las críticas irreflexivas a los hombres. Para que quede claro, no recomiendo limitaciones a la libertad de expresión. En su lugar,

hago un comentario sobre la ética de la palabra, sobre cómo se utilizan las libertades legalmente protegidas. Tampoco creo que las burlas jocosas violen rutinariamente la ética de la palabra. Sin embargo, en la medida en que son permisibles, lo son tanto si el blanco de la broma es el varón como la mujer. La injusticia para los hombres no es, pues, que estas bromas se hagan, sino que si la broma va en la dirección opuesta, la respuesta sea indignación.

Tampoco es el humor la única situación en la que las preocupaciones feministas se utilizan como garrote para vencer a los políticamente incorrectos. Antes vimos lo que le pasó al (ahora ex) presidente de la Universidad de Harvard, Lawrence Summers. Algunas feministas también reprenden a quienes utilizan el pronombre masculino cuando se refieren a personas de ambos sexos o de sexo indeterminado, aunque no está nada claro que la moralidad dicte el uso del pronombre femenino o una disyunción de los pronombres masculino y femenino.¹² También ha habido campañas feministas para asegurar que las mujeres sean incluidas entre los oradores principales en las conferencias, a pesar de que hay docenas de conferencias feministas en las que no hay oradores principales masculinos.¹³

Un comentario que se escucha con frecuencia es que si los hombres tuvieran úteros, el aborto estaría disponible gratuitamente. Según esa lógica, uno pensaría que si los hombres sufrieran más cáncer de pulmón que de mama, se gastaría más dinero en investigación sobre el primero que sobre el segundo. Sin embargo, los hombres sufren más cáncer de pulmón, pero encontramos que la investigación sobre el cáncer de mama está mejor financiada. Tal vez, entonces, los hombres no tienen tanto poder como se dice que tienen, o tienen el poder pero no son muy buenos en utilizarlo para su propio beneficio, o bien, a sabiendas, ejercen su poder para el beneficio de otros. Cualquiera que sea la razón, está claro que los hombres no están asegurando que los recursos públicos se dediquen a aliviar sus problemas de salud en lugar de los de las mujeres. Además, no se puede suponer que si los hombres tuvieran úteros, el aborto estaría disponible gratuitamente.

Los excesos feministas también se encuentran en las racionalizaciones que se emplean con frecuencia. Como hemos visto repetidamente en capítulos anteriores, algunas feministas intentan presentar a las mujeres como las víctimas de toda discriminación sexual injusta, incluso cuando no son las víctimas. Y cuando algunas feministas hacen un argumento moral sobre lo que se debe hacer, curiosamente siempre llegan a la conclusión de que son los intereses de las mujeres los que deben prevalecer. Siempre hay alguna razón, como también hemos visto, por la que los intereses de las mujeres son de suma importancia.

Las racionalizaciones también se emplean para excusar a las mujeres.¹⁴ Por ejemplo, algunas feministas hacen mucho de cómo los hombres llevan a cabo la guerra, implicando y a veces incluso afirmando explícitamente que las mujeres están por encima de este tipo de comportamiento.¹⁵ Pero hay explicaciones obvias de los roles sociales y de género que pueden explicar por qué los hombres se convierten en soldados. Cuando las mujeres han tenido la oportunidad de matar, torturar y perpetrar otros actos crueles, han demostrado ser muy capaces de hacerlo.¹⁶ Hay falsedad en los argumentos de aquellas feministas que descartan las diferencias de oportunidades entre hombres y mujeres para la violencia de la guerra, pero que se apresuran a explicar la mayor incidencia del abuso infantil (no sexual) por parte de las mujeres como una función del sexismo. Las mujeres, señalan correctamente, son las que tienen más contacto con los niños y, por lo tanto, las que tienen más oportunidades de abusar de ellos. Además, se nos dice que las mujeres abusadoras de niños "probablemente no se habrían convertido en abusadoras de niños si la cultura les hubiera ofrecido alternativas viables al matrimonio y la maternidad".¹⁷ Si esta línea argumental (en contra de mi punto de vista) es aceptable, ¿por qué no se puede dar una explicación similar para la participación en la guerra a los jóvenes "cuya cultura no les ofrece alternativas viables" al machismo y a los militares?

Algunas feministas no sólo excusan la violencia de las mujeres de la misma manera que se niegan a excusar la violencia de los hombres, sino que también se resisten a los mismos cambios que harían de la violencia de la guerra un asunto menos masculino, a saber, la paridad en el alistamiento de los sexos. Se oponen al reclutamiento de mujeres.¹⁸ Las defensoras feministas de la ausencia de la mujer en el combate asumen que las mujeres son diferentes e inadecuadas para la guerra. Ellas sostienen que mientras haya (o deba haber) guerra, son los hombres los que deben librarla. Hay una serie de problemas con este punto de vista.

En primer lugar, al tratar de preservar el statu quo, suprimen la prueba más eficaz de si los hombres son realmente más aptos para la guerra. Observe cómo la verdadera prueba de la competencia femenina para realizar otras tareas ha sido demostrada de manera más inequívoca por el hecho de que las mujeres realmente realicen esas tareas. Mientras que cuando casi no había abogadas, la gente podía haber recurrido a ese hecho para apoyar las afirmaciones de que las mujeres no eran aptas para la profesión jurídica, esa misma línea de argumentación simplemente no está disponible cuando hay un gran número de abogadas exitosas.

En segundo lugar, quienes sostienen que las mujeres no son adecuadas para la guerra asumen que los hombres (a diferencia de las mujeres) quieren participar en la guerra. Alternativamente, las preferencias masculinas en este aspecto son una cuestión de indiferencia hacia ellos. La inmensa mayoría de los hombres no desean formar parte de las fuerzas armadas. Si no fuera así, el reclutamiento nunca sería necesario. ¿Por qué se debería obligar a estos hombres a entrar en el ejército, mientras que las mujeres no lo hacen? Sencillamente, como ya he explicado antes, no es suficiente para justificar esto diciendo que los hombres son naturalmente más agresivos que las mujeres y, por tanto, más adecuados para la actividad militar.

Quizás los casos más graves de exceso feminista son aquellos en los que las académicas -muchas de ellas feministas- han sido amenazadas u hostigadas por feministas altamente partidistas e intolerantes que han considerado su trabajo como una amenaza. Las feministas que ofrecen estas amenazas son una pequeña minoría, pero sin embargo son dignas de mención por el daño que causan a las personas. Entre los que han sido amenazados se encuentran Suzanne Steinmetz y Murray Straus. Los profesores Steinmetz y Straus realizaron estudios que demostraron que los hombres eran víctimas de violencia por parte de sus parejas íntimas con la misma frecuencia que las mujeres. De ninguna manera negaron la gravedad de la violencia doméstica contra las parejas femeninas. En cambio, sólo demostraron que había otro problema que se había descuidado. Esto provocó indignación en algunos sectores. La profesora Steinmetz recibió llamadas telefónicas amenazando a sus hijos. Cuando habló en una conferencia de la Unión Americana de Libertades Civiles, se recibieron amenazas de que si se le permitía hablar, el lugar sería bombardeado. Murray Straus fue interrumpido, abucheado, encasillado y calumniado de las maneras más espantosas y sin fundamento.¹⁹ Obviamente, las víctimas directas de este acoso son los blancos particulares, tanto hombres como mujeres. En este sentido, los excesos feministas pueden ser perjudiciales tanto para los hombres como para las mujeres. La forma más amplia en que los hombres están en desventaja es que el comportamiento amenazador y acosador tiene por objeto silenciar las opiniones que ponen de relieve la desventaja masculina.

He dicho antes que la cuestión de si el feminismo trata injustamente a los hombres es distinta de la cuestión de si los hombres son víctimas de un segundo sexismo. Las preguntas se cruzan de la siguiente manera. En la medida en que el feminismo trata injustamente a los hombres, contribuye al segundo sexismo. Esto no quiere decir que el feminismo cause - es la única o incluso la mayor causa - del segundo sexismo.²⁰ Sin embargo, es decir que aquellas feministas que realmente están interesadas en la igualdad de los sexos deben oponerse tanto al primer como al segundo sexismo. El primer paso para oponerse al segundo sexismo es reconocer que existe.

Al señalar que algunas feministas contribuyen al segundo sexismo, no niego ni necesito negar que los hombres no feministas son a menudo los perpetradores de lo que yo considero el segundo sexismo.²¹ Tom Digby es reacio, dado el contexto de los ideales culturales de hombría en los que opera, a culpar a los hombres por lo que les hacen a otros hombres.²² Sin embargo, él piensa que hablar de un segundo sexismo es inapropiado (en parte) porque el daño que se inflige a los varones es causado por otros varones.²³ No veo cómo esto puede cambiar las cosas. Sabemos que los negros pueden ser agentes del racismo (contra los negros), que los judíos pueden sucumbir a los prejuicios sobre los judíos y que las mujeres pueden ser cómplices del sexismo (antifemenino).

Como ejemplo de esto último, considere la escisión genital femenina, que casi siempre es realizada por mujeres. Las mujeres también se encuentran entre las defensoras más enérgicas de esta práctica. Sin embargo, las feministas argumentan, de manera totalmente apropiada, que dado lo perjudicial que es el procedimiento para las niñas a las que se realiza, no se puede afirmar razonablemente que sirva a los intereses de las mujeres (excepto, tal vez, las pocas mujeres que realizan el ritual, ya que pueden tener un interés personal en él).²⁴ ¿Por qué no se debe aplicar un razonamiento similar al reclutamiento sólo de hombres, por ejemplo? Aunque históricamente han sido principalmente los hombres los que han enviado a otros hombres a la guerra, ¿por qué debería eso socavar la afirmación de que los hombres enviados a la guerra son víctimas del sexismo? ¿Por qué los agentes femeninos de la escisión genital sirven a los intereses de los hombres, mientras que los agentes masculinos -y ahora también femeninos- del gobierno, la burocracia y los militares que envían a los hombres a la guerra, están sirviendo a los intereses de los hombres? ¿Y por qué no podemos decir que los hombres pueden ser perpetradores del segundo sexismo?

Una respuesta puede ser que para que los miembros de un grupo objetivo sean agentes de racismo o sexismo, deben estar al servicio de los intereses de algún grupo dominante. Pero hay dos problemas con tal respuesta. En primer lugar, como argumentaré en la siguiente sección, no está claro que los hombres ya no sean el sexo dominante en algunas sociedades. Sin embargo, incluso donde están, no veo por qué eso impediría la posibilidad de que los hombres estén entre los que perpetran el segundo sexismo. Es totalmente posible, como estoy sugiriendo, que los roles de género sean interiorizados tanto por hombres como por mujeres y que cada grupo los perpetúe para su propia ventaja injusta en algunas circunstancias y desventaja injusta en otras. Además, los atributos que cada sexo busca en una pareja pueden reforzar esos roles. Tanto si esto es inevitable, como sugieren algunos psicólogos evolutivos, como si podría alterarse, es cierto que la "selección de pareja" es a menudo (pero no siempre) una vía de doble sentido. Las mujeres han desempeñado un papel en la "selección" de ciertos rasgos masculinos (biológicos y culturales). Si las mujeres valoraran diferentes cosas en los hombres, existirían diferentes tipos de hombres.

¿Están los hombres peor que las mujeres?

Extrañamente, la gente a veces se ve obligada a competir por el estatus de ser más víctima. Sin embargo, las comparaciones del sufrimiento son a menudo injustas. A menudo es notoriamente difícil comparar diferentes tipos de sufrimiento. ¿Es peor ser violado o mutilado? ¿Es peor perder la vista o la memoria? ¿Es peor perder a un hijo o a un cónyuge? Y en la medida en que uno puede comparar y sopesar diferentes tipos de sufrimiento, el ejercicio de hacerlo es propenso a trivializar el sufrimiento de aquellos que no han sufrido más. Esto es desafortunado porque el sufrimiento de una persona puede ser considerable incluso si otros sufren más. Las cosas se complican aún más cuando se compara el sufrimiento de los grupos. Esto se debe a que los grupos están formados por individuos. Incluso si pudiéramos averiguar qué grupo, en general, sufre más, existe la tentación de inferir que cada miembro de ese grupo sufre más que el grupo de contraste. Esta es la falacia de la división.

Esto no quiere decir que las comparaciones del sufrimiento nunca sean útiles. Si, por ejemplo, alguna u otra instancia de sufrimiento (pero no ambas) es inevitable, uno podría tratar de evitar el

mayor sufrimiento, siendo todas las cosas iguales. Sin embargo, esta no es usualmente la opción que enfrentamos al comparar el primer y segundo sexismo. Es posible oponerse a ambos.

Entonces, ¿por qué algunas personas están tan deseosas de saber si son los hombres o las mujeres los que están peor? La explicación más caritativa, creo, tiene algo que ver tanto con las cuestiones sobre la definición de "sexismo" que planteé en el capítulo 1 como con varias objeciones al segundo sexismo que consideraré en el capítulo 5.

Por ejemplo, algunas personas niegan que los hombres sean víctimas del sexismo porque piensan que para que la discriminación sexual injusta sea sexista debe ser sistémica y beneficiar a quienes detentan el poder. La suposición es que todavía son los hombres los que detentan el poder y, por lo tanto, las mujeres las que están en peor situación. En esta concepción del sexismo, si ni los hombres ni las mujeres están en peor situación en una sociedad determinada, entonces el sexismo ya no existe en esa sociedad, incluso si ambos sexos son injustamente discriminados de diferentes maneras pero en igual medida.²⁵ Sin embargo, hay una implicación aún más preocupante si resulta que los hombres están en peor situación que las mujeres en una sociedad determinada. Entonces se da el caso de que no sólo hay un segundo sexismo, sino que no hay un primer sexismo en esa sociedad.

O considere el argumento de la distracción. De acuerdo con ese argumento, no debemos calificar de sexismo la discriminación injusta contra los hombres, porque eso nos distraerá de atender al primer sexismo. Este argumento supone, contrariamente a lo que he dicho antes, que no podemos oponernos simultáneamente al primer y segundo sexismo o que la oposición a uno disminuiría la eficacia de nuestra oposición al otro. Sin embargo, también existe la suposición de que la discriminación injusta contra las mujeres es peor, porque de lo contrario no habría ninguna razón por la que debiéramos dar prioridad a los esfuerzos para oponernos al primer sexismo en lugar del segundo sexismo.

El argumento del costo de la dominación también supone que las mujeres están en peor situación que los hombres, en el sentido de que cualesquiera que sean las desventajas que tengan los hombres, son al menos dominantes, según este argumento. Si los hombres no fueran dominantes, entonces el argumento del costo de la dominación fracasaría obviamente.

Dado el papel que desempeña en las objeciones anteriores, vale la pena abordar la cuestión de si son los hombres o las mujeres los que están en peor situación económica. Mi respuesta a esta pregunta es que, si bien en muchos o en la mayoría de los lugares las mujeres están generalmente en peor situación que los hombres, esto no es cierto en todas partes. Considere, primero, esos lugares donde las mujeres están peor. En algunas sociedades, como señalé en la introducción, las niñas se ven privadas incluso de la educación básica. Sus hermanos tienen prioridad para la alimentación limitada y, por lo tanto, las niñas a menudo sufren una mayor desnutrición. Están casadas cuando aún son niñas y corren terribles riesgos durante el embarazo y el parto. Es posible, por supuesto, que los hombres también puedan ser víctimas de la discriminación sexista en esas sociedades, pero esa discriminación no suele ser tan grave en general como la que se ejerce contra las mujeres. Puede haber varones individuales que sufren más discriminación sexista que mujeres individuales, incluso en esas sociedades, y esa discriminación no debe ignorarse. Sin embargo, esto no socavaría la afirmación de que, en general, las mujeres están peor que los hombres en esos lugares.

Consideremos a continuación las sociedades en las que la posición de las mujeres ha avanzado sustancialmente. Hay, por supuesto, una continuidad. No es cierto que las mujeres sufran una discriminación generalizada ni que no sufran discriminación alguna. Sin embargo, podríamos considerar a los países en los que se ha avanzado más -generalmente las democracias liberales "occidentales"- porque si las mujeres están peor allí, probablemente estén peor en todas partes. Y si no están peor en esas sociedades, se demostrarán los excesos de quienes afirman que lo están.

Las feministas suelen pensar que las mujeres siguen estando mucho peor que los hombres, incluso en los lugares donde la posición de las mujeres ha mejorado más. De hecho, llegan a decir que las mujeres siguen siendo oprimidas en esas sociedades. Marilyn Frye dice que "es una afirmación fundamental del feminismo que las mujeres están oprimidas".²⁶ Kenneth Clatterbaugh añade que la profesora Frye "y otras feministas argumentan que los hombres no están oprimidos".²⁷

La afirmación de que las mujeres siguen oprimidas en Noruega, Suecia, los Países Bajos, el Reino Unido y los Estados Unidos, por ejemplo, suena ridículo. Al menos algunas feministas son conscientes de que si empleamos el sentido tradicional de "opresión", es posible que no se piense que las mujeres de esos países son oprimidas.²⁸ Esto se debe a que hablar de "opresión" evoca imágenes de regímenes tiránicos. Por consiguiente, se nos dice que el significado de "opresión" ha "cambiado".²⁹ Vale la pena considerar este nuevo significado para determinar si, al emplearlo, las mujeres son (y los hombres no) oprimidos en el mundo desarrollado.

Iris Marion Young ofrece un informe detallado. Dice que el nuevo uso designa no sólo el poder tiránico del uso tradicional, sino también la desventaja y la injusticia que la gente sufre "a causa de las prácticas cotidianas de una sociedad liberal bien intencionada".³⁰ Está, dice, "arraigado en normas, hábitos y símbolos incuestionables, en las suposiciones que subyacen a las reglas institucionales y en las consecuencias colectivas de seguir estas reglas".³¹ Citando a Marilyn Frye, dice que "opresión" designa "una estructura cerrada de fuerzas y barreras que tiende a la inmovilización y reducción de un grupo o categoría de personas".³² La profesora Young identifica cinco caras de la opresión, la presencia de cualquiera de las cuales, según ella, "es suficiente para llamar a un grupo oprimido".³³

La primera cara es la explotación, un "proceso constante de transferencia de los resultados del trabajo de un grupo social en beneficio de otro".³⁴ La segunda es la marginación, que es lo que le sucede a "personas que el sistema de trabajo no puede o no quiere utilizar".³⁵ La tercera es la impotencia. Los oprimidos en este sentido son "aquellos sobre los que se ejerce el poder sin ejercerlo".³⁶ Son aquellos que "tienen poca o ninguna autonomía de trabajo, ejercen poca creatividad o juicio en su trabajo".³⁷ Los impotentes "carecen de la autoridad, el estatus y el sentido de sí mismos que los profesionales tienden a tener".³⁸ La cuarta cara de la opresión es el imperialismo cultural, que "implica la universalización de la experiencia y la cultura de un grupo dominante".³⁹ Bajo las condiciones del imperialismo cultural, "los significados dominantes de una sociedad hacen que la perspectiva particular" de un "grupo oprimido sea invisible al mismo tiempo que estereotipan" al grupo oprimido.⁴⁰ El quinto y último rostro de la opresión es la violencia. Los miembros de los grupos oprimidos en este sentido "viven con el conocimiento de que deben temer ataques aleatorios y no provocados contra su persona y sus bienes".⁴¹ La profesora Young dice que lo que "hace de la violencia un rostro de opresión son menos los actos particulares... que el contexto social que los rodea, que los hace posibles e incluso aceptables".⁴²

La profesora Young piensa que las mujeres están sujetas a cuatro de los rostros de la opresión: la explotación, la impotencia, el imperialismo cultural y la violencia. No cree que sean víctimas de la marginación, que describe como "quizás la forma más peligrosa de opresión".⁴³ ¿Está en lo cierto que las mujeres son oprimidas de otras maneras (en el mundo desarrollado)?

Considere primero la explotación. La profesora Young dice que la "opresión de las mujeres no consiste simplemente en una desigualdad de estatus, poder y riqueza que resulta de la exclusión de los hombres de las actividades privilegiadas".⁴⁴ Además, dice, "la libertad, el poder, el estatus y la autorrealización de los hombres es posible precisamente porque las mujeres trabajan para ellos".⁴⁵ Más específicamente, dice que la explotación de la mujer "tiene dos aspectos: la transferencia de los frutos del trabajo material a los hombres y la transferencia de las energías de crianza y sexuales a los hombres".⁴⁶

Hay una serie de problemas a la hora de decir, por estos motivos, que las mujeres son explotadas. En primer lugar, no está claro que los hombres sigan excluyendo a las mujeres de las actividades privilegiadas (en los países desarrollados). Es cierto que son desproporcionadamente pocas las mujeres que ocupan los puestos de mayor poder. Por ejemplo, hay relativamente (pero no absolutamente) pocas mujeres en los puestos más altos del gobierno, las profesiones, la academia y la industria. Sin embargo, se trata de una cuestión distinta de si las mujeres están siendo excluidas de esos puestos. El hecho de que las mujeres ocupen un número desproporcionadamente bajo de puestos de este tipo no significa que estén siendo excluidas de ellos. También hay una diferencia entre "las posiciones más poderosas" y "las actividades privilegiadas", siendo esta última una categoría más amplia y a la que se refiere el profesor Young. Las mujeres se encuentran ahora ampliamente entre las filas de abogados, médicos y contadores, por ejemplo. Determinar hasta qué punto las mujeres participan en actividades privilegiadas depende en parte de qué actividades se consideran privilegiadas. ¿Es la enseñanza a los escolares una actividad privilegiada? Creo que lo es: considere esta profesión en relación con las muchas formas de trabajo manual duro, y a menudo peligroso, que típicamente realizan los hombres. Si estoy en lo cierto al afirmar que enseñar a los escolares es una actividad privilegiada, entonces será aún más difícil decir que las mujeres, que predominan en profesiones como ésta, están excluidas de las actividades privilegiadas. Y si no se considera una actividad privilegiada, ¿cómo se determina qué actividades son y cuáles no? Si el listón para lo que se considera una actividad privilegiada es muy alto, entonces la mayoría de los hombres tampoco están involucrados en actividades privilegiadas. Muchos hombres, después de todo, trabajan en trabajos de baja categoría, muchos de los cuales (a diferencia de la enseñanza, dirían algunos) también son insatisfactorios, por no hablar de peligrosos. Algunos de ellos también pueden estar peor pagados que los de la enseñanza.

Un segundo problema con el argumento de la profesora Young es que no está claro que la "libertad, el poder, el estatus y la autorrealización de los hombres sea posible precisamente porque las mujeres trabajan para ellos". Si esto fuera cierto, entonces la libertad, el poder, el estatus y la autorrealización que se dice que tienen los hombres no serían posibles sin que las mujeres trabajen para ellos. Pero hay hombres - y mujeres - que disfrutan de libertad, poder, estatus y realización personal sin que las mujeres trabajen para ellos en el hogar, lo que sugiere que los primeros son posibles sin los segundos.

Tercero, no está claro que exista una transferencia neta de frutos de la mano de obra material de las mujeres a los hombres. Es cierto que las mujeres realizan más trabajo no remunerado en el hogar y la familia, pero en la medida en que los ingresos de un hombre se ponen en común, también se transfieren los frutos de su trabajo a su esposa o pareja femenina.

A esto Carole Pateman puede responder que no debemos "confundir ejemplos particulares de parejas casadas con la institución del matrimonio".⁴⁹ Aunque algunas parejas pueden compartir los ingresos del marido, la institución del matrimonio por sí sola no le concede igualdad de acceso. Pero esa objeción también fracasa. En primer lugar, si una gran proporción de parejas casadas en una zona o grupo determinado operan de la forma que he mencionado, entonces de hecho no existe la transferencia unidireccional a la que se refiere la profesora Young. Por lo tanto, en ausencia de evidencia empírica adecuada, uno no puede hacer la arrolladora afirmación de que existe una transferencia neta de los frutos del trabajo material de las mujeres a los hombres. Segundo, ¿cómo se determina cómo es la institución del matrimonio? Una forma es examinar la institución de facto. Si hacemos esto, la primera respuesta es suficiente si las transferencias netas no son realmente de mujeres a hombres. La alternativa es examinar la institución de jure.⁵⁰ Se podría entonces sugerir que debido a que los hombres conservan el poder de determinar si sus ingresos serán compartidos con sus esposas, la institución del matrimonio favorece a los hombres.⁵¹ Sin embargo, un problema con este argumento es que confunde la transferencia real de recursos con el poder de transferirlos. Si la afirmación es que las mujeres son explotadas porque hay una transferencia neta de recursos de

ellas a los hombres, entonces la afirmación es refutada si, de hecho, la transferencia neta no va en esa dirección. Esto es cierto incluso si los hombres controlan la medida en que transfieren sus recursos a sus esposas. Puede que todavía sea una buena idea igualar este poder, pero es una cuestión distinta.

Un cuarto problema con el argumento de la profesora Young es que incluso si suponemos que hay una transferencia neta de energías de crianza y sexuales de las mujeres a los hombres, no significa que las mujeres sean explotadas. Parece haber algo de selectivo en centrarse en las transferencias hacia los hombres y no en la dirección opuesta. ¿Qué tal si nos concentramos en la transferencia de energías protectoras? Quizás entonces la "explotación" estaría en la dirección opuesta. Utilizo las citas de miedo porque realmente no está claro que ninguna de las transferencias mencionadas aquí equivalga a explotación.

A continuación, considere la impotencia. ¿Es cierto que las mujeres de los países desarrollados constituyen un grupo "sobre el que se ejerce el poder sin que ellas lo ejerzan"?⁵² No lo creo. Las mujeres ejercen el poder a través de sus votos, sus opiniones y sus funciones profesionales, por ejemplo. Tampoco sería justo decir que las mujeres, como grupo, "tienen poca o ninguna autonomía laboral, ejercen poca creatividad o juicio en su trabajo". Ciertamente hay muchas mujeres de las cuales esto es cierto, pero también hay muchos hombres de los cuales esto es cierto. Tal vez se sugiera que, en la medida en que sea cierto para los hombres, esto no se debe a que son hombres, sino más bien a que son miembros de algún otro grupo oprimido. Sin embargo, lo mismo puede decirse de aquellas mujeres que tienen poca o ninguna autonomía laboral y que ejercen poca creatividad o juicio en su trabajo. Las mujeres que no pertenecen a las clases más pobres ni a grupos étnicos, raciales o religiosos oprimidos parecen gozar de niveles de autonomía laboral y creatividad que rivalizan con los de hombres comparables. De hecho, hay muchas mujeres en las profesiones que tienen la autoridad, el estatus y el sentido de sí mismas que el profesor Young dice que son impotentes.

Las feministas de los países desarrollados han hecho grandes progresos en la lucha contra el imperialismo cultural que sufrían las mujeres. Han expuesto muchas de las suposiciones ocultas que perjudican a las mujeres. Es posible que haya residuos de esto, pero el alcance de éstos es comparable al de los que sufren los hombres. Por ejemplo, la profesora Young dice que los miembros de los grupos oprimidos están "marcados por estereotipos" que los "confinan a una naturaleza que a menudo está ligada de alguna manera a sus cuerpos y que, por lo tanto, no se puede negar fácilmente". Estos estereotipos impregnan la sociedad de tal manera que no se notan como discutibles". Sin embargo, como hemos visto, hay muchos estereotipos poderosos acerca de los hombres -como su dureza- que los señalan como discriminados. Además, estos estereotipos son menos notorios que los que contrastan con los de las mujeres en el mundo desarrollado. Por lo tanto, es falso que los "machos" blancos escapen de la marca de grupo.⁵⁴

Consideremos, finalmente, el rostro violento de la opresión. Como hemos visto, son los hombres y no las mujeres quienes constituyen la inmensa mayoría de las víctimas de la violencia. Mientras que las mujeres son más vulnerables que los hombres a la violencia sexual, los hombres son mucho más vulnerables a casi todas las demás formas de violencia. Es cierto que en algunas situaciones son los hombres de una determinada clase social o grupo étnico, religioso o racial los más vulnerables a la violencia. Sin embargo, entonces las opresiones se están cruzando. Su masculinidad está claramente jugando un papel -están experimentando violencia en parte porque son hombres- como lo demuestra el hecho de que las mujeres de la misma clase social o de los mismos grupos étnicos, religiosos o raciales no están sujetas a niveles similares de violencia. El contexto social, como hemos visto, hace que la violencia contra los hombres sea mucho más aceptable y tolerada que la violencia contra las mujeres.

Teniendo en cuenta lo anterior, no es en absoluto obvio que las mujeres en los países desarrollados estén oprimidas o, según los criterios de opresión establecidos, que los hombres no estén oprimidos. No recomiendo que aceptemos estos criterios, pero incluso si los aceptamos, no significa que las mujeres sean y los hombres no sean oprimidos.

La afirmación de que las mujeres están peor que los hombres es una afirmación más modesta que la afirmación de que ellas, pero no los hombres, están oprimidas. Por lo tanto, es más difícil de evaluar. Obviamente, cuanto mayor sea la distribución de la discriminación entre hombres y mujeres, más difícil será determinar quién está en peor situación.

¿Qué pruebas se pueden aportar para demostrar que las mujeres están en peor situación económica? Un reciente artículo de opinión en el *Washington Post* ofrece la siguiente evidencia para los Estados Unidos: "Las mujeres están siendo asesinadas a tiros en las calles", "más de 1000 mujeres fueron asesinadas por sus parejas en 2005", las mujeres siguen siendo víctimas de agresiones sexuales, las mujeres "ocupan el 17 por ciento de los escaños en el Congreso", mientras que el aborto es legal "más del 85 por ciento de los condados de Estados Unidos no tienen proveedor", "las mujeres ganan alrededor de 76 centavos de dólar por cada dólar de los hombres y constituyen la mayoría de los estadounidenses que viven en la pobreza", y que Hillary "Clinton y Sarah Palin fueron el blanco del sexismo durante la campaña de 2008".⁵⁵

Esta justificación es típica de los argumentos en favor de la afirmación de que las mujeres todavía no gozan de igualdad, y de hecho se superpone con los argumentos de que las mujeres siguen siendo oprimidas. Sin embargo, el argumento es muy selectivo, participa en lo que he llamado inversión y hace inferencias erróneas.

De hecho, las mujeres mueren a tiros en las calles y son asesinadas por sus parejas, pero son los hombres, como hemos visto, los que constituyen la inmensa mayoría de las víctimas de la violencia en los Estados Unidos y en otros lugares. Si tal violencia es indicativa de discriminación por razón de sexo, entonces esto se refiere a la discriminación contra los hombres y no contra las mujeres.

Las mujeres constituyen la mayoría de las víctimas de agresión sexual. Aunque el margen por el que son mayoría, como vimos en el capítulo 2, no es tan grande como se piensa generalmente, la desventaja neta es para las mujeres. Pero esto debe equilibrarse con la mayor violencia contra los hombres.

Las mujeres constituyen una minoría de los miembros del Congreso. También ganan menos que los hombres. Sin embargo, vimos que tales diferencias no son necesariamente evidencia de discriminación. Y en la medida en que lo son, el hecho de que las mujeres sean la minoría de las personas encarceladas y ejecutadas debería considerarse también como una prueba de discriminación contra los hombres. Estos dos tipos de discriminación tendrían que sopesarse entre sí. Tales comparaciones, como he indicado anteriormente, son muy difíciles de hacer. Aquellos que afirman audazmente que el efecto neto favorece a los hombres y discrimina más a las mujeres están demasiado seguros de sí mismos.

Las instalaciones de aborto son escasas, pero esto tampoco demuestra una desventaja neta para ser mujer. Después de todo, los varones mueren más jóvenes y, por lo tanto, independientemente de cómo se distribuyan los recursos sanitarios, a los varones les está yendo peor.

Mientras que las candidatas pueden haber experimentado el sexismo en la campaña de 2008, es bastante común que los hombres experimenten el sexismo en las campañas presidenciales estadounidenses. Esto a menudo toma la forma de cuestionar sus antecedentes militares. Los antiguos evasores de reclutas, por ejemplo, están mal vistos (incluso si finalmente son elegidos), pero la evasión de reclutas no es un problema al que se enfrenten las mujeres candidatas. Por supuesto, puede que tenga ideas preconcebidas sexistas sobre si podría ser un comandante en jefe

adecuado, pero ese es el tipo de pregunta que se hace sobre los candidatos que evaden el reclutamiento de hombres.

Es muy fácil señalar la continua discriminación contra las mujeres. Obviamente existe e incluso puede ser sistémico. Pero no se puede, al determinar si los sexos son iguales, ignorar toda la discriminación contra los hombres, que puede ser tan sistémica. Debido a que la mayoría de las personas no son conscientes del segundo sexismo, no pueden juzgar con conocimiento de causa qué sexo es la mayor víctima de la discriminación. Incluso aquellos que son sensibles al fenómeno del segundo sexismo pueden no ser conscientes de su alcance, dada la poca investigación que se ha llevado a cabo sobre el tema.

Es cierto que las mujeres ocupan menos de los puestos más altos y poderosos, pero esto tampoco demuestra que las mujeres estén en general en peor situación. Para afirmar que las mujeres están en peor situación, hay que comparar a todas las mujeres con todos los hombres, y no sólo a las mujeres más exitosas con los hombres más exitosos. De lo contrario, uno podría comparar fácilmente a los hombres menos exitosos con las mujeres menos exitosas y descubriría que los hombres están en peor situación. Esto se debe a que más niños abandonan la escuela, menos hombres obtienen títulos, más hombres mueren más jóvenes, más son encarcelados, y así sucesivamente. De hecho, en la medida en que se debería dar prioridad a la mejora de la situación de los más desfavorecidos, la atención debería centrarse principalmente en los hombres.

En defensa de la afirmación de que las mujeres están en peor situación que los hombres, se ha observado que "las mujeres empeñadas en escapar de la esfera femenina no suelen encontrarse con hordas de hombres oprimidos que pululan en la dirección opuesta, tratando de cambiar de lugar con sus esposas y secretarias"⁵⁶ y que esto es una prueba de "dónde reside la verdadera ventaja".⁵⁷

Este no es un argumento fuerte. La observación de que los hombres (generalmente⁵⁸) no quieren cambiar de lugar con las mujeres no debe tener demasiada importancia. Si la satisfacción o insatisfacción de la gente con sus roles socialmente obligatorios fuera determinante (o incluso sugestiva) de si tales roles eran ventajosos para sus portadores, entonces seguirían unas cuantas conclusiones que son desafortunadas para las feministas.

En primer lugar, no se puede considerar que muchas mujeres que se ven obligadas a asumir los papeles tradicionales de la mujer sean víctimas del sexismo, siempre y cuando esas mujeres las interioricen y las consideren satisfactorias. Esta actitud caracterizó a la mayoría de las mujeres hasta los albores del movimiento de mujeres, y es una actitud que sigue estando muy extendida entre las mujeres en las sociedades más tradicionales, si no con respecto a todos los rasgos de su posición, al menos a muchos de sus rasgos.

En segundo lugar, las mujeres más insatisfechas con su condición se encuentran en un número desproporcionadamente grande entre las mujeres que están sujetas a la menor discriminación y restricciones sexistas. Por ejemplo, las profesoras feministas de las sociedades occidentales se encuentran entre las mujeres más liberadas del mundo, las menos restringidas o desfavorecidas por el sexismo. Sin embargo, también están más preocupadas por las desventajas a las que se enfrentan que muchas mujeres menos afortunadas. Si el nivel de satisfacción con el propio papel es lo que determina la severidad de la discriminación a la que se está sometido, entonces el sexismo que experimentan las feministas occidentales contemporáneas es realmente peor que el que soportan las mujeres de las sociedades más tradicionales, pasadas o presentes, que están satisfechas con su posición. Que esto sea absurdo dependerá, al menos en parte, de la opinión que se tenga sobre cuestiones como las preferencias adaptativas y la falsa conciencia.

No sería prudente intentar resolver estas cuestiones aquí. Todo lo que deseo observar es que si la aparente satisfacción de los hombres con su posición se toma como evidencia de que no son víctimas de discriminación, entonces de ahí se desprenden algunas conclusiones que deberían ser

inquietantes para la mayoría de las feministas. Si, por el contrario, se piensa que alguien puede ser víctima de discriminación sin darse cuenta, entonces se abre el camino para reconocer que los hombres pueden estar en peor situación que las mujeres, incluso si no se dan cuenta.

Por lo tanto, no está nada claro que las mujeres de hoy estén en peor situación que los hombres en aquellos países donde el feminismo ha tenido los mayores éxitos. Por lo tanto, es preocupante no sólo la frecuencia con que se afirma que las mujeres están peor o incluso oprimidas, sino también la poca resistencia pública a esos comentarios.

Negar que las mujeres están claramente peor que los hombres no es afirmar que son los hombres los que están peor. Tal vez a los hombres les vaya peor y tal vez no. Realmente es muy difícil de decir. Sin embargo, podemos concluir que los argumentos que se basan en la afirmación de que las mujeres están mucho peor deben fracasar en muchos lugares hoy en día. Aquellos que piensan que es una precondition del sexismo que un sexo predomine sobre el otro, encontrarán que al menos algunas sociedades ya son post-sexistas. Debido a que esa será, como debería ser, una conclusión desagradable, se les aconsejaría que reconsideraran su concepción del sexismo para eliminar esa característica.

Tomando en serio el segundo sexismo

El primer paso para tomar en serio el segundo sexismo es reconocer su existencia. Si no es reconocido, no puede ser confrontado. Esto puede parecer un pequeño paso. Sin embargo, dada la cantidad de personas que niegan la existencia del segundo sexismo, es un paso mucho más grande de lo que uno esperaría. De hecho, he dedicado este libro a argumentar que hay un segundo sexismo.

El tipo de reconocimiento del segundo sexismo que se requiere para tomarlo en serio no es el tipo implícito o a regañadientes. Por ejemplo, en respuesta a la observación de que en casi todas partes han sido sólo hombres los que han sido reclutados y enviados a combate, muchas feministas responden que no quieren que nadie, hombre o mujer, sea obligado a combatir. Sin embargo, no reconocerán explícitamente que los hombres han sido y siguen siendo injustamente discriminados por ser los únicos reclutados. Tampoco parecen realmente interesadas en poner fin a esta forma de discriminación.

Tampoco deseo que se obligue a nadie a combatir, y he observado que tanto el reclutamiento como la guerra se justifican con mucha menos frecuencia de lo que se practican. Sin embargo, para dejar el asunto hay que ignorar dos escenarios. El primer y más común escenario es uno en el que el reclutamiento es injustificado, pero los hombres (y sólo los hombres) están siendo reclutados. Si en esos casos no se puede poner fin al reclutamiento, ¿deberían las mujeres estar exentas?⁶⁰ El segundo escenario, mucho menos común, es cuando la guerra y el reclutamiento están justificados. Algunas personas pueden querer negar que la guerra o el servicio militar obligatorio es siempre permisible.⁶¹ Considero que tales opiniones son inverosímiles, pero no voy a argumentar aquí a favor de esa conclusión. En cambio, me centraré en los que reconocen que la guerra y el reclutamiento a veces están justificados. Es necesario reconocer claramente que los hombres han soportado injustamente la carga del combate en el pasado y que las mujeres no deberían estar exentas cuando la guerra y el reclutamiento se vuelven moralmente justificables.

También es común que las feministas se quejen de los duros tratos a los que son sometidas las mujeres que ingresan en profesiones históricamente masculinas, sin reconocer que los hombres que ocupan estos cargos han soportado ese trato, y lo que es peor, desde tiempos inmemoriales. Por ejemplo, el trato severo de los reclutas no suscitó ninguna crítica hasta que los reclutas fueron mujeres, y luego el trato severo de las reclutas se interpretó a veces como el único problema. Se nos dice que el medio ambiente es hostil a las mujeres, en lugar de reconocer que el medio ambiente es

hostil a todos.⁶² Las condiciones para las mujeres a veces se alivian, sin que los hombres tengan un alivio similar.⁶³

El pleno reconocimiento del segundo sexismo también requerirá mucha más investigación sobre la discriminación contra los hombres. Dado lo poco que se ha investigado sobre el segundo sexismo en relación con el primero, tenemos motivos para pensar que no se ha revelado el alcance total de la discriminación contra los hombres. Si ha necesitado toda la investigación que tiene para mostrar las múltiples facetas de la discriminación contra las mujeres y las niñas, seguramente también lo hará para mostrar las numerosas formas en que los hombres y los niños sufren desventajas.

La actual escasez de tales investigaciones es el resultado de la negligencia del segundo sexismo y lo afianza aún más. Es decir, al menos en parte porque no se toma en serio esta discriminación, se le dedica tan poco tiempo y dinero a la investigación. Pero como no está de moda examinar tal discriminación, se sabe mucho menos de ella, lo que perpetúa la impresión de que no merece un examen detallado. La información sesgada que tenemos sobre el sexismo crea un clima en el que se preserva y refuerza el sesgo de la investigación. Esto es peligroso. Tenemos todas las razones para pensar que el descuido académico de un problema no es una indicación de su ausencia. Por ejemplo, no hace mucho tiempo se consideraba que el abuso sexual de los niños era un fenómeno poco frecuente. Desde entonces, este tema se ha convertido en una causa académica y social popular, con el resultado de que ahora sabemos mucho más sobre él y se reconoce ampliamente que es más común de lo que se pensaba. Por lo tanto, una manera importante de responder al segundo sexismo es permitir más investigación, o al menos no desalentarla. La investigación pertinente podría centrarse en el segundo sexismo o podría examinar cuestiones de sexismo de manera más general, pero sin limitar el enfoque sólo al primer sexismo.

Una vez que se reconoce explícitamente el segundo sexismo, la respuesta adecuada es oponerse a él de la misma manera que nos oponemos a las actitudes y prácticas sexistas de las que las mujeres son las principales víctimas.

Esto se aplica incluso en aquellas sociedades en las que las mujeres están aún peor. Una de las razones de ello es que, si bien a veces es permisible dar prioridad a la peor injusticia para obtener atención, a menudo podemos oponernos simultáneamente a injusticias mayores y menores. Cuando podemos hacerlo, no hay razón para ignorar la injusticia menor simplemente porque haya una injusticia aún peor.

El argumento a favor de abordar múltiples injusticias simultáneamente se fortalece cuando se da el caso de que están entrelazadas y, por lo tanto, la mejor manera de confrontar una es también confrontar a otra. En el capítulo 5 señalé que el primer y segundo sexismo están entrelazados, aunque sea de manera contingente y no necesaria. Es decir, aunque sería lógicamente posible eliminar toda discriminación contra las mujeres sin eliminar ninguna discriminación contra los hombres, en realidad se da el caso de que ambas están conectadas (aunque la conexión no sea lineal). Por ejemplo, la misma actitud que lleva a que las mujeres sean excluidas del combate también lleva a que sean eximidas.

Además, confrontar sólo el primer sexismo, mientras se ignora el segundo sexismo, podría decirse que tiene el efecto de alienar innecesariamente a los aliados potenciales. Aquellos que se preocupan por el segundo sexismo podrían apoyar más los esfuerzos para contrarrestar el primer sexismo si ven que los oponentes del primer segundo sexismo aplican sus argumentos consistentemente y también se oponen al segundo sexismo.

Muchos de los remedios para el segundo sexismo están implícitos en mis explicaciones de las formas en que los hombres son víctimas de la discriminación. Sin embargo, estos remedios pueden ahora hacerse explícitos, al menos a grandes rasgos.

La parte más difícil es cambiar las actitudes. ¿Cómo lograr que las personas valoren la vida masculina tanto como valoran la vida femenina, que aborrezcan la violencia contra los hombres tanto como lo hacen con la violencia contra las mujeres, que tomen tan en serio el hecho de que los hombres pueden ser víctimas de agresión sexual y que reconozcan que los padres pueden ser buenos padres custodios en caso de divorcio? Ciertamente no es fácil, pero presumiblemente uno prueba muchas de las técnicas que se han usado para cambiar las actitudes de la gente hacia las mujeres. Por ejemplo, se crían nuevas generaciones de niños de maneras relevantes que difieren del pasado. No se obliga a los hombres y a las mujeres a asumir roles de género particulares. Así, uno desistiría de decir a los niños que "los niños grandes no lloran"⁶⁴ o de tomar la adversidad "como un hombre".⁶⁵ Los cambios necesarios tampoco se limitan a la forma en que hablamos con los niños. Por lo tanto, los medios de comunicación y otros deben desistir de la práctica generalizada de señalar a las víctimas femeninas para que reciban una mención especial. En lugar de referirse al número de muertos y añadir que incluyen un número específico de mujeres, uno podría simplemente referirse al número total de muertos. Incluso la práctica de referirse a las víctimas como "hombres, mujeres y niños" pone un énfasis indebido en el sexo de los adultos, lo cual es irrelevante. Después de todo, se hace referencia a los niños de manera neutral en cuanto al género, en lugar de referirse a ellos como "niños y niñas". Del mismo modo, las campañas para "acabar con la violencia contra las mujeres y los niños" deberían ampliarse para "acabar con la violencia". La repetición interminable de falsedades -por ejemplo, que las niñas y las mujeres son las principales víctimas de la violencia- debe terminar. Se pronuncian con tanta frecuencia que la gente se sorprende genuinamente al escuchar que son falsas. Y las verdades que a menudo se reprimen - como el hecho de que los hombres son a menudo blanco de la violencia- deben ser puestas en primer plano.

Menos difícil que cambiar las actitudes, al menos cuando existe la voluntad de hacer cambios, es el fin de la discriminación ilícita de jure. Por ejemplo, debería ponerse fin al reclutamiento sólo de hombres y al registro de reclutamiento sólo de hombres. Tampoco se debe eximir (o excluir) a las mujeres del combate. Se debe usar la anestesia adecuada cuando la circuncisión se realiza en niños pequeños. Cuando el castigo corporal es moralmente inaceptable, ya no se debe infligir a los varones. En la medida en que esté justificado, no debe limitarse a los varones o infligirse con mayor frecuencia o severidad que a las niñas, controlando las infracciones pertinentes. Las leyes que rigen el castigo corporal no deben discriminar entre hombres y mujeres. Del mismo modo, debe prestarse la misma atención a la intimidad corporal de hombres y mujeres. Así pues, los reclusos varones deberían disfrutar de la mayor privacidad corporal de la que disfrutaban actualmente las reclusas. (La alternativa es que las reclusas no disfruten de los privilegios que disfrutaban actualmente, pero la carga de la prueba recae en quienes desean hacer de la menor protección la norma para todos). Otro cambio legal necesario para abordar el segundo sexismo es asegurar que la legislación sobre violación y otros delitos sexuales sea neutral en cuanto al género. Los hombres pueden ser violados y las mujeres también. La ley debería reconocer esto y estipular los mismos castigos que se infligen a los hombres que violan a las niñas y a las mujeres.

Por último, hay intervenciones prácticas que, aunque no tan sencillas como las anteriores, tampoco son tan difíciles como el cambio de actitudes. Por ejemplo, se debe prestar especial atención a los estudiantes que están en mayor riesgo de fracaso. Aunque esta atención debe ser independiente de su sexo, las tasas reales de fracaso entre los niños y las niñas significarán que esto beneficiará más a los niños que a las niñas. La menor esperanza de vida de los hombres también merece una atención especial. Esto implica investigar sus causas y llevar a cabo intervenciones de salud pública y de otro tipo para abordar el problema. La cuestión de los prejuicios judiciales en la custodia de los hijos y en las decisiones penales también debería examinarse muy detenidamente. También debería prestarse más atención a la rehabilitación de los presos. Las feministas, al abogar por más mujeres en puestos corporativos de alto nivel, a menudo argumentan que esto no sólo es bueno para las mujeres, sino también para las empresas, y se proporcionan recomendaciones

detalladas sobre cómo lograrlo. La rehabilitación de los presos varones sería igualmente buena no sólo para los hombres encarcelados, sino también para la sociedad. Las prisiones, tal como funcionan actualmente, son notoriamente pobres en rehabilitación. De hecho, a menudo refuerzan la delincuencia.

Estos son sólo algunos ejemplos de las muchas cosas que se pueden y se deben hacer. Dados mis argumentos en el Capítulo 6, no he recomendado ningún remedio que implique una acción afirmativa de preferencia para los hombres. Es decir, no propongo que se conceda ningún tipo de preferencia a los hombres por el hecho de ser hombres. Sin embargo, esto significa que las políticas y prácticas de acción afirmativa que dan preferencia a las mujeres también deben ser eliminadas. Nada de esto excluye lo que yo llamé acción afirmativa de igualdad de oportunidades para hombres y mujeres. Esto podría incluir intentos específicos para contrarrestar el sesgo implícito. Por ejemplo, Victor L. Streib ha sugerido que se podría instruir a los jurados que no deben considerar el sexo del acusado o, dicho de otra manera, que un jurado "no debe recomendar una sentencia de muerte a menos que haya llegado a la conclusión de que recomendaría una sentencia de muerte para el crimen en cuestión sin importar cuál sea el sexo del acusado...".⁶⁹ Tales instrucciones, por supuesto, no son garantía de éxito, pero son una medida, entre otras, que podría ayudar.⁷⁰

Algunos hombres favorecen el establecimiento de grupos de hombres para enfocarse y encontrar soluciones a los problemas de los hombres. Tengo la misma opinión respecto a estas cuestiones que respecto a los grupos de mujeres. Bajo ciertas condiciones limitadas podrían hacer algún bien. Por ejemplo, los grupos focalizados de defensa y promoción pueden promover eficazmente la causa de sus miembros. Sin embargo, algunos grupos de hombres, como algunos grupos de mujeres, también corren ciertos riesgos. Pueden, por ejemplo, convertirse en foros de autocompasión y de expresión de opiniones hiperbólicas que no son controladas o moderadas por opiniones alternativas.⁷¹

El hecho de que las personas sean propensas a la parcialidad en su forma de pensar acerca de tales asuntos proporciona una razón por la cual es útil, al pensar en remedios para el sexismo, considerar juntos el primero y el segundo sexismo. Es más probable que se corrija cualquier sesgo al pensar en lo que constituye discriminación sexual injusta si simultáneamente estamos pensando en desventajas comparables del otro sexo. Por lo tanto, he sugerido que pensar en la desventaja masculina puede ayudar a bloquear la inferencia feminista común de la existencia de la desventaja femenina a la existencia de la discriminación anti-femenina. De manera similar, cualquier sesgo en el pensamiento sobre cómo corregir la discriminación sexual tiene más probabilidades de ser expuesto si pensamos en adoptar los mismos correctivos para la discriminación injusta contra el otro sexo. Sugerí, por ejemplo, que la reflexión sobre la acción afirmativa de preferencias para los hombres podría ayudar a algunas feministas a ver por qué políticas de preferencias similares para las mujeres podrían ser más problemáticas de lo que ellas pensaban anteriormente. Estas perspectivas comparativas son un remedio útil para la ideología y la corrección política.

¿Cómo sería una sociedad desprovista de sexismo (tanto de la primera como de la segunda clase)? La respuesta corta es que no lo sé, y tampoco lo sabe nadie más, aunque crea que lo sabe. Esto se debe en parte a que no sabemos con precisión hasta qué punto las disparidades entre los sexos son consecuencia del sexismo, y hasta qué punto son consecuencia de las diferencias (en tendencias) entre los sexos. También se debe a que no sabemos exactamente cómo debemos responder a las diferencias que puedan existir. Por ejemplo, ¿hasta qué punto debemos reducir esas diferencias si podemos hacerlo, y hasta qué punto debemos compensarlas si no podemos o no debemos reducirlas?

La incapacidad de decir con precisión cómo sería una sociedad una vez que se hayan despojado de los últimos vestigios del sexismo no es una mala noticia. No tiene por qué impedir que actuemos para poner fin a los casos muy claros de sexismo que ahora existen. Además, a medida que avancemos, los límites de lo posible y lo apropiado se harán más claros. La medida en que el primer

sexismo se ha erosionado en algunas sociedades contemporáneas habría sido inimaginable para la mayoría de la gente hace uno o dos siglos. Por lo tanto, es posible que ocurran cosas inimaginables ahora. Aunque los cambios a menudo ocurren lentamente, se acumulan y pueden abrir nuevas perspectivas. Dicho esto, es extremadamente improbable que exista una sociedad desprovista de todo sexismo, por la sencilla razón de que es extremadamente improbable que se alcance algún ideal utópico. En lugar de centrarnos en una utopía inalcanzable, debemos dirigir nuestra atención a los cambios que claramente pueden y deben realizarse.

Conclusión

Lo que he escrito no puede ser la última palabra sobre este tema. Hay miles de artículos y libros sobre la discriminación contra la mujer. Incluso si este libro fuera mucho más largo, no podría ser exhaustivo. Cada una de las formas de desventaja podría por sí sola ser objeto de un volumen separado, y es muy posible que haya desventajas adicionales que no he analizado. Mi objetivo no ha sido ser exhaustivo, sino más bien proporcionar una discusión relativamente amplia de los temas para demostrar que los hombres también son víctimas de discriminación sexual injusta y que esto es algo que debería haber sido objeto de mayor atención. Descubrir y discutir todos los detalles del segundo sexismo requerirá el trabajo de muchas más personas.

Lo mismo ocurre con las respuestas a mis inevitables críticas. La afirmación de que existe un segundo sexismo no debería ser polémica, pero lo es. Las críticas abundan. Sin embargo, dado que son muy pocas las personas que responden a esas críticas, los que las formulan piensan que son más fuertes de lo que realmente son. Hasta ahora, muy pocos filósofos han levantado la cabeza por encima de los antepechos para responder a las ortodoxias de la academia sobre estas cuestiones. Sería bueno ver a más de ellos hablando.

He demostrado que los hombres sufren una desventaja considerable y que gran parte de esto es consecuencia de la discriminación. Es extremadamente improbable que toda esta discriminación sea justa, pero que ninguna discriminación contra las mujeres sea justa. Sin embargo, esto es justo lo que algunos negadores del segundo sexismo quieren hacernos creer. Deberíamos ser extremadamente escépticos ante un escenario tan improbable. Otros admitirán que cierta discriminación contra los hombres es injusta, pero negarán que esto es suficiente para constituir sexismo. Para merecer este último título, dicen, la discriminación injusta o ilícita debe ser contra un sexo subordinado u oprimido. Hemos visto que hay graves deficiencias en ese argumento. Incluso si admitimos esa definición de sexismo, la discriminación ilícita contra los hombres debería, no obstante, ser rechazada precisamente porque es errónea. Pero conceder a la definición excluye designar como sexismo gran parte de lo que normalmente llamaríamos sexismo. Si, como he argumentado, las mujeres ya no son dominadas u oprimidas por los hombres en algunas sociedades, entonces sobre la base de la suposición plausible de que las mujeres ya no dominan u oprimen a los hombres, no existe tal cosa como el sexismo en tales sociedades, que podría ser designado como possexista. Sin embargo, parece altamente inverosímil pensar que el sexismo deja de existir una vez que un sexo no domina u oprime a otro. Esto sugiere, he argumentado, que las definiciones alternativas de sexismo deberían abandonarse en favor de la que propuse en la introducción. Una vez que uno hace eso, el último obstáculo que queda para reconocer el segundo sexismo es eliminado.

Notas

- 1 Véase, por ejemplo, Warren Farrell y James P. Sterba, *Does Feminism Discriminate against Men? A Debate*, Nueva York: Oxford University Press, 2008.
- 2 La Organización Nacional de Mujeres (NOW) en los Estados Unidos parece haber ido más allá al sugerir que incluso cuando el reclutamiento no está justificado, las mujeres no

deberían estar exentas si los hombres están siendo reclutados. En enero de 1980, NOW resolvió lo siguiente:

Se resuelve que NOW se opone a que se restablezca el registro y el reclutamiento tanto para hombres como para mujeres. El enfoque principal de NOW en este tema es la oposición al registro y al borrador. Sin embargo, si no podemos detener la vuelta al registro y al reclutamiento, tampoco podemos elegir entre hermanas y hermanos. Nos oponemos a cualquier registro o borrador que excluya a las mujeres como una negación inconstitucional de sus derechos tanto a los hombres como a las mujeres jóvenes. Y seguimos oponiéndonos a toda discriminación sexual por parte de las fuerzas armadas voluntarias.

Organización Nacional de Mujeres, "Oposición al reclutamiento y registro". En línea en <http://www.now.org/issues/military/policies/draft2.html> (consultado el 23 de diciembre de 2010).

No está claro en esta resolución si NOW piensa que el reclutamiento podría estar justificado. Sin embargo, está claro que era de la opinión de que, independientemente de si el reclutamiento está justificado, sería un error reclutar sólo a hombres.

La resolución de 1980 fue precedida por otra, en 1971, en la que se condenaba la "base sexista del servicio militar obligatorio". En línea en <http://www.now.org/issues/military/policies/war.html> (consultado el 23 de diciembre de 2010).

- 3 Obviamente, es difícil saber qué proporción de acusaciones de acoso sexual son falsas. Parte de la dificultad es determinar cuándo una acción es acoso sexual. Hay definiciones más amplias y estrechas. Incluso es difícil determinar el alcance de las falsas acusaciones de violación. Un estudio, que funcionaba con una definición inequívoca de violación, rastreó la proporción de falsas acusaciones de violación en una pequeña comunidad metropolitana durante un período de nueve años. Las acusaciones se consideraron falsas cuando el acusador se retractó. Este estudio encontró que el 41% de las acusaciones de violación eran falsas. (Ver Eugene J. Kanin, "False rape allegations," *Archives of Sexual Behavior*, 23(1), 1994, pp. 81-92.) El autor advierte explícitamente contra la generalización de esta muestra. Concluye que "las falsas acusaciones de violación no son infrecuentes" (pág. 90). Al menos podemos concluir que esta posibilidad no puede excluirse.
- 4 Myra y David Sadker, *Failing at Fairness: How America's Schools Cheat Girls*, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1994, p. 205. Ver págs. 205-209 del libro de los Sadkers para más ejemplos de cuán robusto sigue siendo el rol de género masculino.
- 5 No estoy afirmando que los hombres estén oprimidos porque no hayan ingresado históricamente a las profesiones femeninas en grandes cantidades, pero sí creo que el hecho de que no hayan ingresado a esas profesiones indica la mayor resistencia del papel de los hombres en el género.
- 6 Kenneth Clatterbaugh, "Are men oppressed", en Larry May, Robert Strikwerda y Patrick D. Hopkins (eds.), *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in the Light of Feminism*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 1996, p. 299.
- 7 Linda A. Bell, "Gallantry: what it is and why it should not survive," *Southern Journal of Philosophy*, 22, 1984, pp. 165-173.
- 8 No pretendo que todas las feministas se ofendan o lo expresen. En vez de eso, me refiero a las feministas que lo hacen.

- 9 La conferencia tuvo lugar en la Woodrow Wilson School of Public and International Affairs de la Universidad de Princeton el 4 de febrero de 2010.
- 10 Linda A. Bell, "Gallantry", p. 172.
- 11 Para docenas más, ver Paul Nathanson y Katherine K. Young, *Spreading Misandry*, Montreal y Kingston: McGill-Queen's University Press, 2001.
- 12 David Benatar, "Sexist language: alternatives to the alternatives", *Public Affairs Quarterly*, 19(1), enero de 2005, pp. 1-9. Curiosamente, se emplean desviaciones de la defensa celosa del lenguaje inclusivo de género cuando éste sirve mejor al guión de los perpetradores masculinos y las víctimas femeninas. Véase, por ejemplo, Sharon Lamb, "Nota sobre la terminología", en *El problema de la culpa: Victims, Perpetrators, and Responsibility*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996, p. viii; y una entrevista con Mark Hess, citada por Philip W. Cook, *Abused Men: The Hidden Side of Domestic Violence*, 2nd edn, Westport, CT: Praeger, 2009, p. 143.
- 13 He aquí un ejemplo irónico: La convocatoria de ponencias para una conferencia titulada "Grupos insuficientemente representados en filosofía" (Universidad de Cardiff, 26 de noviembre de 2010) hace referencia a la estrategia de "[a]lertar a los organizadores de la conferencia sobre los problemas de los programas de oradores homogéneos y animarles a considerar a oradores de un grupo más diverso ". Las dos oradoras principales anunciadas para esta conferencia fueron mujeres. Esto no es una cuestión de género y, por lo tanto, parece que los organizadores de esta conferencia no hicieron caso a sus propios consejos.
- 14 Para muchos ejemplos, ver Patricia Pearson, *When She Was Bad: Violent Women and the Myth of Innocence*, Nueva York: Viking, 1997 (por ejemplo, págs. 52, 61).
- 15 Jean Bethke Elshtain (*Women and War*, Brighton: Harvester Press, 1987, p. 235) atribuye este tipo de visión a Virginia Woolf (en su *Tres Guineas*) y Jane Addams (en su *The Long Road to Woman's Memory, Peace and Bread in Time of War and Newer Ideals of Peace*).
- 16 Véase, por ejemplo, Jean Bethke Elshtain, *Women and War*, págs. 167 a 169, 181 y 196. Véase también, "Women as perpetrators", en Truth and Reconciliation Commission of South Africa, *Truth and Reconciliation Commission of South Africa Report*, Cape Town: Truth and Reconciliation Commission, 1998, vol. 4, pp. 313-314; y African Rights, Rwanda: *No tan inocente - Cuando las mujeres se convierten en asesinas*, Londres: African Rights, 1995.
- 17 Wini Breines y Linda Gordon, "The new scholarship on family violence," *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 1983, 8(3), p. 495.
- 18 Muchas feministas ignoran la cuestión del reclutamiento de mujeres. Sin embargo, las feministas fueron desafiadas a comentar sobre el asunto cuando la Corte Suprema de los Estados Unidos consideró la posibilidad de impugnar la discriminación por motivos de sexo en el borrador sólo para hombres. La Organización Nacional de Mujeres expresó su apoyo a la contratación de mujeres. Otros grupos feministas, sin embargo, se opusieron a la contratación de mujeres. (Véase Judith Wagner DeCew, "The combat exclusion and the role of women in the military", *Hypatia*, 10(1), Winter 1995, p. 72.)
- 19 Philip W. Cook, *Abused Men*, pp. 114-117.
- 20 Aunque ya lo he dicho explícitamente antes, no ha impedido que algunos críticos me atribuyan la afirmación de que el feminismo es responsable del segundo sexismo. Véase Carol Quinn y Rosemarie Tong, "The consequences of taking the second sexism seriously",

Social Theory and Practice, 29(2), abril de 2003, p. 245; y Kenneth Clatterbaugh, "Benatar's alleged second sexism", *Social Theory and Practice*, 29(2), abril de 2003, p. 213.

- 21 Algunos han sugerido que lo niego. Véase, por ejemplo, Tom Digby, "Male trouble: are men victims of sexism?". *Social Theory and Practice*, 29(2), abril de 2003, pp. 252-253; y Carol Quinn y Rosemarie Tong, "The consequences of taking the second sexism seriously," p. 244.
- 22 Tom Digby, "Male trouble", p. 253.
- 23 Ibídem, pág. 252.
- 24 Algunos pueden pretender afirmar que las niñas se benefician del procedimiento porque sin él serían condenadas al ostracismo. Es cierto que en las sociedades en las que la práctica está muy extendida, los individuos que no son sometidos a la ablación pueden ser condenados al ostracismo. Es una pregunta más si el beneficio de no ser condenado al ostracismo es mayor que el daño de ser cortado. Sin embargo, cualquiera que sea la respuesta a esto, la crítica feminista se entiende más plausiblemente como una crítica de la práctica general y no de casos individuales de la misma en el contexto de una práctica general.
- 25 Como he dicho en la Introducción, aunque esto no cuente como sexismo, seguiría siendo un error.
- 26 Marilyn Frye, *La política de la realidad: Ensayos en Teoría Feminista*, Freedom, CA: The Crossing Press, 1983, p. 1. Otros utilizan un lenguaje ligeramente diferente. Allison Jaggar dice que el feminismo está "dedicado a terminar con la subordinación de las mujeres" (mi énfasis). (Alison Jaggar (ed.), *Living with Contradictions: Controversias en la ética social feminista*, Boulder, CO: Westview Press, 1994, p. 2.)
- 27 Kenneth Clatterbaugh, "Are men oppressed?", pág. 289.
- 28 Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton: Princeton University Press, 1990, págs. 40-41.
- 29 Ibídem, pág. 41.
- 30 Ibid.
- 31 Ibid.
- 32 Marilyn Frye, *The Politics of Reality*, pp. 10-11, citado por Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, p. 41.
- 33 Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, p. 64.
- 34 Ibídem, pág. 49.
- 35 Ibídem, pág. 53.
- 36 Ibídem, pág. 56.
- 37 Ibid.
- 38 Ibid., p. 57.
- 39 Ibídem, pág. 59.
- 40 Ibídem, págs. 58 y 59.
- 41 Ibídem, pág. 61.

- 42 Ibid.
- 43 Ibídem, pág. 53.
- 44 Ibídem, pág. 50.
- 45 Ibid.
- 46 Ibid.
- 47 Ibid.
- 48 Cuántos hombres y mujeres hay dependen de lo que se entienda por "mujeres que trabajan para ellos en casa". Si se trata de mujeres con las que están casados o en pareja, entonces el número es mucho mayor que si se incluye el trabajo doméstico contratado (por lo general femenino). Pero el problema de interpretar la frase de manera más amplia para incluir el trabajo contratado es que aquellos "que disfrutan de libertad, poder, estatus y autorrealización" dependen no sólo del trabajo doméstico (remunerado) sino también de mucho otro trabajo remunerado -el trabajo de aquellos que cultivan sus alimentos, se deshacen de sus desechos y arreglan sus automóviles, por ejemplo. Dado que gran parte de este trabajo lo realizan los hombres, aquellos "que gozan de libertad, poder, estatus y autorrealización" no podrían disfrutar de esas cosas sin el trabajo de hombres y mujeres.
- 49 Carole Pateman, *The Sexual Contract*, Cambridge: Polity Press, 1988, pág. 158.
- 50 Huelga decir que para determinar la situación actual de *jure*, no bastará con citar pruebas históricas. El enfoque del profesor Pateman en *El Contrato Sexual* es casi exclusivamente histórico. Escribe ampliamente sobre las relaciones entre hombres y mujeres, entre esposos y esposas, en el pasado. Cuando se refiere al presente, casi siempre se trata de una afirmación arrolladora e infundada. Por ejemplo, dice que en la "sociedad civil moderna todos los hombres son considerados lo suficientemente buenos como para ser amos de las mujeres" (p. 219). Se refiere, en pocas frases, a la desventaja femenina contemporánea en el mundo desarrollado (p. 228, por ejemplo), pero los ejemplos son selectivos e incluso algunos de ellos (por ejemplo, la afirmación de que "las circunstancias económicas de las mujeres siguen poniéndolas en desventaja en la rescisión del contrato matrimonial") son impugnados. (Véase la sección sobre "Custodia" en el capítulo 5, más arriba.)
- 51 Para rectificar esto, Susan Moller Okin ha sugerido que ambos cónyuges deberían tener "el mismo derecho legal a todos los ingresos que entran en el hogar" (*Justice, Gender, and the Family*, New York: Basic Books, 1989, pp. 181-183).
- 52 Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, p. 56.
- 53 Ibídem, pág. 59.
- 54 Ibid.
- 55 Jessica Valenti, "For Women in America, Equality Is Still an Illusion," *Washington Post*, 21 de febrero de 2010, p. B02.
- 56 Janet Radcliffe Richards, "Esferas separadas", en Peter Singer (ed.), *Applied Ethics*, Oxford: Oxford University Press, 1986, p. 198.
- 57 Ibid.

- 58 Digo "en general", porque hay algunos hombres que han querido cambiar de lugar con las mujeres, y no por un llamado "trastorno de identidad de género". Un ejemplo es la vestimenta de los hombres con ropa de mujer para asegurar lugares en los botes salvavidas.
- 59 Esto no quiere decir que estas filósofas feministas piensen que están peor que las mujeres en sociedades más tradicionales. Ellas no piensan eso. Sin embargo, es cierto que están más insatisfechas con su propia situación que algunas de las mujeres más restringidas en las sociedades más tradicionales están insatisfechas con la suya.
- 60 Las feministas necesitan tomar una posición -como lo hizo la Organización Nacional de Mujeres (ver nota 2 arriba)- sobre si las mujeres deberían estar exentas bajo tales condiciones.
- 61 Los pacifistas piensan esto, y algunas feministas son pacifistas. Es presumiblemente una implicación de al menos algunas formas de pacifismo que una mujer no puede usar violencia (mortal) para defenderse contra un hombre que intenta violarla, incluso si esa es la única manera en que puede prevenir el asalto.
- 62 En su carta al *New York Times* sobre el maltrato de reclutas femeninas en la Ciudadela de Carolina del Sur, EE.UU., Dan Patterson escribe: "En efecto, es una triste situación cuando se necesita el abuso de cadetes femeninas para hacer que la "conducta desviada" de la Ciudadela sea de interés periodístico. ¿Dónde estaba esa indignación durante los muchos años que los cadetes sufrieron abusos?" "Citadel's Culture Abused Men before Women", *New York Times*, 17 de enero de 1997. No niego que una mujer reclutada sola pueda ser señalada para un tipo especial de trato duro, pero esto también ha sido cierto en el caso de los reclutas varones que han sido diferentes de alguna manera.
- 63 Para algunos ejemplos, véase Kingsley Browne, *Co-Ed Combat: The New Evidence That Women Shouldn't Fight the Nation's Wars*, Nueva York: Sentinel, 2007, págs. 208-229.
- 64 Algunos podrían sugerir una estrategia alternativa - que continuar diciéndole esto a los niños sería aceptable si también se les dijera a las niñas que "las niñas grandes no lloran". El problema con esta estrategia es que el efecto de la amonestación a las niñas es poco probable, al menos por ahora, que tenga el mismo efecto en las niñas que la amonestación comparable en los niños y, por lo tanto, el mismo tratamiento tendría un impacto dispar.
- 65 Si la frase "tomándolo como una mujer" llegara a significar lo mismo que "tomándolo como un hombre", entonces el significado de ambas frases habrá cambiado.
- 66 O, más exactamente, poner fin a la violencia contra aquellos, incluidos los hombres, que no la merecen.
- 67 Comisión Federal de Techos de Vidrio, *Bueno para los Negocios: Making Full Use of the Nation's Human Capital*, Washington, DC: Comisión Federal de Techos de Vidrio, 1995.
- 68 Women and Work Commission, "Shaping a Fairer Future", Londres: UK Commission for Employment and Skills, 2006, p. xii.
- 69 Victor L. Streib, "Gendering the death penalty: countering sex bias in a masculine sanctuary," *Ohio State Law Journal*, 63, pp. 464-465, citando 18 U.S.C §3593(f) 1997.
- 70 Para evidencia de que este tipo de recordatorios éticos pueden impactar en el comportamiento, vea Dan Ariely, *Predictably Irrational: The Hidden Forces That Shape Our Decisions*, rdo. y edn expandido, Nueva York: Harper, 2009, pp. 207-214.

- 71 Deborah Rhode objeta que el "público estadounidense recibe interminables informes de lo que está mal con el movimiento de las mujeres", pero "rara vez oímos hablar de lo que está mal con el movimiento de los hombres" (*Speaking of Sex: The Denial of Gender Inequality*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997, p. 217). Una buena razón para la atención asimétrica, sin embargo, es que el movimiento de los hombres es mucho más pequeño y menos influyente que el movimiento de las mujeres. Mucha gente no lo toma en serio, pero les resulta mucho más difícil desestimar el movimiento de mujeres. El enfoque en (algunas partes del) movimiento de las mujeres es por lo tanto comprensible, incluso si muchos de los mismos defectos caracterizan (algunas partes del) movimiento de los hombres.

Bibliografia

- African Rights (1995) Rwanda: Death, Despair and Defiance, rev. edn. London: African Rights.
- African Rights (1995) Rwanda: Not So Innocent – When Women Become Killers. London: African Rights.
- Albert, D.J., Walsh, M.L. and Jonik, R.H. (1993) “Aggression in humans: what is its biological foundation?” *Neuroscience and Behavioral Review*, 17: 405–425.
- Allen, A. (1993) “Women’s health,” *New England Journal of Medicine*, 329(24): 1816–1817.
- Allen, C.M. (1990) “Women as perpetrators of child sexual abuse: recognition barriers,” in A.L. Horton, B.L. Johnson, L.M. Roundy and D. Williams (eds), *The Incest Perpetrator: A Family Member No One Wants to Treat*. Newbury Park, CA: Sage Publications, pp. 108–125.
- Aloisi, A.M., and Bonifazi, M. (2006) “Sex hormones, central nervous system and pain,” *Hormones and Behavior*, 50: 1–7.
- Altermatt, E.R., Jovanovic, J. and Perry, M. (1998) “Bias or responsivity? Sex and achievement-level effects on teachers’ classroom questioning practices,” *Journal of Educational Psychology*, 90(3): 516–527.
- Alvarez, L. (2009) “G.I. Jane Breaks the Combat Barrier as War Evolves,” *New York Times*, August 16, <http://www.nytimes.com/2009/08/16/us/16women.html> (accessed August 16, 2009).
- Amato, P.R., and Keith, B. (1991) “Parental divorce and adult well-being: a meta-analysis,” *Journal of Marriage and the Family*, 53: 43–58.
- American Academy of Pediatrics, Committee on Bioethics (2010) “Policy Statement – Ritual Genital Cutting of Female Minors,” *Pediatrics*, published online April 26, 2010. DOI: 10.1542/peds.2010-0187.
- American Academy of Pediatrics (2010) “American Academy of Pediatrics Withdraws Policy Statement on Female Genital Cutting,” May 27, www.aap.org/advocacy/releases/fgc-may27-2010.htm (accessed July 4, 2010).
- American Association of University Women (1991) *Shortchanging Girls, Shortchanging America*. Washington, DC: American Association of University Women.
- American Association of University Women (1992) *The AAUW Report: How Schools Shortchange Girls*. Washington, DC: American Association of University Women.
- American Association of University Women (2001) *Beyond the “Gender Wars”: A Conversation about Girls, Boys and Education*. Washington, DC: American Association of University Women.
- Anderson, K.G. (2006) “How well does paternity confidence match actual paternity?” *Current Anthropology*, 47(3): 513–520.
- Anderson & Travis, PC (2004) Statement: “Army drops all legal action against SSG Georg-Andreas Pogany,” July 16.
- Angell, M. (1993) “Caring for women’s health: what is the problem?” *New England Journal of Medicine*, 329(4): 271–272.

- Anonymous (1996) "African-born U.S. residents are the most highly educated group in American society," *Journal of Blacks in Higher Education*, 13 (Autumn): 33–34.
- Anonymous (1999/2000) "African immigrants in the United States are the nation's most highly educated group," *Journal of Blacks in Higher Education*, 26 (Winter): 60–61.
- Anonymous (2006) "Circumcisions have claimed 102 lives since 1996," *Cape Times*, October 5, p. 6.
- Anonymous (2010) "Not Anyone's Daughter," *New York Times*, June 30, <http://nytimes.com/2010/07/01/opinion/01thu4.html?scp=1&sq=not%20anyone's%20daughter&st=cse> (accessed July 1, 2010).
- Anonymous (n.d.) "Berit Mila Program of Reform Judaism: Ceremonies for Girls," <http://beritmila.org/Ceremonies%20for%20girls.html> (accessed August 10, 2005).
- Anonymous (n.d.) "Caning in Singapore," Wikipedia, http://en.wikipedia.org/wiki/Caning_in_Singapore#Military_Caning (accessed October 12, 2009).
- Anonymous (n.d.) "Conscription," Wikipedia, <http://en.wikipedia.org/wiki/Conscription> (accessed March 21, 2010).
- Anonymous (n.d.) "Eton College," Wikipedia, http://en.wikipedia.org/wiki/Eton_College#Corporal_punishment (accessed December 24, 2010).
- Anonymous (n.d.) "Judicial corporal punishment," Wikipedia, http://en.wikipedia.org/wiki/Judicial_corporal_punishment (accessed October 12, 2009).
- Anonymous (n.d.) "Parental leave," Wikipedia, http://en.wikipedia.org/wiki/Parental_leave (accessed January 3, 2011).
- Arias, I., and Johnson, P. (1989) "Evaluations of physical aggression among intimate dyads," *Journal of Interpersonal Violence*, 4(3): 298–307.
- Ariely, D. (2009) *Predictably Irrational: The Hidden Forces That Shape Our Decisions*, rev. and expanded edn, New York: Harper.
- Associated Press (2009) "Pregnant G.I.s Could Be Punished," *New York Times*, December 20, <http://www.nytimes.com/2009/12/20/us/20general.html?pagewanted=print> (accessed December 20, 2009).
- Associated Press (2009) "U.S. General Backs Off Pregnancy Policy," *New York Times*, December 23, <http://www.nytimes.com/2009/12/23/us/23baghdad.html?fta=y&pagewanted=print> (accessed December 23, 2009).
- Associated Press (2009) "Commander to Rescind a Provision on Pregnancy," *New York Times*, December 26, <http://www.nytimes.com/2009/12/26/us/26military.html?th=&emc=th&pagewanted=print> (accessed December 26, 2009).
- Auvert, B., Taljaard, D., Lagarde, E. et al. (2005) "Randomized, controlled intervention trial of male circumcision for reduction of HIV infection risk: the ANRS 1265 trial," *PLoS Medicine*, 2(11): 1112–1122.
- Bailey, R.C., Moses, S., Parker, C.B. et al. (2007) "Male circumcision for HIV prevention in young men in Kisumu, Kenya: a randomised controlled trial," *The Lancet*, 369: 643–656.
- Baldus, C., Woodworth, G. and Pulaski, Jr., C.A. (1990) *Equal Justice and the Death Penalty: A Legal and Empirical Analysis*. Boston: Northeastern University Press.

- Barker, R. (2006) "Questions for Written Answer," New Zealand Parliament, July 27, http://www.parliament.nz/enNZ/PB/Business/QWA/0/f/d/QWA_09643_2006-9643-2006-Judy-Turner-to-the-Minister-for-Courts.htm (accessed April 5, 2011).
- Bateman, C. (2005) "Blood service adjusts after 'racist' claims," *South African Medical Journal*, 95: 728–730.
- Bax, E.B. (1908) "The Legal Subjection of Men," http://en.wikisource.org/wiki/The_Legal_Subjection_of_Men (accessed July 1, 2010).
- Bell, L.A. (1984) "Gallantry: what it is and why it should not survive," *Southern Journal of Philosophy*, 22: 165–173.
- Beller, S. (1989) *Vienna and the Jews: 1867–1938*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Benatar, D. (1996) "The child, the rod and the law," *Acta Juridica*: 197–214.
- Benatar, D. (1997) "Same-sex marriage and sex discrimination," *American Philosophical Association Newsletter on Philosophy and Law*, 97(1): 71–74.
- Benatar, D. (1998) "Corporal punishment," *Social Theory and Practice*, 24(2): 237–260.
- Benatar, D. (2003) "The second sexism," *Social Theory and Practice*, 29(2): 177–210.
- Benatar, D. (2003) "The second sexism, a second time," *Social Theory and Practice*, 29(2): 275–296.
- Benatar, D. (2005) "Sexist language: alternatives to the alternatives," *Public Affairs Quarterly*, 19(1): 1–9.
- Benatar, D. (2006) *Better Never to Have Been*. Oxford: Oxford University Press.
- Benatar, D. (2008) "Diversity limited," in L.M. Thomas (ed.), *Contemporary Debates in Social Philosophy*. Oxford: Wiley-Blackwell, pp. 212–225.
- Benatar, D. (2008) "Justice, diversity and racial preference: a critique of affirmative action," *South African Law Journal*, 125(2): 274–306.
- Benatar, D. (2008) "Why do Jewish egalitarians not circumcise their daughters?" *Jewish Affairs*, 63(3): 21–23.
- Benatar, D., and Benatar, M. (2001) "A pain in the fetus: toward ending confusion about fetal pain," *Bioethics*, 15(1): 57–76.
- Benatar, D., and Benatar, M. (2003) "How not to argue about circumcision," *American Journal of Bioethics*, 3(2): W1–W9, http://www.bioethics.net/journal/pdf/3_2_LT_w01_Benatar.pdf (accessed August 29, 2011).
- Benatar, M., and Benatar, D. (2003) "Between prophylaxis and child abuse: the ethics of neonatal circumcision," *American Journal of Bioethics*, 3(2): 35–48.
- Benokraitis, N.V. (1997) *Subtle Sexism: Current Practices and Prospects for Change*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Benokraitis, N.V., and Feagin, J.R. (1995) *Modern Sexism: Blatant, Subtle, and Covert Discrimination*, 2nd edn. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Berenbaum, S.A., and Resnick, S.M. (1997) "Early androgen effects on aggression in children and adults with congenital adrenal hyperplasia," *Psychoneuroendocrinology*, 22(7): 505–515.

- Bevacqua, M. (2000) *Rape on the Public Agenda: Feminism and the Politics of Sexual Assault*. Boston: Northeastern University Press.
- Bevan, D. (1972) *Drums of the Birkenhead*. Cape Town: Purnell & Sons.
- Bickle, G.S., and Peterson, R.D. (1991) "The Impact of Gender-Based Family Roles on Criminal Sentencing," *Social Problems*, 38(3): 372–394.
- Bleier, R. (1984) *Science and Gender: A Critique of Biology and Its Theories on Women*. New York: Pergamon Press.
- Bloom, B.L., Asher, S.J. and White, S.W. (1978) "Marital disruption as a stressor: a review and analysis," *Psychological Bulletin*, 85(4): 867–894.
- Bourke, J. (1996) *Dismembering the Male: Men's Bodies, Britain and the Great War*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bourke, J. (1999) *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare*. New York: Basic Books.
- Bourke, J. (2007) *Rape: A History from 1860 to the Present Day*. London: Virago.
- Bowlby, G. (2008) "Provincial drop-out rates: trends and consequences," <http://www.statcan.gc.ca/pub/81-004-x/2005004/8984-eng.htm> (accessed December 2, 2009).
- Brake, E. (2005) "Fatherhood and child support: do men have a right to choose?" *Journal of Applied Philosophy*, 22(1): 55–73.
- Braver, S.L. (1998) *Divorced Dads: Shattering the Myths*. New York: Jeremy P. Tarcher/Putman.
- Breines, W., and Gordon, L. (1983) "The new scholarship on family violence," *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 8(3): 490–531.
- Brinkeroff, M.B., and Lupri, E. (1988) "Interspousal Violence," *Canadian Journal of Sociology*, 13(4): 407–430.
- Brody, L. (1999) *Gender, Emotion and the Family*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Browne, K. (1995) "Sex and temperament in modern society: a Darwinian view of the glass ceiling and the gender gap," *Arizona Law Review*, 37(4): 1017–1028.
- Browne, K. (2007) *Co-Ed Combat: The New Evidence That Women Shouldn't Fight the Nation's Wars*. New York: Sentinel.
- Browning, C. (1992) *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*. New York: HarperCollins.
- Browning, C. (2000) *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*. New York: Cambridge University Press.
- Brozan, N. (1998) "Religious Circumcision in a Changing World," *New York Times*, October 19, <http://www.nytimes.com/1998/10/19/us/religious-circumcision-in-a-changing-world.html> (accessed June 18, 2011).
- Carlson, E.S. (2006) "The hidden prevalence of male sexual assault during war," *British Journal of Criminology*, 46(1): 16–25.
- Carpenter, C. (2005) "'Women, children and other vulnerable groups': gender, strategic frames and the protection of civilians as a transnational issue," *International Studies Quarterly*, 49(2): 295–334.

- Cascardi, M., Langhinrischen, J. and Vivian, D. (1992) "Marital aggression: impact, injury, and health correlates for husbands and wives," *Archives of Internal Medicine*, 152: 1178–1184.
- Centers for Disease Control and Prevention. (1995) *Monthly Vital Statistics Report*, 43(9), Supplement, pp. 24–25.
- Chivers, M., and Bailey, J.M. (2005) "A sex difference in features that elicit genital response," *Biological Psychology*, 70(2): 115–120.
- Clark, R. (n.d.) "Female executions 2000 to date," <http://www.capitalpunishmentuk.org/women.html> (accessed February 24, 2010).
- Clarke-Steward, K.A., and Hayward, C. (1996) "Advantages of father custody and contact for the psychological well-being of school-age children," *Journal of Applied Developmental Psychology*, 17(2): 239–270.
- Clatterbaugh, K. (1996) "Are men oppressed?" in L. May, R. Strikwerda and P.D. Hopkins (eds), *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in the Light of Feminism*, 2nd edn. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, pp. 289–305.
- Clatterbaugh, K. (2003) "Benatar's alleged second sexism," *Social Theory and Practice*, 29(2): 211–218.
- Claver, S. (1954) *Under the Lash: A History of Corporal Punishment in the British Armed Forces*. London: Torchstream Books.
- Coleman, D.L. (1998) "The Seattle compromise: multicultural sensitivity and Americanization," *Duke Law Journal*, 47: 717–783.
- Conquest, R. (1968) *The Great Terror: Stalin's Purge of the Thirties*. Toronto: Macmillan.
- Cook, P.W. (2009) *Abused Men: The Hidden Side of Domestic Violence*, 2nd edn. Westport, CT: Praeger.
- Coughlin, A.M. (1994) "Excusing women," *California Law Review*, 82(1): 1–93.
- Craft, R.M., Mogil, J.S. and Aloisi, A.M. (2004) "Sex differences in pain and analgesia: the role of gonadal hormones," *European Journal of Pain*, 8(5): 397–411.
- Craven, D. (1997) "Sex Differences in Violent Victimization, 1994," Bureau of Justice Statistics Special Report. Washington, DC: US Department of Justice.
- Cronin, H. (2008), "Mind the (Gender) Gap: It's More Than Cultural," *Cape Times*, 29 August, p. 11.
- Cronin, H. (2008) "More dumbbells but more Nobels: why men are at the top," http://edge.org/q2008/q08_10.html (accessed January 11, 2010).
- Curan, D.A. (1983) "Judicial discretion and defendant's sex," *Criminology*, 21(1): 41–58.
- Dahl, R. (1984) *Boy: Tales of Childhood*. London: Puffin Books.
- Daly, K. (1987) "Discrimination in criminal courts: family, gender, and the problem of equal treatment," *Social Forces*, 66(1): 152–175.
- Daly, K., and Tonry, M. (1997) "Gender, race and sentencing," *Crime and Justice*, 22: 201–252.
- DeCew, J.W. (1995) "Women, equality, and the military," in D.E. Bushnell (ed.), *Nagging Questions: Feminist Ethics in Everyday Life*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

- DeCew, J.W. (1995) "The combat exclusion and the role of women in the military," *Hypatia*, 10(1): 56–73.
- Dempsey, J. (2007) "East German Shoot-to-Kill Order Is Found," *New York Times*, August 13, <http://www.nytimes.com/2007/08/13/world/europe/13germany.html> (accessed August 13, 2007).
- Demuth, S., and Steffensmeier, D. (2004) "The impact of gender and race-ethnicity in the pretrial release process," *Social Problems*, 51(2): 222–242.
- Department of Justice (1990) *Evaluation of the Divorce Act. Phase II: Monitoring and Evaluation*. Ottawa: Department of Justice Canada, Bureau of Review.
- Digby, T. (1998) "Do feminists hate men? Feminism, antifeminism and gender oppositionality," *Journal of Social Philosophy*, 29(2): 15–31.
- Digby, T. (2003) "Male trouble: are men victims of sexism?" *Social Theory and Practice*, 29(2): 247–273.
- Dillon, S., and Rimer, S. (2005) "No Break in the Storm over Harvard President's Words," *New York Times*, January 19, <http://www.nytimes.com/2005/01/19/education/19harvard.html> (accessed January 19, 2005).
- Drèze, J., and Sen, A. (1989) *Hunger and Public Action*. Oxford: Clarendon Press.
- Dutton, D., and Nicholls, T. (2005) "The gender paradigm in domestic violence research and theory. Part 1: the conflict of theory and data," *Aggression and Violent Behavior*, 10(6): 680–714.
- Dworkin, R. (1981) "What is equality? Part 2: equality of resources," *Philosophy and Public Affairs*, 10(4): 283–345.
- Dworkin, R. (1987) *Taking Rights Seriously*. London: Duckworth.
- Eagly, A.H., and Steffen, V.J. (1986) "Gender and aggressive behavior: a meta-analytic review of social psychological literature," *Psychological Bulletin*, 100(3): 309–330.
- The Economist. (2006) *Pocket World in Figures*, 2007 edn. London: Profile Books.
- Ehrhardt, A.A., and Baker, S.W. (1978) "Fetal androgens, human central nervous system differentiation, and behavior sex differences," in R.C. Friedman, R.M. Richart and R.L. Vande Wiele (eds), *Sex Differences in Behavior*. Huntington, NY: Robert E. Krieger Publishing Co., pp. 33–51.
- Ellis, L., Herschberger, S., Field, E. et al. (2008) *Sex Differences: Summarizing More Than a Century of Scientific Research*. New York: Psychology Press.
- Ellsworth-Jones, W. (2008) *We Will Not Fight: The Untold Story of the First World War's Conscientious Objectors*. London: Aurum.
- Elshtain, J.B. (1987) *Women and War*. Brighton: Harvester Press.
- Estrich, S. (1987) *Real Rape*. Cambridge: Harvard University Press.
- Enloe, C. (1994) "Some of the best soldiers wear lipstick," in A.M. Jaggar (ed.), *Living with Contradictions*, pp. 599–608.
- Farrell, C. (n.d.) "Singapore: school CP," <http://www.corpun.com/rules2.htm#singsch> (accessed October 13, 2009).
- Farrell, W., and Sterba, J.P. (2008) *Does Feminism Discriminate against Men? A Debate*. New York: Oxford University Press.

- Fausto-Sterling, A. (1985) *Myths of Gender: Biological Theories about Men and Women*, rev. edn. New York: Basic Books.
- Federal Bureau of Investigation (2008) "Hate Crime Statistics," <http://www.fbi.gov/ucr/hc2008/documents/incidentsandoffenses.pdf> (accessed December 21, 2009).
- Federal Glass Ceiling Commission (1995) *Good for Business: Making Full Use of the Nation's Human Capital*. Washington, DC: US Department of Labor.
- Feinberg, J. (1985) *Offense to Others*. New York: Oxford University Press.
- Felson, R.B. (2000) "The normative protection of women from violence," *Sociological Forum*, 15(1): 91–116.
- Fergusson, D.M., Horwood, L.J. and Ridder, E.M. (2005) "Partner violence and mental health outcomes in a New Zealand birth cohort," *Journal of Marriage and the Family*, 67(5): 1103–1119.
- Feuer, L.S. (1982) "The stages of the social history of Jewish professors in American colleges and universities," *American Jewish History*, 71(4): 432–465.
- Fiebert, M.S. (n.d.) "References examining assaults by women on their spouses or male partners: an annotated bibliography," <http://www.csulb.edu/~mfiebert/assault.htm> (accessed March 5, 2010).
- Fillingim, R. (2003) "Sex-related influences on pain: a review of mechanisms and clinical implications," *Rehabilitation Psychology*, 48(3): 165–174.
- Finder, A., Healy, P.D. and Zernike, K. (2006) "President of Harvard Resigns, Ending Stormy 5-Year Tenure," *New York Times*, February 22, <http://www.nytimes.com/2006/02/22/education/22harvard.html> (accessed February 22, 2006).
- Fischer, H. (2009) "United States Military Casualty Statistics: Operation Iraqi Freedom and Operation Enduring Freedom." Washington, DC: Congressional Research Service, March 25.
- Friedan, B. (1974) *The Feminine Mystique*. New York: Dell.
- Fritz, G.S., Stoll, K. and Wagner, N.N. (1981) "A comparison of males and females who were sexually molested as children," *Journal of Sex and Marital Therapy*, 7(1): 54–59.
- Frodi, A., Macaulay, J. and Thome, P.R. (1977) "Are women always less aggressive than men? A review of the experimental literature," *Psychological Bulletin*, 84(4): 634–660.
- Frye, M. (1983) *The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory*. Freedom, CA: The Crossing Press.
- Gettleman, J. (2003) "Soldier Accused as Coward Says He Is Guilty Only of Panic Attack," *New York Times*, November 6, <http://www.nytimes.com/2003/11/06/national/06SOLD.html> (accessed November 6, 2003).
- Giroud, M. (1981) *The Return to Camelot: Chivalry and the English Gentleman*. London: Yale University Press.
- Glanz, J. (2009) "Historians Reassess Battle of Agincourt," *New York Times*, October 25, <http://www.nytimes.com/2009/10/25/world/europe/25agincourt.html?pagewanted=all> (accessed October 25, 2009).
- Glazer, N., and Moynihan, D.P. (1970) *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City*, 2nd edn. Cambridge, MA: MIT Press.

- Goldberg, S. (1993) *Why Men Rule: A Theory of Male Dominance*. Chicago: Open Court.
- Goldhagen, D.J. (1997) *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*. New York: Vintage Books.
- Goldstein, J. (2001) *War and Gender*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Grall, T.S. (2009) "Custodial Mothers and Fathers and Their Child Support: 2007." Washington, DC: US Census Bureau.
- Gray, R.H., Kigozi, G., Serwadda, D. et al. (2007) "Male circumcision for HIV prevention in men in Rakai, Uganda: a randomised trial," *The Lancet*, 369: 657–666.
- Greenblat, C.S. (1983) "A hit is a hit is a hit ... or is it? Approval and tolerance of the use of physical force by spouses," in D. Finkelhor, R.J. Gelles, G.T. Hotaling and M.A. Straus (eds), *The Dark Side of Families: Current Family Violence Research*. Beverly Hills: Sage Publications, pp. 235–260.
- Grossman, D. (1995) *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*. Boston: Back Bay Books.
- Groth, N., and Burgess, W. (1980) "Male rape: offenders and victims," *American Journal of Psychiatry*, 137(7): 806–810.
- Gupta, S.C. (1986) *Capital Punishment in India*. New Dehli: Deep & Deep Publications.
- Haas, J. (1998) "The cost of being a woman," *New England Journal of Medicine*, 338(23): 1694–1695.
- Hales, S.D. (1996) "Abortion and fathers' rights," in J.M. Humber and R.F. Almeder (eds), *Reproduction, Technology, and Rights*. Totowa, NJ: Humana Press, pp. 5–26.
- Hales, S.D. (1996) "More on fathers' rights," in J.M. Humber and R.F. Almeder (eds), *Reproduction, Technology, and Rights*. Totowa, NJ: Humana Press, pp. 43–49.
- Hedderman, C., and Hough, M. (1994) "Does the Criminal Justice System Treat Men and Women Differently?"
- Research Findings 10. Croydon: Home Office Research and Statistics Department.
- Hines, D.A., Brown, J. and Dunning, E. (2007) "Characteristics of callers to the domestic abuse helpline for men," *Journal of Family Violence*, 22(2): 63–72.
- Hines, M., and Kaufman, F.R. (1994) "Androgen and the development of human sex-typical behavior: rough-and-tumble play and sex of preferred playmates in children with congenital adrenal hyperplasia (CAH)," *Child Development*, 65(4): 1042–1053.
- Hochschild, A. (1999) *King Leopold's Ghost*. Boston: Mariner Books.
- Hoffmann, C., and Reed, J. (1982) "When is imbalance not discrimination?" in W.E. Block and M.A. Walker (eds), *Discrimination, Affirmative Action, and Equal Opportunity: An Economic and Social Perspective*. Vancouver: The Fraser Institute, pp. 187–216.
- Holden, C. (1987) "Why do women live longer than men?" *Science*, 238, October 9, pp. 158–160.
- Holdstock, T.L. (1990) "Violence in schools: discipline," in B. McKendrick and W. Hoffmann (eds), *People and Violence in South Africa*. Cape Town: Oxford University Press, pp. 341–372.

- Holmes, G., and Offen, L. (1996) "Clinicians' hypothesis regarding clients' problems: are they less likely to hypothesize sexual abuse in male compared to female clients?" *Child Abuse & Neglect*, 20(6): 493–501.
- Holmes, W.C., and Slap, G.B. (1998) "Sexual abuse of boys: definition, prevalence, correlates, sequelae, and management," *Journal of the American Medical Association*, 280(21): 1855–1862.
- Home Office (2009) *Crime in England and Wales 2008/9: A Summary of the Main Findings*. London: HMSO.
- Hood, R., and Hoyle, C. (2008) *The Death Penalty: A Worldwide Perspective*, 4th edn. Oxford: Oxford University Press.
- Howard League Working Party. (1985) *Unlawful Sex*. London: Waterlow Publishers.
- Hubin, D.C. (1999) "Parental rights and due process," *Journal of Law and Family Studies*, 1(2): 123–150.
- Hubin, D.C. (2003) "Daddy dilemmas: untangling the puzzles of paternity," *Cornell Journal of Law and Public Policy*, 13(1): 29–80.
- Hyman, I.A. (1990) *Reading, Writing, and the Hickory Stick*. Lexington, MA: Lexington Books.
- "Investigator" and Farrell, C. (2008) "Judicial caning in Singapore, Malaysia and Brunei," <http://www.corpun.com/singfeat.htm> (accessed October 12, 2009).
- Irvine, A.D. (1996) "Jack and Jill and employment equity," *Dialogue*, 35(2): 255–291.
- Izraeli, D.N. (1997) "Gendering military service in the Israel Defense Force," *Israel Social Science Research*, 12(1): 129–166.
- Jack, I. (1999) "Leonardo's grave," *Granta*, 67: 7–37.
- Jagger, A.M., ed. (1994) *Living with Contradictions: Controversies in Feminist Social Ethics*. Boulder, CO: Westview Press.
- Johnson, K., Asher, J., Rosborough, S. et al. (2008) "Association of combatant status and sexual violence with health and mental health outcomes in postconflict Liberia," *Journal of the American Medical Association*, 300(6): 676–690.
- Jones, A. (2000) "Gendercide and genocide," *Journal of Genocide Research*, 2(2), pp. 185–211.
- Jones, A., ed. (2004) *Gendercide and Genocide*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- Jones, A. (2009) *Gender Inclusive: Essays on Violence, Men, and Feminist International Relations*. New York: Routledge.
- Jurado, R. (1998/1999) "The essence of her womanhood: defining the privacy rights of women prisoners and the employment rights of women guards," *Journal of Gender, Social Policy and the Law*, 7(1): 1–53.
- Kanin, E.J. (1994) "False rape allegations," *Archives of Sexual Behavior*, 23(1): 81–92.
- Kaufman, A., Divasto, P., Jackson, R. et al. (1980) "Male rape victims: noninstitutionalized assault," *American Journal of Psychiatry*, 137(2): 221–223.
- Kaufman, J. (1995) "How Cambodians Came to Control California Doughnuts," *Wall Street Journal*, February 22, p. A1.

- Keegan, J. (1978) *The Face of Battle*. New York: Penguin Books.
- Keegan, J., and Holmes, R. (1985) *Soldiers: A History of Men in Battle*. London: Hamish Hamilton.
- Kennedy, R.E., Jr. (1962) "The Protestant ethic and the Parsis," *American Journal of Sociology*, 68(1): 11–20.
- Kirby, R. (2000/2001) "Spoil the Rod, Spare the Child," *Mail & Guardian* (Johannesburg), December 22–January 4, p. 41.
- Klein, J.Z. (2010) "It's Not Political, But More Canadians are Lefties," *New York Times*, February 16, <http://www.nytimes.com/2010/02/16/sports/olympics/16lefty.html> (accessed February 2, 2010).
- Kposowa, A.J. (2000) "Marital status and suicide in the national longitudinal mortality study," *Journal of Epidemiological Community Health*, 54(4): 254–261.
- Kropotkin, Prince Peter Alekseevich (1898) "Discipline in the Russian Army," *New York Times*, 16 October, <http://query.nytimes.com/gst/abstract.html?res=F50F1FFA3F5C11738DDDAF0994D8415B8885F0D3> (accessed October 7, 2009).
- Kuper, L. (1981) *Genocide: Its Political Use in the Twentieth Century*. New Haven: Yale University Press.
- Lamb, S. (1996) *The Trouble with Blame: Victims, Perpetrators, and Responsibility*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Leach, F., and Humphreys, S. (2007) "Gender violence in schools: taking the 'girls-as-victims' discourse forward," in G. Terry with J. Hoare (eds), *Gender-Based Violence*. Oxford: Oxfam.
- Lentin, R., ed. (1997) *Gender and Catastrophe*. London: Zed Books.
- Levin, M. (1987) *Feminism and Freedom*. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Liederman, J., Kantrowitz, L. and Flannery, K. (2005) "Male vulnerability to reading disability is not likely to be a myth: a call for new data," *Journal of Learning Disabilities*, 38(2): 109–129.
- Lin, Y., Chen, C. and Luo, J. (2008) "Gender and age distribution of occupational fatalities in Taiwan," *Accident Analysis and Prevention*, 40(4): 1604–1610.
- Lyman, R. (2006) "In Many Public Schools, the Paddle Is No Relic," *New York Times*, September 30, <http://nytimes.com/2006/09/30/education/30punish.html> (accessed October 3, 2006).
- Maccoby, E.E., and Mnookin, R.H. (1992) *Dividing the Child: Social and Legal Dilemmas of Custody*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- McGinn, C. (2003) *The Making of a Philosopher*. New York: Perennial.
- McKendrick, B., and Hoffman, W., eds (1990) *People and Violence in South Africa*. Cape Town: Oxford University Press.
- MacKinnon, C.A. (1987) *Feminism Unmodified*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- McLeod, M. (1984) "Women against men: an examination of domestic violence based on an analysis of official data and national victimization data," *Justice Quarterly*, 1(2): 171–193.
- Maimonides, M., trans. M. Friedländer (1956) *The Guide for the Perplexed*, 2nd edn. New York: Dover Publications.

- Malone, J., Tyree, A. and O'Leary, K.D. (1989) "Generalization and containment: different effects of past aggression for wives and husbands," *Journal of Marriage and the Family*, 51: 687–697.
- Matthews, J. (1992) "A system rated NC-17," *Newsday* (Long Island, NY), November 22, p. 5.
- Meier, M.H., Slutske, W.S., Heath, A.C. and Martin, N.G. (2009) "The role of harsh discipline in explaining sex differences in conduct disorder: a study of opposite-sex twin pairs," *Journal of Abnormal Psychology*, 37(5): 653–664.
- Meinert, C.L., Gilpin, A.K., Unalp, A. and Dawson, C. (2000) "Gender representation in trials," *Controlled Clinical Trials*, 21(5): 462–475.
- Mendel, M.P. (1995) *The Male Survivor: The Impact of Sexual Abuse*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Mercurio, J. (1972) *Caning: Educational Rite and Tradition*. Syracuse, NY: Syracuse University Division of Special Education and Rehabilitation and the Center on Human Policy.
- Merkatz, R.B., Temple, R., Sobel, S. et al. (1993) "Women in clinical trials of new drugs: a change in Food and Drug Administration policy," *New England Journal of Medicine*, 329(4): 292–296.
- Mezey, G.C., and King, M.B., eds (2000) *Male Victims of Sexual Assault*, 2nd edn. Oxford: Oxford University Press.
- Middleton, J. (2008) "The experience of corporal punishment in schools, 1890–1940," *History of Education*, 37(2): 253–275.
- Mill, J.S. (1991) "The subjection of women," in *On Liberty and Other Essays*, ed. J. Gray. Oxford: Oxford University Press, pp. 469–582.
- Millar, P. (2009) *The Best Interests of Children: An Evidence-Based Approach*. Toronto: University of Toronto Press.
- Millar, P., and Goldenberg, S. (1998) "Explaining child custody determinations in Canada," *Canadian Journal of Law and Society*, 13(1): 209–225.
- Money, J., and Ehrhardt A.A. (1972) *Man and Woman, Boy and Girl*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Money, J., and Schwartz, M. (1976) "Fetal androgens in early treated adrenogenital syndrome of 46XX hermaphroditism: influence on assertive and aggressive types of behavior," *Aggressive Behavior*, 2: 19–30.
- Moreau, S. (2010) "What is discrimination?" *Philosophy and Public Affairs*, 38(2): 143–179.
- Morgan, R., ed. (1970) *Sisterhood Is Powerful: An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*. New York: Vintage Books.
- Moyer, I.L. (1981) "Demeanor, Sex, and Race in Police Processing," *Journal of Criminal Justice*, 9(3): 235–246.
- Mnookin, R.H., and Kornhauser, L. (1979) "Bargaining in the shadow of the law: the case of divorce," *Yale Law Journal*, 88(5): 950–997.
- Mustard, C.A., Kaufert, P., Kozyrskyj, A. and Mayer, T. (1998) "Sex differences in the use of health care services," *New England Journal of Medicine*, 338(23): 1678–1683.

- Myers, S.L. (2006) "Hazing Trial Bares Dark Side of Russia's Military," New York Times, August 13, <http://www.nytimes.com/2006/08/13/world/europe/13hazing.html> (accessed October 7, 2009).
- Myers, S.L. (2009) "Living and Fighting alongside Men, and Fitting In," New York Times, August 16, <http://www.nytimes.com/2009/08/17/us/17women.html?scp=1&sq=living+and+fighting+alongside+men+and+fitting+in&st=nyt> (accessed August 16, 2009).
- Nathanson, P., and Young, K.K. (2001) *Spreading Misandry*. Montreal and Kingston: McGill-Queen's University Press.
- National Cancer Institute (2011) "Male Breast Cancer Treatment: Incidence and Mortality," www.cancer.gov/cancerinfo/pdq/treatment/malebreast/patient (accessed June 15, 2011).
- National Organization for Women (1971) "Women and War," <http://www.now.org/issues/military/policies/war.html> (accessed December 23, 2010).
- National Organization for Women (1980) "Opposition to Draft and Registration," <http://www.now.org/issues/military/policies/draft2.html> (accessed December 23, 2010).
- Nationmaster (n.d.) "Military statistics: conscription (most recent) by country," http://www.nationmaster.com/graph/mil_con-military-conscription (accessed March 21, 2010).
- Nessen, S.C., Lounsbury, D.E. and Hetz, S.P., eds (2008) *War Surgery in Afghanistan and Iraq*. Falls Church, VA: Office of the Surgeon General, United States Army; and Washington, DC: Walter Reed Army Medical Center, Borden Institute.
- Nichols, P., and Chen, T. (1981) *Minimal Brain Dysfunction: A Prospective Study*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Nussbaum, M. (1999) *Sex and Social Justice*. New York: Oxford University Press.
- Nussbaum, M., and Glover, J., eds (1995) *Women, Culture, and Development*. Oxford: Clarendon Press.
- O'Donnell, K. (1999) "Lesbian and gay families," in G. Jagger and C. Wright (eds), *Changing Family Values*. London: Routledge, pp. 77–97.
- Okin, S.M. (1989) *Justice, Gender, and the Family*. New York: Basic Books.
- O'Leary, K.D., Barling, J., Arias, I. et al. (1989) "Prevalence and stability of physical aggression between spouses: a longitudinal analysis," *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57(2): 263–268.
- O'Leary, K.D., Smith Slep, A.M., Avery-Leaf, S. and Cascardi, M. (2008) "Gender differences in dating aggression among multiethnic high school students," *Journal of Adolescent Health*, 42(5): 473–479.
- Oosterhoff, P., Zwanikken, P. and Ketting, E. (2004) "Sexual torture of men in Croatia and other conflict situations: an open secret," *Reproductive Health Matters*, 12(23): 68–77.
- Oppel, R.A., and Nordland, R. (2010) "U.S. Is Reining In Special Forces in Afghanistan," New York Times, March 15, <http://www.nytimes.com/2010/03/16/world/asia/16afghan.html> (accessed March 16, 2010).
- Organisation for Economic Co-operation and Development (2008) *Education at a Glance 2008* (OECD Indicators),

http://www.oecd.org/document/9/0,3343,en_2649_39263238_41266761_1_1_1_1,00.html
(accessed June 16, 2011).

Organisation for Economic Co-operation and Development (2009) *Education at a Glance 2009* (OECD Indicators),
http://www.oecd.org/document/24/0,3746,en_2649_39263238_43586328_1_1_1_1,00.html
(accessed December 2, 2009).

Organization for Security and Co-operation in Europe (1999) *Kosovo: As Seen, As Told: An analysis of the human rights findings of the OSCE Kosovo Verification Missions, October 1998 to June 1999*. Warsaw: OSCE, Office for Democratic Institutions and Human Rights.

Parke, R.D. (1981) *Fathers*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Pasterski, V., Hindmarch, P., Geffner, M. et al. (2007) "Increased aggression and activity level in 3- to 11-year-old girls with congenital adrenal hyperplasia (CAH)," *Hormones and Behavior*, 52(3): 368–374.

Pateman, C. (1988) *The Sexual Contract*. Cambridge: Polity Press.

Patterson, D. (1997) "Citadel's Culture Abused Men before Women," *New York Times*, January, 17.

Pearson, P. (1997) *When She Was Bad: Violent Women and the Myth of Innocence*. New York: Viking.

Peel, M., Mahtani, A., Hinshelwood, G. and Forrest, D. (2000) "The sexual abuse of men in detention in Sri Lanka," *The Lancet*, 355: 2069–2070.

Perel, S. (1997) *Europa Europa*. New York: John Wiley & Sons, Inc.

Pinker, S. (2002) *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*. New York: Penguin Books.

Pino, N.W., and Meier, R.F. (1999) "Gender differences in rape reporting," *Sex Roles*, 40(11/12): 979–990.

Piradova, M.D. (1975) "The role of women in the public health care system in the USSR," in *Proceedings of the International Conference on Women in Health*. Washington, DC: Department of Health, Education, and Welfare.

Presidential Commission on the Assignment of Women in the Armed Forces (1992) *Women in Combat: Report to the President*. McLean, VA: Brassey's (US).

Pritchard, C. (1995) *Suicide – The Ultimate Rejection? A Psycho-Social Study*. Buckingham: Open University Press.

Quinn, C., and Tong, R. (2003) "The consequences of taking the second sexism seriously," *Social Theory and Practice*, 29(2): 233–245.

Radcliffe Richards, J. (1986) "Separate spheres," in P. Singer (ed.), *Applied Ethics*. Oxford: Oxford University Press, pp. 185–214.

Radcliffe Richards, J. (1994) *The Sceptical Feminist*. London: Penguin Books.

Ramsey, G.V. (1943) "The sexual development of boys," *American Journal of Psychology*, 56(2): 217–233.

Rawls, J. (1973) *A Theory of Justice*. Oxford: Oxford University Press.

- Reuters (2010) "Khmer Rouge Prison Chief Sentenced," Cape Times, July 27, p. 2.
- Reynolds, M. (2000) "War Has No Rules for Russian Forces Fighting in Chechnya," Los Angeles Times, September 17.
- Rhode, D.L. (1997) *Speaking of Sex: The Denial of Gender Inequality*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Rimer, S. (2005) "Professors at Harvard Confront Its President," New York Times, February 16, <http://www.nytimes.com/2005/02/16/education/16harvard.html> (accessed February 16, 2005).
- Rimer, S., and Healy, P.D. (2005) "Furor Lingers as Harvard Chief Gives Details of Talk on Women," New York Times, February 18, <http://www.nytimes.com/2005/02/18/education/18harvard.html> (accessed February 18, 2005).
- Rohde, D. (1997) *Endgame: The Betrayal and Fall of Srebrenica, Europe's Worst Massacre Since World War II*. Boulder, CO: Westview Press.
- Rosen, M., ed. (1995) *The Penguin Book of Childhood*. London: Penguin.
- Rothman, S., Lichter, S.R. and Nevitte, N. (2005) "Politics and professional advancement among college faculty," *The Forum*, 3(1), <http://www.bepress.com/forum/vol3/iss1/art2/>.
- Rubin, R.T. (1987) "The neuroendocrinology and neurochemistry of antisocial behavior," in S.A. Mednick, T.A. Moffit and S.A. Stack (eds), *The Causes of Crime: New Biological Approaches*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rummel, R.J. (1994) *Death by Government*. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Sadker, M., and Sadker, D. (1994) *Failing at Fairness: How America's Schools Cheat Girls*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Said, E. (2000) *Out of Place*. New York: Alfred A. Knopf.
- Sang-Hun, C. (2007) "Spirits Sag in South Korea at Death of Hostage," New York Times, July 27, <http://query.nytimes.com/gst/fullpage.html?res=9802E3D8143EF934A15754C0A9619C8B63> (accessed July 27, 2007).
- Sapa-AFP (2011) "Mass Grave Contains 800 Saddam Victims," Cape Times, April 15, p. 2.
- Sapa-AP (1986) "Two Women among the Victims," Cape Times, January 23, p. 1.
- Sarrel, P.M., and Masters, W.H. (1982) "Sexual molestation of men by women," *Archives of Sexual Behavior*, 11(2): 117–131.
- "Scalpel" (pseudonym) (1851) "The Female Medical Pupil," *Daily Evening Transcript* (Boston), January 3, p. 2.
- Scott, G. (1950) *The History of Capital Punishment*. London: Torchstream Books.
- Segal, M.W. (1982) "The arguments for female combatants," in N.L. Goldman (ed.), *Female Soldiers: Combatants or Noncombatants? Historical and Contemporary Perspectives*. Westport: Greenwood Press, pp. 267–290.
- Sen, A. (1990) "More Than 100 Million Women Are Missing," *New York Review of Books*, December 20, pp. 61–66.
- Shackleton, J.R. (2008) *Should We Mind the Gap? Gender Pay Differentials and Public Policy*, London: Institute of Economic Affairs.

- Sharp, D. (2006) "Shocked, shot, and pardoned," *The Lancet*, 368: 975–976.
- Sharpe, A., and Hardt, J. (2006) "Five Deaths a Day: Workplace Fatalities in Canada, 1993–2005." Ottawa: Centre for the Study of Living Standards.
- Shaw, S.R., and Braden, J.P. (1990) "Race and gender bias in the administration of corporal punishment," *School Psychology Review*, 19(3): 378–383.
- Singer, P. (1990) *Animal Liberation*, 2nd edn. New York: New York Review of Books.
- Singer, P. (1999) *A Darwinian Left: Politics, Evolution and Cooperation*. New Haven: Yale University Press.
- Slackman, M. (2009) "Reformer in Iran Publishes Account of a Prison Rape," *New York Times*, August 24, <http://www.nytimes.com/2009/08/25/world/middleeast/25iran.html> (accessed October 18, 2009).
- Slate, J.R., Perez, E., Waldrop, P.B. and Justen, J.E., III (1991) "Corporal punishment: used in discriminatory manner?" *Clearing House*, 64: 362–364.
- Sloth-Nielsen, J. (1990) "Legal violence: corporal and capital punishment," in B. McKendrick and W. Hoffmann (eds), *People and Violence in South Africa*. Cape Town: Oxford University Press, pp. 73–95.
- Smith, B.V. (2003) "Watching you, watching me," *Yale Journal of Law and Feminism*, 15: 225–288.
- Smith, D. (2003) *The State of the World Atlas*. Brighton: Earthscan.
- Smith, H.D., Fromouth, M.E. and Morris, C.C. (1997) "Effects of gender on perceptions of child sexual abuse," *Journal of Child Sexual Abuse*, 6(4): 51–62.
- Smith, R.E., Pine, C.J. and Hawley, M.E. (1988) "Social cognitions about adult male victims of female sexual assault," *Journal of Sex Research*, 24: 101–112.
- Sommers, C.H. (1994) *Who Stole Feminism?* New York: Simon & Schuster.
- Sommers, C.H. (2000) "The War against Boys," *Atlantic Monthly*, May: 59–74.
- Sommers, C.H. (2000) *The War against Boys: How Misguided Feminism Is Harming Our Young Men*. New York: Simon & Schuster.
- Sowell, T. (1999) *Barbarians inside the Gates*. Stanford: Hoover Institution Press.
- Spencer, M., and Dunklee, P. (1986) "Sexual abuse of boys," *Pediatrics*, 78(1): 133–137.
- Spiegel, P.B., and Salama, P. (2000) "War and mortality in Kosovo, 1988–9: an epidemiological testimony," *The Lancet*, 355: 2205–2206.
- Spohn, C., and Beichner, D. (2000) "Is preferential treatment of female offenders a thing of the past? A multisite study of gender, race, and imprisonment," *Criminal Justice Policy Review*, 11(2): 149–184.
- Stattin, H., Janson, H., Klackenber-Larsson, I. and Magnusson, D. (1995) "Corporal punishment in everyday life: an intergenerational perspective," in J. McCord (ed.), *Coercion and Punishment in Long-Term Perspectives*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 315–347.
- Steffensmeier, D., Kramer, J. and Streifel, C. (1993) "Gender and imprisonment decisions," *Criminology*, 31(3): 411–446.

- Steffensmeier, D., Ulmer, J. and Kramer, J. (1998) "The interaction of race, gender and age in criminal sentencing: the punishment cost of being young, black and male," *Criminology*, 36(4): 763–798.
- Stiehm, Judith Hicks (1994) "The protected, the protector, the defender," in A.M. Jaggar (ed.), *Living with Contradictions: Controversies in Feminist Social Ethics*, Boulder, CO: Westview Press, pp. 582–592.
- Sterba, J. (2003) "The wolf again in sheep's clothing," *Social Theory and Practice*, 29(2): 219–232.
- Stets, J.E., and Straus, M.A. (1989) "The marriage license as a hitting license: a comparison of assaults in dating, cohabiting, and married couples," *Journal of Family Violence*, 4(2): 161–180.
- Stets, J.E., and Straus, M.A. (1990) "Gender differences in reporting marital violence and its medical and psychological consequences," in M.A. Straus and R.J. Gelles (eds), *Physical Violence in American Families*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, pp. 151–165.
- Stolnitz, G. (1955) "A century of international mortality trends: I," *Population Studies*, 9(1): 24–55.
- Stolnitz, G. (1956) "A century of international mortality trends: II," *Population Studies*, 10(1): 17–42.
- Stolzenberg, L., and D'Alessio, S.J. (2004) "Sex differences in the likelihood of arrest," *Journal of Criminal Justice*, 32(5): 443–454.
- Straus, M.A. (1990) "Victims and aggressors in marital violence," *American Behavioral Scientist*, 23(5): 681–704.
- Straus, M.A. (1994) *Beating the Devil Out of Them: Corporal Punishment in American Families*. New York: Lexington Books.
- Straus, M.A., and Gelles, R.J. (1986) "Societal change and change in family violence from 1975 to 1985 as revealed by two national surveys," *Journal of Marriage and the Family*, 48: 465–479.
- Streib, V.L. (1990) "Death penalty for female offenders," *University of Cincinnati Law Review*, 58: 845–880.
- Streib, V.L. (2002) "Gendering the death penalty: countering sex bias in a masculine sanctuary," *Ohio State Law Journal*, 63(1): 433–474.
- Streib, V.L. (2006) "Rare and inconsistent: the death penalty for women," *Fordham Urban Law Journal*, 33(2): 609–636.
- Struckman-Johnson, C., and Struckman-Johnson, D. (1992) "Acceptance of male rape myths among college men and women," *Sex Roles*, 27(3/4): 85–100.
- Struckman-Johnson, C., and Struckman-Johnson, D. (1994) "Men pressured and forced into sexual experience," *Archives of Sexual Behavior*, 23(1): 93–114.
- Struckman-Johnson, C., and Struckman-Johnson, D. (2000) "Sexual coercion rates in seven prison facilities for men," *Prison Journal*, 80(4): 379–389.
- Struckman-Johnson, C., Struckman-Johnson, D., Rucker, L., Bumby, K. et al. (1996) "Sexual coercion reported by men and women in prison," *Journal of Sex Research*, 33(1): 67–76.
- Sugarman, D.B., and Hotaling, G.T. (1991) "Dating violence: a review of contextual and risk factors," in B. Levy (ed.), *Dating Violence: Young Women in Danger*. Seattle: Seal Press, pp. 100–118.

- Summers, L.H. (2005) "Remarks at NBER conference on diversifying the science and engineering workforce," January 14, http://www.president.harvard.edu/speeches/summers_2005/nber.php (accessed February 15, 2010).
- Summers, L.H. (2005) "Letter from President Summers on women and science," Cambridge, MA: Harvard University, 19 January, http://www.harvard.edu/president/speeches/summers_2005/womensci.php (accessed August 30, 2011).
- Tanay, E. (2004) *Passport to Life*. Ann Arbor, MI: Forensic Press.
- Taylor, S.P., and Epstein, S. (1967) "Aggression as a function of the interaction of the sex of the aggressor and the sex of the victim," *Journal of Personality*, 35: 474–486.
- Tjaden, P.G., and Tjaden, C.D. (1981) "Differential treatment of the female felon: myth or reality?" in M.Q. Warren (ed.), *Comparing Female and Male Offenders*. London: Sage Publications, pp. 73–88.
- Truth and Reconciliation Commission of South Africa (1998) "Children and Youth" and "Women," in Truth and Reconciliation Commission of South Africa Report. Cape Town: Truth and Reconciliation Commission, vol. 4, pp. 250–283 and 284–318.
- Truth and Reconciliation Commission of South Africa (1998) "Methodology and Process," in Truth and Reconciliation Commission of South Africa Report. Cape Town: Truth and Reconciliation Commission, vol. 1, pp. 135–173.
- UK Office of National Statistics (2005) "Prison population, 2003," March 22, <http://www.statistics.gov.uk/cci/nugget.asp?id=1101> (accessed February 3, 2010).
- University of California, Berkeley (USA) and Max Planck Institute for Demographic Research (Germany) (n.d.) *The Human Mortality Database*, www.mortality.org/ (accessed January 28, 2010).
- US Bureau of the Census (1949) *Historical Statistics of the United States, 1789–1945*. Washington, DC: US Department of Commerce.
- US Bureau of Justice Statistics (2008) "Prison Inmates at Midyear 2007." Washington, DC: US Department of Justice.
- US Bureau of Labor Statistics (2009) "Current Population Survey and Census of Fatal Occupational Injuries." Washington, DC: U.S. Department of Labor, www.bls.gov/iif/oshwc/cfoi/cfch0007.pdf (accessed January 17, 2010)
- US Department of Commerce (2010) US Census Bureau News, "Women's History Month, 2010." Washington, DC: US Department of Commerce, http://www.census.gov/Press-Release/www/releases/pdf/cb10ff-03_womenshistory.pdf (accessed March 21, 2010).
- US Department of Labor (2008) "Fatal Occupational Injuries, Total Hours, and Rates of Fatal Occupational Injuries by Selected Worker Characteristics, Occupations, and Industries, Civilian Workers." Washington, DC: US Department of Labor, http://www.bls.gov/iif/oshwc/cfoi/cfoi_rates_2008hb.pdf (accessed January 17, 2010).
- US Digest of Educational Statistics (2007) "Table 191: College enrolment and enrolment rates of recent high school completers, by sex: 1950 through 2006," http://nces.ed.gov/programms/digest/d07/tables/dt07_191.asp (accessed October 25, 2009).

- US Digest of Educational Statistics (2008) "Table 403: Average mathematics literacy, reading literacy, and science literacy scores of 15-year-olds, by sex and country: 2006," http://nces.ed.gov/programms/digest/d08/tables/dt08_403.asp. (accessed October 25, 2009).
- US Digest of Educational Statistics (2008) "Table 109: Percentage of high school dropouts among persons 16 through 24 years old (status dropout rate), by sex and race/ethnicity: selected years, 1960 through 2007," http://nces.ed.gov/programms/digest/d08/tables/dt08_109.asp (accessed October 25, 2009).
- US Institute of Education Sciences, National Center for Education Statistics (2010) "Fast facts: what is the percentage of degrees conferred by sex and race?" <http://nces.ed.gov/fastfacts/display.asp?id=72> (accessed October 25, 2009).
- Valenti, J. (2010) "For Women in America, Equality Is Still an Illusion," *Washington Post*, February 21, p. B02.
- Valle, J.E. (1980) *Rocks and Shoals: Order and Discipline in the Old Navy, 1800–1861*. Annapolis: Naval Institute Press.
- van Creveld, M. (2001) *Men, Women and War*. London: Cassell & Co.
- van Emden, R. (2005) *Boy Soldiers of the Great War*. London: Headline.
- Vasquez, D., and Falcone, R.E. (1997) "Cross-gender violence," *Annals of Emergency Medicine*, 29(3): 427–428.
- Visher, C.A. (1983) "Gender, police arrest decisions, and notions of chivalry," *Criminology*, 21(1): 5–28.
- Walmsley, R. (2003) "World Prison Population List," 4th edn. London: Home Office.
- Walmsley, R. (2006) "World Female Imprisonment List." London: International Centre for Prison Studies.
- Warren, M.A. (1985) *Gendercide*. Totowa, NJ: Rowman & Allanheld.
- War Resisters' International. (1998) "World Survey of Conscription and Conscientious Objection to Military Service," http://www.wri-irg.org/programmes/world_survey (accessed March 21, 2010).
- Wasserman, D. (1997) "Diversity and stereotyping," *Report from the Institute for Philosophy and Public Policy*, 17(1/2): 32–36.
- Wasserstrom, R. (1997) "On racism and sexism," in C. Gould (ed.), *Gender*. Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, pp. 337–358.
- Watkins, Bill and Bentovim, Arnon (2000) "Male children and adolescents as victims: a review of current knowledge," in G.C. Mezey and M.B. King (eds), *Male Victims of Sexual Assault*, pp. 35–78.
- Weiss, M. (2001) "A Woman's Touch: Lillian Schapiro Is Charting New Territory as an Atlanta Mohelet," *Atlanta Jewish Times*, June 8, <http://atlanta.jewish.com/archives/2001/060801cs.htm> (accessed August 15, 2005).
- Weitzman, L. (1985) *The Divorce Revolution: The Unexpected Social and Economic Consequences for Women and Children in America*. New York: The Free Press.
- Wenger, N.K., Speroff, L. and Packard, B. (1993) "Cardiovascular health and disease in women," *New England Journal of Medicine*, 329(4): 247–256.

- Werner, E.E., and Smith, R.S. (1982) *Vulnerable but Invincible: A Longitudinal Study of Resilient Children and Youth*. New York: Adams Bannister Cox.
- Whitaker, D.J., Halleyesus, T., Swahn, M. and Saltzman, L.S. (2007) "Differences in frequency of violence and reported injury between relationships with reciprocal and nonreciprocal intimate partner violence," *American Journal of Public Health*, 97(5): 941–947.
- Wogan, L. (2005) "Summersgate," *Ms*, Summer, pp. 57–59.
- Women and Work Commission (2006) "Shaping a Fairer Future." London: UK Commission for Employment and Skills.
- Wright, A.E. (1913) *The Unexpurgated Case against Woman Suffrage*. New York: Paul Hoeber.
- Young, I.M. (1990) *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.
- Yuval-Davis, N. (1985) "Front and rear: the sexual division of labor in the Israeli Army," *Feminist Studies*, 11(3): 649–675.
- Zipp, J.F., and Fenwick, R. (2006) "Is the academy a liberal hegemony?" *Public Opinion Quarterly*, 70(3): 304–326.

Lista de casos

Bagley v. Watson, 579 F. Supp. 1099 (D.C.Or., 1983).

Bradwell v. The State (Illinois) 83 U.S. 16 Wall.

Carlin v. Manu, 72 F.Supp.2d 1177 (D.Or., 1999).

County of San Luis Obispo v. Nathaniel J., 50 Cal.App.4th 842, 57 Cal.Rptr.2d 843.

Forts v. Ward, 621 F.2d 1210 (2nd Cir. 1980).

Frontiero v. Richardson, 411 US 677 (1973).

Griffin v. Michigan Dept. of Corrections, 654 F.Supp. 690 (E.D.Mich.1982).

Grummett v. Rushen, 779 F.2d 491 (9th Cir. 1985).

Jevning v. Cichos, 499 N.W.2d 515.

Johnson v. Phelan, 69 F.3d 144 (7th Cir. 1995).

Jordan v. Gardner, 986 F.2d 1521 (9th Cir. 1993).

Louisiana and Rojas v. Frisard, 694 So.2d 1032, 96-368 (La.App. 5 Cir. 4/29/97).

Mercer County Dept. of Social Services on Behalf of Imogene T. v. Alf M., 155 Misc.2d 703, 589 N.Y.S.2d 288.

Michenfelder v. Sumner, 860 F.2d 328 (9th Cir. 1988).

Nguyen v. I.N.S, 121 S.Ct 2053 (2001).

Oliver v. Scott, 276 F.3d 736 (5th Cir. 2002).

President of the Republic of South Africa v. Hugo, 1997 (4) SA 1 (CC).

Robino v. Iranon, 145 F.3d 1109 (9th Cir. 1998).

S.F. v. State ex rel. T.M., 695 So.2d 1186.

Smith v. Fairman, 678 F.2d 52 (7th Cir. 1982).

Somers v. Thurman, 109 F.3d 614 (9th Cir. 1997).

State of Kansas ex rel. Hermesmann v. Seyer, 252 Kan. 646, 847 P.2d 1273.

Timm v. Gunter, 917 F.2d 1093 (8th Cir. 1990).

Torres v. Wisconsin Department of Health & Social Services, 838 F. 2d 944 (7th Cir. 1988).

Tyrer v. United Kingdom (1978) 2 E.H.R.R 1.

Weatherall v. Canada (Attorney General), [1993] 2 S.C.R. 872.

Lista de legislación y otros instrumentos jurídicos

Ley del Código Penal de Michigan 328 de 1931, Sección 750.520, Enmienda de 1974, [http://www.legislature.mi.gov/\(S\(24i0ub45icnmus55zkfdd32r\)\)/documents/mcl/pdf/mcl-750-520a.pdf](http://www.legislature.mi.gov/(S(24i0ub45icnmus55zkfdd32r))/documents/mcl/pdf/mcl-750-520a.pdf) (consultado el 2 de diciembre , 2009).

Congreso Nacional del Pueblo (1 de julio de 1979), según enmendado. "Ley penal de la República Popular de China", <http://www.cecc.gov/pages/newLaws/criminalLawENG.php> (consultado el 1 de diciembre de 2009).

Código Penal de Japón, Ley N° 45 de 1907, según enmendada, http://www.cas.go.jp/jp/seisaku/hourei/data/PC_2.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2009).

Ley de delitos sexuales 2003 (Reino Unido), http://www.opsi.gov.uk/Acts/acts2003/ukpga_20030042_en_2#pt1-pb1-l1g1 (consultado el 19 de octubre de 2009).

Ley de delitos sexuales 2009 (Escocia) (asp 9), http://www.opsi.gov.uk/legislation/scotland/acts2009/pdf/asp_20090009_en.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2009).

Código de Procedimiento Penal de Singapur, capítulo 25, 231 (a).

Código de Procedimiento Penal de Singapur 2010, Parte XVI, División 2, 325 (1) (a).

Ministerio de Educación de Singapur (1957) "Ley de regulación de escuelas", Reglamento N° 88, <http://www.corpun.com/sgscr1.htm> (consultado el 18 de febrero de 2002).

Ley penal de Sudáfrica (delitos sexuales y cuestiones conexas), Ley de enmienda 32 de 2007, <http://www.justice.gov.za/legislation/acts/2007-032.pdf> (consultado el 1 de diciembre de 2009).

"Reglas mínimas para el tratamiento de los reclusos", adoptadas por el Primer Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente, celebrado en Ginebra en 1955 y aprobado por el Consejo Económico y Social en sus resoluciones 663 C (XXIV) del 31 de julio de 1957 y 2076 (LXII) del 13 de mayo de 1977, <http://www2.ohchr.org/english/law/pdf/treatmentprisoners.pdf> (consultado el 6 de enero de 2010).

Índice

aborto

muertes por accidentes

falacia ad hominem

adopción

acción afirmativa

agresividad

ver también violencia

Academia Americana de Pediatría

Asociación Americana de Mujeres Universitarias

andrógenos

síndrome de la mujer maltratada

sesgo, implícito *ver* discriminación, sutil (o implícito)

Birkenhead

ver también "mujeres y niños (primero)"

intimidad corporal

"Los chicos no lloran", *ver* llorar.

|ver también hombría

Browne, Kingsley

Browning, Christopher

cáncer

castigo capital *ver* castigo capital

Carpintero, Charli

castigo corporal *ver* castigo, castigo corporal

argumento del "costo de la dominación"

cobardía

custodia de menores

caballeresco

circuncisión

Clatterbaugh, Kenneth

combate *ver* reclutamiento

hiperplasia suprarrenal congénita (HSC)

reclutamiento

reclutas

conservatismo

anticoncepción

Cramer, Marjorie

justicia penal ver castigo

Cronin, Helena

llorando

Imperialismo cultural

de Beauvoir, Simone

Digby, Tom

disciplina ver castigo

discriminación

definición de

diferenciado de la desventaja

diferenciada de la discriminación injusta

La discriminación sexual se distingue de la discriminación de género.

sutil (o implícito)

sistémico

ver también raza (discriminación)

impacto dispar

Argumento de “distracción”

diversidad

divorcio

ver también custodia de los hijos

violencia doméstica ver violencia

dominación (y dominación)

Drèze, Jean

Dunn-Wu, Sheryl

Dworkin, Ronald

Resolución de Edmonton

educación

Psicología Evolutiva
ejecución extrajudicial
explotación
Fausto-Sterling, Anne
Feinberg, Joel
corte genital femenino
feminidad ver roles de género
feminismo
 igualitario
 partidista
Frye, Marilyn
galantería ver caballerosidad
brecha de género ver brecha salarial
roles de género)
los conservadores del rol de género ven el conservadurismo; roles de género)
violencia de género ver violencia
techo de cristal
Goldhagen, Daniel Jonah
Goldstone, Richard
hemocromatosis
salud (y salud)
homosexuales (y homosexualidad)
Hubin, Donald
Hugo, John Philip Peter
Virus de inmunodeficiencia humana (VIH)
enfermedad ver salud (y salud)
sesgo implícito ver discriminación, sutil (o implícito)
infanticidio
Centro Internacional de Derechos Humanos y Desarrollo Democrático.
Argumento de “inversión”
Jones, Adam
Kriegler, Johann

Kristof nicholas

Kuper, leo

Cuaresma, Ronit

esperanza de vida

machismo ver virilidad

vinculación masculina

Mandela, nelson

hombría

marginación

masculinidad

ver también roles de género; hombría

licencia de maternidad ver licencia parental

derechos de los hombres

menstruación

militar ver conscripción

Organización Nacional de Mujeres (NOW)

naturaleza - crianza

Nussbaum, Martha

opresión

permiso parental

Pateman, Carole

responsabilidades paternas ver paternidad

paternidad

permiso de paternidad ver permiso parental

patriarcado

brecha salarial

Piper adrian

Trastorno de estrés postraumático

ver también salud

impotencia

prisioneros de guerra

Ver también castigo, encarcelamiento.